

LA PAZ
EN SU IV CENTENARIO
1548 1948

II

MONOGRAFIA
HISTÓRICA

EDICION DEL COMITE
PRO IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE LA PAZ

LA PAZ

EN SU

IV CENTENARIO

1548 - 1948

II

MONOGRAFIA
HISTORICA



TIPOS AIMARAS REPARANDO SUS REDES



LA PAZ
EN SU
IV CENTENARIO
1548 - 1948

II

MONOGRAFIA
HISTORICA



EDICION DEL COMITE PRO IV CENTENARIO
DE LA
FUNDACION DE LA PAZ

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE LA PAZ

por

RODOLFO SALAMANCA LAFUENTE

PRESENTAR la Historia del pueblo de La Paz, equivale a abocetar la Historia de Bolivia. Efectivamente: La Paz, en el tránsito republicano, desempeña misiones trascendentales para la vida y el destino bolivianos. Por lo general ese influjo definidor se manifiesta con la concurrencia del pueblo, por la acción multitudinaria de las masas, que señalan hitos a políticos y gobernantes. No es casualidad ni suceso aislado, que las grandes tiranías hubiesen sido derrocadas por la misión rectificadora del pueblo paceño, que consiguió para sí el lema de "Cuna de la libertad, tumba de tiranos". Muchas veces la prensa le dió este título: "La Paz, cabeza de Nación". Crisol de la nacionalidad, donde se funden todos los elementos indispensables para formar la gran unidad boliviana, representa al mismo tiempo que el mayor nexo, la más ponderada expresión de bolivianidad. Vigilante sentimiento de libertad, fuero social que se traduce en progreso, empeño permanente de acción que se interpreta como grandeza colectiva: tal la síntesis de su proyección. Pero la Historia de La Paz, al par que la de Bolivia, es una permanente lucha por vencer obstáculos, por romper encierro y crear sus propias fuentes de vida y desarrollo. Y en esta misión, La Paz

"cabeza de Nación", ostenta sus títulos sin orgullo, porque sabe sólo que implican el cumplimiento de responsabilidades históricas, de las cuales no quiere despojarse.

Esta monografía destaca, con probidad histórica y mental, los aspectos principales de la vida del pueblo paceño. Los escritores que han intervenido en su redacción son hombres de distintos departamentos del país, que estudian, aprecian y juzgan el acontecer histórico del Departamento más rico, más variado, que posee todos los climas, la mayor densidad demográfica, dotado de todas las condiciones físicas y climatéricas para continuar creciendo indefinidamente.

TIWANAKU,

COMO VESTIGIO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LA CULTURA PREHISTÓRICA

TIWANAKU Y CHUKIAPU O CHUKIAGO, LAS DOS MILENARIAS WIÑAYMARKAS (CAPITALES MADRES) DEL PASADO PRIMITIVO ALTIPLÁNICO

por el

CNL. FEDERICO DÍEZ DE MEDINA

Preliminares. Situación y extensión del renombrado Imperio de Tiwanaku. Sus capitales: la Gran Metrópoli Prehistórica TIWANAKUMARKA *y* CHUKIAPUMARKA. *Sus primigenios habitantes. Conexiones intercontinentales y pruebas que las atestiguan. Aillus, grupos étnicos e idioma. Nombre etimológico. Épocas y Periodos que separan sus agitadas y esplendentes trayectorias. Conclusión.*

EN la siguiente exposición monográfica del vasto y poderoso Imperio de Tiwanaku, del que formaba parte descollante la tradicional *Chukiapu-Marka* (Ciudad Lanza Capitana) —hoy, La Paz— con sus numerosos aillus o tribus como los de *Achachikala* (piedra tutelar), *Chchallapampa* (llano arenoso), *Chchijini* (con pasto), *Chakeri* (que gotea), *Chchokata* (cabeza envuelta) *Chchurupampa* (llanura de caracoles), *Kaikoni* (piedras deslizantes), *Kirkincho* (armadillo), *Kjallampayani* (con hongos), *Kjillikjilli* (cuervos rojizos), *Laikakgota* (lago de brujos), *Lurikjeri* (fábrica de fogones), *Llojeta* (deslizado), *Makollana* (de un kolla), *Pantipirka* (vallado de pantis, flores), *Pichu* (fogata, hoy Obrajes), *Pfutupfutu* (terreno horadado), *Supfukachi* (loma roída), *Uturunku* (tigre), *Jamachi* (pájaro), *Waichuri* (lugar con waichus, aves), etc. confederados bajo el mando de sus respectivos *apumallkus* (jefes superiores), lo hacemos en forma sucinta y objetiva, con espíritu impersonal, desprovisto de todo prejuicio.

Al efectuar el estudio de las civilizaciones prehistóricas del Asia, África, América y Europa, surge esplendorosa la del Continen-






te Americano y —singularmente— la de América Meridional, en cuyo corazón palpita la misteriosa, silente y célebre TIWANAKU. Metrópoli que constituyó el más destacado centro político-religioso de dicho continente y el núcleo fundamental de la civilización *kolla-aimara-americana*.

TIWANAKU fué la capital del fabuloso imperio de los *kolla-aimaras*; cuyas artes, cultura, religión e idioma han trazado luminosas huellas en el continente Americano.



FIG. 1. Vaso fragmentado ceremonial de Tiwanaku: simboliza un *kolla-aimara*: enérgico, inteligente y soñador.

Esta legendaria metrópoli, situada entre los 18° 34′ de latitud sud y los 68° 48′ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, se halla en una inmensa llanura de aluvión, cuyo ancho varía entre 10 y 25 km., con un largo de cerca de 50 km. y por cuya cuenca corre el riacho *Wakira;* sus flancos están limitados por el N. y por el S. por sierras y montañas (*Achuta*, *Kimsachata*, *Chilla*, *Antamarka*, etc.), que la protegían de las inclemencias atmosféricas y de las invasiones guerreras; por el O., lindaba con el Lago Sagrado, *Titikaka*, (Peña del felino) en cuyas orillas se alzaban arrogantes los milenarios muelles del puerto tiwanakota y del cual —en la actualidad— se encuentra a 20 Km., como consecuencia del retiro de sus cristalinas y misteriosas aguas, ocasionado por los movimientos telúricos del período glacial, que continuaron el solevantamiento de la Cordillera Altiplánica y el descenso del nivel lacustre (aproximadamente, 34 m.). Hoy está a 3,812 m. sobre el nivel del mar, término medio entre la época lluviosa y la seca. El clima es frío y la flora, pobre.

Su origen es coetáneo con la aparición del hombre en la tierra. Su edad, sería aventurado expresarla en años. Juzgamos que solamente se la puede determinar en Épocas o Períodos. "Se tiene, desde luego, como cosa evidenciada que Tiahuanacu ha



FIG. 2. Vasos sagrados tiwanakotas, representan tipos *kolla-aimaras*, plasmados en fina cerámica, con policromías y bruñido resplandeciente.

sido una de las naciones más antiguas del mundo" (J. M. Camacho, "Tiahuanaco"). Se origina en la era del Chamakpacha (los tiempos oscuros), la cual correspondería a la del *último período glacial*, durante sus *épocas*: *Interglacial*, *Glacial* y *Postglacial*, como se deduce de lo aseverado por algunos cronistas del Coloniaje, muy particularmente por uno de los más verídicos, Polo de Ondegardo. Las *markas* (ciudades) de *Tiwanaku* y *Chukiapu* fueron de esos tiempos y ambas dos tuvieron el mismo nombre primigenio de: WIÑAYMARKA (ciudad madre) y su edificación data del último período interglacial.

Las turbias fuentes que nos han legado los historiadores de la Colonia unidas a las noticias desentrañadas del folklore y los relatos indígenas, sumados al concurso de la lingüística y la arqueología, nos permiten señalar —aunque sólo en forma



El lago Titicaca.

aproximada— hasta adónde alcanzaba el Imperio de los Kolla-aimaras. (Figs. 1 y 2). Sus fronteras —según las anteriores informaciones— se perdían en la lejanía de los territorios norteños: peruanos, brasileños, colombianos, ecuatorianos, venezolanos, panameños, mexicanos, etc. Así lo prueba la más ligera ojeada sobre la toponimia de cada uno de los mencionados países. Vamos a los ejemplos, esto es, a los nombres aimaras corrientes por allá. En el Perú: *Cajamarca, Chosica, Conobamba, Moquegua, Pomata, Wilcanota, etc.;* Ecuador: *Kotopaxi, Pichincha, Cocagua, Ilaya, Umagua,* etc.; Colombia: *Cundinamarca, Cucuta, Cari, Cauca, Cainari, Naya,* etc.; en Venezuela: *Maragua, Cara, Cama, Carca, Caralaya, Accyapa,* etc.; en México: *Acapulco, Ayar, Cunacan, China, Masahua, Sahuaripa,* etc.; en Estados Unidos: *Comanche, Missisipi, Misuri, Omaha, Huma, Utah, Zuni,* etc. Por el sud, llegaron a penetrar en tierras argentinas, chilenas, paraguayas y chaqueñas. Así lo confirma el hecho de existir, también, un gran número de nombres —típicamente aimaras— en los poblados, regiones, ríos, lagos y montañas de los países citados. He aquí los ejemplos: En la Argentina: *Catamarca, Tucumán, Jachal, Acay, Cachi, Sumampa,* etc.; en Chile: *Aconcagua, Maule, Iquique, Quillota, Coquimbo;* en el Paraguay: *Caracará, Casapá, Caapucú, Guachis, Piripucú, Taruma,* etc.

Si a tales coincidencias en la toponimia añadimos el empleo del signo *cordillera* o *escolonado,* la estilización de *cabezas-trofeo,* la similitud en las costumbres, creencias religiosas, totémicas y cosmológicas, así como la analogía de los utensilios pétreos, armas, puntas de flechas y de dardos, etc., fácilmente arribaremos a la conclusión de que el señorío de los *kolla-aimaras* alcanzaba a todos aquellos países.

Si hasta el presente no se ha podido dilucidar quiénes fueron los primeros pobladores de Europa, Asia y África, tampoco se ha llegado a resolver quiénes habitaron primitivamente el continente americano y, por consiguiente, cuáles fueron los originarios moradores de Tiwanaku. En consecuencia, permanece sin descorrerse el denso velo que esconde su enigmático origen. A pesar de los ingentes esfuerzos realizados por sabios geólogos, antropologistas, arqueólogos y demás científicos, escasamente se ha conseguido comprobar la existencia de relaciones y enlaces habidos entre los continentes subsistentes y los desaparecidos; como la *Atlántida* y la *Lemuria.* Conexiones debidas al sinnúmero de migraciones e inmigraciones realizadas entre uno y otros, durante miles y miles de años, a través de los océanos, estrechos e istmos.

Empero, para la consecución de los propósitos del presente trabajo, creemos que basta con señalar que, si bien son muy limitados los conocimientos relativos a los primeros hombres de Tiwanaku, no menos cierto es que éstos moraban en los bosques, pliegues y cavernas que el terreno les proporcionaba para su abrigo y protección contra la intemperie y las fieras dañinas. Y que, a medida de su evolución paulatina y gradual, abandonaron la vida nómada e independiente y se fueron agrupando en familias, *aillus* (tribus) y en comunidades, bajo la autoridad y protección de jefes-caudillos: los *apus, mallkus, willkas, kurakas:* de sabios, los *amautas;* de médicos, los *kolliris;* de espiritistas, los *chchamacanis;* de adivinos, los *yatiris;* y de perdona-pecados, los *jichuris,* para defenderse de sus enemigos, infortunios, enfermedades y supercherías.

Paralelamente a estos progresos en la organización social, se desarrollaron los de orden, disciplina e instinto religioso; así como también los de las artes y ciencias, en las cuales —posteriormente— llegaron a descollar sobre todos los otros pueblos.

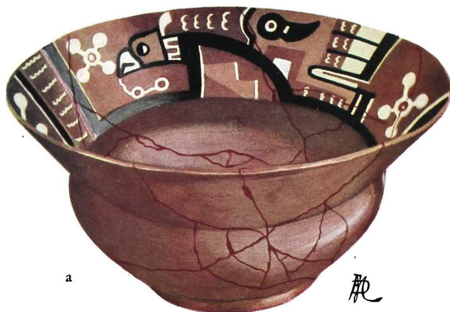
De igual modo se ha llegado a establecer que América es uno de los continentes más remotos de la tierra, y que, al final del *Plioceno* y principios del *Pleistoceno,* apa-



Fig. 3. *Formas primordiales de los ceramios de Tiwanaku.* Vasos, fuentes, pebetéros, cantaritos, etc. kolla-aimaras.

reció el hombre (pitecantropo erecto). Por lo demás, diversas especulaciones en materia de paleontología y sobre el origen vario de la especie humana (poligenismo), nos llevan a suponer que en América, por consiguiente, en Tiwanaku, existieron autóctonos. Lo prueba —entre otros vestigios— los cráneos dolicocéfalos descubiertos allí y que son considerados como los más antiguos de Europa y América (fig.4).

Para ratificar lo afirmado respecto de las correlaciones recíprocas habidas entre los diferentes continentes, exponemos los siguientes documentos que, constituyen pruebas concluyentes de que ellas también se realizaron con el nuestro:



a



b

Bellas fuentes Tiwanakenses. Altura: 12 y 14 cmts. Ambas ornadas con policromías: a) zoomorfo-astrales y b) geométricas.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP
BIBLIOTECA MUNICIPAL MCAL. ANDRÉS DE SANTA CRUZ



Fig. 4. Cráneo típico aimara, dolicocéfalo, con la sutura metópica y la deformación circular artificialmente obtenida.

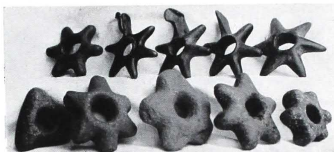


Fig. 7. Diferentes clases de rompecabezas: los de arriba son de *champi* (bronce), el 2º) Con hacha, sobre la cual lleva un puma sagrado; el 3º) Con hacha de cuchilla semilunar; el 4º) Con hacha de cuchilla lenticular. Los de abajo son pétreos.



Fig. 5. Cabecitas estilizadas de los diferentes tipos raciales del mundo, plasmados artísticamente en cerámica y piedra.

Fig. 6. Estilizaciones de animales míticos, desconocidos y de otros continentes.



Fig. 8. Al centro: estilización de un *buda* sentado, elaborado en piedra basáltica. A los costados: alfileres de bronce, con sendos remates de idolillos.



Fig. 9. En los extremos: figuritas de plata, que representan momias fajadas, semejantes a las egipcíacas. El del centro constituye un amuleto masculino, desnudo, con tocado similar al de los egipcios.



Fig. 10. a) Pendiente-fetiche, representa una divinidad barbada que lleva un cetro en la mano derecha, con corona y tocado semilunar; es de bronce. b) Vaso fragmentado, cefaloforme, representa un personaje *kolla-aimara*, con barba y bigotes.

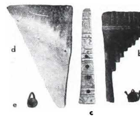


Fig. 11. a) y e) Cascabeles de bronce. b) y d) *Sikus* aimaras que guardan semejanza con la flauta del dios Pan. c) *Kena* aimara, trabajada en tibia humana adornada con dibujos incisos antro-zoomorfos.

1º El hallazgo de figuras, cabezas y bustos humanos modelados o esculpidos de cerámica, piedra, madera o metal, los cuales fiel y artísticamente representan tipos de todos los grupos raciales del mundo: abisinios, arábigos, australianos, aztecas, caucásicos, chinos, etruscos, griegos, indostánicos, japoneses, malayos, mongoloides, negroides, pieles rojas, romanos, sumerios y troyanos (fig. 5).

2º Iguales encuentros de figuras representativas de animales vivientes y simbólicos, propios de la fauna y mitología de otros hemisferios: bisontes, camellos, cobras, cocodrilos, dragones, dromedarios, grifos, jabalíes, jirafas, osos, pelícanos, unicornios, etc., así como de zoomorfos ignorados o desaparecidos (fig. 6). Asimismo, unos ejemplares —realistas o estilizados— reproducidos en cerámica, piedras, metales y tejidos.

3º La semejanza en las creencias mítico-religiosas, colectivas o individuales, en los ídolos, deidades y fetiches; en los sentimientos de veneración, prácticas rituales y sacrificios sagrados; en la similitud de sus ideas animísticas o relacionadas con el *totem;* en las normas de moralidad, disciplina, costumbres y prácticas sociales primitivas; en el uso de máscaras guerreras, ceremoniales o de danza, así como en lo parecido de sus moradas y construcciones megalíticas y de sus armas, vestimentas y utensilios (fig. 7).

4º Los numerosos descubrimientos de reproducciones plásticas, buriladas o grabadas, que representan: budas sentados (figura 8), dioses alados con cabezas de animales, momias fajadas egipcíacas (fig. 9), y divinidades bárbaras (fig. 10) y de instrumentos musicales parecidos a los de los griegos, romanos y otros, como la flauta del dios Pan (zampoña o *siku* aimara), la trompeta, los silbatos, los cascabeles, etcétera (fig. 11).

5º Los descubrimientos de las precolombinas *perlas agri* (compuestas de sílice, potasa y óxido) y de cuentas alargadas de vidrio, fabricadas superponiendo capas vítreas de diferentes colores, las cuales son originarias de la antigua Fenicia, de Egipto y Venecia. Fueron halladas en Tiwanaku y Nasca, a profundidades mayores de *1.50 m.*, que formaban parte de collares y otros atavíos.

Juzgando que los anteriores testimonios constituyen sobradas y fehacientes pruebas de las relaciones y conexiones que han existido entre unos y otros continentes, cabe ahora preguntarse quiénes fueron los primeros habitantes de la altiplanicie andina y cuál el idioma que hablaron los precursores de Tiwanaku.

Algunos distinguidos escritores, entre ellos el sabio Bandelier (Las islas Titicaca y Coatí) y el conocido historiador peruano Cúneo Vidal (*Historia de la Civilización Peruana*), señalan que los primigenios pobladores de la meseta andina fueron los *chullpas*, aduciendo razones que, si bien denotan largo y laborioso estudio, no están basadas en el conocimiento cauteloso de los monumentos prehistóricos y en el de las tradiciones y el lenguaje andinos. Es que estos últimos recursos, por motivos demasiado obvios, por lo general no se hallan al alcance de los extranjeros, los que por otra parte desconocen —en su integridad— la bibliografía nacional, todo lo cual les impide hacer deducciones ceñidas a lo cierto.

En efecto: *a*) Si los chullpas —nombre dado a sus viviendas, o túmulos funerarios, y, posteriormente, por antonomasia, a sus constructores— hubieran sido los primitivos pobladores del altiplano, necesariamente los cronistas del Coloniaje habrían remarcado esta condición primigenia. *b*) Sus edificios de barro y paja, otras veces con piedras colocadas sobre las puertas y en las esquinas de las paredes (propios del período de decadencia de Tiwanaku), y otras, de piedras engastadas (peculiares de la época incaica), prueban que sus edificadores no fueron los autores de las obras *megalíticas* de la metrópoli prehistórica. *c*) En todas las excavaciones efectuadas en el subsuelo tiwanakeño, jamás se han encontrado esqueletos en posición de cuclillas y —mucho menos— dentro de cestos, rasgos característicos de los chullpas o *kontata-amayas*, muertos sentados (fig 12). Entre los descubrimientos a profundidades mayores de un metro, todos estaban echados boca arriba. Lo que prueba su procedencia ajena a la *chullpa*.



Una gran escalinata.



Grandes bloques.



Algunos escritores, nacionales y extranjeros, suponen y afirman a veces, que los *atlantes*, *mayas*, *asiáticos*, etc., fueron los primeros habitantes del territorio comprendido entre la cordillera Real, de Bolivia, y la occidental o Marítima, del Perú. De ser así, en todo caso, debió serlo por muy breve tiempo; puesto que no llegaron a dejar ninguna huella arqueológica o lingüística, ni prueba alguna de que fueran los constructores de la Gran Metrópoli.

Lo que se puede sostener, y con muy buenas razones, es que los *aillus* o *grupos tribales* y las *comunidades* existentes durante el período primitivo, fueron los que —desde su origen— vivieron en dichas regiones o iniciaron y prosiguieron con su primigenia civilización teocrática. Dichos grupos étnicos o familiares, estaban constituídos por: *preantis-aimaras* y los *prekolla-aimaras*, a quienes siguieron los *protokollawas* o *kollawawas* (hijos de kollas), hermanos de los *lupakas*, *lupi-jakes* (hombres refulgentes) y los *kollanas*. Todos, del *kollao* o *Kollasuyo*, región de los *kollanaka* o *kolla-aimaras*. Éstos continuaron, en ritmo ascendente, el progreso de la cultura heredada y el adelanto del idioma *aimara*.

A las tribus y comunidades anteriores se incorporaron —amigable o forzadamente— las de los *lupakas*, hoy totalmente desaparecidos; los *urus*, de los que sólo restan muy pocas familias, dedicadas a la pesca a orillas del río Desaguadero (*Jankoake*, *Iro-hito*, etc.); los *chipayas*, sojuzgados por los *kollas*, viven en muy limitado número entre las salinas de Coipasa, Poopó y Aullagas; posteriormente, los *parias*, *charkas* y *kurawaras;* luego los *pakajes* (*paka-jakes*, hombres-águilas) de la provincia Ingavi; los *umasuyu* (región aguanosa), provincia Omasuyos; los *sikasika*, *sukasuka* o *chikachika*, los *karankas*, *atakamas*, *machakas* y otros.

Las anteriores afirmaciones se basan en documentos obtenidos en nuestros numerosos estudios folklóricos y en búsquedas arqueológicas —de cerca de cuarenta años— realizadas en el terreno, y en otros dificultosamente extraídos de fuentes dignas de todo crédito, como son las que a continuación se enumeran:

ANTROPOLÓGICAS. Tienen su fundamento en las excavaciones efectuadas en Tiwanaku y sus alrededores (*Chiripa*, *Yanariko* y *Kopajira*) y en zonas más alejadas (*Viacha*, *Jokolluni*, *Takawa*, *Ayoayo*, *Kollasuyo* y *Siripaka*), en las cuales se descubrieron cráneos dolicocéfalos —chicos y alargados, con y sin deformaciones circulares aimaras— propios de las razas primitivas y típicos de los *kolla-aimaras* (fig. 4). Algunos se encontraron a profundidades mayores de cuatro metros y completamente fosilizados, lo que evidencia su extraordinaria antigüedad y su procedencia *kolla*.



FIG. 12 *Chullpa* de un párvulo, con deformación artificial craneana, sacada de un cesto, a cuyo lado se encuentra.

LINGÜÍSTICAS. Éstas se deducen de la no existencia de ningún vocablo perteneciente a lenguas extranjeras que pudieran hacer suponer la presencia y el dominio

ejercido por cualquier otra civilización ajena a la *aimara;* la cual —en contrario— ha dejado nombres netamente suyos en todos los pueblos que sojuzgó e hizo partícipes de su adelantada cultura; en el actual territorio nacional, en los países comarcanos y en los más alejados de las Américas del Sud, Centro y Norte. Hasta en Asia, África y Oceanía, donde aún existen vocablos toponímicos privativos del idioma aimara, al cual el gran poligloto Villamil de Rada llamó "*La lengua de Adán*".

Por lo anteriormente expresado se prueba que los *kolla-aimaras* fueron quienes —antes y después de los cataclismos ocurridos durante los tiempos glaciales— señorearon en la extensa meseta del Ande y que hablaban el idioma de sus abuelos, el AIMARA. Lengua antiquísima que se conserva inalterable hasta nuestros días.

NOMBRE ETIMOLÓGICO. Constituye, hasta el presente, un enigma el nombre que tuvo *Tiwanaku*, en los albores de su organización originaria y pensamos que seguirá siéndolo, mientras no se exhiba una prueba de verdadero valor científico que, ampliamente, confirme lo aseverado.

La mayor parte de los historiadores de la Colonia, Cieza de León, Polo de Ondegardo, el P. Valera, Sarmiento de Gamboa. Garcilaso, Montesinos, etc., después de indagaciones, búsquedas y escudriños en las fuentes de las tradiciones, mitos y narraciones acopiadas de los más autorizados sobrevivientes, nos legaron un crecido número de nombres, cada uno de los cuales era el legítimo para quien tuviera la suerte de haberlo hallado. De ahí proviene la diversidad de nominaciones que —con su propia ortografía— dieron a Tiwanaku, v. gr.: *Huiñaymarca*, *Huayñamarca*, *Taipicala*, *Chucara*, etc.

CHUKIAPUMARKA, según Polo de Ondegardo y otros, se llamaba también HUIÑAYMARKA, ciudad madre.

Como antecedente ilustrativo presentamos la siguiente lista alfabética, de los diferentes nombres asignados a *Tiahuanako* por escritores antiguos y modernos, con sus respectivas significaciones:

Bravo, Carlos . . .	*Inti Huahuan jake* .	Hombres hijos del sol
Cobo, Bernabé de	*Taypicala*	Piedra de en medio
Lizárraga, B. de .	*Taipicala*	" " " "
Cúneo Vidal, R. .	*Tia huáñuc*	Muertos sentados
Díaz Romero, B. .	*Titihuahuanacu* . . .	Los hijos del jaguar
Durán, Juan . . .	*Tiy-huana-co*	Viviendas subterráneas
Escobari I.	*Thia huaña jake* . .	Hombres de la costa seca
Falb, Rodolfo . .	*Tia, ahua, yacu, ana.*	Agua y agua
Garcilaso	*Tiay huanaco*	Siéntate guanacu
Gutiérrez, J. R. .	*Thia huañaco*	Borde o costa desecada
Kramer, Pedro . .	Es nombre aimara	que debe buscarse
López, V. F. . . .	*Tia huañuk*	Luz moribunda
Oliva, C. P. . . .	*Chucara*	Casa del sol
Paredes M., R. . .	*Huina-marca*	Que se engulló o llevó el pueblo
Posnansky, A. . .	*Huiñymarca*	Ciudad eterna
Salas B., F. . . .	*Aymar-Apu*	Capitana aimara
Sanjinés, F. de M.	*Huayna-marca*	Ciudad nueva
Taborga M., Monseñor	*Tiaihunabku*	País sobre el agua de Dios omnipotente
Villamil de Rada	*Ti huan aca*	Esto es de Dios.

Por nuestra parte juzgamos que *Tiahuanacu* o *Tiahuanaco* es de origen *aimara* y que proviene de: *Tiwanaku*, aquí las piedras paradas, después de haber sufrido el cambio de una letra y los apócopes característicos del *aimara*:

Tiwana	la piedra parada o plantada
Tiwananaka	las piedras paradas
Tiwana-akan	aquí la piedra parada
Tiwana-naka-akan . .	aquí las piedras paradas

o, en traducción libre: ¡He aquí las piedras paradas!... Exclamación concordante con el grito jubiloso que lanzarían los descendientes de los emigrados *kolla-aimaras*, al arribar a la tierra de sus progenitores y encontrar las pilastras de su antigua Metrópoli, a la que hallaron totalmente destruída por las invasiones enemigas y por los cataclismos ocurridos miles de años atrás. Destrucción de la cual estaban enterados por las tradiciones, relatos y mitos transmitidos verbalmente por sus antepasados.

DIVISIÓN. La singular e irradiante trayectoria del Imperio de *Tiwanaku*, se halla



Estilizaciones antropo-zoomórficas. Con policromías simbólicas propias del Apogeo de Tiwanaku.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP



FIG. 13. Rudimentarias esculturas de los primigenios pobladores de Tiwanaku, en piedra arenisca: a) antropomorfa; b) zoomorfa.



FIG. 14. Bloque arenisco con seis caras humanas, toscamente esculpidas.



FIG. 15. *Arriba.* Cabezas antropomorfas; la de la izquierda está burdamente trabajada en piedra calcárea, pertenece a la Época Primitiva; la de la derecha ha sido esculpida en roca volcánica, durante el apogeo de Tiwanaku.

FIG. 15. *Abajo.* Incensarios totémicos tiwanakotas; los laterales son proto-tiwanakus y el central, del apogeo.

estrechamente vinculada con la de CHUKIAPU. Comprende épocas y períodos separados por miles de años:

1) *Época Primitiva*, que abarca los *períodos pre y prototiwanaku.*
2) *Época Evolutiva de Tiwanaku*, o de la *transición.*
3) *Época del Apogeo de Tiwanaku*, o de su *gran apogeo.*
4) *Época de la Decadencia de Tiwanaku*, con los períodos de los *Chullpas*, de la *Piedra Poligonal* y la de *Pirka.*
5) *Época de la Dominación Inkaika*, en la cual se originan las construcciones de adobe y de *tapiales.*

El Período Pretiwanaku tuvo su principio con la alborada de los hombres primitivos, surgidos durante la *Época Glacial.* En consecuencia, sus manifestaciones de

vida y de actividad eran completamente embrionarias e inherentes a las de los *trogloditas*, quienes moraban en las quiebras o en las cuevas que el terreno les proporcionaba para su abrigo o protección. Al comienzo de este período, llevaban una vida independiente y nómada; mas, a su finalización, llegaron a la *patriarcal* y *teocrática*. Su existencia se basa en los mitos y fábulas de la antigüedad, aun subsistentes en los relatos y tradiciones aimaras.

El Período Prototiwanaku, se caracteriza por la transformación de los *aillus* o tribus en entidades político-religiosas, por lo embrionario de su cultura y de sus construcciones, hechas de material poco resistente (arenisco, calcáreo y asperón rojo o blanco), apropiado para ser trabajado con herramientas rudimentarias, como sílex y otras piedras duras. Sus edificaciones consisten en pequeñas viviendas cuadrangulares, de dimensiones muy reducidas, trabajadas sobre y debajo del suelo; se encuentran completamente en ruinas o cubiertas por tierra de aluvión y sedimento. Dentro y en los alrededores de dichas obras se hallan algunas representaciones realistas de cabezas, bustos y figuras antropomórficas groseramente labradas en piedras de escasa consistencia; así como de animales, estilizados o realísticamente ejecutados (figura 13). Algunos de estos ejemplares poseen —en una sola pieza— dos, cuatro y seis caras humanas cinceladas (fig. 14).

Entre éstas, existe una cabeza escultórica toscamente esculpida en piedra calcárea, de gran valor arqueológico entre las últimamente descubiertas, pues constituye un documento palpablemente probatorio de que los escultores de este período fueron los antepasados de los de la *Época del Apogeo*. Esto se descubre claramente al comparar las dos cabezas humanas reproducidas en la (fig. 15 *a*) y en las de los pumas (figura 15 *b*) en las cuales se trasluce que la idea, la composición y el plasmado obedecen a los mismos principios. Lo cual evidencia que los escultores de ambas obras pertenecieron a una misma raza, aunque separada por milenios.

Asimismo, se encuentran fragmentos de alfarería simple, con incisiones sencillas o coloreadas y hasta con pictografías de uno, dos y tres colores, sin esmalte alguno; también existen morteros, hachas, piedras boleadoras y arrojadizas, puntas de flecha y de dardo del tipo paleolítico.

Época Evolutiva de Tiwanaku. El comienzo de esta época se distingue por el progreso en la cultura social, política y religiosa, por el mejoramiento en el labrado de la piedra, por la mayor resistencia del material empleado en sus construcciones (rocas basálticas, cuarzosas, silíceas y areniscas, y el asperón rojo), que era llevado del *Kenachata*. Estas edificaciones son de dimensiones enormes y técnicamente ejecutadas, como los fundamentos del gran cerro artificial *Akapana*, cuya base tiene una superficie de 32.000 m^2; la ciclópea escalinata construída con bloques monolíticos de asperón rojo, que mide 8,20 m. de ancho (fig. 20); las pilastras y los cimientos del monumental Palacio de *Kalasasaya*, el cual mide 135 x 118 m.; el edificio subterráneo con incrustaciones de cabezas ornamentales (fig. 18); los bustos estatuarios del atrio de la iglesia de Tiwanaku, adonde fueron trasladados posteriormente (fig. 16).

Al final de esta época y en los comienzos de la siguiente, aparece el metal de extraordinaria dureza llamado *champi*, equivalente al bronce. El material lítico empleado en sus construcciones es de gran consistencia: roca traquítica, con chispas de obsidiana, procedente de la lava andesítica del volcán apagado *Kjappia*, situado en las inmediaciones de Yunguyo (Perú). Esta ciudad —en la Época Glacial— estuvo a orillas del Lago Sagrado; pero, debido al descenso de las aguas, dejó de ser lacustre. Desde allí eran trasportados los enormes bloques de traquita —en grandes embarcaciones— hasta los muelles de la Metrópoli Prehistórica, distantes 80 km., donde se los labraba con las nuevas herramientas metá-



Vaso ceremonial tiwanakota. Altura 17 cmts. Lleva modelada una cabecita totémica de cóndor del que irradian dibujos simbólicos, policromos; debajo, signos escalonados.



Incensario de Tiwanaku. Altura: 29 cmts. Ornado con policromías zoomorfas y astronómicas, alternadas con el signo escalonado, típico de la cultura kolla-aimara.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP
BIBLIOTECA MUNICIPAL MCAL. ANDRÉS DE SANTA CRUZ





Fig. 17. Incensarios de la época de Transición, con modelos felínicos y pictografías totémicas, aún imperfectas.





Fig. 16. Ídolos primitivos, monolíticos de asperón, trasladados posteriormente al atrio de la iglesia de Tiwanaku.

Fig. 18. Construcción primitiva subterranea, en cuyas paredes se hallan incrustadas cabezas escultóricas antropomorfas, por su centro corre la cloaca máxima.

Fig. 19. Idolillo de piedra encontrado en Llojeta, alrededores de La Paz. El personaje representado es semejante al central de la Puerta del Sol de Tiwanaku.

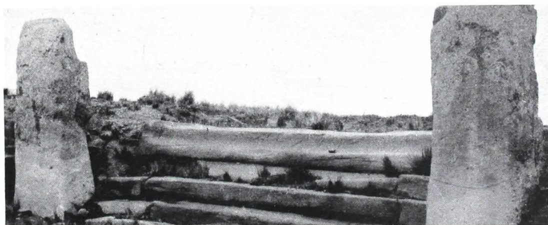


Fig. 20. Ciclópea escalinata que da acceso al palacio Kalasasaya; está constituída por bloques de asperón rojo; el de la parte superior mide 8,20 m. de longitud.

licas y las antiguas de piedra, empleándolos en estatuas y monumentos que nunca fueron terminados, aunque —por las causas que señalaremos luego— se continuaron en las siguientes épocas. En las obras, los bloques grandes estaban trabados con llaves de *champi* de forma de doble *T* o con cuñas.

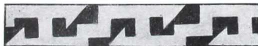
La cerámica experimentó palpable desarrollo, especialmente en el modelado y la decoración. Su material plástico mejoró, asimismo, pero continuó poco homogéneo, áspero y con imperfecta cocción, como puede notarse en la figura 17.

En los aillus de Chukiapumarka (*Kaikoni*, *Llojeta*, *Pfutupfutu*, etc.), se han encontrado esqueletos, ídolos de piedra (fi-

gura 19), fragmentos de cerámica, armas y utensilios absolutamente iguales a los de Tiwanaku, de la misma Época. Lo que prueba su coexistencia con éste.

Época del apogeo de Tiwanaku. En esta esplendente época, la potestad, la cultura y la religión *aimaras* alcanzan su más excelsa culminación, comprendiendo a *Chukiapumarka*, a casi todo el territorio nacional del presente y a gran parte de los países americanos. Su arquitectura, el inigualado bruñido de sus piedras, el esoterismo que fluye de sus ideografías cósmicas y mítico-religiosas, confirman su primacía sobre las culturas orientales. Sus depuradas ciencias y artes emiten rayos de influencia que dejan indelebles huellas en las civilizaciones del Cusco, Nasca, Pachacamac, Chimú, Mochica, Maya, etc., como lo patentizan los hieroglíficos de sus respectivas cerámicas, tejidos y objetos metálicos y de piedra, en los cuales se encuentran reproducidos símbolos y estilizaciones típicamente *aimaras*: el signo *escalonado* o *cordillera;* las representaciones humanas con cuatro dedos en las manos y tres en los pies, propias del período del apogeo; los ideogramas totémicos del felino, cóndores, simios y ofidios, todos peculiares del Tiwanaku.

En su sistema estético, la estilización triunfa sobre el realismo. El metal vence a la piedra, como utensilio o herramienta; la orfebrería llega a la exquisitez. La magnificencia de la arquitectura y lo portentoso de las obras de ingeniería son las características de esta época. A este propósito, G. E. Esquier "ponderando cuidadosamente" sus palabras, dice: "en ninguna otra parte del mundo he visto piedras cortadas con una precisión tan matemática y una habilidad tan admirable como en el Perú; y en todo el Perú, en ninguna otra parte las he encontrado comparables con las que se ven esparcidas en las llanuras de *Tiahuanacu*". Gustavo A. Otero expresa: "Los monumentos de *Tiahuanacu* en el arabesco de las piedras cinceladas, que son verdaderas obras de orfebrería, eternizan el misterio de sus mensajes al futuro". Sus más importantes monumentos son: la fascinante y reveladora *Portada Monolítica*, indebidamente llamada "Puerta del Sol" (figs. 20 y 21), en la cual se descubre que expertos artífices esculpieron —en su parte superior delantera— ideografías simbolizantes de un *homenaje guerrero*, recordatorio de una gloriosa acción ("Nueva Teoría sobre la Famosa Puerta del Sol de Tiahuanacu", p. el Cnl. F. D. de M.), y —en el friso de la inferior— *simbolismos astrológicos* semejantes a los de las grecas cinceladas en las portadas de *Tunka-Punku* (diez puertas), donde podemos admirar bloques que pesan 300.000 kilos (fig. 23), ¡para cuyo transporte y acomodo era necesaria la coopera-





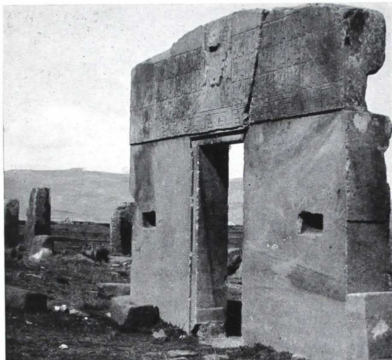



Fig. 21. La renombrada Portada Monolítica de Tiwanaku y las pilastras del palacio *Kalasasaya*, en cuyo interior se encuentra ubicada; está hábilmente burilada en roca andesítica.

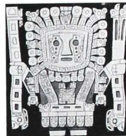


Fig. 22. Personaje central de la Puerta del Sol, cuya similitud con el hallado en Llojeta es palpable.



Fig. 23. Ciclópeos bloques de *Tunka-Punku* (diez puertas) o *Puma Punku* (puerta del puma), algunos de los cuales pesan alrededor de 200.000 kilos. Son de asperón rojo.

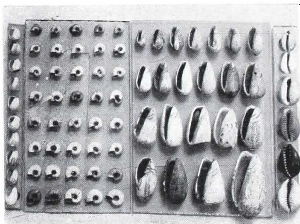


Fig. 24. Diversas clases de moluscos marítimos encontrados en Tiwanaku, que comprueban de modo indiscutible el desborde y la larga permanencia de las aguas del Titikaka en la altipampa andina.

ción de cientos de brazos, de experimentados ingenieros y de complicados artefactos!...; el ciclópeo palacio de *Kalasasaya* —continuado en esta época— del cual hoy sólo quedan sus pilastras, entre cuyos intervalos se levantaban paredes de pequeñas piedras rectangulares, destinadas a sostener el piso superior y cuya entrada era por una gigantesca *escalinata* de más de ocho metros de ancho; las viviendas subterráneas —también cuadrangulares y pequeñas— trabajadas a escuadra y admirablemente pulidas y juntadas.

El inesperado final de esta epopéyica era, se produjo *súbitamente*, como lo evidencia el hecho de haberse encontrado junto a va-



FIG. 25. Bella factura de ceramios tiwanakotas, con modelados zoomórficos, dibujos simbólicos policromos y bruñido resplandeciente.

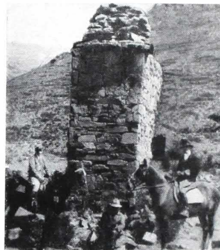


FIG. 26. *Chullpar* de piedra de la época de la Decadencia de los Inkas, existente en Koana, a orillas del Lago Sagrado.



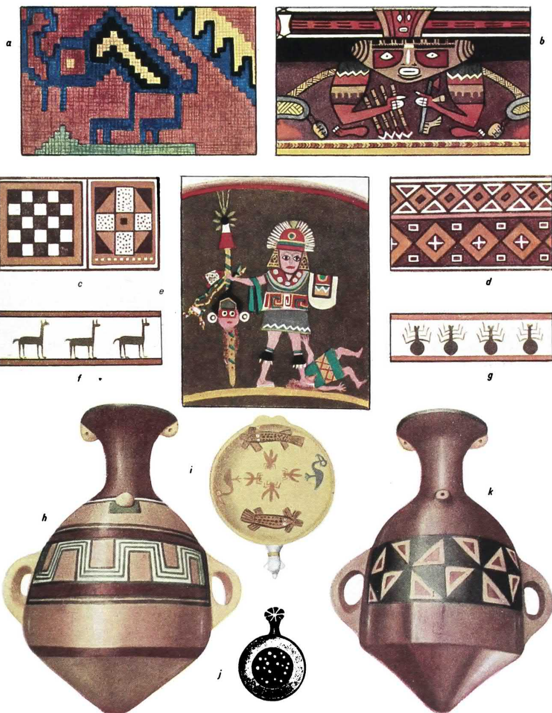
FIG. 27. Palacio *Pillko-kaina* en la Isla del Sol, peculiar de la época del Inkanato; es de piedras ligeramente canteadas.



FIG. 28. Topo cusqueño de plata, con incrustación de un sol broncíneo, al cual se halla adorando personajes antropomórficos y reverenciándolo animales de la fauna del altiplano andino. Mide 345 mmts.

rios edificios en construcción bloques de piedras en filas superpuestas, completamente labradas y listas como para ser colocadas al día siguiente. Asimismo, esqueletos humanos y de animales mezclados, entre ídolos y piedras comenzadas a trabajar, misturadas con fragmentos de cerámica y demás utensilios...

¿Cuál fué la causa que motivó esta catástrofe? Juzgamos que ella se debió —única y exclusivamente— al repentino desbordamiento de las aguas del Lago Sagrado sobre el valle y la metrópoli tiwanakota, como lo revela la existencia de una capa *caliza*, analizada por el Dr. Kiz, por el Prof. Posnansky y por el Cnl. Díez de Me-



Grecas, figuras y ceramios inkaikos y nasqueños. a) Tejido de Nasca. b) Ceramio nasqueño desarrollado. c), d), f) y g) Motivos de grecas inkaikas. e) Figura policroma de un *keru* de Copakabana. h) y k) Cantaritos del inkario. i) y j) Platillos de cerámica inkaicos. Los 4 últimos proceden de kopakabana.



dina, que se encuentra asentada sobre la escalinata de Kalasasaya y otras construcciones. Dicho desborde y su prolongada duración se evidencian con los numerosos hallazgos de moluscos, orestias, paludestrinas y otros (fig. 24). Así como con las huellas dejadas a lo largo del citado valle, que fué cubierto en toda su extensión, abarcando *Tambillo*, *Laja*, *Viacha* y las zonas intermedias, hasta llegar a las proximidades de El Alto de La Paz.

Lógicamente, dicha inundación motivó el éxodo de sus habitantes. Miles de años después, sus descendientes, anoticiados del solevantamiento de la cordillera altiplánica, de la ruptura de las rocas entre Araca y el Illimani por el torrente de las aguas lacustres, que se precipitaron por los barrancos y valles del *Tiwanaku*, *Achokalla*, *Kgenkgo*, *Sapajake*, etc., así como por el consiguiente descenso del nivel del lago, regresaron a la metrópoli erigida por sus antepasados.

La cerámica alcanza el máximo de su desarrollo en la pureza de sus formas, la armonía de sus colores (fig. 25), y en su perfecto e incomparable bruñido.

Época de la decadencia de Tiwanaku. Como resultado de la catastrófica inundación del período anterior, a la que se añadieron los fenómenos telúricos y atmosféricos y las invasiones de las hordas y tribus procedentes de diferentes países y razas, se produjo el decaimiento total de la cultura precedente, aunque se conservaron la religión, la lengua y la civilización anteriores. Lo cual demuestra que el dominio del invasor sólo fué transitorio. La cerámica retrogradó al primitivismo. Su forma, la distribución de sus policromías, el pulimento y los ideogramas fueron copiados defectuosamente de tiempos pasados.

Las construcciones degeneraron en las de la piedra poligonal y la de la *pirka*, cuyos vestigios aun quedan en algunos *aillus de Tiwanaku*, en las islas del Sol y de la Luna, en los *chullpares* de *Sillustani*, *Koana* (fig. 26). Lógica y paralelamente degeneraron las ciencias, las artes y las prácticas social-religiosas.

Esta época finaliza con las cruentas luchas sustentadas entre las diversas tribus de los *kollanas*, *pacajes*, *laricajes*, *machakas*, *puquinas*, *urus*, *pumakanchis*, *atacamas*, *etc.*, comandadas por sus rencorosos



FIG. 29. El Inka Maita-Kapak, primer visitante Orejón de *Chukiapumarka*, La Paz; según dibujo de Guaman Poma de Ayala.

Apus y *Mallkus*: *Makuri*, *Kari*, *Sapalla*, etc. De estas sangrientas refriegas resultaron unas victoriosas, otras dominadas y algunas exterminadas, como las de los *urus* y los *chipayas*. Finalmente, después de tenaz y porfiada resistencia, los *kolla-aimaras* fueron abatidos por los invasores *kechuas*, quienes llegaron a señorear en las vastas tierras conquistadas.

Época de la Dominación Inkaika. En el transcurso de esta época de avasallamiento, el Imperio de los *Incas Orejones* logró afirmar su potestad. Pero sin conseguir imponer su idioma ni su religión adoradora del Sol (fig. 26). En cambio, influyó intensamente en el desarrollo de las ciencias, la instrucción, la agricultura y

las artes; en las que, si bien aventajaban a las decadentes aimaras no alcanzaban a competir con las del apogeo de Tiwanaku, dedicándose, más bien, a plagiarlas imperfectamente. De ahí que parte de su bella cerámica y sus primorosos tejidos estén copiados de aquella época, tanto en sus variadísimas formas como en sus ideografías y dibujos. Lo mismo se puede afirmar respecto a sus construcciones (figura 27).

La alfarería *chukia peña* sufrió igual detrimento e influencia. Los ceramios y fragmentos que se han encontrado en *Llojeta, Tembladerani, Kaikoni* y *Chuquiaguillo* y otros valles de *Chukiapumarka*, muestran dichos indicios de menoscabo.

Durante el gobierno del Inkanato, *Tiwanakumarka* fué residencia transitoria de los monarcas *Inkas*, donde se complacían admirando la grandeza de las ruinas, obra magna de sus ilustres antepasados. *Chukiapumarka* reclinada en el pintoresco y templado valle aurífero del Chokeyapu, celosamente custodiado por sus altivos atalayas —el majestuoso *Illimani*, el legendario *Mururata* y el arrogante *Wainapotosí*— era la residencia favorita de los emperadores *hijos del sol. Maita Kápac* (fig. 29) fué el primer Inka que vivió en *Chukiapu. Pachakutek Inka*, durante su larga permanencia en ella, se preocupó de reconstruirla y hacerla progresar. Incrementó la instruoción y la agronomía en sus fértiles valles.

Época Moderna. En tanto que los gobernantes *Inkas* consolidaban su señorío sobre los pueblos antipámpidos, llevando adelante sus dilatadas conquistas, arribaron las aguerridas milicias de Pizarro a abatir la dinastía de los *hijos del Sol*. El *vasallaje aimara* prosiguió bajo el mandato de los conquistadores ibéricos. Pero más tarde, los indómitos patriotas alto-peruanos quebrantarían el yugo opresor. Y nacería la República.

Así, infausta y miserablemente, finalizó la gloriosa trayectoria del singular *Imperio de Tiwanaku* y el de sus tradicionales *wiñaimarkas*: *Tiwanaku* y *Chukiapu.*

Conclusión. Fatalmente, ni nombres ni pueblos pueden eludir las leyes que rigen la humanidad. Ya se trate de preponderantes imperios como de exiguos países. Las reglas inmutables que los rigen son inexorables. Bajo la férula de este imperativo universal, fenece el más grande y poderoso Imperio Prehistórico de las Américas. Empero jamás desaparecerán:

LA CUNA DEL HOMBRE AMERICANO, como la llamó el conceptuoso arqueólogo Profesor Posnansky: *Tiwanaku.*

LA LENGUA DE ADÁN. Así clasificado el idioma de los *kollas* por el eximio poligloto Villamil de Rada: el AIMARA.

LA RAZA DE BRONCE, como la denominó el reputado historiador Arguedas: la KOLLA-AIMARA.



ORIGENES DE CHUQUIAGO

LA "MARCA" O PUEBLO AYMARA

por

ABRAHAM VALDEZ

"Llegó en la hora en que aprendíamos que nuestro propio destino estaba ligado a los actos de los que nos precedieron en el camino, y a la estructura misma de la tierra en que nacimos".
ELIE FAURE

LAS ciudades viven en trayectoria de siglos. ¿Podremos decir que son eternas? Algunas perduran por milenios; otras decaen, se estacionan o desaparecen. Pero, en todas se da un espíritu propio, un hálito que las anima. ¿Qué factores confluyen en esa expresión invisible, que existe y que ya hemos llamado su espíritu? En primer término, el hombre y, más allá, la tierra, y ambos en influencia recíproca. Por eso todas las ciudades tienen su destino. El destino de las ciudades obedece a leyes, a veces, inexorables. Lo tienen prefigurado, desde que nacen. Ocurre, sin embargo, que algunas vencen su sino adverso, y crecen. El crecimiento de las ciudades es trascendente, histórico. En ellas culminan laboriosos procesos sociales y adquieren sentido político las regiones. Son su expresión o síntesis. En sus orígenes descubrimos, fatalmente, la acción creadora de una estirpe. Y, a lo largo de sus vidas, puede hallarse el influjo decisivo, la impronta o la huella de lo que fueron sus auténticos fundadores. En las ciudades se suceden las generaciones en un trasiego incesante de vidas, en alternativas de luchas y pausas bienhechoras. Es en ellas donde los hechos colectivos adquieren sentido y resonancia políticos. Por ello hay ciudades próceras, conductoras y ciudades que vegetan o se degradan. Empero, como en toda parábola vital, en la trayectoria de las ciudades hay un curso, un rumbo, un destino que arranca de sus orígenes. Y así descubrimos que las ciudades tienen personalidad. Esta personalidad de las ciudades es consecuencia del carácter dominante de sus pobladores y del influjo del medio geográfico. Existen, por tanto, ciudades viriles, altivas, motoras, y ciudades fáciles a la dominación, indiferentes, neutras, como existen ciudades del llano, del valle o de la montaña.

A las ciudades del mundo americano las rigen las mismas leyes sociológicas y geográficas que a las demás de otros continentes. Pero tienen un sello peculiar que las caracteriza. Allí donde se gestaron culturas y civilizaciones, nuestras ciudades son hasta prehistóricas. Tales serían México, el Cuzco y La Paz. Otras fueron levantadas sobre caseríos o villas indígenas, conforme a los designios de los conquistadores.

La nuestra, no tiene la ejecutoria de haber sido cabeza de nación en los tiempos prehistóricos; sin embargo, le cupo estar

en el ámbito de una vieja cultura, la única que se dió en la América del Sur. Tiene su genealogía en la *marca* aymara, de edad milenaria. Fué centro de atracción cuando los Incas expandieron sus conquistas sobre el Kollasuyo. Durante el Coloniaje, no alcanzó la fama o el auge de



Dolmen de Hachahuilqui. – Araca.

Chuquisaca y de Potosí. En cambio, se reveló con vigorosa personalidad, hasta ser aquella Intendencia que hizo la Revolución de mayor contenido político y libertario del Alto Perú.

A esta altura de su existencia, en que es la ciudad crisol de la vida boliviana, y en estos días que siguen al suceso que la conmovió en su espíritu y en su carne, para sacudirse del oprobio, hay un motivo más para indagar de qué estratos profundos provienen su energía y su vocación libertaria. Ciudad de destino heroico, apta para las realizaciones del progreso; receptora y creadora de cultura, víscera noble, antena y motor, ¿tiene un pasado remoto que nos revele las viejas raíces de estas excelencias?

Entre los dos brazos del Ande, allí donde sus elevaciones cobran majestad y grandeza planetarias, está la altiplanicie, la *pampa* aymara, extensa y cambiante; frígida y misteriosa en la puna y de clima benéfico y dinamizante en sus declives. No es desolada como las estepas, ni estéril como los desiertos, ni monótona como las llanuras. Donde se dirija la mirada, se perfilan las sierras en sus perspectivas escalonadas o nos dicen su presencia las montañas nevadas de entrañas metalíferas de la cordillera luminosa. Su fauna y flora aborígenes, no variadas, pero de ejemplares útiles y estéticamente impresionantes, demuestran su receptividad vital.

En el septentrión del Altiplano, con las aguas de la Cordillera madre se ha formado el lago Titicaca. La existencia de este mar interior ha permitido con sus dones —tierras fértiles en sus orillas e islas, con su fauna y su flora lacustres y su mismo elemento que unió sus confines, incitando a surcarlo—, el asentamiento del hombre primigenio. Así se explica que en su hoya se hubiese gestado una cultura. Y no sólo debieron ser incentivo sus dones naturales, sino, su belleza misma. Lago de aguas cristalinas, cuyas tonalidades cambiantes en las gamas del azul y del verde, según el curso del día, conviértense en la tarde en piélago de sangre o en llanura de plata. Lago donde se retratan las nubes, en sus viajes aéreos y lentos; espejo de los nevados eternos. En las noches, sus aguas devuelven su luz a la luna y a las estrellas. Ámbito sagrado por su silencio, propicio para dar nacimiento a las teogonías. Elemento de un paisaje que incita a la creación de mitos; si es benéfico además de bello. No es extraño que los primitivos habitantes de su dintorno hubiesen sido los creadores de una religión solar. Y que la fábula, en su poético simbolismo, hubiese hecho surgir de su elemento a la pareja civilizadora, en el amanecer de un Imperio.

Cerca del Altiplano, formando parte de su cosmos, en la cuenca de un río descolgado de un helero de nombre indígena, se asentaron los aymaras. Aquí comienza el génesis de la ciudad de La Paz; su caminar en el tiempo. Incentivos para su avecindamiento pudieron ser el clima, menos rudo que el de la meseta, la existencia del río,

de tierras laborables, de campos de pastoreo. Es decir, un sitio apropiado para radicarse de por vida. Es posible también que, de acuerdo con sus creencias religiosas, su veneración por los *achachilas* —las grandes elevaciones montuosas— pudo influir en el establecimiento de los primeros *ayllus* la presencia del Illimani que, al fondo de la cuenca, se levanta y perfila, majestuoso. Este monumento de la naturaleza, constelación de nieve y roca, de líneas armoniosas, que excita la admiración y que influye en el ánimo como un don puramente estético, fué, sin duda, un símbolo de los subyugantes poderes de los *Apus*, los demiurgos andinos, siendo, él mismo, un *Apu* supremo.

En sus exploraciones, partiendo del Titicaca con dirección a la floresta donde debían proveerse de madera o de frutos, descubrieron la cuenca y la atravesaron. En sus jornadas a los *Yuncas*, era el fin de la primera, que invitaba al descanso por el abrigo natural y por la existencia de pastos y de agua. La hoyada constituye, entre la altiplanicie y la cordillera, una gigantesca concavidad donde se está a cubierto de los vientos alígeros y helados y donde la atmósfera es menos fría que en la meseta. La cuenca, en toda su extensión, con sus benignidades, tiene la atracción de un oasis. Es el comienzo del descenso bienhechor hacia los valles, en la travesía a las vegas.

Si la consideramos como expresión estética, ofrece un panorama impresionante por su severidad. Se extiende longitudinalmente en varios kilómetros, a ambas orillas del río, formando una quebrada abierta con sus inmensos taludes que, por el este, ganan las serranías que la circundan y, por el poniente, forman arista con la ceja de la altiplanicie. A vuelo de pájaro, es un anfiteatro de topografía irregular y laberíntica que ofrece perspectivas variadísimas, destacándose al fondo las sierras multicolores y, más allá de ellas, el Illimani. No ofrece la hoyada un paisaje grato, como sería el de un valle de vegetación variada o de rincones pintorescos. Tiene un curso sinuoso, en el que, los avances de las colinas y las quiebras de sus riachos ocasionales le dan perspectivas de escenario, de dondequiera se la contemple. Hondonada para la contemplación de sus panoramas y de la montaña de nieves perpetuas del trasfondo. Sitio de la meditación, podría llamarle un filósofo de arranques telúricos, pues, quien contempla, está en el comienzo del cavilar, del pensar ahincado. Paraje serrano y andino, severo, sin galas, tiene la virtud de infundir fortaleza y temple al ánimo. En él prosperó la ciudad donde una nación, más tarde, aunó sus anhelos, sus deseos, sus designios, para vivir las sucesiones dramáticas de su historia.

Éste es el lugar que eligieron los aymaras antiguos, aquellos que dieron vida a la cultura Tiahuanacu. ¿A qué estirpe pertenecieron? ¿Fueron los *pacajis*, los *umasuyus*, los *sucasucas?* Esto es lo que aun no puede desentrañarse, pero existen indicios para afirmar que han sido los *pacajis* los descubridores de la cuenca, y quienes decidieron establecerse aquí. Y lo hicieron tal como proceden los fundadores de pueblos, es decir, previo el reconocimiento, catando sus dones naturales, aquilatando su conveniencia y, por qué no decirlo, tomando muy en cuenta los contrastes de la escenografía serrana, de tan fuertes poderes de atracción, así sólo fuese por la existencia del Illimani.

Imaginémonos la cuenca deshabitada, sumida en silencio solemne y, allí, en el borde de la altipampa, contemplarla uno de esos *Mallcus* emprendedores y de mirada penetrante, avizorar en toda su extensión la hoyada. El río torrentoso, los manantiales incitantes, los *chijis* de verdor reluciente, la vegetación aborigen coloreando las múltiples quebradas menores, sus cerros con pelambre de paja, las sierras policromas, sus picachos azulados en la lejanía y, dominando el dilatado trasfondo

como expresión de altura y belleza, como imán para sus ojos, el Illimani. Y admirarla en un estado de ánimo reconfortante, ya que el poder de lo bello es ése, infundir en el alma un goce que, en el descubridor, debió expresarse en emoción panteísta.



Arando con instrumentos característicos para la siembra de papas, según un dibujo de Guaman Poma de Ayala.

La decisión de los fundadores de pueblos es la misma que mueve a los descubridores, a los creadores de religiones, a los conductores políticos. Decisión que tiene el acierto de las obscuras fuerzas de la naturaleza. Empero, no son ciegos instrumentos de ella, ya que la naturaleza no tiene designios. Estos hombres que deciden de la suerte de sus congéneres, son los arquetipos, los intérpretes de los momentos culminantes; jefes o caudillos, maestros o sacerdotes, desempeñan el papel de guías. Por eso en ellos se aguza el sentido de responsabilidad y son los que dicen: así será, aquí será, se hará esto. Uno de esos *Mallcus* o caudillos, teniendo presente que el sitio era favorable para establecerse, debió escrutar, con ojo zahorí, la oquedad y, maravillado por el contraste con la puna, decidirse por este seno, donde la vida se ofrecía menos ruda. Así debió empezar el diálogo del hombre y de la tierra, mediante una actitud definitiva, para perpetuar una estirpe, con el trabajo y la cooperación comunitaria. Porque es ya el momento de decir que, para vencer la resistencia de la tierra, para domar la naturaleza, pocos hombres existen como el andino. Y es el medio el que lo templó de ese modo. Su lucha con el cosmos tuvo que ser más ardua que en otras latitudes. Si la civilización es este vencimiento de los elementos de la naturaleza, pocas razas como la aymara se sobrepusieron a ellos con tanto vigor, perseverancia y heroísmo. Sólo así logró arrancar a la tierra dura y reseca, sus frutos. Adaptado para soportar el frío y los vientos, para vivir a tan "insensata altura", como llegó a decir Keyserling, es el andino un hombre nacido para doblegar obstáculos. Gana las distancias con paso menudo y ligero, sortea las sierras, escala las cumbres, tramonta las cordilleras y puede dormir sobre el suelo duro en la pampa o en los recuestos de los nevados, teniendo por techo el firmamento.

El estudio de la *marca* aymara, que fué primitivamente *Chuquiago*, ofrece la oportunidad para delinear cuál pudo ser el curso de la evolución social del hombre altiplánico. Existen contribuciones de la Arqueología, de la Etnología, de la Sociología y de la Lingüística. Empero, sus conclusiones no son satisfactorias. Correlacionándolas, y aplicando las modernas teorías culturales, permiten esclarecimientos sorprendentes.

En la Protohistoria sudamericana, la atención de los investigadores ha sido monopolizada por el Incario. Es uno de los temas preferidos por los cronistas y por los hombres de ciencia europeos: viajeros, historiadores o sociólogos. Pocos han tratado de inquirir el origen del llamado Imperio Incaico; pocos se han preguntado de dónde procedieron sus instituciones básicas. Si la

civilización de los Incas fué el resultado de un proceso autónomo, o bien la consecuencia de otra que le antecedió.

El origen del Incario sólo es referido a los dominios de la mitología, y así es desfigurado; dase como un amanecer providencial, en que una pareja legendaria, o



Cosechando papas entre los aymaras, según un dibujo de Guaman Poma de Ayala.

un grupo gentilicio, como los hermanos *Ayar*, premunidos de capacidad organizadora, hubiesen sido los "fundadores" de una dinastía y, por ende, de una organización social. Esta versión fabulosa, reducida a hipótesis explicativa, es inaceptable. Significaría dar por existentes a seres extraordinarios o providenciales, poseedores de conocimientos sobre las técnicas agrarias y de la construcción, y dotados de capacidades organizativas, que hicieron su aparición en el Titicaca por arte de encantamiento. ¿No será preciso indagar, más de acuerdo con la Sociología, cuál fué el proceso de las formas sociales, de las que los "fundadores" del Imperio no fueron sino expresión y, más concretamente, portadores? Sólo en caso de demostrarse la presencia de colonizadores extracontinentales, podría darse por probable la aparición de una pareja o de grupos premunidos de conocimientos y capaces de dejar sentir su influencia social o cultural. Tal tesis no procede, ya que no hubo inmigración o colonización de elementos extraños. Existen, por el contrario, testimonios y pruebas de que antes del florecimiento de la civiliza-



Una fiesta entre los collasuyos, según dibujo de Guaman Poma de Ayala.

ción incaica, hubo otra en el mismo ámbito andino, que debemos aceptar como a la genitora del Incaísmo.

Nuestras investigaciones, basadas sobre atisbos de autores europeos, que se plantearon el problema sobre el origen del Incario; utilizando las inferencias de investigadores bolivianos y, muy especialmente, aplicando las teorías culturales, nos permiten sentar como explicación más conforme con los procesos sociales y culturales, que muestran decursos semejantes, que la civilización de los Incas tuvo por antecedente a la cultura *Tiahuanacu*. Así, la existencia de esa civilización se presenta más de acuerdo con las leyes generales de la evolución humana. El hombre andino y, concretamente, el habitante de la hoya del Titicaca, fué el protagonista de esa evolución. Recorrió y superó los estadios pri-

marios del salvajismo y la barbarie hasta llegar a la condición de civilizado, para culminar, en ascensión progresiva, en elemento creador de una cultura.

Tiahuanacu es, pues, la cultura aborigen y genuinamente americana. Sus restos arqueológicos constituyen el testimonio más fehaciente de lo que afirmamos. En la cultura Tiahuanacu, se encuentran todos los "dominios culturales" que integran el orbe de una cultura, como creación humana en la naturaleza y frente a ella. Los tiahuanacus, que no son otros que los antepasados milenarios de los actuales aymaras, animaron una de las más fecundas mitologías, que contiene la cosmogonía y teogonía andinas; tuvieron costumbres y organización propias; crearon un idioma, inventaron técnicas, se dieron una religión y, lo que para muchos autores constituye el sello inconfundible de una cultura, se expresaron, en el orden artístico, mediante un estilo propio e inconfundible.

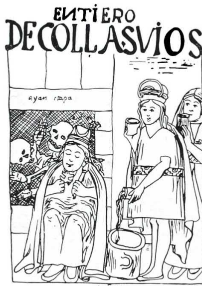
Esta cultura de la meseta, en cuya formación debió conjugar el aporte de estirpes de distintas regiones, experimentó el aflujo de decisivas incoporaciones, hasta constituir un todo unitario y orgánico. Después, una vez constituído su punto focal, que fué Tiahuanacu, extenderse, llevar sus valores en un movimiento centrífugo. La irradiación cultural, de la que quedan restos materiales y vestigios reveladores, por buena parte del Continente, es otra demostración de su poder expansivo. Igual fenómeno nos ofrecen las demás culturas antiguas.

Con la cultura tiahuanaquense ha ocurrido un hecho excepcional que sería demostrativo de su vitalidad. Periclitada, ya sea por haber cumplido su ciclo, o por otras causas al parecer catastróficas, volvió a renacer en una civilización. De sus viejas raíces, como ocurre con ciertas especies vegetales, brotó un nuevo tronco, tan vigoroso como el que fuera sustentado antes. Esa civilización, hija o producto de la cultura aborigen, en su etapa expansiva, cubrió los mismos ámbitos geográficos, hasta donde llegara en su diáspora bienhechora. Se trata, pues, de un inusitado caso de renacimiento que, al parecer, estaría en contradicción con lo que generalmente ocurre en los procesos culturales. No llegó a desaparecer totalmente, como aconteció con otras culturas prehistóricas. En el orbe andino tendríamos el caso extraordinario de que una cultura dió nacimiento a una civilización. Sus valores la nutrieron. Sus elementos humanos supérstites, resultarían ser los transmisores de su vieja sabiduría. Grupos sociales, que por sí mismos no llegaron a vencer los estadios primarios de evolución social, fueron civilizados por obra de tales transmisores. Una nación joven, con un nuevo destino, ocupó el lugar dejado por la cultura madre. No puede existir otra explicación satisfactoria sobre los orígenes del Incario. Pues es sabido que las civilizaciones no advienen milagrosamente. Se forman en un lento y laborioso proceso, requieren de cimientos, de estructuras y de un poder social fecundante. El poder fecundante, que el mito poético de la pareja legendaria hace surgir de la entraña del lago Titicaca, no es otro que el poder de los conocimientos que llevaron consigo los sobrevivientes de dicha cultura.

Sin referirnos a las intuiciones de algunos de los cronistas que visitaron y describieron las ruinas de Tiahuanacu y dejaron sentado que ellas correspondían a tiempos pretéritos al florecimiento del Incariato, acudamos al juicio de escritores modernos para afianzar más nuestros asertos. D'Orbigny, al describir la puerta del Sol de Tiahuanacu, dice: "Para la época en que se erigieron esos monumentos, ya existía allí el culto del sol en ese lugar, centro de una civilización muy adelantada y de una población muy numerosa. Si eso es así, lo que resulta muy difícil no admitirlo, como esos monumentos son anteriores a los Incas, que los descubrieron en ocasión de sus conquistas..." [1].

[1] "Viaje a la América Meridional".

Prescott, nos dice: "Hay motivos para creer que existía en el Perú una raza civilizada antes de la época de los Incas; y, en conformidad con la mayor parte de las tradiciones, podemos fijar su origen en las inmediaciones del lago Titicaca; deducción fuertemente confirmada por los majestuosos restos de arquitectura que se ven en sus orillas, después del transcurso de tantas generaciones" [1].



Una ceremonia fúnebre, que significa un profundo respeto y culto a los muertos, según un dibujo de Guaman Poma de Ayala.



Los indios collas haciendo ofrendas a sus ídolos. Según un dibujo de Guaman Poma de Ayala.

Para ambos especialistas en estudios de americanística, no hay lugar a dudas sobre la precedencia de Tiahuanacu en la cronología precolombina. Tanto el naturalista como el historiador, aceptan la existencia de una "civilización" preincaica. En la actualidad, y aplicando conceptos más precisos —de acuerdo con las teorías culturales—, podemos afirmar que tales restos arqueológicos, más que a una civilización, pertenecen a una cultura.

Se sostiene que la evolución del hombre americano ofrece muchas lagunas difíciles de explicar, lo que ha determinado que algunos "americanistas" nieguen la existencia de culturas aborígenes, sentando aún la hipótesis de que el Incariato sería el resultado de colonizadores extracontinentales. Empero, son precisamente las teorías culturales las que nos ofrecen los más seguros derroteros que permiten la recomposición de las culturas antiguas. La misma mitología, para muchos autores de dudosa aplicación en los intentos de descubrir los posibles orígenes de las culturas desaparecidas, con una interpretación acertada, se hace inteligible. Es posible, por tanto, utilizar los mitos como auxiliares para penetrar en el pasado remoto; puede leerse en ellos el curso probable de las primeras manifestaciones sociales de los pueblos prehistóricos. Los hechos fabulosos se tornan en representaciones de hechos reales; los personajes legendarios, cobran trayectoria terrena. Tal es el caso que nos ofrecen los "fundadores" de la civilización incaica.

Intentemos una incursión en el campo de la mitología americana, en una de sus versiones más conocidas, recurriendo para ello a una de las fuentes más autorizadas,

[1] "Historia de la Conquista del Perú".

a Garcilaso de la Vega. Este autor, justicieramente ponderado, pero aún no bien comprendido, declara que los relatos que consigna en sus *Comentarios Reales*, provienen de personas que pertenecían a los grupos dirigentes, que las recibieron de "las propias palabras de los Incas". El mito sobre el origen de los Incas, según Garcilaso, es el siguiente: apiadado el Padre Sol —la divinidad de esos tiempos—, por el estado de semisalvajismo en que vivían los habitantes de los valles del Vilcamayu, envió a sus hijos *Manco Cápac* y *Mama Ocllu* para que los civilizaran y adoctrinasen en la religión solar. "Con esta orden y mandato puso nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca"; les dió una varilla de oro para que, donde ella se hundiese en sus exploraciones, allí se asentasen como "Reyes y señores de todas las gentes que assí doctrináredes con vuestras buenas razones, obras y govierno". "Ellos salieron de Titicaca y caminaron al septentrión", hasta llegar a los valles del Cosco, "que entonces todo estava hecho montaña brava". En ese valle, Manco le dijo a su hermana y mujer: "conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer esta gente, para los doctrinar y hazer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda". Convocáronlos, en efecto, a "los primeros salvajes que por estas sierras y montes hallaron", los cuales, maravillados por la figura y el indumento que llevaban y por los métodos persuasivos que emplearon, "los adoraron y reverenciaron como a hijos del Sol y obedecieron como a Reyes"; ayudándoles para atraer mayor número de hombres y mujeres. Los recién llegados, les iniciaron en las tareas agrícolas y en la construcción de viviendas, "dando el Inca la traza cómo las devian hazer". Mama Ocllu enseñó a las mujeres a hilar y tejer y "los demás oficios del servicio de casa". Uno y otro desempeñaron, como se desprende del relato, el cometido de maestros. Enseñaron, fueron los iniciadores de prácticas nuevas y desconocidas por los terrígenas de esos valles confinantes con la selva. Y fué tan decisivo el poder de las virtudes y de los conocimientos de Manco Cápac y de su esposa, que fueron acogidos no sólo como maestros, sino como seres investidos de poderes sobrehumanos.

Reduzcamos esta versión mítica a términos comprensibles para nuestra época. Auxiliados por la Sociología y por las teorías culturales, podemos concluir por esta explicación: La pareja misteriosa, emergida del Titicaca no es sino simbólica de un grupo humano que se desplazó de uno de los centros vitales de la meseta, después de la destrucción de Tiahuanacu, a causa de un cataclismo geológico o como consecuencia de una guerra que determinó su colapso político. Emigrantes con rumbo al norte, continuando en cierta forma la trayectoria de las culturas que siguen el curso de este a oeste, arribaron a regiones propicias a su establecimiento. El mandato del Sol, para que allí donde se hundiese la barra de oro, es también otro símbolo del asentamiento en una región donde la vida fuese más llevadera: búsqueda de terrenos fértiles, en buen sentido. En esta emigración, los aymaras —eran de esta raza los civilizadores—, encontraron grupos primitivos, a los que redujeron hábilmente. Se trató, pues, de una colonización en un medio apropiado, tanto por las condiciones climáticas, como por la índole pacífica de sus pobladores. La pareja legendaria pudo haber investido una forma muy posible de jefatura del grupo emigrante que, después, fué reconocida por propios y extraños. La leyenda en sí, contiene datos por demás sugestivos sobre el estado de semisalvajismo en que encontraron los colonizadores a los habitantes de los valles cuzqueños. No conocían la agricultura, no vivían en comunidades organizadas, no sabían las técnicas para la construcción de casas ni para la fabricación del vestuario. Iniciáronlos en todas estas actividades —propias de los que alcanzaron grados de civilización—, hasta dotarles, además de un gobierno, de una religión.



Ruinas de Tiahuanaco.



Islas en el Titicaca.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP

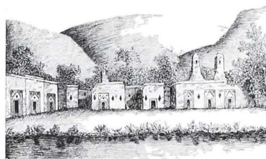
Quienes partieron de la hoya del Titicaca fueron portadores de conocimientos, de formas de organización agraria, de normas de convivencia, de costumbres civilizadas, que las habían adquirido en el decurso de su propia evolución cultural. No puede existir otra explicación valedera acerca de los orígenes del llamado Imperio Incaico.

Todos los mitos sobre los primeros tiempos del Incario son parecidos y concuerdan en que sus fundadores partieron del sur, es decir, del Titicaca. Tal el mito de los hermanos *Ayar*, nombre que en la lengua aymara tiene todos los caracteres de una palabra clave, pues significa *portador*. Los *Ayar* como muchos otros personajes legendarios habrían tomado tal nombre o fueron así llamados, por la misión que les cupo cumplir. Serían, entonces, los portadores de la sangre y del espíritu del pueblo que protagonizó una cultura.

En la zona central de la América del Sur, allí donde los Andes alcanzan su expresión orográfica más vigorosa, en la meseta que circundan, se ha gestado una cultura prehistórica. Su centro de convergencia y foco de difusión fué Tiahuanacu. Esta cultura ha sido el germen de varias civilizaciones, entre ellas la Incaica. Los restos arqueológicos descubiertos en toda la extensión continental que abarca los territorios de Bolivia, el Perú, el Ecuador, el norte argentino y parte de Chile, constituyen la prueba irrebatible. La toponimia, en todo este dilatado territorio, que corresponde a la lengua aymara principalmente, es otra demostración, por demás elocuente, de dicha expansión cultural. Si a ello añadimos los resultados de las investigaciones de la sociología arqueológica y las correlaciones a establecerse, conforme a las teorías culturales, dispondremos de los suficientes elementos de juicio que exige el rigor científico, para respaldar estas afirmaciones.

Esta vez, y en relación al tema de este ensayo, hay que referirse a las posibles formas sociales que, en su crecimiento y modificaciones, han constituído las unidades que sirvieron de núcleos a las primitivas sociedades suramericanas, que les permitió alcanzar grados de civilización, que culminaron en una cultura.

Lewis H. Morgan sostiene que en las organizaciones definidas y sistemáticas de la sociedad existen dos "planos" —que para mejor comprensión, se podría llamar instancias—: "La primera y más antigua, fué una *organización* social, asentada sobre *gentes, fratrias* y tribus. La segunda y posterior en tiempo, fué una *organización política*, asentada sobre territorio y propiedad". Añade que en la primera "instancia", se creó una sociedad gentilicia, de relaciones puramente personales y, en la segunda, se instituyó "la sociedad política, en la que el gobierno actuaba sobre las personas a través de relaciones territoriales, v. g.: el pueblo, el distrito y el Estado". ¿Cuál fué la forma de organización social, de la que pudo partir el proceso de crecimiento de las primeras agrupaciones en la meseta? Superados los estados de salvajismo y barbarie, los habitantes de la hoya del Titicaca alcanzaron una forma social perdurable, basada en el vínculo consanguíneo: el *ayllu*.



Reconstrucción imaginaria de un monumento incásico, según Valentín Adriázola.

Bautista Saavedra, que estudió esta típica forma de asociación en un libro de luminosas elucidaciones para la sociología americana, sostiene que el *ayllu* se identi-

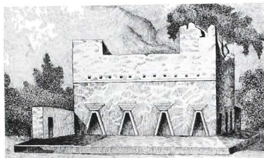
fica con la *gens* griega, que es "la familia consanguínea con un antepasado común, de donde proceden las demás formas de desdoblamiento humano". Contrapone esta su tesis a los sociólogos que sostienen, que en la búsqueda de las primeras agrupaciones que puedan llamarse con fundamento sociales, debe partirse de la horda. En efecto, es la agrupación familiar, la *gens*, y en el caso que nos ocupa el *ayllu*, la forma social en la que realmente existen vínculos duraderos, convivencia y relaciones interhumanas. Otras formas de agrupación, como la horda y la fratria, por lo mismo que en ellas no existen inter-relaciones estables, no pueden, propiamente, denominárselas asociaciones. Son anteriores a la *gens*, no las caracteriza la permanencia de la vinculación y, por tanto, no pueden ser consideradas como formas sociales con visos de organización y estabilidad. La evolución social de los primitivos habitantes de la meseta debe, pues, partir en su estudio del *ayllu*. Si vinculamos el hecho de haberse generado en la hoya del Titicaca una cultura, con estas consideraciones de índole sociológica, forzoso es concluir que esta forma social pertenece al proceso germinativo de dicha cultura. Por otra parte, como sostiene Saavedra, *ayllu* es un vocablo aymara. Y, paralelismo sorprendente: el *ayllu*, como el *gens* griego, el *genos* latino y el *ganas* sánscrito, significa generación o parentesco. La palabra que en aymara significa el sexo masculino, es casi la misma que denomina al grupo familiar y, *jallu*, que quiere decir lluvia, tiene el sentido del poder fecundante del agua.

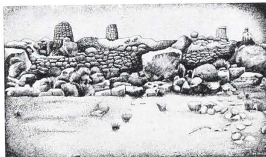
El primitivo *ayllu* aymara es, por tanto, un grupo cuya característica es el vínculo familiar. Es la familia fuertemente articulada, ya no únicamente por la consanguinidad, sino por el trabajo. Y para que hubiese adquirido esta modalidad, que acusa una clarísima proyección social, es preciso considerar las condiciones del medio. La meseta, si bien no es inhóspita ni adversa para la vida, exige de sus habitantes el máximo esfuerzo para hacerla productiva. Obligóles, desde los comienzos de su organización familiar, al trabajo cooperativo o comunitario. Todos los componentes de la familia —hombres, mujeres y niños— debieron contribuir al sostenimiento del *ayllu*. Núcleo social con estas dos características, de la relación familiar y del desempeño de una función solidaria y colectiva, es lo que lo particulariza. En ello radica su poder de arraigo, su vigorosa consistencia social, su capacidad de supervivencia y su posibilidad de alcanzar nuevas formas más amplias, en un proceso de crecimiento que, sin perder su coherencia, dió origen a la formación de comunidades territoriales, de pueblos y distritos, hasta culminar en una extensísima organización estatal. Es decir, hizo posible el advenimiento de las instancias de orden político.

B. Saavedra en su estudio del *ayllu* como tema de sociología americana sostiene, con fundamento, que de su primitiva constitución de núcleo familiar tomó "después otras formas de convivencia social más amplia, extensa y económica". "Es posible afirmar —añade— que el *ayllu* llega a ser en cierto momento un clan agrícola y cooperativo y una comunidad de aldea o *marca*". Son las instancias en las cuales, además de las relaciones familiares, nacen otras como consecuencia del dominio sobre porciones cada vez más extensas de territorio. Lo mismo puede decirse del *clan* de índole pecuaria en el que, fuera del dominio sobre el ganado, gravita otro en los campos que lo sustentan. Al reunirse los *ayllus* para el cultivo o para la crianza de animales que, como queda dicho, obliga a una efectiva conquista territorial, nace la organización política mediante la autoridad de un *ayllu* cabeza o jefe. Cuerpo social y político único, donde la jefatura del *clan* no corresponde a una persona, sino a la comunidad de origen. Trátase de formas sociales concéntricas y armoniosamente equilibradas. Sus ramificaciones van sostenidas por el tronco generador, con tal distribu-

ción proporcionada, que no puede darse ningún caso de crecimiento anormal. Pocas organizaciones se acercan más a las insuperables leyes de regularidad de la Naturaleza. Tienen, por ello, un acentuado apego tradicional, de respeto y de reconocimiento a la autoridad del grupo humano de donde proceden los ulteriores desenvolvimientos, a medida que crece la población.

Los clanes agrícolas, pecuarios o mixtos, con definitivo asentamiento, gracias a las condiciones del territorio y del clima, y manteniendo siempre su modalidad cooperativa, se transforman, bajo el imperativo de nuevas necesidades de ordenamiento social y político, en comunidades de aldea o *marcas*. La *marca* es el pueblo que, posiblemente, creció en torno al *ayllu* jefe que inició la construcción de sus viviendas en sitios mejor favorecidos. El *ayllu-pueblo*, fuera de los vínculos familiares y de cooperación, da lugar a nuevos motivos de sociabilidad: los que nacen de la vecindad. La casa (*uta* en aymara), solitaria y aislada antes, es rodeada de otras; evoluciona en nuevas formas, tales como el *uyu*, o caserón de vecindad que alberga a personas de actividad común, de acuerdo a una división del trabajo que impone las necesidades del pueblo. A medida que la *marca* crece y se desarrollan las actividades que bien pueden llamarse comerciales —intercambio de productos—, aparecen los *tampus* o posadas para los viajeros. Los *uyus* o recintos cercados para el trueque o comercio, son verdaderos mercados, precursores de la plaza pública.


Una reconstrucción imaginaria del templo de la Luna, según Valentín Adriázola.


Región donde existen los llamados "chullpares".

Cada *marca* ejerció influencia sobre zonas extensas de territorio, que fueron los *suyus* o distritos. La confederación de *suyus* o la incorporación de otros a uno de mayor significado, por contener una o más *marcas* preponderantes, habría determinado la formación de naciones, con un fuerte sentido regional o del paisaje. Y, en la coronación de un vasto proceso de acusado cariz político, encontramos el estado de tipo imperial, cuyo centro de dominación fué Tiahuanacu.

De alguna forma social orgánica, de ciertas virtudes para el trabajo, de un determinado impulso creador y de la influencia recíproca entre el "paisaje" y el hombre, se nutren las culturas. Y, por haber logrado dar vida al *ayllu*, con ese su poder germinativo en lo social, es que el aymara primitivo —primitivo en cuanto al orden temporal—, contribuyó, decisivamente, a la formación de un extenso imperio preincaico. En su medio geográfico, allí donde inició su marcha evolutiva, estuvo el foco civilizador y cultural, donde convergieron, en un tráfico admirable, productos, influencias, aluviones humanos, para después ser devueltos, tales acopios, en valores depurados de cultura, del centro a la periferia.

Proceso semejante al que hemos descrito hasta el nacimiento de la *marca*, debió operarse en esta cuenca del *Choqueyapu*. El sitio del primitivo pueblo aymara corres-



Un gran cacique colla.

ponde al barrio de San Sebastián. Su centro de actividades fué *Churupampa*, la explanada de los caracoles. Su edificación debió corresponder al *ayllu* —cabeza mejor dotada de capacidades directivas— o al que primeramente se estableció en la hondonada. Diseminadas, a lo largo de ella, existían las comunidades de *Purapura*, *Achachicala*, *Panticirca*, *Chijini* y otras. Hasta hoy quedan vestigios de la importancia que llegó a adquirir esta *marca* que, mucho antes de la fundación del Cuzco, comenzó su proceso de crecimiento. Tuvo sus gobernadores en los *Mallcus* y *Jilacatas*, muchos de cuyos nombres perduran asociados a los de sus solares, funciones o a su intervención en hechos memorables, tales como *Quirquincha*, *Uturunco*, *Chuquimia*, *Tintuyu* y *Nina*. La *marca* preincaica tuvo su templo, que inducciones no muy forzadas permiten afirmar que estuvo situado donde se edificó, después de la fundación española, la iglesia de San Sebastián. El tambo de Quirquincho viene a ser la posada más antigua de la *marca* y de la ciudad. Posiblemente se adaptó la residencia del *Jilacata Quirquincha* a los usos de *tampu*. Existieron muchas casas colectivas —los *uyus*—, suerte de falansterios, que, dada la organización colectivista que proviene del *ayllu*, no es aventurado asignarles esa modalidad. Así el *Kunti-uyu*, el caserón donde las amas de casa se proveían de material para sus tejidos; debió ser un taller colectivo destinado a preparar tales materiales para el uso doméstico. Su ubicación dió el nombre a la calleja Conde-Huyo, adulteración castellanizada de *Kunti-uyu*. El callejón Viluyo debe su nombre a otra casa colectiva que, por su color, fué conocida por *Wila-uyu*, el caserón rojo. El puente que une la actual avenida América con la calle Figueroa, sobre el riacho *Apumalla* fué denominado *Uturunco*, apodo posiblemente de algún *Jilacata* notable —ya que Uturunco significa animal imaginario—, a la vera de cuya vivienda se construyó la prehistórica *chaca* (puente). Una acequia, construída a la altura de las calles Jiménez y Linares, *Larcapata*, dió su nombre a toda una barriada del pueblo. Lo mismo puede decirse de *Challapampa* o planicie de arena, que hasta nuestros días designa a una zona de la ciudad.

La *marca* precolombina estaba dotada de sitios públicos donde sus moradores se expandían en sus fiestas o reuniones. Los nombres de estos sitios son por demás significativos y nos revelan los usos a que estaban destinados. Tales eran *Cusisiñpata* o *Cusipata*, el morro de las fiestas; y *Munasiñpata* o *Munaipata*, la altura donde era permitido el galanteo, sus derivados y consecuencias.

Queda el nombre de un regidor que demuestra, claramente, que *Chuquiago* era un centro activo en el beneficio del oro y es el de *Chuquimia*. Debió éste su nombre a la función a que estaba destinado. Esta palabra que se descompone en *chuqui*, oro, e *ima*, el custodio, es suficientemente explíci-

ta. Si en el río de la *marca* se lavaba oro, no es inverosímil suponer que también en ella existían los obreros que lo fundían y laminaban, y los orfebres de cuyas manos salieron millares de piezas destinadas al culto, al revestimiento de los templos y al uso personal. La existencia de un funcionario encargado exclusivamente de la guar-



gente que en tal hazienda y exercicio ſe ocu-
pan. Ha ſe de notar que para vn par de in
dios que lauen ſon meneſter dos perſonas
que ſiruan en tracr les tierra/⁊ otros dos q̃
cauen o eſcopeten o rompan la tierra ⁊ hin-
chan las bateas de ſeruicio. Porque aſſi ſe
llaman del ſeruicio aquellas Bateas en que
ſe lleua la tierra deſde los que cauan hasta
los que lauan Eſtos indios eſtan en eſta o-
cupacion del oro ſin los otros indios y gen-
te que ordinariamente atienden a las here-

hazer: y deſpues labran y lauan aquella tier
ra del ſuelo y cogen el oro que en ella hallan:
ſegun ſe dixo de ſuſo. Pero ſi es rio o arro-
yo el que le ha de labrar/ ſacan el agua de ſu
curſo E deſpues que eſta ſeco en medio de-
la madre por donde primero yua el agua/ aſ
ſi como la han ramurado/ que en lengua o
eſtilo de los que ſon mineros platicos quie-
re dezir agotado. (Porque ramurar es ago
tar.) Hallan oro entre las piedras y oque
dades y reſquicios de las peñas: y en aque-

Lavando oro, según un grabado antiguo.

da del oro, nos viene a demostrar que los aymaras de Chuquiago valorizaban ese metal precioso.

De todo lo expresado puede concluirse que los primeros pobladores de esta hoyada fueron los aymaras. El origen del *ayllu-pueblo* se confunde con el desarrollo de la cultura Tiahuanacu, de la que formó parte. Desaparecida ésta, restos de sus sobrevivientes mantuvieron sus tradiciones, idioma, costumbres y religión, mientras en el norte se iniciaba la marcha de una nueva civilización.

Cuando los Incas emprendieron sus conquistas territoriales rumbo al Collao, encontraron habitada la cuenca. Los relatos sobre el Incario señalan a Maita Cápac como al primer Inca que llegó a visitar el pueblo de Chuquiago, después de que sus ejércitos sometieron toda la zona oriental del Collasuyo ribereña del Titicaca. Tales relatos dejan establecido que no fué absoluta la incorporación de Chuquiago a los dominios del Inca. Mantuvo éste la autoridad del *Jilacata* o jefe político; es decir, reconoció cierta autonomía a favor de la *marca* que ya entonces era la representativa de un extenso distrito que comprendía a los *ayllus* de la cuenca, a los de Chuquiaguillo y a los que, diseminados, se extendían en dirección a la famosa comunidad de los *Kollanas* (jefes de cultivo) y de las de *Lurihuaya* (el valle del laboreo).

Existen versiones transmitidas hasta la época histórica sobre el carácter rebelde y celoso de su independencia que demostraron los *chuquiagos* durante la dominación incaica. Siendo Yáhuar Huacaj soberano del Cuzco, su hermano Apumaita emprendió la difícil empresa de someter a nuevas

naciones del Collasuyo. A Chuquiago le correspondió ser el foco de una conspiración e insurrección contra Apumaita dirigida por el inflexible Tintuyu. Este caudillo revolucionario, un verdadero *Willca*, que así se nombra en aymara a los jefes insurrectos, opuso resistencia al general cuzqueño. Libró, contra su ejército de trece mil hombres, un sangriento combate en *Jichucollu* —uno de los cerros de esta cuenca—, siendo vencido.



Uturunco, uno de los caciques dentro de cuyas tierras se fundó La Paz, según un dibujo de Guaman Poma de Ayala.

Los *chuquiagos* venían revelándose, ya entonces, como los más obstinados defensores de su autonomía. Llegaron a aceptar el tránsito de las tropas incaicas rumbo al sur como una condición de que se respetase su libertad. Negociaron, pero no se sometieron.

Tal era su decisión por vivir obedeciendo sólo a sus propios designios que no toleraban que ni aun otras naciones aymaras intentasen humillarles. Rechazaron, victoriosos, un asedio de los *Umasuyus*, arrojándolos hasta su distrito.

Pueblo que se formó gracias a sus propios esfuerzos, pueblo con tradición heroica, debió ser motivo de serias preocupaciones para los gobernantes del Cuzco. En la rebelión de Uscawillca contra el Inca Yupanqui, sus lugartenientes Yanawillca y Tojellowillca invadieron el Collasuyo. Llegaron hasta Chuquiago, cuyos habitantes, aún conociendo la tendencia divisionista de la guerra civil, no se avinieron a someterse a los jefes rebeldes. Es posible que la intención de éstos fuera imponer la leva de combatientes contra el poder legítimo, pero ello significaba someterse a decisiones extrañas y no la consintieron. Arrollados en la resistencia que opusieron, el pueblo fué incendiado y destruído por el furor de los jefes cuzqueños despechados. En su marcha punitiva para reducir a los rebeldes, el Inca Yupanqui llegó hasta Chuquiago.

Las crónicas de la *marca* durante el Incanato señalan otra rebelión contra los avances imperialistas del Cuzco. Fué *Mallcu* el líder indígena de la resistencia, nacido en el pueblo y a quien bien puede señalársele como a un libertador. Los *chuquiagos*, en esta verdadera revolución, no sólo depusieron a las autoridades que representaban al Inca, sino que les dieron muerte. Se alistaron después en las tropas de *Kari*, el jefe supremo de los collas. Esta revolución de vastos alcances, ya que comprendía una zona extensa del Collasuyo, terminó con la derrota de *Kari*, que fué hecho prisionero. Pero tuvo repercusiones favorables, pues, se celebró un tratado —el de Chucuito— que acordó un trato más liberal a los collasuyus.

Todos estos hechos, que pertenecen a la protohistoria de la *marca* chuquiaguina, nos demuestran cómo el habitante de esta cuenca tuvo, desde tiempos inmemoriales, un acusado sentido de la libertad. Rebeldes, osados contra los invasores, celosos de su independencia, bravíos en la lucha, sabían que todo intento de subyugarlos, toda ofensa, debía lavarse con sangre. El colla de este pueblo tiene la psicología del montañés. Es concentrado, cauto, inflexible en sus decisiones. De él nacieron Mallcus, Willcas,

Amautas y Apus, predecesores de sus prohombres históricos.

Aún no existe acuerdo sobre el verdadero nombre de la *marca* o pueblo indígena que sirvió de asiento a la ciudad fundada por Alonso de Mendoza. Para unos el pueblo se llamó *Chuquiagu;* para otros *Chuquiapu*. El acta de fundación consigna estas palabras: el *pueblo de Chuquiabo*, adulteración, sin duda, de *Chuquiagu*. Por otra parte, tenemos que el río de la comarca es corrientemente nombrado, hasta hoy, con la palabra *Choqueyapu*. Como puede observarse, tanto el pueblo como el río tienen denominaciones muy semejantes. En ambos casos, se trata de palabras compuestas, en las que, tanto la primera como la segunda, son muy parecidas, lo que da lugar a confusiones. El escritor Zacarías Monje Ortiz, en su libro *Fundación de la Ciudad de La Paz*, se interroga: ¿el río dió su nombre a la *marca* o viceversa? En rigor lógico, no puede formularse esta pregunta, porque no se trata de una misma palabra que sirva para denominar tanto al río como a la *marca*. Y si así fuese, habría que pensar que primero se nominó al río y después a la población que se formó en su cuenca.

La etimología de estas palabras —*chuquiagu* y *choqueyapu*—, lejos de aclarar en su significado lo que representan o nombran, acrecientan los malos entendidos, y, traduciéndolas literalmente, no resuelven el problema. En primer término, veamos la etimología de la palabra *Choqueyapu*, el nombre del río: trátase de la palabra formada por *choque*, que significa papa y *yapu*, chacra; la traducción literal sería: chacra de papas, denominación inaceptable para un río, por mucho que se asocie la idea de ser éste utilizado para el regadío.

La palabra *chuquiagu*, se descompone en *chuqui*, que es el nombre de una caña fina, utilizada antes, según algunos investigadores, en la fabricación de lanzas; y la palabra *agu* —adulteración de *apu*—, que significa jefe supremo. Sería, por tanto, una denominación simbólica del pueblo que retenía un primado o primacía, dándose por entendido que la lanza representaba un equivalente al cetro o vara, utilizado hasta nuestros días por los aymaras cuando ocupan una función de mando.



Tipo indígena de la comunidad collana.

Es más aceptable la siguiente interpretación de la palabra *Choqueyapu* como nominativa del río, con la siguiente etimología: *chuque* o *chuqui*, como adulteración de *choque*, que, según autorizados aymarólogos, significa oro o metal precioso y *yapu*, chacra; o sea, chacra de oro, denominación metafórica al río de placeres auríferos. Existe otra palabra, *choquemata*, con que se denomina a los criaderos de oro. De estas aclaraciones, se inferiría que la denominación del pueblo fué tomada del nombre del río, lo que es más verosímil si consideramos que sus primitivos habitantes se dedicaron al laboreo del oro, utilizado con profusión en la cultura Tiahuanacu.

La prehistoria de La Paz nos revela estos hechos significantes: primero, que su pasado es tan remoto que se confunde con los orígenes de las sociedades preincaicas, y segundo, que sus fundadores fueron los aymaras. La personalidad que llegó a adquirir como ciudad, en el decurso de su

vida secular, está determinada por ciertos caracteres predominantes en los *collas*. La *marca* en la época incaica y la ciudad durante la dominación hispana, ofrecen ciertas constantes que se manifiestan, igualmente, en la etapa republicana. ¿A qué factores tendrá que atribuirse la particularidad de que sus habitantes posean deter-



La famosa comunidad de los collanas.

minadas cualidades? El substrato de la población ha sido siempre aymara. Existe, entonces, un predominio de la sangre que se manifiesta, a la vez, en las expresiones espirituales. Lo determinante en el pueblo, considerado como un todo social, es la herencia. ¿Posee el aymara virtudes que lo muestren como a un elemento humano capaz de imponer su idiosincrasia aun operado el mestizaje y actualmente, en que no es posible referirse a una población homogénea? Hombre que debió enfrentarse, desde que inició su marcha evolutiva, a condiciones difíciles del medio, encontró en el trabajo —en el trabajo esforzado—, su mejor disciplina para poder subsistir y pervivir. Lo organizó en aquella manifestación, no sólo de contenido social sino moral, que involucra el trabajo comunitario o cooperativo. Con su avecindamiento en la hoyada y con su perseverancia —otra virtud no menos valiosa—, determinó la existencia de esta ciudad. Es pues, propiamente, su fundador. La inclinación natural por el trabajo y esa modalidad de hacer de él, no una pesada carga, sino una actividad ritual y hasta cierto punto deportiva, hizo brotar en su conciencia, fuera del sentimiento de solidaridad, el imperativo de su libertad.

Distínguese el *colla* de esta comarca por su rebeldía, por su decisión de vivir libre, así como por su espíritu justiciero. ¿Cómo llegó a adquirir esta fisonomía espiritual no generalizada? Las virtudes se adquieren comenzando por la propia liberación. Son impulsos purificadores, catárticos, tanto más logrados cuanto más adversas sean las circunstancias que se opongan a la voluntad humana. Es evidente que los hombres en todas las latitudes tienen este imperativo esencial de subsistir. Empero, no siempre persisten en estas contraposiciones victoriosas. La vida, que no es sólo el tránsito temporal ni lo puramente vegetativo, debe ser vivida en su auténtica expresión, es decir, sublimada en el orden moral, que en lo colectivo equivale a la común apetencia de vivir en libertad. Y no siendo extraño que existan pueblos que toleran ser dominados o subyugados, por contraste, hay otros que no aceptan ninguna servidumbre.

En el modo de ser del aymara encontramos estos otros rasgos como propios: su sobriedad, su estoicismo y una espontánea inclinación solidaria cuando se trata del bien común. Esto último patentiza que posee responsabilidad, y así se explica que valorice la libertad. Desde que se constituyó como pueblo en la cuenca, fué avizor de su independencia. No permitió que los invasores del Incario lo doblegasen y, frente al conquistador español, en cuanto pudo, opúsole el temple de su rebeldía de firmes arranques varoniles. En la formación de esta personalidad colectiva, debe considerarse el proceso en el cual se templaron sus virtudes. Descúbrese, en tal proceso, el influjo de la sangre así como la fuerza conformadora de la tierra. Pueblo en cuya trama prehistórica figuran linajes aymaras, pueblo andino, serrano, se ha constituído, con el acopio de generaciones que protagonizaron una cultura, en un mundo geográfico donde la naturaleza se

muestra en toda su grandiosidad de espacios abiertos y de cadenas montañosas que los confinan. En el aymara y en sus descendientes cruzados o puros, perdura el ancestro: consecuencia de la milenaria conjugación de la sangre y su cosmos: el hombre y la tierra ligados *ab-origene*. Ésta es nuestra verdad o, si se quiere, nuestra



Tipo poblador de la comunidad collana.

fatalidad. Verdad que late en nuestras entrañas y fatalidad que debemos aceptarla. Nuestros viejos antepasados fueron poseedores de virtudes que bien pueden parangonarse con las de aquellos pueblos antiguos creadores de culturas. Han incorporado el paisaje andino —con sus riquezas y sus productos—, a los dominios universales. El hombres prehistórico, de esta parte del Continente, ha domeñado al Ande. Lo ha poblado, ha penetrado en sus secretos, ha horadado sus montañas. El oro y la plata que extrajo de sus minas, desde los tiempos precolombinos y durante la Colonia, influyeron en la formación de la era mercantilista que transformó, fundamentalmente, la vida europea.

A los indios desde épocas pretéritas y a los mestizos después, se nos ha llamado *collas* por ser hijos de esta tierra y así aún nos llaman porque somos andinos, hombres de una región que, como en pocas, el terruño, su *genius loci*, tiene poderes afirmativos. Una de las expresiones representativas de la energía colla es la presencia de esta ciudad. Distante de los mares, enclavada en un seno de los Andes, ha descollado en la Historia de una nación, por su civismo y su espíritu libertario, hasta alcanzar la capitalidad. Toda vez que Bolivia confrontó agudos problemas políticos que afectaron a su destino; cada vez que los tiranos ensombrecieron la vida nacional, cúpole a La Paz la misión de reconquistar las libertades perdidas, ofrendando, generosa, su sangre. Ciudad viril y rebelde en las luchas por la emancipación; ciudad sacrificada y mártir, cuando los opresores se ensañaron con ella: de sus calles y plazas insurge el poder multitudinario para abatirlos. Ésta es su ejecutoria y así cum-

pie su destino, con la naturalidad de que, en ello, está el deber que no se rehuye.

La proceridad de La Paz, viene de lejos. No es inexplicable, si recordamos que está ubicada cerca de otra capital cuyas ruinas nos dicen que allí estuvo el centro motor de una vieja cultura. La pasión por la libertad del paceño, también viene de siglos atrás. Y quien es apasionado por la libertad es un idealista. Si no existiesen los hombres en quienes la decisión de luchar por ser libres no se prendiese como una luz, los pueblos serían esclavizados sin remedio. En esta pasión por la libertad debemos ver también su contenido justiciero, vale decir, quijotesco. Por eso no es extraño que sus héroes, que murieron por la libertad, no la vieron resplandecer ni en su agonía.



Ruinas incaicas en una isla del lago Titicaca.

La Paz es, pues, ciudad de abolengo indígena, por la sangre y por el paisaje. Los poderes cósmicos de los *Antis* —nombre aymara— y los horizontes infinitos de la pampa, nos han conformado, espiritualmente, a su imagen. Montañeses y altiplánicos, los andinos, son obsedidos por la libertad y por el obrar. Sus arquetipos fueron representados y prefigurados por los geniales artífices tiahuanacotas que, en sus esculturas, pusieron alas en los hombros de sus *mallcus*, y alas junto a sus ojos bien abiertos. Simbolizaron al hombre que se vence a sí mismo y que sabe domar a la naturaleza, en el *mallcu kunturi*, el cóndor guía y jefe, el ave más poderosa de la creación. En esas figuras, incomprensibles para la inteligencia occidental, está la metáfora audaz y llena de sentido del hombre que tiene que armonizar su dinamismo con el viento, que debe templar su voluntad con las alas del espíritu, para no ser vencido por el Ande y la pampa, y que ve, en fin, la desnuda realidad de su mundo transparente con la agudeza del ave tutelar. Y está figurado el hombre superior —no el superhombre—, en el *Mallcu*, el jefe; y en el *Khapa*, el diligente, presto a los caudillajes constructivos. En los pétreos relieves también está el sacerdote, que cala en los misterios de su mundo y en los de la vida, conjunción de místico y de realis-

ta, que penetra las cosas con los ojos terrenos, pero que también sabe ver con los ojos del espíritu. Hombres con alas; ojos con alas: para vencer el tiempo, para ver más allá de las rudas realidades de la vida corriente. Tales son nuestros símbolos excelsos.

Nosotros, los contemporáneos, con más o menos caudal de sangre indígena; ellos, los descendientes del cruce de sangres, los mestizos; los de más allá, los mestizos de mestizos y los indios, todos, somos hijos de esta tierra, de esta ciudad que, como ninguna, tiene su heráldica en la naturaleza.

¿Qué fuerzas obscuras retienen a quien llega a esta oquedad, en afanes trashumantes, o como viajero que la curiosidad o el azar le hizo venir? Lo cierto es que, gentes de otras regiones patrias o de distintas regiones americanas, o los descendientes de abuelos y padres que aquí se avecindaron, llegan a sentirse como sus propios hijos. ¿Es el poder del Ande? ¿Es que aquí se ofrece un clima a la vida donde, realmente, hay ausencia de orgullo y de egoísmos? Tal vez viejas reminiscencias, tal vez benignidades que nosotros, los oriundos, no descubrimos. En la biología de esta ciudad india, mestiza y cosmopolita, se viene cumpliendo la visión de un profeta de sangre azteca: es una matriz de aquella "raza cósmica", también soñada por los humanistas.

Éste es el origen de La Paz, la *marca* que los españoles encontraron silenciosa, rústica, laboriosa, pero huraña y concentrada en sus propios sentimientos. Al poner en ella la cruz y difundir su habla, la conectaron con España y el mundo cristiano. Desde siempre han sentido sus hijos las hondas raíces maternas. No puede decirse que sea otra, en este siglo, si su pasado estuvo siempre presente, y será en lo futuro lo que comenzó siendo: almácigo de hombres libres, portadores de ideales, hombres con vocación para las grandes realizaciones.



"MARKA-MARKA": LA CIUDAD DE LAS CIUDADES

SUELO Y RAZA. INFLUENCIA TELÚRICA DE LA PAZ EN EL HOMBRE ANDINO

por

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

La dependencia del hombre con relación al suelo que lo contiene, es hecho inmemorial.

Los antiguos admitían profundas conexiones entre la naturaleza exterior y el espíritu humano, reconociendo el juego recíproco de morada y poblador. Observando dónde vive el hombre y cómo vive el hombre, se pudo casi siempre determinar quién es el hombre; porque la criatura ligada al suelo es tierra ella misma, hechura de su medio circundante. Según se presenta su vivienda natural, su zona geográfica, así también se conforma y tipifica el habitante que la ocupa. "Genius loci" —dijo el clásico. En el alma de la raza se aposenta el genio del lugar.

Esa lucha secular entre medio y poblador, que se resuelve en suprema simbiosis física y espiritual, nunca fué mejor analizada que en nuestro tiempo. El concepto "tainiano" puramente geográfico, ha sido superado por los investigadores modernos. Estudios psicofísicos enseñan que no es el hombre el solo constructor de su vivienda, ni el medio geográfico el solo forjador de su habitante. Hoy sabemos que suelo y hombre trabajan en común, conmoldeándose y transformándose recíprocamente. Y cuando Hellpach inventa el vocablo "geopsique" —alma determinada por la tierra— expresa simbólicamente la unidad indivisible de hombre y suelo.

ALTIPLANO

El altiplano sobrecoge por su fuerte arquitectura: montaña, cielo, meseta. Estos tres elementos se articulan en interna e indestructible unidad: sobrios, viriles, ostentan severidad de templo dórico.

¿Qué sería del altiplano sin sus montes poderosos, sin su cielo de porcelana azul, sin la mansa angustia de sus planos dilatados?

Quien no frecuentó la economía natural del paisaje, se resiente de monotonía. Ese azul purísimo que se comba sobre el horizonte y que visto rápidamente alegra, cuando el viajero es moroso y se sumerge en su hondura desasosiega. Intenso, profundísimo, finge un mar en reposo. Al mucho ver, baja de lo alto una sensación de infinitud aterradora. El cobalto se transmuda en zafiro, el zafiro se ahonda en azabache, y el cielo que negrea de profundidad angustia al observador. Los cerros quietos, silenciosos, fatigan el horizonte. El páramo me-

setil se ofrece de una desolación inmensa: escueto, seco, yermo. Apenas, como toques secundarios, se insinúan el caserío indígena, las manchas arbóreas, las fajas cromáticas del sembrío. Aquí nació la leyenda del pueblo triste: al medio severo, elemental, de una economía arquitectónica rayana en la pobreza, debe corresponder el poblador hosco y melancólico. Doble falsedad; no hay pobreza ni tristeza tales. Sólo gravedad, concentración. Suelo y raza se presentan como son: honestos y veraces, libres de artificio. Pocos alcanzan la hermosura monoteísta del paisaje y el natural recogimiento de su poblador.

¿Qué no habla este paisaje? ¡Si es todo lenguas!

La meseta andina vibra, ondula, despide energía a los cuatro puntos del horizonte. Su cielo no hay que verlo aislado, en la hondura metafísica que absorbe y disuelve, sino en el juego seductor con que se envuelve a las cosas, las ciñe, las destaca, las esconde, las muda de apariencia, les sirve de telón de fondo, las azula de su propio júbilo visual. La montaña se agita en la tormenta gravitante de sus formas: irradia fuerza, irradia virtud. Obsequia una gama ricamente variada de luces, de sombras, de contrastes. No hay quietud, no hay mudez en este aire altiplánico maravillosamente seco que escamotea perspectivas, se adelgaza y sutiliza, y con mano finísima aproxima bultos y contornos: todo acusa la inminencia de sus formas. Y al fondo la cordillera, siempre colérica de líneas, potente y altanera siempre.



En las orillas del Lago Titicaca.

El altiplano estalla de energía.

Por esta extensa mesa de paños ocres, pardos, violetas, grises, el ojo no tarda en descubrir la oculta variedad del medio físico. Tierra tendida y ancha, que todo lo refiere a su absorbente poderío. Sobria, adusta, soledosa. Pero la tierra es también múltiple y diversa, nada se pierde en la palpitación de sus diferencias. Un cosmos vivo humaniza la escena. La planicie rasgada de caminos. Falta el esmalte plateado de los ríos. En cambio la vivienda humana se delata por doquier: pueblitos, ca-

seríos, ranchos. Colinas solitarias, suaves depresiones. Pozas que reverberan al sol. Los cultivos rompen la uniformidad del suelo. El eucalipto y el olivo silvestre decoran de un verde oscuro el paisaje. Las manchas blancas del ganado ponen su nota de candor. Suelo duro, pedregoso, donde crece libremente la paja brava. La llama es el botón estético en la yerma altiplanicie. El "allkamari" su blasón de rebeldía. ¿Que la criatura humana aparece microscópica? Sí: naufraga en tamaña inmensidad. Si consideramos la peripecia del morador respecto a su medio circundante, es lo minúsculo moviéndose en lo colosal. Si atendemos a la expresión aislada del paisaje, es la tierra como la vió el antiguo: sólida, en medio del mundo, recogida con su natural movimiento dentro de sí misma. Esto es fuerte, rudo, sobrecogedor. El altiplano es varonil. Tiene un torso fornido, el más recio de Bolivia. Y cuando se camina por estas tierras altas, se diría que avanzamos por encima de un gigante recogiendo el murmullo de los milenios.

La meseta acerca las cosas, las renueva, las agita en una luminosidad extraordinaria que las torna más accesibles al entendimiento. ¿De dónde viene esa claridad lúcida que se apodera de la inteligencia frente al paisaje andino? ¿Por qué esta apertura de los sentidos? Dijérase que la luz luce más intensa, el cielo más profundo, el aire más transparente. Todo perfil se hace vibrante, toda masa verdadera. El centelleo de los neveros lejanos se esparce por la hondura del ámbito telúrico. Ahóndase la hermandad de suelo y hombre. Y el hombre como el suelo se purifican bajo esta campana de cristal que azulan las distancias.

Quien no se acercó intensivamente al escenario gigantesco, jamás comprenderá la íntima verdad de las "punas". ¿Por qué el indio nos parece un contrasentido en la ciudad, y en la planicie deviene connatural con su ambiente? Ser indio es, precisamente, entender la tierra. Por eso los andinos, aunque no lo seamos todos de sangre, lo somos todos de espíritu y de estilo. Y estamos anclados en la tierra como el árbol en el suelo que lo contiene. Y en ella fructificaremos o seremos frustrados, porque el hijo de su suelo, es el padre de su hado.

Altiplano: sapiente desnudez que vale por el ropaje más brillante. Severa economía en la escultura cósmica. Geométrico rigor en el humano mármol. Eternidad, fugacidad... Sentimos que un mismo dardo de luz traspasa nuestro pequeño corazón y el corazón inmenso de la tierra bienaventurada.



Huayna-Potosí y el Lago de Tuni (Mina "La Unión").

LA HOYA PACEÑA

Si el altiplano es la morada geográfica del montañés, La Paz es el núcleo semillante que concentra y da sentido a la geur-



Vista de Huayna-Potosí tomada de un avión del L.A.B. rumbo a Tipuani.

gia andina: crear en la tierra, luchar con ella transformándola, entenderla y trascenderla al rapto humano.

Imaginad una ciudad rarísima, frontera de los hielos y los trópicos. Arriba un circo de montañas. Abajo la hoya vertiginosa. A poco andar el manto de agua del Titikaka. A cortas leguas los paños verdes de los Yungas. Los arquitectos geológicos trabajaron con tal astucia, que no se alcanza el embrollado plan de la fábrica telúrica: es el reino del contrasentido, el orden mágico del desorden. La perfecta horizontalidad de la meseta se contrapone al orden vertical de la cordillera; y entre el muro montuoso y la mesa altiplánica hay una tal riqueza de accidentes, que los ojos se pierden en la variedad del panorama. Se agita la materia en indecibles geometrías: ondas, picos, ángulos, cúpulas, rectas y quebradas. Formas perpendiculares, horizontales, oblicuas. Elevaciones y hendiduras. Terrazas, quiebras, pirámides. Escarpas y pendientes. Cantiles, promontorios. Repliegues, entrantes y salientes. La montaña, tremendamente inquieta, es la forma en movimiento. Líneas bruscas, cortadas, angulosas, que huyen de la sensual caricia de la curva, precipitándose en un fiero combate de eminencias. Altanería y fantasmagoría de la tierra: el Ande. Cimas eminentísimas, vacíos espantables, planos escalonados en el aire. Delirio de líneas y de masas que se desbordan unas sobre otras. La tempestad petrificada.



Vista de La Paz desde el monumento a Cristo en la ceja del Alto.

La Paz, patria brusca y fuerte de los que aman la aventura geográfica y las orologías fabulosas. En ella puede leerse como en un libro abierto, la clave del pasado geológico: sus farellones y hendiduras hablan todavía de tormentas cosmogónicas. ¡Oh grande y poderosa majestad, Jerusalén telúrica, tus muros fantasmales guardan la historia del planeta!

Desde la meseta, la ciudad ofrece la fina delicia visual de un cuento de hadas: castillos de nieve, gozosas arboledas, casas y calles que reptan por el monte. El aire enrarecido, delgadísimo, que apura los corazones, hurta la perspectiva, lo define y



Viviendas, rocas y nubes.



El Illimani.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP

apioxima todo, al punto que la colosal juguetería parece al alcance de las manos. Un corto movimiento... y se cree que la diestra tocará la cerviz del cerro. La ilusión se repite al echar la última mirada en el hoyo formidable, antes de hundirnos en la vastedad de la planicie: es como si el gran caserío de techos rojos cupiera en el pequeño cuenco de una mano... ¡Qué exótica es la ciudad andina! —piensa el viajero—. Y si la miró de noche, cuando millares de luces cabrillean en lo hondo, fingiendo una mirífica bahía, el viajero siente una sensación de irrealidad, el sueño de un sueño inesperado. La Paz es lo imprevisto.

¿Mas qué sabe el viajero del Ande atlético, genesíaco, trabajado a gran escala por la naturaleza? No sabe nada. Esta cosa tremenda en que vivimos... El viajero ha visto únicamente lo apariencial y decorativo de las formas, absorto en la juguetería prodigiosa. Pero esa lámina de vidrio que lo separa del panorama, le impide comprender la verdad íntima, la intrínseca hermosura del paisaje. No tomó contacto con el Ande.



Alrededores de La Paz. -- Camino de Las Ánimas.

¿Y cómo se toma contacto con el Ande?

Trabajo de años, porque tiempo y costumbre anudan suelo y poblador. Cuanto más antiguo el suelo, más largo el tiempo que exige su comprensión. Un paisaje tiene innumerables formas arquitectónicas y matices de expresión; jamás se agotan los ángulos de enfoque para una mente alerta; por eso el mejor contemplador es el fiel contemplador, el que mira siempre las mismas cosas y siempre extrae de ellas nuevas sugestiones. Entender un paisaje es captar sus elementos dominantes, la cifra incógnita que sólo se revela a la amorosa frecuentación visual; la que liga y señorea la inmensa profusión del conjunto.

Esta callada grandeza, esta bravía soledad, este hondo sopor milenario... Aquí la naturaleza titánica, verá enano siempre el esfuerzo del hombre. ¿Qué seduce con mayor tiranía: el alto y puro cielo, los muros montuosos, la variedad dispersa y fluctuante de la tierra, el hechizo cromático? Hay una disputa por la soberanía del paisaje: las espadas de la luz más fulgurantes,

las lentas catedrales de la sombra más solemnes. El anfiteatro paceño evoca las grandes síntesis humanas. Al norte taludes como ejércitos que llegan, la crestería y el arco romano del Pampjasi. Al sur la India con sus farellones multiformes. Al este la armonía helénica del Gran Nevero. Al oeste la línea horizontal, pesada, inmutable del altiplano: Egipto. Tintas y celajes del cielo que evocan la manera finísima de los pintores chinos. Desgarramientos de la tierra, cruel cuchillería, illíadas del vértice y del vértigo de filos incontables: Medioevo. Y una dinámica de la materia donde cada línea quiere ser por sí misma: Renacimiento. Esto es bello, esto es grande. De una belleza agresiva, de una epifánica grandeza. Y desigual, acometivo, desconcertante. Todo proclama fieramente su genealogía, su fuerte dinamismo actuante. Todo sube, todo cae, todo se mueve y precipita en el oleaje cósmico.

¿Pero qué es lo que confiere señera seducción a la más alta capital del mundo? Es el juego contrapuesto de dos genios dominantes: el vacío y la montaña.

El Gran Nevero conforma y señorea la hoya con mayestático rigor. Es el genio visible y poderoso. Habla por sí mismo, no requiere explicación. Todo se ordena y se refiere en torno al macizo armonioso que preside un conclave de montes y de cumbres. Illimani: el Resplandeciente, el que toca las cosas y las enciende en su hechizo luminoso. Illimani: la musa telúrica que acuna el sueño de la hoya. Illimani: el monte sacro, dictador inmarcesible del paisaje.


En los alrededores de La Paz.

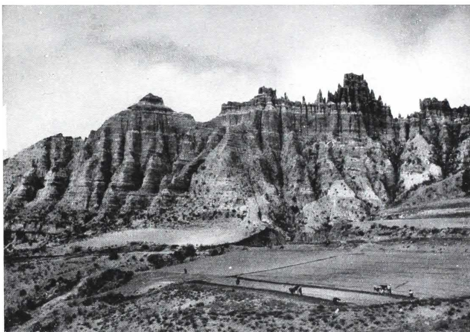
Pero el numen recóndito del telurismo andino, es el vacío circundante. Es el océano aéreo que nos rodea, la sensación espacial, el hambre de inmensidad y lejanía. Fuerza persistente, indefinible, que brota del propio recinto geográfico y a su inmenso poder de atracción nos devuelve; que hostiga y torna taciturno al paceño, porque lo penetra de su magia y pesadumbre. Quien sintió la trágica hermosura del espacio agorafóbico, siempre en fiero combate con la tierra, ha de relacionarlo todo a su grandeza y poderío.

Ande es la cordillera nevada, el tumulto montuoso, la meseta horizontal, la variedad agrietada y desgarrada del suelo. Pero dando unidad implícita, sentido final a los contrastes del paisaje, Ande es en último término el vacío grandioso abierto entre cielo y tierra. Lo que cierran dos abismos: el abismo azul del aire y el pardo abismo del suelo. El espacio abierto en La Paz está sujeto entre la cavidad y las montañas. Se siente al Genio del Aire respirar entre altísimas rocas: jadea. Mas si el espacio está como amurallado entre casquetes, y envuelve en el vértigo de su propia revolución aérea a las cosas, el hombre es a un tiempo mismo el prisionero y el señor del espacio. Nadie tuvo cárcel más extraña. Nadie dominio más espléndido. El paceño es hijo del aire y de los montes. La sugestión de los vacíos andinos se da difícilmente dentro de la hoya; hay que trepar a la montaña, situarse a mitad de camino entre el cielo que sube con ancha majestad y la tierra que baja vertiginosamente, para advertir cómo las cosas cambian de dimensión y de figura. Entre la cúpula aérea y el hueco profundísimo, se abre una cavidad aterradora. Desde el monte escarpado se mira el cielo más vasto, la tierra más honda, la cordillera más enhiesta. Sólo así, suspendido entre cielo y tierra, se siente el pavor de la oquedad paceña: el vacío en una corona de mon-

tañas. Por eso el cóndor, siervo y vencedor de las alturas, es el ave totémica del ancestro, y su vuelo trasunta la grandeza espacial, el ansia de inmensidad, la magia misteriosa de estos mares aéreos que conmueven el ámbito andino.

Lo grave del vacío, alterna con lo agudo del contorno. Paceño es pues la criatura montañesa es igualmente vario y desconcertante, porque descansa en suelo inestable, movedizo, donde acciones e inhibiciones sorprenden por su inesperado dramatismo.

Se ha dicho que el espíritu racial tiene el modo claustral del indio: error de perspectiva. Tampoco acierta el que carga al blanco la enérgica dinamia creadora de este



Alrededores de La Paz.

de la armonía cósmica. Un subir y un caer que se resuelven en el confuso torbellino de las formas.

ESTILO KOLLA

Si el medio físico es un caos organizado a su manera, el poblador es un enigma. Sociólogos y pensadores fracasan en la interpretación del alma andina. Lo que revela después de ahincado estudio el proceso geológico, sugiere sólo por sostenida frecuentación la psicología racial. Y si el paisaje de La Paz es el más profuso, el más rico en formas de erosión, porque presenta una gama infinita de accidentes y contrastes topográficos, el paisaje interior del alma

pueblo. Ni aun el cholo, con ser el mayor factor étnico, puede alegar supremacía. Paceño es una aptitud de espíritu, no una herencia de sangre. Y el gran mestizo que puebla el cuenco eterno —puede ser, indistintamente, blanco, cholo o puramente indio— es biológica y psicológicamente un montañés, con todas las prominencias y depresiones de las razas de altura. El que nació entre estas soberbias montañas, el que plantó su tienda bajo el cielo de La Paz, el que al pasar absorbe la rudeza y la grandeza del hoyo inmemorial, es ya un paceño de actitud y sentimiento. Pero como confinar a la denominación local la fuerza plasmadora de La Paz, sería acortar la influencia definitoria del telurismo paceño en el

carácter nacional, digamos, mas bien: andino o "kolla". Porque "kolla" es el habitante, o el sujeto a la atracción del refugio inenarrable, donde las formas y las fuerzas terrestres actúan con máxima presión sobre la criatura humana.

Observemos el medio físico.



Illimani y el camino a la mina Urania.



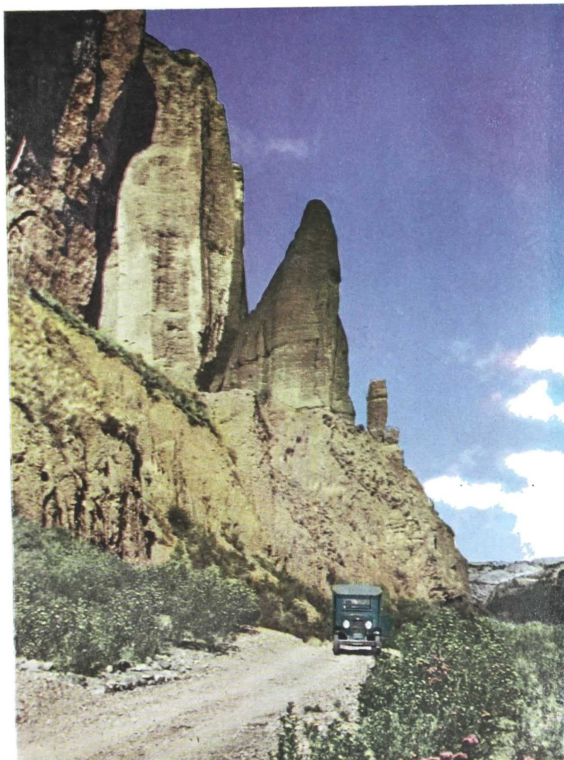
Ascensión de Nina Kollo, Quimsa Cruz.

Contorno montañoso, de formas poderosas. Vacíos gravitantes. El reino de la erosión y la sorpresa. Clima sano, tónico, estimulante. Ni extremo frío ni calores bochornosos. Temperie fluctuante pero ecuánime. Intensa radiación solar, aire seco y puro. Baja un efecto excitante de las cumbres y los cerros, sube un estímulo incitante de las quiebras y hondonadas. La fuerza de radiación, los vientos, los contrastes meteorológicos, las variantes bruscas de temperatura, corresponden al intenso dinamismo del paisaje: todo sujeto a mudanza y transformación. Se pasa súbitamente de la actividad al sosiego. Lluvias cortas pero torrenciales. Atmósfera despejada dos tercios del año y el otro tercio nubosa, cargada de electricidad: truenos, rayos y relámpagos que acrecientan el imperio del sonido y de la luz. Hay una esencia fosfórica y una tumbal resonancia en la tormenta paceña. ¿Qué sabemos de la tremenda energía radioactiva que emana del suelo antiquísimo, asentado sobre tres fases orogénicas y dos espesas glaciaciones? El "soroche" o mal de altura, que es un proceso de atropellamiento, la necesidad de adaptarse al medio esquivo, es en el fondo el tributo que la tierra exige a su poblador: el hombre llegará a longevo si comprende la duranza extraordinaria del suelo, su poder de plasmación y fortificación.



En el puerto de Pacuni. Quimsa Cruz.

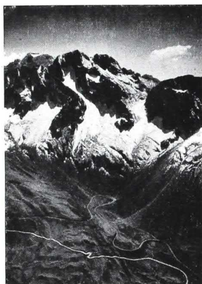
Esa multiplicidad de estímulos físicos actúa violentamente sobre el hombre. No es verdad que falten aire, fuego, agua. El aire paceño tiene un especial poder psicofísico de reparación: levanta energías. La tradición dice que la ciudad se asienta sobre el cráter de un volcán extinguido, y aunque la geología no lo confirme, las tobas volcánicas que circundan el inmenso agujero, hablan de un plutonismo secular. El agua desciende abundosa de los glaciares y ventisqueros, y nace también por efecto de la humedad creada por la arborización. El



Extrañas formaciones en el camino a Obrajes. Río Abajo.



hombre está pues acechado, acosado y sostenido al mismo tiempo por un medio circundante grandioso e irregular, dinámico y fecundo, que acicatea fuertemente su poder de lucha y su facultad de organización. Si es verdad que los montes imponentes abruman en cierto modo al poblador, también el poblador se fortalece bajo la rígida y amorosa tutela de los montes.



La Bajada a Yungas desde la Cumbre.



Vista de Huayna-Potosí y el Valle de Zongo tomada desde un avión del L.A.B., rumbo a Tipuani.

A la fórmula novecentista y artificial, que dice: "en ninguna parte se siente menos la dulzura de vivir", respondamos con entera verdad: en parte alguna se siente con mayor nobleza el goce responsable de la vida, que en el Ande es hijo del esfuerzo permanente, de la inteligente adaptación entre hombre y suelo.

Veamos al poblador.

Alma de mil pliegues y repliegues, accidentada como su medio circundante, el "kolla" es incomprensible al primer contacto. Callado, emprendedor, solitario; propenso a la hurañía. A veces, reconcentrado en sus ideas, esquiva el saludo, se pasa de largo rumbo a impenetrables fines. Pero esa soledad de montaña suele estallar con plutónica energía; entonces el andino comunica fuerza, es hondamente solidario con el drama humano. Cargado de electricidad como su hoya, el paceño sabe cuándo y cómo movilizará las energías retenidas. Porque es fuego, el antiguo fuego cordillerano, el que circula por sus venas. En constante lucha con la naturaleza, organizando y modificando su morada, escalando cerros, sorteando quiebras, atajando las tierras que se desmoronan, enjaulando el río que socava la hoyada, el "kolla" quiere ser y hacer muchas cosas simultáneamente; de aquí su aparente volubilidad, su mudanza de ánimo y de objeto, que es ansia de huída y rebeldía frente al escenario trastornante. Por influjo del aire seco, enrarecido, cargado de electricidad, el paceño tiene los nervios muy aguzados, siempre alertas, reactivos, pero sabe controlar ese exceso de tensión. Sus humores prontos y mudables, delatan una mansedumbre aparente y una fiereza esencial. Anguloso, brusco, irrequieto como su suelo, es también impasible y enigmático. Sabe obrar, sabe esperar. Finge indiferencia para clavar mejor su zarpa.

Al desorden telúrico corresponde la tempestad organizada del morador. ¿Cómo ex-

plicar esos grandes movimientos humanos de Julio, el mes de los "kollas", que sacude y transforma el historial patrio? Es el zarpazo de la tierra que el montañés lleva escondido dentro y que una vez en marcha nada podrá detener. Porque "kolla" es una energía latente que sólo requiere estímulos concretos para manifestarse. Por eso un buen conductor hará muy grandes cosas con este pueblo fuerte que sólo pide ser acicateado a grandes fines.

La energía montañesa gravita en el carácter nacional. Su pasión creadora baja de la meseta y se adentra por valles y llanuras. Pero el estilo "kolla"', que es uno de voluntariedad y dinamismo, no aparece simple, sino compuesto como el paisaje geográfico. Un fondo inalterable, invisible, como las rocas ígneas de los primeros plegamientos andinos. Luego anchas capas de aislamiento y perseverancia. Y una zona superior, convulsa, hirviente, que lo mismo lleva al estallido o a la soberbia indiferencia. Pocos sospechan la violencia contenida, la tenacidad silenciosa, la fría decisión operante, el sostenido espíritu de empresa y sacrificio que alberga el montañés.

Dicen que las tierras altas y áridas, despeñan el alma. Equívoco decir. Las tierras altas y áridas mantienen viva la fe en el humano destino, despiertan, espolean a la acción con energía de huracán. "Kolla" es pues rapto huracanado, voluntad en trance de combate y creación, aunque se requiera muchas horas, largo sufrimiento, soledades y concentraciones increíbles para que esa voluntad se exprese. No hay tal espíritu claustral en la raza, porque el claustro no interviene en el mundo exterior. El estilo "kolla" es, precisamente, lo contrario: el que sale del claustro físico para dominar y organizar el cosmos social. Y todo aquel que se satura del aire vitalizador y estimulante de la hoya perilustre, adquiere el impulso de expansión, el ímpetu sintético, el ansia de riesgo y de combate que los paceños toman de su medio circundante. Por eso decimos que el carácter nacional está templado en la fiereza "kolla".

MITO

La orografía misteriosa, imponente, subyugadora, imprime al morador su majestad y pesadumbre. Tiene el paceño lentos recogimientos de monte. Pero henchido de la tremenda movilidad del paisaje, lo absorbe míticamente y entonces nacen esos mitos y leyendas "kollas" que hablan de un genio racial atormentado como la atormentada cordillera. ¡Oh cuenco inverosímil de La Paz! Y como su terruño singular, donde la materia se encrespa y se revuelve en fantasmales agonías, el montañés bascula entre un sentido directo de lo real y una irrefrenable fantasía. Barroca, convulsa, certera, revolucionaria, inventora y descomponedora de sus modos expresivos, el alma "kolla" es una palingenesia inmemorial.

Bastión y núcleo irradiante de la raza, La Paz es el reducto andino por excelencia. El primer "ayllu". La "pakarina" ancestral creadora de los dioses y de las naciones. Aquí se cobijó cien veces el aimára amenazado de invasión. De aquí partieron las diásporas guerreras para señorear las tierras bajas del continente. "Waka" —cosa sagrada— dice el indio y saluda reverente desde el filo del monte al hoyo taciturno. "Waka", la que engendra, contiene y se devora Estados. La poza maternal donde el dolor se hace energía y el júbilo sosiego. Arca de tradición. Crisol de pueblos. Cuenco palingenésico, el que renace de sus ruinas, superando el concepto del estado-guarida por la misión del estado-solar, el que irradia, articula y da sentido a todo el territorio.

No obstante el nombre cristianísimo y simbólico, La Paz ha sido siempre la patria natural de los varones libres. Sus vientos blasonan rebeldía. Sus rocas eternas, osadas, que trascienden poderío, semejan fuer-

tes héroes en descanso. Son los "Apus" del tiempo mítico, los antiguos señores del Ande que señorean el paisaje con el modo grandioso de los guerreros legendarios.

¿Cuántos pasaron por la hoya inmarcesible? Tan largo es el tiempo histórico, tan corta la memoria humana, que apenas se alcanza a designar a los más próximos; huellas de razas, trasuntos de naciones: atlantes, lemures, antis, mayas, kollas, aimáras, quéchuas, españoles, altoperuanos, bolivianos. Unos fuertes, prolongados; creyeron nunca terminar. Otros fugaces, transitorios; ahitos de acción y de duranza. Más atrás los que perdieron nombre y renombre, porque la peripecia telúrica borró la huella del poblador. Y más hondo todavía la estela de los Dioses y los Héroes, que la cuenca paceña también los tiene como probanza de ancestral genealogía. Illimani, Mururata, Chacaltaya, Huayna-Potosí: dioses mayores. Los semidioses: Chokeyapu, Orkojahuira. Varones y varonas de la cosmogonía, como Chiar-Hake, el Hombre Negro que yergue su pináculo disforme sobre la colorada serranía de Calacoto; o Achachi-Kala, la piedra abuela, que rodó del granítico nevado para dar vida al mito del hombre que surge de la roca.

Se mira el hoyo vertiginoso, transformado en valle seductor por la mano del hombre, y se piensa:

¿La Paz? El nombre apenas cubre cuatro siglos de tradición católica.

Se mira la cavidad bravía, en una depresión de la meseta, y se recuerda:

¿Chukiapu? El sacro Señor de Oro y el Lancero Indomable, pertenecen sólo al cielo aimára.

Se mira el cuenco augusto: esta revolución telúrica, esta desolación titánica, esta inconcebible organización de la materia... Y absorta en la contemplación de tamaña grandeza, bajo el influjo del monte y del abismo, el alma evoca el origen mítico de la hoya secular:

Cuando Wira, el constructor, edificaba la morada andina, Kjuno, el destructor, iba detrás de los pasos del dios, destrozando lo creado.

Erigió Wira una ciudad de piedra, y Kjuno la sepultó con sus ejércitos de hielo. Hizo otra que también fué destruída. Una tercera, una cuarta, una quinta, corrieron igual suerte. Entonces Wira, el dios de la fuerza, invocó a Nina, el incendiario; y el fuego hinchó la tierra; y un inmenso anillo de volcanes protegió a Wira en su tarea creadora.

Kjuno, el que disuelve el mundo, temeroso de las llamas, pidió amparo al Huayra, el padre viento, para luchar contra las huestes ígneas.

Wira alzaba las ciudades megalíticas, pero apenas abandonaba una región para trasladarse a otra, el Huayra cargaba furiosamente contra los volcanes y apagaba su erupción. Luego venía Kjuno, los cubría con lápidas de hielo y tornaba a destruir ciudades.

Lucharon largamente: Wira, el que construye; y Kjuno, el que deshace. Y las ciudades del tiempo lítico brotaban y desaparecían entre fuegos y huracanes.

Entonces Wira, el que edifica, para sustraer su obra a la acción destructora de Kjuno, asentó el talón violentamente en el rudo altiplano, y al hoyo inmenso que se formó por el golpe divino, dijo estas palabras:

—Morada eterna serás: la que renace de sí misma. Protegida del viento y de los hielos.

Y cuando Kjuno llegó con sus guerreros níveos y los lanzó a la hoya, los vió perecer a millares, porque la hoya tibia, acogedora, disolvió la nieve convirtiéndola en mansos arroyuelos. Y también las huestes del Huayra fueron vencidas, porque los filos de las rocas desgarraron sus aéreas vestiduras.

Y desde entonces Kjuno se refugió en la cordillera. Y las legiones del Huayra ace-

chan desde los bordes de la meseta, sin atreverse a invadir la morada perdurable del dios de la fuerza.

Y al hoyo inmenso se llamó: "Marka-Marka", ciudad de las ciudades, la primera, la más alta, y más remota, porque nace de la entraña cosmogónica. Marka-Marka, la que ha sido muchas veces, la que nunca dejará de ser. Morada secular del hombre andino. Marka-Marka, la escondida y venturosa. La que brotó del talón divino para exaltar la proeza humana.



Las fotografías que ilustran el presente trabajo son cortesía del Excmo. señor T. I. Rees, Embajador de S. M. Británica en Bolivia, y del Lloyd Aéreo Boliviano.

CALIDAD Y ESENCIA

LA LENGUA COLLA ("AYMARA")

por

NICOLÁS FERNÁNDEZ NARANJO

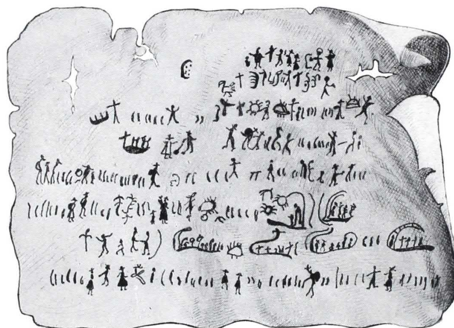
EVOLUCIÓN DE LA "AYMAROLOGÍA"

De una vez por todas descartamos de este estudio la discusión referente al verdadero nombre de la lengua de los antiguos *Collas*. Admitida la impropiedad de la denominación de "Aymara" dada a este idioma, pensamos, con todo, que ella ha cobrado título de legitimidad práctica, ya que no teórica, debido al uso tradicional y generalizado de la misma. Otros ejemplos hay en la historia de las lenguas, que ofrecen casos parecidos de cambio o extensión del nombre real de un idioma. No los citamos, no sólo por ser fácil verificar cuanto decimos, sino también por razones de brevedad en esta disertación.

Por decirlo así, la Aymarología como tal está todavía en sus primeros balbuceos. Habiendo sentado un ejemplo memorable y hasta ahora no superado Bertonio, la inquietud por el estudio del idioma aymara y por la explicación de su contextura nos ha dado frutos esporádicos y relativamente pobres y nada exhaustivos hasta nuestra época moderna; y podemos afirmar enfáticamente que, después de Bertonio, ningún estudio del Aymara satisface, ya que en los cultores de esta lengua se alían, extraña y lamentablemente, un real fervor por tan hermosa lengua, un conocimiento práctico frecuentemente incontestable y hasta profundo, con una ignorancia completa de la gramática filosófica y de las leyes generales de la Lingüística. En efecto, sin conocer las leyes generales de la contextura lógica de todo idioma humano y las de la declinación, de la conjugación y de la derivación, el mecanismo de la aglutinación fonética, el papel importantísimo del acento prosódico, y las reglas universales de la clasificación y transcripción de los sonidos emitidos por el hombre, es imposible ofrecer otra cosa que ensayos de aficionados: ensayos indefendibles en el terreno gramatical y científico, y destinados a subsistir sólo mientras no se generalicen los conocimientos apropiados al respecto; y no decimos nada del daño que se infiere al propio idioma y a la cultura del país.

Durante la Colonia, fué inevitable que los trabajos de los misioneros españoles y de los eclesiásticos nativos se limitasen a ser sólo meros manuales religiosos, sin ningún mérito lingüístico. Ni fué culpa de tales religiosos y párrocos el que sus trabajos, editados o inéditos, adolecieran de errores radicales. La sistemática de las len-

guas, la problemática de los idiomas, la filología comparada eran cosa desconocida para esos meritorios varones. La lingüística y la filología sólo florecerían, por lo demás, mucho más tarde. Pasada la triunfal irrupción del griego en Occidente con el Renacimiento, sólo el descubrimiento de la egiptología y de la asiriología devolverían a los idiomas antiguos su dignidad, y se hallarían, se "descubrirían" las reglas fundamentales de la gramática filosófica, yacentes en todos los idiomas hablados en el mundo.



El "kelka lipichi", escritura ideográfica en cuero.

Pero en el caso que nos ocupa, dos factores contribuyeron a retardar la formación y el florecimiento de la Aymarología: el uno, psicológico; el otro, de orden cultural. El primero, es la conocida escasa capacidad de la generalidad de los españoles para captar ciertos sonidos de idiomas ajenos al suyo; con ello, la desdeñosa condescendencia con que consideraban al hombre americano y a sus idiomas: de ahí, la alteración de numerosos sonidos y sílabas del aymara, aún en el mismo Bertonio, la introducción irreparable de ciertas grafías en la transcripción del idioma. El segundo, es la escasa cultura gramatical que han probado tener, casi sin excepción, todos cuantos se han ocupado hasta el presente de la magnífica lengua de los Collas. Perplejos ante un sonido aymara inexistente en el castellano, en lugar de acudir a las reglas de clasificación de los sonidos, se contentaron con aglomerar, para sus transcripciones, dos y hasta tres letras que ellos se imaginaban figurarían con exactitud un sonido.

Podemos decir, pues, —sin olvidar los méritos de cuantos nos legaron gramáticas, "doctrinas", vocabularios y "versos" aymaras— que, fuera de la obra inmortal de Bertonio, la Aymarología científica aun no existe: los balbuceos y ensayos conocidos, sin perder nada de sus méritos, no responden en forma alguna (exceptuamos, sin embargo, con reparos, los prolijos estudios de don José María Camacho) a las exigencias de una *ciencia de la lengua aymara*. Ahora bien, tal ciencia —pese a cuanto digan ciertos ilustrados primarios, según

los cuales el Aymara es un simple dialecto y no el idioma original y madre que es—, es posible. Y es hora de que se emprenda su creación.

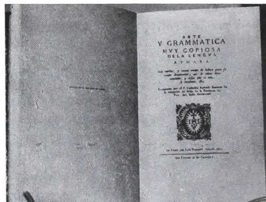
EL AYMARA, LENGUA PERFECTA Y COMPLETA

Ya nos parece oír los gritos de sorpresa con que algunos acogerán el título de este párrafo. No pocos piensan, en efecto, que, aun concediendo que el Aymara sea una lengua completa en sí, no es perfecta, ya que sería incapaz de expresar los complicados conceptos filosóficos y científicos, culturales, artísticos, religiosos modernos.

Sería erróneo e injusto basarse en esas consideraciones para declarar que el Aymara es una lengua incompleta e imperfecta. Tantos ejemplos abundan, de lenguas perfectas y completas, que existieron y tuvieron su papel como medios de expresión de pueblos civilizados en los que no existieron muchos de tales conceptos. Los términos de expresión en materias filosóficas, científicas u otras, fueron apareciendo a medida de las necesidades; "la función fué creando los vocablos" poco a poco por innovación de pensadores o sabios audaces. Y si de un idioma como el castellano podemos decir que es completo y perfecto, ¿qué se nos respondería si decimos que este idioma nos parece tal, gracias, no sólo a los innumerables vocablos derivados de lenguas afines y contemporáneas, sino a las 17.000 palabras de origen griego que contiene? En todos los idiomas sabios actuales, han tomado carta de ciudadanía innumerables términos griegos o latinos, y a nadie se le ha ocurrido deducir de ahí que ellos sean imperfectos. Como explicaremos en el párrafo cinco de este trabajo, pensamos firmemente que el Aymara no sólo puede ser rehabilitado —y que debe serlo— en su categoría y dignidad de lengua digna de ser conocida, estudiada y hablada, y como un venerable y auténtico vestigio de una antiquísima cultura vivida y forjada por nuestros antepasados, sino que es susceptible de llegar a ser, por poco que se restaure el *orgullo* y la conciencia del sentido telúrico y de las tradiciones de la raza, un idioma capaz de expresar todo cuanto es expresable y de traducir en sonido todo cuanto es pensable.

Dicho esto, demostremos por qué el Aymara es lengua perfecta y completa, una lengua que por sí misma y por sí sola revela el alto grado de cultura a que habían llegado los hombres que lo forjaron y hablaron; cómo y por qué *no* es un idioma rudimentario, ni un dialecto, y cómo llegó en su evolución lógica, al contrario de los dialectos y lenguas de los salvajes, a ser un todo definitivo que contiene todos los conceptos concretos y abstractos de una cultura al mismo tiempo guerrera y agrícola, sensitiva y ruda, inclinada orgullosamente sobre la madre tierra y airosamente levantada hacia las estrellas.

Comencemos por su gramática. A la verdad, si tomamos por inmediato punto de comparación el idioma castellano, no hay duda de que en el Aymara faltan *aparentemente* el artículo y ciertas formas verbales. Pero esta aparente carencia es sólo accidental y sin ninguna importancia gramatical. Desde luego nadie ha pretendido que la lengua castallana sea el paradigma inapelable con cuyas formas gramaticales haya que comparar los demás idiomas para concluir a su mayor o menor perfección.


ARTE
Y GRAMMATICA
MVY COPIOSA
DELA LENGVA
AYMARA

Una gramática aymara del año 1603.

El latín, el ruso, para citar dos casos extremos, carecen de artículos. Bastará, pues, recordar que estos dos idiomas —y muchas otras lenguas, ya vivas, ya muertas—, no lo tienen tampoco; y que ellas, y con ellas el Aymara, son lenguas de flexión; en el empleo de los *casos*, para el sustantivo, el adjetivo, el pronombre, la declinación desempeña con perfección el papel del artículo. No trepidamos en afirmar que, entre el castellano —lengua con artículo y sin flexión en la declinación—, y el griego —lengua que combina armoniosamente ambos elementos gramaticales—, la primacía absoluta y la mayor perfección, se quedan con el segundo.

Todas las partes de la oración exigibles en un idioma perfecto, desde el sustantivo hasta la interjección, *existen* en el Aymara. Todos los casos de la declinación, desde el nominativo hasta el ablativo, existen en él; no hay una sola forma verbal ni matiz psicológico de la expresión humana, que no existan en esta lengua magnífica.

Lo extraordinario es que, conociendo a veces a la perfección el *uso* de este idioma, sus flexiones, sus inflexiones, sus casos y formas, los aymaristas del pasado y del presente —con escasas excepciones—, no se hayan dado cuenta de la función de las desinencias del sustantivo, del adjetivo sustantivado y del verbo.

Así, exactamente como en el latín, como en las lenguas semíticas, como en el ruso, y parcialmente como en el alemán o el griego, las desinencias aplicadas a la radical de un sustantivo cumplen la función requerida en la oración, dando a la lengua una rara calidad sintética que no tienen muchas lenguas modernas y sabias. Tenemos así, por ejemplo:

	Singular	*Plural*
Nominativo .	*Uta* (radical, distinta de la raíz: *Ut*): la casa	*Uta-naca*
Genitivo . . .	*utá-ta*	Uta-nacáta
Dativo	*uta-táqui*	Uta-nacatáqui
Acusativo . .	uta; utá-ru	uta-náca; utanác' utanacáru
Vocativo . . .	uta	uta-náca
Ablativo . . .	uta mpi; utá-na, etc.	uta-nacámpi; uta-nacána, etc.

(Nótese que en la declinación del plural, el nominativo con su desinencia de plural —*naca*— se convierte en radical a la que se añaden las demás desinencias según los casos).

El Aymara no tiene *desinencias* masculinas, femeninas o neutras: tal como acontece con los adjetivos latinos de tercera declinación con una única terminación (p. ejem.: *audax*), la desinencia aymara del sustantivo o del adjetivo sustantivado es la misma para los tres géneros. Añadimos que, tal como en la lengua inglesa, el adjetivo calificativo, no se declina: colocado siempre delante del sustantivo, es empleado al estado de radical, siendo declinado sólo el nombre: *Hayá marcanacáta hút-ta;* vienes de lejanas tierras.

Como sucede en el alemán, en Aymara, con excepción del imperativo, el verbo en todas sus demás formas se coloca al fin de una oración principal o secundaria.

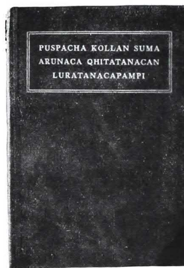
El verbo aymara tiene características interesantes: una única conjugación, bien que existan cinco diferentes terminaciones del infinitivo presente: en *-áña* (mankk'áña, *comer*), en *-éña* (tok-éña, *regañar*, *injuriar*), en *-íña* (ikíña, *dormir*), en *-óña* (thokóña, *bailar*), en *-úña* (apsúña, *sacar*). El verbo aymara tiene todos los *modos* del castellano y del griego; indicativo, subjuntivo, optativo, imperativo, infinitivo; las voces activa y pasiva; los tiempos pretérito, presente y futuro, simples y compuestos. Al contrario de lo que algunos podrían pensar, su prodigiosa flexibilidad y su riqueza le permiten, mediante el juego de desinencias y partículas perfectamente sistematizadas y reconocibles, incorporar formas verbales desconocidas en las conjunciones europeas, rígidas e invariables. En riqueza de estas formas y de inflexiones, matices y acentos, sólo el hebreo le supera, con sus 250 especies de "acentos psicológicos".

En efecto, nadie, que sepamos, ha hecho hincapié en la existencia de vocales breves y largas del Aymara, que permiten no sólo actuar una palabra sobre la sílaba exacta, sino también colocar una serie de semiacentos prosódicos en una misma palabra, dándole un ritmo cadencioso y balanceado incomparable.

Si fuera nuestro propósito hacer una gramática completa del Aymara —no lo podemos debido a los necesarios límites impuestos por este trabajo— explicaríamos las notables particularidades de esta lengua, la ausencia de ciertas partes invariables de la oración y su reemplazo ingenioso con preposiciones o pronombres demostrativos. Pero, antes de estudiar la perfección de la lengua desde el punto de visto lógico y filosófico, digamos algo sobre la función de la onomatopeya en el Aymara, pues ella es la más poderosa originalidad de su contextura idiomática.

En la formación del Aymara todo sucedió como si una raza máscula y audaz, colocada frente a la necesidad de crear una lengua, y *no disponiendo* de un idioma anterior o superior, madre y fuente del nuevo idioma, hubiera creado de una pieza su sistema lingüístico, a golpe de yunque y martillo. Por supuesto, hay que alejar de la mente toda explicación relacionada con la "convención humana" o la "revelación", a que aluden los viejos manuales de psicología. No se reunieron en conciliábulos los primeros viejos *amauthas*, no discutieron ni crearon por convención social su magnífico idioma. Pero la joven y pujante raza creó su idioma como un solo bloque, al igual que la Puerta del Sol, y tal se ha conservado, esencialmente, hasta nuestros días, sin otras alteraciones que las vergonzantes interpolaciones castellanas. La raza colla, cuando de crear su idioma se trató, salió airosa de la prueba, y de la manera más asombrosa: apeló a la onomatopeya. La onomatopeya aymara es ruda, áspera, directa e impresionista, como lo es el paisaje del Altiplano; así como la onomatopeya en otros idiomas parece seguir el carácter de las respectivas razas (pues, en mayor o menor grado, la onomatopeya existe en todos los idiomas del mundo): sensitivo en el ruso (*kalakalá*, campana; *rasgavárivalí*, escolino —con onomatopeya que imita tan bien el bullicio y la travesura de los niños en una aula); romántica en alemán: *der Wind* (imitando el silbido o gemido del viento), *der Hund* (imitando el aullido del perro), etc., porque no acabaríamos nunca.

La onomatopeya aymara se esfuerza por reproducir, sentido por la sensibilidad virgen y masculina de su gente, el ruido pro-



Un texto de catequización en aymara.

ducido por un fenómeno o una acción, un ser o una cosa. Y esa reproducción es sorprendente por su exactitud interpretativa. A tal punto es cierto esto (hablaremos al respecto en el párrafo *cuarto* de este ensayo), que es posible reconstituir, con impresionante realismo, la *calidad* de las acciones, de las reacciones y hasta de la ética antigua aymara; por ejemplo, alegría infantil del gozo aymara: *cusisíña;* rudeza del golpe con un palo: *haukk'aña;* ternura del arrullo: *chhujúña;* decrepitud temblorosa del anciano: *auquili*, viejecillo; el relampagueo intermitente de un objeto ondulante o de una luz indirecta: *lliphiphiña*; la angustia del grito: *wararíña;* la euforia gustativa que da lo dulce: *mojjsa;* etc. La onomatopeya aymara se presenta sólo en el sustantivo, el adjetivo y el verbo.

Ahora bien, y por imprevisto modo, llegamos aquí a uno de los misterios de la lengua aymara: esta lengua ¿es primaria,

original y autóctona, o ha derivado de algún otro idioma anterior, no americano, y más universal? ¿Existen las pretendidas relaciones de antecedente a consecuente entre el aymara y el hebreo, o el súmero y el caldeo (como pretende en un erudito trabajo el lingüista peruano Pablo Patrón, basado en vagas semejanzas)?

Pensamos categóricamente que no. Más aún. Afirmamos que, si se tuviera una imaginación no deformada por todos los sonidos, ruidos o impresiones de la cultura moderna, se podría reconstituir el paisaje andino mentalmente, con los ojos cerrados, con sólo escuchar y hablar el idioma aymara; y que se puede comprender que el Aymara sea como es y no de otro modo, con sólo contemplar el estupendo y bravío paisaje altiplánico: a tal punto existe una imponente compenetración entre el idioma y el paisaje y el teatro telúrico en que vivieron los hombres que hablaron esta lengua...

Si completo y perfecto es el Aymara en su aspecto gramatical, también lo es, y de modo estupendo, desde el punto de vista psicológico. Las cinco sensaciones primarias tienen su expresión en él: *uñjáña* y *uñtáña* (ver y mirar); *mukhíña* (oler); *mallt'áña* (gustar); *ist'áña* (oír); *llamqt'áña* (tocar); las pasiones y estados del alma; los conceptos trascendentes.

La raza colla, entregada a la lucha por la existencia mediante el trabajo de la tierra, pueblo no filósofo que por decreto de su destino —el de vivir en un medio geográfico hostil y duro— no conoció el "ocio fecundo", no tiene los conceptos metafísicos que tuvieron los griegos; (y si tales conceptos existen en las lenguas sabias modernas, es sólo gracias a las raíces griegas y latinas), en cambio posee todos los términos que postula una existencia de trabajo manual, agrícola, y los de la paz, de una notable vida social, así como los de la guerra. Es asimismo notable el vocabulario aymara para la flora y la fauna, la orografía y la hidrografía, las artes y oficios de su cultura, la anatomía humana y animal, la meteorología, el comercio y la aritmética, y la astronomía. Obligados a ser breves, nos limitamos a enumerar estas ideas, sin dar los ejemplos correspondientes. Pero creemos haber demostrado que la lengua aymara ha sido el medio de expresión de una rica cultura, y que estuvo plenamente a la altura de ésta.

HACIA LA FORMACIÓN DE UN ALFABETO RACIONAL Y CIENTÍFICO DE ESTA LENGUA

El problema del alfabeto aymara ha sido el escollo contra el que se han estrellado hasta ahora los mejores esfuerzos de los cultores de esta lengua. Unos por carencia de conocimientos generales, otros por una especie de ceguera que les obliga a regirse por prejuicios, a querer encajar por fuerza toda tentativa de alfabeto en moldes europeos, especialmente el castellano; otros confundiendo sonidos y transcribiéndolos con desconocimiento absoluto de las reglas universales, aceptadas en todos los medios lingüísticos cultos, de la transcripción de los sonidos alfabéticos; escribiendo consonantes dobles y hasta triples allí donde el conocimiento de reglas elementales les habría salvado de cometer los crasos errores que afligen nuestra bibliografía aymarística.

Si se tuviera en cuenta la clasificación universal de los sonidos humanos a partir de la soberana nomenclatura del sánscrito, se harían menos errores, y se habría evitado infantiles extravíos. Asimismo, siguiendo una senda extraviada análoga a aquella en la cual se engolfó la pintoresca semántica popular, ciertas sílabas castellanas, por curiosa asociación de ideas, han sido encajadas en los engendros de alfabeto aymara que conocemos. Ahora bien, nada justifica que en la escritura del aymara se tenga que reproducir las formas peculiares del castellano. Así, la *q* castellana no va nunca sin estar seguida de la vocal *u*; pero es en razón de su directa derivación del latín. No hay, pues, justificación para que

la *q* aymara vaya seguida de aquella vocal. Del mismo modo, la *w*, letra extraña en castellano, no tiene ninguna razón de ser en aymara; tanto más, que sólo en inglés es pronunciada como *u*; y en alemán como es sabido la *w* se pronuncia siempre como *v*.

Sea como fuere, es preciso que propongamos ya un "alfabeto" racional aymara. No rehuiremos esta ardua tarea, seguros de que, con mayores conocimientos y mejor acopio de materiales lingüísticos, otros lo perfeccionarán y llegarán a redactar el verdadero y científico "alfabeto" aymara que todos esperamos. En efecto, la primera condición para lograr el renacimiento del Aymara, es un correcto e inatacable sistema de transcripción de sus sonidos. Añadimos, como preámbulo, que *ninguno de los alfabetos* propuestos hasta ahora es científico ni irreprochable. ¿Por qué, por ejemplo, empeñarse en que el sistema de signos necesarios para la escritura del Aymara siga servilmente el molde de las lenguas clásicas o modernas occidentales? Basándonos, pues, en la clasificación de los sonidos del sánscrito (vocales guturales, paladiales, linguales, dentales, labiales, semivocales, silbantes, aspiradas), proponemos el siguiente sistema: 1º *Las 5 vocales*: a, e, i, o, u. 2º, *Consonantes*:

	Suaves	Duras	Aspirada común	Aspiradas duras	Explosivas comunes	Explosivas duras	EJEMPLOS
GUTURALES	qa, (qe), qi. (qo), qu (Ejs.: 1)	k (2)	kh (3)	kjh (4)	k' (5)	kk' (6)	1: láqa, *boca*; qúna?, *qué?*; qimsa, *tres*. – 2: kamáke, *zorro*. – 3: khàya, *aquello*. – 4: kjhella, *ceniza*. – 5: k'isa, *arrugado*. – 6: kk'oma, *limpio*.
PALADIALES	ll, ñ, ỹ (7)						7: hàllu, *lluvia*; ñèkk'e, *barro*; naya, *yo*.
LINGUALES	l, m, n, r (8)						8: uíla, *rojo*; mànkk'a, *comida*; nãira, *ojo*.
LINGUO-PALADIALES	ch (9)		chh (10)		ch' (11)		9: chùima, *corazón*. 10: chhèkjha, *ala*. 11: ch'áma, *fuerza*.
DENTALES	t (12)		th (13)		t' (14)		12: mantáña, *entrar*. 13: thàya, *frío*. 14: t'isqúña, *saltar*.
LABIALES	p (15)		ph (16)		p' (17)		15: púsi. 16: phèska. 17: p'ia.
SILBANTES	s (18)						18: sáña, *decir*.
ASPIRADAS	j (19)	jj (20)	h (21) (inicial)				19: ajánu, *cara*. 20: mójjsa, *dulce*. 21: húma, *tú*.

Admitimos que este sistema de escritura, que como se ve, se aparta de los moldes clásicos de los alfabetos occidentales, puede suscitar resistencias y chocar de primera intención. Pero ello se deberá sólo a la rigidez de los prejuicios consiguientes al aprendizaje de los idiomas europeos desde la infancia. Si se toma el trabajo de analizar desapasionadamente nuestro sistema, y admitir lo admisible, teniendo en cuenta,

ante todo, que el Aymara *no es* un idioma europeo, esperamos que los prejuicios desaparecerán.

Añadamos una nota de interés: todas las palabras aymaras terminan en vocal, *pero* el idioma tiende irresistiblemente tanto a evitar todo choque de vocales (de vocal final con vocal inicial de la palabra siguiente), como a impedir que las formas verbales *terminen* en vocal. En ambos casos, la vocal final desaparece, sufre *elisión*. Por lo cual convendría figurar en la escritura dichos casos de atrofia de vocales, con el apóstrofo ('), como en griego, francés, etc.

Terminamos proponiendo, como se habrá visto, la resuelta supresión de la *w*, de toda *h* no aspirada. Por lo visto anteriormente, se admitirá también que las sílabas aymaras que tienen una mera analogía con las castellanas *ce, ci,* deben desaparecer de la escritura del Aymara. Esas sílabas tienen en castellano su razón de ser: su derivación del latín, y hasta a veces de la *k* griega. La letra *c* no tiene razón de ser en Aymara. Proponemos su reemplazo, para el sonido gutural *k* común, por la *q*. Escribir *qa*, (*qe*), *qi*, (*qo*), *qu* simplifica las cosas, y así tendremos la serie de las *k* aymaras para la gama de las guturales duras (Véase el cuadro anterior).

UN ESBOZO DE INTERPRETACIÓN DE LA SABIDURÍA ANTIGUA DE LOS COLLAS POR IDIOMA

El título de este párrafo es una verdadera tentación para un estudio —hasta ahora aún no intentado— que abarcaría las páginas de un volumen. No renunciamos al propósito de escribirlo próximamente.

El antiguo colla era un introvertido. Por la naturaleza misma de su habitáculo hostil, sus problemas —y sus expresiones correlativas— eran interiores con mayor intensidad y profusión que externos. Reflexivo, todo lo hacía girar en torno a su labor, su familia, su casa y su yo. De ahí la forma, genuinamente aymara, de todos sus verbos transitivos: *son verbos reflexivos* (fenómeno que se repite en el habla castellana del pueblo: "me estoy trabajándome", etc.).

Las virtudes y los defectos universalmente conocidos, tienen sus equivalentes perfectos en Aymara; y la forma reflexiva de sus verbos correspondientes (*k'arisíña, hairasíña, munasíña,* etc.), demuestran claramente que, no teniendo tiempo el colla para detenerse a crear los conceptos trascendentes correspondientes —o no habiendo evolucionado la cultura de ese pueblo lo suficiente para ingresar en su "etapa filosófica"— se detuvo en el concepto de acción personal.

Nos parecerá raro que, en el terreno mercantil, haya conocido los términos específicos que denominan al oro y la plata, la venta y la compra (curiosa analogía con el alemán: "Kauffen", "verkauffen": *aláña, aljáña*), la numeración y el préstamo (prestarse, y prestar). Detestaba al avariento, al que dió nombres crueles, sarcásticos: "kol(l)kechúima", "mankk'athiuáta".

Los conceptos de *vida, muerte, enfermedad, sufrimiento* (bajo forma de verbo reflexivo), *alegría, odio, amor, compasión, ayuda, enemistad,* existen en aymara. Pero conceptos semíticos (como adoración, oración), cristianos (como honor, venganza, solidaridad, caridad), no existieron en el antiguo idioma colla.

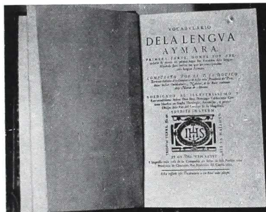
En los términos vinculados con el entrañable concepto aymara de "hogar", hay una rica variedad de palabras. Acciones como "tener", "alojarse", "sentarse", tienen en Aymara una relación casi esencial con la idea de hogar. A la raíz de *casa* (*uta*) van añadiéndose las partículas respectivas: *UT - hitúa* (tengo); *UT - nokáña* (hospedarse, *UT - t'ásim* (siéntate, *imper.*).

Creía en la vida del alma más allá de la muerte, pero carecía de la idea de un Dios personal. Con todo, el idioma aymara posee los términos de *culpa, eternidad, expiación* (húcha, uiñáia, kjhespiyáña).

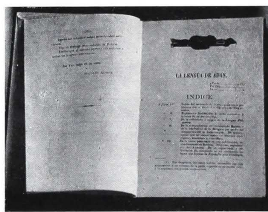
Detestaba al ladrón (*luntháta*), al adu-

lador (*llúnk'u*), al desertor del hogar (*k'itha*), al perezoso (*háira*), al que hace daño (*ñánkjha*) al prójimo (*masi*). Ignoraba que pudiesen haber ateos; no sabía maldecir, pero profesaba que las lágrimas del inocente oprimido recaerían sobre el malvado (*hachjáña*).

Sentía ternura por los niños (*lúlu, hisk'alála*), a quienes acariciaba (*munaráña*) y mimaba (*ojjlláña*), y profesaba veneración a los ancianos (*chuimáni*), especialmente a los progenitores (*lakk'aachachíla, achachíla*). La risa (*láru*), la burla (*cusipaiáña*), el remedo (*iatjjapaiáña*), le eran familiares.



Vocabulario aymara. Libro escrito por Francisco del Canto. Año 1612.



La Lengua de Adán. Famoso libro escrito por Emeterio Villamil de Rada con referencia al aymara.

Poseía el sentido de la jerarquía y respetaba a los superiores (*hilíri*) y del acatamiento a sus dictados (*iyáusáña*). Pero para empresas de conquista o defensa era mal estratega: no conocía el servicio militar. Era una "nación en armas" que se "levantaba" (*sartáña*) para la pelea, que no podía ser sino cuerpo a cuerpo (*nuasíña*).

En tiempo de paz, vivían los collas, felices, abriendo la tierra (*phat'áña*), sembrando (*satáña*), regando los surcos (*karpáña*), y temiendo las intemperies, el granizo, la helada, la nevada. Sus mujeres sabían innúmeras artes domésticas: coser (*ch'ukúña*), remendar (*t'ejjéña*), cocinar (*phaiáña*), arrullar (*chhujúña*) a los recién nacidos (*asuuáua*), lavar (*t'ajjsáña*), hilar (*kapúña*) y tejer (*saúña*).

¿Les fué conocida la institución del matrimonio? Hagamos notar dos hechos. El Aymara parece poseer los términos de "marido" y "mujer" (*chachájja, uarmíjja*, mi "hombre", mi "mujer"), equivalentes del alemán "Mann" y "Frau"; términos que las lenguas latinas se resisten a usar, por lo menos en cuanto al marido. Creemos que, más antiguos que esos dos términos, son los de "conocido" y "conocida" (ya existentes en las lenguas semíticas) (Cf. el pasaje del Evangelio: "¿Cómo sucederá esto, si no *conozca* varón?" igual ¿si no soy casada?). No estamos lejos de atribuir a los catequistas españoles la traslación de los términos "*uñt'ata*" a la significación de "concubinos".

Sea de ello lo que fuere, esperamos haber dado algunas ideas directas sobre la mentalidad, usos, costumbres y sentimientos del pueblo admirable que nos legó su sonoro y viril idioma [1].

[1] Conexos con la materia examinada, aparecen dos problemas igualmente importantes: 1º ¿Cuál es el estado de conservación del Aymara? 2º ¿Cumplió esta lengua su ciclo evolutivo, o fué truncada por una especie de cataclismo sociológico?

Al primero contestamos: En virtud de la ley de compensación de fuerzas, un idioma escrito tiende más a deformarse —o alterarse— que uno no escrito. En la raza aymara, impermeable a la conquista espiritual, encerrado en un mutismo casi hierático, y que sólo ha podido

Los pueblos que tienen la fortuna de poseer, al lado de su idioma oficial, otro, arcaico, se enorgullecen de él, y sus estudiosos y academias lo cultivan amorosamente En sus universidades, el conocimiento de tal lengua es impartido desde eruditas cátedras. Todo un cuerpo de doctrinas folklóricas, artísticas y poéticas florece en torno a tal lengua y a tales cátedras, servidas por publicaciones de alta categoría.

Hasta ahora, la lengua aymara ha sufrido el mismo ostracismo sociológico que la raza esclavizada que la forjó. Idioma de siervos y parias, inquieta a contados estudiosos o sólo sirve para pasar ratos amenos a la sombra de su incomparable impresionismo verbal.

Pensamos que es un deber perentorio para la nacionalidad —y ante todo para La Paz, cerebro de ésta— el emprender una verdadera campaña de rehabilitación del idioma aymara, a fin de que llegue a completar su ciclo evolutivo cultural. Ni más ni menos. Al lado de la "castellanización" de las masas campesinas del altiplano y de los valles aymaras, meta indeclinable que nunca podrá ser soslayada, creemos que la incorporación del Aymara a la vida social y cultural de la nación sólo podrá ser enriquecida y favorecida por la transformación del idioma aymara en una lengua culta, con numerosas publicaciones, revistas y diarios. Una vez restablecida la dignidad gramatical de este idioma (obra magna cuyos méritos y gloria le están reservados a la Escuela de Filosofía de la Universidad de La Paz), se debe ingresar audazmente y de lleno en la racional ampliación del Aymara con todos los términos científicos, técnicos o artísticos occidentales como sea preciso. No sólo todas las lenguas "sabias" de Occidente han hecho lo propio (entrando a saco en la etimología griega y latina), sino que lenguas como el árabe, el hebreo restaurado por los Sionistas, el griego moderno, han incorporado a su vocabulario miles de vocablos ajenos. ¿Por qué no iba a suceder lo propio con el Aymara? ¿Y por qué no anticiparíamos aquel día en que, una vez alfabetizadas las masas campesinas de la "comarca aymara", reciban éstas, variadas publicaciones relativas a la marcha del mundo, a su profesión inalienable, a su tradición y su historia, al país, *en Aymara?*

Por supuesto, la primera condición para este ideal es la codificación racional y científica del "alfabeto" aymara. Déjense de lado, para siempre, los "alfabetos" empíricos e inconsistentes que nos afligen. Que, mediante un boletín, la Escuela de Filosofía de nuestra Universidad propugne e imponga un alfabeto definitivo e inalterado aymara, expurgado de todo empirismo infantil; y luego se lance por la vía de la creación de una literatura aymara. Si la conmemoración del IV Centenario de la Fundación de esta Ciudad gloriosa y *aymara* pudiera marcar el comienzo de la restauración del idioma más bello de América, se habría hecho una obra nacional, pero se habría rendido también a la raza que es el *substratum* del Paceñismo, el mejor y más durable homenaje.

sobrevivir hasta nuestros días gracias a su prodigiosa vitalidad, han tenido su plena eficacia la *tradición oral* y los *ritmos narrativos y fonéticos.* No negamos que, aún entre los más preservados grupos aymaras, se hayan introducido términos derivados del castellano o castellanos deformados (*aluáta*, el alba, *auíla*, vieja abuela, *tilmara*, temblor, etc.); pero no se trata de ello. Gracias a la tradición oral y a los ritmos narrativos aymaras, los vocablos genuinamente del idioma son usados y pronunciados hoy tal como se lo pronunciaba antes de la Colonia. A falta de mejor prueba, ofrecemos ésta; conocemos cierto manuscrito de un doctrinero del siglo XVII (Biblioteca de D. Ismael Sotomayor), donde las palabras aymaras son, en letras, sílabas y significado, las mismísimas de hoy, ¡sin una sola alteración!

Al segundo: la lengua aymara no llegó a cumplir su ciclo evolutivo, que, sin la menor duda, al amparo de un posterior desarrollo de la cultura aymara, se habría perfeccionado como en las demás lenguas cultas. Esa evolución se vió repentinamente truncada por la imposición, a favor de armas superiores, de la cultura española, orgullosa, exclusiva y despiadada. La raza aymara —y su lengua- , demasiada prueba de titánica vitalidad dieron consiguiendo mantenerse y sobrevivir hasta ahora.

EL FUTURO DEL AYMARA

Los pueblos que tienen la fortuna de poseer, al lado de su idioma oficial, otro, arcaico, se enorgullecen de él, y sus estudiosos y academias lo cultivan amorosamente En sus universidades, el conocimiento de tal lengua es impartido desde eruditas cátedras. Todo un cuerpo de doctrinas folklóricas, artísticas y poéticas florece en torno a tal lengua y a tales cátedras, servidas por publicaciones de alta categoría.

Hasta ahora, la lengua aymara ha sufrido el mismo ostracismo sociológico que la raza esclavizada que la forjó. Idioma de siervos y parias, inquieta a contados estudiosos o sólo sirve para pasar ratos amenos a la sombra de su incomparable impresionismo verbal.

Pensamos que es un deber perentorio para la nacionalidad —y ante todo para La Paz, cerebro de ésta— el emprender una verdadera campaña de rehabilitación del idioma aymara, a fin de que llegue a completar su ciclo evolutivo cultural. Ni más ni menos. Al lado de la "castellanización" de las masas campesinas del altiplano y de los valles aymaras, meta indeclinable que nunca podrá ser soslayada, creemos que la incorporación del Aymara a la vida social y cultural de la nación sólo podrá ser enriquecida y favorecida por la transformación del idioma aymara en una lengua culta, con numerosas publicaciones, revistas y diarios. Una vez restablecida la dignidad gramatical de este idioma (obra magna cuyos méritos y gloria le están reservados a la Escuela de Filosofía de la Universidad de La Paz), se debe ingresar audazmente y de lleno en la racional ampliación del Aymara con todos los términos científicos, técnicos o artísticos occidentales como sea preciso. No sólo todas las lenguas "sabias" de Occidente han hecho lo propio (entrando a saco en la etimología griega y latina), sino que lenguas como el árabe, el hebreo restaurado por los Sionistas, el griego moderno, han incorporado a su vocabulario miles de vocablos ajenos. ¿Por qué no iba a suceder lo propio con el Aymara? ¿Y por qué no anticiparíamos aquel día en que, una vez alfabetizadas las masas campesinas de la "comarca aymara", reciban éstas, variadas publicaciones relativas a la marcha del mundo, a su profesión inalienable, a su tradición y su historia, al país, *en Aymara?*

Por supuesto, la primera condición para este ideal es la codificación racional y científica del "alfabeto" aymara. Déjense de lado, para siempre, los "alfabetos" empíricos e inconsistentes que nos afligen. Que, mediante un boletín, la Escuela de Filosofía de nuestra Universidad propugne e imponga un alfabeto definitivo e inalterado aymara, expurgado de todo empirismo infantil; y luego se lance por la vía de la creación de una literatura aymara. Si la conmemoración del IV Centenario de la Fundación de esta Ciudad gloriosa y *aymara* pudiera marcar el comienzo de la restauración del idioma más bello de América, se habría hecho una obra nacional, pero se habría rendido también a la raza que es el *substratum* del Paceñismo, el mejor y más durable homenaje.

sobrevivir hasta nuestros días gracias a su prodigiosa vitalidad, han tenido su plena eficacia la *tradición oral* y los *ritmos narrativos y fonéticos.* No negamos que, aún entre los más preservados grupos aymaras, se hayan introducido términos derivados del castellano o castellanos deformados (*aluáta*, el alba, *auíla*, vieja abuela, *tilmara*, temblor, etc.); pero no se trata de ello. Gracias a la tradición oral y a los ritmos narrativos aymaras, los vocablos genuinamente del idioma son usados y pronunciados hoy tal como se lo pronunciaba antes de la Colonia. A falta de mejor prueba, ofrecemos ésta; conocemos cierto manuscrito de un doctrinero del siglo XVII (Biblioteca de D. Ismael Sotomayor), donde las palabras aymaras son, en letras, sílabas y significado, las mismísimas de hoy, ¡sin una sola alteración!

Al segundo: la lengua aymara no llegó a cumplir su ciclo evolutivo, que, sin la menor duda, al amparo de un posterior desarrollo de la cultura aymara, se habría perfeccionado como en las demás lenguas cultas. Esa evolución se vió repentinamente truncada por la imposición, a favor de armas superiores, de la cultura española, orgullosa, exclusiva y despiadada. La raza aymara —y su lengua— , demasiada prueba de titánica vitalidad dieron consiguiendo mantenerse y sobrevivir hasta ahora.

PRIMERA EPOCA

TIEMPOS PRIMITIVOS



PRIMERAS INMIGRACIONES. — ESTABLECIMIENTO EN LAS MARGENES DEL TITICACA. — TIAHUANACO, LA GRAN METROPOLI — EL ENIGMA DE DESTRUCCION

SEGUNDA EPOCA

CONQUISTA Y COLONIAJE



LLEGA JUAN DE SAAVEDRA. — BATALLA DE SAJSAHUANA.

TERCERA EPOCA

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



PREPARANDO LA OBRA DE LA REVOLUCION. — REVOLUCION DEL 16 DE JULIO DE 1809. — COMBATE

CUARTA EPOCA

LA VIDA REPUBLICANA



ENTRADA DE LOS LIBERTADORES. — BATALLA DE INGAVI (1841).



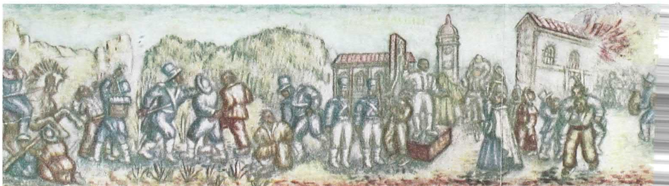
SINTESIS GRAFICA DE LA HISTOR



EPOCA DESCONOCIDA. APOGEO Y DECADENCIA DE LOS AIMARAS. LUCHAS CIVILES ENTRE KARIS Y SAPALLAS. FAMILIAS AIMARAS HUYEN DE LA GUERRA CIVIL E INMIGRAN HACIA EL NORTE. MANCO CAPAJ Y AIMARA FU



LA GASCA ORDENA A ALONSO DE MENDOZA FUNDACION DE UNA CIUDAD FIRMA DEL 1er. ACTA EN LA IGLESIA DE LAJA (20 DE OCTUBRE DE 1548). LA FUNDACIÓN EN EL VALLE DEL CHUQUIABO. PRIMEROS TIEM NU



E CHACALTAYA. CAPTURA DE LOS PRINCIPALES CABECILLAS DE LA REVOLUCION. EL SUPLICIO DE MURILLO Y SUS COMPAÑEROS LOS PROTOMÁRTIRES. VALDE HOYOS Y LOS SUCESOS



LAS MATANZAS DEL LORETO (1861) DEFENSA DE LAS BARRICADAS DE LA PAZ CONTRA MELGAREJO, EL 15 DE ENERO DE 1871. LA JUVENTUD DE LA PAZ DEFIENDE EL ORDEN Y LA LEY EN EL INCENDIO DEL PALACIO, RESISTIENDO HEROICAMENTE ENTRE EL FUEGO Y EL HUMO. LA GUERRA DI

A DE LA PAZ



ÑLLO, DE ABOLENGO ...AN EL CUZCO. MAITA CAPAJ VISITA EL COLLASUYO. LAVANDO ORO EN LAS MÁRGENES DEL CHUQUIAPO. CHUQUIAGO MARCA LA POBLACION AIMARA. BAJO EL GOBIERNO DE LOS INCAS.



DEL PUEBLO FIESTAS Y PROCESIONES EN LA CIUDAD DE LA PAZ. LA VIDA COLONIAL APACIBLE. EL CERCO DE LA CIUDAD POR TUPAJ CATARI Y SUS GENTES. EL CASTIGO DEL CAUDILLO DE LOS INDIOS.



14. LOS GUERRILLEROS DE LA INDEPENDENCIA. LAS CRUELDADES DE RICAFORT. BATALLA DE GUAQUI. LAS BATALLAS LIBERTADORAS.



CIFICO. LAS EXPEDICIONES DEL ACRE. LA CAMPAÑA DEL CHACO. ESTUDIANTES Y PUEBLO IMPONEN LA DEMOCRACIA. EL CUARTO CENTENARIO (ALEGORÍA

LA PAZ
DURANTE EL COLONIAJE
FUNDACIÓN DE LA CIUDAD

por

JOSÉ MARÍA SALINAS

ANTECEDENTES

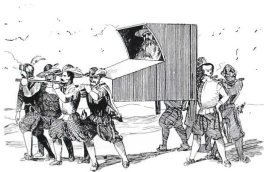
ANTES de que arribaran los fundadores de la ciudad de La Paz a esta hoya del Chuquiapu, ya habían llegado a ella muchos conquistadores, atraídos por el señuelo del oro, algunos de los cuales se establecieron definitivamente. Uno de los primeros fué el capitán Juan de Saavedra y Sevilla, encargado de reducir y conquistar las poblaciones indígenas que encontrase a su paso. Al acercamiento de esa gente desconocida, los vecinos se reunieron para resistir por la fuerza a los invasores, pero fueron disuadidos de esa idea por los ancianos, que aconsejaron confraternizar con esa gente que parecía de paz y que además estaba acompañada por el inca Paullu Tupac. También visitaron esta tierra comisiones de Almagro, cuando éste pasaba por el lugar, en dirección a las tierras del sud, con el grueso de las fuerzas de conquista.

Después llegaron otros capitanes como Gonzalo Pizarro, a quien se atribuye, sin fundamento, el bautizo de este lugar con el nombre de *choqueyapu* (sementera de oro). Pedro de Candia, Hernando Pizarro, Gonzalo de Mesa, Gabriel de Rojas, Pedro de Anzures (Peranzures), fundador de Chuquisaca, todos en busca de oro.

En 1536, cuando este pueblo tenía ya un regular número de habitantes, se produjo la rebelión de Manco en el Cuzco, a cuya noticia los indios del Chuquiapu se alzaron, dando muerte a los españoles y volviendo, como dice el ilustre historiógrafo don Luis S. Crespo, a su primitivo estado de barbarie. Fué necesario que Gonzalo Pizarro viniera por segunda vez a reconquistarlos. También fué visitado el Chuquiapu por don Francisco Pizarro, que se reservó uno de los principales yacimientos auríferos de cuya explotación sacó ingentes beneficios que le permitieron sostener la primera guerra civil contra Almagro. Y fué, en este lugar, Chuquiapu, que don Pedro de Valdivia obtuvo el título de conquistador de las tierras situadas al sud y descubiertas por don Diego de Almagro; en este pueblo, pues, Pizarro autorizó a Valdivia para llevar a cabo la conquista de Chile.

La ciudad de La Paz fué fundada como recuerdo de la pacificación del Perú después de cruenta guerra civil entre los conquistadores. Veamos el origen de esta fundación. Unas capitulaciones firmadas en Toledo, en julio de 1526 entre la Reina y

Pizarro, dice el culto historiador don Enrique Finot, establecían las condiciones en que había de llevarse a cabo la conquista del Perú, una de las cuales señalaba la facultad de repartir "tierras" y "solares" entre los conquistadores y la de crear "encomiendas" de indios. De este modo los con-



Diego Centeno, conducido en litera por sus soldados.

quistadores se consideraron dueños de los repartimientos que habían recibido y señores absolutos con derecho de vida y hacienda sobre los indios encomendados. Contra los abusos que con tal motivo se cometieron fué general la protesta encarnada en una enérgica reclamación escrita, un si es no es exagerada, de Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, a la que inmediatamente atendió Carlos V dictando una legislación especial para las colonias, de protección a los indios declarados fieles y leales vasallos de la Colonia y de reducción de los repartimientos.

Vivo sentimiento de resistencia se difundió entre los conquistadores cuando se dieron cuenta del alcance de esas ordenanzas. Alegaban que con sus trabajos, sus esfuerzos y con su sangre habían conquistado esas tierras de las que se trataba de despojárseles, arrebatándoles sus derechos "inalienables e imprescriptibles". Y se produjo una verdadera insurrección contra la metrópoli, tendiente al establecimiento de un gobierno propio o al reconocimiento del derecho de sucesión de los conquistadores.

A la noticia de que el Virrey designado, Blasco Núñez de Vela, se dirigía a Lima, animado del firme e inquebrantable propósito de dar cumplimiento a las ordenanzas de Carlos V, Gonzalo Pizarro, en son de guerra, marchó sobre el Cuzco, donde tomó el título de Procurador General encargado de gestionar la suspensión de las ordenanzas. El Virrey Blasco Núñez de Vela, que llegando a Lima, declaró que haría cumplir inexorablemente las ordenanzas, ejercitando al efecto ciertos actos de rigor, fué apresado por la propia Audiencia, que abrazó la causa de Pizarro, quien se presentó ya en Lima con el título de Gobernador. Mas el Virrey, que había sido embarcado rumbo a España, noramala regresó de Panamá y se situó en Quito, resuelto a acabar con los rebeldes. Pizarro le salió al encuentro y el choque de los dos adversarios se produjo en Añaquito, donde el Virrey fué derrotado y muerto (Enrique Finot).

Mientras estos hechos sucedían al Norte, en el Collasuyo Diego Centeno abrazó el partido del Virrey Núñez de Vela, más por defender sus minas de Potosí, ciertamente, que por lealtad a la Corona y luchó contra el capitán Alonso de Toro y contra Francisco de Carvajal —el Demonio de los Andes— que le declaró guerra sin cuartel. Esta resistencia de Centeno tuvo su paréntesis, porque reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos se decidió por dispersar a sus tropas y esconderse en una cueva de las proximidades de Arequipa.

La Corte Española, reconociendo que Núñez de Vela había obrado con falta de sagacidad al tratar de imponer a sangre y fuego las ordenanzas, contrariamente al procedimiento que en México empleó don Antonio de Mendoza que, muy suavemente, intentó su reconocimiento y aplicación, y sin conocer el desastre de Añaquito, vió por conveniente enviar como comisionado con plenos poderes y con el título de Presidente de la Audiencia, provisto de plenas facultades, al sacerdote don Pedro de La

Gasca. A su aproximación, Centeno abandonó la cueva en que se había refugiado y se apoderó del Cuzco, luego de Potosí, donde recuperó sus minas, y finalmente, reuniéndose con La Gasca, ambos resolvieron marchar al encuentro de las tropas del insurgente; y la colisión se produjo en el valle de Saxahuana, en la que Pizarro se rindió incondicionalmente y Carvajal fué hecho preso cuando intentaba fugar. De este modo quedó pacificado el Perú.



Trabajo de los indios, bajo la autoridad de los "encomenderos".

Para perpetuar la memoria de esta acción pacificadora, el Presidente La Gasca determinó fundar un "Pueblo nuevo" y encargó al capitán Alonso de Mendoza la fundación de la ciudad de La Paz, recomendándole que lo hiciese "con mayor número de buenas costumbres que de leyes".



Carvajal, el Demonio de los Andes, enterrado por sus parciales, después de su derrota y muerte contra las fuerzas de La Gasca.

Se ha hablado también de una fundación kolla de la ciudad que precedió a la de La Paz, pero al objeto de nuestro estudio, dedicado esencialmente a la colonia, nos basta referirnos a la fundación española.

ACTAS DE FUNDACIÓN DE LA CIUDAD Y CEREMONIAL

El capitán Alonso de Mendoza, acompañado de diez bizarros conquistadores, se dirigió al Collao con el propósito de echar los cimientos de la nueva ciudad. Arribaron al pueblo de Laja, y el día sábado 20 de octubre de 1548, aniversario de la batalla de Huarina, se reunieron en cabildo dentro del templo de aquel pueblito y extendieron la primera acta con esta fórmula sacramental:

"En el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad, Padre et Hijo et Espiritu Santo", y sigue: "sábado a veinte días del mes de octubre de mil quinientos et cuarenta et ocho años se juntaron a cavildo dentro de la iglesia de dicho pueblo de Llaxa, primeramente el M. Señor Alonzo de Mendoza, Capitán de su Majestad et Justicia Mayor de dicha ciudad de nuestra señora de La Paz y su jurisdicción, como constó y pareció por una carta et provisión de su Majestad que mostró y presentó en el dicho Cavildo". Reunido el cabildo, continúa así el acta: "estando así juntos dixeron que por cuanto Su Majestad y el muy ilustre señor Licenciado Pedro Gasca, presidente de estos reynos y en su nombre entendiendo que convenía al servicio de Dios y al buen provecho et utilidad de los naturales por los relevos del trabajo y que tenían en persona a servir a sus amos a la ciudad del Cuzco et a la ciudad de Arequipa et villa de la Plata en que estaban y

están muy a trasmano y por otras causas y respectos, había mandado poblar y se poblase la dicha ciudad de Nuestra Señora de La Paz en la dicha provincia del Collao, y que el asiento de dicha ciudad, el trazo de ellas se hiciese en la parte y lugar que mas conveniente nos pareciese et que para la población de dicha ciudad ellos estaban juntos la mayor parte de los vecinos, como está dicho no podían ser habidos. Et satisfechos los susodichos todos los dichos señores lo firmaron aqui de sus nombres y mandaron a Pedro de Azebedo que presente estava que de ello de fé y testimonio. Alonzo de Mendoza. — Juan de Vargas. — Alonzo de Sayas. — Francisco de Barrio-



Don Pedro de la Gasca.



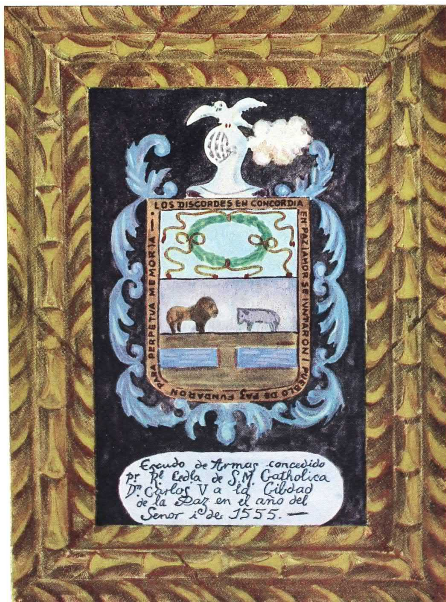
Alonso de Mendoza, fundador y primer corregidor de La Paz.

nombrados et señalados por vecinos de ella et asimismo que estaban nombradas muchas otras personas por vecinos de ella et las cuales al presente no podían ser habidas para hacer cavildo y por estar como estaban en la ciudad de Lima y en el asiento de Potosí y en otras partes remotas, convenía al servicio de Su Majestad de nombrar alcaldes et regidores y los otros oficiales necesarios para entender en la traza y población de la dicha ciudad, y en administrar justicia y en otras cosas necesarias y convenientes al servicio de su Majestad et para evitar muchos daños, robos, fuerzas, agravios que se han hecho, et facer por esta provincia del Collao, han si a los naturales como otras personas a causa de no haber habido justicia que lo remedie y aún que para lo susodicho convenía estar

nuevo. — Fernando de Vargas. — Diego Alemán. — Martín de Olmos. — Francisco de Cámara. — Diego de Castilla. — Francisco de Herrera Girón. Fuí presente. — Pedro de Azebedo. — Escribano de S. M."

Al día siguiente pusiéronse en marcha los fundadores y después de un recorrido de 25 kilómetros, más o menos, aportaron a la cima del Chuquiapu, que debía llamarse *Alto de Lima*, y en el que debía levantarse una columna; descendieron a la hoya del Chuquiapu y quedaron instalados en la planicie de *Churupampa*, entregándose al descanso en tan ameno lugar, y que valía la pena después de tantas fatigas.

Volvió a reunirse el Cabildo el día 23, suscribiendo una segunda acta, por la que



E. DÁVILA R.

El antiguo escudo de armas de la ciudad de La Paz.

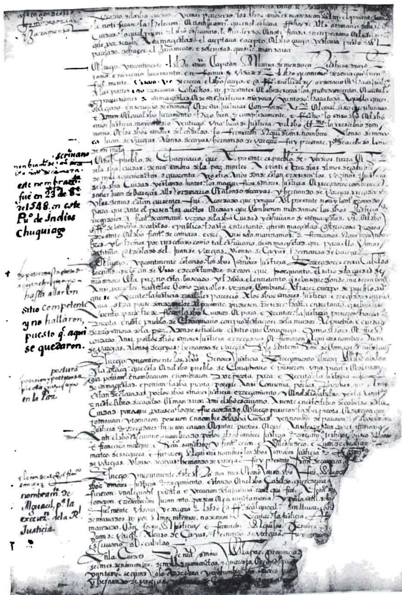
Facsímil del acta de fundación de La Paz.

señalaron como asiento provisional de la nueva ciudad el pueblo de Chuquiapu hasta encontrar otro lugar más apropiado donde trasladarla más tarde. Siguiendo la ceremonia tradicional, lo primero que hicieron los fundadores fué colocar una picota en la plaza como signo de posesión y autoridad a nombre de Su Majestad el Rey.

POR QUÉ SE ELIGIÓ EL VALLECITO DE CHUQUIAPU PARA SEDE DEL PUEBLO NUEVO

Por varias causas, que a continuación enumeramos:

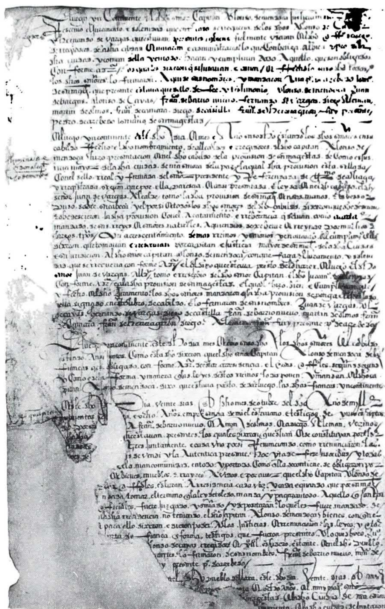
I. La hondonada o depresión del Chuquiapu era el sitio intermedio y poblado que rompía el aislamiento en que el Cuzco y Arequipa operaban su evolución y veloz



Facsímil del acta de fundación de La Paz.

desarrollo en el norte y las poblaciones altoperuanas de Potosí y La Plata, por el sur. Habiendo llegado los conquistadores primero a Laja, no les pareció conveniente este lugar y esperaron la reunión de un cabildo abierto, el cual eligió la hondonada del Chuquiapu, por su importancia política, por su prehistoria, por su prestigio de la época incásica, como núcleo demográfico de confederación de aillus y por sus condiciones climatéricas.

II. Gozaba fama este lugar, y muy merecida, de ser fabuloso asiento aurífero: "sementera de oro". El torrente del Chuquiapu trajo oro desde tiempos inmemoriales y lo trajo desde los deshielos de *Churiumani* (agua turbia). Otro torrente,



Facsímil del acta de fundación de La Paz.

el de *Orckohauira*, que baja por el sud de Obrajes, bañando el vallecito de Irpavi, a cuyas playas llegaba el oro libre de impureza, oro adherido a cuarzos opacos y molido a veces por el violento acarreo fluvial. Son famosas las "pepas" y "pepitas" extraídas de estos ríos, algunas de las cuales con varios kilos de peso; fué, pues, la riqueza áurea que decidió a los once fundadores a quedarse en esta cuenca para fundar la ciudad. Y fué con el oro extraído de los ríos de éste que se fabricaron los grandes vasos sacramentales y aquellos que lucían en los palacios europeos y casas de nobles y prelados; ese oro extraído por los españoles, cual leche amarilla de una ubre gigantesca, fué el metal con que se fabricaron coronas de reyes y tiaras de pontífices.

III. Otra causa, además de su situación geográfica y de su riqueza aurífera, de por qué se eligió esta hondonada para constituir la nueva ciudad, apunta Zacarías Monje Ortiz, está en el crédito que gozó esta hoya por el desarrollo de la industria cerámica, pues poseía abundantes yacimientos arcillosos de tipos diversos y calidad distinta, tierras mineralizadas y también hornos bien atendidos por numerosos gremios de alfareros establecidos en las zonas de *Willquipata* y *Laikakota* y con nutrida producción de *uacullas* (tinajas), *yurus* (vasijas), *chúas* (platos), *lamanas* (fuentes), *mathis* o *tutumas* (vasos y tazas), etc.



El histórico templo de Laja, donde se firmó el acta de fundación de La Paz.

Todas estas razones pesaron en el ánimo de los fundadores para elegir la cuenca del Chuquiapu como sede de la ciudad de La Paz, pero atenta la topografía del lugar, que podría oponerse al desarrollo urbanístico y a la mayor extensión de la ciudad, dejaron constancia de que era asiento provisional, expresándolo así en una segunda acta, labrada el 23 de octubre de 1548 y que dice:

"Les pareció a los dichos señores justicias y regidores que no había otra parte donde mejor al presente pudieran residir hasta entre tanto que se buscara asiento para edificar la dicha ciudad, para ejecutar la justicia pusieron horca y picota en este pueblo de Chuquiapu, con protestación de mudar al pueblo y ciudad de Nuestra Señora de La Paz adonde se hallase el sitio que convenga".

Los fundadores desconfiaban, pues, de la importancia que en el transcurso de los años iba a adquirir la urbe, pero como por otra parte era necesario perpetuar la

gloria militar ganada en guerra civil por un sacerdote, con la fundación de una ciudad que debía llamarse de Nuestra Señora de La Paz, el lugar elegido provisionalmente se convirtió en definitivo, más aún porque no pudieron encontrar sitio mejor y se quedaron *per soecula seculorum,* sin pensar por un momento en que el vigoroso empuje de sus descendientes, su tenacidad y espíritu de progreso la convertirían en la urbe hermosa de hoy.

Fundada la ciudad, don Alonso de Mendoza y sus compañeros encontraron alojamiento en el caserón o tambo construído por el cacique Kirkicha, conocido después por Tambo de *Quirquincho.*

Habiendo llegado a la Corte la noticia de que había sido desterrada por completo la idea de trasladar la ciudad a otro sitio y que se había afianzado más bien su permanencia definitiva en la hoya del Chuquiapu, el Emperador Carlos V, para estimular la vinculación que debía existir entre la metrópoli y las colonias, hizo gracia a la nueva ciudad, otorgándole, el año 1555, un escudo de armas, como premio a su valor, constancia y lealtad y como blasón de nobleza.

El escudo aprobado por el monarca y otorgado a La Paz, como distintivo real, se halla descrito por la propia Real Cédula que lo crea, de la siguiente manera: "en lo más alto un yelmo rematado por paloma sosteniendo una rama de olivo en el pico; aquél será con interior acolchado en terlices de damasco rojo; en el centro una corona; debajo desta un león enfrentado por un cordero, ambos de pie; debajo un río y todo orlado de un mote que diga: Los discordes en concordia, en Paz y amor se juntaron, y pueblo de paz fundaron para perpetua memoria"

Pero este blasón, según relata Ismael Sotomayor, sufrió diversas alteraciones que le hicieron perder su sencillez primitiva, aunque, es verdad, al efectuarse una de ellas, se le añadió el Illimani, símbolo natural y eterno de La Paz que ahora preside las armas de esta ciudad. La primera modificación fué hecha el año 1822 por disposición del "Consejo Consultivo de la Diputación Provincial de La Paz"; la segunda en 1833, adoptándose el dibujo de un artista que exhibió los escudos departamentales pintados, en parte, en forma imaginaria; fué cuando ya se le incorporó la montaña milenaria; la tercera, el año 1876, por determinación del Concejo Municipal de La Paz, por entonces presidido por don José Rosendo Gutiérrez; y la última en 1893, también por determinación de la Municipalidad.



Efigie de la Virgen del Pilar de Zaragoza. hoy llamada Nuestra Señora de la Asunta. obsequiada por el Rey de España a la nueva población.

Y para completar este capítulo, diremos que la primera mujer española establecida en La Paz fué doña Lucrecia Sansoles de Rivas, esposa del conquistador don Juan de Rivas que llegó con el primer contingente de peninsulares, alojándose como los anteriores en el caserón de Kirkicha, a los pocos días de fundada la ciudad; de modo que ése fué el primer hogar netamente español establecido en La Paz.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA DEL FUNDADOR

Don Alonso de Mendoza fué natural de Garrovilla, provincia de Badajoz. Se carece de datos sobre sus primeros años, pero se sabe que muy joven combatió bajo las órdenes de Hernando Pizarro en la guerra civil que tuvo con Diego de Almagro, actuando enérgicamente en la batalla de las Salinas. El año 1544, cuando comenzó la rebelión de Pizarro, Alonso de Mendoza, Rodríguez de Camporredondo y otros enviaron a Lima al clérigo Baltazar de Loayza para componerse con el Virrey Blasco Núñez de Vela y obtener el perdón, que les fué concedido; mas este paso fué conocido por Pizarro, de modo que se lo miraba entre los pizarristas con cierto recelo, hasta que fué apresado por éstos.

Estando el Virrey Núñez de Vela por las breñas del norte y Gonzalo Pizarro con su ejército, en Piura, Alonso de Mendoza, secretamente, trató de atraer a Alonso Toro al partido del virrey y cuando se encontraron en el Apurimac, ambos quisieron rebelarse contra Pizarro, mas, al conocer la muerte de Francisco Almendras y el pronunciamiento de Diego Centeno en favor



Blasco Núñez de Vela, virrey del Perú.

del Rey, dispusieron marchar sobre el Cuzco. Toro vino al Alto Perú y como Centeno no contase con mucha gente, huyó hasta Chichas, no siendo posible llegar a un avenimiento. Toro regresó al Cuzco, dejando a Mendoza en Chuquisaca al mando de poca gente.

El 1546, fuerzas de Centeno, que había abandonado Potosí, acometieron a Alonso de Mendoza produciéndole muchas bajas. Habiéndose encontrado en Chucuito con el Demonio de los Andes, éste le dió el mando de una compañía de infantería con la que aniquiló a Centeno, obligándole a fugar



Fray Antonio de la Calancha, ilustre cronista y uno de los primeros que visitaron La Paz.

hasta Arequipa. Carvajal premió esta acción de Mendoza nombrándole Alcalde de Chuquisaca.

Por entonces reapareció Centeno, que había tomado el Cuzco para la causa del Rey, quien se dirigió a Chuquisaca con objeto de ganar a su causa a Alonso de Mendoza, al que le remitió una carta del presidente La Gasca, a cuya lectura el capitán no vaciló más, y poniéndose al servicio del Rey se reconcilió y se unió con Centeno. Ambos ejércitos: el de Centeno y el del rebelde Gonzalo Pizarro chocaron en Huarina el 20 de octubre de 1547 y, después de la más sangrienta batalla que se vió en aquellos tiempos, Alonso de Mendoza pudo escapar del campo de operaciones y llegar a Jauja, donde se incorporó al Presidente La Gasca, quien le concedió el mando de una compañía de caballería, con la cual concurrió a la batalla de Saxahuana, el 7 de abril de 1548, en que fué vencido Pizarro. En celebración de esta decisiva victoria es que La Gasca determinó la fundación de una nueva ciudad.

Fundada la ciudad de La Paz, Alonso de Mendoza se ausentó de ella el 23 de octubre, dejando el gobierno a cargo del alcalde ordinario don Juan de Vargas. Reasumió su puesto a fines de noviembre, y no se sabe adónde se dirigió, probablemente a desempeñar alguna comisión urgente encomendada por el Presidente. A su regreso, dice el autor del Diccionario Biográfico de La Paz, tuvo la oportunidad de agasajar al notable historiador Cieza de León, a quien convidó un sabroso guiso de guanacu (Nicanor Aranzaes).



Pedro de Candia uno de los fundadores de La Paz.

Aun en 1549, acudió en socorro de Potosí, amagada por un alzamiento de indios, habiendo dejado el gobierno al alcalde ordinario don Alonso de Sayas. El Presidente La Gasca confirió a Alonso de Mendoza el cargo de regidor de la ciudad, en 5 de enero de 1550, entregándole los repartimientos de San Pedro, San Sebastián y Santiago. Se ignora la fecha y el lugar de su fallecimiento, pero en concepto del Presbítero Aranzaes ha dejado bastante descendencia en las "simpáticas hijas" del país.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE LOS OTROS DIEZ FUNDADORES DE LA PAZ

Como un homenaje a los bravos conquistadores que fundaron nuestra ciudad, damos a continuación una brevísima biografía, con el propósito de que se los recuerde en el monumento que esta ciudad les debe, basándonos en los datos proporcionados por el *Diccionario Histórico del Departamento de La Paz*, del R. P. Nicanor Aranzaes.

DIEGO ALEMÁN. Natural de la villa de San Juan de Huelva, Sevilla. Se ignora la fecha y circunstancias en que vino al Perú. Alonso de Toro, Gobernador del Cuzco, le envió con una comisión a Huamanga. Alistado en las tropas realistas combatió en Huarina bajo las órdenes de Centeno y cuando éste fué derrotado, se puso a las órdenes de La Gasca, obteniendo un pequeño repartimiento en el valle de Chuquiapu en premio a sus servicios y por el honor que le cupo de ser uno de los vecinos fundadores de la ciudad de La Paz. El año 1564 organizó un destacamento de doce exploradores castellanos con los que se internó en los territorios bañados por el Amarumayo (Madre de Dios). Después de penoso viaje descubrió el primer pueblo de tan rica región, cuyo cacique le recibió gentilmente y le aconsejó aguardar la salida de algún indio que le sirviese de guía. Desdeñando tan útil consejo, los exploradores se pusieron en marcha en medio de mucho ruido y algazara que dió lugar a que los indios se les echasen encima, victimándolos en su totalidad, con excepción de Diego Alemán, que fué reducido a prisión. Por sus condiciones de conductor o caudillo, los indios le reconocieron como su capitán general en las guerras que sostuvieron con su vecinos, ignorándose la fecha y circunstancias en que murió.

PEDRO AZEBEDO. Vecino fundador efectivo, cuyos antecedentes se ignoran, así como su vida, después de la fundación de la ciudad, que constituye un enigma completo.

FRANCISCO DE BARRIONUEVO. Nació en Soria; establecido en Lima desde 1542, ciudad de la que era vecino influyente y principal. Recibió en el silencio del claustro y dentro de absoluta reserva los poderes del gobernador Vaca de Castro para

obrar en su nombre, y cuando Vaca de Castro ocupó Lima, para salir en campaña dejó ya públicamente a Barrionuevo para que gobernara en su ausencia. Al lado de Pizarro, concurrió a la batalla de Añaquito. A la aproximación de La Gasca, desertó de las filas rebeldes, se dirigió a Trujillo y se incorporó al ejército leal, concurriendo a Saxahuana, acción después de la cual colgaron a su ex-jefe Pizarro. Designado por el Presidente La Gasca vecino fundador de la *Nueva ciudad*, su nombre aparece en las dos actas suscritas: la de Laja y la de Churupampa. Después se perdió en el anonimato.

Francisco de Cámara. Desconocido y sin antecedentes; no se sabe el lugar de su nacimiento ni el nombre de sus padres. Su amigo Diego de Mendoza le concedió el honor de figurar entre los once inmortales. En el cabildo de Churupampa fué designado escribano, resultando así el primer plumista de La Paz. En 1556 fué nombrado alcalde ordinario y en 1557 pasó a integrar el tribunal de la Santa Hermandad.

Diego de Castilla. Fundador auténtico, también, y asimismo anónimo, tan anónimo como Azebedo; pero es necesario esculpir su nombre en el monumento que La Paz debe a sus fundadores.

Juan de Espinoza. Entre los fundadores de La Paz, hubo alguno nacido en América, y de vientre aimara. Ése fué Juan de Espinoza, hijo del conquistador Gaspar de Espinoza; habido en una atrayente india, el cual llegó a poseer la encomienda de Collapincos. Amigo de La Gasca, fué fundador de La Paz, habiendo suscrito la primera acta de Laja. Elegido Alguacil Mayor, se ignora su posterior actuación y la fecha de su muerte.

Francisco de Herrera Girón. De este auténtico fundador de La Paz, tan sólo se sabe que residía en Lima desde 1534. En posesión de regular fortuna, donó un sitio solar y seis mil pesos para la fundación de un convento en esa ciudad. Encontrándose al lado del Presidente La Gasca en Saxahuana, éste lo designó como vecino fundador de la ciudad, habiendo sido signatario de la primera acta de Laja.

Martín de Olmos. Otro conquistador cuyos antecedentes se ignora. Cuando actuaba bajo las órdenes de Gonzalo Pizarro, éste envió al capitán Martín de Olmos con el soldado Bachinao, el feroz Bachinao, contra el infeliz Núñez de Vela, partiendo del Callao a la cabeza de 30 hombres. Las crueldades cometidas por Bachinao horrorizaron a sus mismos compañeros, que resolvieron darle muerte. Mas Bachinao salvó la vida, matando a algunos de los conjurados y apresando a otros entre los que se encontraba Olmos. Más tarde actuó en Añaquito. Contra La Gasca, que había sido enviado por la Corte como pacificador y con el título de presidente de la Audiencia de Charcas, envió Gonzalo Pizarro una respetable fuerza bajo las órdenes de Juan de Acosta y del capitán de caballería Martín de Olmos; éste desertó en el camino y, con otros oficiales, se incorporó a La Gasca, a cuyo lado combatió en Saxahuana, siendo nombrado vecino fundador de la Nueva Ciudad. Suscribió la primera acta de fundación y después fué regidor del Cabildo. Aun sufrió la derrota de Chuquinga y de Pucará en la revolución girondina del Cuzco, regresando a vivir el resto de sus días en La Paz, donde le había tocado un importante repartimiento de indios. Dejó numerosa descendencia habida en hijas del país.

Fernando de Vargas. Ignóranse los antecedentes de su carrera y de cómo vino a parar al Perú. A la noticia de la aproximación del primer Virrey, la ciudad de Lima destacó una comisión para saludarlo, comisión de la que formaba parte Vargas. Descontento de la autoridad, se alistó bajo las banderas de Pizarro, concurriendo a la acción de Añaquito. Más tarde abandonó a

Pizarro y se dirigió a Trujillo para incorporarse al ejército de La Gasca, a cuyo lado combatió en Saxahuana. Destinado como principal vecino y fundador de La Paz, suscribió la primera acta de fundación de la ciudad, cuyo cabildo le designó regidor. Casó con doña Conchita Torres y se estableció en su feudo de Sicasica, donde dejó mucha descendencia y donde falleció.

JUAN DE VARGAS. Su síntesis biográfica está consignada entre las de los corregidores de La Paz, pues fué el primero de ellos, después de Alonso de Mendoza; es recordado por la posteridad como uno de los hombres que vieron nacer la ciudad, siéndole empeñoso y leal hasta la muerte. Buena parte de sus energías la empleó en la ímproba tarea de vencer las breñas de ambas márgenes del Chuquiapu hasta obtener que muchas calles y manzanas se completen con edificaciones techadas con teja. Puso todo su empeño en la conclusión de la iglesia parroquial, obsequiando unas enormes llaves de plata al patrón de la iglesia, en el día de su fiesta.

EL PRIMER CABILDO DE LA PAZ

El primer corregidor y justicia mayor de la ciudad de La Paz, fué el mismo capitán Alonso de Mendoza, quedando constituído el primer Cabildo con el siguiente personal: Alcaldes: Juan de Vargas y Jerónimo Soria; Regidores: Fernando de Vargas, Antonio de Ulloa, Rodrigo de Mejía, Diego Peralta y García Gutiérrez de Escóbar; Procurador y fiel de pesas y medidas: Juan de Rivas; Visitador de tambos: Alonso Caballero; Alguacil Mayor; Juan de Espinoza, y Escribano: Juan de Cámara.

Los cabildos o municipalidades al estilo del de La Paz, fueron, después, dotados por las Nuevas Ordenanzas de atribuciones de alta jerarquía, llegando a gozar de los mismos fueros y privilegios de la municipalidad de Burgos. Se componían generalmente de doce miembros. El Cabildo de La Paz, como hemos visto, se organizó así. Podían acusar a los virreyes y a todos los funcionarios que hubieren violado las Leyes de Indias y se preocupaban de la construcción de hospitales, iglesias, escuelas, casas de asilo, caminos, puentes, acueductos; eran los ejecutores testamentarios de mandas y legados. Vaca de Castro, antes de que ninguna restricción de los fueros municipales se produjese, había obtenido del Monarca que los municipios de las colonias que él fundara, entendieran las causas de hermandad y sentenciaran sin apelación en los pleitos que no excedieran de la suma de dos mil pesos fuertes.

La institución comunal fué, en la América, el elemento de la democracia, constituyó el acervo del porvenir colonial, porque influyendo en el estado social y las costumbres fué como una escuela, si bien embrionaria a simple vista, de libertad, de derecho práctico, de ensayo y de experimentación, de usos administrativos, de educación en el espíritu de reunión, asociación, opinión.

El amor de los americanos hacia su institución municipal es de antigua data y de honda raigambre; pero el amor necesita del conocimiento, pues ahondando en el objeto del valor amado se fortalece y se hace duradero; así ese amor ha visto en el municipio como una cosa dominante, ejemplar, creadora, una fuente de derechos y una inminente realidad de la racionalidad.

Y desde épocas precoloniales, el Ayuntamiento tuvo algo de fascinante y deslumbrador; ¿qué otra cosa significan los cabildos de *amautas*, de *willcas* o *curacas*, rodeados de prestigios casi divinos?

El 24 de abril de 1494, se formó el primer concejo municipal o cabildo en América, bajo la presidencia de Diego Colón y constituído por el Padre Boil, Fernández, Coronel, Alonso Sánchez Carvajal y Juan de Luján, y él constituyó la firme voluntad de anarquía creadora, el sólido baluarte de la democracia y la defensa de los intereses así de españoles como de indios.



Un rincón de La Paz vieja, zona de Churupampa. *Dibujo del notable pintor Genaro Ibáñez.*

Al fundarse La Paz, fué creada su municipalidad como augurio de progreso y bienandanza y a las exclamaciones de "¡posesión!, ¡posesión!", con que acompañaban el levantamiento de la horca y de la picota, como símbolos de la justicia real, siguió la designación de las autoridades edilicias para el gobierno económico y social de la ciudad. Estaban a su cargo la policía de salubridad, el ornato y también la seguridad moral pública y privada del vecindario.

Empero, jamás la Corona se imaginó la terrible obra revolucionaria que iban a desenvolver los cabildos, a los cuales pertenecieron los más ponderados genios de la gesta heroica. Ellos fueron los que sintieron el descontento del régimen colonial y ellos los que tuvieron una concepción intuitiva del temperamento de la Reforma.



Dibujo alegórico de José Rovira, que rememora la petición que Cervantes hizo al rey para que se le concediera el corregimiento de La Paz.

de las protecciones ideológicas de la filosofía inglesa, de los alcances de la revolución norteamericana y de las reivindicaciones enarboladas por la Revolución Francesa de 1789.

Fueron los Ayuntamientos, cabildos o municipalidades que vieron en la independencia un hecho lógico, un resultado natural de los acontecimientos, un frenesí de los espíritus idealistas, una oportunidad para socavar con éxito el régimen político y social de la monarquía tradicional. Y confundiéndose con las muchedumbres, llegaron hasta ellas y las moldearon con un ímpetu que hizo estremecer por su bravura y empuje a la misma naturaleza.

FORMACIÓN DE LA CIUDAD

La primitiva población estuvo radicada en la parte comprendida entre Challapampa y el río Apumalla, sitio denominado Churupampa. Dos plazas fueron trazadas, dice don Luis S. Crespo, una para los españoles, la actual *Alonso de Mendoza*, y otra para los indígenas y que hoy forma la *avenida América*. La Casa del Cabildo dominaba a ambas. Una acequia descubierta corría desde las alturas de Munaypata, atravesando las dos plazas. La acequia fué cerrada ya en tiempos de la República.

Al lado del caserón de Huayna Capac, al mes cabal de la fundación de la ciudad, levantaron los conquistadores el primer templo, rodeado de un espacioso atrio, inaugurándose la primera parroquia bajo la advocación, primero, de San Pedro y de San Sebastián, después. Quien eligió el lugar y trazó el diseño fué el alarife Juan Gutiérrez Paniagua. La vereda noreste de la Plaza fué destinada a puestos de venta de lanas de colores, Cunti-uyu, que hoy se conoce con el nombre de Condeuyo. Hacia el este, se levantaba el enorme caserón del cacique Kirkicha. Por el barrio de *Larkapata* avanzó la población hacia la región conocida hoy por la zona de San Francisco, diseminadas por doquier, sin orden ni simetría. La población tuvo tres pulperías en la plaza, en tiendas con dos puertas, según la costumbre de la época.

El primer sacerdote que atendió la parroquia de San Pedro, después San Sebastián, fué el cura Juan Rodríguez. Éste bendijo el primer templo de La Paz y administró el sacramento del bautismo a los primeros niños nacidos en esta ciudad. La Virgen de la Asunción, cuya imagen se venera hasta hoy en ese templo, fué obsequiada por el Emperador Carlos V (Luis S. Crespo).

El primer puente que se construyó, fué sobre el río Apumalla, donde fuera hasta hace poco la calle Lanza, para vincularse con la región de San Francisco, habiendo sido el mismo Gutiérrez Paniagua quien señaló el lugar y trazó los límites del convento de los Franciscanos, los que alcanzaban en extensión hasta las actuales calles Illampu, Graneros y Sagárnaga.

El segundo templo de la ciudad, dice el Padre Diego de Mendoza refiriéndose al de San Francisco, antiguo, era de una nave cubierta de madera labrada y dos capillas colaterales, con el coro alto, por caer en un barranco como los demás edificios del pueblo. La sillería era toda de madera de cedro labrada medianamente. En cada esquina del claustro principal tenía un tabernáculo de muy devotas pinturas de la vida de San Francisco y altares para las procesiones en las festividades del convento. A la mitad del claustro, en medio de una arboleda, tuvo una fuente de alabastro que después fué trasladada a Copacabana. Las sacristías mayores, espaciosas; lo mismo que el refectorio y demás dependencias; la huerta, capaz y abundante en hortalizas, mas no en árboles frutales, por ser el temple más frío que cálido".

Después de los Franciscanos se establecieron los Agustinos, en un extenso solar cedido por los esposos Rivas-Sansoles, situado más abajo de San Francisco, al otro lado del Chuquiapu, que después fué en pequeña parte la Recova y hoy, en mínima

parte, el Palacio Consistorial. El estreno de su templo tuvo lugar en 1552.

Los caminos de La Paz, en sus comienzos fueron cuatro solamente, primitivos, y existen actualmente: el principal, por ser el de mayor tránsito, era el que conducía al "Alto de Potosí"; el segundo en importancia era el que, pasando por *Coscochaca* (puente del Cuzco) y el "Alto de Lima", conducía al Cuzco, vía Guaqui y Desaguadero; en ambos sitios se conservan hasta ahora las columnas conmemorativas; los otros dos caminos eran aquel que conducía a Yungas y el que se dirigía a las haciendas de *Río Abajo*, pasando por Obrajes.

Por estas rudimentarias rutas, los conquistadores y fundadores de la ciudad de La Paz y sus sucesores hicieron un comercio incipiente, transportando sus mercaderías desde la altipampa hasta la metrópoli, así la plata del Potosí como el oro de los famosos yacimientos de La Paz, y hacían el tráfico de harinas, de tejidos de ultramar, etc.

La acción vial, como se ve, fué muy limitada; puede decirse que ella se realizó en razón inversa a la magnitud de la epopeya, que eso fué el descubrimiento y la conquista. És que a los españoles no les interesaba sino el hecho inmediato, el pronto éxito económico, el enriquecimiento rápido, cuando más rápido mejor, sin cuidarse un ardite de la obra durable, de la consolidación, de la comunicación entre los diversos territorios conquistados y la patria de allende los mares, ni de la colonización, que era lo único en verdad permanente y definitivo.

A los cincuenta años de su fundación, La Paz era ya una población de cierta prestancia y jerarquía, más espiritual que material o social; se habían fundado dos conventos más: el de los mercedarios y el de los dominicos, ocupando cada uno de ellos los locales que forman actualmente el cuartel de la calle Loayza y mercado de flores y el Colegio Nacional Ayacucho.

EL PRIMER OBISPO

Se hacía, pues, cada vez más necesario el establecimiento de una diócesis, organizándose de inmediato el proceso administrativo canónico, terminado el cual, el cabildo, bajo la presidencia del corregidor Alonso de Tapia, elevó al monarca un extenso memorial pidiendo la creación de la diócesis. Felipe III acogió de muy buen grado la solicitud y obtuvo de la Santa Sede la bula del 12 de julio de 1605, creando el obispado de La Paz y nombrando su prelado a don Diego de Sanabria, que no quiso posesionarse, no se sabe por qué motivos, gestionando más bien la mitra de Panamá. En su lugar fué designado Fray Domingo de Baldarrama y Centeno, que fué el primer obispo de La Paz. Su entrada en la ciudad y su posesión, realizada el 6 de enero de 1609, constituyeron una apoteosis recordada por mucho tiempo entre los paceños, por las brillantes proporciones que adquirió.

A guisa de anécdota, refiérese que la idea y los planos de la nueva ciudad se atribuyen a tres frailes, los tres de nombre Francisco: Francisco Morales, el primero que celebró misa en este lugar; Francisco Alcócer, fundó la parroquia de *Jancko-Jancko* y edificó su iglesia, la cual duró muy poco, como vamos a ver, y Francisco Laroca, conocido por sus estudios de botánica. Estos tres sacerdotes tocayos, dice el erudito escritor paceño Padre Jesús Viscarra, ingresaron a la hoya del Chuquiapu antes de Pizarro, ignorándose si lo hicieron por espíritu evangélico, de aventura o de simple lucro.

Cuenta el Padre Calancha que a los 34 años de la fundación de la ciudad se produjo el primer deslizamiento de tierra en La Paz, (habiendo sido el último, el que se registró el 1º de marzo de 1947, en la zona de Villa Victoria, línea férrea de la Estación Central al Alto de La Paz, ocasionando muchísimas víctimas), en la

región de *Jancko-Jancko*, que desde entonces tomó el nombre de *Tembladerani.*

Jancko-Jancko quiere decir *blanco, blancuzco*, y proviene ese nombre de fragmentos acarreados o rodados de tobas volcánicas de color blanco con tonalidades rosadas, características de ese sitio. *Jancko-Jancko* fué un lugar de importancia industrial y artística por los diversos utensilios y objetos de barro cocido que se fabricaron allí y se expendían en *Chuquiago-marca.* Muchos historiadores le dan hasta el rango



Don Pedro Nolasco Crespo, el primero que escribió sobre la cascarilla, la coca de yungas y las ruinas de Tiahuanacu. En 1770 fué contador de las cajas reales de La Paz, cargo que desempeñó por muchos años.

de pueblo, y los escritores religiosos le denominan *misión.* Se extendía desde la ceja del Alto hasta Sopocachi alto.

A consecuencia de las copiosas lluvias que cayeron en la nueva ciudad en los últimos meses de 1581 y primeros del año 1582, la región de *Jancko-Jancko*, compuesta toda ella de terrenos de aluvión y volcánicos, fácilmente deleznables, se deslizó en su integridad sepultando a dos mil habitantes, más o menos, en su mayor parte indígenas, habiendo salvado solamente, al decir del mismo Calancha, una indiecita, el cura párroco y el sacristán.

El espíritu religioso de entonces, tan deformado y pleno de superstición, atribuyó este siniestro al paganismo de sus habitantes, y todos se entregaron, con fervor y entusiasmo, a las consabidas rogativas.

Hacia el año 1629, por gestiones del diocesano, don Pedro Valencia, llegaron de Europa religiosos de la Hermandad de San Juan de Dios, para hacerse cargo del servicio interno del Hospital. Los primeros en llegar fueron Juan Bastos, Ceferino Baquijani, Cristóbal de Mendoza, Diego Peralta y Hevia, Venancio Cerruto y Mateo Restorini, todos ellos rodeados de cierto prestigio de enfermeros y barchilones.

El Rey de España destinó el noveno y medio de las rentas decimales del obispado de La Paz a la alimentación y curación de los enfermos asilados en dicho establecimiento.

Los terrenos para el hospital de hombres, o San Juan de Dios, fueron adquiridos por el Corregidor Josef Verganza y Gamboa, comenzando los trabajos en 1664. Un siglo más tarde, se dió principio a los trabajos del templo de San Juan de Dios, sobre los terrenos generosamente cedidos por el general don Juan de Landaeta, habiendo sido inaugurado el año 1760.

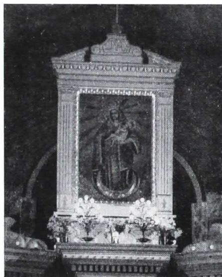
UNA TRADICIÓN

En conexión con esta hermandad religiosa de San Juan de Dios y la historia del templo que construyeron, se ha difundido la tradición conocida con el nombre del *Milagro de la Virgen de Remedios*, cuyo protagonista fué don Pizarro Cañizares, joven frívolo, pendenciero y jugador, pero que murió en olor de santidad.

Pizarro Cañizares había nacido en Copacabana y educádose en esa escuela de disipación y libertinaje en que se formaron, por aquellas épocas, españoles y americanos.

El primitivo hospital, al que nos hemos referido en otras líneas, construído en una casa próxima al convento de San Francisco, dejó de prestar servicios; porque fué reemplazado por otro, atendido por los juandedianos. Entonces la vieja casona del hospital de San Francisco se convirtió en tambo o posada de forasteros; el *Tambo de Harinas*, el cual, como otros locales similares, se encontraba bajo la advocación de una

deidad cristiana. El Tambo de Harinas tenía por patrona a la Virgen de los Remedios, cuya imagen estaba empotrada en uno de los muros del zaguán. Andando el tiempo, en uno de los patios interiores de esta casa, se había establecido un garito o sala de juego, donde españoles y criollos, en-



La imagen de la Virgen, pintada en un trozo de muro de adobe del antiguo Tambo de Harinas, desde donde fué trasladada al altar.

tregados a la timbirimba, se despellejaban de lo lindo. Allí concurría asiduamente Pizarro Cañizares.

Cuenta la tradición que éste, al atravesar el zaguán, dirigiéndose al garito, nunca descuidaba encender una vela implorando la protección de la Virgen de los Remedios; pero unas tres o cuatro noches la suerte le fué adversa; y en la última, colérico y en el colmo de la desesperación, atribuyendo a la Virgen su mala suerte, furioso arrancó su puñal, hundiéndolo en la mejilla de la imagen, produciéndole una herida de la que empezó a manar sangre. En su ceguera criminal, Cañizares no advirtió tal circunstancia y se aprestó a asestar otro cuchillada en el rostro del niño que la Virgen tiene en los brazos, mas la mano derecha de Ella se interpuso rápidamente impidiendo que el Niño fuera herido. Pero la Virgen recibió otra herida, en el dorso de la mano.

Cañizares se dió cuenta de su sacrilegio, cuando vió manar la sangre abundante de las heridas inferidas a la imagen; y lleno de terror y arrepentimiento cayó, postrado de hinojos, ante la Virgen milagrosa. A la misma hora, se dice que a la portería del Hospital se presentó una humilde mujer que mostraba dos heridas, en la mejilla y en la mano derecha, demandando curación, y que luego de haber sido atendida desapareció.

El heridor, arrepentido, pidió su ingreso en un convento, donde terminó sus días, en un ambiente de austeridad y voluntario sometimiento a crueles penitencias.

Hecho público el milagro, los padres franciscanos trataron de cambiar la ubicación profana de la imagen, llevándosela a su templo; pero todo el empeño que pusieron para retirarla fué inútil, recogiendo, más bien, la impresión de que si insistían podría ser dañada la escultura. En esta situación, los juandedianos, que anteriormente habían reclamado el privilegio de trasladar la Virgen a su iglesia, alegando que ella pertenecía al Hospital, tomaron las picotas y extrajeron la imagen con extraordinaria facilidad que pasmó a todos, pues veían en ello la voluntad de la Virgen de los Remedios, que deseaba ser venerada en el templo de San Juan de Dios, donde hoy ocupa un lugar en el Altar Mayor.

LOS CORREGIDORES DE LA PAZ

En el orden señalado por José Rosendo Gutiérrez, daremos una breve noticia biográfica de los corregidores de esta ciudad; pero sólo de los principales, entendiendo por tales los que se hubiesen preocupado por el progreso moral y material de la urbe colonial o hubiesen ejercido alguna influencia decisiva en los destinos de ésta.

JUAN DE VARGAS. Sucedió a Alonso de Mendoza. Su síntesis biográfica hemos

trazado antes: nació en Badajoz y militó en los ejércitos conquistadores, concurriendo con Centeno a la acción de Huarina. Incorporado al ejército pacificador del presidente La Gasca, triunfó con éste en Saxahuana, siendo uno de los fundadores y alcalde de La Paz. En ausencia de Mendoza, ejerció el corregimiento, habiéndole tocado los repartimientos de Pucarani, que se declaró vacante, porque su tercera hija tomó los hábitos de monja trinitaria en Lima. Fué uno de los vecinos más entusiastas por el progreso de la Nueva Ciudad, tanto por el cargo que desempeñaba como por su descendencia habida en varias hijas del país, con ninguna de las cuales llegó a contraer matrimonio.

ALONSO DE SAYAS. Capitán español, cuyos antecedentes se ignoran, fué vecino fundador de La Paz y Alcalde ordinario. Cuando Alonso de Mendoza marchó, en 1549, con 80 hombres en socorro de Potosí, con motivo de una sublevación indígena, Sayas quedó de corregidor interino. Fué el primer español que contrajo matrimonio con una hija del país, llamada Tintaya, que en el bautismo recibió el nombre de María de la Paz.

JUAN ANTONIO DE ULLOA. Soldado, natural de Cáceres, vino con Alvarado y se quedó en el Perú, atraído por el aliciente del oro. Siempre fiel a la monarquía, desempeñando las funciones de corregidor, recibió y agasajó a Francisco de Mendoza, hijo del virrey Antonio de Mendoza, que vino a levantar planos y estadísticas de los trabajos auríferos. Bajo su administración se levantó el primer hospital de San Juan, evangelista, en el local que después fué llamado Tambo de Harinas, en cuyo interior, al decir de serios escritores eclesiásticos, se habría producido el milagro de la Virgen de los Remedios. Bajo la misma administración se comenzó a edificar la Iglesia Matriz y se construyó el primer puente sobre el río Apumalla para unir el centro de la ciudad con la región de San Francisco.

JUAN REMÓN. Natural de Ontiveros, fundador de la ciudad, con el repartimiento de San Sebastián. En 1554 fué posesionado del corregimiento y actuó con la colaboración de los alcaldes Juan de Rivas y Godoy y los regidores Fernando Coronado, Melchor Ramírez Vargas. Trabajó con entusiasmo por el progreso material de la ciudad, comenzando la construcción de la cárcel y continuando con la edificación del hospital de San Juan, evangelista.

PABLO GODOY. Natural de Valladolid. Llegó a La Paz ya muy anciano. Tomó posesión de su cargo en 1556 y en su gobierno se hizo el repartimiento de tierras y haciendas a los vecinos, estimulando así el establecimiento de familias españoles y el crecimiento de la población.

FERNANDO DE LOS RÍOS. Tan laborioso y progresista como Ulloa y Remón. Con la idea de una expansión hacia el oriente de la ciudad, dió comienzo a la edificación de la iglesia de Santa Bárbara, cerca al valle de Potopoto, iglesia demolida en 1830.

JUAN IGNACIO DE ARANDA. Natural de Zaragoza. Tomó posesión de su cargo en 1558. Bajo su gobierno se levantaron los cimientos de la casa pretorial sobre la Plaza Mayor y cuyo plano fué hecho por el arquitecto Paniagua.

LORENZO DE ÁVILA Y CARBAJAL. Se posesionó el 5 de mayo de 1559. Puso gran empeño en el ejercicio de su cargo. Prosiguieron los trabajos del cabildo; las calles centrales de La Paz, aunque en forma rústica, fueron pavimentadas por primera vez. Colaboró eficazmente a la fundación del convento de San Agustín e impulsó notablemente la prosecución del trabajo de la Iglesia Matriz.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, EL PRÍNCIPE DE LA LENGUA CASTELLANA. No fué corregidor, pero pidió serlo. Y es el destino quien restó a La Paz la gloria de ser, acaso, la cuna del ínclito señor *Don*

Quijote de la Mancha, puesto que éste nació en 1604 y Cervantes había pedido el corregimiento de nuestra ciudad unos pocos años antes: en 1590. Su solicitud fué, empero, desestimada por el Monarca, noramala para la América toda, por Decreto Real de 6 de junio de 1590.

Alonso García Remón. Militar de mucha reputación en las guerras de Flandes e Italia. Vino al Perú y se casó con una bella limeña —Luciana Centeno—. Desempeñó antes los corregimientos de Potosí, Chuquisaca y Arica. Se posesionó del de La Paz el año 1597 y a los dos años celebró los famosos funerales a la memoria de Felipe II, gastando mil pesos sólo en ceras y lutos. A su fallecimiento, su viuda y sus nietas se hicieron monjas de Santa Clara, en Lima.

Alonso de Tapia. Es uno de los pocos corregidores nacidos en La Paz; hijo del boticario Pedro Tapia y de doña Antonia Ruiz; no fué muy destacada su labor, pero bajo su gobierno, el cabildo de La Paz elevó un memorial pidiendo la erección del obispado de esta diócesis.

Bernardino Hernani Bonifaz. Tomó posesión de su cargo el 9 de septiembre de 1615. El episodio más interesante de su gobierno es el que se refiere a la recepción de 6 salvajes de la tribu de los *chunchos* que causó mucho alboroto en la población y fué tema de comentarios por mucho tiempo. El corregidor Hernani y los cabildantes salieron a recibirles hasta las afueras de la ciudad; se les cantó un Te-Deum, haciéndoseles muchos obsequios; todo esto debido a que el mestizo Diego Ramírez y el cura Gregorio Bolívar convencieron a las autoridades que los así agasados eran jefes de las nuevas tribus que venían a rendir pleitesía al rey. En otros aspectos, Hernani fué autoridad diligente a quien se debió el ensanche de muchas calles. Le mereció un gran concepto la sociedad de La Paz a la que llamaba: "pueblo sano de cuerpo y limpio de alma". Estuvo casado con doña Juana Rivero y falleció el año 1640.

Francisco Alderete Maldonado. Tomó posesión de su cargo el 22 de diciembre de 1621. Era natural de Extremadura. En el ejercicio de su cargo organizó tres días de fiesta, celebrando la coronación de Felipe IV, en medio de las cuales fué proclamado y jurado el Rey en las plazas de Churupampa y San Francisco. "Bailarines indígenas con sus mojigangas, dice el Presbítero Aranzaes, que se conservan desgraciadamente hasta nuestros días, convirtieron en ruidosa la fiesta". Su gobierno fué perturbado por el alzamiento de indios de Challana, Zongo y anexos. Los preparativos bélicos para someter a los alzados fueron grandes. No obstante, el meritorio Padre Bernardino de Cárdenas, paceño, más tarde obispo del Paraguay, se propuso apaciguarlos él solo y volverlos al estado de paz y tranquilidad, y a fe que lo consiguió.

Antonio Torres de Mendoza. Sevillano, establecido en La Paz y casado con doña Beatriz Bonifaz Ocampo; a este funcionario se le debe el trabajo del puente de la *Riverilla* sobre el río *Mejahuira*. Él y su esposa hicieron importantes donaciones de joyas y dinero a los jesuítas para la fundación del Colegio de la Compañía.

Alonso de Molina y Herrera. Aragonés. Tomó posesión del cargo en 1646. Refiérese que durante su gobierno, se desprendió, con horrible estrépito, uno de los farellones del Illimani, matando indios y arruinando sementeras. Y como en otras ocasiones, las gentes acudieron a las rogativas para calmar la ira de Dios, actos religiosos a los que concurrieron el alcalde y el cabildo en pleno.

Gonzalo de Valladares y Sarmiento. (Vizconde de Felifinanes). De carácter bastante irascible. Por un altercado con el cabildo en plena función religiosa, fué sancionado con la multa de 500 pesos, por

desacato. Recibió en el puente de Coscochaca a Fray Bernardino de Cárdenas, cuando éste fué expulsado del Paraguay.

Cristóbal de Canedo. Vizcaíno. Fué posesionado el 28 de septiembre de 1659 y muerto trágicamente, el 1º de diciembre de 1661, con motivo de la sublevación de don Antonio Gallardo.

José Vergara y Gamboa. Posesionado en 1664. Inició los trabajos del Hospital, colocando la primera piedra el 12 de diciembre de 1664, establecimiento cuya administración se puso, después, en manos de los religiosos juandedianos. Su hija María fué matrona muy considerada en esta ciudad, por sus virtudes y su inteligencia.

Fadrique Plunquento. De origen alemán. Se posesionó el 3 de julio de 1666. Su gobierno fué de zozobra e inquietud por los amagos de insurrecciones indígenas y por levantamientos de criollos que fueron sofocados fácilmente. A consecuencia de una de estas sublevaciones fueron ahorcados Juan de Vargas, Pedro Reinoso y Pedro Avilés, y descuartizados por orden del beato Conde de Lemos.

Pedro Luis de Henríquez y Guzmán. Natural de Puebla de Sevilla. Se posesionó en 1672. En conocimiento de las defraudaciones cometidas contra el Tesoro Real en una suma de 400.000 pesos, de las que resultaron autores convictos y confesos el Tesorero Luis Toledo y el contador Antonio de Vargas, el corregidor Henríquez, con ejemplar energía, que desgraciadamente no fué imitada en los tiempos republicanos, mandó ahorcar a aquéllos republicanos, blica, confiscándoseles sus bienes. Nombrado después corregidor de Potosí, aquí descubrió iguales fallas, condenando a muerte al tesorero Jacinto Pita Castillo y al factor Baltazar Guzmán, quienes salvaron su vida refugiándose en el convento de San Agustín, que, como los demás conventos, era inviolable.

Juan Antonio Mesa Lugo Ayala. Posesionado el 15 de diciembre de 1681. Famoso por sus aventuras donjuanescas. Envuelto en su capa roja, visitaba furtivamente a la *Chepa*, frutera de buena estampa, que residía en un barrio apartado, que por tal causa recibió el nombre de "Supaicalle" (calle del diablo).

José Vidangos. Posesionado el 14 de noviembre de 1696. Fué uno de los principales colaboradores en la fundación del monasterio de las Carmelitas, al que ayudó no sólo como autoridad, sino con 8,000 pesos de su peculio.

Benito Gonzáles Santalla. Andaluz. Se posesionó el 6 de junio de 1702. En su laborioso gobierno se concluyó la reedificación de la casa de gobierno y de la cárcel. Como los fondos de la Caja Real no fueran suficientes, Santalla erogó de su propio peculio la suma de 6,896 pesos que después le fueron reembolsados por orden del virrey.

Antonio Carnero. Natural de León, posesionado en 1717. A este activo funcionario se debe la construcción del puente llamado de las Concebidas (final de la actual calle Comercio, bajo la dirección del arquitecto Faustino Velloso, inaugurándoselo el 8 de septiembre del mismo año.

Jerónimo Zegarra Guzmán. Trujillano. Posesionado el 9 de marzo de 1743. Construyó el puente de la calle de las Cajas (hoy Ayacucho).

Francisco Antonio Guerrero Moreno. Natural de Navarra, posesionado el 23 de mayo de 1729. Se le recuerda porque fundó la primera escuela libre para los niños del pueblo, puesta bajo la dirección del maestro Lorenzo Gutiérrez, apodado por el vulgo "el escuelero".

Miguel Lino Loayza. Paceño, cuya posesión en 9 de marzo de 1748, dió lugar a transportes de júbilo del vecindario que

se entregó, con este motivo, a una semana de fiestas.

VICENTE LAFITA DÍAZ DEL CASTILLO. Sevillano. Se posesionó el 14 de febrero de 1766. Durante su administración se produjo la expulsión de los Jesuítas, correspondiendo al corregidor la tarea de los inventarios de alhajas, librería, dinero, enseres y esclavos de la Compañía en la ciudad y en Obrajes. Bajo su gobierno también se publicó por bando la ingenua cédula real del fomento del idioma castellano, *suprimiendo el aimara y el quechua en el trato entre patrones y sirvientes.* Hizo una importante donación para edificar el segundo templo de San Francisco.

GASPAR CARRILLO (Marqués de Feria). Peruano, posesionado en 1778. Como jefe de una compañía de voluntarios, defendió la ciudad cuando la sublevación de Tupac Catari. En la República Peruana fué senador por el departamento de Ayacucho.

LOS PRIMEROS GESTOS DE REBELDÍA

"La ciudad más turbulenta y desordenada del Alto Perú", decían con cierto desdén los peninsulares, refiriéndose a la ciudad fundada por Alonso de Mendoza, y la historia de los tiempos de la Colonia y de los de la época republicana vinieron a justificar tales calificativos, endilgados con malévola intención.

Sucesos de Zongo y Challana y evangélica actitud de Fray Bernardino de Cárdenas. La primera sublevación de los tiempos coloniales, fué la de los nativos de Zongo y Challana, que se alzaron en el año 1623, durante el corregimiento de Alderete Maldonado, y dieron muerte a sus autoridades y a más de 30 españoles. Armados de palos, hondas, lanzas y otros instrumentos de guerra saquearon muchas poblaciones próximas, amenazando lanzarse sobre la ciudad. El corregidor organizó, con auxilio de los vecinos, una regular fuerza, disponiéndose a la resistencia, sin perjuicio de las medidas tomadas por el virrey del Perú, que destacó de Lima al general Diego de Lodeña a la cabeza de una fuerte división de tropas de línea bastante bien armada.

Con ánimo de dispersarlos, el general Lodeña se internó en persecusión de los sublevados, pero tuvo que desistir de tal propósito en vista de que aquéllos, abandonando Zongo, se habían refugiado en lo más enmarañado y mortífero de las montañas de Challana, por lo que Lodeña optó por regresar a La Paz. Entretanto, los indígenas alzados, que habían aumentado en número y habían recibido auxilios de todas partes, se tornaban en pavorosa amenaza. Ante esta grave situación, el Cabildo obtuvo que Fray Bernardino de Cárdenas, de gran ascendiente entre los nativos, fuese a restituir la paz a esos pueblos, reduciéndolos a la obediencia. Fray Bernardino, acompañado tan sólo por un fraile, se internó resueltamente en ellos y consiguió su pacificación en pocos días. Así, pues, un solo misionero obtuvo lo que no habría podido conseguir, en mucho tiempo y con toda su gente y sus pertrechos, el general Lodeña.

Sublevación de don Antonio Gallardo. Un siglo de sumisión había transcurrido desde la fundación de la ciudad; un siglo de opresión, de sojuzgamiento y explotación en mayor grado que en otros pueblos, precisamente por las ingentes riquezas que atesoraba su territorio. Mas el pueblo, a pesar de su ignorancia, intuía destellos libertarios, germinando en su conciencia un mal comprimido espíritu de insurrección contra la política de explotación, contra su insaciable avaricia, contra la crueldad de corregidores y mandones, contra los exagerados tributos e impuestos. El régimen español era ya odioso. Por todas partes en forma vaga e indeterminada, y en mayor o menor grado, germinaban ideas de rebelión, hasta que un audaz mestizo, que respondía perfectamente a su apellido, Antonio Gallardo, de acuerdo con otros hombres afines en ideas, cristalizó esas vagas



El primer obispo de La Paz, Fr. Domingo Balderrama y Centeno.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP
BIBLIOTECA MUNICIPAL MCAL. ANDRÉS DE SANTA CRUZ

aspiraciones libertarias en una franca rebelión contra el régimen español.

Hijo de Gaspar Gallardo, era conocido entre sus amigos con el cariñoso mote de *El Philinco;* se ignora su oficio u ocupación; pero se sabe que fué mozo de pelo en pecho. Prueba de ello es que se afrontó tan resueltamente contra la pesada máquina del despotismo español. Un hombre humilde pero animoso, que por un momento echó por tierra el régimen colonial establecido, desafiando a los opresores en franca y abierta lid: ésa es la verdad.

En la calurosa tarde del 1º de diciembre de 1661, capitaneando un grupo de hombres, invadió la casa de gobierno, exigiendo la presencia del corregidor. Cuando los empleados de éste y los sirvientes le manifestaron que estaba durmiendo su siesta, Gallardo gritó: ¡Vamos a despertarlo!; y, en seguida, desenvainando un puñal, penetró en los salones encabezando a Juan de Amaya, Alonso de la Fuente, Antonio de Orduña, Lucas de Montealegre y el sastre Juan Ruiz de Rojas, hasta llegar a la pieza donde efectivamente estaba reposando el corregidor Cristóbal de Canedo, a quien lo victimaron a palos y puñaladas, así como a su primo Juan de Ortega y a varios oficiales y soldados que estaban en Palacio.

De antemano advertida, la plebe invadió la plaza, apoderándose de la casa de gobierno y del cuartel y entregándose al saqueo de varias tiendas y almacenes, dió muerte a algunos españoles al grito de ¡Muera el mal gobierno! Había triunfado momentáneamente la rebelión a la voz de "Libertad para los americanos", que proclamó Gallardo, aboliendo el sistema gubernamental español, disolviendo el cabildo y otorgando, por primera vez, derechos y libertades desconocidos hasta entonces.

Organizó, en seguida un regular número de efectivos y, declarándose en campaña, marchó con ellos sobre Puno, en cuyo asalto murió heroicamente. Como consecuencia, las fuerzas de Gallardo se dispersaron totalmente. Empero el asalto de Puno fué la ocasión magnífica para demostrar elocuentemente la pujanza, bizarría y denuedo del mestizo paceño, dando lugar a que la ciudad fuera mirada por los virreyes con ojos recelosos; así se explica su saña, encono y crueldad para castigarla con la infamante horca y su afán de tratar de conquistarla con blasones y privilegios a ningún otro pueblo otorgados.

Entretanto, en La Paz, los españoles habían organizado la reacción. Don Francisco de Herquíñigo, enviado por el Virrey, tomó el mando de la ciudad con el título de Gobernador; hizo ahorcar a todos los *gallardistas* que habían quedado en La Paz y también a los que, derrotados, regresaron de Puno; restableció el anterior orden de cosas; impuso severas penas a los rebeldes y reconoció indemnizaciones para quienes hubiesen sido damnificados por la revuelta, regularizando también el servicio administrativo. Y ahí terminó la audaz tentativa de don Antonio Gallardo, realizada en pleno siglo XVII pudiendo calificársela como el movimiento precursor de la independencia americana, y el movimiento menos obscuro y menos confuso producido hasta entonces en América y el primero que presentó combate a las fuerzas del rey.

La rebelión de Gallardo ya no es una mera contienda civil, del tipo de aquellas que se realizaron en los primeros tiempos de la conquista; fué un desafío resuelto a la tiranía de sus opresores. Semejante a aquella sublevación del pueblo mexicano, que, cansado del monopolio ejercido por los empleados del rey y acosado por el hambre, prendió fuego al palacio del virrey Gálvez, quien apenas pudo salvar su vida refugiándose en un convento.

TUPAC CATARI Y EL SITIO DE LA PAZ

Antecedentes. El primer siglo de dominación transcurrió entre incesantes luchas civiles, de modo que dicho período colonial no dejó huellas de cultura ni de civilización ni supo imprimir carácter de-

terminado a las poblaciones. No así el siglo XVII desde cuyos primeros años La Paz se colocó en situación relevante, tanto por sus riquezas naturales y el ritmo acelerado de su progreso como por el temple de sus hijos y sus actitudes libertarias.

El pueblo paceño, dice don Luis S. Crespo, amó y alimentó la libertad como un don celeste y para obtenerla se regocijó de trabajar sobre este terreno regado de sangre, sudor y lágrimas. (Monografía de La Paz).

José Gabriel Tupac Amaru, cacique de Tungasuca, provincia de *Tinta*, del Virreinato de Lima, apresó y mandó ajusticiar públicamente al corregidor, don Antonio Arriaga, el 10 de noviembre de 1780. A ese brote insurreccional siguió una sublevación que, rápidamente, cundió en las provincias de Sicasica, Pacajes y Yungas, cuyas autoridades y españoles residentes huyeron despavoridos a refugiarse a la ciudad de La Paz.

Las causas de esa insurrección son conocidas: la *encomienda*, o sea, el despojo de las tierras a título gracioso y la prestación incondicional de servicios personales de los indígenas en favor de los españoles; la *mita*, trabajo forzado en los socavones de las minas, en que perdieron su vida millares de indígenas, después de haber sido arrancados de sus aillus y conducidos como simples hatos de ganado para reducirlos a miserable esclavitud.

Julián Apaza y Bartolina Sisa. Y aparece en escena Julián Apaza, nacido en Ayoayo, cantón de la provincia de Sicasica. Hijo del sacristán del pueblo, sacristán también, más tarde, y campanero y panadero.

Huérfano, muy niño, fué sirviente y protegido del párroco de Ayoayo. Con motivo de un reclutamiento de *mitayos* para llenar la "conscripción minera", sentó plaza de paria en las filas de los desgraciados esclavos y sufrió en carne propia la espantosa dureza del trato dispensado a sus compañeros, y volvió a su pueblo, como un vengador, dispuesto a sacudir tanta ignominia. Comenzó por un aprovisionamiento metódico de víveres, acudiendo con frecuencia a Sicasica, donde conoció a *Bartolina Sisa*, nacida en La Paz el 24 de agosto de 1750, hija de un comerciante en licores y diversas mercancías establecido en Sicasica, de la cual se enamoró Apaza, haciéndola su compañera. Ignórase si fué su esposa o simplemente su concubina. De cualquier manera, Bartolina fué la compañera intrépida y audaz de Apaza, desempeñando papel importantísimo en el asedio de La Paz. Ejerció gran ascendiente sobre Julián Apaza; ninguna operación podía realizarse sin previa consulta a esta chola singular por su bravura y su espíritu de aventura. Ya en pleno proceso insurreccional, Bartolina nombró su Secretario Particular a Francisco Hinojosa, cholo de parecidas condiciones a las de Chuquimamani, que conoceremos en breve. La actividad y la energía de Bartolina Sisa, cuando quedó a cargo del cerco dieron una buena prueba de su carácter y de sus capacidades de mujer organizadora.

El jefe de la insurrección, Tupac Amaru, había dirigido varias cartas a Tomás Catari, el caudillo de Chayanta, las que fueron interceptadas por Julián Apaza, que explotó la ignorancia y credulidad de sus coterráneos, haciéndoles consentir que ellas estaban dirigidas a él. A inspiración de su mentor y consejero, Bonifacio Chuquimamani, plumífero díscolo, enemigo de los españoles, en un cabildo original fué aclamado Inca Virrey, Jefe de la sublevación y encontrando vulgar el nombre de Julián Apaza, se llamó *Tupac Catari*, combinación de los nombres de ambos mencionados caudillos: Tupac Amaru y Tomás Catari.

Chuquimamani, siguiendo el ejemplo de su jefe, cambió también el suyo, resolviendo llamarse Manuel Clavijo.

De éste y de otros datos, se desprende que algunas actividades de Apaza se inspiraban en ciertos sentimientos de vanidad y de orgullo, quizá algo pueriles, aunque también es verdad que, habiendo asumido tan alto sitial y tamañas responsabilidades, necesi-

taba mantener la disciplina y la unidad de sus tropas aun valiéndose de recursos meramente externos que ejercieran sugestión. Desempeñando el comando de las masas sublevadas, cambió su traje por el español, con el aditamento de un espadín y un bastón. Se cuenta que le servían a la mesa treinta platos preparados por cocineros negros, que tenía a su servicio, y al son de instrumentos musicales; que en el templo provisional erigido en El Alto, frente al altar había un sitial con dos sillones provistos de cojines, para él y su mujer; que durante la misa se aplicaba a la oreja una cajita de plata en señal de que estaba recibiendo revelaciones celestes; y que adoptó la episcopal costumbre de dejarse besar la mano y la de ser conducido, con Bartolina, en andas, a la usanza incásica. Pero detrás de todos estos artificios latía un solo y el más hondo de los sentimientos: el de hacerse justicia, y un solo propósito: el de dar fin con la esclavitud de los indios.

Y para ello se trazó un programa sencillo, fundamental e irrevocable: exterminio de los españoles, negación del catolicismo y la vuelta al imperio incásico. Y como era de esperar, en torno a él se produjo un movimiento de nativos de vastas proporciones, jamás visto en la historia americana. Pero les faltaba casi todo: armas, preparación bélica y hasta la organización más elemental, sobrándoles en cambio, el odio y las pasiones vengadoras.

Tupac Catari, como primera providencia, ordenó la proscripción de todos los españoles y resucitó ciertas costumbres de sus antepasados, como la de las reuniones en la cumbre de los cerros, no comer pan, no beber agua de las fuentes públicas, etc.

Conocía muy bien la inquietud que reinaba en La Paz, con motivo del impuesto del seis por ciento sobre toda mercadería, internada en la ciudad, el cual además de despertar protesta, dió lugar a la circulación de pasquines de toda índole, que eran verdaderas incitaciones a la rebelión.

La sublevación de las "víboras" como, preocupado, decía Segurola, aludiendo al significado de la voz "catari", alcanzó en extensión desde el Cuzco hasta Tucumán.

Sitio de La Paz. Con 80.000 indios, Catari puso sitio a la ciudad de La Paz, privándole de toda comunicación con el exterior, resuelto a aniquilarla por completo; trazó una nueva ciudad en el Alto Potosí, donde había establecido su campamento. Allí tenía su iglesia, a pesar de haber proscrito, en un comienzo, la religión católica; pero atraído, probablemente, por la suntuosidad del culto y por lo aparatoso de los ceremoniales y los ritos, tuvo a su servicio dos capellanes: Isidro Escobar y Julián Bustillos. En aquel sitio estaban su palacio, su cabildo, la cárcel y levantadas infinidad de horcas con objeto de atemorizar a sus adversarios; hasta hizo llevar las campanas de la iglesia de San Pedro, para que sus triunfos fuesen debidamente festejados.

Instituyó una especie de corte con cuatro Oidores, cuyo distintivo era una banda cruzada al pecho. Bonifacio Chuquimamani, ahora Manuel Clavijo, era el Secretario que firmaba y despachaba las comunicaciones. Los oidores tenían atribuciones especiales: el primero estaba encargado de la venta de coca; el segundo cuidaba de los espolios de guerra; el tercero, a cargo de la plata labrada, oro y alhajas y el cuarto, del abastecimiento de víveres.

Empezó la lucha encarnizada, con armas primitivas y al son de sus trompetas —*pututos*—, que tenían aterrorizada a la población.

Las tropas de españoles y mestizos que guarnecían la ciudad, constaban de una compañía de granaderos armada con 100 fusiles, seis de infantería, dos de caballería con lanzas, una compañía de 30 negros y mulatos libres, una de costeños y otra de voluntarios de artillería. La ciudad fué fortificada; se almacenaron víveres y municiones y se tomaron todas las providencias necesarias para la defensa.

El 13 de marzo de 1781, el jefe de la de-

fensa, brigadier Sebastián de Segurola, salió con fuerzas respetables a batir a los rebeldes de Laja, dejando el mando en manos de su segundo, Antonio Pinedo. Los indios que se encontraban en La Ventanilla, aprovecharon de esta circunstancia para apoderarse de los altos de la ciudad en número de más de doce mil y empezaron a



Cuadro del cerco de La Paz. Copia fotográfica de un antiguo cuadro al óleo que se conserva en la Alcaidía Municipal.

atacarla en la noche del 14 de marzo. La oportuna aparición de Segurola, con sus tropas, los puso en desordenada fuga, después de un encarnizado combate en que los atacantes perdieron más de 500 hombres; pero al día siguiente, las falanges de indios, bajo la inmediata dirección de Tupac Catari y su mujer, cercaron completamente la ciudad.

Los valerosos habitantes de La Paz resistieron este memorable sitio de más de seis meses con decisión y energía ejemplares, heroica y desesperadamente. Los indios, en sus incursiones, alcanzaron a apoderarse de los suburbios de la ciudad, que fueron vasto escenario de hecatombes sangrientas y horrorosas, sin que esto restara ánimos a la población. Definida y orgánica, en pleno crecimiento, con sello ya histórico e impulsos vitales definitivos, la ciudad situada sobre los barrancos del Chuquiapu defendía su existencia con denuedo admirable.

La primera intimación que le fuera dirigida por el jefe insurrecto, el 3 de abril, decía "que estando a la cabeza de 20.000 indios, había resuelto sacudir de todo lo que le oprimía y la tiranía de las autoridades y que si se rendían tendrán todas las garantías necesarias los sacerdotes y monasterios". Concluía con esta frase: "siendo mi único ánimo cortar el mal gobierno de tanto ladrón que nos roba la miel de nuestros panales".

Un cofrade de Chuquimamani y de Hinojosa, que respondía al nombre de Pedro Obaya, diciéndose sobrino de Tupac Amaru, y que hasta ese momento dirigiera los combates, despertando cierta emulación en el primero, durante una de las acciones li-

bradas en las afueras de la ciudad cayó en poder de los españoles el 27 de abril, siendo ahorcado el 4 de agosto.

Hacia el 30 de junio llegó, de Buenos Aires, en auxilio de La Paz, el Comandante Ignacio Flores, con 3.000 hombres. Sabedor de este hecho, Catari, dejando el cerco a cargo de Bartolina Sisa, alma del alzamiento, se dirigió con 5.000 indios al encuentro de aquél, trabándose una acción en que fué derrotado y vencido, perdiendo su caballo y teniendo que regresar a pie hasta los altos de Sapahaqui.

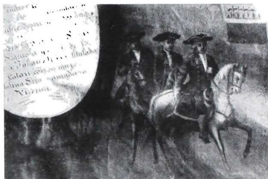
Como consecuencia de esta primera derrota seria, se notó cierto abandono de los indios que, por grupos, ingresaban a la ciudad en demanda de perdón y llegaron al extremo de entregar a su Virreina, Bartolina Sisa, a los españoles, que la encerraron en severa prisión. Bartolina se entregó, altiva y desdeñosa, y guardó cárcel por más de un año; pues sólo el 5 de septiembre de 1782, Tadeo Diez de Medina dictó contra ella sentencia de muerte, que se ejecutó de inmediato.

Casi juntamente con la Virreina, cayó en poder de los españoles, su secretario particular, Francisco Hinojosa, que fué ahorcado a los pocos días de su detención.

El 19 de julio, fué recibido apoteósicamente el Comandante Ignacio Flores y obsequiado con un Te-Deum, permaneciendo en la ciudad hasta el 4 de agosto, fecha en que emprendió su retirada a Oruro, dejando a La Paz en situación azarosa, pues Catari, vestido de inca, volvió con sus indios a posesionarse de los cerros, sucediéndose nuevos combates furiosos y desesperados.

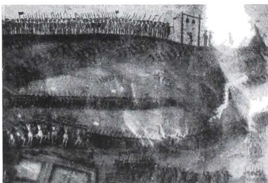
Al teatro de operaciones llegó, entretanto, Andrés Tupac Amaru, mozo de 22 años, hijo del principal alzado José Gabriel Tupac Amaru, con numeroso ejército que engrosó el de Catari, y, juntos, acometieron contra la ciudad con ánimo de arrasarla, como habían hecho ya con todos los barrios que quedaban fuera de las trincheras, de los cuales no quedaban sino escombros, incluso, los templos de San Pedro, San Sebastián, las Recogidas y el convento de San Francisco.

La inundación. En vista del éxito obtenido en Sorata, destruída por una inundación, los indios resolvieron proceder en la misma forma con La Paz. A una distancia de tres leguas, más o menos, y en una



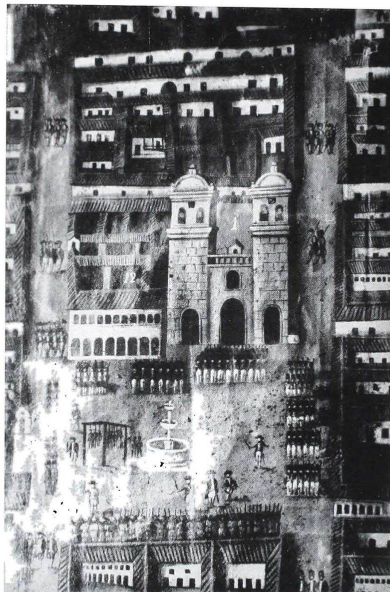
Detalle que muestra al Brigadier Sebastián de Segurola y sus lugartenientes, visitando las murallas y defensas de la ciudad sitiada.

hondonada entre dos peñas, construyeron una gran represa que, felizmente, reventó antes de tiempo, cargando con sus trabajadores, a las 11 de la noche del 13 de octubre. Sin embargo, la inundación causó



Detalle del cuadro anterior que muestra a los sitiadores posesionados de las alturas circundantes a la ciudad.

muchos perjuicios, destruyendo todas las casas ribereñas y el puente de San Francisco. Numerosas personas, sorprendidas por la impetuosa corriente, fueron arrastradas sin salvación posible.



La Plaza Mayor de La Paz, según una pintura antigua de 1790.

A esta altura de los sucesos, la situación de La Paz no podía ser más lamentable. Oigamos a Segurola: "Los enemigos se han auxiliado de numerosas invenciones, máquinas y arbitrios, arrojándonos flechas con pelotones de lana ardiendo, cohetes que conducen candelillas de pajuelas, envoltorios de lienzo con fuego y pólvora en su centro tirados con hondas y granadas de mano disparadas con los cañones, en inteligencia de que podrían causar efectos en algunas casas, pegadas a nuestras trincheras, techadas con paja, de manera que fiados en la destrucción total de la ciudad, tenían otra construída en el alto; y por la misericordia de Dios nos hemos defendido a pesar del hambre, la peste y los enemigos como también de los interiores que no han causado menos cuidado que los exteriores, logrando su libertad y preservando la parte

más esencial y mejor de sus oficios del saco, incendio, y demás excesos, habiendo sido alimento de la gente no sólo los caballos, mulas y jumentos sino que también después de agotados los perros y gatos, sirvieron para la subsistencia los cueros de las reses y los de las petacas más despreciables".

Un testigo presencial por su parte sostiene: "Una mujer ha llegado al extremo de degollar a su hijo para sostener con esa carne a sus demás hijos; raro pasaje que aconteció en el barrio de *Karkantia*, que por casualidad de buscar qué comer encontró esta carne asada que por los dedos conoció y fué a denunciar".

"Las enfermedades, prosigue Segurola, hicieron en el tiempo del asedio los progresos que son naturales en semejantes ocasiones, particularmente en las gentes de escasas conveniencias. Los escarnios y crueldades que ejecutaron los enemigos con los nuestros, así con los que cogían vivos como con los cadáveres que quedaban en el campo no se puede referir sin el mayor horror, dolor y compasión siendo lo más común y con lo que manifestaban su ira contra los españoles, el cortar cabezas, brazos y sacarles tiras del cuerpo, bailando alrededor de los cadáveres, siempre que lograban alguno con otras acciones propias de las naciones más bárbaras e inhumanas".

La expiación. A los tres días de la inundación, el 15 de octubre, aparece en escena el Teniente Coronel José Reseguín, con 7.000 soldados, habiendo caminado a marchas forzadas, con objeto de acudir más pronto a la salvación de la ciudad de La Paz. Tupac Catari mandó a sus generales Diego Khespi y Juan de Dios Muyupuraca a Yaco, para arrojarse sobre Oruro, tan luego como pasara Reseguín a Sicasica; pero éste, con 2.000 hombres, prefirió atacar a los indios, ocasionándole una pérdida de 300 hombres. Reseguín, vencedor, se dirigió a La Paz, donde la situación de los sitiadores se tornó crítica. Andrés Tupac Amaru, derrotado, se retiró a Peñas. Catari, profundamente impresionado y llorando el apresamiento de Bartolina, cuya muerte próxima presentía, trasladó su campamento a *Pampjasi*.

Reseguín, aprovechando de su viaje de Catari a Peñas, donde debía conferenciar con Andrés Tupac Amaru, atacó *Pampjasi*, alcanzando éxito completo. Los indios disputaron la victoria palmo a palmo, pero inferiores en armas y privados de la presencia de su jefe, se dieron a la fuga. Este triunfo dió los resultados que apetecía el pacificador. Así Miguel Bastidas, falso coronel, que tuvo una actuación equívoca y tortuosa en la sublevación, se entregó pidiendo indulto. Tupac Catari, siempre perseguido por el recuerdo obsesionante de su infeliz mujer, huyó a Peñas.

Habiendo caído enfermo el coronel Reseguín, apenas convaleciente se hizo conducir, en parihuelas, a Peñas; cargado en hombros de sus soldados ingresó a este pueblo entre las entusiastas aclamaciones de más de 20.000 indios que, días antes, le maldecían y pedían su cabeza. Reconociendo su impotencia para tomar prisionero a Catari o matarlo en combate leal, Reseguín acudió a la intriga, entrando en relaciones secretas con el pérfido Tomás Inga Lipe, amigo íntimo de Tupac Catari, quien, a cambio de unas cuantas baratijas, no vaciló en entregar al caudillo en manos del capitán Ibáñez, que lo condujo a Peñas, población a la que Catari ingresó montado en un jumento.

De su juzgamiento se encargó el oidor de Chile, don Tadeo Diez de Medina, asesor jurídico del Coronel José Reseguín. El resultado fué que el luchador nativo fuera condenado a la misma pena bárbara sufrida, ya un año antes, por el gran insurrecto: Tupac Amaru.

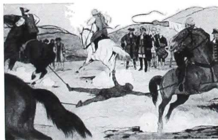
La sentencia se ejecutó el 15 de noviembre de 1781, en la plaza del pueblo de Peñas, día en que el caudillo fué descuartizado de la manera siguiente: le amarraron a la cola de cuatro caballos, que, acuciados por sus jinetes, arrancaron en direcciones opuestas, acabando por despedazar en vida

el cuerpo del infeliz. El largo y fiero grito de dolor que lanzara la víctima, halló eco en la muchedumbre que presenciaba el bárbaro espectáculo.

La cabeza fué separada del tronco a machetazos y enviada a La Paz, sus demás despojos fueron, asimismo, repartidos y exhibidos en diversas poblaciones para escarmentar a los insurrectos. Tupac Catari fué declarado infame, maldito, vil; su casa, quemada y confiscados sus bienes, aunque, a decir bien, esta última parte de la sentencia no pudo ser cumplida, porque Catari carecía de bienes.

Los historiadores de la Colonia describen al caudillo indígena como un sujeto sensual, beodo consuetudinario, extraordinariamente glotón, etc. Es justo que así lo hicieran. Tantos dolores de cabeza, tantas horas de zozobra y tamañas inquietudes ocasionadas por aquel hombre, de algún modo había que cobrarlos.

Que si hubo valor y constancia en los insurrectos, bien claramente expresado lo dijo el comandante de las fuerzas realistas: "habiéndose notado en los enemigos un espíritu



Suplicio de Tupac Catari, caudillo de la sublevación indígena de 1781, en el pueblo de Peñas.

y pertinacia tan horrible que pudiera servir desde luego como ejemplo a la nación más valiente, porque no obstante estar atravesados de balazos, los unos sentados y los otros tendidos, aún así se defendían tirándonos muchas piedras". De su parte, la conducta de los paceños durante los ciento sesenta y nueve días del asedio, fué ejemplar, pues no dejaron de combatir valientemente un solo día, no obstante su estado de postración y agotamiento por hambre y sed.

Fué, pues, un estricto acto de justicia el que quiso ejercitar la Real Cédula de 20



Doña María Josefa Úrsula Rojas Foronda, esposa del Brigadier Segurola, defensor de La Paz.

de mayo de 1794, al conceder a la ciudad de La Paz, como premio a su valor, constancia y lealtad, los títulos de "Noble", "Valerosa" y "Fiel".

GOBIERNO DE LA PAZ EN LA ÉPOCA COLONIAL

Hasta el año 1782, la ciudad estuvo gobernada por un Corregidor y Justicia Mayor. Pero desde el 28 de enero de aquel año, fecha en que fué elevada a la categoría de Intendencia, fué ya administrada por un Gobernador Intendente. Noventa y un corregidores se sucedieron en La Paz, en 234 años que duró el régimen provincialista, de entre los cuales el que mayor tiempo se mantuvo en el poder fué don Antonio Carnero (13 años); y veinte Gobernadores Intendentes, entre propietarios e interinos, habiendo sido el período más largo el de Burgunyó y Juan (diez años).

El cabildo o ayuntamiento de La Paz tenía dos alcaldes y siete regidores, elegidos



José Rovira

El protomártir Pedro Domingo Murillo.

anualmente por voto directo del pueblo: única sombra de libertad electoral de que gozaban por aquellos tiempos las ciudades. Como funcionarios subalternos, actuaban en la Comuna el síndico procurador, el asesor, el defensor de menores y el defensor de pobres. El cabildo administraba también justicia, con arreglo a las Leyes de Indias y los arcaicos códigos españoles, pronunciando sentencias apelables ante el Virrey y recurribles de nulidad ante el Supremo Consejo de Indias.

Ya en los primeros tiempos de la Colonia, hacia el año 1605, La Paz fué erigida en obispado como representación genuina del gobierno eclesiástico; hasta ese año sólo había sido una parroquia. El primer obispo de la diócesis de La Paz fué Fray Domingo de Valderrama.

El Tribunal de la Inquisición, con sede en Lima, tuvo en esta ciudad su comisario.

La administración de la hacienda pública era atendida por una junta que presidía el Gobernador Intendente, e integrada por un asesor y tres ministros: el contador, el tesorero y el ensayador de la caja real, participando también el fiscal y el escribano, todos los cuales formaban, al mismo tiempo, la junta de almonedas.

La incipiente industria se reducía a la explotación de los yacimientos auríferos de los ríos de la ciudad, con abandono absoluto de las labores agrícolas. Y el comercio, a un mediocre intercambio, debilitado mayormente por la sed de lucro exagerado y la usura de los comerciantes; por la avaricia de las autoridades, entre quienes el cohecho y la coima eran recursos corrientes, y por el nuevo impuesto llamado alcabala, o sea, el dos por ciento sobre todo género de ventas y permutas, con la sola excepción de las cosas eclesiásticas y los granos destinados al aprovisionamiento del pueblo, las semillas, los caballos ensillados y quizá algo más.

En materia educacional, las primeras escuelas de La Paz fueron abiertas por los conventos, que, por más de dos siglos, monopolizaron la enseñanza. Después de la expulsión de los Jesuítas, el cabildo estableció una escuela que tuvo muy corta duración y sostuvo un Seminario, fundado por el obispo Gabriel de Guilléstegui. Recién en el año 1774 fué establecido un colegio para niñas.



Don Carlos.... Por la gracia de Dios

y por quanto en representacion de siete de noviembre del mil setecientos y noventa y tres, en q̃ exponiendo la ciudad de La Paz, las notorias excelencias y virtudes políticas q̃ practicaron los vecinos della, en la jeneral irrupcion de los insurjentes, q̃ la sitiaron dos veces, destruyendo las haciendas, y caudales de sus moradores, sin q̃ la hambre, vigilias y demas penosas enfermedades en el horror de la epoca, tan sensible y turbulenta fuesen capaces de causar en sus endividuos, desmayo ni desaliento, ni aun la menor tivieza la generosidad e nobleza de sus pechos, q̃ constantes defendieron mis Reales Derechos, su Patria y su Relijion, de todos los connatos, apuros, e esfuerzos de los reveldes, ha solicitado se le distinga con los titulos de:

Noble, Invencible, Valerosa y Fiel

E. vista esta instancia, en mi Consejo de Camara de las Yndias, con lo expuesto por mi Fiscal, y aviendome consultado sobre de ella en diez e siete de marzo del corriente año:

He venido en conceder a dicha ciudad de Ntra. Sñra. de la Paz la gracia q̃ ella se distinga, de hoy en adelante e pr siempre, con los titulos de: "**Muy Noble, Denodada, Valerosa e Fiel**" a q̃ es acreedora, y los q̃ yusctamente adquiere en defensa de mi soverania, de la Patria ansi como de la Relijion, en la ultima irrupsion de los sus naturales los indios, etc.

Y Madrid en julio 21 de 1794.

Los títulos de MUY NOBLE, DENODADA, VALEROSA y FIEL que le concedió el Rey por su larga y esforzada defensa contra los sitiadores de 1781.

En el convento de San Francisco, existió el mejor colegio de los últimos tiempos de la Colonia, regentado por el notable pedagogo Fray José Manuel Rivero, moqueguano, en el cual se educaron los principales paceños, que tendrían relevante actuación en la guerra de la independencia como en los primeros tiempos de la era republicana.

En el aspecto social, el gobierno colonial no hizo sino favorecer las diferencias de clases: había clases privilegiadas, rebosantes de dignidades, prerrogativas y títulos de nobleza, en grado de desigualdad irritante con respecto del pueblo, compuesto de crio-

llos y mestizos, a quienes se consideraba una clase degenerada, nacida para la esclavitud, inferior, en suma, y desposeída de todo derecho o aspiración. En consecuencia, si no podían colocarse en un mismo plano con los españoles, menos podían pretender a los cargos importantes del gobierno.

Un odioso monopolio ejercido, no sólo en puestos públicos, sino también en el ejercicio del comercio y de la industria, y aún dentro de la religión, dice el historiógrafo don Luis S. Crespo, puede dar ya idea del odioso sistema imperante en aquella triste época de la historia americana. Pero cuando se produjo el choque, la colisión entre ambas clases, la lucha fué enconada, sangrienta, algunas veces con características de barbarie, y no terminó sino cuando uno de los partidos, el de los poderosos, de los magnates y los nobles, cayó abatido ante el empuje victorioso del pueblo.

LOS INTENDENTES DE LA PAZ

Siguiendo el mismo sistema, daremos una síntesis biográfica de los principales Intendentes de esta ciudad, es decir, de aquellos que hubiesen influído decisivamente en la vida de La Paz, ya por su actuación militar, ya por sus actos administrativos.

Sebastián de Segurola. Nació en Azpeitia de Guipúzcoa. Se posesionó el 4 de enero de 1781. Tomó las disposiciones necesarias para la defensa de la ciudad con motivo de la sublevación Tupac Catari, a que nos referimos en capítulo especial.

José Pablo Conti. Nació en una de las provincias del Río de la Plata. Ingresó al gobierno el año 1789, al finalizar el cual hizo publicar por bando y con el ceremonial de estilo, el recojo de la plata macuquina, ordenado por cédula real.

Pedro Nolasco María Crespo Gómez Días. Abogado, natural de Buenos Aires. Naturalista y escritor ameno; sus producciones se publicaban en "El Mercurio" peruano, siendo las más importantes las que versan sobre la cascarilla, los monumentos de Tiahuanacu, el elogio de la coca de los Yungas de La Paz. Se posesionó del gobierno en febrero de 1793.

Dionisio Cuéllar Artucho Carrillos de los Ríos Ronsvi Valdez. Este Intendente de tantos nombres tomó posesión del gobierno en julio de 1793. Al estallido de la sublevación de Tupac Amaru, el Virrey mandó tropas a sofocarla bajo las órdenes de Cuéllar Artucho, con el grado de mayor general.

Fernando Sota Agüero. Natural de Castilla la Vieja, casado con María Rojas, paceña. Se hizo cargo de la Intendencia el 3 de septiembre de 1795. Bajo severas sanciones, ordenó el establecimiento del alumbrado, mediante faroles en las puertas de calle y en las esquinas. Fué el primer sistema de alumbrado público en la ciudad.

Antonio Burgunyo y Juan. Natural de Alicante. Comenzó a gobernar en 1796, cuando empezaban las agitaciones revolucionarias por la libertad, por la "separación del continente de España". El Club paceño funcionaba activamente, en contacto permanente con los del Cuzco, Chuquisaca, Córdoba y Buenos Aires. El Intendente, si no estaba en los secretos de la conspiración, simpatizaba con ella, pues, descubierta la tentativa, apenas se limitó a reprender a los autores; de este gobierno nos ocupamos en capítulo especial, al hablar del Protomártir de la Independencia, don Pedro Domingo Murillo.

Tadeo Dávila. Natural del Perú. Se hizo cargo de la Intendencia en 1807. Avanzado en años y en avaricia y venalidad. Descubierta la conspiración en 1805, ella fué debelada y detenidos los autores; pero terminó benignamente, gracias a la tolerancia de Dávila, tolerancia inspirada en el cohecho. Triunfante la Revolución de La

Paz, con excesiva generosidad los patriotas le perdonaron la vida. Desempeñó más tarde algunas comisiones que le encomendara Goyeneche, falleciendo a edad avanzada, en 1814.

JUAN RAMÍREZ Y OROSCO. Se ignora el lugar de su nacimiento. Vino en el regimiento de Extremadura y se quedó en el país. Con motivo de la revolución del 16 de julio, Abascal ordenó que Ramírez actuara como segundo de Goyeneche y así resultó gobernador de La Paz, tomando posesión en noviembre de 1809, y permaneciendo en el cargo hasta el 30 de septiembre de 1810, en que, acosado por la revolución americana, tuvo que ponerse en campaña para defender el poder real. Después de la derrota infligida al primer ejército auxiliar, Ramírez volvió a La Paz, donde se impuso por su ferocidad; mandó fusilar patriotas prisioneros, entregó la ciudad al saqueo más espantoso de la soldadesca y le impuso una fuerte contribución arrancando a cuenta de ella, cien mil pesos.

DOMINGO TRISTÁN MOSCOSO. Arequipeño, primo de Goyeneche, incorporado al ejército realista; feroz verdugo de los patriotas Lanza y Castro, a quienes hizo degollar, enviando sus cabezas de obsequio a su primo, quien, en premio, le hizo gobernador intendente de La Paz, cargo del que se posesionó el 30 de septiembre de 1810. Gran hipócrita e intrigante, simuló un momento de adhesión a la causa patriota, logrando engañar al jefe argentino Castelli que le confirmó en el cargo; pero, felón como siempre, a la aproximación de Goyeneche encaminó las cosas en favor de la causa real. En su período, soportó la población un segundo cerco, que principió el 15 de agosto de 1811, casi con las mismas características del de 1781.

MARQUEZ DE VALDE HOYOS. No se sabe si nació en La Habana o en Puerto Rico. Nombrado Intendente de La Paz, tomó posesión del cargo el 4 de junio de 1813. En conocimiento de la expedición patriota que venía del Cuzco, Valde Hoyos preparó la defensa, colocando minas hasta en la casa de gobierno, dando lugar a horrible explosión que causó muchas víctimas y provocó una indignación tan grande del pueblo, que éste dió muerte a Valde Hoyos y otros realistas, colgando sus cadáveres en la plaza principal, suceso cuyos detalles damos en el capítulo relativo a los últimos días del régimen colonial en La Paz.

JOSÉ ASTETE. Natural de La Paz. Egresado de la Universidad de San Francisco Xavier. Abogado de la Real Audiencia de Charcas; muy estimado por su bondad. Ocupada la ciudad por las fuerzas patriotas cuzqueñas, Astete fué nombrado Gobernador Intendente, cargo que desempeñó desde el 24 de septiembre de 1814 hasta el 4 de noviembre del mismo año, en que fueron derrotados los patriotas en las alturas de Achocalla, Astete huyó a Arequipa, con mala suerte, porque cayó en manos del feroz Ramírez, que lo mandó fusilar no obstante su avanzada edad.

JOSÉ MARÍA LANDAVERE. Paceño. Actor de una vida política algo tortuosa. Afiliado al movimiento revolucionario de 1805, se libró coimando a Tadeo Dávila. A pesar de sus tendencias realistas, fué incorporado al movimiento revolucionario del 16 de julio, como miembro adscrito de la Junta. En tal calidad acompañó en su destierro al Obispo La Santa, volviendo de ahí más realista que nunca. Nombrado gobernador interino el 5 de noviembre de 1814, se posesionó del cargo en la misma fecha. No se tiene un concepto claro de su personalidad. Mientras unos le calificaban de suave, blando, tolerante, otros le señalaban como el espíritu que inspiraba las sañudas persecuciones de Ricafort a los patriotas.

MARIANO RICAFORT. Aragonés. Tomó posesión de la Intendencia el 26 de octubre

de 1815. Al salvaje régimen de terror que impuso en La Paz y a las contribuciones forzosas que impuso bajo pena de muerte, nos referimos en otro lugar. Abandonó La Paz para incorporarse al ejército realista. Fué tomado preso en el Callao, y aún se dice que tan salvaje esbirro mereció consideraciones especiales del general San Martín. Se fué a España en 1821.

JUAN SÁNCHEZ LIMA. Fué posesionado de la Intendencia a la retirada del sanguinario Ricafort. De carácter apacible, trató de cicatrizar las heridas causadas por su antecesor, entregándose con entusiasmo al trabajo de obras de ornato público. Proyectó la fundación de una casa de expósitos. Inauguró los trabajos de la Alameda, que bajo su administración fué trazada, delineada y forestada. Se la adornó con una fuente de berenguela que fué trasladada de la plaza. Todos estos trabajos fueron dirigidos por el ingeniero Francisco San Cristóbal. Fué construído también el puente conocido con el nombre de San Juan de Dios.



Juan Sánchez Lima, gobernador de La Paz que se ocupó de trabajos de ornato urbano.

Siguieron a Sánchez Lima otros intendentes como Francisco Huarte Jáuregui, el Marqués de Torretagle y José Ildefonso Mendizábal, que fué el último, cuya actuación fué tan desteñida e insignificante que no vale la pena de dedicarles más espacio.

EVOLUCIÓN DE LA CIUDAD

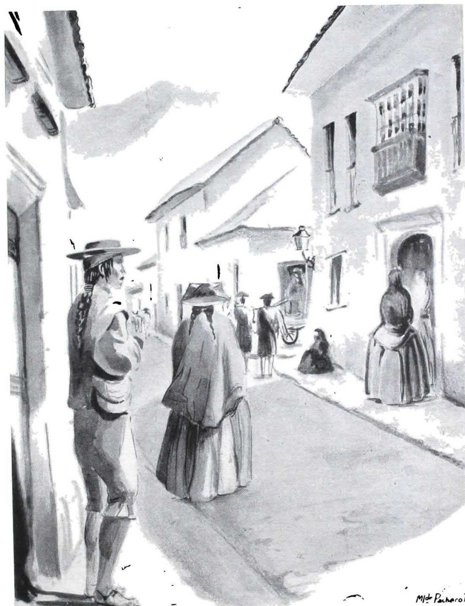
La casa colonial. Si la vida colonial es la ciudad y el corazón de ésta es la plaza, la casona viene a ser la imagen reducida del mundo colonial. Por eso quisimos referirnos a su evolución en capítulo aparte, no pudiendo hacer lo propio con los demás aspectos de la ciudad, por falta de espacio.

Como otras ciudades de origen hispánico, La Paz fué fundada poniendo una cruz, para dejar establecido su carácter de población cristiana. La picota, otro de los símbolos, representa la autoridad y el rigor de la ley. Además, hacíase dar un paseo al estandarte, significando la toma de posesión del suelo, en nombre de la Corona, como reviviscencia de las prácticas antiguas de los romanos.

Las plazas debían tener forma cuadrada o rectangular, a fin de quedar apropiadas para fiestas y desfiles militares; de ellas salían ocho calles, provistas de portales para comodidad de los viandantes. El templo. se situaba en sitio principal de la plaza y a cierta altura sobre el nivel del suelo, las manzanas debían ser de 138 varas por cuadra y las calles ser de doce varas de ancho.

Los fundadores, como lo disponían las Leyes de Indias, permanecían primero en tiendas de campaña, mientras se construyeran las viviendas.

La construcción de las casas en La Paz atravesó por tres etapas bien definidas: la primera, de los techos de paja; la segunda, de los techos de teja, y la tercera, de las casas de piedra y techos de teja.



Una escena callejera en los apacibles días coloniales, en la ciudad de La Paz.

Hasta comienzos del siglo XVIII, se nota todavía la lucha de la ciudad con el campo: es la época de la aldea rural. Y luego comienzan a difundirse las *casonas*, algunas de las cuales, muy pocas, subsisten hasta hoy.

La casona es de un piso o de dos, con paredes de adobe y techo de teja, de dos patios, que parecen plazas, y corrales más inmensos aún. El frontis tiene cuatro o seis ventanas con balcones cerrados de una sola pieza, provistas de puertas de madera de naranjo o cedro talladas con ornamentos hispano-indígenas. La planta baja del frontis está formada por el gran portal que da acceso a las tiendas. Si la casa está situada en esquina, la configuración es más interesante, porque el frontis superior luce un



Una tertulia de los tiempos del coloniaje. Después de las fiestas religiosas, acaso la única distracción de que podían gozar las damas de las familias peninsulares y criollas.

balcón de farol con hermosos tallados y, en la planta baja, la tienda tiene dos puertas divididas por una columna de piedra o de ladrillo.

Lo típico de la casona está en su puerta de calle: dos hojas altas, anchas, pesadas y cubiertas de bellos relieves de la misma madera o tachonadas de enormes cabezas de clavos de bronce. Tiene un extraño y complicado mecanismo y desempeña un papel social por demás interesante. Por dentro, se asegura por medio de unos enormes barrotes de hierro, aparte de la chapa, el grandor de cuya llave es proverbial. Esta puerta no se abre sino en los días de solemnidad, acaso por eso protesta con unos chirridos que llegan a oídos de todo el barrio. Para los demás días, se emplea un



Lectura de un bando. La única forma de publicidad que tenían las autoridades españolas para dar a conocer sus órdenes y determinaciones.

portil abierto en la hoja derecha y provisto de un aldabón, cuyos retumbos llenan la casa anunciando a las visitas. Generalmente, la puerta de calle es la *aljería*: el lugar de venta de los productos que vienen de las haciendas.

Veamos cómo estaba distribuída la casa. Si es de dos pisos, en el superior se encuentran el salón, el oratorio y el dormitorio, provisto de camas con ricos y complicados adornos de bronce y enormes cortinones de felpa y damasco. Preside esta habitación un gran crucifijo o alguna otra imagen religiosa. A continuación, el comedor: una mesa larga y labrada; la rodean escaños o sillas de empinado respaldo y un sillón, a la cabecera, para el padre de familia. Se usa dos clases de vajilla: la

de palo, para el uso diario, y la de plata y oro, en las invitaciones o solemnidades, llamados días de etiqueta. Finalmente, la despensa.

En las habitaciones del piso bajo, están el cuarto de monturas, el de escarmenar lana, el de liar cigarrillos y otros menesteres secundarios.



El Cabildo o sea la casa de gobierno y la Catedral primitiva de La Paz, según datos de la época.

El segundo patio está ocupado por la servidumbre; el mayordomo y el ama de llaves con sus familias, el *pongo* y la *mithani*, aún cuando es bien sabido que el pongo duerme en el zaguán, de donde le viene, precisamente el nombre, y la cocinera. También suele acostumbrarse el cuarto de duendes, destinado, de acuerdo con las reglas pedagógicas de la época, a la corrección de los niños desobedientes.

Aun en el siglo XVIII, el empedrado de las calles es de guijarros, teniendo al costado un canal abierto que discurre llevándose las inmundicias.



Hermosa muestra de tallado en madera. Un balcón colonial de La Paz.

El paisaje paceño es múltiple y complejo, dice Gustavo Adolfo Otero e imprime una emoción llena de sugestiones espirituales. Diríase, visto desde el arenoso yermo del Alto, una profunda hondonada, cortada por la sabiduría de los siglos, espectáculo único por su colorido y el armonioso capricho del panorama. Destácase en el fondo, pintando un cuadro, el Illimani, erguido orgullosamente en la inmensidad cristalina del aire terso, y más aquí, el rojo de las techumbres de teja, que forman una mancha purpurina. La belleza de las torres eclesiásticas y el verde de la campiña introducen una nueva nota de contraste en este paisaje policromo y cambiante.

La ciudad se agazapa en los cerros, trepa por las colinas, cruza el Chuquiapu, se extiende a su largo y repta cautelosamente por las quebradas y pendientes. Las colinas que la circundan, cubren el horizonte, recortándose en el cielo azul con angulosidades de sierra. La fisonomía interior de la ciudad reserva el espectáculo de sus construcciones, las cuales no deslumbran ni por su magnificencia, ni por su lujo ni por su audacia arquitectónica; en cambio, presentan un cuadro de color local interesante por su composición.

En primer término se encuentran esas casonas con aire conventual, de abultados balcones y rejas, la perspectiva de algunas residencias señoriales y sus templos de cantería, en los cuales los alarifes castellanos e indígenas pusieron la inspiración de su peculiar arquitectura hispano-indígena.

Por último, para que la nota de color se subraye, se encuentran en la ciudad las construcciones indígenas de adobe o tapial con techo de paja, que dan al ambiente paceño unas pinceladas eglógicas con algo de poesía rural. Es el rostro fisiognómico de los días coloniales con una poderosa fuerza de creación e impulsión; una gran voluntad puesta al servicio de anhelos constructivos y de cultura. Su crecimiento estuvo unido a su desarrollo económico y al crecimiento de su población. Fué La Paz la



Simona Manzaneda la atractiva y valerosa jubonera que actuó en los preparativos y revolución del 16 de Julio.

ciudad altoperuana que agrupó en su seno a los artesanos de iniciativa, a los arrieros y traficantes, a los pequeños industriales que elaboraban el chocolate, las velas y los cigarrillos, a los que exportaban la coca, las chalonas y los productos agrícolas, convirtiéndose así, en el orden comercial, en



El antiguo Loreto de La Paz.

el Gran Tambo del Alto Perú, centro de intercambio y agitación comercial.

Y ahí está La Paz, colonial, en vísperas del estallido revolucionario de 1809, cincelada por los siglos, pintoresca, llena de color y toda cubierta por el brillo incomparable de la Historia, preparando en la entraña del pueblo esencias de tradición y de un porvenir cada vez más venturoso, como dice Otero, en su *Vida Social del Coloniaje.*

LA PAZ, CUNA DE LA REVOLUCIÓN LIBERTARIA AMERICANA

CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN. Algunas de las causas de la revolución por la libertad de América y de la guerra que, por 15 años, asoló el territorio altoperuano, han sido expuestas al tratar de las insurrecciones indígenas; pero es conveniente ampliar el concepto.

Todo suceso histórico obedece a un orden de ideas y opiniones, a un concurso combinado de circunstancias que se condicionan; serie no interrumpida de causas coexistentes o sucesivas, que se explican por otra. Hay también una causa generadora que ordena y combina; principios que germinan con el tiempo, al calor de una preocupación; hechos contingentes que pasan desapercibidos porque la causa no sale a la superficie, pero que van adquiriendo y arraigando más en la conciencia y en el cuerpo social. Y fué éste, cabalmente, el fenómeno físico y psicológico que se verificaba en las colonias americanas.

Si la invasión napoleónica produjo en la península "profunda perturbación", división en los ánimos y en las juntas españolas, haciendo sentir sus consecuencias en América, mucho más con las pretensiones contradictorias de Carlos IV, del Consejo de la Regencia y de José Bonaparte, no fué, con todo, la causa eficiente; pero sí la ocasional o la inmediata de la revolución de 1809, que halla sus orígenes en el espíritu democrático y en la misma constitución social de la Colonia.

Desde los primeros tiempos que siguieron a la conquista, la lucha entre los colonos españoles creó un estado permanente de turbulencia y rebelión, que dió por resultado la resistencia a las órdenes emanadas del soberano y de sus representantes en América. Ahí se revelaba, desde luego, un



Edificio del primer Cabildo de La Paz, forma la esquina entre la calle América (antigua Plaza de los indios) y la Plaza Alonso de Mendoza (plaza de los españoles).

carácter inquieto, belicoso y una conducta reacia a la autoridad, en ocasiones llevada hasta la oposición abierta y la protesta armada.

La lenidad propia de la autoridad en territorios extensos; la competencia y pugna mantenida entre las distintas jurisdicciones políticas, religiosas o judiciales; la debía desaparecer, y sobre todo, las varias tentativas de insurrección fracasadas y el espíritu democrático que se mantenía vivo y como un elemento popular en el municipio, fueron otras tantas razones que, tomando cuerpo y creciendo cada día con la aspiración racional innata de independencia y de gobierno propio, fueron las causas



Tambo de Quirquincho, edificado en el mismo sitio en que a la fundación de La Paz, el cacique Quirquincho tenía su "tampu".

rebelión latente contra virreyes y gobernadores, estallando algunas veces y terminando con la deposición de aquéllos por el pueblo; el derecho libre de queja al Consejo de Indias concedido a cada súbdito de las colonias; el espíritu liberal de la aristrocracia, envidiada por la burguesía criolla; cierto espíritu de asociación literaria y alguna práctica de la libertad de reunión y petición, extendida más de una vez hasta el derecho local de sufragio; la difusión de una rutina judicial adquirida en los juzgados y la tendencia del criollo docto a alejarse de la masa popular; la convicción, desarrollada en tres siglos, de que la desigualdad social y política no era un defecto de su raza, sino resultado de una situación precaria que, con el tiempo, eficientes de la revolución americana. Ellas fermentaron, para hacer explosión, después, con la independencia de la América sajona, con las ideas democráticas de la Revolución Francesa, con la feliz coyuntura del cautiverio de Fernando VII en Valencey y la desorganización peninsular en los años subsiguientes de 1808.

Toda causa encierra dos principios de acción: la actividad y la fuerza. La fuerza obra en el mundo externo, la fuerza destruye y vence las resistencias o estalla contra éstas. La actividad, permítasenos decirlo, es la elaboración moral de las ideas para formar convicción en la conciencia que no busca desde ese momento sino la oportunidad más segura. Es por ello que hay causas de simple posibilidad, y son aquellas que

todavía no dan un resultado positivo y se llaman causas potenciales. Y las hay de hecho o de acción, y son aquellas en función actual; se llaman también causas actuales. Las primeras produjeron la revolución de 1809 y las segundas, la independencia de las colonias americanas.

Confirma el aserto la prestigiosa autoridad del General Mitre, experto en asuntos americanos, que ha escrito este pasaje de notable observación: "Estos tres elementos: el espíritu belicoso, el espíritu comunal o municipal y la preparación laboriosa por necesidad, con instinto de independencia individual y de libertad comunal a la vez que con tendencia a la arbitrariedad en que la fuerza y la opinión intervenían activamente (Buenos Aires) con más eficacia que en el resto de América. Así vemos pasar la colonia de la anarquía al orden, del absolutismo al sistema electivo y que cuanda faltaron a su cabeza los mandatarios legales, por acefalías ocasionales o por efecto de revoluciones, el sufragio popular dió razón de ser a sus gobernadores o caudillos, los que apoyados en esta fuerza moral y material se mantuvieron por largos años en sus puestos, sin provisión real y contra las previsiones del monarca metropolitano, dominando a todos con su popularidad y su elocuencia a la vez que con su habilidad y energía".

La independencia de los Estados Unidos de Norte América, no fué sino el efecto que necesariamente debía seguir a su constitución social y estado político y económico; de ahí que fué tan breve el período de la guerra y tan sencilla la fundación de la gran república del norte.

En la América latina, no. Su posición geográfica, demasiado al oeste, alejada del Atlántico, con excepción de las costas septentrionales de Venezuela y los puertos del Plata, y relativamente la deficiente instrucción elemental de las masas coloniales y las restricciones y hasta la clausura impuesta al comercio extranjero; el retraimiento de la clase indígena con respecto del español, a quien hace una enconada resistencia; la lentitud con la que se iban formando las clases mestiza y media; la obligación impuesta a cada súbdito peninsular de no poder permanecer más de dos años en América, haciendo así ineficaz y nula la colonización; el aislamiento en que vivían los pueblos alejados unos de otros por distan-



Casa donde funcionó el primer teatro de La Paz.

cias inconmensurables, sin contar con el factor migratorio que renueva las capas sociales; además, su escasísima población; las preocupaciones de la época, por una de las cuales los sacerdotes españoles se creían autorizados a inculcar a los pueblos la doctrina jacobita, de que los reyes reciben inmediatamente la autoridad de Dios; los privilegios eclesiásticos retenidos por el patrono español, que con su intromisión desvirtuaba la acción civilizadora de la religión, fueron otras tantas causas que retardaron la emancipación de las colonias sudamericanas, que aún debieron sostener 15

años de una guerra sin cuartel, porque a todo un ejército de 80.000 realistas distribuídos en las poblaciones principales, fué difícil arrojarlo de sus posiciones mediterráneas, donde se reconcentraron después de cada batalla perdida.

Si se toma también en cuenta la inmensa línea de defensa; la falta de recursos; la exigua población, que, en 1810, apenas alcanzaba a once millones de habitantes en toda la América meridional; la falta de unidad de plan en la acción; la falta de cuerpos sólidos de ejércitos, cuya creación era impedida por las fuerzas situadas en los puntos de comunicación, se comprenderá por qué no haya sido cosa tan fácil la independencia de las colonias hispano-americanas, cuyos directores debieron vencer los obstáculos de la naturaleza y los inconvenientes de su misma situación.



Un patio suntuoso de La Paz colonial.

LA REVOLUCIÓN DEL 16 DE JULIO

Después de tres centurias, y en virtud del inalienable derecho de los pueblos a la libertad y autonomía, había llegado por último el momento de dar fin con el gobierno colonial, para constituirse en estados libres y soberanos.

La revolución del 16 de julio de 1809, en La Paz, expresión social y política del estado jurídico de los pueblos americanos, con programa explícito y con los caracteres definidos de una insurrección libertaria, abrió la era de la gran revolución americana. Su figura epónima es Pedro Domingo Murillo, a quien debe la América meridional la iniciación de la verdadera lucha por la independencia. Claro está que la gratitud boliviana recuerda la explosión patriótica del 25 de mayo en Chuquisaca, de donde partieron heraldos que prepararon y estimularon los movimientos subversivos en diversas capitales de nuestro continente.

Al movimiento insurreccional de La Paz siguió el de Caracas, el 19 de abril de 1810, el cual no obedeció ostensiblemente sino al reconocimiento del gobierno legítimo de Fernando VII, a la protesta contra Napoleón Bonaparte y contra la regencia de

Cádiz, que, sustituyendo a la Junta Central, había derogado las ordenanzas de 1809 sobre libertad de comercio. El Ayuntamiento se declaró en junta suprema y desterró de Cartagena al virrey de Nueva Granada, acusándole del crimen de alta traición, consistente en la entrega a José Bonaparte de la América española.



Primer templo edificado por los españoles después de fundar La Paz. Al principio, bajo la advocación de San Pedro, se llamó después San Sebastián. Su extenso atrio era el primer cementerio para los españoles. El templo, ocupado e incendiado por los indios sublevados en 1781, fué reedificado tal como ahora se encuentra.

Interesa hacer una rápida reseña del movimiento de julio. No con el ánimo de retornar a la pueril discusión sobre prioridades en la gesta de la emancipación, aspecto descartado ya en definitiva, porque no trae provecho alguno y porque las glorias regionales pertenecen a todo el país y aún al Continente entero; sino porque en la Monografía Histórica de La Paz, necesariamente hay que abrir página a cada una de las fechas de trascendencia en el tiempo y porque hay que perpetuar éstas en la memoria del pueblo.

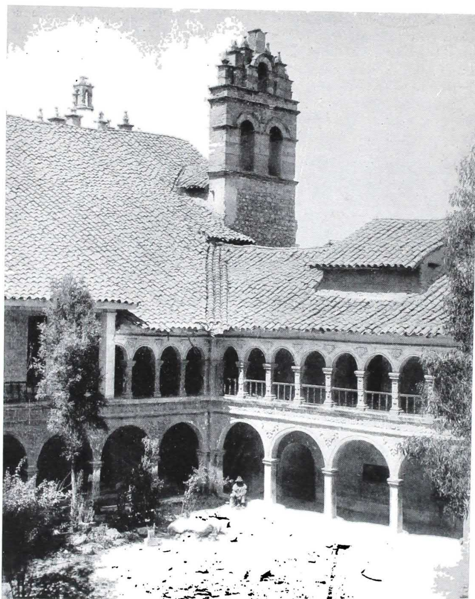
Graves desórdenes se habían producido en la ciudad de La Paz, desde algún tiempo antes de la revolución del 16 de julio; así, la sublevación de los hermanos Contreras, la de don Antonio Gallardo y otras de menor importancia; empero ninguna tuvo el carácter serio de aquélla, ni acarreó consecuencias tan trascendentales. Fué menester ingresar al siglo XIX para encontrarse al frente de un desafío franco, audaz, resuelto al gobierno colonial, con todas las manifestaciones de una guerra declarada.

Pedro Domingo Murillo. El personaje central en el grandioso escenario de la Revolución, es don Pedro Domingo Murillo. A él y sus compañeros les corresponde la gloria de haber sido los primeros en ofrendar su vida en aras de la libertad.

Don Pedro Domingo Murillo nació el 29 de junio de 1757, siendo sus padres Juan Murillo Mena Salazar, y doña María Ascencia Carrasco. Muy niño, fué enviado a la Universidad de Cuzco, donde hizo sus estudios con resultados satisfactorios, pues poseía un talento muy claro. Pero sin que se sepa por qué razones, no llegó a doctorarse. Con el propósito de reunir rápidamente fondos para el objetivo que ya acariciaba en su mente, se dedicó a la minería, trabajando en Chiani y Chuquiaguillo. Después se retiró a Yungas, donde contrajo



Una de las casas más antiguas en Churupampa, sobre la plaza "Alonso de Mendoza".



Interior de un convento colonial de La Paz

matrimonio con doña María Josefa Olmedo.

Durante la sublevación indígena de 1781, don Pedro Domingo, que se encontraba en Irupana, se alistó con el grado de teniente de la primera compañía de fusileros. Como las familias residentes en Yungas estuviesen próximas a sucumbir de miseria, por efecto de las sublevaciones indígenas, que cortaron toda comunicación, Murillo se hizo cargo de la difícil misión de conducir a todas las familias europeas y criollas hasta Cochabamba, acreditando en ella un valor extraordinario que le permitió no solamente batir a los enemigos, sino perseguirlos en aquellos tortuosos y difíciles caminos. Regresó de Cochabamba, en función de ayudante mayor del Comandante José Reseguín, solicitando su retiro



El Virrey Toledo en La Paz.

apenas se logró la pacificación; y aún así, en estado de retiro, acompañó a Segurola en la expedición a Yungas, donde demostró nuevamente su pericia de conductor militar y afianzó su prestigio de valiente.

Radicado en la ciudad, gozó del renombre de sobresaliente jurista, muy consultado por los litigantes, que le daban el título de "Doctor", aunque el suyo era sólo el de Abogado, y ello se sabe por propia declaración del terrible fiscal de la acusación contra los revolucionarios de Julio, Basagoitia, que se refiere a las "*falsedades que cometió para titularse de Abogado en Chuquisaca*". Murillo efectivamente, estuvo en Chuquisaca el año 1806, tal vez con motivo de los sucesos revolucionarios del año anterior, quizá por atender personal-

mente algún pleito ante la Real Audiencia de Charcas, y ahí, frecuentó la sala de practicantes juristas de la Academia Carolina, donde se obtenía el título de Abogado. Que haya dado examen de grado o no; que haya hecho uso de malas artes, como perversamente le imputa Basagoitia, o no, es una cosa que quedaría por investigar; pero lo



La plaza del pueblo de Suri, cuna de Murillo, vista desde el campanario.

real, lo evidente es que Murillo recibió su título de Abogado y con él volvió a La Paz. Su nombre figura en los registros de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, entre los egresados del año 1806.

Hacia el año 1798, se fundó en esta ciudad una logia, de la que Murillo era uno de sus principales miembros, con el objeto de propagar el espíritu de insurrección contra el dominio español. Cuando desaparecieron de la escena, en forma misteriosa, Juan Herrera y otros personajes, no se arredró, y, con mayores bríos, continuó la labor revolucionaria, colaborado por Loayza, Landavere y Esquivel. Ellos eran los que, con habilidad e ingenio admirables y con gran coraje, redactaban los *pasquines* que, al amanecer de cada día, aparecían en las calles de la ciudad: algo equivalente a diarios, anunciando la revolución, los que tenían la virtud de hacer perder la paciencia y la cabeza a las autoridades, que jamás pudieron saber de dónde procedían. Generalmente los tales pasquines, como preámbulo tenían un formidable "Muera el rey de España", áspero y viril lenguaje, con que se retaba al poder omnipotente de eso que por entonces era la gran potencia mundial.

Gobernaba la ciudad, en 1805, don Antonio Burgunyó y Juan, hombre de ademanes bruscos, con muy limitados conocimientos para el mando y sin tacto alguno para dominar la situación. Alarmado por el "cinismo" con que el pueblo trabajaba por la libertad, mandó apresar a los sospechosos, entre los que se encontraban don Pedro Domingo Murillo, Carlos Torres, apodado "Siete Jetas", Tomás Palma (el *kholo* Tomasito) y otros. En el proceso que se abrió, Murillo declara complicando en su delito al mismo gobernador Burgunyó, a don Juan de la Cruz Monje, que le recibía la declaración y a Juan Pedro Indaburu, que lo custodiaba, delatándolos; cosa que no está comprobada, al decir del doctor Manuel Carrasco. Murillo niega rotundamente las imputaciones que le hace el Asesor Juan de la Cruz Monje Ortega "con argumentos hábilmente meditados". Monje le pregunta la causa por la cual se ocultó, y Murillo responde: "por evitar se lo desaire trayéndolo como a delincuente por media plaza" y "que se presentó voluntariamente para evitar que lo calumnie". "*Nunca ha tenido amistad con los demás sindicados*". Preguntado cómo se explican sus ausencias de su casa todas las noches; responde: "Ésa debe ser cosa de duendes, pues



Don Sebastián de Segurola, Corregidor Intendente de La Paz. Copia exacta de un óleo y su respectivo cuadro, actualmente de propiedad del señor Humberto Muñoz Cornejo.


BIBLIOTECA MUNICIPAL MCAL. ANDRÉS DE SANTA CRUZ
DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP

yo no salgo de mi casa en las noches". A la pregunta de las veces que ha estado preso, responde: "Dos veces: la primera acusado de adulterio, por queja de un hombre casado, y ésta es la segunda". El asesor Monje y Ortega no encuentra motivos suficientes para acusar a Don Pedro Domingo Murillo, que se ha salvado merced a su habilidad y a la intercesión de sus amigos, pero no por hacer delaciones indignas. Se salvó para volver a la faena, tres años después, con mayor entusiasmo y decisión.

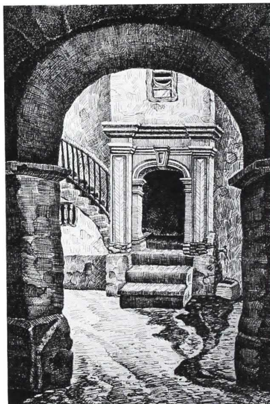
A los crímenes ocultos y ejecuciones misteriosas realizadas por los conjurados, las autoridades respondieron con medios radicales de exterminio. El médico Granados fué sindicado por el pueblo como autor del envenenamiento de muchos patriotas, tales como el doctor José Herrera, don Rafael García, el doctor Faustino Cabezas, el doctor Avellaneda, el capitán Picón y otros, que cayeron en manos de Granados, el doctor Petiot de aquellos tiempos.

En tales circunstancias falleció el gobernador Burgunyó y Juan, sucediéndole don Tadeo Dávila.

En la primavera de 1808, llegó la noticia de la prisión de Fernando VII en Bayona, la que fué recibida como feliz augurio de éxito para quienes proyectaban la revolución. Con objeto de disipar en cierta forma los efectos de tal noticia, las autoridades recurrieron a la ceremonia de la jura de fidelidad a dicho monarca, que se la hizo con cierta pompa desprovista de entusiasmo.

Por fin, los patriotas determinaron dar el golpe resuelto y definitivo al yugo español, señalando al efecto el 30 de marzo (jueves santo). La subversión debía ser encabezada por don Clemente Diez de Medina. El predicho día, el pueblo, aprovechando de que las autoridades estaban haciendo la visita de *estaciones* en los templos de la ciudad, se reunió en Churupampa y empezó la gritería libertaria; mas la presencia inmediata de las autoridades y tropa en el foco de la rebelión produjo el desbande total de los conjurados. Fué aquél un golpe mal organizado y sin concierto alguno, que sólo dió lugar al arresto y destierro de los patriotas Tomás Orrantia y su mujer, Francisco Hinojosa, Mariano Medina, Ramón Ribert, el doctor Andrade y algunos más.

Se acordó, entonces, aplazar el movimiento hasta el 16 de julio. Mientras tanto, seguían las reuniones secretas de los conjurados. A una de ellas, llegó el emisario doctor Mariano Michel, enviado, en apariencia, por la Audiencia de Charcas para prender a varios individuos fugitivos de la noche del 25 de mayo; pero, en realidad, para fomentar el fervor revolucionario en preparación de las próximas luchas.



Escalera y zaguán de la casa de Murillo.

El doctor Michel, designado para propagar el movimiento en La Paz, así como Alzérreca en Cochabamba, no podía estar mejor elegido: era el prototipo del agitador, alborotador, verboso. La Audiencia les facilitaba los medios para trasladarse a sus

respectivos destinos. Ya en Sicasica, pueblo de importancia en la colonia, situado en la mitad del camino La Paz-Oruro, comenzó su obra de proselitismo. Al entrevistarse con el cura Medina, le dirigió un discurso conmovido, refiriéndole el escándalo de Chuquisaca al conocerse la intención que el presidente tenía de decapitar a muchos

Viva la ley de Dios y la pureza de Maria, y Muera
el Rey de España, y se acabe el Peru, pues el es ca
usa de tanta iniquidad, Si el Monarca no sabe de
las insolencias de sus ministros de los Robos Publicos y
como tienen estilizados a los pobres Viba el Rey
y mueran todos estos ladrones publicos ya que
no quieren poner enmienda en lo que se les pide
con esta ban dos habisos, y no ay enmienda pues
lloraremos de tal lastima por q. por dos, otros
yndignos ladrones que estan aqui pagaran
muchos ynosentes y Correra Sangre por Ca
lles y Plasa cuanta Agua llevan las Calles de la
Paz:

Facsímil de un pasquín que expresa claramente "Muera el rey de España", aparecido en la ciudad de La Paz.

vecinos notables, porque se oponían al reconocimiento de Carlota Joaquina como regente de estos dominios; que estos males pudieron evitarse con el levantamiento y con la prisión del presidente Pizarro, y que lo propio debía hacerse en todas partes, especialmente en La Paz. El cura le prometió estar en La Paz en los primeros días de julio.

Buscó, también, en La Paz, el rebelde de 1805, ante quien repitió aquel discurso, así como ante los curas Patiño, Aliaga y Figueroa. Por otro lado, entregó los pliegos de la Real Audiencia al gobernador Dávila, visitando luego al obispo La Santa, de cuyos labios escuchó una serie de improperios contra los alborotadores de La Plata y los "alzados" Oidores de la Audiencia. Empero ambos quedaron tranquilos ante la modesta apariencia del "doctorcito" chuquisaqueño, apodado en su tierra el "Mutu" o el "Malaco".

En sucesivas reuniones realizadas en distintos sitios, para despistar a soplones y espías, y a las que concurrían Michel, Sagárnaga, Murillo, Catacora, Ramón Arias, Iturri Patiño, Manuel Huici, Hipólito Landaeta, Mercado, los Lanza, se planeó en todos sus detalles el golpe revolucionario. En la del 23 de junio, víspera del cumpleaños de Sagárnaga, a moción de Juan Manuel Mercado, los conjurados prestaron juramento de lealtad en manos del presbítero Aliaga, estableciéndose "la pena de muerte para el que hiciese la más leve insinuación de denuncia tanto al gobierno como a los demás habitantes".

En la última reunión, el 12 de julio, se incorporaron Mariano Graneros (el "Challa" o "Challatejeta"), Jiménez (el "pichitanca), Hilarión Landaeta, Julián Gálvez, Juan Cordero, Manuel Ortiz y otros. En ella se resolvió atacar el cuartel de Veteranos el día 16, nombrándose jefes del movimiento a Pedro Domingo Murillo y Juan Pedro Indaburu. Al terminar la reunión, que revistió los contornos de un solemne acto, todos se abrazaron conmovidos. Ninguno faltaría a la cita de honor.

La jornada inmortal. Dieciséis de julio. Domingo, día magnífico, pleno de sol, sin una nube en el firmamento. A las cuatro de la tarde sale la procesión de la Virgen del Carmen, en medio de una solemnidad impresionante. Bajo suntuoso palio y con larga cauda episcopal, va detrás el obispo La Santa; muy cerca, el gobernador intendente Tadeo Dávila. Está también don Juan

Este Ladron Gallo buso pelarlo haser buenas pe
sas y al Rey Consl, pues no cabe ignorancia
lo q. se siente es q. por este picaro Ladron ande pa
gar muchos,



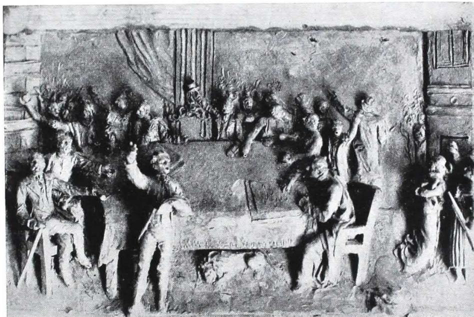
Facsímil del pasquín de "El Gallo", apellido que tenía un odiado funcionario de aduanas en la ciudad de La Paz.

Bautista Sagárnaga y, como él, los demás conjurados. Termina la procesión y se dispersan los concurrentes.

Se acerca la hora señalada. Todos están preparados. El obispo se ha dirigido a la casa de su amigo el Gobernador Dávila. En el billar del "Challa" están reunidos gran parte de los conjurados. Suena las siete de

cuartel. Los soldados quedan inmóviles por la sorpresa y el estupor. El oficial de guardia, que se encontraba en el piso alto, baja precipitadamente al ruido del tumulto; se encuentra en la escalera con Graneros, que, con un fuerte empellón, le hace rodar como un muñeco.

Y comienza el repique de campanas, a



Uno de los primeros conciliábulos de los revolucionarios de Julio. A la derecha, doña Vicenta Juaristi Eguino y doña Simona Josefa Manzaneda. (Altorrelieve del escultor paceño Urrías Rodríguez).

la noche, y al toque de la última campanada salen los revolucionarios, que marchan a corta distancia unos de otros. Graneros, que está a la cabeza, comienza la provocación, plantándose delante del centinela y gritando ¡Viva Fernando Séptimo! "Es un borracho", se dice el centinela y continúa su corto paseo delante de la puerta. Empero Graneros insiste, levanta la voz y amenaza con los puños al centinela, que le ordena retirarse, golpeándole con la culata del fusil. Bulliciosa protesta de Graneros y ademán del centinela de preparar el arma. En ese momento, Jiménez cae sobre el centinela y le sujeta fuertemente por los brazos, mientras Graneros, Aparicio, Landaeta y otros patriotas invaden ruidosamente el

cuyos alegres sones la gente se arremolina en la plaza. ¡Muera el mal gobierno! ¡Mueran los traidores!, son los gritos que se oyen. Disparos de fusil y arcabuces por doquier. Murillo vigila celosamente el curso de la jornada. El patriota Juan Cordero, entusiasta, se apodera del tricornio del comandante de guardia y, airoso, sale al balcón del cuartel. Otro patriota, armado de fusil, incurre en lamentable confusión y dirige un disparo contra Cordero, que cae muerto al instante.

Es un terrible alboroto en la plaza, llena de revolucionarios y curiosos; pero hay calma en la casa de Tadeo Dávila, en la que se encuentra el Obispo. "Algún bautizo, dice el Obispo, y esa costumbre, que no

Facsímil de la renuncia del obispo La Santa después de la revolución de julio de 1809.

puedo cortar, de los muchachos que persiguen al padrino pidiéndole dinero". Pero un soldado llega en ese instante, gritando a voces: "Vaya por Dios vuestra señoría ilustrísima a la plaza, porque están matando, y a ver si consigue aquietar esa gente". Sale el Obispo y trata de dispersar a la muchedumbre; "Hijos míos, separaos de aquí y venid conmigo". Le contesta la gritería: ¡Muera el mal gobierno! ¡Mueran los traidores! El Obispo ordena que cese el repique de campanas, pero el pueblo replica: "No cesarán las campanas, porque para eso estamos aquí". Finalmente, el Prelado se dirige a su palacio. El Gobernador-Intendente quería dirigirse al cuartel; pero como ya nada puede hacer, no tiene otro recurso que tomar el mismo camino que el Obispo.

Facsímil de la renuncia, firmada por el gobernador Tadeo Dávila de su cargo, en la noche del 16 de Julio.

A la media hora, o sea, a las siete y media, la revolución está consumada y triunfante. En tal momento, a instancias del pueblo, se reúne Cabildo Abierto, ante el cual designa aquél sus representantes: Gregorio García Lanza, Juan Bautista Sagárnaga y Basilio Catacora. Se suscribe el acta de la independencia en estos términos:

"En la noble y valerosa ciudad de Nuestra Señora de La Paz, a las ocho de la noche del 16 de julio de 1809, reunidos en el salón del Cabildo los infrascritos a nombre del pueblo declaran y juran defender con su sangre y fortuna la independencia de la patria. Para su efecto, los suscritos se constituyen en Junta Tuitiva y defensora de los derechos del pueblo a cuyo seno pertenecerá en lo sucesivo un indio principal de cada

partido. Nombran coronel comandante del ejército a don Pedro Domingo Murillo; representantes del pueblo a los señores Gregorio Lanza, Juan Bautista Sagárnaga y Juan Basilio Catacora; asesor al doctor Victorio Lanza. Secretario a don Sebastián Aparicio y escribano a Juan Manuel Cáceres. Firmada y rubricada en la fecha.



El ilustre guerrillero don José Miguel Lanza.

Pedro Domingo Murillo, Melchor León de la Barra, José Antonio de Medina, Gregorio Lanza, Victorio Lanza, Juan Manuel Mercado, Juan Basilio Catacora, Juan de la Cruz Monje, Buenaventura Bueno, Sebastián Aparicio, Juan Manuel Cáceres".



La heroína doña Vicenta Juaristi Eguino, una de las figuras próceres de la Revolución.

Ahora la muchedumbre, capitaneada por Sebastián Aparicio, pide a voces la destitución del gobernador y del obispo, y la Junta remite sendos oficios a ambas autoridades exigiéndoles su renuncia. No ha sido difícil obtener ambas dimisiones. "Hago desde luego la renuncia en obsequio de la caridad y de la quietud del pueblo", dice Tadeo Dávila en su nota de respuesta a la intimación. Y el obispo La Santa: "No sólo abdicaré el gobierno sino también renunciaré esta mitra en manos de Su Majestad a quien corresponde". Sagárnaga y el alcalde Medina, fueron los encargados de poner las notas en manos de ambos funcionarios y de obtener las respuestas.

En la mañana del 17 de julio, los habitantes de La Paz, que creían había muerto mucha gente y existir las huellas sangrientas de la revolución, no encontraron sino cuatro cañones emplazados en las cuatro esquinas de la Plaza y dos horcas para colgar al gobernador Tadeo Dávila y al obispo La Santa y Ortega.

El ejército revolucionario. Una revista general del ejército revolucionario de julio en La Paz, practicado por el Comandante General Pedro Domingo Murillo, asistido por el Contador José Casellas y el Tesorero Arrieta, dió el siguiente resultado:

INFANTERÍA. 9 Compañías de 80 hombres cada una, del antiguo batallón de Milicias, denominado *Beterano* posteriormente	720
CABALLERÍA. Húzares de la reunión nacional, dos compañías con	100
ARTILLERÍA. Dos id con	160
Fuerza total	980

Estado Mayor y oficiales:

Coronel, Comandante General, don Pedro Domingo Murillo.

Teniente Coronel, comandante del Batallón, don Juan Pedro Indaburu.

Sargento Mayor, don Juan Bautista Sagárnaga.

Oficiales de Infantería:

Mariano Graneros (alias el "Challatejeta")
Manuel Cossio (alias el "Mazamorra")

Los caudillos de la revolución de La Paz y el texto facsimilar de la célebre Proclama, el documento más valiente y categórico de cuantos se produjeron por esos años en América.

Ramón Arias
Isidro Zegarra
Pedro José Indaburu
Pedro Rodríguez
Rafael Monje
Andrés Monje
José Farfán
Vicente Diez de Medina (padre de Crispín) que uniformó la Compañía a su costa.

Teniente, o en otra graduación mayor:

Dámaso Bilbao
Mateo Cañizares
Hipólito Landaeta
Francisco Calderón
Pedro José Calderón
Pedro Sosa
Manuel Castillo
Fernando Castillo

Melchor Tellería
Miguel Sanjinés
N. Murillo, alias el "Khosila")

Cadetes:

Casimiro Viscarra
Eugenio Montes

Caballería:

Primer Jefe: Clemente Diez de Medina.
Segundo Jefe: N. Arroyo, moqueguano)

Artillería:

Primer Jefe: don Melchor Jiménez (alias el "Pichitanca")
Segundo Jefe: Gabriel Castro (alias "El gallego")

Capitanes:

Don Narciso Murillo y
J. Iriarte (natural de Galicia)



Una de las reuniones secretas de Murillo y los principales conjurados patriotas, que se efectuaron para preparar la Revolución del 16 de Julio.

Capitanes:

Don Eugenio Diez de Medina
Indalecio Sanjinés.

Ayudante Mayor:

Benigno Salinas

Ayudante 2º:

Gregorio Sanjinés.

Subtenientes:

Don Pedro José Yáñez de Montenegro y su hermano
Dr. José María Yáñez de Montenegro, que murió siendo obispo de Cochabamba

Cadetes:

Don Julián de la Riva

Tenientes y Subtenientes:

Pedro Eguino
Miguel Sagárnaga
J. Leaño
Juan Antonio Figueroa (natural de Galicia)

Administrador:

Don Mariano Pradel

Las mujeres comprendidas en la revolución eran, naturalmente, las que correspondían a las familias de los comprometidos.

Las que más se distinguieron por su exaltado amor a la libertad y por su patriotismo a toda prueba fueron las señoras:

Juana Parada
Ignacia de la Barra
Manuela Sagárnaga
Vicenta Eguino
Manuela Campos
Manuela Uriarte de Sanjinés

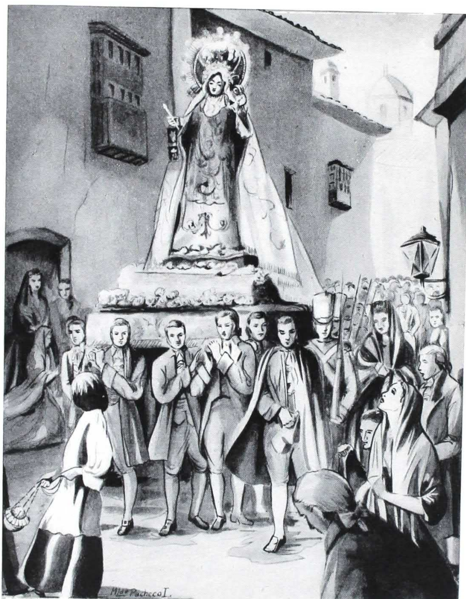
Falta en esta nómina el nombre de la gran patriota doña Simona Josefa Manzaneda, la hermosa jubonera que desempeñó las comisiones más peligrosas, así en los preparativos como en la revolución misma. Probablemente cuando se confeccionó esta lista, estaba desempeñando una de ellas. Magnífica colaboradora de los patriotas, penetraba en los cuarteles, portando sus mensajes, escondidos hasta en las presillas de su amplia pollera; formaba clubes, aprovechando de que, por su belleza y su carácter jovial, gozaba del aprecio general de los artesanos, sobre los que ejercía decisiva influencia.

La noche del 16, incitó al pueblo a lanzarse a la revolución. Después, huyó de la persecución de Goyeneche. Reapareció cuando la llegada del primer ejército auxiliar argentino, recibiendo atenciones de Castelli. Cooperó eficazmente en la jornada del 26 de septiembre de 1814. Pero capturada por el feroz Ricafort, fué condenada a muerte en afrentoso suplicio, exponiéndosela desnuda, montada en un asno.

He aquí los datos que sobre su simpática silueta encontramos en Aranzaes: "alta, de ojos negros, hermosa y simpática, cabellos largos negros artísticamente peinados en pequeñas trenzas que caían sobre las espaldas; de sus orejas pendían grandes aretes de oro con fina perla; jubón de seda muy bien bordado, blanca camisa cerrada por un par de botones de oro; sobre su pecho ostentaba un rosario con cuentas de oro alternadas con perlas; cubría sus espaldas una hombrilla (lliclla) artísticamente tejida de varios colores, cerrada sobre el pecho por un prendedor (topo) de oro; cada uno de sus dedos con anillos; una pollera de cienhilos con lana, presillada desde la cintura para abajo, debajo de las que se veían en sus pies medias blancas de hilo bordadas, con zapatillas de cabritilla; completaba su traje cubriendo su cabeza una montera de panilla negra con forro rojo, a guisa de paraguas". (Diccionario Histórico del Departamento de La Paz).

Esencia del movimiento revolucionario. En el orden institucional, los revolucionarios establecen prácticamente un poder legislativo con el nombre de *Junta Revolucionaria y tuitiva de los derechos del Pueblo*, que se instala solemnemente el 24 de julio y que está organizada con el siguiente personal: Presidente, Coronel Comandante don Pedro Domingo Murillo y vocales: don Melchor León de la Barra, cura de Caquiaviri; don José Antonio Medina, cura de Sicasica; don Juan Manuel Mercado; don Francisco Xavier Iturri Patiño, sochantre de la Catedral; don Sebastián de Arrieta, tesorero de la real hacienda; don Gregorio García Lanza, don Juan de la Cruz Monje y Ortega, don Juan Basilio Catacora y Heredia, don Buenaventura Bueno, don José María de los Santos Rubio y don Francisco Diego de Palacios. Cuatro curas y ocho seglares componen la Junta de Gobierno o *Junta Tuitiva*. El pueblo reunido aclama ruidosamente a los miembros de la Junta. Por encargo de Murillo, el cura de Sicasica pronuncia un elocuentísimo discurso, y el Presidente Murillo pasa en seguida revista a las tropas del Ejército, que desfilan ante la Junta.

El espíritu esencialmente republicano de la Revolución del 16 de julio, arranca de innumerables documentos suscritos por el Caudillo, uno de los cuales —carta de Murillo a Clemente Diez de Medina— dice: "Cansados de sufrir la odiosa dominación española de tres siglos, los principales vecinos de este pueblo *hemos resuelto poner fin a tan ominoso estado.* Para llevar a cabo esta obra hemos contado con su espada templada en el fuego de las guerras napoleónicas. Sus nobles antecedentes y más que todo su patriotismo a toda prueba *nos dan fundadas esperanzas para creer que usted*



Procesión de la Virgen del Carmen el 16 de julio de 1809.

sea uno de los primeros en alistarse en la causa de los libres". Y en otra carta: "cuando se trata de la salvación del pueblo en que se ha nacido, el deber de todo ciudadano es ahogar las afecciones personales que se tenga por los opresores. Entre la salvación de un pueblo y los sentimientos de gratitud a los tiranos, no hay términos medios; la vacilación es un crimen. ***Elegid, pues, Señor,*** *entre la gloria y la deshonra; entre el honor verdadero y una gratitud mal entendida*". Como se ve, una formidable admonición.

El espíritu republicano de la Revolución de Julio se encuentra también cristalizado en la famosa *Proclama* de la Junta Tuitiva: "Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra Pa-

tria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto que degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos. Hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio cierto de humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad como favorable al orgullo nacional de español. Y es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de nuestra Patria altamente deprimida por la bastarda política de Madrid. Ya es tiempo en fin de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía. Valerosos habitantes de La Paz y de todo el imperio del Perú, revelad vuestros proyectos para la ejecución, aprovechaos de las circunstancias en que estamos, no miréis con desdén la felicidad de nuestro pueblo, ni perdáis jamás de vista la unión que debe reinar en todos para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente. La Paz, Julio veintisiete de mil ochocientos nueve".

Y ese espíritu emana hasta de las innumerables declaraciones recibidas con motivo del proceso organizado por Goyeneche contra los autores de la magna gesta:

"España está en estado de decadencia, expuesta a entregarse a la dominación francesa, por lo cual debe declararse la independencia", dicen Ramón Arias y Pedro Cossío (el "Mazamorra"). Y frases iguales en esencia, iguales en contenido y hasta en la forma fueron pronunciadas por el gallego Figueroa, por Victorio García Lanza; es llegado el tiempo de sacudir el yugo de la nación española y libertarse de tantos robos como nos hace el rey de España". El cura Medina, admirador de Robespierre, Gregorio García Lanza, Buenaventura Bueno y todos los demás encausados abundan en idénticas ideas.

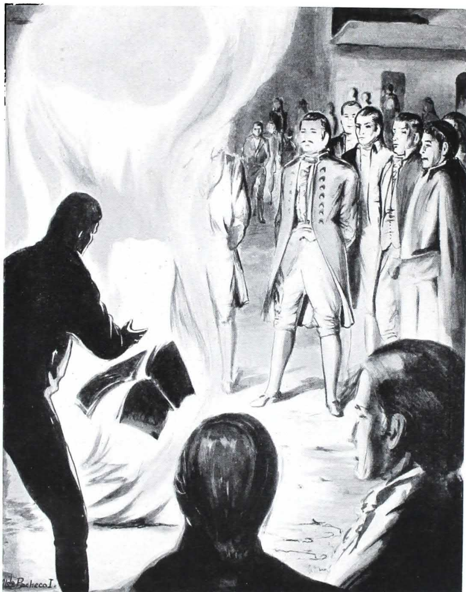
La inmolación. Goyeneche, que a fuerza de intrigas y astucia, había alcanzado la presidencia del Cuzco, hacía grandes aprestos bélicos para lanzarse sobre los revolucionarios del 16 de Julio.

La Junta resuelve declarar la guerra a Puno el 13 de agosto, ordenando Murillo la salida de las tropas con rumbo al Desaguadero. A consecuencia de la llegada del emisario Miguel Carazas, la Junta es disuelta, asumiendo Murillo la suma de los poderes.

El 5 de octubre, llegan los emisarios coronel Pablo Astete y teniente coronel Mariano Campero. Son portadores de la pérfida proposición de Goyeneche, el felón: "que sus ideas no eran de hostilidad y *que quienes se hubiesen envuelto en el desorden se restituyan a disfrutar de la dulce y pacífica tranquilidad de sus hogares*".

El 12 de octubre se intentó una reacción. El alcalde Yanguas, se dice que de acuerdo con Murillo, había reunido en su casa numeroso público con el fin de apoderarse del cuartel y tomar presos a los jefes de la revolución. Sabedor de esto, Catacora procedió al arresto de Murillo, y a la mañana siguiente fueron detenidos Yanguas y otros, entregándose su casa al saqueo.

Aprovechando de la salida del gallego Gabriel Antonio Castro al campamento de Chacaltaya, Juan Pedro Indaburu inició francamente la reacción. Fueron tomados presos los principales jefes de la Revolución. Al amanecer del siguiente día, aparecieron en la Plaza cinco horcas. Fué fusilado el patriota Pedro Rodríguez y colgado su cadáver en una de las horcas. En esta emergencia, el gallego bajó apresuradamente de su campamento y, después de recio combate, tomó la plaza, muriendo en la refriega algo así como cincuenta hombres, entre los que se encontraba Indaburu, el reaccionario, cuyo cuerpo, casi desnudo, reemplazó inmediatamente al de Rodríguez en la horca.



Los libros y documentos de las deudas del pueblo a las Cajas Reales son arrojados al fuego por mandato de la Junta y a solicitud del pueblo.

Entretanto, Goyeneche se aproximaba rápidamente y las fuerzas patriotas se reconcentraban en Chacaltaya, otra vez, considerado lugar estratégico, pues les permitía una retirada a Yungas, si la suerte les fuera adversa. El 25 de octubre, se presentó Goyeneche con 1.500 hombres. Los patriotas, después de disparar uno que otro cañonazo, se retiraron, visto el número demasiado superior del enemigo, tomando el camino de Yungas la mayor parte. Murillo tomó el de Zongo. En consecuencia no hubo, pues, la célebre "batalla de Chacaltaya", a que, en sus últimos días, con objeto de justificar las iniquidades cometidas, aludió Goyeneche.

El gallego Castro, Victorio García Lanza, Juan Bautista Sagárnaga, Buenaventura

Bueno, Orrantia y el cura Medina, alistaron prontamente tropas, con ánimo de organizar entre las breñas yungueñas una republiqueta: la guerra de guerrillas.

Los dos primeros, combatiendo como leones, en el trópico, sucumbieron, acribillados a balazos, heridos con lanzas, espadas y palos. Víctima de sádica crueldad, fueron degollados, y enviadas sus cabezas a Goyeneche, quien devolvió la de Lanza para que fuera exhibida en Coróico, pueblo de su nacimiento. Así sucumbieron Castro, un español bravo de la estirpe de los conquistadores, y Lanza, una de las figuras más puras de la Revolución, después de Murillo.

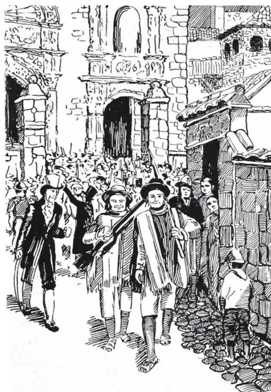
Don Pedro Domingo Murillo, acompañado de su fiel y abnegada hija Tomasa, caminaba errante, perdido entre las breñas de Zongo. Llegó a la casa de un compadre suyo, un tal Viscarra, y éste resultó el Judas Iscariote de la Gesta Heroica de La Paz. Buscó a los españoles y entregó a su huésped. Se dice que fué por vengar así una real o supuesta ofensa que Murillo le infirió mucho antes, al haber requerido de amores a la mujer de Viscarra.

Pérfido y falaz, Goyeneche, que había prometido indulto a los patriotas inclusive a Murillo, a quien le decía: "nada le puede ser más útil ni benéfico que presentarse personalmente", les siguió causa criminal y, asesorado por Pedro López de Segovia, pronunció su sentencia el 26 de enero de 1810, condenando a muerte a los patriotas y señalándose para su ejecución el 29 del mismo mes.

Ese día formó el ejército en la Plaza Mayor, en la que se levantaban diez horcas. La ejecución comenzó a las nueve de la mañana. Murillo, como principal campeón, precedía a sus compañeros.

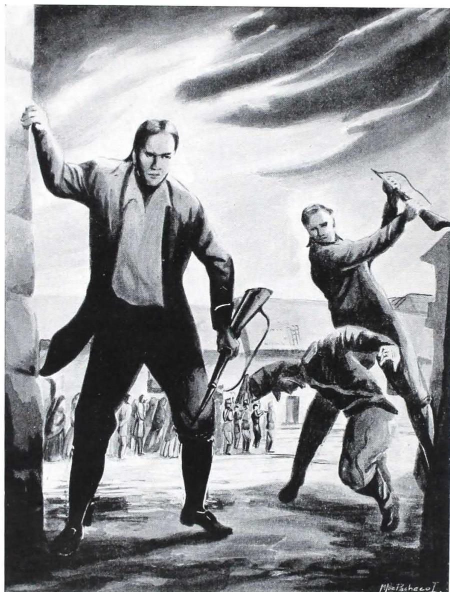
Se adelantó con paso resuelto. Miró a la muchedumbre y pronunció sus palabras proféticas e inmortales: "*El fuego por mí encendido, jamás se apagará en América*". Tal es la versión presentada por el escritor Manuel Carrasco, quien añade: Todo el sentido y la razón de ser de su existencia se encierra en esa bella frase. Desde el fondo de su infortunio salta el prócer con un escorzo de león y en ese mismo instante a ser el gran caudillo de la revolución; el caudillo de la primera hora, de la última y de siempre: es el abanderado de la libertad.

La voz de Murillo es el clarín que vibra en la atalaya de La Paz, extremo norte de



Bajo la consigna de los caudillos revolucionarios, el pueblo acude desde los extramuros.

las provincias unidas del sud, y se oye en todos los ámbitos de América. Esa voz se oye como una esperanza en todas las horas de dolor y de injusticia, y a su conjuro se encienden los corazones. El cuerpo inanimado y escarnecido del prócer se balancea al viento en la horca, pero de ese cuerpo salen el espíritu inmortal y la llama inextinguible. Y pocos días después, como ave fénix de alas abiertas, la frase "*El fuego por mí encendido, jamás se apagará en América*" llega a Buenos Aires, a Chuquisaca, a Lima, a Quito, a Caracas y su eco se



Una escena de la revolución del 16 de Julio de 1809.

prolonga de oriente a poniente, de norte a sur. Y pronto se desencadena la guerra en todas partes. Quince años dura la pugna heroica. Los patriotas de La Paz, ejemplo de sacrificio viven en todas las mentes y nunca se extingue ni se extinguirá ese fuego encendido por La Paz, cumpliéndose la profecía de Pedro Domingo Murillo, el primer abanderado de la libertad. (Manuel Carrasco. "Pedro Domingo Murillo, Abanderado de la Libertad").

Y siguieron a Murillo en el sacrificio: Gregorio García Lanza, Melchor Jiménez, Juan Basilio Catacora, Buenaventura Bueno, Mariano Graneros, Apolinar Jaen, Juan Bautista Sagárnaga (a garrote) y Juan Antonio Figueroa. A este último, puesto ya en el garrote, no pudieron estrangularlo, por

tener el cuello muy delgado, y cuando se lo puso en la horca, se arrancó la cuerda, ordenándose entonces su degüello. La sentencia de muerte del Presbítero José Antonio Medina, el notable cura de Sicasica, fué aplazada entretanto se consultaba al Virrey. A Manuel José Cossío, condenado a presenciar la ejecución de sus compañeros, y, montado en un burro, a dar vueltas la Plaza, pasando por debajo de las horcas, lo enviaron por fin al presidio de Bocachica por diez años.

Una segunda sentencia, pronunciada por el mismo Goyeneche, envió al cadalso a los patriotas Ramón Arias, Francisco Javier Iriarte, Manuel Cáceres y Miguel Quenellata.

La glorificación. Cuando desempeñaba las funciones de Alcalde Municipal don Humberto Muñoz Cornejo, celoso vigilante de la revalorización de las grandes figuras de la historia paceña, fueron hallados los restos de don Pedro Domingo Murillo y de don Juan Bautista Sagárnaga, que, según referencias históricas y testigos que declararon en el proceso contra los protomártires, estaban enterrados en el templo de San Juan de Dios, debajo del primer altar de la izquierda.

El hallazgo de las reliquias, que fueron identificadas por varias comisiones organizadas por los "Amigos de la Ciudad", dió lugar a una serie de actos solemnes, preparados por el mencionado Alcalde, que alcanzaron su culminación en los realizados el 29 de enero de 1940, justamente a los 130 años de la inmolación.

En esa oportunidad se pronunciaron bellísimos discursos y se escribieron enjundiosos artículos exaltando la significación del 16 de Julio en la Historia de América.

Así, Monseñor Egidio Lari, Nuncio de Su Santidad, entre otros bellos conceptos, expresaba: "Dentro del grandioso marco histórico se yergue la figura de don Pedro Domingo Murillo, el adalid, el héroe, el corazón y la voz de la independencia de América. Es un deber para los pueblos hispano-americanos recordar que la primera sangre vertida por la causa de la independencia fué sangre de Bolivia, la de Murillo, Sagárnaga y los otros protomártires. Pueblo noble y heroico de Bolivia, cuna de la independencia americana, recibid por mis labios la admiración y la más profunda simpatía del cuerpo diplomático presente en este acto".

El doctor Diego Carbonell, culto historiador y diplomático, en nombre de las Repúblicas Bolivarianas, trazaba así una página de historia: "Ante las cenizas centenarias las gloriosas banderas del continente, recogidas y agrupadas en una silenciosa admiración de gloria forman en torno a las reliquias venerables, un poema de colores radiantes con fulgores de epopeya. Están en íntimo regocijo unidas todas como lo aspiraron siempre las banderas hermanas y como para exaltar en el ritmo de sus matices el homenaje romano que como en la Roma cesárea ofreció el ansiado premio de la apología a los grandes conductores de la idea de la conquista. Pero escasas veces se presenció en América semejante exteriorización del símbolo patriótico como en ésta, porque están vacíos muchos sepulcros de la Historia, pues fué ayer apenas, cuando un grupo de sabios identificó los despojos del Gran Mariscal de Ayacucho".

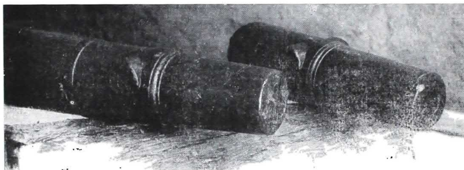
El entonces Ministro de Educación, Dr. Aniceto Solares, decía: "¡La Patria libre!



La revolución del 16 de Julio de 1809.

Halagadora ilusión, ensueño másculo, vértice de superación y aquellos hombres de 1809 encendieron la hoguera y movidos por

incontenible energía diseminaron por el Nuevo Mundo la chispa emancipadora, que es acción de reivindicaciones y que con Julio de aquel año se vanagloria a justo título de ostentar ante el mundo el primer sacrificio de la Revolución. La cabeza sangrante clavada en la picota del Alto de Potosí, es no sólo una sublime realidad



Cañones fundidos por los patriotas paceños para la lucha revolucionaria. Actualmente se los conserva en los Almacenes de la Alcaldía Municipal.

histórica, es sobre todo un símbolo, un derrotero para mostrar a los pueblos que no hay sacrificio inútil si él trasunta una finalidad ideológica. La Patria guardará con ternura de madre estos despojos sagrados y en la lejanía del azul infinito el coloso de nevada testa será el guardián fiel de esas cenizas que como las del ave de la leyenda serán lumbre donde arda eterno el fuego del patriotismo como inextinguible es la tea de Murillo".

Los hermanos José y Humberto Vásquez Machicado, ambos académicos de la Historia, decían, refiriéndose a la biblioteca de don Pedro Domingo Murillo, de la cual existe un inventario, y que fué secuestrada por las autoridades españolas:

"Nada mejor para conocer cuál era la cultura intelectual de don Pedro Domingo Murillo, que el conocer qué libros poseía. El catálogo de su biblioteca es el índice de su conocimiento, y algo más, de sus inquietudes espirituales, de sus actividades cotidianas en el ramo del saber:

(Sigue aquí el catálogo de una selecta y bien nutrida biblioteca).

"Una ojeada general a tal biblioteca, revela en su propietario, una cultura jurídica y general muy superior a la corriente. Manuel María Pinto llama a Murillo: "especie de cedulario de Indias ambulante, pues las conocía, y acomodaba cuantas sobre estas Américas se habían dictado".

"La primera impresión que hace esta biblioteca es la de pertenecer a un jurista, y de aquellos que no se atienen sólo al texto ordinario de las leyes, sino que se asesoran de libros de consulta y de interpretación. Pero tampoco era desconocida de Murillo la cultura de las letras.

"Una biblioteca como la de Murillo en esos tiempos, con las dificultades de edición, transporte y costo de los libros, además de las restricciones para obtenerlos, es algo tan admirable que asombra, máxime en estas alejadas regiones, donde el contrabando era difícil por su mediterraneidad, al revés de los puertos del Plata o del Pacífico.

"Esa biblioteca, tal como se la ha detallado, correspondería con las distancias del tiempo y facilidad, a una de seis o ocho mil volúmenes de un gran letrado de nuestros tiempos. Eso es demasiado significativo. Revela en su propietario una gran cultura intelectual y una gran inquietud sobre los temas fundamentales del espíritu y la vida. Ello abona sobre el valor moral y sobre la personalidad de don Pedro Do-

mingo Murillo". ("La glorificación de los restos de Murillo y Sagárnaga".)

OTROS EPISODIOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LA PAZ

A los cinco meses apenas del sacrificio de Murillo, llegó la noticia de la revolución del 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires, de cuyo virreynato queda desligada la provincia de La Paz, la que pasa desde ese momento a integrar el del Perú.

El 18 de diciembre de 1810, bajo las órdenes de don Bartolomé Guzmán, entró en La Paz una división del ejército vencedor en los campos de Aroma, permaneciendo en la ciudad varios días, en los que engrosó sus filas con numerosos voluntarios.

En medio del regocijo general y de entusiastas aclamaciones, hizo su entrada el primer Ejército Auxiliar Argentino, comandado por Juan José Castelli, Balcarce y Díaz Vélez. Al primero se le proporcionó alojamiento en el Palacio Episcopal donde fué objeto de calurosas manifestaciones de aprecio. Quién sabe valiéndose de qué medios, Tristán, tan felón como su primo Goyeneche, obtuvo de Castelli que le confirmara en la gobernación de la ciudad. Entre lo más granado de la juventud de La Paz se organizó un escuadrón de caballería, que, bajo el comando de don Clemente Diez de Medina, se incorporó al Ejército Auxiliar Argentino.

Cuando Diego Quint Fernández Dávila mandaba la ciudad como gobernador intendente, la cholada y la indiada de La Paz se alzaron, el 29 de junio de 1811, capitaneadas por Bernardo Calderón y Ramón Irusta, entregándose al saqueo y otros desórdenes que habrían adquirido mayor gravedad sin la oportuna presencia de don Francisco del Rivero, que, llegando de Viacha, impuso el orden en la ciudad. Con tal motivo, La Paz sufrió un segundo cerco de indios, casi con los mismos episodios y las mismas características o modalidades del año 1781.

Como una sanción impuesta a la entereza y heroísmo de los pueblos del Alto Perú, que se decidieron íntegramente por la causa de la libertad, en una guerra de montoneras o de guerrillas, haciendo de cada ciudad un centro de conspiración y de cada valle o quebrada una republiqueta en la que se peleaba incansablemente por la



El sueño de Murillo. (Óleo del pintor A. Nogalos).

emancipación americana y por la democracia, el bárbaro virrey Abascal organizó una fuerza de cuatro mil fusileros y treinta mil indios bajoperuanos, que lanzó contra el territorio altoperuano, a las órdenes de Mateo Pumakahua, cacique de Chincheros y *coronel de milicias de los ejércitos del Rey*, ascendido a ese grado, por su decidida ayuda en la extinción del movimiento insurreccional de Tupac Amaru. Pumakahua y sus hordas, en cumplimiento de su misión devastadora, llegaron a la ciudad de La Paz el 11 de noviembre de 1811, y aquí incendiaron casas, talaron campos, robaron, violaron y mataron en los hogares y hasta en los templos.

Por los crímenes que se cometieron y por su salvaje crueldad, éste es el hecho más vergonzoso y sangriento de la historia colonial de La Paz, el que ni siquiera es comparable a los asaltos de Toquello Willca y Yana Willca, durante la dominación incásica, y al cual no han querido referirse los historiadores, quizá por pudor, o por repugnancia a actos de desenfreno que hi-

cieron aún más odiosa, si cabe, la dominación española en América.

El 26 de diciembre de 1812 se juró, en La Paz, la constitución española y el 15 de julio de 1814 eligió, por primera vez, representantes ante las cortes españolas al cura José María Asín y a los señores Mariano Ruiz de Novamuel y a Marcos Campos.

Durante el gobierno del despótico Marqués de Valde Hoyos, llegó a La Paz una expedición patriota organizada en el Cuzco y comandada por el esforzado sacerdote don Ildefonso de las Muñecas y por José Pinelo, a cuya aproximación Valde Hoyos se atrincheró en la plaza principal. Dichas fuerzas llegaron el 22 de septiembre de 1814 a las alturas de Munaypata, donde acamparon. El 24 del mismo, atacaron la plaza, con éxito. Impotente Valde Hoyos para continuar la resistencia, abandonó la plaza y se asiló en la Catedral; mas el pueblo se amotinó, sacó a Valde Hoyos de la catedral y lo puso en prisión. Presintiendo Valde Hoyos que los cuzqueños llegaran a ocupar la casa de gobierno, había mandado minar el edificio; pero detenido ahora en el mismo edificio, presa de pavor dió aviso a Muñecas, rogándole le salvase la vida.

El cura patriota cortó la guía y ordenó la traslación de los barriles de pólvora a otro sitio menos peligroso. Probablemente el incendio, casual o malicioso, del reguero de pólvora que dejó uno de los barriles al ser trasladado, produjo, al amanecer del 28 de septiembre de 1814, una terrible explosión, de la que justificadamente se responsabilizó a Valde Hoyos, quien, alcanzado por lo multitud indignada que gritaba ¡Mina! ¡Traición de los realistas! ¡Mina!, fué degollado, así como Valle, su sargento mayor de plaza. Desgraciadamente siguieron las ejecuciones de los coroneles Santa Cruz Villavicencio, Ballivián, Guerra, Armentia, Arguedas y otros destacados elementos de la aristocracia paceña.



Ejecución de don Pedro Domingo Murillo.

El cura Muñecas y Pinelo, que no pudieron contener a la muchedumbre enfurecida, fueron derrotados en los altos de la ciudad por el general Juan Ramírez el 2 de noviembre de 1814, en que éste ocupó La Paz, señalándose su permanencia por una serie de represiones crudas, agravadas por el carácter terco, sanguinario, fanático y rencoroso de aquel militar. En los seis días



La profecía de Murillo. (Óleo del artista Reque Merubia).

que permaneció en La Paz, no tuvo un momento de descanso en perseguir, tenaz e implacablemente, al pueblo todo, al que creyó comprometido en los lamentables sucesos del 28 de septiembre.

Felizmente, nuevas hazañas de los principales actores de la revolución libertaria hicieron necesaria la presencia del ejército de Ramírez en el sud del bajo Perú, abandonando tan feroz realista la ciudad de La Paz el 9 de noviembre de 1814.

Hacia mediados de noviembre de 1915, cundió en La Paz cierta alarma en la población ante el rumor de que el general José Miguel Lanza —el Pelayo boliviano— que se había apoderado de los pueblos

yungueños más importantes, estaría amenazando atacar la ciudad. El coronel Abeleira, enviado por el Gobernador Landaveri, jamás pudo alcanzar a Lanza, y tuvo que regresar a la ciudad. El mismo Abeleira derrotó e hizo prisionero al cura don Ildefonso de las Muñecas, uno de los más valientes y esforzados guerrilleros, que rindió su vida, bárbaramente asesinado por la espalda en las proximidades de Guaqui.

Para castigar a los actores del 28 de septiembre de 1814, el Virrey del Perú envió a La Paz, con el cargo de Gobernador intendente, al brigadier Mariano Ricafort, sujeto anormal, sádico, que se posesionó del cargo el 26 de octubre de 1816, ocasión en la que pronunció su famosa frase: "En La Paz no he de dejar más tesoros que lágrimas", como único programa de gobierno, frase que por sí sola define la situación creada a partir de aquel momento.

Asociado con el no menos sanguinario Carratalá, presidente de su consejo de guerra, implantó una época de salvaje terror que hizo enmudecer a la población. Sitio permanente, horca y cuchillo, fusilamientos y descuartizamientos, palo y látigo hasta para las mujeres y niños, crecidas contribuciones forzosas; tal fué el sistema de gobierno de este clásico representante del despotismo español.

Fueron fusilados por la espalda, amarrándolos a las columnas de la casa del Cabildo, Joaquín Leiva, Manuel Paredes, Tiburcio Guarachi, Valentín Oré, Vicente Velacopa, Sebastián Castillo, Vicente Chocanati, los Mamani, Condori, Quispe, los Manrique, Celis, Murillo, Jiménez, etc., llegando a 83 las víctimas sacrificadas por el feroz Ricafort, quien, tal vez saciado en cierta forma de sangre de paceños patriotas, quiso dedicarse también al robo. Formó listas de contribuciones forzosas, cuya suma debía ascender a 400.000 pesos.

La orden impositiva y perentoria estaba concebida en estos términos: "En el plazo de ocho días (veintidós al treinta de septiembre), entreguen bajo de recibo en dinero efectivo, oro quintado al precio de ley, barras y plata labrada, en inteligencia de que *no se admitirán peticiones de espera ni recursos de clase alguna que entorpezcan el pago y bajo el apercibimiento de que sin excepción de personas ni corporaciones, contemplación ni disimulo,* tomaré para con los morosos providencias que les serían más sensibles de lo que me sé valerme de toda clase de medios, para evacuar mi comisión y hacer cumplir mis preceptos".

Quienes no pudieron cumplir con la terminante requisitoria, fueron fusilados sin contemplación, en sus propias prisiones o en la plaza pública.

Ricafort abandonó la ciudad de La Paz el primero de febrero de 1817, sucediéndole en el gobierno don Juan Sánchez Lima, cuya obra urbanística y de ornato se ha referido en otro lugar; pero eso no le impidió organizar y destacar muchas divisiones como la del coronel Peredo, en 1818, la del coronel Ramírez, en 1820, y la del general Jerónimo Valdez, contra el invencible general Lanza, que actuaba con singular brío y denuedo en los valles de Larecaja, en los Yungas, en las montañas de Inquisivi y Ayopaya.

Un grave desorden provocado por mestizos e indios de los suburbios de la ciudad, capitaneados por José Balderrama, intranquilizó a la población en la madrugada del 6 de septiembre de 1823. Los sublevados atacaron disparando nutrido fuego y a hondazos. El centro de esta asonada constituyó el barrio conocido con los nombres de Caja de Agua (hoy inmediaciones del Parque Riosinho) y Karkantía, algunas de cuyas casas empezaron a ser saquiadas e incendiadas por la turba, lo que ocasionó algunas víctimas.

La oportuna presencia del virtuoso sacerdote paceño Hipólito María Velasco, antiguo fraile agustino y distinguido predicador, que por esos días llegó de la ciudad de Arequipa, vino a conjurar el peligro.

El padre Velasco se presentó de pronto

en medio de los sediciosos, crucifijo en mano, los tranquilizó y dispersó sin otras consecuencias.

EL ÚLTIMO DÍA...

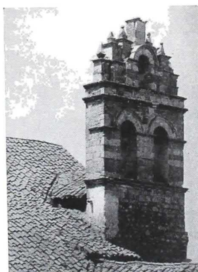
El Virrey La Serna había enviado para ocupar La Paz al general Pedro Antonio Olañeta, en cuyas calles libró éste un encarnizado combate con la división del general Lanza, a quien logró derrotar, informando después al Virrey: "Con esta operación se halla esta capital y sus contornos en *absoluta tranquilidad* y puede tener V. E. la satisfacción de que la *provincia disfrutará de una paz completa y duradera...*", etc. ¡Cuán equivocado andaba el General! Ni siquiera advertía que, junto a él, su propio secretario y sobrino, el doctor Casimiro Olañeta, en forma muy reservada pero intensamente, venía trabajando por la independencia, "provocando la desunión entre los jefes y tropas para hacer feliz la América".

Después de designar gobernador interino a don José de Mendizábal e Imas, que fué, en La Paz, la última autoridad política, Olañeta se puso en campaña, el 25 de septiembre de 1823, contra las fuerzas del general Lanza, a quien logró derrotar en Jalsuri el 16 de octubre, situándose después en La Paz donde estableció su cuartel general, y desde aquí siguió actuando durante los estertores del régimen español, siempre en persecución de patriotas y guerrilleros paceños, hasta el mes de enero de 1825.

A fines de noviembre de 1824, el comandante Francisco López, con el escuadrón de su mando, abrazó la causa libertaria, incorporándose al ejército de Lanza, que actuaba en Yungas.

A la noticia de la aproximación del ejército independiente de Lanza, Olañeta abandonó precipitadamente la ciudad y el 29 de enero de 1825, exactamente a los quince años del suplicio del Protomártir Murillo y de sus compañeros. El gobernador-intendente de La Paz, don José Mendizábal e Imas abandonó definitivamente esta ciudad, así como Sánchez Matas, que fué el último obispo de la diócesis colonial de La Paz.

El calendario histórico americano marca, pues, este día, 29 DE ENERO DE 1825, como el último de la dominación española en esta heroica, fiel y abnegada ciudad de La Paz abriéndose desde este momento una nueva era en su Historia.



LA PAZ
DURANTE LA REPUBLICA

por

RODOLFO SALAMANCA LAFUENTE

ESTA CIUDAD Y ESTE PUEBLO

La ciudad que ahora transitamos, hecha urbe por la paciente misión del hombre, no era la misma ciudad en el instante de nacer la República. Era todavía núcleo pequeño —aldea, solían decir, no ha mucho, escritores y poetas novecentistas que voluntariamente habían renunciado a su vínculo geográfico con la tierra para vivir añorando París, que, a veces, no conocían—, que comenzó en la zona de Churupampa y fué bajando a la Plaza, subió a las faldas de las próximas serranías, resbaló hasta la Alameda e hizo su centro en San Francisco y en la Plaza. *San Pedro, Sopocachi, Miraflores, San Jorge* eran terrenos aledaños, un poco lejanos, donde podía enseñorearse el indio, cuyo dominio estaba en la campaña, junto al arado primitivo, al sabor campestre, donde los instrumentos del agro —indios y herramientas elementales —cumplían su tarea humilde de producción.

Era entonces un pueblo de 30.000 habitantes, cerrado en la cuenca andina. Sus actividades concentrábanse en la Plaza, situada a 3.630 metros sobre el nivel del mar. Todo llegaba hasta allí y de allí salía todo: el alboroto, la fiesta, el rumor, el júbilo, la angustia. Allí crepitaba el festival patriótico y allí la idea y la esperanza se hacían fe, sangre y mandato con los patíbulos de represión, donde se desgajaban los cuerpos, pero erguíanse la independencia y la libertad. La Plaza era a manera de palpitación multánime de un corazón gigantesco, donde se ampliaba o contraía la vida popular.

Arrimadas a la Plaza, formábanse las manzanas, los estamentos sociales, las calles sombreadas por muros de amplios aleros —las calles "angostas, estrechas y de fácil defensa"—, de típica expresión cada una.

El radio urbano era estrecho. No constituía problema ni necesidad establecerlo; se formaba al azar; crecía sin cartabones. Frente al enigma del tiempo, la Iglesia era refugio, salvación, defensa. Los barrios se aliaban con Dios por su proximidad a las casas de santidad; tomaban de ella su nominación: *San Sebastián, Santo Domingo, El Sagrario, El Hospicio, El Carmen, Santa Bárbara; San Pedro*, desierto todavía, donde solía arremolinarse la fiesta de colores nativos de los ponchos y las polleras. El límite de la ciudad estaba en el campo

Isidro. La ciudad no había llegado hasta allí, detenida en el alto de *Santa Bárbara* o en el *choro de Santa Bárbara*. Los choros eran las cruces horizontales de los caminos, las encrucijadas. Y habían el de *Churubamba*, el de *Coscochaca*, el de *Mejahahuira*, el de *Wilquipatu*, el de *Santa Bárbara*, el de *Chocata*. En ellos, los caminos y las sendas y aun las mismas calles se entrelazaban.



El libertador Simón Bolívar.

En la topografía irregular, brusca, de la ciudad, la edificación había avanzado hasta la *Calle Ancha* que, hacia los extramuros, era un poco calle y un poco camino; hasta la colina de *Santa Bárbara;* había subido hasta la placita que ahora nominamos *Riosinho* y descendido hasta la Alameda. Fuera de estos límites, y aun dentro de ellos, erigíanse, casi desperdigadas en la periferia, casas-quintas y chacarillas.

Calles sinuosas, repechadas, tal si convocaran a la intrepidez. Parece que se hubiera buscado, para levantar la ciudad, el terreno áspero junto al río vigilante y poblado de rumores, huyendo de la facilidad muelle, de la planicie abrigada y baja, del

labrantío o la tierra baldía. El valle de *Potopoto* era distancia lejana, tierra de San tibio regazo como el *Obraje* o *Calacoto*. En el mismo centro gráfico o los confines, los nombres recuerdan voces aimaras, toponimia regnícola: *Achachicala*, *Chojñalarca*, *Achocalla*, *Chuquiaguillo*, *Purapura*, *Quilliquilli*, *Chaqueri*, *Laikakota*, *Cusipata*. Del mismo modo, la designación de las cosas, los alimentos, las medicinas, la fruta, las flores.

Al correr la noche, algunas esquinas permanecían alumbradas por faroles de velas, y la calma silente transcurría interrumpida por el voceo del *sereno* que pregonaba las horas y el tiempo reinante. En los lugares donde se manifiesta lo sobrenatural, lo extraordinario, que causa el miedo de la gente y lo dilata, se levantaban cruces de madera, tal la "Cruz Verde", que alejaban la asechanza diabólica. En las noches no caminaban las personas cristianas, porque afuera discurría el pavor, se agazapaba la sorpresa.



El Mariscal Antonio José de Sucre.

Las mañanas empezaban con la limpieza de los inmensos patios —que ya no eran castellanos, porque en la construcción el obrero nativo puso una parte de la suyo—,

y las aceras y las calles, algunas adoquinadas. La servidumbre acarreaba desde los surtidores públicos el agua potable para las casas señoriales. La compra de alimentos efectuábase en escala reducida; la mayor parte de las provisiones llegaban semanalmente desde las propiedades, traídas por los *ponguitos*. Los templos poblábanse de feligreses para la misa cotidiana. La calma pueblerina solía sacudirse con la novedad de las festividades del santoral. Los domingos, llamaban con manos de atracción la corrida de toros o la plaza de riña de gallos. De raro en raro, la representación de dramas y comedias de sabor católico, en verso, por lo general, salpicaba el silencio vespertino con su trino de rimas y consonantes. Y cotidianamente, en los frontones de pelota vasca y los mesones, se difundían las últimas noticias, y se pasaban, distraídas, las horas jugando a la baraja, bebiendo copas de licor y aumentando un poco de fuego al descontento social. La gente pobre, confinada en los extramuros, podía embriagarse en los *tambos* de aguardientes y gritar desde allí la verdad de su aspiración insatisfecha.

La ciudad hecha por los conquistadores y los colonizadores, estaba exclusivamente destinada a los españoles y a los criollos. No tenían cabida allí los indios, empujados al campo, al trabajo agrícola. Al centro, elevábanse las casas señoriales de vastos patios y crecidos aleros. Más allá, las calles y regiones de los oficios y las artesanías. Al margen del pequeño radio urbano, serpenteaban los caminos blancos y las sendas angostas, derrotas por donde discurrían las llamas y los indios. Las calles y vías poseían un claro significado, un carácter y una cifra: la boscosa *Alameda*, de paseos elegantes en medio de robustos y copudos árboles; la *Calle del Comercio*, donde efectivamente proliferaba la gente adicta a los hechos crematísticos; la *Calle Ancha*, para ingreso, en turbión, de los ejércitos; la *Calle Honda*, junto al río...

Desde este pequeño pueblo, primitiva aldea, villorrio antiguo, se podía vivir y sentir la vibración del país entero. Fué matriz y cuna de los acontecimientos definidores de la historia y la existencia de Bolivia. Su influencia fué ancha y larga y se proyectó a los cuatro puntos cardinales del territorio nacional. Veremos en estas páginas, en veloz oteo, el suceso promovido en las casas, las calles y plazas de esta ciudad móvil, ascendente, atravesada por el río ondulante, interminable, testigo y vigía de su acontecer social.

HORA MATINAL DE BOLIVIA

El 29 de enero de 1825, a la cabeza de sus tropas guerrilleras, entró en la ciudad de La Paz el general José Miguel García Lanza y asumió el cargo de Presidente y Gobernador General de la Provincia. El Cabildo le reconoció en esa calidad. Era el primer Prefecto con misión republicana. El acontecimiento, rebasando el marco de las operaciones de un ejército, implicaba la afirmación de la independencia del Alto Perú y el cumplimiento del mandato imperativo de los revolucionarios de 1809 y protomártires de 1810. Terminaban los sucesos militares de la guerra para dar comienzo a los civiles de la organización autónoma. Lanza, con esa doble misión, representaba la fuerza inductora de la revolución triunfante en los campos de batalla y en las almas de los patriotas. El 7 de febrero llegó el Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, obedeciendo las instrucciones de su amigo y Jefe, el Libertador Simón Bolívar. Tres días antes había aparecido el primer periódico local. La ciudad, de fiesta desde sus calles hasta sus ventanas, y el pueblo, encabezado por el Cabildo, tributaron al héroe entusiasta recepción.

Una noche, reposando en Acora, en el tránsito de Puno a La Paz, Casimiro Olañeta propuso al Mariscal de Ayacucho la independencia de las provincias altoperuanas. La idea no era nueva para Sucre. Ha-

bía redactado ya, muchos días antes, el decreto que proyectaba publicar en La Paz, y cuya copia envió a Bolívar. Calló ante la incitación. En cambio, se informó de la situación de las tropas realistas que comandaba el general Olañeta. Conocía, de antemano, que la tarea militar por realizar era de nuevo, sintió la necesidad de llevar a las calles su júbilo. Antonio José de Sucre, firmaba, sin modificaciones, el decreto convocando a una asamblea de diputados de las cuatro provincias, para que ellas, por su libre voluntad, determinaran su futuro.

Histórica y cronológicamente, fué el pri-



La Alameda antigua que fué construida durante la Administración del Gobernador Sánchez Lima.

muy pequeña. Al vencedor de Ayacucho le espoleaban otras preocupaciones. Estaba en sus manos, como en las de Bolívar, arreglar el futuro de las vastas zonas reconquistadas por las armas. No podía desconocer que el Alto Perú, por su propio esfuerzo, con sacrificios permanentes, elaboró, hito a hito, su emancipación.

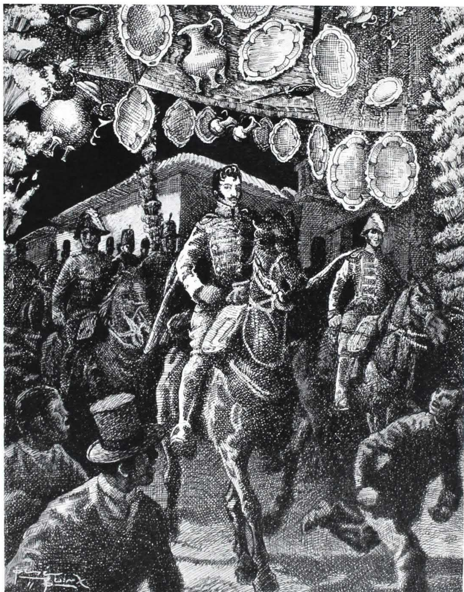
Los pueblos y los hombres, libres de las amarras coloniales, propugnaban serlo también en la aventura de formar república, disfrutar la independencia que habían conseguido. Este clamor que llegaba a los oídos del Mariscal Sucre, robustecía su plan; las provincias altoperuanas merecían ser libres.

Habían transcurrido dos días. La ciudad,

mer documento de valor jurídico formado en La Paz. La oposición de Bolívar nada pudo conseguir. El paso estaba dado, y a la voluntad del Libertador oponíase la de un pueblo que luchó la guerra más larga, desigual y heroica para poder gobernarse sin tutelas.

De aquel decreto arrancará sus raíces la fundación de la República. Si contrariaba el futuro programa político de Bolívar, estaba respaldado por la energía revolucionaria popular y por la vehemencia de los legítimos conductores de las guerrillas.

Poco después, el Congreso de Buenos Aires resolvió que las provincias altoperuanas "han de quedar en la más completa libertad para que acuerden lo que más con-



Entrada de los Libertadores a la ciudad de La Paz. Bolívar y Sucre a la cabeza de las tropas colombianas.

venga a sus intereses y gobierno". Se eliminaba voluntariamente de la disputa sobre el Alto Perú. Quedaba el Bajo Perú, cuya mirada no se apartaba aún del territorio formado por la extinguida Audiencia de Charcas.

El odio incubado por la guerra prolongada, había desaparecido. Sobrenadaba en los objetivos de algunos discursos y en las palabras sueltas pronunciadas en los corrillos. No se expresó, sin embargo, cuando un grupo de patriotas condujo preso hasta La Paz al general Aguilera, el enceguecido matador de Padilla y de Warnes. Se le vió como un vencido merecedor de indiferencia.

Las tropas colombianas comandadas por el Mariscal de Ayacucho, se encontraban,

en su casi totalidad, en La Paz. Había sido una previsión de Sucre, a fin de que la Asamblea Constituyente obrase libre de la presión de un ejército victorioso. Esta presencia daba una nueva fisonomía a la ciudad; eran tropas amigas, vencedoras, en cierto modo ensoberbecidas, que habían culminado su misión guerrera. Anteriormente, en los largos años de lucha, el ingreso y la salida de contingentes armados, era un peligro, una amenaza, un castigo, una extorsión.

El celo autonomista residía en la energía popular. Oficialmente se traducía en los actos y deliberaciones del Cabildo. En los primeros meses de 1825, tomaba conocimiento de un empréstito de 30.000 pesos pedidos por el General en Jefe del Ejército Unido para ser colocado entre los españoles y los americanos identificados con los peninsulares; nombrada una comisión compuesta por Manuel Ballivián y José Ascarrunz y los regidores Indalecio Sanjinés y Manuel Monje para formular una lista de la cual el Mariscal nombrará a los funcionarios de la administración; acordaba tributar honras fúnebres a los mártires de la independencia, caídos en La Paz, a iniciativa del General José Miguel García Lanza; rendía exequias fúnebres a la memoria de los caídos en la batalla de Ayacucho.

Si podría parecer sin interés la anterior actuación, es justo mirar que es así cómo se forma y desarrolla un pueblo, sujeto a las incitaciones del momento. Salía de esos límites el decreto que Sucre firmó el 11 de marzo de 1825 creando, en La Paz, la Universidad "Independencia", en homenaje a la conseguida para la América y para el país.

El proceso electoral que se efectuaba por primera vez en el país, absorbía la expectativa pública. Criollos y mestizos, en primer término, peninsulares en segundo, se interesaban por la representación que debía llevarse a la Asamblea Constituyente. Más poderosa la voluntad popular, manifestábase con firme convicción. No era esperanza, deseo ni anhelo la formación de la República, sino realidad cumplida. No importaba que Bolívar se opusiese a la nueva nación; ella ya existía desde julio de 1809 y comenzó a formar cuerpo en los fecundos sacrificios, en las marchas y repliegues y en la crispación desesperada de cada uno de sus muertos.

El 31 de marzo, hízose la elección de diputados por La Paz, confiándose la misión de sostener la independencia a José María Mendizábal —poco antes de Ayacucho, todavía monárquico—, José María de Asín, Fermín de Aparicio, José Miguel García Lanza, Fermín Eyzaguirre, José Ballivián, Martín Cardón, Juan Manuel Velarde, Francisco María Pinedo, Indalecio Calderón y Sanjinés, Rafael Monje y Eusebio Gutiérrez. El general Andrés Santa Cruz, nombrado también diputado, no asumió su investidura representativa, dando pábulo a la creencia de que era contrario a la formación de la Repúblia.

Sucre no estuvo en La Paz desde el 12 de marzo. Con fracciones de su ejército había salido hacia el Sud para conocerlo y también para batir a la división del General Olañeta. No fué necesario acudir a una batalla; los propios colaboradores de aquel absolutista testarudo, le vencieron en una acción que no está definitivamente investigada.

El general Sucre tuvo por La Paz especial simpatía. Puede verse, entre muchos, el siguiente oficio: "Ejército Libertador.— Cuartel General de Chuquisaca, a veinte y seis de marzo de mil ochocientos veinte y cinco años. — A la muy Ilustre Municipalidad de la Benemérita Ciudad de La Paz. — Su Excelencia el Libertador estará dentro de poco en esa ciudad. Yo deseo presentarle todos los proyectos de útiles establecimientos en ese País, y los medios de realizarlos; entre otros pienso que los más importantes son la reforma de los colegios bajo un plan de estudios que generalice los conocimientos de todas las ciencias; la ejecución del Decreto que establece una Uni-

versidad, para la cual es menester calcular fondos que sirvan al caso; la creación de un Tribunal de Minería que dé un giro rápido a este importante trabajo del Departamento y la Instalación de una Corte Superior de Justicia, que realmente es un bien a estas provincias. — Para llevar a cabo



Casa de Landaveri en la que se alojó Bolívar en su permanencia en La Paz.

estos pensamientos, necesito que Vueseñoría Muy Ilustre acopie todos los materiales para presentarlos al Libertador y que en la corta mansión que haga Su Excelencia en La Paz deje despachados los asuntos del Departamento. — Es mi más vehemente anhelo que la Ciudad de La Paz, el pueblo Primogénito de la Libertad Americana, iguale por lo menos en sus establecimientos científicos a Chuquisaca, al pueblo primogénito de la revolución. — Yo espero que Vueseñoría Muy Ilustre me prestará su ayuda para realizar estos sentimientos que me inspira mi amor sincero a unos Patriotas generosos que con tanto heroísmo han combatido por la prosperidad de su País, y cuyos frutos deben recoger en este momento. — Aceptad Vueseñoría Muy Ilustre mi distinguida consideración y dignaos transmitir a sus habitantes mi singular aprecio a sus virtudes eminentemente patrióticas. — Dios guarde a Vueseñoría Muy Ilustre. — (Fdo.): *Antonio José de Sucre*".

La precedente comunicación fué conocida y comentada por el Cabildo. Antes de su clausura, era todavía expresión monitora de la ciudad, que actuó impulsando los hechos o frenándolos, aunque, a esa hora, sin grandes iniciativas. Preparaba, mientras en Chuquisaca reuníase la Asamblea, la ceremonia de recepción al Libertador; formulaba el programa, lo corregía, votaba dineros y empleaba en esta tarea algunas sesiones. Bolívar, a juicio de los regidores, debía ser alojado en forma brillante. Dispuso para ese fin la Casa Pretorial, alhajada con suntuosidad. Mientras se realizaban estos preparativos, se produjo un acontecimiento que no sorprendió: la declaración de la independencia de las cuatro provincias. Las calles se ornaron de júbilo; la gente se volcó a la plaza porque terminaba, con ese acto, la tensión dramática de los últimos años. No era sino un homenaje cumplido a la memoria de los hombres de la gesta de julio y a la magistral delineación de la proclama que le siguió. "Hasta aquí hemos vivido en una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria".



Interior de la casa en que se alojó Bolívar.

Ya no serían proscritos; las plantas de los altoperuanos asentaríanse sobre su propio suelo, en la tierra de la patria, entrevista en aquel documento y conseguida en el heroico empeño de 15 años.

El 18 de agosto de 1825, llegaba Bolívar a la ciudad. Una delegación había salido a darle la bienvenida. Era un hombre, y un hombre lleno de libertad y grandeza, que galvanizaba a los habitantes y les conmovía. Las calles estaban arregladas con pompa; se levantaban arcos de victoria para el Libertador. El silencio andino se poblaba de vítores y aclamaciones, mientras el regocijo aumentaba y hacíase emoción colectiva. La bajada de El Alto fué para Bolívar una marcha triunfal.

En el puente de Coscochaca, comienzo de la región urbana, se erguía un arco con puertas de oro. Platería, bordado de metales, filigranas de los artesanos nativos y mestizos; flores, colores. Junto al puente tradicional, un símbolo de la lucha reñida, doña Vicenta Juaristi Eguino —guerrillera, heroína, patriota, carne y voz vivas de la emancipación—, esperó al Libertador. Dióle un abrazo, que era el abrazo de dos tenacidades, de dos heroísmos, y entrególe una llave de oro de la ciudad, con la cual el Libertador abrió la puerta del primer arco. Las palabras de la gran mujer fueron como sus actos: llenas de fe y reciedumbre.

Debajo de los arcos, en medio de una incesante lluvia de flores, Bolívar continuó acompañado de un cortejo de notables, hasta la casa pretorial, donde el Cabildo le ofreció su saludo.

Bolívar, en la plaza, se encontraba frente a los vencedores de Ayacucho. Allí estaban sus generales, como el valiente José María Córdoba, sus oficiales, sus soldados. Volvía a verse con ellos, que fueron sus amigos y los eficaces ejecutores de la obra de la emancipación y la victoria. Arengó, pero ya no para incitar al denuedo de los combates; al final, exclamó: "*¡Soldados! concluída como está la memorable jornada que nos trajo hasta los pies de aquel coloso* (*señalando al Illimani*) *que este momento os contempla con orgullo, constituiremos estas provincias libertadas y las dejaremos en posesión de sus derechos políticos y sociales, para que sean tan felices y libres, cual es la aspiración del ejército libertador y de vuestro general*".

Los soldados prorrumpieron en un vítor que multiplicó la sonoridad de la cuenca andina.

Bolívar fué conducido a la Casa de Gobierno. Le esperaban los oficiales de la segunda división del Ejército Unido. Sucre dijo allí vigorosas palabras de saludo.

Afuera, el nombre del Libertador era una gigantesca ovación. En medio de un cortejo agitado con la presencia del héroe, a cuyo lado encontrábase el Mariscal Sucre, un representante de la curia eclesiástica le puso una "guirnalda de oro, expresándole que el pueblo de La Paz se apresuraba a rendirle este homenaje, como anticipo de la corona de gloria con que le ceñiría la posteridad".

Bolívar, con una naturalidad que ocultaba las nervaduras de la emoción tensa, se quitó la corona y la puso en la cabeza de Sucre, exclamando: "Venerable sacerdote, no es a mí a quien es debida la corona de la victoria, sino al General que libertó al Perú en el campo de Ayacucho".

La exaltación de la multitud sencilla, impresionable, generosa, llegó al delirio. Siguieron ceremonias religiosas, cañonazos, saraos, mientras las campanas de las iglesias golpeaban con sus sones la limpidez azul del espacio.

En la noche se disolvió la fiesta, y el Libertador pasó al reposo, mientras allí cambiaba ideas con Sucre. A los pocos días le visitó una delegación presidida por don Casimiro Olañeta, llevando una información de los homenajes que le tributó la Asamblea.

Un mes y cuatro días permaneció Bolívar en La Paz. El 20 de septiembre partió a Potosí, llevando la impresión de que un país que ha sabido luchar y demuestra vo-

La Paz, 20 de agosto de 1825.

S. Gral. Silva.

Antier llegué a esta bella ciudad y la voy pasando muy gratamente en medio de múltiples atenciones q. a cada momento se presentan a raiz de la tradicional gentileza de las autoridades y de sus habitantes para conmigo.

Hace tiempo q. vengo pensando en mandarle a V. a Guayaquil conjuntamente con un escuadrón q. sería el tercero en crearse. V. cuenta y se lo garantizo con el aprecio unánime del ejército de Colombia siendo a militar en aquellas filas su carrera brillante hasta hoy ganada ventajosamente porq. muy pocos han dejado q. desear recuerdos agradables en ese sector de la campaña.

Yendo o sin ir V. será presente en cualquier momento en mi corazón ya q. fuera de ser excelente militar es V. uno de mis amigos de más verdad. Si así fueran todos honrados invariables y constantes.

No olvide q. no le olvido. Siempre escriba.

Con el alma de V.

Bolívar

Facsímil de una carta de Bolívar escrita en La Paz, y dirigida al general Silva.

luntad firme, no puede menos de ser independiente. No en vano, la proclamación reza, terminante: "Los Departamentos del Alto Perú protestan a la faz de la tierra entera, que su resolución irrevocable es gobernarse por sí mismos".

Estaba quebrándose su plan de formar una gran confederación de pueblos para hacer frente al porvenir, sin debilidad ni tanteos. "Para coronarse monarca" —opusiéronse los adversarios de Bolívar—. "Para hacer peligrar la unidad grancolombiana", pensaron otros. Republicanos y coloniales estaban comenzando a derribar, en el recinto de su inicial admiración, al ídolo que fué titánico y que cumplió, como nadie, empresas estupendas.

Vencidos los escrúpulos de Bolívar —y

PLANO DE LA PAZ
LEVANTADO POR EL INGENIERO CIVIL
LEONARDO LANZA
(Antiguo Alumno de la Escuela Central de Paris)
OBSEQUIADO AL H. CONCEJO MUNICIPAL DE 1877

LEYENDA
IGLESIAS
1. CATEDRAL
2. IGLESIA Y CONVENTO DE LA MERCED
3. SAN AGUSTIN
4. IGLESIA Y MONASTERIO DE LA CONCEPCION
5. STO DOMINGO o CATEDRAL PROVISIONAL
6. IGLESIA Y MONASTERIO DEL CARMEN
7. CAPILLA DE SN. RAFAEL Y REMEDIOS
8. SN. JUAN DE DIOS
9. SAN PEDRO
10. SANTA BARBARA ANTES RECOJIDAS
11. SAN FRANCISCO Y CONVENTO
12. CAPILLA Y CLAUSTRO de la TERCERA OR.
13. SAN SEBASTIAN
14. LA RECOLETA Y CONVENTO

EDIFICIOS PÚBLICOS
15. PALACIO DE GOBIERNO
16. POLICIA
17. OFICINAS DEPARTAMENTALS
18. LORETO O UNIVERSIDAD
19. PREFECTURA Y TELEGRAFO
20. PALACIO EPISCOPAL
21. HOSPITAL LOAIZA (MUJERES)
22. HOSPITAL LANDAETA (VARONES)
23. MERCADO
24. CORREO
25. TEATRO
26. BIBLIOTECA Y MUSEO
27. BANCO NACIONAL
28. CREDITO HIPOTECARIO
29. ADUANA
30. ESTACION de la CARRETERA
31. CARCEL
32. COLEJIO SEMINARIO
33. COLEJIO AYACUCHO
EDITADO EN 1881, EN LA LITOGa PLAZA 16 DE JULIO

HOTELES Y TAMBOS
A. GRAN HOTEL
B. HOTEL EUROPA Y BOLIVAR
C. TAMBO DE TEJADA
D. " " QUIRQUINCHO
E. " " SN JOSE
F. " " SN MIGUEL
G. " " SN ANTONIO
H. " " SANTIAGO
J. TAMBO DEL CARMEN
K. " " "
L. T. " DE COCHABAMBINO
L. " O REMEDIOS
M. TAMBO DE CONCEBIDAS
N. " " HARINAS
O. " DEL CARBON
P. LA CERVECERIA

ESCALA ... metros = 0m 000.05 por metro

Antiguo plano de la ciudad de La Paz.

aun a pesar de ellos, no importaba, porque la historia de los pueblos no siempre es la de los héroes, sino la de las gentes humildes que dan rumbo a los acontecimientos—, quedaba fundada la *República Bolívar*. El único país a cuya independencia se había opuesto, era el que le ofrecía un homenaje perdurable y, al mismo tiempo, reconocíale como su presidente. La voluntad popular, se hallaba sostenida aún por una energía revolucionaria que iba en ascenso, aunque materialmente el pueblo iba replegándose sobre sus antiguas actividades, después de haber demostrado, una vez más en la historia, que las naciones son la expresión de su voluntad. Soslayando este criterio, no siempre manifestado, decía de La Paz el secretario del Mariscal de Ayacucho:

"Había tal vigor, cordialidad y vehemencia en la expresión de los sentimientos que los vecinos manifestaban que no podía confundirse con vana lisonja. Era la explosión del patriotismo de aquel pueblo viril y heroico, el primero en invocar la independencia de España, jurando morir en defensa de la libertad. La alegría y el más puro gozo animaban a todos; por doquiera resonaban los votos de unión y de fraternidad con que saludaban los dignos paceños a los huéspedes que titulaban sus libertadores.

"Íntimamente satisfecho el general Sucre por la patriótica recepción que había tenido en el pueblo, fundaba en él sus esperanzas, como en muy poderoso elemento para el éxito glorioso de la campaña que le ocupaba. Su afección por La Paz no fué desmentida. Así fué que meses después, en un banquete que le dieron en Chuquisaca, el general Sucre propuso se consagrase un recuerdo al excelso día "16 de julio de 1809", en que Bolivia fué la primera que dió en América, en la Ciudad de La Paz, el grito de independencia.

"El General Sucre no quiso salir de La Paz sin dejar en esa cuna de la libertad una muestra imperecedera de su profundo respeto por la libertad y ventura de los pueblos, y expidió en 9 de febrero un decreto en el cual se convocaba a una asamblea deliberante en Oruro, que determinase sobre la futura suerte de las provincias del Alto Perú".

Terminaba la faena guerrera. Había ahora que pacificar los espíritus, domar la animosidad derivada de los sucesos emancipadores. Los habitantes de La Paz, cambiaron armas por herramientas para sostener, desde los talleres y las oficinas, la otra batalla por la paz y el progreso, menos heroica, pero no por eso menos creadora y fecunda. En el comienzo de este nuevo tránsito, descubríase que la colonia no había sido definitivamente derrotada: los españoles monárquicos eran ahora republicanos, que abrazaban la nueva causa. Las fuerzas militares que sustentaban la colonia habían sido derrotadas. No obstante, subsistía su obra, su organización, sus vicios, el lastre de su pesada maquinaria administrativa y judicial y todo cuanto significaba el instrumento de su dominio, lo visible y lo invisible de su poder. Y para voltear esta realidad decepcionante, hacía falta otro linaje de esfuerzos. En el momento de la lucha, los hombres no se percataron de esta consecuencia de pronto irremediable y objetiva: se estrellaron contra las fortalezas coloniales, buscando libertad. Ahora la tenían, pero esa libertad estaba todavía condicionada por la colonia.

El Cabildo preparó con anticipación las elecciones municipales y el programa de conmemoración del primer aniversario de la batalla de Ayacucho; le llamó la atención la conducta, cada vez más desembozada, de las tropas colombianas, ensoberbecidas, que ocasionaron algunos conflictos. En medio de estas ocupaciones, sin embargo, en el momento de gritar libertad política, de sentirla profundamente, de saberla ganada con las propias manos, Ayacucho brillaba en el horizonte. En el día aniversario se obsequió cuatro reales por cabeza a los soldados del ejército; se indultó a los reos. Los retratos de Bolívar y Sucre,

colocados en un alto escaño levantado en la plaza, permanecieron tres días, y junto a ellos desfilaron las unidades militares, las corporaciones, gremios, oficios y vecindario. El calendario marcaba el 8 de diciembre. Hubo misa, Té Deum, Panegírico, acción de gracias; las casas izaron la primera bandera boliviana aprobada por la Asamblea de Chuquisaca. Saraos, corridas de toros, aclamaciones, franca alegría popular cerraron el festejo.

Partida de bautismo del Gran Mariscal de Zepita, Dn. Andrés de Santa Cruz. Archivo de la Parroquia de San Agustín, La Paz.

El Mariscal Andrés de Santa Cruz.

Estaba apuntando la hora matinal de Bolivia.

EL PREFECTO SANTA CRUZ

Andrés Santa Cruz encarnaba, en el instante de organizarse la República, las aspiraciones colectivas de La Paz, y del país. Una certera intuición se había fijado en este hombre a quien, también el acierto de Sucre, si bien no le tenía preferencias, como trasuntan sus cartas a Bolívar, le confiaba misiones en las cuales sería el dinamismo revolucionario en acción.

Le nombró, pues, Prefecto y Comandante General de La Paz. El General José Miguel García Lanza, había dejado la prefectura a don Francisco Ruiz de Sorzano, para ausentarse a Chuquisaca llevando la diputación de la Provincia. El Cabildo objetó a Ruiz el desempeño del cargo y le pidió el nombramiento escrito de que emanara su autoridad. Finalmente, le destituyó. Quedaba en acefalía la prefectura, que debía ser llenada con una persona que goce no sólo de estimación sino que suscite admiración general: Santa Cruz.

Los preparativos para la recepción de Santa Cruz, sobresalían de lo normal. Votése 2.420 pesos para saraos, refrescos, vinos. Una comisión de vecinos se trasladó hasta la Ventilla para saludar al nuevo Prefecto. Desde Coscochaca hasta la ciudad habíanse instalado arcos. Acompañado por los hijos de doña Vicenta Juaristi Eguino, el Mariscal de Zepita ingresó triunfalmente en La Paz, en medio del cordial vocerío que le aclamaba. La voz del Cabildo era la ceremonia oficial; la del pueblo, exaltación, cifra y pedestal para el crecimiento del caudillo. El 30 de enero de 1826 tomó posesión de su cargo. El país había sido

dividido ya en departamentos y los prefectos eran sus principales autoridades.

Santa Cruz demostró infatigable actividad. Constataba las necesidades de la ciudad y quería remediarlas de inmediato. Envió un oficio al Cabildo pidiendo iniciativas. Iniciativas, sin embargo, le sobraban; faltaban dinero y brazos. Sugirió la formación de un censo para normar el sistema de las contribuciones. Frente a la presencia de la justicia colonial, que apreciaba con prejuicios y diferencias a la gente, hizo notar al Cabildo que todos son iguales ante la ley y que una sola ley rige para todos. Llevó sus inquietudes a planear la creación de una academia forense, que se hará realidad, por decreto, a fines de 1826. Estas iniciativas planeábanse en días, a veces en instantes. Con sorprendente energía organizadora, se ocupaba de los caminos; estudiaba y arreglaba las rentas del hospicio. Bajo su vigilancia, se efectuó el empadronamiento de La Paz, sin que, empero, nos hayan llegado sus datos estadísticos, extraviados en los escaños y estanterías de las covachuelas. Restablecía el alumbrado público, por medio de faroles; impulsaba la construcción del puente del Hospicio. Aplicó el decreto de 15 de diciembre de 1825, expedido por Bolívar en Chuquisaca, creando un tribunal de justicia departamental, con jurisdicción en La Paz, Cochabamba y provincias de Oruro, Paria y Carangas. Era una paso fundamental en el tránsito a la República.

Habría que preguntarse dónde no penetró la mirada zahorí de Santa Cruz. Cumplió los decretos de 27, 28 y 30 de abril de 1826, que establecían planteles de enseñanza, de ciencias y artes, un orfanato, un asilo de mendigos y escuelas primarias en provincias.

Andrés Santa Cruz permaneció en la Prefectura sólo tres meses y trece días, en los cuales dejó la huella honda de su dedicación. Por orden del Mariscal de Ayacucho, debía reemplazarle el general Gregorio Fernández. Antes de abandonar el cargo, empero, emprendía obras inmediatas, veloces. La enseñanza le preocupaba sobre todas las cosas. Contribuyó a la formación de dos escuelas primarias: una en el Convento de Santo Domingo, a cargo del preceptor Fr. Ildefonso Jáuregui, y otra en la Merced, a cargo de Fr. Narciso Pacheco.

Había, pues, en la ciudad creciente laboriosidad, deseo de abarcar todas las actividades, de hacer lo que la colonia había interferido. Era inusitado que todos pudiesen llegar a la escuela, cuando anteriormente este privilegio era accesible sólo a las personas acomodadas, a los españoles de nacimiento, a los criollos y a unos pocos más. Los curas, por lo demás, poseían los instrumentos de la cultura. Las primeras letras se aprendía en los conventos, conjuntamente con religión, moral, las cuatro reglas y algunos otros conocimientos, no abundantes en verdad.

Caminos, instrucción, recaudaciones, en suma, la formación de la República, interesaban a estantes y habitantes. En el mes de mayo el Cabildo inició el debate sobre el sistema de las contribuciones. El gobierno había propuesto la contribución directa, y la iniciativa fué discutida y estudiada en dos sesiones, de las cuales, como dato informativo primo salta la afición a la estadística. Aprobóse el impuesto directo. Era para entonces otro paso decisivo en la transformación de la colonia.

El Cabildo creaba, en enero de 1826, el Tesoro Municipal para centralizar los ingresos que estaban diversificados. El Primer administrador fué don José Sanjinés. Continuó con actos de rutina, como el nombramiento de comisarios de barrio; en el aspecto cultural, asignó algunas becas para que estudiantes paceños concurrieran a la Universidad de Chuquisaca; dispuso la adquisición de una imprenta; aprobó el diseño del nuevo panteón y destinó 800 pesos para iniciar la construcción. Al mismo tiempo, considerando que los presos estaban dedicados a trabajos forzados, rechazó ese trabajo, como denigrante e inhumano. Fue-

ron sus últimos acuerdos. Poco después fué disuelto.

A mediados del año 26, antes de que Bolivia tuviera un año de vida republicana, llegó a La Paz una noticia placentera: el Perú, como antes lo había hecho Buenos Aires, reconocía la independencia de Bolivia. Las objeciones del Libertador quedaban salvadas, una vez que hizo residir en la voluntad de los legisladores peruanos la efectiva emancipación boliviana y su ingreso a la vida democrática. Él mismo las había obviado con el decreto de 18 de mayo de 1826, firmado en Lima y enviado a Bolivia conjuntamente con el proyecto de Constitución de presidencia vitalicia. Se ha subrayado que la voluntad de Bolívar no era un obstáculo: los próceres no podían inclinar las preferencias populares. Pero la del Perú era una muestra amistosa y cordial, y se la celebró al mismo tiempo que el 16 de julio. Los festejos tuvieron un resalte apropiado. Comenzó, de esta manera, a rendirse tributo a los hombres de la revolución del año 9, reconociendo que con ellos se inició la gesta emancipadora. El pueblo salió a las calles, que eran su dominio, y en ellas exteriorizó su contento; recordó a sus héroes y encontró, a flor de labios, un vocablo: ¡Gloria! Fué en la masa popular que se inició la glorificación de los protomártires.



Fachada, reloj, campanario y muro frontero de la iglesia de Nuestra Sra. del Loreto. Edificio que fué sucesivamente Convento jesuíta, Templo católico, Casa de gobierno, Universidad, prisión de Estado, Parlamento y que a fin del pasado siglo fué derruído para dar lugar a la construcción del actual Palacio Legislativo.



Antigua calle de los cuarteles.

Lo que acontece, no registrado por la historia, es, hay que subrayarlo, resultado de la inquietud del pueblo, fuerza incontrastable y motor de la vida urbana, que trabaja, que choca contra intereses en pugna y luego se retira a la vida pacífica, en una vocación permanente de heroísmo y desprendimiento. La vida y la historia de La Paz no sólo estaban hechas por lo que transcurría en las oficinas y en los salones; también se urdía hondamente en las inquietudes, anhelos y rebeldías del pueblo, de su clase media y de sus artesanos. En estos factores residía la energía social para encauzar la República, que todavía no estaba afianzada.

PRIMERA ENCRUCIJADA: EL MOTÍN Y LA INVASIÓN

El general Sucre, aclamado por todos, solicitado por la representación nacional, gobernaba el país. Había quedado, también a pedido del Congreso, una parte de la división colombiana, para sostener el orden y afirmar la República.

El presidente se entregó a la organización del naciente país, suprimiendo la alcabala, estableciendo la educación, formulando el presupuesto, creando casas para rescatar minerales, haciendo la división del territorio en departamentos, provincias y cantones e imprimiendo a cada uno de sus

actos un aliento republicano. Nuestra ciudad se llamó *La Paz de Ayacucho*. Por segunda vez veníale un nombre como resultado de victoria: la primera fué cuando don Pedro La Gasca ordenó al capitán Alonso de Mendoza la fundación de una ciudad de la Paz, en recuerdo de la batalla de Huarina; después, para recordar la batalla del 9 de diciembre de 1824.

Las calles tornaron a su ritmo habitual: llegaban acémilas cargadas de alimentos producidos en las haciendas: íbanse cargadas de bastimentos, coca, aguardiente y ropas de vestir. Los barrios de los gremios tuvieron de nuevo su fisonomía laboriosa que la guerra clausuró: en las puertas exhibíanse las destrezas de *maestros* imagineros, herreros, carpinteros, plateros. Una activa artesanía producía objetos primorosos de plata y oro, desde los platos de mesa, tenedores, cucharillas, hasta los dijes de metal noble y caro, que usaban las damas; los de plata y cobre placían al resto de las mujeres que fueron también actoras de las guerrillas, que dieron sus hijos a la causa republicana, que siguieron la pesada marcha de las tropas, y, con ellas, en la hora de los retrocesos, buscaron desesperadas, su propia salvación. El billar y los mesones contaban con numerosos parroquianos que, diariamente, comentaban los acontecimientos de la actualidad y las posibilidades inmediatas de la política y renegaban, a voz en cuello —ahora podían hacerlo sin temor alguno—, por la forma en que iban mimetizándose los antiguos chapetones y filtrándose en los empleos burocráticos.

Se reanudó en la Alameda, la antigua usanza de los paseos, que servían para comunicarse, al pasar, con amigos y conocidos, formular promesas de visita, concertar encuentros. La mujer, enredada en el hábito colonial, radicaba su ambición, además de las labores del hogar, en las iglesias, el confesionario, los sermones y, finalmente, en los saraos familiares o en aquellos otros, muy raros, en que reuníase la parte granada de la ciudad para agasajar a personajes de prestigio y significación oficial extraordinarios.

Los 30.000 habitantes de La Paz iban cambiando, con alguna lentitud, de la vida colonial a la republicana, que era, por lo pronto, parecida a la primera.

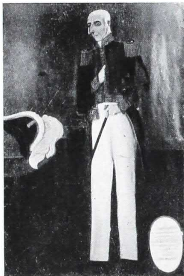
Suceso que removió la vida del vecindario fué la visita del Presidente Sucre. Promediaba marzo del 27. El Mariscal de Ayacucho, se proponía estudiar la realidad de cada Departamento. Terminados los agasajos, y oyendo pedidos concretos, proporcionó recursos para la refacción del coro catedralicio. Fué breve su estada.

Durante su ausencia, no dejó de presentarse una ingratísima sorpresa. Continuaban en La Paz los regimientos del Ejército Unido. Las exacciones que soldados y oficiales hacían, promovieron protestas generales, manifestadas, muchas veces, en el Cabildo y en los bares y tertulias. El hecho ocurrió así: José Guerra, que también hacíase llamar Grados y Graos, capitán en el ejército realista y vencido en Ayacucho, fué dado de alta, como soldado, en el batallón Voltígeros; mantenía comunicaciones con el general peruano Agustín Gamarra y seguía las órdenes que aquél le hacía llegar. Sargento ya, con los iguales del Granaderos de Colombia, González, Galuza y Cordero, apresó a los jefes y oficiales, al Prefecto, general Gregorio Fernández, y a los generales Urdininea y Figueredo. Este atraco sucedió la noche del 24 de diciembre del año 27. El Capitán Valero, del Voltígeros, hizo poner en libertad a los oficiales y facilitó la fuga de los generales y del coronel Otto Braun. El fin de la sublevación era, aparentemente, el dinero: el prefecto entregó a Guerra 20.000 pesos, producto de colecta.

No tardó en producirse la reacción. Cuando los insurrectos —parte del batallón Voltígeros, parte del Bogotá y algunas plazas del regimiento Colombiano salieron huyendo, fueron perseguidos por el Coronel Braun y luego por los generales Urdininea y Figueredo y por el coronel José Balli-

vián. En las proximidades de San Roque, hubo una tenaz batalla, donde murieron 100 personas y cayeron 700 prisioneros sublevados. Murió allí el teniente Montes y fué herido el infatigable y heroico Braun.

Guerra o Grados fugó al Perú y allí se puso a las órdenes del general Gamarra, autor intelectual de la insurrección.



General José Ramón de Loayza. Óleo de la época que se conserva en la Biblioteca Municipal.

En cinco días estuvo Sucre en La Paz. La presencia del gobernante fué reveladora de una realidad que los inspiradores de la sublevación desconocían: en torno de Sucre, o sea de la conducción revolucionaria del país, se armó el pueblo. Y pasada la intranquilidad, seguro de sus propias fuerzas, reanudó sus actividades, pero decepcionado de las tropas colombianas.

El batallón 2º, que se mantuvo leal, fué bautizado como el Batallón Constitucional, con lo cual se reconocía implícitamente que había, aun sin descubrirse, batallones anticonstitucionales.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando llegó una noticia alarmante: Sucre, al enfrentarse con un motín militar en Chuquisaca, había sido herido. Actuaban en esta forma los lastres que la República no pudo evitar. El primer motín militar y la defección del capitán Matute en Cochabamba, eran manifestaciones graves, síntomas de anarquía enraizadas en el ejército. El de Chuquisaca obedecía a la inspiración del general Agustín Gamarra, quien, al mismo tiempo, obteniendo un permiso premio-



Claustro del antiguo convento de Santo Domingo, donde se alojaron las tropas colombianas. Hoy ocupado por el Colegio Nacional Ayacucho.

so del oficialismo de su país, inició la invasión a Bolivia, declarando en la frontera que deseaba colocarse entre la víctima y los victimadores. Era una paloma de paz que comandaba 6.000 soldados bien armados. En puridad, avanzaba para sojuzgar al país y tratar de anexarlo al Perú. El Prefecto de La Paz, Ramón de Loayza, conferenció en El Alto con el general Gamarra y en seguida el ejército peruano ingresó a la ciudad el 5 de mayo, encontrando en las calles una hostilidad sorda. Muchos oficiales bolivianos, ganados por la promesa, actuaban, traidoramente, de acuerdo con el invasor. La sorpresa había impedido la formación de montoneras, para las cuales no existían armas. Y no se producía de parte

del Prefecto ni el más leve visaje de resistencia.

El General Gamarra dejó algunos refuerzos militares en la ciudad y avanzó con su ejército a Oruro y Potosí, sin encontrar obstáculo. Es sabido que el general Urdininea, encargado del gobierno, debido a que Sucre se había retirado al campo para curar sus heridas y preparar su mensaje al legislativo, no pudo hacer frente a la invasión. La defección del general Pedro Blanco, contribuyó a ese resultado: en vez de acoplar refuerzos al grueso del ejército, los alejó. Había complicidad con el invasor, y cobardía.

El objetivo de Gamarra fué anexar al Perú el territorio boliviano o, por lo menos, el Departamento de La Paz. Observó la realidad popular antes que militar, y comprendiendo que era imposible llevar adelante su plan, cambió de táctica: se ocupó de ganar gente para su causa ofreciendo dinero y, al mismo tiempo, despedazando los cimientos institucionales colocados en el país por Sucre. Especial empeño tuvo en minar las bases de sustentación moral, en crear confusión, en dejar plantadas las semillas de la incertidumbre. Impuso, de otro lado, contribuciones públicas y particulares extraordinarias, y sus colaboradores ejecutaron "atentados y extorsiones en las ciudades". No debe olvidarse que le correspondía la paternidad intelectual de los primeros motines militares producidos en Bolivia, y suya era también la frenética tenacidad para destruirla como nación.

Sin embargo, las autoridades que nombró en La Paz fueron repudiadas por el pueblo que sufría la invasión. Mientras el grueso del ejército invasor operaba entre Oruro y Potosí, y se entendía con algunos jefes militares de Bolivia, el coronel Braun en un movimiento de arrojo, tomó la ciudad de La Paz. El pueblo esperaba la primera oportunidad para reaccionar. Lo hizo unánimemente, aclamó al jefe militar y se confió a él para ser conducido a la lucha. Se formaron batallones; los voluntarios eran todos los hombres, que demandaban un puesto en las filas y un arma.

Frente a la marea de indignación popular, que cundía en el norte del país, donde podían ser cortadas sus comunicaciones, Gamarra vió que era preferible abandonar, de momento, su temeraria empresa. Firmó el ajuste en Piquiza imponiendo condiciones de vencedor; obligó a que se aceptase la renuncia de Sucre y que una asamblea revisase la Constitución. Antes de salir de Bolivia, a fines de julio del año 28, se conquistó algunos amigos que no tardarían en aparecer en el escenario político.

La prueba servía para plantearse, en lo interno, una nueva necesidad: la de saber defender la frontera y diferenciar a los amigos de los enemigos de la República.

El pueblo experimentaba una desazón intransigente, desde cuando tuvo que mostrar hostilidad abierta, repudio irreprimible al invasor. Estaba naciendo, al golpe violento de la adversidad, el sentimiento de patria, que anteriormente había sido abstracción ideal y que ahora iba conformándose en su mejor definición: "un amor que odia". Inerme como se hallaba, el pueblo no podía ir sino al sacrificio deliberado e inútil. Quiso luchar. ¿Cómo? Quisieron luchar también otros pueblos del país. ¿Con qué armas, con qué pertrechos? La invasión le sobrecogió y le desorientó. Sabía, con la dura constatación de los hechos, que había sido humillado. ¿Quiénes eran los culpables de ese acto de sumisión, quiénes los que no intentaron siquiera, como era su deber, un movimiento de resistencia? Cuando estuvo presto para la pelea, el enemigo se alejaba. Las explicaciones que pudieron darse no eran bastantes para satisfacer a nadie y menos al pueblo, que ya poseía una incontrastable sustancia patriótica.

No se habían definido aún las consecuencias lógicas e invisibles de la invasión, cuando dos sucesos producidos en el pueblo de La Paz, desviaron su atención: las arquerías que existían junto a los portones

del convento de San Agustín fueron trasladadas a la Alameda, para mejorar ese sitio de paseo. La obra fué emprendida por el intendente Manuel Vicente Martínez Monje. El otro suceso fué la demolición del viejo edificio de la Catedral, cuya construcción se había iniciado el año 1556, habiéndose



Palacio del Mariscal Andrés Santa Cruz, actualmente colegio de San Calixto.

prolongado los trabajos casi todo el tiempo de la Colonia. En vista del peligro de un derrumbe, sus imágenes fueron trasladadas a Santo Domingo. El dato no deja de ser sugestivo: la iglesia, que fué uno de los instrumentos de la dominación española, empezó a edificarse a los ocho años de la fundación de La Paz y tuvo que ser demolida cuando había sido demolido también el poder colonial de España.



Patio principal del palacio de Santa Cruz, que hoy está convertido en el hall del colegio de los jesuítas.

Poco menos que epílogo de la invasión fué la renuncia de Sucre. Estaba prevista en el ajuste de Piquiza, donde Gamarra jugó su mejor carta de vencedor. La inmediata consecuencia fué el nombramiento de los nuevos gobernantes. El mismo Sucre había presentado, con una visión ejemplar y maestra, una terna para presidente, donde figuraban Andrés Santa Cruz, querido en Bolivia y en Perú. Fué, pues, nombrado presidente; y vicepresidente, el general José Miguel de Velasco, uno de los suscriptores del ajuste de Piquiza.

Santa Cruz, después de haber ejercido, por encargo de Bolívar la Presidencia del Consejo de Ministros del Perú y de haber entregado el mando al general La Mar, designado por la constituyente, aceptó una misión diplomática peruana junto al gobierno de Chile. En el momento de su proclamación, se encontraba en Santiago. Asumió la presidencia interina el general Velasco.

Empero, no habían terminado las consecuencias de la invasión. Se sublevó el coronel Ramón Loayza, depuso al Prefecto Baltasar Alquiza y proclamó la independencia de La Paz con el signo de Alto Perú. Avanzando un poco más, dictó un Estatuto, formó un ejército, hizo un gobierno y castigó a quienes se oponían a sus propósitos. Se vitoreaba al Perú, al general Gamarra y, a veces, a Santa Cruz.

El pueblo permaneció al margen de este pronunciamiento, mirándolo con sospecha y adivinando que era reflejo de combinaciones palaciegas y de cartas que iban y venían del Perú. El presidente Velasco, trasladado a La Paz, desbarató la "revolución"; premió, ascendiéndolo al grado de general de brigada, al ilustre motinero separatista. Quedaba establecida, de este modo, la escuela de los honores a la audacia y a la ambición. Es oportuno reiterar que la energía popular quedaba inmóvil, sin intervención en esos acontecimientos. El motín no siempre tuvo de su lado al pueblo sino cuando éste, despertado de su estado

de indiferencia, encauzaba los hechos y les daba un rumbo estrictamente republicano.

La insurrección, la sublevación y el motín militar continuaban dando frutos. En La Paz, el comandante Luis Castro se negó a entregar las fuerzas de su mando al coronel Francisco Anglada. Era partidario de Pedro Blanco; y Blanco, de Agustín Gamarra. Salió de la ciudad conduciendo su batallón de 700 plazas; pero la tropa, defeccionada en Ventilla, regresó y se puso a las órdenes de las autoridades. Algunos complicados en este suceso se hallaban presos. Octavio Murillo, peruano, con un grupo de sublevados, atacó el sitio de la prisión con el fin de ponerlos en libertad. Fracasado el intento, los cabecillas pretendieron huir, pero fueron detenidos. Un consejo de guerra condenó a cuatro promotores de la sublevación, que murieron fusilados.

Otro resultado de la invasión: reunióse en Chuquisaca la Asamblea convencional, llamada *convulsional* por su obra destructora. Nombró presidente al general Pedro Blanco y vicepresidente al general Ramón Loayza. La mano de Gamarra aparecía allí sin disimulo. Poco duró ese gobierno peruanista. El coronel Armaza y los tenientes coroneles José Ballivián y Vera lo tumbaron. Era el 31 de diciembre del 28. En la noche moría Blanco, en un episodio que en vez de ser aclarado ha sido confundido. El general Velasco volvió a la Presidencia, retrotrayendo las cosas a su estado primitivo. Disolvió la "convulsional" asamblea y declaró nulos sus actos: uno de ellos era su propia presidencia interina. Llamó a Santa Cruz para entregarle la presidencia.

Al ingresar al nuevo año, el país estaba excitado, sin orientaciones, en un creciente desconcierto. Cara se pagaba la defección de los generales y coroneles que no quisieron combatir a los invasores. En La Paz, "a raíz de la renuncia del Presidente Sucre y del interinato de Velasco, las pasiones se agitaron en un torbellino de ambiciones que al no ser satisfechas hicieron peligrar en más de un momento el orden público". Mas las ambiciones no eran del pueblo, siempre generoso y desinteresado; el pueblo se mantenía alerta, dispuesto, si llegaba el momento, a volver a las armas para darse paz, oportunidades de trabajo y progreso.

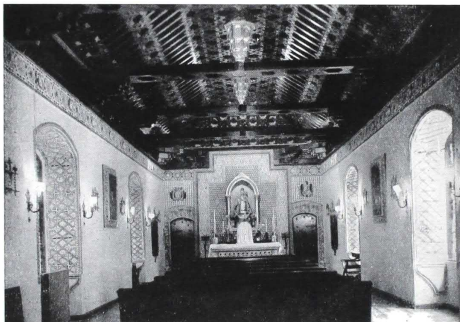
Llegaba, de nuevo, Andrés Santa Cruz, esta vez en calidad de Presidente de la República. Volvieron hacia él las esperanzas colectivas y las miradas populares, seguras de no ser defraudadas. Hizo su ingreso, en medio de aclamaciones apoteósicas, el 19 de mayo de 1829. Obsesionado por la suerte del país, pasó casi rozando los homenajes. Era, después de Sucre, el primer presidente que quería llenar su responsabilidad a conciencia, sin escapes ni sutilezas. Significaba freno al torbellino, a la anarquía, a la disolución; porque es obvio repetir que, en esta primera etapa de la vida boliviana, muchos factores, conjuntamente, se concitaron contra su existencia.

El nuevo Presidente afirmaba: "*Comprometido por los clamores de mi Patria a consagrarle mis servicios, he tenido la satisfacción de entrar en esta ciudad el 19 del presente. Obligado desde aquí a no pensar sino en la salud pública, me he encargado de la Presidencia del Estado, previo el juramento de estilo*". Agregaba: "*El estado político y civil de la nación necesita no ya sólo de una regeneración, sino de su creación misma, en vista de los inmensos vacíos que hay que llenar, para darle una sólida existencia*". Reconocimiento explícito de la realidad: había que crear una nación. Los primeros años habían sido de sistemática destrucción, acusada y recrudecida por la invasión militar. Santa Cruz, en cuyo favor se firmaban actas populares aclamándole como mandatario, no se hacía ilusiones. Escribió a uno de sus amigos: "*La Hacienda es un caos de miseria. Los ingresos están cobrados medio año anticipado, y al ejército se le debe medio año; y para atender a los reclamos suyos, no he encontrado en arcas un solo peso. Por supuesto, ni con qué pagar imprenta, fusiles*

ni nada. Por fortuna, yo lo preveía todo, y me he excusado del disgusto de la sorpresa".

Tacto de buen gobernante es perdonar los castigos impuestos por otros, se dice. Santa Cruz dictó en La Paz, el 24 de mayo, una amnistía "*absoluta para todo boliviano que hasta el 19 de mayo resultase culpable, culpado o sospechoso de los sucesos políticos ocurridos recientemente*".

Se iba restableciendo la confianza nacional. Santa Cruz era el elemento cohesionador indispensable en esa hora de turbulencias y de instintos erguidos.



Antiguo comedor de fiestas del Mariscal Santa Cruz, actualmente capilla del colegio San Calixto. Todavía puede admirarse el magnífico artesonado de madera de Yungas mandado construir por el Mariscal.

ASCENSIÓN Y CAÍDA

Don Andrés Santa Cruz, como ningún boliviano, ha subido hasta la más alta posición para un general y un gobernante. Ha obtenido el bastón de Mariscal en Zepita; ha presidido el gobierno peruano; preside a su propio país. Fué realista; ahora milita en el bando republicano. A los dos prestó importantes servicios. Sus primeros años están olvidados. Se recuerda su actuación en el ejército unido. Y, particularmente, en La Paz, se trae a cuenta su dinámica acción de Prefecto. En la hora de la anarquía, a la cual con tanto acierto se entregaron los militares y civiles encargados de encauzar la vida republicana, Santa Cruz es, en el consenso popular, poco menos que el ordenador, el restaurador de la tranquilidad y el rigor preciso para derrotar a la colonia, que marca con tenaz isocronía la presencia de su aparato de dominio y privilegio.

Santa Cruz no defrauda al pueblo: es la acción permanente, la inquietud insatisfecha, la mano sin reposo, la mirada sin cansancio. Todo debe hacerlo o rehacerlo. Su primer escenario de gobernante es La Paz, la ciudad donde nació. Escribe oficios, formula incitativas, recomienda laboriosidad. Reanuda, en planos nacionales, lo que antes fué limitada misión departamental.

Reabre, en el exconvento de Santo Domingo, el Seminario de La Paz; crea una colegiata en Copacabana. Hace un viaje por el resto del país y, a su regreso, establece provisionalmente la sede del gobierno en el Norte. Maneja el país en los primeros tiempos de su administración con un "Estatuto Provisorio" en vez de Constitución. Se consagra a todos los ramos de la administración. Camacho, imparcial, lejano observador de ese acontecer, dirá: "Aumentó el ejército y organizó la guardia nacional; condujo con regularidad la hacienda y sirvió todos los gastos; redujo la deuda interna (no había externa) de tres millones y medio



Estandarte bordado en seda con los emblemas de la Confederación Perú-Boliviana.

a que ascendía, a menos de un millón". En la actual calle Yanacoha, mandó construir un puente sobre el Choqueyapu para facilitar el tránsito de las dos bandas de la población divididas por el río. Este mismo año creó el Banco rescatador de pastas de oro y plata, organismo de influencia en la economía pública. Y luego, por los Yungas, viajó a Cochabamba. Desde ese momento será un gobierno móvil, inquieto, con multitud de problemas; pero orientado a establecer beneficios inmediatos, crear obras, emprender trabajos, luchar contra las condiciones geográficas adversas en que desarrollábase la nación. Orden, instrucción, vialidad, hacienda saneada, ejército, religión, serán los motivos de su desvelo.

Por decreto de 1830 crea la Universidad de La Paz, que resuelve una de las necesidades locales; muchos jóvenes de provincias y otros centros pudieron pasar por los cursos de la nueva casa de estudios. Formó también la Biblioteca de La Paz, que ahora lleva el nombre de "Santa Cruz".



Reverso del mismo estandarte. Prenda que se conserva en el museo particular del Sr. Andrés Santa Cruz, nieto del Mariscal.

Ese mismo año, el país sufría una dolorosa sacudida, que conmovió particularmente a La Paz: el asesinato de Sucre. La ciudad estaba vinculada al héroe: llevaba el nombre de La Paz de Ayacucho. Desde que ingresó a la ciudad le supo uno de sus amigos. Aquí, con el decreto de 9 de febrero, nació Bolivia. El Mariscal de Ayacucho le dedicó sus esfuerzos y sus desvelos; bastará recordar la nota que envió desde

Chuquisaca al Cabildo. Era, por lo demás, el más legítimo de los fundadores de la patria. Tanta fué la consternación que, como un recuerdo fervoroso, se cumplió el decreto de 15 de septiembre de 1831: el país vistió luto durante dos meses. Chuquisaca, a su vez, llevó el nombre de Sucre. En las iglesias, durante días, los religiosos se refirieron a este suceso luctuoso, y el pueblo lo sintió como una pérdida nacional.

Empero, la acción realizada, a pesar de su dinamicidad y multiplicación equivalía a iniciar, a colocar simples cimientos. El país de entonces, como es todavía ahora, ciento diecisiete años después, era un vasto territorio intocado, con pequeñas islas de poblaciones, con una vida austera extraordinaria. y un escenario desmesurado. Santa Cruz y sus autoridades departamentales, trabajaban efectivamente, con recursos desmedrados.



Casaca, espada y medallas del Gran Mariscal Andrés de Santa Cruz. (Museo Histórico Nacional de Bs. Aires).



Puño de oro de una espada del Gran Mariscal Santa Cruz que se encuentra en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires.

Hacia el año 31, el país fué conmovido por otra noticia imprevista, dolorosa: la muerte del Libertador Simón Bolívar, que fué agotándose en la miseria y el olvido, en Santa Marta. Hiciéronse solemnes exequias. La gloria llegaba a Bolívar cuando ya no la necesitaba. La Paz, Bolivia y América, estaban movidas por incitaciones premiosas, atenaceantes, de otros problemas; pero quedó el recuerdo vivo, palpitante, creciendo, como dijera, en voz de profecía, el sacerdote indio, "como las sombras cuando el sol declina".

Suceso nuevo para la población, que había visto funcionar la Junta Tuitiva y el Cabildo, fué la reunión del Congreso Extraordinario de 1831, para ocuparse de los asuntos internacionales. La población atendió los debates camarales. En el momento, Bolivia era un país con 1.088.898 habitantes; sus rentas nacionales sólo llegaban a 1.700.000 pesos; se ejecutaba un presupuesto equilibrado. Santa Cruz había abolido la "mita". Y en el territorio faltaban brazos y sobraban cosas por hacer y proyectar. Poco antes, Bolívar, en una carta fechada en Guayaquil, decía del gobernante boliviano: "El General Santa Cruz ha restablecido la paz en Bolivia y se maneja muy bien a la cabeza de aquel Gobierno". Efectivamente. La mano de la conspiración no

actuaba porque una ley contra ella, amenazaba con radicales medidas. Manteníase un brillante ejército. "Es más peligroso que útil" —sentenciaba el mismo gobernante—. Pero lamentaba: "la existencia política de Bolivia es un problema, mientras le falte un puerto propio para comunicarse con las demás naciones, y comerciar por él, sin sometimiento a ajenas leyes ni a las condiciones de sus vecinos". ¿Por qué no le dió ese puerto cuando gobernaba el Perú? En 1831 puso en vigencia los códigos civil y penal, como antes el Reglamento Orgánico del Trabajo Minero. Era todo a la vez: estadista, guerrero, guardián de los caudales nacionales; ejemplo de austeridad y previsión, paradigma de trabajo.

Ahora se hallaba frente a una realidad que había buscado, que había deseado, y que se traducía en sus propias palabras: "Nadie podrá creer que aquí satisfago ni mis inclinaciones ni mis cuidados, y será fácil conocer que sólo me propongo un gran objeto empezando por un grande sacificio". Ese objeto había sido previsto cuando formaba, en territorio peruano, una logia; y se lo veía en su obra de gobernante, encaminada a su fin, el internacional. Vientos de confusión y lucha soplaban en el Perú. Para desarrollar su plan se entrevistó con Gamarra en el Desaguadero, y el resultado fué superficial: promesas, votos de seguridad mutua. Detrás de las palabras, los dos desconfiaban. Debía tornar a la presencia del país. Poseía profundo sentido religioso. La demostró con su Estatuto y con sus actos. En la plaza de La Paz, la matriz demolida era un montón de escombros donde crecía la mala yerba. Se fijó en el terreno y fué como si hincara la garra actora y ejecutora; le aseguró recursos por ley de 31 de agosto del 31 y colaborado por el cura Manuel Sanauja, aprobó los planos y ordenó el trabajo de construcción.

La ciudad estaba creciendo en forma imperceptible, con paso demasiado pausado. En sus zonas edificadas, se agregaron otros muros en cuyos techos relucía la paja nueva. Se diría que fuera pechándose al campo, para disputarle sitios destinados a la vivienda. Pero era tan leve el ritmo de su desarrollo, que allí no parecía presente la voluntad aimara, capaz de realizar imposibles. Hasta ese instante no se contaba con un cementerio. El existente en Caiconi había caído en desuso, y las anteiglesias eran todavía pedazos de tierra santa para pudrir huesos; la edificación del nuevo, iniciado allá por 1825, no había proseguido. Tuvo que ser Santa Cruz el impulsor de la obra. El enterratorio levantó sus muros y su capillita en el sitio donde ahora visitamos a nuestros muertos.

Se emprendió la construcción de un puente que será después nominado: "Socabaya", semejante al trabajado en 1830. No sólo obras materiales. Obsesión del gobernante era la enseñanza, la mayor difusión de ella. Creó, hacia 1835, el Colegio Normal, iniciando la profesionalización del magisterio. Por el mismo tiempo, reuníase un nuevo congreso en La Paz, para considerar la ayuda pedida por una de las facciones en pugna en el Perú. Era el año decisivo. Santa Cruz había esperado esta oportunidad; se había preparado para ella. Se le llamaba como pacificador. Sus remotos proyectos se cumplían. No habían sobrenadado a destiempo. Aquí empezaba la ascensión vertical de Santa Cruz hasta Yungay, donde, también verticalmente, caerá de bruces a la realidad. El 15 de junio de 1835, a la cabeza de 4.632 soldados —el ejército que había formado, disciplinado—, avanzó sobre el Perú, ejecutando un convenio firmado con el representante del general Orbegoso, Anselmo Quiroz. Caminaba a la gloria, que cuesta caro, según sus propias palabras dichas en alguna lejana ocasión. La ciudad de La Paz respaldó la expedición. En las filas del ejército, iban sus soldados, su juventud.

Algunas veces vió el pueblo que los pasos de la dictadura o la mano del despotismo apretaban la libertad; conoció que con Santa Cruz la democracia era una mentira, pero eran verdad el orden y el progreso. Olvidó



Doña Francisca de Paula Cernadas de la Cámara, esposa del Mariscal Santa Cruz. Cuadro al óleo que conservan sus descendientes.

la dura constricción de algunas medidas, para gustar la vida tranquila y el desarrollo pacífico. Y sólo con Santa Cruz logró una parte de sus vehementes aspiraciones, después de 20 años de lucha abierta, con las armas, o de lucha solapada, de los políticos y de los militares... La expedición, en otros términos, significaba la no lejana revancha de la invasión de Gamarra. Los móviles eran diferentes; aquella vez vino un ejército prepotente, sin previo aviso; ahora iba un ejército solicitado para restablecer la calma, en una misión de concordia. Pero ¿era posible la concordia buscada y sostenida con las puntas de las bayonetas? Empero, el clima era, de nuevo, desasosegado. Se hicieron rumorosos los corros, llenos de gente los mesones, atiborrados de espectadores los billares. Otra vez se salía a las calles, en pos de noticias.

Mientras la lucha se desarrollaba con resultados victoriosos, que embriagaban, en La Paz había agitación, excitada curiosidad. La suerte de las armas, allí cerca, en territorio amigo y vecino, era venturosa. Pero la guerra no era otra cosa que una combinación de posibilidades y desgracias; los guerreros no eran dueños de su propio destino, que no sería precisamente la muerte, sino la victoria o la derrota, la brevedad o la prolongación de la lucha. ¿Durará? No siempre la pregunta fluyó de los labios en la hoya enérgica y laboriosa donde bullía una vida pujante, apta para los grandes esfuerzos y los heroísmos sin tasa.

Para residencia e invernadero de gentes ricas, se hizo un edificio en Mecapaca y se creó la Providencia de Cercado, con capital en ese lugar; al mismo tiempo, se destinaron fondos para la construcción de un camino. Hubo allí activa vida de sociedad. En otro orden, por disposición del gobierno, se restablecieron, para equilibrar el excesivo centralismo del gabinete, los Concejos Municipales, integrados por patricios y con atenciones honorarias.

Promediaba el año 1838. Estábamos llenos de victorias y de signos inquietantes. La Confederación Perú-Boliviana, ideada, impuesta, sostenida por Santa Cruz, seguía creciendo en la imaginación popular. No obstante, su misión guerrera, el gobernante dábase tiempo para trabajar a hurtadillas, toda vez que le quedaba un minuto libre, en favor de su pueblo y de su país. Como ejemplo, señalaremos que, en 1838, mandó refaccionar el edificio de la Cárcel, proporcionándole 7.400 pesos, provenientes de impuestos a la coca exportada de los Yungas. Dispuso además la construcción de un puente a Obrajes. El catálogo de sus obras en La Paz y en el país es interminable.

Santa Cruz contaba ya, para entonces, acaso por haber querido volar demasiado, con lastres peligrosos. La oposición al plan confederal tomaba cuerpo en el espíritu de algunos políticos y algunos militares. Hacia el año 39, cuando estaba culminando la

misión crucista, llegó Yungay, que era una sola derrota aplastante, después de un rosario de victorias que se esterilizaban. Y al mismo tiempo, las garras de la revuelta, afiladas con esmero, daban el zarpazo. El 18 de enero se hizo el pronunciamiento militar, encabezado, en el Sud, por Velasco y, en el Norte, por José Ballivián. Santa Cruz, a su vez, desde Arequipa, dimitió el 20 de febrero y se embarcó a Guayaquil. Había caído tanto como se había elevado.

Era, para el pueblo del Norte, como su propia caída. Había amado al caudillo; le había acompañado en sus pasos, en sus sueños. Ahora parecía, de pronto, huérfano.

El golpe dado contra Santa Cruz no podía llamarse una revolución ni un alzamiento popular. El pueblo estuvo ausente de las intrigas militares. Aquél fué estrictamente un acto de cuartel, cooperado por grupos de civiles descontentos.



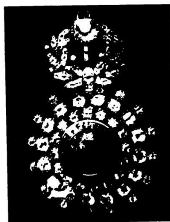
Miniatura con el retrato del Libertador Bolívar, obsequiada por éste al Mariscal Santa Cruz y que pertenece actualmente al nieto del Mariscal. (Tamaño natural).

Santa Cruz había sido, después de Sucre, el primer gran constructor que tuvo el país. Había paseado la bandera patria en forma triunfal y había empobrecido las arcas fiscales que debían sostener la campaña en territorio peruano. Todo lo había arrollado para conseguir su objetivo confederal; de

todo había hecho un instrumento para sus fines. Y sus fines se hicieron pedazos en las inmediaciones de Yungay.

UNA ESTRELLA INESPERADA: INGAVI

Hacía su aparición en el país el gobierno "restaurador". Su primer paso fué solazarse porque Chile derrotó a Santa Cruz y a su



Medalla de brillantes ofrecida por el Perú al Mariscal Santa Cruz. (Museo Histórico Nacional de Buenos Aires).

ejército boliviano. No entra en este ensayo el dato, pero vale subrayarlo como un ejemplo característico del régimen que se instauraba en Bolivia. Su odio dilatado le llevaba a despedazar cuanto había hecho Santa Cruz. Consecuencia de esa política fué la anulación de los Concejos edilicios y lo fué también su posterior restablecimiento, después de haberse comprobado que lo hecho por Santa Cruz no era inútil.

Velasco continuaba su antigua política de debilidades y anarquía. Cuando gobernaba él, unos años antes, se produjeron los primeros hechos cuarteleros, premiados por su propia mano. Otra vez en el gobierno, debía confrontar la convulsión agazapada, la marcha de la rebelión. En el instante en que Velasco era investido del poder constitucional, para demostrar la fragilidad de su posición, el 7 de julio del año 39, el general José Ballivián, que antes se había sublevado contra el régimen crucista o, más bien, contra la idea confederal, volvía a sublevarse en La Paz contra Velasco y contra los "restauradores", como gustaban bautizarse los velasquistas.

Acampañaban a Ballivián algunos militares y civiles. No había allí la presencia robusta de la opinión ni la acción atorbellinada de las masas. Aislado en el pronunciamiento, sin contar con la adhesión de otros jefes, tentó sin fortuna la suerte de las armas. Hasta ese momento el pueblo, que se había mantenido al margen de los hechos internos del ejército, salió a las calles para decir su propia voluntad. Palabras y hechos respaldaban el orden, la continuidad de las instituciones. La explicación es obvia. Santa Cruz estaba ausente; la masa no tenía, en realidad, un caudillo en quien creer ni a quien seguir y exaltar. Se declaró, pues, ajeno al movimiento militar.

Ballivián huyó y, desde la frontera peruana, vigilaba. La Paz no estaba, en verdad, con los restauradores y si se pronunciaba por el orden no era por los hombres ni por el programa —no habían entonces programas ni partidos ni ideologías— sino por su necesidad de vivir dentro de la ley. Aunque torcida y mal aplicada, no dejaba de ser ley. Pero en los términos que se reducen a hechos, la actitud popular era de receloso marginamiento de políticos aviesos y de militares motineros.

El lentísimo progreso alcanzado habíase estancado de pronto, en una paralización repentina, y la atención se volcaba hacia los motivos de la intranquilidad interna. Se efectuó algo tan sin relieve, que pasó inadvertido: el trabajo de refacción del Colegio Seminario. Y algo que salía a los primeros planos: la persecución al crucismo y a los crucistas, convertidos en herejes para la religión restauradora del velasquismo. Como para agregar leña en la hoguera del odio, se conoció y comentó el manifiesto de Santa Cruz, fechado en Quito, y llegó el general José Antonio Pallares para deman-

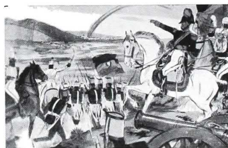
dar al gobierno la devolución de los bienes confiscados al ex-Protector.

Redobló el odio de los gobernantes contra el crucismo, que iba convirtiéndose en una fuerza poderosa, y los crucistas, sin desperdiciar la coyuntura, quisieron tentar la aventura de una revuelta, de una deposición de Velasco y sus seídes. Fermín Eyzaguirre pidió al Prefecto de La Paz, Carlos Medinacelli, que se plegara a la conspiración siendo arrestado y sometido a proceso. Era jugar con fuego: los civiles y el civilismo no poseían los instrumentos de la fuerza para esa tarea, y estaban obligados a actuar con los militares, servirles como colaboradores. Sólo así el crucismo se irguió robusto, en todo el país. El general Agreda, al mando de sus tropas, se pronunció en favor de Santa Cruz el 10 de junio, y a este hecho siguieron otros. El Prefecto de La Paz fué destituído, y llevado a ese cargo Fermín Eyzaguirre; le siguió un mitin popular, en que se pidió el cambio de gobernantes, aceptando, provisionalmente, al general Agreda. Don Enrique Calvo, el cansado anciano, que fué vicepresidente en el gobierno crucista, asumió el mando, pero era una debilidad política en marcha, incapaz de levantar un dique al desenfreno de la confusión que se creaba en el país. Debía esperarse a Santa Cruz. Mas, con una aceleración de impulsos, empezó a actuar la intriga internacional con sus activos instrumentos oficiales. El general Gamarra, que gobernaba el Perú, se puso en guardia para evitar, aparentemente, el retorno de Santa Cruz y con él la reanudación de la muerta Confederación Peruano-Boliviana. Lo que perseguía, empero, era anexar, como primer paso, La Paz a su país. El clima de incertidumbre y anarquía introducido en Bolivia con el general Velasco y sus colaboradores y el motivo de aplastar a Santa Cruz, movieron a Gamarra, quien reunió su ejército y se mantuvo en plan de campaña, a la expectativa. Tenía en las manos la autorización del Consejo de Estado para declarar la guerra a Bolivia.



El general José Ballivián. Óleo de gran tamaño que se encuentra en el Círculo Militar.

Estos sucesos acrecían el desconcierto. Por la frontera golpeaba la amenaza de la segunda invasión. Calvo envió un emisario a Gamarra para asegurarle que no podía correr peligro la independencia peruana. Fracasada la misión, quedaba un solo recurso adoptado en las esferas oficiales: dar un golpe a Santa Cruz, a quien se había llamado. José Ballivián movíase en la frontera, comunicábase con sus amigos. Aparecía en el instante oportuno, cuando el ruido de un ejército de seis mil soldados cascabeleaba su estrépito en la frontera. Calvo y Ballivián se entrevistaron en el Desagua-



General Ballivián arengando a sus tropas antes de la batalla de Ingavi.

dero y acordaron que el primero asumiría la presidencia y el segundo la vicepresidencia. Actuaba de mediador Andrés María Torrico. Era, al mismo tiempo, un instante de revueltas y motines. El general Velasco, depuesto ya, preparaba a un contingente para defender su presidencia, ajeno al pe-



La Batalla de Ingavi.

ligro internacional. Mientras en varios puntos del territorio vibraba la campana de la insurrección, del descontento o la anarquía, en La Paz había un principio de serenidad y de expectación, con la certeza de la guerra inminente. Noticias, rumores, avisos de apresto bélico, inseguridad interna, inestabilidad: todo sumábase en la hora de la prueba terrible. En Laja, el batallón 5º de infantería, al mando del teniente coronel Juan Prudencio, desconoció a Calvo y fué a ponerse a las órdenes de Ballivián, que llegó a Tiahuanacu. Era el 27 de septiembre. Allí mismo, José Ballivián decretó: "Acepto la suma de poderes políticos, con que me han investido los pueblos, hasta que, restablecido el orden público, la Convención que oportunamente será convocada, constituya la nación". La Paz, para hacer frente a la guerra que avanzaba a pasos gigantescos, proclamó, en comicio, a Ballivián. Pero algo que parecía un hecho consumado, era que empezaba a no existir la nación. El nuevo presidente decíalo con un acierto, más intuitivo que producto de madura reflexión: "...la Convención que oportunamente será convocada, constituye la nación". Ballivián entraba en La Paz el 3 de octubre.

El día anterior, el general Agustín Gamarra, con 6.000 soldados, pasaba la frontera, dirigiéndose a Machaca y Guaqui. Conocía el terreno: creía contar con amigos, a quienes no había cesado de escribir; pisaba un territorio que suponía ya sujeto a su dominio.

En La Paz se extendió, como fuego de pólvora, esta noticia, que era la guerra, el 7 de octubre. Ballivián declaró la patria en peligro. Dijo, asimismo, convocando a los ciudadanos: "...todos los bolivianos están obligados a la defensa de la patria y a oponerse a la invasión peruana, sacrificando sus bienes y su vida misma". Respondía el general boliviano en los mismos términos que el adversario, a quien conocía de sobra y cuya doblez y deslealtad había

comprobado. Era, pues, una orden de movilización general. Pero ella alcanzaba, de inmediato, a La Paz y a sus pueblitos aledaños. Hasta que se difundiera en todo el territorio transcurrirían varios días. En algunos puntos del país, seguían agitando sin tregua los "restauradores de la independencia", que actuaban desesperadamente para tomar el gobierno y controlar el país, revuelto, despedazado, perseguido por ambiciones e intrigas, en el borde de la disolución.

Contaba Ballivián, de inmediato, con el pueblo paceño, que se reunió en la Universidad y se volcó en las calles, para contrarrestar la invasión. Avanzaba, entretanto, Gamarra: los vecinos de las provincias y cantones, en montoneras, habían querido oponerse a la marcha del invasor. Pero eran insignificantes obstáculos en el paso de un ejército preparado y adiestrado para la conquista. El 13 de octubre, Gamarra ingresó en La Paz. El gobierno se había retirado para darse tiempo de organizar un ejército, pues sólo contaba con el regimiento 5º de infantería y con el entusiasmo de la población. Establecióse en Sicasica y trabajó de tal modo que, mientras enviaba emisarios a Gamarra, a fin de distraerlo, improvisaba soldados. El general Velasco, frente a los hechos, desistió de ir a disputar con Ballivián.

Gamarra, a su vez, recibía a los emisarios bolivianos, los distraía un poco. Los dos jugaban cartas falsas; pero Ballivián lo hacía con el propósito de ganar tiempo, y Gamarra en la seguridad de que el terreno era enteramente suyo y que las conversaciones paliarían los objetivos militares que suponía cumplidos de antemano. Dejando un fuerte destacamento en la ciudad, donde nombró un Prefecto y un Intendente peruanos, salió para explorar el campo y percatarse del estado de desorganización —la creía completa— de las tropas de Ballivián. Las noticias que recibía afirmaban que todos los jóvenes y hombres salidos de la ciudad iban a presentarse en el ejército que el general boliviano improvisaba. La ciudad estaba convertida en un cuartel militar, con todos los agravantes de la guerra, la vigilancia y el control. Gamarra dispuso entonces que las fuerzas que tenía en La Paz marcharan hasta Mecapaca, donde barruntábase la existencia de un arsenal de armamentos. El general San Román, encargado de esa misión, fué interferido por fracciones del ejército ballivianista que, conociendo la maniobra, quisieron adelantárseles. En Jahuir-cato, proximidades de Mecacapa, hubo combate; los peruanos tuvieron que retirarse. Fué el primer encuentro. La misión peruana no había podido ser cumplida.

En esos instantes, el general Gamarra hizo público su propósito de anexar el Departamento de La Paz al Perú. Tenía vieja data su ambición: desde cuando el coronel Ramón Loayza declaró independiente el Departamento y vitoreó a Gamarra, acción por la cual fué premiado con el generalato por el presidente de entonces, Velasco. El Ministro Plenipotenciario Boliviano, a quien encontró en La Paz, recibió orden de desocupar "territorio peruano".

Entonces Ballivián, que medía los pasos y los actos de su adversario, firmó la siguiente circular para las autoridades nacionales:

"Sin embargo de que el gobierno ha tocado todos los medios de conciliación y concordia, a fin de que el general Gamarra desista de los propósitos ambiciosos que ha descubierto al pisar nuestro territorio, desoyendo la voz de la razón y negándose a las proposiciones amigables que se ha hecho, ha mostrado que no tiene otro objeto que la humillación y la conquista de Bolivia; y consecuente a su plan de usurpación ha intimado a nuestro Ministro Plenipotenciario Dr. Andrés Quintela para que en el término preciso de una hora deje el territorio peruano, reputándolo tal al departamento de La Paz". "Se nos ha ofrecido —agregaba— la brillante ocasión de presentar nuestra patria ante la historia,

como digna de llevar el gran nombre de Bolívar, si todos los bolivianos hacen para salvarla un simultáneo esfuerzo".

Sicasica continuaba siendo el cuartel general. Lentamente el resto del país iba dándose cuenta del peligro que corría el territorio. Sólo entonces paralizaron las intrigas de la ambición y el juego de la anarquía. Llegaron a Sicasica algunas unidades de Oruro y otras, muy escasas, de varios puntos del país. Habían pasado sólo los días necesarios. Esperar más contingentes era dar al enemigo la oportunidad de consolidar la conquista que estaba iniciando sobre la base de las armas, pero tratando de ganar algunas simpatías. Esa obra en modo alguno podía ser duradera, puesto que en La Paz contaba con la fría hostilidad del pueblo. El general boliviano consideró llegado el momento de las definiciones. Gamarra creía aún que Ballivián no podía, en condiciones serias, presentarle batalla, pero no por eso dejó de ocuparse de la disciplina de sus soldados, que hasta ese momento eran tropas orgullosas de pisar territorio boliviano, apreciándolo conquistado ya. Ballivián avanzó hasta las proximidades de Viacha. El 17 dispuso: "*...se aproximan los momentos en que la batalla debe decidir la suerte de la República, de su independencia y de sus futuros destinos*". Creó premios para los que se distinguieran en el combate. El ejército adversario acampaba también allí, dispuesto a entrar en acción.

Al día siguiente, 18 de noviembre de 1841, los dos ejércitos se prepararon para medirse. Estaban sobre la llanura de Ingavi, y no era mucha la distancia que les separaba. La mañana era de una fría niebla y caía aún una suave garúa que, con el viento, parecía más glacial. La tierra estaba mojada, barrosa.

Aproximábase el instante. Ballivián que en ese momento simbolizaba la viril actitud de Bolivia, incorporado frente al destino, arengó:

"*Soldados: A esos enemigos que tenéis al frente, los veréis desaparecer en breve como las nubes, cuando las bate el viento*".

Sabía que su ejército tenía menor cantidad de efectivos y que sus pertrechos eran de inferior calidad. Buen guerrero, no podía amilanarse por estos detalles. Buscó las posibilidades de ganar ventaja. Aprovechando de un momento claro, iniciose, de ambos lados, el combate. Era para Bolivia una lucha a muerte, sin otra posibilidad que la victoria. Así lo entendieron soldados, oficiales y jefes, y mostraron tal bravura, un coraje tan estupendo, que no parecía sino que en sus manos que apretaban el fusil residían la salvación, la seguridad y la independencia del país. Los peruanos, bien dirigidos, se batían con heroísmo extraordinario, dispuestos a no ceder terreno y mantener, sin claros, su compacta maquinaria guerrera. Funcionaban los fusiles, los cañones, los sables, las lanzas; actuaban las almas, chocaban los heroísmos; el valor se enfrentaba al valor. Manteníase indeciso el resultado, mientras los "peones" —como solía llamar Santa Cruz a sus mejores guerreros— embestían con frenética intrepidez. Ballivián vió, entre la tupida red de la batalla, un pequeño sector propicio: mandó allí al coronel Santizábal y a los oficiales Belzu y Sanjinés, que llevaron un empuje violento y rápido. La operación fué tan veloz, que pronto estuvo el refuerzo actuando desde la retaguardia peruana, cuyas filas había arrollado. Sus descargas precisas y oportunas, desencadenaron el temor, y la desorientación se hizo carne en las filas peruanas de ese flanco. Allí se encontraba el general Agustín Gamarra, que había combatido con coraje y cuyo ejemplo se contagiaba a sus subordinados. Vió la magnitud de su fracaso: su ejército conquistador, en el comienzo de la dispersión; sin jefes y oficiales, sin dominio; y al punto declarada la derrota. "Aquí es preciso morir" —exclamó—. Y una bala, como acudiendo a su llamado, dió en el blanco. Gamarra cayó, sin sobrevivir al desastre a que había llevado a sus hombres,

y sobre esta tierra libre "que tanto había odiado".

Allí mismo, en el campo de Ingavi, donde renació el país, José Ballivián redactó el siguiente parte militar: "*Acaba de cumplir el ejército de mi mando con el deber más sagrado que la naturaleza impuso al hombre: salvar a su propia patria de la conquista, de la humillación y de la esclavitud; en cincuenta minutos de un ataque impetuoso, en que se comprometieron tres armas a la vez, hicieron conocer los bolivianos que nacieron libres y que la independencia de su patria no será jamás, nunca, arrebatada. A presencia de los dos gigantes del nuevo mundo, el Illimani y el Illampu, y sobre los llanos de la ciudad de La Paz, ha tenido lugar a las doce de este día la célebre batalla que acaba de poner a disposición del ejército boliviano a todos los generales, jefes y oficiales, tropas, cañones, armamentos y banderas que el invasor condujo al suelo boliviano.*

"*Ha quedado muerto en el campo de batalla el general Gamarra; él ha encontrado su sepulcro en el suelo boliviano que insultó; sobre éste se colocará una pirámide que sirva de recuerdo a los invasores que alguna vez pudieran intentar profanar la tierra sagrada del gran Bolívar*".

El campo estaba sembrado de muertos, heridos y armas. Los soldados, suspendidos los fuegos, tomaban prisioneros. El botín era largo e importante. La batalla había costado al país "seis oficiales y doscientos ocho soldados y más cuatrocientos treinta y cuatro heridos". Mientras se atendía a heridos y prisioneros, Ballivián suspendió los efectos de la ley marcial que había dictado; sostenía ahora: "*Con el espléndido triunfo de las armas bolivianas en el campo de Ingavi, han desaparecido los peligros que amenazaban la soberanía, independencia e integridad de la República*".

Efectivamente, se había salvado el país. Allí, a muchos años de las guerrillas y de la proclamación de la independencia, se sellaba, con las armas y con sangre republicana, la real libertad del país. Se restableció su soberanía, como resultado de una batalla que no tiene parangón en los anales de la historia patria. Los hombres que fueron a combatir, desde el primer momento, fueron del norte; el suelo que Gamarra pisó y empezaba a dominar era La Paz; el territorio que acordó anexar al Perú, era el Departamento de La Paz. Hombres y mujeres de la ciudad y las provincias habían hostilizado al invasor. Y la batalla se cumplió a poca distancia de la ciudad.

Éste fué uno de los hechos más trascendentales de la vida de Bolivia. Su escenario, sus hombres, su emoción, su angustia fueron nacionales. Pero la masa actora, la emoción histórica, la energía de la resistencia y la batalla misma y el ambiente y la tierra y los hombres, fueron de esta hoya del Norte del país y de sus provincias.

La noticia de la salvación transmitióse con celeridad. Dos horas después de la victoria de Ingavi, La Paz, que la había deseado con vehemencia, vestíase de fiesta, mientras los peruanos, encargados de la autoridad, buscaban la forma de hacerse invisibles. Las campanas anunciaron, convocando al vecindario, la nueva. Las calles estaban pobladas ahora sólo por mujeres, por niños y ancianos, pues todos los hombres eran los actores de la nueva estructuración boliviana, cuyos cimientos, con sangre, se levantaban en los campos de Ingavi. La gente se abrazaba en las calles, lloraba de emoción.

Había que esperar al ejército y a su comandante. En esta hora, la figura de Calvo no sólo empalideció sino que pasó, sin color, a planos inferiores; la del general Velasco, iba preterida a un subalterno lugar. Sus sueños de luchador en el territorio nacional por el dominio del poder no podían volver ahora, cuando el puesto de todos los militares había estado, sin excepción ni disculpa, en los campos de Ingavi. Velasco no había asomado allí.

Cuando apareció en El Alto el ejército,

después de su jornada de gloria y consolidación de la nacionalidad, los ancianos, las mujeres y los niños fueron a darle alcance, aclamando a los vencedores, entre los cuales buscaban a sus parientes y deudos. Muchos no regresaron: era el precio del triunfo. Volvió a presentarse la hora de la alegría, la tensión cargada de emoción; el júbilo mezclado con llanto; la celebración, en la cual también había que llorar a los muertos, había que curar a los heridos. Y había, también, que asombrarse de que 3.800 hombres hubieran vencido a 6.000 y que fuera mayor el número de los prisioneros que el de los vencedores. Estos estaban formados —se dijo en páginas precedentes— por una mayoría de varones del Norte. Oigamos a Ballivián, cuando en un decreto otorgando premios a los combatientes afirmaba: "Que a la defensa de la Nación contra el ejército invasor, han con-



Medalla conmemorativa de la victoria de Ingavi.

currido las guardias nacionales de este Departamento, con un entusiasmo digno del patriotismo boliviano y de la justicia de la causa". Que a nadie extrañe la afirmación. En los grandes períodos de la historia de los pueblos, a momentos, la patria se concreta en la robusta concepción de un solo hombre o de un grupo de ciudadanos. Bolivia vibró íntegra sin otro amor que el del sacrificio, desde el 2 de octubre, cuando las tropas de Gamarra pasaron por el Desaguadero en son de conquista, hasta culminar en los 3.800 hombres que se batieron con bravía resolución en Ingavi. Toda la patria estaba allí en ese puñado de varones mal armados frente a un enemigo poderoso.

No obstante, la paz no había sido todavía establecida. Conocíase que el Perú, cuyo gobierno deseaba proseguir la guerra que había sido llevada sin previa declaración, estaba dispuesto a movilizar otras reservas. No se las temía. Pero Ballivián conocía la clásica sentencia: un tratado de paz es más conveniente para los pueblos que una guerra victoriosa.

Frente a la actitud peruana, no tuvo otro recurso que mejorar el ejército, llamar nuevos contingentes, acordando llevar "las armas de la República sobre el territorio peruano, continuando la defensa contra la injusta agresión, con que se ha ultrajado el honor y los derechos de Bolivia". Aceptó el pueblo la disyuntiva, como única compatible con su anhelo de paz y tranquilidad. En enero del año 42 salió el ejército expedicionario, que no tenía ningún propósito de conquista. Tomó Puno, Moquegua y otras localidades y desde allí inició conversaciones de paz. No obstante de que podía imponer condiciones de vencedor y con un ejército armado para sostener sus puntos de vista, prefirió un acuerdo honorable y sobre todo generoso.

HITOS EN EL CAMINO

Pasado el peligro, Ballivián, que encarnaba el tipo de las aspiraciones aristocratizantes, inició su gobierno ocupándose de la administración. Al mismo tiempo, estaba arrastrándose ya, desde la sombra, el cuerpo, informe todavía, del motín y la revuelta.

Inmediatamente después de Ingavi se produjeron dos sucesos salientes en la ciudad: el 22 de abril de 1842, se fundó el Colegio Militar, ocupando el local del Colegio Seminario; se reanudaron los trabajos interrumpidos de la construcción de la catedral. No podía hacerse mucho en ese tiempo, porque estaba reanudada la interrumpida actividad crucista para volver a tomar el gobierno. Los hilos de la revuelta iban anudándose de Departamento en Departamento y se extendían a los comandos

de varias unidades militares. Pero estaba fresca todavía la victoria de Ingavi, que era el pedestal ballivianista. La delación puso en las manos del gobierno los datos elaborados en el secreto de los conciliábulos nocturnos donde, a la par, políticos civiles y políticos militares —todos eran políticos de una política de conspiraciones, menos Juan Pueblo, la gente de trabajo, de la artesanía, el llano de donde partía el impulso inicial de las grandes transformaciones, es decir, "el común"— amarraron con prolija diligencia los eslabones que debían aprisionar al Presidente Ballivián. Las mallas de ese trabajo se rompieron y en ellas se enredaron los propios artífices de la conspiración.

Ballivián era un militar enérgico, del tiempo heroico y con las ideas y los odios del momento; voluntad arrolladora, mucho mando y decisiones rápidas. Persiguió, por medio de su aparato de represión, a los crucistas. Hacia el mes de febrero del año 43, La Paz pudo espectar la forma cómo funcionaba la policía del gobierno, apresando, vigilando, en una atenta y recrudecida manifestación de violencia. Felipe Aramayo, Pedro Cardozo, José María Blanco, Tomás Herrera, Juan de Dios Cossío "fueron conducidos al patíbulo". En otros distritos acusábase igual crueldad. Dejábanse ver las garras aceradas de Ballivián. El Presidente no toleraba motines ni sublevaciones, quizá porque él mismo era producto del alzamiento de cuartel.

Santa Cruz, frente a la forma en que se acorralaba a sus partidarios quiso, personalmente, tentar un remedio heroico. Tomó una embarcación rumbo a las costas que le acercaban a Bolivia. Desembarcó en las cercanías de Camarones. En los primeros días de noviembre del 43, pisaba tierra boliviana. Los vigías peruanos detuviéronle en la "cordillera del río Lauca". Desde ese instante la sutil intriga de las cancillerías de Bolivia, Perú y Chile fué tan hábil, que Santa Cruz era el blanco de la vigilancia de tres países. Tres gobiernos contra un hombre. Lleváronle a Chillán, para seguridad del mundo pequeño de las zonas oficiales. Pero hubo, por primera vez, la intervención diplomática de países europeos y americanos, que recordaron a Bolivia, Chile y Perú los deberes de humanidad. Las tres cancillerías, ante esa presión, acordaron autorizar a Santa Cruz para que se embarcara a Europa, por no decir concluyentemente que le desterraban.

¿Qué pensaban, qué soñaban, qué aspiraban los hombres del pueblo de La Paz? En los tambos, los artesanos, los que llevaban sobre su vida las tareas humildes, los trabajos manuales, la mayoría de estos ciudadanos, eran activos charladores de política. Comentaban los sucesos, tardos en llegar confirmados, pero veloces en circular como rumores cargados de conjeturas. Santa Cruz era un caído; los crucistas habían sido acorralados y muchos se desgajaron en los patíbulos. Recordaban al antiguo Prefecto de La Paz, al Presidente que organizó el país, al caudillo que llevó los estandartes nacionales por los rumbos de la victoria y la grandeza, hasta hacerlos caer en Yungay. Deseaban su retorno, pero querían tener la seguridad de su proximidad para levantarle un vocerío de adhesión y salir, si era oportuno, a las calles para sostenerlo. Ballivián había sido el adalid de Ingavi, pero ellos fueron la fe y la carne que actuó en la jornada; su propia sangre —sangre sin nombre— se había quedado secándose en la gris altiplanicie que se extiende al norte de Viacha.

Pero Santa Cruz iba camino del destierro, y esta vez para siempre. Estos sucesos encrespaban la superficie del país, alborotada por sacudidas frecuentes. Se calmaban a momentos, y entonces podía saberse en las esferas de la calle, del taller, de las plazas y las ventanas, que habían llegado los primeros pianos, esos pesados instrumentos para producir música en los salones, que se parecían a los armonios religiosos, oídos en los coros de los templos, pero que no eran iguales. En el año 1843, veíase

demoler la Casa de Gobernación, que era como el sitio donde se reunieron con la espada y con la pluma, los símbolos del poder real; y se empezaba, allí mismo, la edificación de la casa de Gobierno. En este cambio había consonancia con el tiempo.

También en ese año se proyectaba, rejuveneciendo la iniciativa de Andrés Santa Cruz, la construcción del teatro de la ciudad —que será, con el tiempo, el Municipal— para dar movimiento cultural al pueblo; se inauguraba una fuente de bereguela en la plaza principal; empezaba la construcción del mercado "Sucre", en la calle del mismo nombre. Las sendas iban convirtiéndose en caminos de carretera; la que llevaba a El Alto que, por años, había sido un caminillo serpenteante por donde iban las cabalgaduras, los indios, las llamas y las tropas de acémilas, se hacía ancho, terraplenado. Pronto por él rodarían los carruajes y las carretas. También quiso Ballivián levantar un Arco de Triunfo en la Alameda, para recuerdo eterno de la jornada de Ingavi, aunque dictado el decreto correspondiente no llegó a cumplirse. Y este ritmo se transmitía a todas las localidades pobladas del territorio.

Un día del 46 llegaron las pesadas carretas tiradas por una larga ringlera de mulas, y después entraron los cómodos coches, con los cuales establecíase el servicio de diligencias, y se disminuía el tiempo, que era como disminuir distancias y fatigas. No debe olvidarse que el siglo XIX es un siglo de cadencia lenta, de pausada actividad. Las cosas y los hombres eran así: ceremoniosos, sin la premiosa noción angustiante con que ahora nos aguijonea el tiempo. Una sola excepción salía de esta realidad: cuando el pueblo se atorbellinaba para decir, en un segundo, su voluntad, y luego volver a sus obrajes, a sus talleres, a la normalidad gris de todos los días.


Antiguo Teatro Municipal, mandado construir por el general Ballivián.

La preocupación del Presidente por los caminos, era de mando imperativo. Dijo, por ejemplo, al Prefecto de La Paz, que "el camino que conduce de las goteras de esa ciudad a la Villa de Ingavi, debe ser tan bueno y corriente, que puedan transitar por él carruajes, allanándose la cuesta de manera que no ofrezca obstáculo alguno a este fin". Y la ruta fué transformada.

La ciudad había multiplicado su capacidad de recibir y enviar: su transporte le daba una inusitada fisonomía de febrilidad laboriosa. Estaba detenida en su sitio. Y cortándola pasaba el río, con un cambiante rumor cotidiano. Venía desde los ventisqueros, se formaba con los deshielos, lamía las rocas y la tierra y les arrancaba pepitas de oro, para arrastrarlas y tentar con ellas a los hombres. A momentos era caudal robusto o torrente que formaba encrespadas figuras de espuma, y a momentos, dócil río de isócrono murmullo. Pero, estando en un mismo sitio, la ciudad era siempre cambiante, con una energía vigorosa: crecía en su multitud citadina, crecía en sus viviendas, crecía en su vida y sus aspiraciones. No era la misma, a pesar de ser ella. Se modificaba cada día, progresaba; leía cada vez en mayor proporción. se abrían en su alma nuevos interrogantes y nuevas inquietudes. Parecía inmóvil, pero en los calderos de su voluntad y de su espíritu entraban en combustión anhelos potentes, expresiones incoercibles, deseos indomados.

Un día, blancos, anchos, limpios, se alargaron los caminos para carretas, y era como satisfacer aspiraciones premiosas. Otro día, del año 46, se inauguraba el teatro de la ciudad, y para darle movimiento y color llegaron los conjuntos de dramas y zarzuelas, trayendo mensajes en verso y música. Un real, dos reales, cuatro reales debía pagarse para ir a las funciones vespertinas. Y era allí donde, con voz propia, con lenguaje nacional, hablaron al pueblo los autores bolivianos. Era caminar un paso adelante. La gente llevaba al teatro sillas y sofás, porque el local reunía condiciones para la representación, pero el Estado, pobre, muy pobre, no tenía dónde hacer sentar a los concurrentes.

Creóse, por ese tiempo, en La Paz, la Escuela Normal de Niñas, donde las alumnas, venidas de todo el país, fueron becadas con una pensión mensual de 16 pesos por persona. Establecióse el Banco de Rescates de oro y plata, reanudándose, de este modo, el programa organizador de Santa Cruz. El calendario marcaba el año de 1847. A esa hora surgía en La Paz, con timideces y tanteos, el concurso de capitales particulares. El esfuerzo privado, con raras excepciones, había estado íntegramente atendido por el denuedo pequeño; por la industria en miniatura, el tejido y la orfebrería, el arte alfarero y otros. El nuevo envión industrial manifestábase con el establecimiento de una fábrica de fósforos, en que se empeñó don Bernardo Pérez. Tuvo poca duración, porque la herencia de la colonia pesaba todavía como lastre y su espíritu seguía actuando contra la iniciativa y el impulso privado. Pero otra fábrica, la de galones con tejidos de oro y plata para atender a las necesidades militares, dió resultados prácticos. Los obreros iniciados en ese menester especial, fueron emancipándose del empleo y dieron, a su propia costa y con beneficios apreciables, nacimiento a una vasta y socorrida artesanía que subsiste hoy mismo. Es la que se encarga de tejer y bordar las filigranas brillantes y primorosas con que los indios se disfrazan para bailar durante las festividades religiosas. Capítulo notable fué el relativo a la joyería, cuyo intenso florecimiento en La Paz dió ocasión para que el orfebre nativo incrustara en las costumbres y la técnica europeas, sus propios motivos espirituales y los elementos decorativos que tenían relación y valencia para su vista y su alma. Salieron de los talleres de La Paz diminutos idolillos que las damas gustaban ponerse en el pecho, a manera de aderezos; "topos", usados por las indias; aros, "faluchos" y "caravanas", para las cholas presuntuosas y ricas; bordados de alambres de oro y plata; figurines que, a modo de imitación de artilugios extranjeros, no hacían otra cosa que imponer el impulso de la tierra, casi un mandato de la geografía: el gusto vigoroso de una región de América.

Por el mismo año aparecieron otras actividades, que implicaban liberación de las

importaciones, como la curtiembre, la explotación y exportación de cueros de diverso tipo y la fábrica de cerveza. Se implantó, asimismo, la exportación de la quina en forma de cascarilla, que tenía demanda en los mercados europeos, y se fundó la primera fábrica de sulfato de quinina. De este modo, a pequeñísimos jalones, se transformaba la ciudad. Las fábricas estaban creando el proletariado; pero, de otro lado, los artesanos, dueños de su taller y su trabajo, proliferaban para atender las necesidades urbanas cada vez más exigentes.

Después de permanecer algún tiempo en La Paz, el general Ballivián hizo un viaje por los demás departamentos y luego volvió a la ciudad, donde estableció su gobierno. Como derivación de un tratado con el Perú, hizo demoler la columna edificada en Ingavi. Por entonces, año 1847, fijó el radio urbano de la ciudad. El decreto de 20 de febrero decía, haciendo la demarcación respectiva, que los límites eran, "extendiéndose por el lado de Potopoto hacia el río Orcojahuira, y la confluencia de este río y el de La Paz, por la parte inferior, y



Antiguo sistema de transporte mediante carretas tiradas por mulos.

por la superior en la chacarilla de Caiconi, inclusive; por el de Sopocachi, hasta la comunidad de Llojeta, inclusive; por el occidente hasta los altos de la población. y por la parte superior del río de la ciudad, hasta la hacienda de Achachicala, inclusive". Los lineamientos urbanos eran de



Antigua calle del Teatro, en la que pueden verse las puertas y torre de la iglesia de las Concebidas que al presente ya no existe.

momento, un poco presuntuosos y dilatados; pero allí se involucraba la visión del crecimiento futuro, la premonitoria intuición de la urbe del porvenir.

Se dividió la ciudad en "ocho cuarteles o zonas a fin de facilitar la vigilancia policiaria". El motivo era imperioso para el gobierno: necesitaba mantener una mirada insomne en la ciudad para estar prevenido de conspiraciones. Desde la sombra se preparaba, con diversa suerte, con impulsos de entusiasmo y ardimiento y con decaimiento, una vasta revuelta antiballivianista. Mucho había durado el gobierno, y sus formas de acción no fueron demasiado liberales. Habían sido sus normas de una energía extraordinaria y un poder francamente atrabiliario. Y los déspotas y los dictadores no podían hacer largo gobierno en esta ciudad.

Doble filo tuvo el censo levantado a la

sazón y que en La Paz alcanzó a 42.842 habitantes. En los pormenores de aquel empadronamiento, se buscaba fines estadísticos, pero también políticos: el número de la casa, la manzana en que estaba ubicada, tamaño de ella, cuartos, nombres y apellidos de los moradores, profesión, etc. Datos inofensivos, en apariencia, pero que despertaron las suspicacias de la masa, que suele ser adivina. Además, ésta había aprendido a recibir con nerviosidad y desconfianza las disposiciones del gobierno de Ballivián.

SOLDADOS, CUARTELES Y GENERALES

Robustecía una conspiración estimulada y movida por el gobierno peruano, que presidía el general Ramón Castilla, uno de los derrotados y prisioneros de Ingavi. No fué difícil para los agentes del presidente Ballivián saber de dónde soplaban los vientos de la rebelión. Las causas radicaban en la obcecación de tomar el desquite por la jornada de Ingavi. Revelados los oscuros propósitos de la confabulación era fácil descabezarla. Sabiéndose descubierto, don Pedro Astete, diplomático peruano, pidió, reiteradamente, sus pasaportes, pretextando razones de salud. Era una forma de eludir responsabilidades. Pero Ballivián hizo conocer al país los verdaderos motivos de la revolución —llamábanse revoluciones a los golpes militares, a las sediciones—, y estableció, por decreto, la interdicción con el Perú. Corría el año 1847. Al referir estos sucesos, forzoso es decir que el centro de acción de ellos era La Paz, en conexión con el resto del país.

Los gobiernos de Bolivia, y particularmente los presidentes, por falta de cálculo exacto, no supieron retirarse a tiempo, prefiriendo, como decía Bautista Saavedra, ser echados a balazos.

Medidas precaucionales indispensables movieron al gobierno a enviar algunas tropas hacia la frontera con el Perú. Podía sobrevenir una lucha armada. En una de las unidades destinadas al Desaguadero, figuraba el coronel Manuel Isidoro Belzu. Retornó a la ciudad con tres días de licencia y no se reincorporó más a su regimiento. Este militar odiaba a muerte a Ballivián, su antiguo compañero y jefe, a quien había colaborado, como nadie, con lealtad. El motivo propulsor de ese sentimiento eran dos cartas que guardaba en su poder, escritas por su esposa, Juana Manuela Gorriti, al general Presidente, en las cuales se descubría la infidelidad conyugal. Habían llegado a manos de Belzu por medio de Mercedes Coll de Ballivián.

El Presidente llamó a Belzu y, en su gabinete de trabajo, le ordenó volver de inmediato a su destino. Negóse a obedecer el interpelado. Recordóle el mandatario que esa actitud correspondía a un desertor. No se inmutó Belzu, aunque el rencor le dictaba palabras de sangre; dijo estar dispuesto a buscarse otra forma de vida. Las frases y las voces crecieron en tono y fueron haciéndose hirientes. Belzu, sin guardar ya disimulo, acriminó la conducta de Ballivián respecto de la esposa de uno de sus subalternos y, llegando al trance difícil desenvainó su espada e incitó al Presidente a defenderse y atacar. Mal de su grado, tuvo que hacerlo éste y viéndose en el suelo, pidió auxilio. Esa voz le salvó de morir. Oportunamente acudió uno de los edecanes.

Ballivián, como era su costumbre, podía fulminar una sentencia de muerte contra Belzu. No lo hizo. Limitóse a degradarlo y disponer que se lo diera de alta, como soldado raso, en el regimiento acantonado en Obrajes. Pero este soldado, pronto fué reconocido por sus antiguos camaradas y subalternos. Alternando con ellos, les convocó a la insurrección. Aquella misma noche era ya acatado como jefe de la unidad, y tenía ganados varios oficiales a su causa. Al amanecer, salió con la fuerza y atacó el Palacio de Gobierno. Ballivián, sabiéndose poco menos que perdido, huyó por el techo, descolgóse a una casa vecina, cabal-

gó en un caballo sin montura y salió de la ciudad hasta El Alto.

Belzu entró en Palacio y se dirigió al dormitorio del presidente. Allí sólo se encontraba la nueva amiga del mandatario. Cuando bajó a la plaza, llegaba también el



Juana Manuel Gorriti esposa del general Belzu y prestigiosa escritora.

coronel Mariano Ballivián, hermano del Presidente, quien con un vítor transformó la situación. Belzu tuvo que huir, a su vez, y, al tiempo de hacerlo, sintió que un par de manos ponían en sus hombros una capa: eran las de Mariano Ballivián. Se ocultó en las afueras y luego fué a casa de unos amigos, para salir de la ciudad, vestido de indio, camino del exilio.

Ballivián regresó al Palacio, y ordenó la persecución de Belzu —contra quien hizo dictar sentencia de muerte— y de sus colaboradores. Promediaba el mes de junio. Estos acontecimientos se desarrollaban entre las cuatro paredes de las habitaciones, en los cuartos de banderas de los cuarteles, en las cuadras, en medio del ocio militar o del ensoberbecido círculo palaciego. Una vez producidos, fracasados en las más de las ocasiones, el pueblo se enteraba de las novedades, más por los resultados que por los hechos mismos. No había, por tanto, intervención popular. Hemos visto, y lo sabía el pueblo, que las faldas sirvieron de móvil para una tentativa revolucionaria. No era nuevo este factor en el proceso histórico. Y el comentario reía. Si ahondáramos en las motivaciones de nuestro desarrollo y nuestros avatares, encontraríamos muchas prendas íntimas de mujer, empujando o frenando los acontecimientos.

La consecuencia inmediata fué el fusilamiento del capitán Carlos Echazú y del subteniente Rafael Torrelio, acusados de haber escuchado, sin resistencia, las incitaciones a la insurrección militar. Los dos militares se desplomaron con las descargas de fusilería el 10 de julio de 1847. Los castigos, en vez de remediar la situación o detener el motín, robustecían la oposición, determinaban que todos se cohesionaran con el aliciente de conseguir la libertad.

El rigor de las sanciones no paralizó la corriente antiballivianista, más compacta por cada violencia. El movimiento crecía, subterráneo, frente a las demasías del Poder y a las arbitrariedades del régimen. El general José Miguel Velasco —¡cuándo no iba a reaparecer!— sublevó el 2 de noviembre las tropas de su mando y se autoproclamó Presidente Provisorio de Bolivia "por mandato de los pueblos". Los pueblos nada sabían de la rebelión del senecto general. Movilizóse, pues, el gobernante para combatir con las armas al sedicioso.

No perdió Belzu esta coyuntura. Dejó el exilio de la frontera peruana, avanzó hasta el Desaguadero, donde había fuerzas militares que antes había comandado, sedujo al batallón, incluyendo soldados y oficiales. A la cabeza de la fuerza armada siguió camino adelante y constató que en torno suyo hervía la rebelión, e iniciábase la adhesión popular a ella en todo el Norte. El Sur del país era idéntico: una ebullición de resistencia, un apronte de pelea en sazón para estallar. En Huarina, cuando Belzu creía fácil su ingreso en La Paz, se le puso al frente el coronel Mariano Ballivián, que comandaba tropas. Chocaron los hombres y las armas. Derrotado, Belzu nuevamente

huyó. Pero sólo era una tregua, una pequeña pausa.

En la ciudad de la La Paz, se levantó contra Ballivián el batallón 10. Entramos al 17 de diciembre. Eran seis meses de luchas, de revueltas frenadas, de revueltas que se disolvían en los pliegues del miedo o de la cautela. Un comicio popular —signo franco de la presencia del pueblo— que llenó el Loreto y sobró gente en las calles y plazas, desconoció la autoridad de José Ballivián. Ya no era el hombre aclamado. Se pensó en Velasco. El pueblo no actuaba a pasos cortos. Nombró Prefecto a Ildefonso Huici, que había sido condenado a muerte por el régimen y que esperaba el cumplimiento de su sentencia en el cuartel de Viacha; reconoció a Manuel Isidoro Belzu como Comandante General del Norte y lo ascendió a general. Estaba dicha su palabra. Podría considerarse que Ballivián, a pesar de sus esfuerzos, era ya un político caído. El comicio, cumplida su misión, se dispersó. Huici fué sacado de los dinteles de la muerte. Belzu llegó el 23 de diciembre a La Paz, y fué aclamado en las calles. Desde ese instante, el caudillo que nacía en él, tomaba impulsos para un vuelo largo.

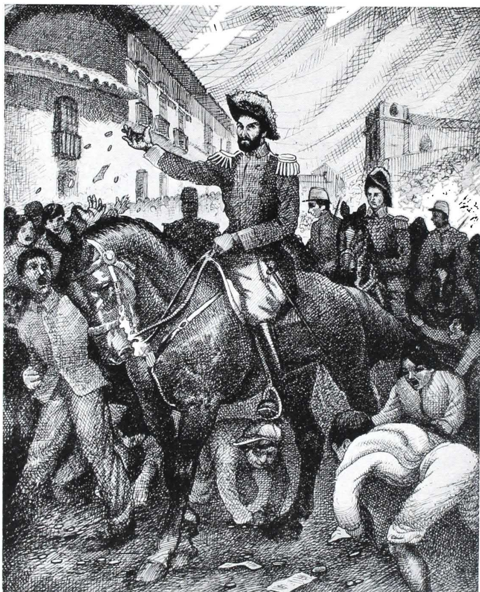
Avancemos un poco en el territorio, a pesar del concreto marco de esta reseña. El general José Ballivián veía con claridad la situación: no podía continuar gobernando a un país que se le resistía en los cuatro costados. Todo, a su alrededor o más allá, era conspiración. Conspiraban los militares y conspiraban los civiles. Conspiraba también el general Eusebio Guilarte, como conspiraban los crucistas por su lado, como lo hacía, por su parte, el general Velasco. Entre los adversarios, José Ballivián creyó oportuno llamar a Guilarte y entregarle el Poder, como a Presidente del Consejo de Ministros. Sabía la inutilidad de este valiente militar, y por eso confió en él. Quería ser, en el desenfreno de la anarquía que vislumbraba, el hombre necesario, el indispensable e insustituíble. Tomó entonces la embajada de Chile y se fué. La entrega del mando se produjo el 23 de diciembre.

Guilarte avanzó del Sur hacia el Norte con el deseo de frenar el ritmo de la revuelta antiballivianista. También se equivocaba. Sus propios colaboradores militares le repudiaban y le minaban el terreno. Y Guilarte, aunque no se diera cuenta, estaba tambaleando; el más leve impulso acabaría por tumbarlo.

Manuel Isidoro Belzu preparó un ejército, en el cual los voluntarios formaban legión. Los hombres que manejaban las herramientas, los que leían, los que alquilaban su trabajo, iban a buscar una plaza en los batallones. Avanzó el flamante general hacia Oruro, siendo despedido, en jubilosa manifestación, en la ceja de El Alto. Cuando llegó a la ciudad del Pagador, los soldados habían desconocido a Guilarte, disparándole armas. El general repudiado se dió tiempo para tomar una bestia y galopar hacia la frontera con el Perú. Triunfó Velasco, aunque militares y civiles proclamaban a Belzu, quien no quiso tomar el gobierno, no obstante de que el camino le estaba allanado con respaldo militar. Lo entregó a Velasco y fué su ministro de guerra. Y en el gabinete se instauró una pugna abierta entre Belzu y Olañeta, entre dos cálculos, entre el viejo doctor y el nuevo general, que tendrá un desenlace no inesperado pero sí violento.

El 8 de enero de 1848, Belzu, en su calidad de Comandante General del Norte, dictó un decreto ordenando que los restos del general Agustín Gamarra, sepultados en el campo de Ingavi, fueran trasladados a la catedral de La Paz, donde se le rindieron honores. Preveía, asimismo, su entrega al Perú. Velasco aprobó lo actuado.

El 18 de enero, el general Velasco asumió, por decreto, el poder por cuarta vez. Era también la última, aunque no la última tentativa de volver a tomarlo por la sedición y el motín. Pero es necesario reconocer que Velasco sabía retirarse a tiempo, para volver a tiempo y a destiempo.



El General Belzu arrojando monedas al pueblo.

Su gobierno fué agitado, lleno de zozobras. El presidente visitó La Paz y permaneció en ella hasta el mes de abril. Ardía allí la conspiración, en un clima propicio al descontento. Diríase que el comicio popular que le reconoció gobernante hubiera sido una equivocación y que se quería rectificar sus resultados. El mes de mayo era para Velasco un volcán pronto a entrar en actividad. El ballivianismo, de donde estaba naciendo el partido rojo, que luego sería el constitucional o conservador, actuaba sin embozos. Martín Limaña reunió en su casa a los ballivianistas para conspirar, pero fué sorprendido por la vigilancia del general Agreda. Detenidos algunos, otros huyeron. Fracasada esta conspiración, surgió otra, dirigida por el intendente de po-

licía, coronel Ángel Figueredo. La delación puso un atajo al pronunciamiento. Hubo un medio centenar de detenidos.

Nada estaba seguro con el general Velasco en el Gobierno. Nadie confiaba en él. No confiaban, tampoco, sus colaboradores. Los motines se multiplicaban en uno y otro punto. Así iba transcurriendo el tiempo, hasta que comenzó, a fondo, un movimiento —atizado por el ministro de la guerra, Manuel Isidoro Belzu, en Pucarani— que acabó por derrocar, por última vez, al régimen velasquista. Los comandantes Celedonio Avila y Andrés Soto, sublevados, avanzaron con sus fuerzas hasta las goteras de La Paz y allí, para no luchar estérilmente, pidieron entrevistarse con el Prefecto general Agreda. Fueron recibidos en una reunión con asistencia de las autoridades departamentales. Plantearon la capitulación y la convocatoria a un comicio popular, comprometiéndose a respetar sus decisiones. Buscaban dar al movimiento el apoyo del pueblo. Dijeron también que proclamaban al general Belzu. Se resolvió el alejamiento, a prudente distancia, de los coraceros de Avila y Soto y la citación a un comicio. Los jefes rebeldes cumplieron su promesa. Después del compromiso, Agreda recibió comunicaciones del gobierno, dándole instrucciones para frenar la conspiración belcista e informándole de las novedades ocurridas en Chuquisaca. Con tales papeles, preparó la lucha. Al día siguiente volvieron los rebeldes —era el 12 de octubre— con otra unidad más, el batallón Omasuyos, del coronel Pedro Álvarez Condarco. Pidieron que el Prefecto retirase las fuerzas de la plaza y entregara la autoridad. El general-prefecto respondió airadamente: "La plaza no se rendirá sino después de que sus defensores hayan sucumbido". Las autoridades y los vecinos incitábanle a cumplir la intimación. Agreda, por toda contestación, salió con los carabineros y se encontró con los rebeldes que ingresaban a la altura de la actual plaza Pérez Velasco, donde recibió una impetuosa carga que le hizo retroceder y desorganizó sus planes. Cumplió el general Agreda su amenaza montando a caballo y huyendo, a toda velocidad, por el camino de Río Abajo.

Sólo entonces, después de que los jefes nombrados tomaron algunos presos, se reunió el comicio y allí, en medio de discursos de rigor se proclamó presidente a Belzu y prefecto al comandante Pedro Álvarez Condarco. La situación estaba, en La Paz, consolidada en favor del nuevo caudillo, con intervención popular.

Belzu, que había huído de Sucre, en el camino fué recogiendo simpatías. Pasó por Oruro y llegó a La Paz el 16 de octubre. Hizo, en medio de un apoyo popular creciente, sus preparativos de combate. Se autoproclamó presidente provisorio, vituperó de los viejos políticos que desorganizaron el país y dió su conocido "Pacto con el Pueblo" —obra, se dijo, y con razón, de un escritor y político uruguayo, plagiado por Juan Ramón Muñoz Cabrera—, y el 29 salió en campaña. Los incidentes de este tránsito son memorables, pero no están en consonancia con las proporciones de este capítulo. El 6 de diciembre, en los campos de Yamparáez, derrotó al ejército que comandaba el general Velasco, quien huyó, como siempre hacía en estos casos, a la Argentina. Otros derrotados o perseguidos solían preferir el Perú.

Se dijo, en los entretelones de la lucha, que Belzu implicaba el predominio del Norte sobre el Sur, y eso se destacó cuando el vencedor entró en Sucre, donde el recibimiento fué frío. Pero algunas medidas, como las de libertad a los prisioneros antes de trabarse la batalla definidora, aumentaban la cifra de sus partidarios.

EL IMPERIO DE LAS MASAS

Desde los primeros pasos, Belzu fué asentándose, en oposición a la política del general José Ballivián, en las masas, halagándolas, recalcando su posición inferior

para enfrentarlas con los acomodados. Actuaba aquí el profundo divorcio producido entre Ballivián y Belzu por culpas de la fragilidad de doña Juana Manuela Gorriti. No obstante, el decreto de 17 de diciembre no reconocía proscrito alguno, "sin excluir a los generales Santa Cruz y Ballivián". Dirigíase a las multitudes pero al mismo tiempo procuraba no mantener muy descontentos a los ricos, que presumían posición aristocrática. Éstos desconfiaban del nuevo vencedor.

Cuando el nuevo caudillo llegó a La Paz, la recepción fué delirante y tuvo caracteres de apoteosis. En ese momento, vinculando con el triunfo de Yamparáez, se celebró el tercer centenario de la Fundación de La Paz, y hubo actos oficiales, ceremonias religiosas, espectáculos, en una sucesión de fiestas, pero ninguna obra objetiva y ni el más leve impulso de progreso.

La beligerancia que propugnaba Belzu, desde sus proclamas hasta sus actos, entre dos testamentos de la sociedad boliviana, los explotados y los explotadores, no podía resolverse sino en los términos de la lucha misma por el poder. Los partidarios de Ballivián se unieron a los de Velasco, para actuar coaligados con la meta del gobierno; las diferencias que pudieron haberles separado quedaban obviadas en el común objetivo político de retomar zonas de mando y privilegios, para eliminar, en lo posterior, una aguda pugna de pobres y ricos. De ahí que los ballivianistas quisieron ganar para sus designios el batallón Omasuyos, que se encontraba en La Paz. El prefecto Álvarez Condarco, noticiado oportunamente, dispuso que la unidad saliese de la ciudad para disolverla al punto. El sargento Luis Carrasco, comprometido en la rebelión, sublevó a sus compañeros en las proximidades del cementerio. Una mitad se dispersó y la otra quedó a la expectativa. Llegó allí el prefecto y restableció el orden. Procesado Luis Carrasco, fué sentenciado a la pena capital. El fusilamiento tuvo lugar en La Paz, en presencia de las unidades de guarnición y del pueblo, "como escarmiento". Habían pasado escasos dos meses del encumbramiento de Belzu y con él el del predominio del artesanado y de las masas. Los indios también iban despertando a las obsesiones políticas, por medio de un novedoso respaldo al extraño hombre de la barba poblada y los ojos negros, que solía tocar los puntos de la aspiración colectiva con más palabras que actos.

El 20 de febrero fracasó una conspiración, en que estaban mezclados bolivianos, un argentino y un francés. La dirigía Bernardo Sotomayor. Los cabecillas fueron apresados.

Después del castigo al sargento Carrasco, llegó Belzu a La Paz, pues habíase ausentado al interior. Reiteróse entonces el fervor multitudinario, mientras la gente acomodada se mantenía alejada del dominio de las emociones populares. No pudo estar mucho tiempo en la ciudad. El 9 de marzo del año 49, estalló una insurrección militar en Oruro; marchó con su ejército a combatirla. Era el 11 de marzo.

El día 12, Mariano Ballivián y Juan José Prudencio, que habían seducido al escuadrón de Carabineros, tomaron con él, en las primeras horas de la mañana, la policía de La Paz, detuvieron a numerosos belcistas y se constituyeron en autoridades. El general Eusebio Guilarte asumió el cargo de comandante y lanzó una proclama a la población. La noticia, estrictamente militar, corrió veloz, suscitando confusión y protestas. El primer impulso fué salir hacia Oruro para informar a Belzu de cuanto estaba ocurriendo en su ausencia. La multitud que había subido a El Alto, armada de palos y de algunas pistolas, se detuvo a deliberar. Las voces rectoras fueron las del presbítero Blas Tejada, de Pastor Rivas y del sargento argentino López. Después de los discursos encendidos y del examen de la situación, se resolvió regresar a la ciudad y combatir con los sediciosos. La masa desandó el camino, movida por una actitud resuelta y encorajinada. Los relojes marcaban las

12 del día. Cuando ingresó a la actual calle América, un piquete de carabineros intentó detenerla, pero fué arrollado; huyeron los soldados al cuartel situado en la actual municipalidad. En el trayecto, la masa se bifurcó; una parte continuó al cuartel y la otra al Palacio. Minutos después se empeñó la lucha desigual, febril, impaciente. Era la batalla de las armas de los carabineros contra los palos, las piedras y algunas armas del pueblo.

La multitud que perseguía a los carabineros llegó a la esquina donde ahora se levantan los edificios de los Bancos Central y Mercantil, y fué recibida con una descarga cerrada: cayeron hombres, mujeres, niños. La tierra teñíase de rojo, mientras los gritos de dolor de los heridos embravecían a la masa.

Un militar retirado, el coronel Miguel Aguirre, colocó en la punta de su espada un pañuelo blanco, y levantándolo en alto, como signo de tregua, avanzó para conferenciar con los carabineros y sus comandantes; a los pocos pasos, una descarga le tumbó al suelo.

Las balas hacían estragos. En el cuartel, los comandantes de la revuelta calculaban que con tendales de sacrificados dominarían al pueblo. Se equivocaban. El pueblo, enfurecido, arrancaba las piedras del suelo, allegaba palos, buscaba armas y proseguía su ataque. Nadie lo comandaba. Era una montonera, un remolino enfrentándose a las armas. En el ardimiento frenético de la lucha, resonaba, con vítor ronco, como signo estimulante, el nombre de Manuel Isidoro Belzu, y crecía el ímpetu de hombres y niños. La desesperación se hacía coraje.

Los generales Ballivián y Prudencio, a las cinco de la tarde, entregaron el mando a los capitanes Torrelio, Silva y Munguía, y, después de haber suscitado la hecatombe horripilante, para eludir responsabilidades, subrepticiamente, con cualquier pretexto, salieron del cuartel, tomaron sus cabalgaduras y huyeron de la ciudad al galope por el camino de Río Abajo. Iba también con ellos el general Guilarte. Los tres poníanse a salvo del desastre y del castigo, sin el valor siquiera de ordenar que con ellos se retiraran sus oficiales y su tropa.

Siguieron tronando las balas, mientras la multitud, renovando sus fuerzas, avanzaba en oleadas compactas y retrocedía; volvía al ataque y se replegaba. Durante la noche entera prosiguieron los fuegos. Sin desmayos, el pueblo se enfrentó a la vesania de los carabineros. Hacia el amanecer disminuyeron las descargas: era que una partida de los soldados armados estaban, también, huyendo por el mismo camino tomado por sus jefes. Al fin, después de su largo e impávido heroísmo, venció el pueblo. Callaron los fusiles y calló el vocerío. Los muertos estaban en las calles, en las plazas. La calma era una calma extraña, dolorosa, llena de angustia. De la masa vapuleada, masacrada, salió una voz anónima señalando las casas de los enemigos del pueblo, de Mariano Ballivián y de Isabel Segurola. Allí fué la multitud llevando un espantoso designio destructor, para vengarse de sus verdugos, con la furia redoblaba en el padecimiento de la reciente lucha. Rompió cerraduras y puertas, rompió muebles, arrojó a la calle los objetos, en un desenfreno irresistible. Los religiosos tuvieron que sacar las imágenes de los santos para aplacar la ira popular, y en presencia de ellas, los nervios aflojaron su tensión, los ojos vidriosos se nublaron y el alma dió paso a la piedad y al perdón; pero la carne martirizada era todavía como una llaga de fuego.

¿Qué había hecho Belzu? En medio camino a Oruro, un correo expreso le dió la noticia de la insurrección en La Paz. Midió la gravedad de los sucesos y regresó con el pesado y lento movimiento del ejército. La multitud fué a darle encuentro hasta El Alto. Su ingreso en la ciudad fué excepcional. Los cholos, los artesanos, las mujeres, los niños le rodeaban, tomábanle de las prendas de vestir, le aclamaban. Otras voces, cansadas, sólo podían decirle: "El 12 hemos

peleado por vos". "Tata Belzu, tata Belzu". Belzu sabía que sobre esas voluntades indomables se elevaba como nunca nadie lo había conseguido en Bolivia, en una ascensión maravillosa. En el recorrido hubo un incidente inesperado. El bodeguero Manuel Irusta, saliendo de su local, disparó dos ba-



General Juan José Pérez, de brillantísima actuación en la Guerra del Pacífico.

lazos. El cañón del arma apuntaba en dirección de Belzu. Sin concierto, la multitud, que se creyó agredida, atacó la bodega, mientras el propietario, al huir, se arrojó al río vecino, desapareciendo para siempre. La cantina y los muebles quedaron añicos. De nuevo habíanse exaltado los ánimos, aguijoneados por la rabia. El populacho estaba enfurecido otra vez. Más allá atacó otro local de expendio de bebidas; el dueño, Simón Postigo, murió tratando de defender sus intereses.

Belzu se alojó en la calle Comercio, en un domicilio particular. Desde los balcones arengó a la multitud, agradeciendo su adhesión y expresando que los ricos le combatían por que él era del pueblo. Fué como una incitación. En remolinos, la masa se abalanzó a la destrucción de las casas de Andrea Bustamante, Arduz y Guillén. Se hacía justicia por sus propias manos, como había ordenado el caudillo. Belzu, en persona, con los curas recoletos salió para amainarla, con imágenes religiosas y arrojando puñados de dinero.

Noticias llegadas de Oruro, decían que allí también los militares sublevados fueron vencidos por el pueblo. A los pocos días, cuando estaba fresca y palpitante la rabia popular, convocó a un comicio paceño y preguntó si contaba con el apoyo ciudadano para seguir gobernando. Planteaba, con cálculo, una implícita disyuntiva. Los delegados de los gremios y del pueblo y los convencidos belcistas respondieron que la prueba se encontraba en los sucesos pasados y que podía disponer de ese apoyo hasta el sacrificio. Había esperado esa actitud. Sin tardanza, asumió la suma de poderes, puso en vigencia la ley "que declaraba traidor a Ballivián" y dió rienda a una implacable persecución al ballivianismo; autorizó "la proscripción en gran escala". Familias enteras, curas, mujeres transitaron las rutas del confinamiento o, voluntariamente, se expatriaron. El odio belcista actuaba con manos torpes y devastadoras.

En esos mismos días —ramas de un mismo tronco—, se supo de una insurrección en Cochabamba, que había sido detenida y desbaratada. El caudillo hizo un rápido viaje por el país. Dictó un decreto, el 3 de abril, bautizando como "Muy Ilustre y denodada" a la ciudad de La Paz. Dispuso, asimismo, que se levantara una pirámide en El Alto con la siguiente leyenda: "Triunfó el pueblo de sus tiranos". Y concluyendo estos episodios, con la mira de clausurarlos radicalmente, después de un proceso militar, el 16 de abril de 1849, mandó fusilar a Carlos Wincendon, emisario de Ballivián, que había eslabonado prolijamente la revuelta en el país para derribar el belcismo y el imperio, que ya apuntaba incontrolado, de las masas.

Nada arredraba, sin embargo, al tenaz ballivianismo, herido y perseguido. Estallaban otros hechos aislados en varios puntos del territorio nacional. El general Juan José Pérez, que residía en Puno intentó irrumpir en la ciudad de La Paz; no logró sus fines. Un año después era también ba-

tido por voluntarios que frustraron otra de sus aventuras.

En los claros que el motín y la insurrección dejaban, el gobierno de Belzu se proponía realizar alguna obra. Se asentaba sólidamente en el apoyo de las masas, pero la insurrección no le daba tregua. Fijó los nuevos colores de la bandera nacional, cuya distribución debía asemejarse al arco iris y a la *kantuta*, la flor imperial de las breñas andinas. El 20 de enero decretó el impuesto de cinco pesos por quintal de cascarilla para la continuación de los trabajos de la catedral de La Paz. En seguida votó 5.000 pesos para la celebración del aniversario de los sucesos de marzo, en los cuales cimentaba su poder y popularidad. La mayor parte de los actos de su gobierno incidían en la tendencia política de combate sin cuartel a sus adversarios. El recuerdo de las jornadas populares de marzo fué motivo oportuno para ese fin, y le rodeó de extraordinario realce. Había, tácita, la intención de ahondar el abismo entre ricos y pobres. Para hacer más patente la diferencia abierta, empleaba un exótico lenguaje oficial obligatorio en la designación de los días y los años. Consignaban los papeles oficiales y los periódicos adictos al régimen, porque otros no había: "A los 23 de la independencia y al primero de la libertad..." A juicio del estamento dominante, no era igual haber vivido desde la proclamación de la República que desde la batalla de Yamparáez. La libertad resultaba, de tal modo, descubrimiento y aplicación del belcismo; había insurgido con él. Antes hubo independencia, más no libertad. De paso, hagamos recuerdo de una nota curiosa de aquellos días. El caudillo encomendó al Barón de Mascareñas, un aventurero español que recorría las cortes europeas, una gestión reservada para implantar la monarquía en Bolivia, en base a la coronación de un príncipe de la casa de Borbón.

Belzu había salido de La Paz para concurrir a las labores parlamentarias que se efectuaban en Sucre. El coronel Morales pedía al Congreso el pago de los daños sufridos en su casa, asaltada en Cochabamba por el populacho, y el Ministro Rafael Bustillo sostenía que esos actos constituían justos castigos del pueblo que no podían ser pagados por el fisco. Como inmediata derivación de esa actitud, Morales, secundado por otros elementos, atentó contra la vida de Belzu; lo dejó por muerto en el prado de Sucre, y galopó por las calles proclamando que el país se había salvado. El atentado produjo estupor en las masas; sobre todo en las de La Paz, principal centro del belcismo. El caudillo tuvo que dejar el gobierno, del que se encargó un Consejo, presidido por el general Gabriel Téllez. Y fueron cuarenta días de persecuciones y castigos, de delación y de miedo. Agregando motivos a la arbitrariedad, el 11 de septiembre conocióse una nueva red conspiratoria, que fué desmenuzada. Secuela: confinamientos y destierros.


Alameda o Prado de Sucre, en donde el Presidente Belzu fué agredido por Morales.

Belzu reasumió el mando, se ocupó de algunas cuestiones administrativas y luego se trasladó a La Paz, ingresando en la ciudad el 1º de enero de 1851.

El 16 de julio se instaló en La Paz la primera Convención, con poderes suficientes, en homenaje a la fecha de Murillo. El pueblo se regocijó por tal recuerdo, porque amaba sus héroes. Aquellos protomártires,

en la mente popular, no tenían semejanza ni equivalencia con los hombres de carne y hueso que se enzarzaban en una riña de intereses y ambiciones. Moraban en un plano diferente, en una escala superior a la de la tierra, deshumanizados ya. Tal su mito, la causa de su fe, la raíz de su orgullo.



"Fuente de Neptuno" que exornó la plaza Murillo hasta 1909.

En la instalación de las labores de la Convención, Belzu asistió al Palacio Legislativo, en el antiguo Loreto. Con un discurso, se despojó de las insignias presidenciales, renunciando, con aparato teatral, su cargo. Había mucha *pose* en sus ademanes y gestos. Abandonó en seguida el recinto legislativo, mientras los "convencionales", todos partidarios suyos, se apresuraban a dictar una ley obligando a Belzu a seguir "sacrificándose" por el país. Tornó, pues, el caudillo y aceptó, como una carga insostenible para sus precarias energías, el peso de los signos del poder. El fervor que despertó en el pueblo, expresábase en una anchurosa manifestación de aplauso y regocijo.

Posteriormente, en el mes de octubre, juró la nueva Constitución: prometió cumplirla y hacerla cumplir. Cada presidente, a su medida, se mandaba hacer una Carta Magna, y cada uno se daba el placer de revolverla en todo y en parte. La primera, que disponía la presidencia vitalicia, encendió hogueras de odio de políticos civiles y militares; Santa Cruz tuvo sus Estatutos y sus constituciones; la tuvo también Velasco; Ballivián contaba con una Constitución que, con sagacidad, fué reconocida como ordenanza militar. Belzu no podía usar lo que otros habían manoseado. Necesitaba una Constitución, y la tuvo. Era muy fácil mandarla redactar con un núcleo de entendidos que pululaban en torno de las reparticiones públicas...

La Convención clausuró sus sesiones el 3 de septiembre. En todo ese lapso, los habitantes de La Paz habían concurrido a la barra para conocer, aplaudir o silbar el pensamiento de los legisladores, la forma cómo se encaraban los destinos y problemas nacionales.

Hubo un nuevo claro en las tareas del gobierno. Se reinstaló la Escuela de Artes y Oficios. Y en seguida, se creó el cargo de conserje para la conservación de los muebles del Palacio de Gobierno, deteriorados por falta de uso. Pero inmediatamente se hizo, otra vez, tupido el ambiente político. Cargado de humores sofocantes, golpeaba en la realidad oficial. Y ese clima se hizo agudo con la noticia de la muerte del general José Ballivián, producida en Río de Janeiro. Belzu decretó honores póstumos al héroe de Ingavi, su antiguo amigo y su posterior adversario, y ofreció un montepío en favor de la familia. Las exequias se efectuaron el 15 de enero de 1853.

Se presentó otro claro, en el cual conviene echar una ojeada antes de que lo cierre el polvo de una nueva insurrección. Con el decreto de 25 de febrero, se otorgaron medallas de premio al arquitecto José Núñez del Prado, por la refacción del Palacio de Gobierno —estrenado recientemente— y otros trabajos de ornato urbano; a Feliciano Cantuta, nativo, por "haber ejecutado y labrado con toda la perfección del arte la estatua de Neptuno", y a José María Zuazo, por haberse ocupado del progreso de la ciudad. Poco después, se creó la Escuela de Educandas. Había en la ciudad cinco escuelas de primera enseñanza; tres

de varones y dos de mujeres, regentadas por fray José Manuel Rivero, en San Francisco, Gerónimo Catacora y Ángel Salcedo; y las de niñas, por Petrona Adriázola y Melchora Mendívil. Los alumnos regulares en las escuelas eran todavía escasos con relación a los intereses de la cultura. Concurrían algo más de 400. Pero faltaban maestros. Por eso, bajo la directa inspiración de fray José Manuel Rivero, que podía apreciarse como un obsesivo iluminado de la instrucción, se fundó la primera escuela de maestros. De allí podrían salir educadores aptos, para desterrar la rutina y la improvisación. La escuela de educandas fué, en buenos términos, un atisbo de enseñanza media, ampliación de la primaria.

La imagen aproximada que puede representarse de aquel tiempo, es la de un gobierno con el arma en una mano; un oído recibiendo el chisme y la delación y el otro atendiendo asuntos administrativos, y la mano restante firmando decretos. En estas circunstancias se posesionó del Obispado de La Paz don Mariano Fernández de Córdova; se dispuso "la liquidación del precio de los esclavos libres por la Constitución"; púsose en vigencia el Código de la Minería; se ordenó la creación de una Casa de la Moneda en La Paz; fué reinstalado el Colegio de Artes y Oficios; se dió en remate a la firma Blaye y Co. la extracción y compra de cascarilla de La Paz.

Volvamos a la otra historia. El general Gregorio Pérez, Comandante General de La Paz, en connivencia con el coronel Severino Zapata, Hilarión Ortiz, Luis Pantoja, Félix Reyes Ortiz y Carlos Ascui, se aprestaba para proclamarse gobernante. La delación cercenó sus esperanzas. El 21 de marzo de 1853, fueron detenidos y procesados; dictóse sentencia capital contra Severino Zapata e Isidoro Reyes —conmutada después—; muchos marcharon al confinamiento y otros huyeron.

Multiplicábanse con instigación pertinaz las conspiraciones. Se descubrió que el diplomático peruano Mariano Paredes y el Vicecónsul Teodoro Zeballos andaban mezclados en las intrigas y en el círculo de descontentos del régimen. Belzu pidió a la Cancillería de Lima el retiro de los dos funcionarios. Como no obtuviera resultado, los expulsó el 9 de marzo. El 5 de mayo, el Perú envió un ultimátum exigiendo la destitución del Canciller Rafael Bustillo y del Intendente José María Zuazo —que intervinieron en la expulsión—, la readmisión de los dos funcionarios y, finalmente, una indemnización compensadora de la circulación de la moneda feble en territorio peruano. Belzu no respondió y se mantuvo alerta a una posible invasión por la frontera de La Paz. Se produjo ella, bien distante, en el Puerto de Cobija, que fué tomado por 300 hombres, conducidos por el comandante Francisco Jorcellano. El puerto fué entregado al general Agreda, que proclamó la revolución, mereciendo el calificativo de traidor a la patria, por haberse valido de ayuda y complicidad extranjeras para un fin de política interna. Fracasó, obvio era esperarlo, el intento. Entonces Belzu, para poner un límite a esa clase de intervenciones, preparó su ejército y, en junio, pasó la frontera y llegó hasta Pomata. Llamó a esta operación un "paseo militar como valientes". Era la represalia inmediata de la toma de Cobija. Volvió a fines de mes, sin haber tenido choques armados. La política interna del Perú, agitada, no podía detenerse en este suceso: le dió una interpretación pasajera, sin relieve.

Belzu tenía debilidad por los aniversarios que le afectaban. Celebraba así el de los sangrientos episodios sucedidos en La Paz en marzo; rememoraba, también, como fiesta cívica, el del atentado que sufrió y que, con hábil publicidad, fué presentado con los signos evidentes de un milagro. El 6 de septiembre de 1853 hubo fiestas. Belzu concurrió, con su comitiva oficial, a una ceremonia religiosa y después se trasladó al local donde debía inaugurar el Colegio de Artes, en San Francisco. Cuando hubo transcurrido el acto oficial, se desplomó un

corredor del edificio. Murieron "más de treinta personas". Belzu salió ileso. Entonces dictó un decreto manifestando que "no era posible recordar el 6 de septiembre de 1850, sin admirar de nuevo el asombroso prodigio que obró la Divina Providencia otorgando una nueva vida al jefe del estado". La parte dispositiva del decreto concedía indulto general.

Y como había que dejar un recuerdo mucho más digno y efectivo, colocó, en San Pedro, la piedra fundamental para la construcción de una plaza de toros.

El alumbrado público había sido mejorado en La Paz, como un servicio habitual, por medio de faroles, y el número de los serenos fué duplicado con fines de vigilancia y policía. Pidió el gobierno que se organizasen juntas departamentales para estudiar los problemas locales y proponer las obras urgentes a realizarse. La de La Paz propuso la conclusión de los trabajos del hospital de San Juan de Dios. Belzu desautorizó la sugestión e instruyó que las juntas fueran numerosas, amplias. Se ocupaba también de los caminos de La Paz, para promover una intensificación del comercio; exigió el arreglo y limpieza de todas las rutas que conducían a la ciudad.

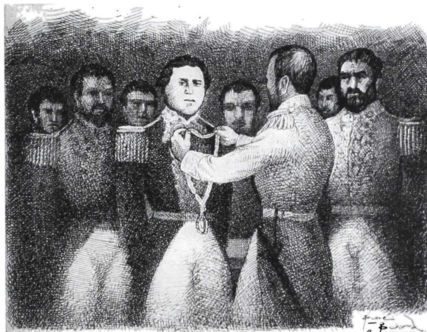
En diciembre de 1853 se produjó en La Paz una tentativa revolucionaria encabezada por Manuel Hermenegildo Guerra, con el plan de tomar el palacio. Fracasó, como era natural. Huyó el promotor, y tres de sus aliados fueron procesados. Hubo una condena a muerte —conmutada— y confinamientos. Era la conclusión de toda revuelta. Belzu continuaba respaldado por las masas, pero repudiado por las clases superiores, que no le perdonaban haber levantado a los cholos hasta la categoría de la acción política.

Y vamos de conspiraciones. Año 1854, José María Linares, Mariano Ballivián y Gregorio Pérez entraron en Escoma, procedentes del Perú, con 130 hombres. Exacerbaron a los indios, que los combatieron y suscitaron el repudio de las provincias. Fracasados, huyeron a su tradicional centro de actividades: la frontera con el Perú. Después de una pausa, Mariano Ballivián volvió a forzar una tentativa hasta la ciudad de La Paz. Fracasó también. En ese momento conocíase una disposición de Belzu, ofreciendo premios por la captura de Linares, Ballivián y otros revoltosos. Los indios, que adoraban al caudillo, apresaron al médico José María Guerra y lo llevaron a Copacabana. El preso, aprovechando la festividad religiosa de Semana Santa, huyó. No lo hubiera hecho, porque, nuevamente alcanzado, fué victimado cruelmente. La cabeza, cercenada y puesta en un cesto, fué traída a La Paz. Cuando bajaban de El Alto los indios, ondeando banderas y trapos colorados, se evitó que el macabro presente fuese llevado hasta el Palacio. Se lo enterró en el Cementerio. No obstante, los indios llegaron hasta la plaza.

El crimen perpetrado por los indios con el médico José María Guerra provocó escalofríos en La Paz. Bien se sabía que Belzu había despertado fanatismo en los aborígenes, a quienes se hizo creer que poseía poderes para hacer llover. Los manejaba como un instrumento dúctil. Era como establecer la irresponsabilidad, desencadenar las oscuras fuerzas nativas. Los mismos partidarios del caudillo no ocultaban su estupor. Circuló en esos días, profusamente, un panfleto anónimo, leído con avidez, acusando al gobierno de insuflar, a sabiendas, el oprobio, la vergüenza y el abatimiento.

La diligencia oficial lo interpretó como libelo infamatorio, y lo policía movióse para descubrir a los autores del escrito. Nadie ignora que, en Bolivia, las policías han sido perfectas e irreprochables maquinarias de represión política, pero inútiles como reparticiones públicas de seguridad. Los agentes no tardaron mucho en percatarse de que los responsables del libelo eran Bernardino Sanjinés y Pedro Iturri. Detenido una noche, Iturri fué sometido a consejo de guerra y condenado a la pena de muerte. El 21 de marzo de 1854, a horas 11, era

conducido al patíbulo. De un cielo encapotado caía una persistente llovizna. El pueblo pidió la conmutación de la pena. De las iglesias se sacaron imágenes religiosas. Señoras y artesanos demandaron clemencia. La multitud exigió perdón. Las puertas del palacio permanecían cerradas, y sordos los oídos del gobernante. Entonces las solicitudes se hicieron requerimientos imperativos. Los cholos gritaron en la plaza, frente al palacio, que Belzu les debía todo. La orden, suspendiendo la ejecución, fué poco menos que arrancada por la fuerza. Iturri se comportó con valor a toda prueba. Era el mismo hombre que vió cómo Belzu, perseguido por Ballivián, subía la cuesta de El Alto. vestido de indio, pero calló entonces para salvarle la vida. Este suceso era significativo para Belzu: le demostraba que ya no regía su voluntad omnímoda. Había otra voluntad. Y el pueblo ya no le seguía ciegamente: discriminaba, pedía, imponía. Supo, desde ese instante, que su brillante estrella perdía esplendor.



La "transmisión legal", o sea la pacífica entrega de las insignias del mando hecha por Belzu a su sucesor el General Jorge Córdova.

La noche del 25 de junio de 1854, se efectuó el censo general del país. El disparo de un cañón ubicado en Santa Bárbara, dió, en La Paz, la señal de comenzar, y las campanas de las iglesias echaron a vuelo sus repiques. El resultado arrojó 68.188 habitantes en la ciudad. Era el primer censo que se efectuaba con carácter nacional.

Se trataba de tentativas. El gobierno hizo una: la de crear en una escuela de La Paz, cursos de obstetricia. Falló el empeño.

Belzu, cansado de gobernar, preparó su dejación del mando. Propaló e hizo propalar que él sería el glorioso iniciador de la transmisión legal. Era un timbre que deseaba para sí. Hubo elecciones el 17 de marzo y en ellas salió ungido su yerno, el general Jorge Córdova. El gobierno quedaba en familia. La transmisión —la primera, efectivamente— tuvo lugar el 15 de agosto.

Belzu, representando al país diplomáticamente, se embarcó a Europa. Antes de abandonar el palacio, dijo a sus amigos:

—"Ahí les dejo a *ése*. No ha de durar".

Y esperaba, insistiendo en el mismo error de Ballivián, ser llamado, como salvador, para domar el potro de la anarquía.

UNA BONDADOSA INCAPACIDAD Y UNA IMPLACABLE TIRANÍA

La transmisión del mando constituyó una novedad. Los gobiernos anteriores fincaron su poder en las armas. Como constructores, se destacaban Sucre, Santa Cruz y Ballivián; Velasco fué sombra anodina, adherida al uniforme militar; Belzu, representó la demagogia, la exacerbación de las masas y el odio a las llamadas clases superiores. El general Jorge Córdova, valiente en las peleas, era todavía una incógnita. Suponíase que sería un eslabón belcista. Sin embargo, no fué así: se alejó de las masas, en una tentativa de conciliación nacional, para lo cual no poseía cualidades.

Inicióse declarando que no existían delincuentes políticos y dictó amnistía. Dispuso la repatriación de los restos del general José Ballivián, la celebración de honores póstumos, con uso de luto para los funcionarios públicos y el ejército; ratificó la disposición de montepío en favor de los herederos y la construcción de un mausoleo, en el cementerio de La Paz, con la siguiente leyenda: "Salvó la independencia de su patria el 18 de noviembre de 1841".

El general Gonzalo Lanza, antiguo belcista que trabajaba por cuenta de don José María Linares, se insurreccionó en la provincia Omasuyos, formó una división y proponíase tomar La Paz. Era el 14 de septiembre de 1855. El 18 lo derrotó el coronel Demetrio Molina en Pucarani, con los gendarmes y los inválidos. Esa misma noche, una poblada linarista atacó el palacio de La Paz; fué dispersada. Entonces el Congreso, reunido en Sucre, declaró la patria en peligro y clausuró sus labores. Y Córdova asumió la suma de poderes, dejó sin efecto la amnistía, creó cortes marciales en La Paz y Sucre; ordenó recompensas y premios a los vencedores de Pucarani; medalla de oro para el Prefecto de La Paz y de bronce para los combatientes. Para el belcismo, que retenía cargos de influencia, fué la señal de la persecución. Arrestó a los opositores de La Paz, y sus provincias. "Las cárceles y cuarteles de la ciudad se vieron llenos de innumerables presos políticos". De los procesos derivaron penas de muerte, conmutadas después.

Llegó a La Paz el gobierno a fines de enero de 1856. Hubo recepción, ceremonias religiosas, desfile militar. El último día de enero se propalaba una nueva amnistía, la segunda, para desarmar la animosidad política. Hubo un mes de paz relativa en el cual se resolvía el desengaño del belcismo y la desconfianza de los otros bandos. Córdova quedaba al centro, con numerosos adversarios sañudos e irreductibles, y sin amigos.

En tales días se dedicó a la administración, creando en cada Departamento una Junta Inspectora de Obras Públicas, presidida por el prefecto y con atribuciones casi edilicias; promovió instituciones encargadas de proteger la enseñanza primaria; pensó que no habían cárceles y recomendó que se las haga "cómodas y seguras"; encargó a "apoderados fiscales" la matriculación y empadronamiento de los indígenas contribuyentes; restableció en los colegios la enseñanza del francés; reglamentó la práctica forense en las universidades. La Junta Inspectora de La Paz se dividió en tres comisiones: para ocuparse de los trabajos de la recova, de la catedral y de vialidad; la primera disponía de 2.500 pesos mensuales destinados a un mercado, dos cuarteles y un circo de toros; la segunda, con igual suma al mes, se concretaba a la construcción de la casa religiosa, y la última, a caminos.

Córdova se quejaba, en un decreto: "...el presupuesto de gastos de la República ha crecido notablemente a causa de haberse aumentado las diferentes listas, civil, eclesiástica y militar, no menos que las pensiones acordadas por razón de montepío, de cesantías, jubilaciones..." Aumentó las

contribuciones, porque la suspensión de esas "listas" implicaba la guerra civil declarada por los que vivían del presupuesto. Reglamentó el Colegio de Artes de La Paz; pidió al diplomático Manuel Isidoro Belzu cotizaciones para la importación de máquinas elaboradoras de tocuyo y paños. La población nacional había crecido levemente: 2.526.126 habitantes, reunidos en los núcleos urbanos; el resto del territorio, casi despoblado e inculto, requería trabajo y paz para progresar. Pero paz no podía haber con un ejército agudamente sectarizado y motinero y con generales y coroneles que todavía no habían sido presidentes...

El 4 de marzo de 1856, el coronel Carlos de Villegas, con varios cómplices, redondeaba, en una escuela de La Paz, una conspiración linarista. La delación guió a los agentes del gobierno hasta el local, donde cayeron presos los conjurados. Sobrevinieron disposiciones militares y consejos de guerra. De 11 condenados a la pena capital, debían morir el coronel Villegas, el capitán Eduardo Dávalos y el sargento Manuel Angulo. Marchaban ya al patíbulo, acompañados de trágico cortejo. De pronto, las calles de La Paz se llenaron de gente; de todas ellas, hombres y mujeres llegaron a la plaza. El pueblo no quería más sangre. Reclamó por las vidas de los tres militares, y su pedido iba haciéndose demanda enérgica y amenaza. El presidente, blando para la clemencia perdonó y llamando a los excondenados, dióles un abrazo. La voz popular vibró entonces entonces en un grito de satisfacción.

Algunos militares fueron borrados de la lista. Mas la conjuración seguía avanzando a pasos gigantescos. El 20 de mayo ardía de nuevo La Paz. Se arrestó al edecán teniente coronel Nolasco Vega y el capitán José Manuel Rendón, de la guardia de Palacio. Estaba descubierto un plan dirigido por Manuel Otero. Consistía en apresar al presidente y sostener con la guardia, a balazos, el nombre de Linares que en Tacna esperaba los resultados de esta hazaña. Varios complicados se salvaron con la fuga. Apresados militares y ciudadanos, escucharon su condena a muerte: Vega, Rendón, José Millán Tames y Federico Ayllón Blacut.

El pueblo, que había arrancado de Belzu el perdón para Iturri, estaba nuevamente agitado. La caballería controlaba las iglesias, para que no se sacaran imágenes religiosas. Un incidente calmó el ánimo popular: quedaba suspendida la ejecución. El cirujano Ayllón había escrito al presidente: "Yo revelaré el plan si me perdonáis la vida". Hubo nuevo proceso, y allí se estableció que los vocales que dictaron las sentencias, los coroneles Arguedas y Gallegos, eran fervorosos de la causa de Linares. El fiscal, con el expediente en las manos y un insoluble problema en la cabeza, dijo a Córdova:

—"En treinta años que tengo de servicios, nunca he seguido una causa más complicada: tengo que sumariar a La Paz entera".

Córdova, casi sin detenerse a pensar, respondió:

—"Pues bien; córtese la causa y perdónese a todos de la pena de muerte".

Suspendióse el proceso, con inmensa alegría popular. El pueblo estaba asqueado y cansado de muertes, procesos, intrigas políticas. No sabía, de instante, cómo sacudirse esas morrallas desmoralizadoras.

El epílogo fué así: el 28 se levantó un alto escaño en la plaza. Al frente formaban las unidades militares de la guarnición, y en el resto situóse la masa. En el tablado, ante la popular espectación, más de 40 presos políticos, y entre ellos Tames y Rendón, cuya degradación militar se hizo con aparato. El 2 de junio, los presos marchaban al confinamiento. Uno de ellos intentó fugar, siendo victimado.

Vino un paréntesis de calma. José María Linares, José María Liévana, Rómulo Montes y Juan Tejada, habían sido condenados a muerte, como promotores de las revueltas. Una amnistía borró las sentencias, pero no

detuvo la tenacidad del ataque que venía desde las fronteras, que insurgía en los cuarteles y se arremolinaba en las multitudes descontentas. En 1857, se acusó al gobierno de haber nacido de un origen dudoso. El debate parlamentario fué la clarinada para la rebelión, en la cual cayó el gobierno de Córdova, que había sido incoloro, laxo, indeciso.

José María Linares, con una energía de obsesionado, había golpeado al país y a sus gobiernos en treinta y tres tentativas para tomar el poder; había criticado las dictaduras y los despotismos; había vapuleado la demagogia belcista. Sus pronunciamientos revolucionarios, tenían la bandera de la libertad. Cuando, por decreto de 9 de septiembre de 1857, asumió el mando, se produjo en La Paz instantáneo movimiento de simpatía al caudillo civil.

El pueblo no quería más sangre, dijimos, y, efectivamente, era así. Esperábase que el color rojo, destacado en el acontecer nacional, tuviese término. La gente laboriosa, la masa activa de la población, tentaba una justificación a su diario esfuerzo de trabajo, que no estaba vinculado a la nerviosidad de sostener gobiernos o tumbarlos por déspotas. Linares, en la hora de su ascensión, fué como la mejor esperanza que podía anunciarse. No importaba que se hubiera valido del motín; su figura se agrandaba en la imaginación popular como la del inflexible hombre de ley, como la del servidor incondicional de la libertad.

Terminada su tarea de armas y fugitivo Córdova, Linares llegó a La Paz, y la aclamación y el aplauso no fueron escasos. Puesto en trabajo inmediato estableció penas para los oficiales que se embriagaran; borró de la lista a militares que sirvieron a Córdova hasta el último momento; fundó una academia militar para jefes y oficiales, en Sapahaqui; suspendió la publicación de periódicos ministeriales; formó un consejo de estado asesorante, con voto consultivo; declaró vacantes las cátedras de enseñanza y llamó a concurso de oposición; dió un decreto de organización judicial; suspendió los trabajos del circo de toros; prohibió el castigo de látigo en público para el ejército; cerró definitivamente la Casa de la Moneda de La Paz, iniciada en 1854; restableció en la moneda la ley de diez dineros veinte gramos; reinstaló la corte marcial en La Paz y Sucre; dividió el país en 32 jefaturas, debiendo instalarse en cada una de ellas una municipalidad, para cuyo régimen dictó un reglamento de elecciones; creó una escuela de dibujo lineal en La Paz; ordenó la fundación de una facultad de teología en la Universidad de La Paz; mandó el estudio del francés, inglés y alemán en las escuelas locales; dió minuciosos reglamentos; convirtió el Colegio de Artes en escuela primaria. En la división política que modificaba la realizada por Sucre, La Paz contaba con nueve jefaturas: la ciudad con su cercado; las provincias Pacajes e Ingavi, con su antigua demarcación; la provincia Yungas; la provincia Omasuyos, con su antigua demarcación; la provincia Sicasica; Muñecas y Larecaja, con su antigua demarcación; Inquisivi.

En su lenguaje oficial aceptaba el decreto de Belzu referente a los títulos de La Paz: los oficios se encabezaban o se firmaban los decretos con "Muy Ilustre y Denodada Ciudad".

Mas pronto apuntó la prepotencia del espíritu dictatorial. Ardía en Linares un frenesí de destruir lo que otros hicieron, de demoler la obra que le había antecedido. Toleraba, pero no aceptaba; lo que no podía modificar, admitíalo con repudio. Quiso presentarse como reformador inexorable, poniendo orden moral en todas las cosas y olvidando que ese orden debía comenzar por el gobierno, que prometió libertad y leyes a la ciudadanía y que no sólo las había olvidado sino que actuaba abiertamente contra ellas. La convocatoria a un parlamento era remota y si después de su caída se asegura que pensaba llamarlo, históricamente conviene subrayar que no lla-

mó. Por sus actos se colegía que rechazaba cualquier contralor; que no había más norma que la férrea y terrible voluntad del mandatario de un tipo medieval.

La pasión reformista de Linares lo tocó todo: abogacía, clero, ejército. Redujo sueldos, impuso economías en el presupuesto. Había en sus tendencias una superlativa exageración, que le alejaba del pequeño mundo político en que estaba obligado a moverse. Con Linares empezó a no existir leyes ni decretos ni valor humano alguno. Apuraba —escribió un observador imparcial—, "los arbitrios de la dictadura hasta llegar al terrorismo". Cuando las publicaciones periódicas se referían al momento político del país, llegó Linares a la exacerbación. El 31 de marzo de 1858 señaló la manera de juzgar "los delitos contra la seguridad del Estado"; prohibió el uso de la prensa para discusiones políticas y dispuso que las publicaciones contrarias a la religión y la moral y las dirigidas contra la vida privada de los ciudadanos, no quedaban sujetas al conocimiento de los tribunales ordinarios, para los cuales también puso "en vigencia una nueva ley de organización judicial, un nuevo código de procedimiento criminal, una ley suplementaria de procedimiento civil y otra de juicios contencioso-administrativos y de juicios coactivos". Los actos del gobierno no podían ser analizados ni criticados. "Estableció tribunales de represión discrecionales". La dictadura fué tan violenta e inmisericorde, que perdió el apoyo que el pueblo le brindó en 1857. Por su parte, el dictador hizo lo que estuvo a su alcance para alejarse de la masa, y en sus palabras había un franco desprecio por las energías populares.

El pueblo que con Córdova se mantuvo a la expectativa, con Linares ya tenía un motivo de pelea. Si las medidas del dictador, en algunos casos, parecían convenientes, no podía justificarse la supresión de la libertad. No importaba, por ejemplo, que hubiera dispuesto que los abogados que, por impericia, perdiesen una causa, pagaran a las partes los daños que les ocasionaren. Deseaba justicia; anhelaba ser oído. Comenzó, por consiguiente, el motín. Lejos de La Paz, Melgarejo levantó a sus soldados, y fué dominado; Agreda conspiraba, y fué descubierto. Entonces saltó otro rasgo de la dictadura; si antes fué la prohibición de examinar por la prensa los actos del gobierno, ahora era la prohibición de conspirar. El gobierno, atrabiliario, despótico, declarábase intangible. "Los delitos contra la seguridad del Estado serán separados de la jurisdicción ordinaria, y el gobierno, averiguada sumariamente la verdad del hecho inculpado, lo someterá a las medidas discrecionales que tenga a bien tomar".

Empero, la réplica fué el motín, actitud que resumía la desesperación nacional. Los belcistas querían tomar puestos de trinchera. El 10 de agosto, un grupo de paisanos capturó el batallón 1º, de La Paz, y allí un sargento actuó con el nombre de Belzu en los labios. El peligro dentro del cuartel quedó pronto contrarrestado. Los amotinados llegaron a la plaza y dispararon sus armas contra el Palacio; una bala hirió de muerte al general Juan José Prudencio, que tenía mucho parecido con el dictador. Los gritos en el remolino sublevado, no eran otros que "Viva Belzu". Después de este acontecimiento, circuló la noticia de la muerte del presidente, quien montó a caballo, púsose las insignias del poder y, seguido de un séquito, paseó por las calles.

Procesados los cabecillas del motín, fueron condenados a muerte. Degradado previamente, cayó en el patíbulo el padre franciscano Manuel Pórcel y a su lado el mayor Blanco, el teniente Clinger, los sargentos Salvatierra y Calero. Las represiones estimulaban el desengaño, empujaban a la acción. El motín se movió de uno y otro lado, sin tregua, sin concierto a veces, pero seguro, infatigable, usando la misma contumacia que Linares puso para tomar el poder.

El día 14 de enero de 1861, los propios

ministros de Linares, Ruperto Fernández y José María Achá, coaligados con el comandante Manuel Antonio Sánchez, lo depusieron. El pueblo no intervino en esta traición, pero respiró aliviado por la caída del tirano civil que superó todas las precedentes tiranías militares.

Los tres autores del golpe de Estado formaron el gobierno con el nombre de *Triunvirato*. Dictaron amnistía general, llamaron a elecciones y establecieron una efectiva libertad. Cada uno, rival de los dos restantes, oteaba la presidencia.

El 1º de mayo, reunióse en La Paz la Asamblea y entregó la presidencia provisoria al general Achá. Dictó en seguida una amnistía general y se declaró constituyente; dejó sin efecto varias disposiciones de la dictadura; aplaudió a los triunviros, considerándolos merecedores del bien de la patria y, después de dictar algunas leyes, se clausuró.

SEÑAL Y RUMBO: JUSTICIA POPULAR

Achá tenía dos enemigos. Uno, peligroso, y otro, sin mayor relieve: Fernández y Sánchez. Fernández era ministro de gobierno, y conspiraba desde su escritorio, sin dejar de perseguir al belcismo. El presidente, en cambio, mostrábase partidario de la fusión con esa fuerza. Esta lucha se resolverá, como todas las ambiciones, por medio del motín, que los actores llamarán "revolución".

Continuaban en La Paz los trabajos de la catedral; y se subvencionó, tomando de los productos de la finca municipal de Macamaca, con 8.000 pesos al hospital de mujeres y con 2.000 al de varones.

Belzu, de regreso de su periplo por Europa, merodeaba en la frontera peruana. Su partido se movía, después de la dura experiencia sufrida con Linares, muy activamente. En el mes de febrero, en la ciudad de La Paz, se creyó descubrir un motín belcista. *El Telégrafo* dijo que "habían sido detenidos el general Gonzalo Lanza, los militares Palma y Saravia y el señor Calderón". Achá, por su parte, para prevenirse de sorpresas, pidió al presidente peruano general Pezet, que aislara a Belzu. Y Belzu fué a parar a Islay, donde permaneció custodiado durante mucho tiempo. Temíale el presidente Achá y prefería saberlo lejos. Sin duda, no olvidaba que, poco antes de traicionarle, jurábale lealtad. Diestro en esas dobleces, acabó traicionando también a Linares.

Antes de viajar al interior, Achá nombró Comandante general de La Paz al coronel Plácido Yáñez, de cuyo enconado antibelcismo poseía absoluta seguridad. En el mismo instante de alejarse el mandatario, había rumores de una sublevación en favor del caudillo de las masas. La información no era evidente. Cuando alguna vez se planteó a Jorge Córdova, vuelto al país, que se pusiera a la cabeza del motín, rechazó la incitación. Pero el rumor sirvió para desencadenar arrestos. Fueron conducidos a los cuarteles, a la policía y al Loreto connotados partidarios de Belzu y, entre ellos, el mismo Córdova. Las noticias volaron hasta la sede del gobierno que era, al decir oportuno de un historiador, el lomo de un caballo. No tardó en llegar la orden de estado de sitio en La Paz. Con ese respaldo continuóse la caza de belcistas, con quienes se llenó las prisiones. Era el momento que Yáñez esperaba para cobrar venganza por ultrajes recibidos en otro tiempo. La noche del 23 de octubre, se oyeron algunos disparos en la calle Comercio y en la Plaza; fueron contestados desde las regiones donde se hallaban las tropas leales. Había, pues, al parecer, un disturbio, una conspiración en marcha, por medio del único recurso socorrido de las armas y el alboroto.

Yáñez apareció en las prisiones y ordenó personalmente el fusilamiento de los presos. Jorge Córdova fué victimado en su lecho, en el Loreto; otros belcistas, entre ellos, Francisco de Paula Belzu, sacados a la plaza, y en las proximidades del sitio

en que fueron ahorcados Murillo y sus compañeros, encontraron la muerte. En los cuarteles, igualmente, se mató sin piedad, sin proceso, por órdenes directas del Comandante general de La Paz. Alguien cuenta que el hijo del masacrador, de rodillas, le pidió que cesara su frenesí. La mañana primeros disparos, atacaron a sus guardias, pretendiendo desarmarlos y que alguien quiso sobornar a un centinela.

Ésa era una típica revolución inventada desde las esferas oficiales para desencadenar castigos por delitos imaginarios. En el caso de Yáñez, la venganza movió su brazo



El populacho de La Paz vengando a las víctimas del Loreto. Escena de la muerte de Plácido Yañez, según un magnífico relieve del artista Urrias Rodríguez.

del 24, las personas que madrugaron vieron todavía algunos cadáveres y los charcos rojos, mientras varios cuerpos inertes eran sacados de las mismas prisiones. Pronto la alarma cundió en el pueblo y la inmediata reacción fué de ira contenida, de indignación. En el día se vió cómo Edelmira Belzu de Córdova reclamó el cadáver de su esposo, y el cuerpo acribillado a balazos le fué arrojado desde una ventana. Estos sucesos encendían la rabia del pueblo, y el clima de hostilidad, pese a los peligros que se cernían sobre la ciudad, fué subiendo de punto. Para calmarlo, la bestia sanguinaria hizo publicar en un órgano de prensa la versión de que había salvado las instituciones y el orden, porque sólo reprimió, en los términos de la lucha, una rebelión. Trató de explicar que los presos, al oír los y el odio lo convirtió en monstruo. Podía decir cuanto quisiera para justificarse; nadie lo creía. Los procesos que mandó hacer fueron originales. En uno de ellos el expresidente Córdova acababa sentenciado a muerte dos días después de haber sido victimado.

La reacción popular no fué inmediata. Esperábase que el gobierno castigase al criminal. Pero el gobierno temía a Yáñez. Más concretamente, Achá. En ese momento conspiraba su ministro Ruperto Fernández, quien creía tener en el comandante general de La Paz un decidido aliado. De ahí que Achá, en carta, le anunció que deseaba llegar a La Paz, para darle un abrazo. Pasaban los días y nadie hablaba de proceso alguno. Al promediar el mes, el coronel Balza, argentino, atacó el cuartel del Ba-

tallón Segundo y, después de enconada lucha, lo tomó. La multitud se agolpó al lado del atacante y prestó ayuda, en un deliberado propósito de abatir el poder discrecional de Yáñez. La masa se encaminó a la plaza y lanzóse contra el palacio de gobierno. Allí se encontraba Yáñez, que hizo cerrar las puertas. Viendo el furor popular y la imposibilidad de contenerlo, tuvo la inspiración de salvarse con la huída. Subió al techo y dirigíase a una casa vecina. Pero una bala dió con él, y su cuerpo se desplomó al patio del edificio contiguo. Hacia él se abalanzaron millares de manos, ansiosas de castigar los asesinatos del 23 de octubre. El cadáver fué arrastrado por las calles. Cumplida esta misión de justicia popular, el pueblo, aplacado, volvió a sus habituales actividades. Había hecho con sus manos lo que el gobierno y la justicia no quisieron realizar. Y no fué el alzamiento ni la revuelta, sino una manifestación de castigo condigno. En la ciudad no podían quedarse impunes los crímenes ni mantenerse incontrolado el terror.



Coronel Plácido Yáñez.



General Mariano Melgarejo.

Cuando Achá, que obraba con cálculo, llegó a La Paz, nada tenía que hacer. El orden era normal. Balza había sido perdonado. Pero de nuevo el Presidente se movilizó a Sucre, para hacer lo que todo gobierno: defenderse. Fernández quiso repetir el golpe de Estado y, habiendo fracasado, huyó. Y Agustín Morales fué vencido en Potosí.

En un pequeño lapso de tranquilidad, el Congreso eligió presidente constitucional al general Achá. El general Gregorio Pérez, que aspiraba al cargo de mandatario, se supo bastante fuerte y se proclamó presidente el 18 de agosto. Movió a las masas de La Paz, que miraban con recelo al gobierno por no haber castigado las matanzas del 23 de octubre del año anterior, y amplió la revuelta a Oruro. Cuando se aproximaron a Oruro las fuerzas de Achá, la victoria rebelde estaba asegurada; el presidente dudaba de su propia situación. En los campos de San Juan, avistados los dos ejércitos, no se había resuelto todavía atacar. Un inesperado hecho, la beodez del coronel Mariano Melgarejo, que inició por su sola cuenta la lucha, hizo variar los resultados. El general Pérez y sus fuerzas derrotadas llegaron a la ciudad y se apresuraron, para reñir otra batalla, a preparar trincheras en las entradas y en la plaza. La lucha fué encarnizada y duró varias horas, hasta que se consolidó el orden.

Entonces el gobierno, que conocía los rigores de las campañas militares y que había jurado una nueva constitución, hizo una "Apelación al pueblo", planteando la necesidad de otra Carta que dé más autoridad al ejecutivo. La respuesta fué una dura campaña, que acreció y compactó la oposición. Hacia diciembre, Achá tuvo que desistir en su demanda. La tenacidad de los

enemigos del régimen se aplacó un tanto, porque, lejos, golpeaba el peligro internacional. Durante el gobierno del general Ballivián, con el descubrimiento de las guaneras, había comenzado la ambición chilena, que creó el Departamento de Atacama y declaró propiedad estatal "las huaneras existentes en el litoral del desierto de Atacama y en las islas e islotes adyacentes". A pesar de las reclamaciones bolivianas, había crecido la codicia de aquel país. Ballivián no pudo hacer frente al peligro, porque el motín exigía su atención inmediata y el movimiento total de sus tropas. En 1863, Chile se apoderó de la bahía de Mejillones, y Achá, para responder a ese hecho, que ya no podía tener solución de cancillería, reunió un congreso en Oruro, el cual le autorizó a declarar la guerra si no conseguía un arreglo justo. Un nuevo acontecimiento dispersó la tensión nacional, que se proyectaba íntegra a la defensa de las guaneras: España ocupó las islas Chinchas y entró en guerra con Chile y Perú. Era, para Bolivia, una tregua que se prolongaría hasta 1879.



Don Lucas Mendoza de La Tapia.

Mediante concurso se creó el himno paceño. Los artistas favorecidos con la inspiración y el acierto habían sido los señores Ricardo Bustamante, autor de la letra, y Eloy Salmón, autor de la música. Fueron, verso y nota, un inimitable conjunto que interpretaba al pueblo, llegaba a su sensibilidad y la conmovía. Cuando culminó el esfuerzo interpretativo, cifra y resumen popular, un grupo de amigos, socios del Ateneo Literario lo ensayó en uno de los salones del Loreto. Pero el himno fué cantado, oficialmente, el 16 de julio de 1863, y desde entonces se lo entonará en los momentos de júbilo colectivo como en los de prueba para la suerte del país.

Achá, entretanto, se ocupó de fijar las atribuciones municipales y descentralizar los fondos que les correspondían. Introdujo el uso de las estampillas en el franqueo de cartas. No pudo seguir más tiempo. Melgarejo cercó el gobierno, lo hizo caer en Cochabamba y se proclamó presidente, cuando sólo debió ser un instrumento de los *rojos*.

VICTORIAS DEL PUEBLO, VICTORIAS DE LA LIBERTAD

La ciudad de La Paz, no obstante la existencia convulsiva del país, que le afectaba de cerca, había crecido. No era extraordinario su ensanche, pero mejoraba. Los problemas urbanos no merecían todavía muchas preferencias. Las calles estaban abandonadas, la atención de sus plazas y paseos no era permanente. Habíase aumentado la cuota para pagar el servicio de alumbrado público, de 200 a 300 pesos, y suspendido el impuesto que solventaba ese gasto. Iniciábanse los preparativos para la construcción del palacio de justicia, en la calle Ayacucho, a una cuadra de la Plaza; para la obra, se habían duplicado los impuestos a la internación de licores nacionales y extranjeros al Departamento. Al finalizar el mes de diciembre, estableciose la Facultad de Medicina. Y se preparaba, para el 24 de enero, una exposición de artefactos "de todas dimensiones y tamaños", con premios para los cuales se votó 5.000 pesos.

Pero el deseo de paz y progreso, que uniformemente animaba a estantes y habitantes de la ciudad, era alterado con los clarinazos de las sublevaciones y el rojo color de los hechos de armas. Y hasta ellos fué llevado el pueblo, en el cual se advertía una sola proyección clara y fija: tener justicia, go-

zar de libertad. La anarquía y el desorden, sin embargo, no le permitían alcanzar la tranquilidad que deseaba. Debía vivirse con la suerte del país, de sobresalto en sobresalto y de alarma en alarma; había que tomar las armas, con las cuales se defendía también el hogar y el porvenir.

Mariano Melgarejo, a quien Linares borró de las listas militares, por borracho, y a quien Belzu perdonó la vida, ascendía resguardado por las bayonetas. Era el mismo que ante una proposición revolucionaria que le hiciera Adolfo Ballivián, respondió con un folleto en el cual sostenía que sólo las causas de la legalidad y del orden levantarían su brazo.

Ahora, pese a las sonrisas y dudas de muchos, era el presidente de hecho. En los cuarteles, eliminado el contrincante, general Sebastián Agreda, a quien acompañaba la simpatía del general Achá —postulante y padrino eran caídos—, se le aceptó porque era de extracción cuartelera. Y el cuartel se había arrogado, robustecida por la tendencia de Achá, la facultad de manejar el país. En cierto modo, Melgarejo era la presencia del ejército en el poder.

La Paz fué la residencia del gobierno. La temía y deseaba vigilarla de cerca, mantenerla quieta con la presencia de un ejército ensoberbecido y vicioso. Para ganarse la simpatía local, decretó la creación de un monumento a la revolución del 16 de julio de 1809 y mandó efectuar una suscripción en favor de los hospitales. Letra muerta: las manos oficiales se encargaron de anularlos en los hechos. En vez de ayuda, los fondos de sanidad fueron tomados para fines militares.

No había Constitución. Las municipalidades podían nombrar sus empleados y entenderse con tareas de caridad, mercados, casas de abasto, fuentes públicas, alamedas, teatros, enterratorios; pero, prácticamente, fueron abrogadas. La de La Paz prohibió la festividad de Carnaval, y Melgarejo le rectificó.

El pueblo resistía instintivamente al gobierno. No hubo, a su ingreso en La Paz, ni recepción calurosa ni entusiasmo, que esperaban los "revolucionarios" alzados contra la Constitución. De ahí que cuando Melgarejo salió de la ciudad, y se supo que Manuel Isidoro Belzu había escapado de Islay y encaminábase a La Paz, la opinión se preparó para la transformación política. Los antiguos belcistas, preteridos o perseguidos por los gobiernos últimos estaban dispuestos a sostenerlo. Y Belzu constituía, por el momento, la esperanza única para terminar la tortuosa dictadura Melgarejo-Muñoz. "Se comprende —decía Sotomayor Valdés—, cómo los descontentos de La Paz, entre ellos muchos que antes no habían sido partidarios de Belzu, se fijaron en él para que acaudillase una revolución, y derrocase a un gobierno que había tomado a su cargo hacer olvidar, o más bien hacer perdonar todas las dictaduras pasadas".

A medida que avanzaba Belzu, se le sumaban indios, artesanos, cholos, gentes acomodadas, hombres, mujeres y niños. Revivía la antigua popularidad, y ahora estaban a su lado inclusive los ciudadanos que le combatieron por charlatán y engañoso. Pasó por las provincias y en cada una de ellas brotaba una tensa emoción belcista. Como en otros tiempos, sus amigos y aquellos que le querían sin conocerle, fueron a recibirle. Ingresó en La Paz en medio de una fiesta jubilosa. No tuvo necesidad de decir que buscaba la presidencia: tácitamente se le reconocía su derecho a ella. Las autoridades departamentales, impotentes para reaccionar, huyeron, y una de ellas fué a dar alcance a Melgarejo para avisarle la nueva. Del Perú venía, al galope de su caballo, el coronel Narciso Campero para informar por su parte al tirano el ingreso de Belzu a Bolivia.

En La Paz, el pueblo, decidido, preparaba barricadas, aprestábase a la lucha, porque de nuevo tenía una causa que defender y un ideal por el cual morir. Belzu

era un símbolo, y el pueblo proyectábase en una misión de eternidad libertadora, porque en sus manos residía la generosidad de hacer el país, de darle un rumbo, de cortarle las amarras que estaba anudando el naciente melgarejismo. Se levantaban trincheras, se elevaban muros y palenques en las calles de acceso a la ciudad y en el ingreso a la plaza. Edelmira Belzu, la joven viuda de Córdova, en medio de la multitud, alentándola, insuflándole nuevos ímpetus, mezclábase en el febril quehacer. De las casas salían armas extrañas, algunas ya enmohecidas. No parecía que se hicieran preparativos para una batalla, sino para un acontecimiento jubiloso.

Melgarejo había salido de La Paz el 3 de marzo y Belzu ingresó el 6. El 22, terminados los aprestos, se esperaba la llegada del ejérito anticonstitucional. La mañana del 27, aparecieron en la ceja de El Alto las primeras columnas. Al decir de Narciso Campero, el tirano saludó a la ciudad, quitándose el sombrero, y luego descendió. Momentos antes había matado al coronel Cortés, suponiéndole traidor y buscando "escarmientos". Diremos de paso que uno de sus lugartenientes derrotó a los generales Velasco Flor y Avila, en el Sud, mientras Lucas Mendoza de La Tapia se negaba a ser el jefe de la resistencia.

Descendió el ejército. En la ciudad, soldados y paisanos, mezclados, se preparaban para la lucha, aguardando, parapetados, la acometida que no tardó en producirse. Barricadas, casas, ventanas, eran sitios de combate. El fragor de los estampidos ensordecía. La contienda se generalizó. Las primeras arremetidas de las tropas de Melgarejo no consiguieron sus objetivos; el rechazo fué casi total. Otras nuevas avalanchas, menos violentas, chocaban con la firmeza de la defensa. Cedieron algunas bocacalles, pero pronto volvieron a ser barreras inexpugnables.

Al conjuro del nombre de Manuel Isidoro Belzu, los soldados y oficiales de Melgarejo, daban la espalda a su comandante para engrosar las montoneras de la ciudad, en las cuales la iniciativa de la pelea no estaba reglada por mandos. Actuábase sin concierto, con derroche de coraje y tenacidad. Mermaban, por las bajas y las defecciones, las filas de los atacantes, hasta que el anticonstitucionalismo estuvo derrotado. Había vencido otra vez el pueblo.

Mariano Melgarejo intentó descerrajarse un pistoletazo. La voz de uno de sus acompañantes, aconsejó: "General, para morir así más vale arriesgar la vida en un supremo esfuerzo". Y Melgarejo escuchó, llamó a sus coraceros y en medio de ellos, cuando el pueblo celebraba su victoria, entró a la plaza, como si fuera un prisionero. Penetró en palacio. Al subir las escaleras, encontró el obstáculo de un arma apuntándole: lo eliminó uno de sus hombres. Acompañado por el coronel Campero, abrió la puerta del primer salón. Belzu se dirigió a Campero para abrazarlo, pero cayó herido de muerte con una bala que le disparó el tirano. La derrota se convertía en triunfo; no había ya en pie rival poderoso alguno. Bajó al patio y desde allí ascendió al coronel Narciso Campero al grado de general, reconociéndole:

—"Benemérito General".

En la plaza, la desorientación fué paralizante. El pueblo había vencido, y no tenía en las manos victoria alguna; había derrotado a Melgarejo, y Melgarejo continuaba en el poder. Fué replegándose a su centro de actividad, para maldecir la extraña forma con que se trocaba la suerte de las armas. ¿Para qué había hecho barricadas, para qué se enfrentó al ejército, para qué estaban ardiendo numerosas casas de los extramuros, que fueron bastiones contra el ataque?

El cadáver de Belzu fué recogido, desnudo y sin joyas, al anochecer, por Juana Manuela Gorriti y Edelmira Belzu. La multitud desfiló por la capilla: el símbolo de su derrota estaba allí velándose entre cuatro cirios. Al siguiente día, en el palacio se bebía aún, festejando el triunfo; pero

EL PRESIDENTE

PROVISORIO DE LA REPÚBLICA

Y

CAPITAN JENERAL

De sus Ejercitos.

Proclama al Pueblo Paceño.

CONCIUDADANOS. — El digno Pueblo Paceño y el grande Ejército Nacional, me acaban de proclamar Capitan Jeneral de los Ejércitos de Bolivia. — Dignos Paceños: vuestra magnitud, y vuestro civismo han puesto en trasparencia los destinos, la abnegacion y el entusiasmo de ese pueblo. = Sois pues los prohombres de Bolivia, desde que como hijos mártires de la Paz, conducis vuestra opinion ante las aras de la Patria y la Causa del Jeneral Melgarejo.

HERMANOS. — Mi vida nada es para vosotros. Muy bien comprendeis que en todas partes la he sacrificado: — Sois pues mis dignos amigos, y mañana ó pasado os daré un tierno abrazo. Sabed, nobles Paceños, que mi alma y mi abnegacion son para vosotros; no me aborrezcais ni me mireis como á un hijo bastardo, porque soy hijo de la Patria magnánimo y jeneroso, con cuyos títulos seré siempre vuestro Jeneral y amigo —

Mariano Melgarejo

Laja, 14 de Julio de 1866.

Imprenta Paceña.

Auténtico volante mandado imprimir por Melgarejo, de una proclama suya dirigida al pueblo de La Paz.

afuera, como una repulsa colectiva, el entierro fué una pungente manifestación de duelo. El pueblo iba detrás del féretro, vestido de negro. En el cementerio, Juana Manuela dijo un discurso, el último, para el esposo con quien ya nada tenía de común: vidas esplendorosas que hacen eterno el más inestable de los sentimientos: el amor popular...

En los círculos de Melgarejo, comentando el sepelio, decíase con rencor: "Hasta empleados públicos había...". Y al propio tiempo, elaborábase la verdad oficial de la muerte de Belzu, atribuyéndola a un soldado. Nadie creyó entonces, ni después, la trapacería.

Muerto Belzu, levantábase otra bandera: la Constitución de 1861. En el Sud ardió

la rebelión legalista. Melgarejo emprendió camino para apagarla con el poder de su ejército. No poseía otro fin que luchar contra la Constitución y aplastar pueblos que pedían leyes. Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí —todo el país contra Melgarejo y por la ley fundamental— actuaban secundando el movimiento de La Paz del 25 de mayo. Santa Cruz y Beni también hicieron conocer su repudio y resistencia. Melgarejo se movió de uno a otro lado. En ese minuto, Narciso Campero, que se separó del oficialismo, dudaba si ayudaría a los revolucionarios de Potosí o se extrañaría voluntariamente. Optó por lo último.

En La Paz, el coronel Castro Arguedas, ascendido a general por el pueblo, había sido reconocido como jefe del Norte y presidente provisorio. Las masas reaparecieron en escena para batirse por la ley, y allí un adolescente todavía, que terminaba su instrucción media, se presentó como voluntario: era José Manuel Pando, y con él legiones de hombres jóvenes y viejos. Renacía, pues, la esperanza, y se cimentaba en la energía y el fervor de los voluntarios, en su desprecio a la vida. Nadie rehusaba morir por una Constitución.

Melgarejo había ahogado el pronunciamiento de Potosí en el combate de la Cantería, donde fué muerto el poeta Néstor Galindo, cuya madre, en otra época, clamó por la vida de Melgarejo cuando Belzu le condenara a muerte. Al otorgar el perdón éste había vaticinado: Melgarejo causará ruina, luto y muerte. Cumplíase, pues, la profecía.

Castro Arguedas, con una división de 2.000 hombres se movilizó hasta Oruro. Jefe titubeante, fué retrocediendo mientras avanzaba Melgarejo. El 24 de enero de 1866, en el combate de Letanías, fué vencido el ejército constitucional, que había efectuado operaciones indecisas y de dudosa eficacia militar. Sobre ese triunfo, Melgarejo asentó su dominio. La Paz se preparó a la resistencia; pero el tirano ofreció el perdón. Y después de su regreso a la ciudad, olvidó promesas y desencadenó la persecución más implacable. Fusiló a varios ciudadanos.

Para sustraerse de la ira del tirano, largas caravanas de gente abandonaron el país o, por lo menos, fueron alejándose de los centros urbanos. Había un aparente abatimiento general, desde cuyo fondo emergían los resplandores de la pasión de lucha, de la voluntad de conseguir libertad, y este ímpetu coloró con sangre el largo dominio melgarejista. La ley, la libertad, la tranquilidad, se enclaustraban abajo, en el alma popular; mientras desde los escaños oficiales rendíase culto a la anarquía, a la simulación, a la cobardía, a la delación. Llegarán otras oportunidades: lo sabe el pueblo, y espera. Y conoce, asimismo, que sobre centenares de muertos se levanta, insolente y sedienta de venganza, la tiranía. Mas no le dará sosiego: estará siempre pisando sus talones, haciéndole imposible la tranquilidad. Pero dominaba "el ebrio condecorado, divinizado, omnipotente". Avasallando todo, había hecho virtud del crimen y normal función del terror. La adulación, la infidencia, merecían premios. El anónimo, la acusación sin responsabilidad, se elevaban a la categoría de servicio público eminente. Por una carta sin firma, Melgarejo hizo apresar a Benigno Clavijo, M. Bustillos y otros ciudadanos. Empero, en los papeles oficiales, Donato Muñoz sostenía que a Melgarejo le "estaba reservada la gloria de salvar al país". Poco después, el gabinete en pleno, con las firmas de Muñoz, Lastra, Rojas y Revollo, adulaba en escala ministerial, acordándole los títulos de "Gran ciudadano de Bolivia, Conservador del Orden y de la Paz Pública".

En esos días, en La Paz, se hizo cargo de la Universidad don Evaristo Valle; los vocales de la Corte Superior de Justicia eran Avelino Veamurguía, Rudecindo Carvajal, Miguel Monroy de Portugal, Lucas Palacios, Tomás Peñaranda y Jacinto Villamil. Se concedió 4.000 pesos de pensión a la viuda del general Ballivián; se devol-

vió a Edelmira Belzu v. de Córdova, su capital retenido; la limpieza de los caminos se efectuaba con el trabajo gratuito de los indígenas; se destinaron fondos para premiar la feria anual de artefactos; se concedió, con candoroso optimismo, la ciudadanía boliviana a todo sudamericano; se ordenó y efectuó la venta de tierras de comunidad, en base al despojo, el abuso y la ambición; autorizóse el establecimiento de un Banco Hipotecario y un Banco de emisión; y en el plano de las promesas y los intentos indiscriminados, se firmó un contrato para la construcción del ferrocarril de La Paz a Aygachi.

Frente al hecho internacional derivado de la toma de las islas Chincha, y la guerra de España con el Perú y Chile, Melgarejo ofreció ayuda a los países vecinos agredidos. Con esto, la frialdad de la Cancillería del Mapocho se transformó de modo radical. Las gestiones para un tratado de límites, cerradas por la autorización legislativa de Bolivia para declarar la guerra, se reabrieron en un nuevo terreno seductor. Melgarejo, halagado, nombrado general del ejército chileno, aceptó cuanto le propusieron, y firmó el tratado de 10 de agosto de 1866. El Brasil también obtuvo ventajas. Cientos de miles de kilómetros cuadrados fueron regalados a cambio de lisonjas. Los dos tratados fueron aprobados, por imposición, en el congreso reunido con este motivo, así como el tratado de alianza ofensiva y defensiva contra España, firmado en Lima. Pero el congreso hizo más: aprobó los actos de la tiranía y se complicó con ella. Y en contraposición con la realidad, dictó una Constitución liberal, la más liberal de todas las constituciones.

Un día, Melgarejo, su comitiva oficial y un batallón de escolta llegaron a la plaza San Francisco para asistir a una ceremonia religiosa. Desde uno de los toldos del mercado, Cecilio Oliden, que sufría accesos de enajenación mental y que era conocido como "El loco", lanzó dos piedras al presidente. Dos ridículos guijarros. El general Crespo, de la comitiva, se abalanzó sobre el demente y lo arrastró hasta una de las paredes de la portada de la iglesia. El loco gritaba: "Viva Dios y yo". Melgarejo dió orden de fusilamiento. Oliden no murió; los sables de los sayones acabaron con él, despedazándolo.

En ese hecho vió el oficialismo las garras de la revolución. Buscó a Juan Ramón Muñoz Cabrera, como cómplice del loco. Los adictos al régimen visitaron el palacio para lamentar el crimen y solazarse por el fracaso del "atentado criminal". Por bando, se comunicó que se trataba de un golpe de estado contra la Constitución. El propio Melgarejo lo dió, asumiendo la totalidad de poderes.

Poco después, un señor Patiño fué llamado por el general Antezana, llevado al cuartel de batallón 3º y flagelado allí. Un sargento quiso interceder y recibió un sablazo que le partió la cara y, más tarde, lo llevó a la tumba. Melgarejo intentó, por primera vez, hacer un proceso, pero los generales y coroneles pidieron que no "se siga la causa". Se la cortó, pues, estableciendo la irresponsabilidad. Fué entonces que un escritor chileno decía: "La actualidad de Bolivia, cuando no ofrece crímenes, no ofrece nada".

En este tiempo, aparecían, en legión, los gestores de contratos con el Estado, los aventureros que buscaban gobiernos tontos para vivir de ellos. "El gran Capitán del Siglo" los recibió a montones. Podría seguirse relatando la calamidad nacional que implicó para el país el gobierno Melgarejo, a quien algunos hombres notables prestaron colaboración decidida; no lo haremos.

Señalamos ya que el pueblo no acompañó al régimen. Estuvo no sólo al margen sino frente al gobierno. Pero para falsificar la opinión, Donato Muñoz persiguió a los periodistas independientes, a los políticos opositores que oficiaban también en el periodismo, y formó una pequeña corte de aduladores serviles a quienes pagaba para que

aplaudieran al desgobierno. Alguna vez apareció en la prensa un trabajo firmado por Melgarejo acerca de don José Ballivián, y entonces los áulicos escribientes descubrieron dormidas manifestaciones del genio literario del presidente.

Y he aquí lo último. El cerro de Santa Bárbara era un obstáculo para comunicarse con el valle de Potopoto. Melgarejo resolvió, por decreto, hacer un camino "rebajando la pendiente del cerro por donde cruza el camino que va de la ciudad al vecino valle". La gente acomodada hubo de dar herramientas y los artesanos trabajo, turnándose con los soldados y con los indios. El día indicado, hubo discursos abundantes. Melgarejo, en persona, echó una palada de tierra, siendo imitado por los ministros. La prensa oficial encontró comparaciones mitológicas para esta singular hazaña.

El espíritu indomable de La Paz necesitaba una oportunidad para manifestarse en toda su energía rectora. Había viajado Melgarejo para aplastar en Potosí una revolución y logró ahogarla en sangre, como era su costumbre. Para Bolivia había una sola esperanza: La Paz. Y La Paz se había levantado con un coraje mayor que en otras ocasiones. Apareció en la ciudad el coronel Agustín Morales, el militar de los motines, como lo fueron casi todos los militares. El



Facsímil de los pesos Melgarejo o "Dos caras", con las efigies de Melgarejo y Muñoz.

nombre era indiferente; la causa poseía sustantividad. Podía ser Morales u otro. Pudo haber sido Casimiro Corral. El mandato era restablecer las libertades; traer de nuevo la Constitución, retaceada por el despotismo. El pueblo, unánime, se alistó para la lucha. No era un motín militar o una revuelta de facciones, sino un alzamiento general.

Melgarejo regresó envanecido por su triunfo en Potosí, donde humilló a sus habitantes y entregó la ciudad a la furia de la soldadesca. Se detuvo en El Alto, y desde allí envió un ultimátum ofreciendo perdón



Agustín Morales aclamado por el pueblo después del triunfo sobre Melgarejo.

anticipado. Su secretario, Mariano Donato Muñoz, decía al secretario del nuevo gobierno, Casimiro Corral, que depongan las armas los rebeldes y "ahorren nuevos regueros de sangre"; prometía, además, una entrada pacífica; que no reconocería enemigos políticos y que trataría por igual a los comprometidos y a los inocentes, y finalmente, que en el término de diez días Melgarejo dimitiría la presidencia ante el Consejo de Ministros. Casimiro Corral rechazó la intimación: "Está en la conciencia de US. H. que en la administración a que pertenece, se han cometido todos los crímenes posibles; se ha hecho ostentación de todos los vicios y no ha habido falta ni error que no se hubiese realizado, con detrimento de los derechos sociales e individuales de Bolivia, cuya disociación y miseria no pueden ser más completas". Agregó luego: "*El pueblo de La Paz ha jurado solemnemente reducir a cenizas todos sus edificios y toda la población si es necesario, antes de consentir por más tiempo la dominación incalificable de Melgarejo.* Si tiene que derramarse sangre humana, si tiene que lamentarse los desastres de la guerra, caiga la responsabilidad sobre los que ata-

can la soberanía del Pueblo con las fuerzas armadas que consumaron sin patriotismo la ruina de la opulenta ciudad de Potosí, por ambiciones mezquinas de predominio y especulación".

Por último, le conminó a que se someta y ofreció garantías para Melgarejo y sus sostenedores. Las cartas estaban echadas. Casimiro Corral interpretaba, verazmente, la actitud popular de La Paz, donde había una sola forma de salvarse: vencer.



La huída del tirano. Copia de una caricatura de la época.

No era la respuesta que Melgarejo esperaba. Había dominado varios pueblos. Pensaba repetir su hazaña en la ciudad. Descendió con su ejército, dividido desde el Cementerio en tres columnas. Pronto se trabó la lucha definidora. Los indios que habían sido despojados de sus comunidades, ayudaban al pueblo y merodeaban en las altas cumbres. Uno de los grupos melgarejistas pudo avanzar hasta una de las calles céntricas, pero un refuerzo de caballería salvó la situación. Los sucesivos asaltos eran rechazados. En los extramuros ardían casi todas las casas, desde las cuales se defendía la ciudad; los atacantes debían tentar la aventura de tomarlas una por una. Peleábase de casa en casa, de calle en calle. El redoblado brío de las tropas de Melgarejo era respondido con el coraje indeclinable del pueblo. Los tejados, las ventanas, las trincheras y las barricadas eran sitios de ofensa y defensa, y funcionaban toda clase de armas: desde la escopeta hasta los rezagados trabucos. Casimiro Corral recorría las zonas amuralladas para transmitir entusiasmo a los combatientes, que, sin necesidad de ese acicate, poseían fe para salvar al país, sus vidas y sus hogares.

A las 8 de la noche estaba todavía indecisa la suerte de las armas. Melgarejo expectaba la pelea y recibía partes en la plaza de San Sebastián. Viendo el continuo rechazo que sufrían sus fuerzas y avisado por sus ordenanzas de las desventajas que se iban presentando para tomar la ciudad, el tirano supo vencida su causa. Montó a caballo y emprendió la huída. La noticia hizo el resto: los soldados, sin amo, no tenían para qué luchar, aunque en ese momento estaban ya completamente derrotados: numerosos grupos se habían entregado

prisioneros, y otros escapaban a toda velocidad.

"Todavía —informa el parte— en medio del incendio los enemigos seguían sus fuegos con una tenacidad increíble; tanto era el furor que había sabido inspirarles el famoso capitán con la perspectiva del pillaje y del desorden". Y en otro sitio: "Los trofeos obtenidos en esta jornada son 19 cañones, multitud de rifles y fusiles, todo el parque del enemigo y más de mil puñales, muchos de ellos ensangrentados, que el malvado había repartido con el objeto de pasar a degüello a la mayor y más selecta parte de la población. Según esto, el triunfo del 15 ha salvado no solamente los derechos y garantías, sino a la sociedad misma, que habría perecido como en un cataclismo. Han caído en nuestro poder 950 prisioneros entre titulados generales, jefes, oficiales y tropa. Por consecuencia de la lucha del 15 tenemos muchas casas en escombros, hemos incendiado nuestros lares; muchas casas han sido saqueadas por los enemigos en el fragor del combate; hay multitud de familias sin hogar ni vestido. La sangre de lo más brillante de nuestra juventud ha corrido a torrentes. Estábamos resueltos a seguir la suerte de Numancia, de Sagunto y de Zaragoza, y arrasar nuestra ciudad, antes que lo hiciera el enemigo, como lo hizo Moscow en nuestros modernos tiempos. Así es que hemos reconquistado palmo a palmo nuestra libertad, haciendo correr arroyos de sangre por nuestras calles".

Efectivamente. El pueblo, que esperaba una oportunidad, la tuvo y la aprovechó. No había sido vana su espera ni inútil su sacrificio. Volvió a vencer, y las victorias del pueblo eran siempre victorias de la libertad.

MELGAREJISMO CONTRA BOLIVIA

El coronel Agustín Morales fué nombrado presidente provisional y la secretaría, encomendada a Casimiro Corral. Los primeros actos del nuevo gobierno se orientaron a aliviar la situación de quienes lo habían perdido todo con la lucha y, en seguida, declarar sin valor los actos del anterior gobierno, por los menos en lo que a administración interna se refería. Reconocimiento de méritos, ascensos y honores para los que combatieron, y esta disposición tocaba, en su mayor parte, a los militares; pero no sólo ellos habían derribado la tiranía. El pueblo no había pedido nada. Estaba conforme con haber cumplido su misión.

A los cuatro días del combate dispúsose la devolución de las tierras de comunidades a los indígenas y se creó una junta departamental para intervenir en las transacciones sobre las tierras pertenecientes a nativos; se convocó a una Asamblea para constitucionalizar el país, y se ordenó el secuestro de los bienes de Melgarejo y sus Ministros. Dejóse sin efecto los derechos que se exigía a los estudiantes; se acometió la reconstrucción del hospital de varones; se devolvió el mercado Sucre, que servía de cuartel; se autorizó a don Crispín Andrade y Portugal la instalación de un Ateneo Industrial, conforme a las normas de la enseñanza libre; se constituyó una junta industrial con la asociación de ingenieros, agrimensores, constructores y mineros de crédito; suspendióse la acuñación de moneda feble que circulaba con el nombre de pesos "melgarejos", creando en su reemplazo el peso de 900 milésimos; se devolvió a las municipalidades su papel. En ese período, debido al auge de la explotación argentífera, aparecía para el mapa de Bolivia la localidad de Antofagasta que anteriormente se llamaba La Chimba.

Mientras sucedíanse otros actos de política menor, se efectuaron las elecciones en una evidente atmósfera de libertad. La asamblea se instaló en La Paz el 18 de junio de 1871, ante la cual, con enérgica firmeza, presentó su renuncia presidencial el coronel Morales. Se la discutía por los representantes nacionales, quienes formula-

ban la tesis de que siendo tan definitiva, debía aceptársela. Entonces aquél retiró su renuncia. Este incidente, que lo desnudaba de cuerpo entero —Morales creía que nadie más que él había salvado al país— fué sagazmente sorteado con la formación de un gabinete en que figuraban Tomás Frías,



José Agustín Morales.

Reyes Cardona, Campero, Corral, La Tapia, miembros del parlamento.

La situación pública se apasionó con el debate emergente del estudio del articulado de la nueva Constitución que debía reemplazar a la del 61. Lucas Mendoza La Tapia planteó el sistema federal de gobierno. Partidario del unitarismo, Evaristo Valle se opuso tenazmente a la iniciativa, logrando convencer al Parlamento. Hubo, en consecuencia, la novena constitución unitaria. Morales fué elegido presidente provisorio.

Se produjo una nueva elección conjunta de diputados y mandatario. El 23 de agosto, Morales era proclamado presidente constitucional, y ese mismo mes se sabía que el general Quintín Quevedo, que había huído con Melgarejo, armado con dineros chilenos, hizo una incursión motinera al litoral, que posteriormente fracasó; era una bravuconada del melgarejismo, que se valía de la complicidad extranjera.

Cuando el congreso ordinario discutía una reclamación de la firma minera Arteche sobre embargo de metales por falta de pago de impuestos que beneficiaban la enseñanza, el juego de intereses púsose crítico. El gobierno quería confirmar el remate, y el congreso desautorizarlo. El coronel Hilarión Daza, comandando una banda de músicos, fué a la puerta del congreso e hizo ejecutar una serie de piezas, impidiendo la continuación del debate. "Cencerrada", se llamó a esto, que tuvo lugar el 24 de marzo. El parlamento, prácticamente dispersado por aquel suceso y numerosos de sus miembros perseguidos, no tenía cuerpo ni cabeza. La tiranía estaba planteada. Al día siguiente, confirmándola, Morales fué al palacio legislativo, exprofesamente abierto, subió a la testera, y, ante el vacío hemiciclo, pronunció un discurso acusando de "vendidos" a los representantes, y declaró clausurado el congreso.

Instantáneamente dimitió el ministerio. A poco circulaban rumores de la gestación de un golpe de estado y atribuían a la ciudad dilatada efervescencia popular. Había, con este motivo, nerviosidad en el palacio, y Morales, furibundo, paseábase en su despacho. Y como se sabe, en un incidente sin relieve entre sus edecanes, murió el flamante dictador.

En la ciudad habíase creado un Museo Mineralógico, al cual obligatoriamente debían mandar una muestra todos los industriales mineros; la municipalidad estableció escuelas urbanas; suponíase que era posible tender un ferrocarril de Tacna a La Paz; se firmó contrato con don José Leónidas Fernández Cornejo, de la compañía de alumbrado a gas, concediéndole el privilegio exclusivo por 15 años tanto para atender el servicio como para la venta de lámparas y artefactos; se comenzó la construcción de una cárcel en la plaza de San Pedro; la enseñanza fué declarada libre en todos sus grados. Con la ley de 22 de noviembre del año 1872, se estableció tres clases de monedas: oro, plata y cobre, con los nom-

bres de *Bolívar, Medio Bolívar y Escudo,* y el valor de 10, 5 y 2 bolivianos. El nombre de "boliviano", en vez de "peso", se emplea desde esa época.

El Congreso se reunió nuevamente y, por ley de 28 de noviembre de 1872, proclamó presidente a don Tomás Frías, quien exigió que se convocara a elecciones presidenciales. Breve y honesto fué el período que le correspondió. En su transcurso suscribióse el protocolo Corral-Lindisay, destinado a modificar, en parte, el tratado bolivianochileno que firmó Melgarejo bajo los dictados de los intereses chilenos.

En La Paz se estableció, en base al decreto de 18 de diciembre, el Colegio Militar, bajo la dirección del señor R. du Bisson; se acordó que la facultad de medicina quedara radicada en La Paz, suprimiéndose las de Cochabamba y Sucre; señaláronse fondos propios para la Municipalidad, habiéndose destinado a la de La Paz 40.000 bolivianos "asignados sobre el derecho alcabalatorio que paga la coca".

A las elecciones presidenciales se presentaron tres candidatos: Adolfo Ballivián, Casimiro Corral y el general Quintín Quevedo, que representaba la tendencia melgarejista. Ninguno obtuvo mayoría y fué el congreso, en sesión de 7 de mayo, que aceptó la renuncia de Frías y eligió a Ballivián. En este gobierno de muchas intenciones honradas, realmente se hizo poco. El paso principal fué la alianza pactada con el Perú. El proyecto presidencial de conseguir un empréstito de dos millones de libras esterlinas para tonificar la hacienda, consolidar la deuda y atender la defensa nacional, se estrelló ante la frialdad y los recelos de los parlamentarios.

Había un pulso uniforme, optimista, utópico en las proyecciones del gobierno, cuando se proponía realizar el progreso nacional. Abundaron los discursos sobre ferrocarriles, sin detener los vuelos de la imaginación. No es indispensable subrayar que nada se cumplía. Pensábase en una línea férrea de La Paz a un punto del lago Titicaca, como se ponía el fugaz entusiasmo en una cantidad de cosas irrealizables por falta de recursos. Pero esta costumbre venía, arrastrándose, desde lejos.

Desde el 31 de enero de 1874, Tomás Frías asumió nuevamente la presidencia, por enfermedad de Adolfo Ballivián, quien falleció poco después, el 14 de febrero.

Este segundo gobierno de Frías se distinguió por lo agitado y móvil. Bajo la inspiración de Baptista, se firmó un nuevo tratado de límites con Chile. No corresponde a estas páginas entrar en detalles. El Banco Nacional trasladó su sede principal a La Paz, después de haberla tenido, transitoriamente, en Cobija; el Cuartel de Ametralladoras pasó a ser Colegio de Artes; el servicio de serenos de La Paz fué reemplazado por el de rondines, era simple cambio de nombres. El ejército no contaba con manuales escritos: se convocó a un concurso de táctica y de servicio militar, ofreciendo un premio de 5.000 bolivianos. Autorizóse a Daniel Núñez del Prado para implantar un instituto nacional de artesanos, entregándosele para tal objeto el edificio del cuartel de San Francisco. Se destinó 1.500 bolivianos para la escuela de medicina, que necesitaba materiales. Se fundó la Corporación de Carreteras de La Paz, que se proponía construir y explotar un camino al lago Titicaca.

Pero militares ni paisanos podían permanecer quietos. Frías, llevado por los hechos al terreno de la pelea, tuvo que hacer frente al renacimiento de la revuelta. De una parte, conspiraba el general Quevedo y de la otra, el doctor Corral, ambos enemigos irreconciliables. Recuérdese que Corral fué Secretario de Morales y Quevedo, lugarteniente de Melgarejo; entre los dos, abríase un abismo. Sin embargo, sentados en una conferencia realizada en La Paz aunaron sus tendencias y ambiciones para actuar como una fuerza contra la Constitución y el gobierno. Un tercero en discordia, solapado, escurridizo, obraba desde las esferas oficiales, como ministro de la Guerra y co-

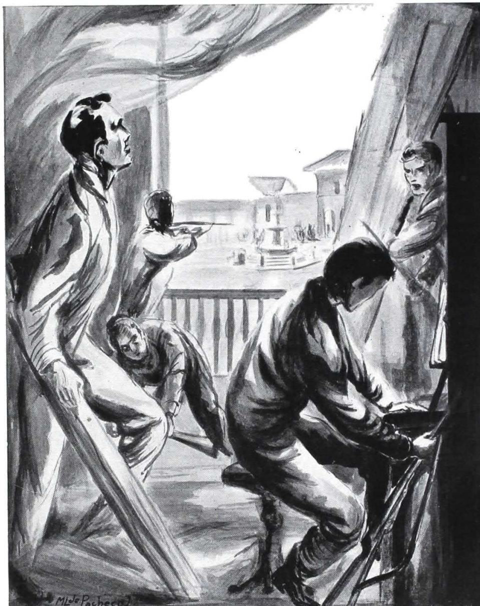
mandante del batallón *Colorados*: Hilarión Daza —ascendido ya a general—, ensoberbecido por Adolfo Ballivián y por el propio Frías, quien, hay que reconocerlo, estaba sostenido por aquel batallón. El llano no actuaba en este juego de intrigas y apetitos, limitado a sus tareas habituales, y los talleres y las calles de La Paz mantenían su cadencia de trabajo y rutina. A pasos demasiados pausados, iba creciendo su radio urbano, modificándose sus edificios, empedrándose las calles.

Llegó la noticia del motín: un batallón se había insurreccionado en Cochabamba, levantando el nombre de Quevedo, el general a quien en otra oportunidad había armado Chile. El mismo interesado fué a disuadir a sus admiradores, quienes, desilusionados, se disgregaron. El 23 de diciembre, otro batallón se pronunció en La Paz por el mismo general. Esta vez no quiso ya dejar pasar la coyuntura. Formó un Directorio, cooperado por Corral. El gobierno estaba moviéndose por los caminos del territorio nacional en la misión de combatir o frenar motines. Los insurrectos de La Paz sintiéronse dueños de la ciudad, la cual durante "tres días sufrió los desenfrenos de la soldadesca ebria y sanguinaria". Pero la agilidad de Frías y de Daza restablecieron el orden. Hácia el 18 de enero, habíase vencido a los partidarios de Quevedo, en Chacoma, y se había fusilado al capitán Avilés.

Regresó el gobierno a La Paz, pero tuvo que volver a ponerse en campaña, porque el coronel Carrasco y Miguel Aguirre, amotinados, convocaban a la lucha. Durante esta ausencia, reapareció en la ciudad la facción quevedo-corralista y atacó el palacio de gobierno, donde funcionaban los cinco ministerios y otras reparticiones públicas como la comisaría de guerra, la oficina de límites y el tesoro nacional. Hallábanse en sus despachos los ministros Baptista y Calvo, quienes resistieron la arremetida, mientras un correo iba a demandar refuerzos de Viacha. La briosa agresión se prolongaba, y los defensores, con elementos ofensivos muy limitados, estaban dispuestos a no ceder. El palacio acabó siendo un reducto inexpugnable, defendido por lo más granado de la juventud paceña. En la impotencia de rendirlo, los atacantes lo incendiaron. Hacia el atardecer del 20 de marzo, la parte alta del edificio no era sino una inmensa llamarada; adentro se desmoronaban las paredes, crepitaban los muebles y abrasaban ya a sus pocos defensores. Cuando llegó el contingente pedido, los motineros intentaron resistir pero fueron abatidos. Los dos ministros y sus amigos salieron a la plaza en medio de un intenso tiroteo.

Estaba detenida la revuelta. Sin otras preocupaciones que la cantidad de problemas insolubles y la anarquía militar enhiesta todavía, desarrollábase el gobierno, cuyo despacho, después del incendio del palacio, había sido trasladado al palacio de justicia, en la calle Ayacucho. De pronto, su mejor colaborador, el brazo sustentador del orden, se erigió en director de la política boliviana y "mandó echar de sus oficinas al presidente y a sus ministros". Hilarión Daza había sido señalado hasta entonces como el futuro candidato presidencial. El período constitucional terminaba, y no quiso esperar. En un manifiesto a la nación explicó las razones que le movieron a convertirse de ministro de guerra en presidente: debilidad oficial, cuestiones electorales, postración económica. No faltaban buenas razones para defender malas causas. Y sobraban los asesores letrados.

Era un golpe militar, sin apoyo de opinión y sin la emoción de multitudes. Voluntad, nada más, de un general con mando sobre una fracción de fuerza. Sus primeros actos fueron conciliadores, mediante un decreto de amnistía. Valiéndose de la prensa adicta, se presentó como un hombre moderado, de ideas liberales; pero fuerte, como para controlar el desorden. Cuando recibió alguna colaboración de personajes conocidos, apareció el dictador, y obró como tal. La primera manifestación de resistencia a



Defensa e incendio del Palacio de Gobierno, el 20 de marzo de 1875, contra la plebe y en resguardo de la ley y del gobierno legal del anciano Presidente Tomás Frías.

su gobierno, que se produjo en Cochabamba, no tuvo mayor trascendencia; la segunda fué la tentativa revolucionaria federalista conducida por Andrés Ibáñez, en Santa Cruz, con cuyo motivo se declaró el ejército en campaña y, para juzgar a los cabecillas, obró el consejo de guerra. Huían Ibáñez y ocho conjurados; capturados, murieron en el patíbulo.

Con relación a los gobiernos de Ballivián y Frías, que representaron el espíritu de la ley en sus manifestaciones más acusadas, Daza implicó el retorno del cesarismo uniformado, en una hora en que el drama nacional estaba desembocando en los lindes de la tragedia. El gobierno, en cierto modo, era la repetición de Melgarejo, que subió a la presidencia cuando el país podía

aprovechar una situación de bonanza en la explotación de sus riquezas y la creación de nuevas fuentes de recursos; Melgarejo significó el freno y el fracaso en aquella época, como Daza representaba la derrota y el enervamiento de las energías creadoras del pueblo.

ESCORZO DE CIUDAD Y GOLPE DE GUERRA

Dejemos al general Daza, dueño de los destinos nacionales, sin visión y sin talento de estadista, entregarse a un frenético goce del placer de ser gobernante. Volvamos los ojos a La Paz, para asistir a sus empeños. La municipalidad adquirió su juego institucional. El ejecutivo concedió el local del Colegio Ayacucho al doctor Félix Reyes Ortiz, para el Ateneo de Enseñanza Superior y Secundario y al señor Benjamín Fernández, el del Colegio Junín, también para instrucción media; y la antigua casa de la Moneda, clausurada por Linares y empleada algunas veces como cuartel, se la destinaba al Ateneo Industrial. Por su parte, la Municipalidad restableció varias escuelas; creó 7 nuevas, incluyendo una en Obrajes y dos para zonas indígenas, y con una comisión hizo preparar un Código Municipal de Instrucción Primaria. Reconoció, además, súbvenciones a los planteles particulares.

El alumbrado de gas era deficiente. Las velas y los faroles en las esquinas no desaparecieron todavía. Se gastaba en gas, al mes, 1.600 bolivianos. La antigua ciudad, pequeñita y estrecha, se había extendido, creando nuevas necesidades. Se empleaba entonces 16.936.80 bolivianos para ampliar con 300 luces de gas, el alumbrado nocturno.

Notábase un renacer en la tarea de mejorar las calles, las zonas de paseo, los hospitales, las fuentes públicas, los puentes, el ornato público, etc. En algunas iglesias se construían nuevos altares. En San Sebastián, se procedió a un arreglo general del edificio.

Se reunió una asamblea constituyente, que aprobó los actos del gobierno de facto, dictó la 10ª Constitución y nombró presidente a Daza. Era el camino habitual después de cada golpe de Estado. Consideró y aprobó, entre otras, "la ley de transacción" imponiendo que la compañía explotadora de salitres pague diez centavos por quintal exportado. Éste fué el pretexto y la oportunidad que esperaba Chile para iniciar la guerra de conquista, puesto que, para esta empresa, había venido alistándose desde que se suscribió la alianza peruano-boliviana. Dejaremos de lado los antecedentes y las circunstancias que movieron el brazo chileno. La ciudad de La Paz celebraba el carnaval de 1879, con cierta nerviosidad, derivada de la realidad internacional. Una verdad reconocida por todos fué que el país no estaba preparado para la lucha armada, no obstante de que la alianza de 1873 debió haber encaminado la obra de los gobiernos —como quiso Adolfo Ballivián— a prever la defensa y a tender vías de comunicación. No era la oportunidad de las acusaciones tardías, sino de los hechos. Con ellos se encaró el pueblo, que intuía la presencia de la tragedia. Cuando Daza recibió la noticia de la toma de Antofagasta, guardó el telegrama, porque no quería interrumpir los regocijos palaciegos. Tuvo que pasar el Carnaval para que el pueblo conociera aquel documento.

El 27 de febrero se efectuó en La Paz un mitin de protesta contra la agresión chilena. Salió a las calles, sin excepción, el pueblo, y en la plaza expresó su voluntad de responder al desafío, de asistir a la cita de sangre. Esparcida la noticia por las provincias, llegaban a la ciudad legiones de voluntarios. Pero la guerra no sólo está hecha de discursos y frases grandilocuentes. El Concejo Municipal acometió la organización de servicios de enfermeros, camilleros, hospitales; demandó la cooperación del Obispo, a fin de que en la obra ayudaran seglares, monjas y legos.

Los cuarteles de La Paz se llenaron de

voluntarios. En el plano político, las rencillas de las facciones hicieron un alto, porque el tiempo imponía frenos duros a la ambición y a la anarquía. Contábase con nueve mil soldados, y, encabezándolos, salía Daza de La Paz el 17 de abril de 1879. Hasta entonces el ejército chileno había proclamado en Antofagasta la "reivindicación", localidad que asaltó el 14 de febrero, en tanto que la declaratoria de beligerancia era notificada sólo el 5 de abril. Abaroa había caído ya, en Calama, gritando la inmensidad desesperada de su frase, en que se apretaba, resumida, la indignación boliviana.

La situación interna no era bonancible en ningún orden. Escaseaban los alimentos, y la especulación actuaba con auge. Para contrarrestar la carestía se abrieron casas de abasto municipales a fin de satisfacer las necesidades del pueblo y se dió un paso más: se fijó precios y se los controló. En otros puntos del territorio nacional, vivíase en un estado angustioso de pobreza; en Cochabamba, más de dos centenares de personas perecieron de hambre.

Llegaban las noticias de la guerra, contradictorias, desalentadoras. No obstante, y a despecho de la dolorosa situación económica, la moral continuaba robusteciéndose. La corporación edilicia propuso la contratación de un empréstito de cien millones de bolivianos para trabajar en un camino rápido a la zona de operaciones. "Viabilidad", decíase en aquel tiempo. Su mira apremiante era unir el litoral con los centros de producción "de una manera sencilla y sin otro recurso que apelar al patrimonio de los bolivianos y a nuestros capitales, que serán fácilmente movilizados por los prestigios de cada gobierno local". Daniel Núñez del Prado, Presidente del Concejo, agregaba: "No nos veamos obligados por más tiempo a mendigar permiso ajeno para vivir la propia vida que debe vivir cada nación". Caminos a los puertos, repetíase en La Paz, como un mandato imperativo. El plan propuesto consistía en que cada municipalidad ofreciera una garantía de un millón de bolivianos, que harían "frente al servicio de más de cien millones de bolivianos" para una ruta inmediata, factible y útil al litoral.

Mas los acontecimientos se precipitaban, golpeando el alma nacional, hiriendo al pueblo del Norte, de donde había partido el ejército, el primero que iba al sacrificio. El valor, sin embargo, se volvía a imponer. Hacíase gestiones para empréstitos de guerra. El estado adeudaba a la municipalidad 40.000 bolivianos, con los cuales proyectábase adquirir carros de ambulancia.

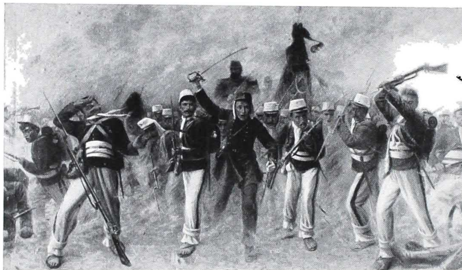
La retirada de *Camarones* y después *San Francisco* —adversos episodios de la guerra—, tuvieron influencia desastrosa en La Paz, donde la reacción popular iba en aumento, considerando la actitud de Daza como una traición injustificable. El Consejo de Estado acabó, miedoso, por dispersarse. No había, pues, en el país gobierno ni orden ni paz. Entonces la municipalidad se vió forzada a salir del marco de sus atribuciones locales para actuar en el restablecimiento de la calma que hacía falta. Informando este episodio, don Daniel Núñez del Prado decía poco después: "*Con motivo del contraste de San Francisco, originado por la vergonzosa retirada de Camarones, la indignación popular llegó a su colmo. Temeroso el Consejo de Ministros de una revolución general, dejó su puesto en acefalía, fugando el de la guerra y asilándose en legaciones los otros, habiéndome entregado antes la fuerza en mi calidad de Presidente del Concejo Departamental. A pesar de tentativas de diversa índole pude conjurar la tempestad que amenazaba desquiciar el orden social. Mis sacrificios fueron inmensamente recompensados con el servicio prestado a mi país y el voto de confianza del H. Concejo. Que los funestos recuerdos del pasado, sean saludables lecciones para el porvenir*".

Hilarión Daza fué separado del mando de las tropas y de la presidencia de Bolivia, por acuerdo de los jefes bolivianos. El

coronel Eliodoro Camacho se puso a disposición del aliado peruano para continuar la lucha. La Paz, por su parte, desconoció también a Daza y encomendó los destinos del país a un gobierno provisional, en un movimiento cívico que no podía llamarse subversivo sino de rectificación de los hechos, para mejorar la conducción nacional y la de la guerra. Poco después, era confirmado el general Narciso Campero en el gobierno provisorio.

La incertidumbre se traducía y reflejaba en La Paz con exaltado relieve. La tensión preocupada del pueblo era obsesiva por la guerra y la suerte de los soldados. Todos los recursos se volcaban hacia ese objetivo; se envió dinero a Tacna para la adquisición de ambulancias e improvisación de hospitales de sangre; se atendía a los heridos y a los necesitados. Fruto de la misma guerra, se produjo una creciente inmigración de personas peruanas, que huían de los horrores de la lucha; la ciudad cumplió el deber de proporcionarles alojamiento y alimentación, como a elementos de un país aliado.

En los primeros días de marzo, con ira contenida, se hizo frente, en La Paz, al motín militar. El coronel Uladislao Silva, con los oficiales José Manuel Guachalla y Federico Matos y el paisano Severo Matos, sublevaron a cuatro batallones estacionados en Viacha, vinieron a la ciudad y proclamaron la revolución en favor del primero. Mientras el país se desangraba en la lucha armada, uno de los hombres que tenía la obligación de defender, por su profesión, la soberanía nacional, prefería embarcarse en la aventura de llegar al gobierno, dando espaldas a su deber. Tomaba cuerpo un clima de pelea con los traidores, como se calificó a los "revolucionarios". Así también los declaró el decreto de 17 de marzo. Fué la comuna la que comenzó a mostrar a los autores de la rebelión del 12 de marzo, que su misión estaba en el frente de batalla. Cuando recibió algunas órdenes del "Jefe Superior" coronel Silva, las desobedeció, suspendió las elecciones y, finalmente, le incitó a marchar al teatro de operaciones. Decíale al coronel motinero, entre otros conceptos, "*...hace un solemne llamamiento a los sentimientos de patriotismo y de humanidad y el honor mismo de Ud.,*



Los Colorados de Bolivia en la batalla del Alto de la Alianza.
(Cuadro al óleo por el artista Nogales).

para que haga cesar esta terrible situación, devuelva la tranquilidad a este pobre pueblo y sobre todo mande llevar a cabo la salida de estas fuerzas en resguardo de la República aliada, aprovechando de los vapores que se hallan surtos en Chililaya, y salve de este modo, el decoro de Bolivia zando. Las habitaciones desocupadas por los tribunales de justicia, se convertían en la escuela San José; la de Santa Ana, se declaraba plantel municipal; se aprobaba la creación de una escuela normal; grupos de obreros reparaban el teatro Municipal y ensanchaban el Cementerio; se levantaba el

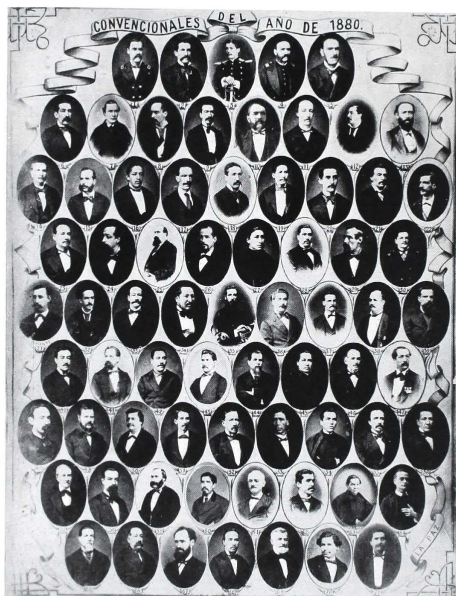


Otro cuadro pictórico que evoca con gráfica elocuencia el heroísmo y la desventura de los defensores del Litoral boliviano en 1879.

empeñado bajo el sagrado del honor y la lealtad". La extensa nota iba con la firma de Venancio Burgoa, Presidente del Concejo. La respuesta del Secretario de Silva decía que los fines del "Jefe Superior", eran altos y no subalternos. Efectivamente: la presidencia de la nación. Pero cayó por su base la audacia, desbaratada por la resistencia popular y por la actitud asumida por el coronel Camacho. Quedaban, sin embargo, los hechos, la actitud, la irresponsabilidad, como un signo vergonzoso; y quedaban la rabia del pueblo y la austera posición de la municipalidad.

El presidente Campero convocó a una convención. La Paz, sin olvidar sus deberes de la guerra, hacía algo por seguir avan-

censo de la población; se clausuraba el convento de la Merced; por la guerra, se suspendían las labores escolares. La calle Riverilla unía el prado con la Ciudad Ballivián. Se rehabilitaba la plaza de San Pedro —la Nueva La Paz—, que fuera destruída por los indios en la revolución del año 57. La zona tenía historia. Hasta allí, al fundarse la ciudad, fueron empujados los indios por los españoles; allí lo nativo hizo su centro, mundo aparte del acabado de llegar, y hasta allí también fué la cruz cristiana y plantó una iglesia; Belzu hizo levantar una plaza de toros, y Morales quería una cárcel grande, como para meter en ella a todos los que se opusieran a su gobierno. El tiempo lo melló todo.



La Convención Nacional de 1880.

Construíase un malecón en Challapampa; las calles, removidas en varias cuadras, eran niveladas y empedradas; renovábanse las viejas rejas de madera del Prado. La ciudad parecía en permanente edificación. Cuadrillas de peones trasladábanse de uno a otro lado, llenando las arterias con un rumor continuado de palas y martillos. En un sitio abríase una calle, en otro demolíanse centenarios muros para facilitar las comunicaciones urbanas; piedra y cal iban formando arquerías sobre los ríos.

La Convención del 80, eligió presidente de la República al general Narciso Campero. Era todavía para el país descarnado, el espoleo de la guerra; los campos de ba-

talla estaban muy distantes, pero aquella presencia residía en todos los minutos, brotaba de todos los labios. En las esferas oficiales resolvíase la pugna entre *guerristas* y *practicistas;* el presidente pertenecía a los primeros, y el pueblo aceptaba con resignación la dura realidad del momento. Se prohibió entonces toda manifestación de prensa o por otros medios, contra la política de guerra, así como la publicación de medidas referentes a operaciones bélicas o negocios diplomáticos. Los fondos municipales, exceptuando los de beneficiencia, fueron aplicados a gastos de campaña, y se formaban batallones y regimientos.

Un incidente desvió, por un breve lapso, esta doble preocupación de La Paz. El gobierno dispuso un empréstito forzoso de 120.000 Bs. para necesidades de guerra y ordenó a la municipalidad hacerlo efectivo. Urgido de dineros, envió incitativas enérgicas al Concejo Departamental para que actuase sin pérdida de tiempo; después le hizo conocer un plazo perentorio para la entrega de la suma requerida, que no era fácil de acopiar. El Concejo invitó a los comerciantes y propietarios, para arbitrar los recursos demandados, pero fué interrumpido por un piquete de fuerzas que irrumpió en las oficinas edilicias; y el jefe, un oficial, sentenció que todos estaban presos hasta que concluyeran el negocio del empréstito. Los prisioneros formularon reclamaciones inmediatas, que fueron contestadas a las 28 horas. El presidente de la Comuna fué confinado. Continuaron las gestiones y se reunió 113.000 bolivianos, que fué el límite hasta donde se forzó la contribución. La corporación local no quiso hacer cuestión de los procedimientos coercitivos usados, por no suscitar un conflicto entre el pueblo de La Paz y el gobierno, debido al estado de guerra internacional.

El viejo palacio de Gobierno, desde el incendio que sufrió, quedaba poco menos que en ruinas. Se hicieron cálculos para una reparación total con un presupuesto de Bs. 42.495.27 y para trabajos rápidos, casi defensivos, Bs. 10.195.27. El gobierno ordenó que se efectuara la obra, promoviendo una suscripción entre el comercio y los propietarios. Y después echó mano a los fondos destinados a la catedral para ayudarse a pagar el valor de la reedificación.

En 1880, la Municipalidad hizo una división de la ciudad urbana en ocho distritos, a los cuales, don Luis S. Crespo, en su Monografía de La Paz, le agregó el noveno. Eran:

1º — "El Sagrario", con los siguientes límites: N., Plaza 16 de Julio y calle Illimani; S., río Choqueyapu; E., calle de Loayza; O., calle Socabaya.



Plaza de San Francisco antiguo, un día domingo.

2º — "La Concepción", con los límites: N., calle Ingavi; E., Plaza 16 de Julio y calle Socabaya; S. y O., Choqueyapu.

3º — "Santo Domingo", con los límites: N., calle Carcantía; E., Junín; S., Ingavi; O., quebrada Calchuani.

4º — "El Carmen", con los límites: N. quebrada Mejahuira; E., Loayza y Bolívar; S., Illimani y Plaza 16 de Julio; O., Junín.

5º — "Santa Bárbara", con los límites; N., calle Coroico; E., Yungas y río Choqueyapu; O., Loayza.

6º — "El Hospicio", con los límites: N., río Choqueyapu; E., río Carawichinca; S., río Chaqueri; O., calles Potosí y Sagárnaga.

7º — "San Francisco", con los límites: N., ríos Apumalla y Choqueyapu; E., calles Sagárnaga y Potosí; S. y O., Chapicalle y Carretera.

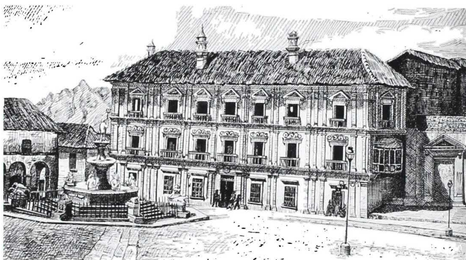
8º — "San Sebastián", con los límites: N., río Choqueyapu; E. y S., río Apumalla; O., calle Pizarro.

9º — "San Pedro", con los límites: N., río Choqueyapu: E., río San Pedro; S., calle Amazonas; O., Carwichinca.

La ciudad estaba separada en dos zonas —urbana y rural— perfectamente diferenciadas. En la rural se incluían San Pedro, que pronto iba a ser la Nueva Paz, San Sebastián y Obrajes. En la urbana, empero, quedaban regiones vacías de casas, en las que la modificadora actividad humana aún no se había empeñado.

Además de esa división, existía una clasificación de calles en intrapuentes y extrapuentes. La costumbre y la necesidad de simplificar las cosas, ha borrado esas diferencias. Del mismo modo, han venido desapareciendo los distritos, que antes fueron barrios, cuyo común denominador era el templo o la parroquia. En 1880 se contaban "140 manzanas, 1.565 casas, 1.574 puertas principales, 3.592 puertas de tiendas, 3.474 ventanas altas y 1.084 ventanas bajas".

En ese mismo tiempo, los padres jesuítas establecieron un colegio particular. El antiguo "marchamo" se convertía en impuesto a la corambre y se hacía el derribo de reses en el camal, cobrando medio boliviano por ejemplar de ganado vacuno y diez centavos por el lanar.



El palacio de gobierno de La Paz, después del incendio del 20 de marzo de 1874. Episodio que ha originado el mote del Palacio Quemado por el que se distingue a la casa de gobierno de La Paz.

Se hallaban establecidos servicios de diligencia para trasladarse de uno a otro lugar. Las postas instaladas en cada ciudad y a lo largo de los caminos, constituían servicios públicos indispensables. Debía atenderlas el Estado o encomendarlas, por licitación, a una empresa particular. Existía un edificio inmenso en La Paz, con extensiones sembradas y forraje de reserva para la alimentación de los animales. En diciembre de 1882, se entregó a un concesionario el local fiscal y las bestias y arreos correspondientes; se le asignó una subvención para retribuir sus gastos, y se le autorizó a "cobrar 30 centavos de flete por mula por cada legua de recorrido entre la ciudad

y la primera posta inmediata, sin que sea forzoso el servicio a mayor distancia". Se dispuso, asimismo, que a los postillones se les pagara 10 centavos por legua. Los indios comunarios y los postillones debían encargarse, además, de conducir el correo.

No es demasiado exótico señalar que, al mismo tiempo, se autorizó al señor Juan Minchin para construir un ferrocarril de La Paz a Puerto Pérez. Este linaje de autorizaciones eran como el padrenuestro; se las decía y firmaba a cada momento.

La guerra había realizado sus mayores batallas. El Perú firmaba en Ancón un tratado con el vencedor y luego Bolivia tuvo que aceptar el pacto de tregua, después de haberse debatido, hasta el paroxismo, en una lucha de guerristas y practicistas. A pesar de cierta esperanza que sobrenadaba, el litoral se había perdido.

Estaban naciendo, después de duras pruebas, los partidos liberal y conservador, al propio tiempo que la plata extraída de las minas del país encontraba mercados abiertos y altas cotizaciones, iniciándose el ciclo de ese metal, dentro del cual tomó el poder el partido conservador. El tercer partido político se formaba con los deshechos de las dictaduras militares y estaba comandado por el secretario que fué de Melgarejo —Muñoz— y el de Morales —Corral— y Jorge Oblitas, y llevaba, paradójicamente, el nombre de demócrata. Encabezábalo Gregorio Pacheco. En las elecciones salió ungido este último, merced al dinero, que sustituía, por de pronto, a la elocuencia irrefragable de las armas.

PERFILES DE URBE. TRES GOBIERNOS QUE PASAN

Estaba clausurada la salida al mar, y clausurábase, asimismo, un período lamentable, largo, doloroso, de la historia patria. La Paz había seguido, paso a paso, el mismo proceso que el país. Cuando fué necesario trastrocar situaciones de hecho, derrumbar tiranías, había salido a las calles; para salvar el país, acudió a las armas; para defender el territorio nacional, fué a las regiones de la lucha. Procuró empujar la marcha nacional por derroteros de organización y paz social, y reiteradas veces fué defraudada.

Pasada la tragedia y consumada la mutilación, asistía a obras que buscaban el embellecimiento urbano. La municipalidad empleaba la mayor parte de sus recursos en obras públicas, instrucción y beneficencia. Y acometía la ampliación de la ciudad acordando que "el ensanche de la ciudad debe efectuarse por la Parroquia de San Pedro, por las diferentes ventajas que ofrece". Mas no debía ser sin concierto; mandó hacer la delineación de las nuevas calles, suficientes para el tránsito de rodados.

Se hablaba del árbol de la quina y de-



Cómo era antiguamente la avenida Arce.



Barrio de Sopocachi antiguo.

cíase: "La mejor cascarilla boliviana es la natural de los declives orientales de los Andes paceños, y es al Concejo Departamental de La Paz, a quien puede pasar el gobierno la medalla de oro dedicada a la República para la cascarilla exhibida en la exposición industrial de Buenos Aires de 1882".



Suburbio de La Paz antigua.

Hacíase la rectificación del catastro departamental; poníase en remate los terrenos del Estado en la calle 6 de Agosto, que era todavía un vasto campo; aplaudía el gobierno a la Junta de Caminos y Telégrafos de La Paz, por su dedicación al progreso y por el telégrafo construído al Desaguadero; arreglábanse los caminos a los Altos de Lima y Potosí.

Hubo de ensayarse el alumbrado público



Un chalet en la Alameda.

por medio de kerosén, porque el gas resultaba caro y los contratos llegaban a su fin. Fallado el experimento, tornóse al de velas de sebo. La Paz era, —lo apuntamos ya— una ciudad en permanente construcción y en los años finiseculares, en una escala más grande aún. Realizábase todo cuanto no había sido logrado desde la fundación de la República. Lo poco que había, debíase al esfuerzo particular; lo que estaba emprendiéndose, también, en su casi totalidad, derivaba de aquel empeño constructor. Entonces el cuerpo edilicio tenía fines concretos, dentro de los cuales giraba, anualmente, su presupuesto. Ahí va, a guisa de ejemplo, un índice de sus tareas: nivelación y embaldosado de la plaza 16 de Julio, de las calles Bolívar y Figueroa; terraplenado en la plaza de la Caja del Agua, donde también se prolongaban los trabajos del malecón; pago a las monjas Concepcionistas, Bs. 10.512, para abrir una calle que llevará el nombre de Pichincha; apertura, en la calle de la Paciencia, de una nueva arteria; una calle entre los barrios Santa Cruz y Carretera; instalación de la Normal Superior "16 de Julio". Don Manuel Mariaca lamentábase: "no tenemos locales propios y especiales para escuelas, para los juzgados y tribunales de justicia, para cárceles, aduana, cuarteles. El pavimento de casi todas las calles requiere nivelación y compostura al uso moderno. Los paseos públicos se resienten de prosaicos y ya muy poco adecuados a la época". La municipalidad era fuente de las mayores actividades y debía atender a las necesidades no sólo edilicias sino también las del Ejecutivo, del ejército, de la justicia. Casi todas las casas usadas por el gobierno eran de propiedad municipal. Ella llamó a propuestas de planos para la construcción de la cárcel pública, señalando el terreno en la plaza de San Pedro. Posteriormente mandará hacer los trabajos, hasta su conclusión. Adquirió la casa de Don Pedro Kramer, situada frente al teatro municipal, por Bs. 9.800, y la demolió para abrir una peque-

ña plaza. En el año 1885, había en la ciudad sólo dos matronas. Quiso aumentar este servicio y el único medio efectivo de realizarlo fué subvencionando para iniciar un curso de obstetricia. Pero las necesidades crecían y la población empujaba el progreso. Se fundó entonces un cuerpo de bomberos. El museo, al lado del hospital de la calle Loayza, recibía al público. Organizábase una Caja de Ahorros y Monte de Piedad, que empezó sus labores con 5.000 bolivianos, gerentado por Benedicto Goitia. Un local trabajado por la Municipalidad para la facultad de medicina, fué entregado al servicio. Para estimular la afición de la lectura, fuera de la biblioteca oficial, se fundó la Biblioteca Popular "14 de Julio". El servicio de agua era todavía callejero; pero ya se proyectaba una instalación más acorde con las necesidades de la población. El espíritu público de los vecinos manifestábase desinteresado y práctico; los padres de familia que organizaron el Instituto Nacional Boliviano, cedieron a la ciudad 660 metros cuadrados de tierra para ensanchar la calle situada al sudeste del valle de Sopocachi; Romero Soriano donó una casa para hospital; Lucio Pérez Velasco obsequió una mesa de operaciones a la misma institución; Vicenta Munguía v. de Barriga entregó una casa suya, situada en la calle Illampu, para un asilo de pobres vergonzantes. Las fincas municipales sufragaban los gastos de los hospitales, que eran ya tres; el de mujeres, el de varones y el Lazareto.

Las escuelas municipales no eran muchas todavía: San Francisco, San Agustín, Junín, Bolívar, Sucre, San Sebastián, dos escuelas de señoritas, la Normal y dos en zonas de población indígena. Subvencionábase, además, a 9 particulares: Liceo Sucre, Liceo Porvenir, Liceo 16 de Julio, Liceo de la Merced, Liceo Americano, Instituto de El Carmen, Instituto Independencia, Instituto Nacional Boliviano. Pero no sólo eso: gastaba sumas fijas anuales para estimular la instrucción en provincias.

Funcionaban sociedades literarias, academias, facultades de medicina y derecho. La biblioteca creada por Santa Cruz, abría sus puertas en la calle Ingavi; y en otro barrio, la biblioteca Popular. La ciudad de fines del siglo pasado, que los duros hombres del Norte construían a paso cada vez más acelerado, tenía un alma propia, una fisonomía peculiar; cumplía el proceso lógico de su crecimiento y su progreso.

En aquella hora, la primera necesidad eran los cuarteles. En el interior de estos edificios se discutieron y planearon, con el nombre de revoluciones, las más inauditas calamidades nacionales. Y los cuarteles en La Paz eran: Tambo de San Antonio, Casa de Ariñez, casa de Borda, casa de Lemus, cárcel Loayza, palacio Episcopal, Claustro de San Francisco, mercado Sucre, Casa de la Moneda, Convento de la Merced, Palacio de Gobierno, Cuartel de la Plaza. Algunos yacían en ruinas.

El vecindario se proveía de los artículos alimenticios traídos por los indígenas y por los comerciantes pequeños. Las distancias encarecían los costos, pero no ocasionaban escasez. El abasto de harina, estaba en la calle Sagárnaga; el Tambo de carbón, en la calle Rodríguez; la recova, entre las calles Ayacucho y Colón; desde 1849 fué convertida en cuartel, corriendo igual suerte que el mercado Sucre. También existían los mercados San Francisco y San Sebastián.

La casa de gobierno fué, en varios períodos, el antiguo Cabildo. Ballivián la hizo demoler para levantar otro edificio, que fué concluído en el tiempo de Belzu. Los tribunales de Justicia funcionaban en un departamento de los altos del Mercado Público, porque el edificio que Sucre hiciera construir fué vendido. La Universidad tenía su sitio en el Loreto, donde se reunía también el Congreso. La aduana estaba en la Plaza San Francisco; el Municipio, en el piso alto del Mercado Público y la Casa de Gobierno, en la calle Ayacucho.

Los tambos eran como las venas del or-

ganismo social. Allí llegaban los pequeños comerciantes nativos y foráneos. Cada uno de aquéllos poseía una especialidad y una designación: el tambo de aguardientes; el de quinas y tabaco; el de harinas; el de suelas; el de carbón; el tambo de los challapateños; el de los costeños, que traían productos de ultramar, y otros más.



Antigua Plaza de Armas de La Paz donde se ostentaban la pila de berenguela y la torre del Loreto cuya cúpula asoma sobre la fronda del parque antiguo.

Las plazas eran ya varias: la 16 de Julio, la de La Ley, en el antiguo enterratorio de La Merced, donde ahora se levanta el Mercado de Flores; la de San Francisco; la Alonso de Mendoza, la de Caja del Agua, la de San Pedro. Los paseos: la Alameda, Sopocachi, San Jorge, San Isidro de Potopoto, Challapampa, Obrajes.

Había dos cervecerías, numerosas fábricas, un comercio mayorista y minorista crecido; el Banco Boliviano, creado en 1868; el Hipotecario, en 1869; el de Quinas, en 1843, para monopolizar cascarilla, y el de la Coca y Consignaciones.

La propuesta del ferrocarril a Huanchaca, con una prolongación hasta Oruro y La Paz, era objeto de estudio de los entendidos y del comentario de los profanos. Se proyectaban empresas mineras arriesgadas. La plata era el tema seductor, alucinante y con sabor de aventuras. Los ferrocarriles, sin duda, relacionábanse con ese metal que, con sus ganancias extraordinarias, encendía las ambiciones y tentaba a todos. Bolivia siempre fué un país de silos y trabajo subterráneo. En los años finiseculares se multiplicó esa actividad. El estaño se trabajaba y se exportaba, pero no constituía la atracción tentadora para los hombres ni para los capitales. Era interesante advertir que, ante la crisis económica que afectaba al Estado, el desequilibrio hacíase patente con la riqueza privada. Nacían en ese tiempo algunas nuevas fortunas. Y todo cuanto vivía y sufría el país, reflejábase inmediatamente en La Paz.

El río, el legendario Choqueyapu, podía citarse como el símbolo del pueblo paceño. Todo el tiempo corría sin amenazas; pero, de cuando en cuando, bajaba caudaloso y terrible. De manso y cantarín, hacíase furioso, rugiente, oscuro, pesado. De igual manera, los habitantes de la cuenca paceña fueron a lo largo de la historia pueblo paciente, laborioso, tolerante; pero cuando fueron requeridos al cumplimiento de imperativos superiores, cuando hubo que defender la Constitución o abatir a quienes la hollaban, la creciente popular era como la creciente del río: desbordábase incontenible. Existía, pues, identidad entre esta fuerza permanente que es el Choqueyapu y el hombre que moraba en sus riberas; los dos marchaban sin detenerse frente a ningún obstáculo. El año 1886, el río bajó turbio, vigoroso, con ímpetu devastador; socavó los cimientos de los puentes; el de Obrajes, hecho durante el tiempo de Sánchez Lima, se desmoronó y algunos otros sufrieron daños. Hubo de realizarse grandes empeños para reconstruirlos.

Don Adolfo Durán ofrecióse, con carácter honorario, para efectuar trabajos de estadística. En pocos meses tuvo concluído un cuadro de demografía con la estadística civil, el índice de contratos públicos, el del catastro de la ciudad, la estadística de instrucción pública, la agrícola, el censo personal, el movimiento del cementerio y el de la biblioteca. De este trabajo se desprenden los siguientes datos sumarios: 93 escuelas primarias funcionaban en el Departa-

mento; las había de tres clases: gratuitas, de pagamento —así decíase entonces— y particulares. El censo personal de la ciudad de La Paz arrojó un aumento del cinco por ciento en la población urbana y del 10 por ciento en la rural. Veamos el detalle:

La Paz	44.452	habitantes
Parroquia de San Sebastián	2.847	„
Parroquia de Santa Bárbara	2.165	„
Parroquia de San Pedro . .	5.029	„
Parroquia de Obrajes . . .	2.356	„
Total	56.849	habitantes

En la misma época, las demás capitales de Departamento del país presentaban las siguientes cifras de habitantes: Sucre, 15.980; Cochabamba, 19.507; Potosí, 11.944; Santa Cruz, 10.288; Oruro, 6.844 y Trinidad, 4.535. La población urbana "dentro de muros" —el término era grato al estadígrafo—, daba 44.335 habitantes; y la rural, diseminada en los suburbios y en la jurisdicción de las cuatro parroquias correspondientes a la ciudad, 11.270.

La epidemia de cólera asiática, que se presentó en la Argentina y Chile, alarmó a esos países y a los vecinos. Bolivia tendió un cordón sanitario, en el cual había más buena voluntad que efectivo atajo al peligro. La Paz vió que sus autoridades locales adoptaban medidas preventivas, difundían conocimientos profilácticos y un médico escribió cartillas de consejos para evitar el contagio. Pero la inquietud fué cediendo. El peligro quedó aislado y reducido.

El suceso memorable en la ciudad fué la inauguración del servicio de alumbrado eléctrico, público y particular, el 14 de julio de 1888. Y poco después, la fundación de la *Nueva La Paz*, en la parroquia de San Pedro. El acto fué apadrinado por el Presidente de la República, después que se hizo un prolijo trazado de calles.

Durante aquellos años se realizaron muchas otras obras, como la construcción de una carretera de La Paz a Obrajes; se estudió la propuesta de Manuel Murillo Dorado, para el establecimiento de tranvías en La Paz; se aceptó la propuesta de Juan Pinkás para la explotación y construcción de caminos en Bolivia, buscando la posibilidad de comunicar con el exterior, directamente, las ciudades de La Paz, Oruro, Cochabamba y, especialmente, una ruta de La Paz al Titicaca o al Desaguadero.

El señor Gregorio Pacheco gobernaba el país, después de haber pugnado con el señor Aniceto Arce en un singular duelo de gastos electorales. Su período fué, en verdad, bastante pacífico, de tendencia conservadora, pese a que nada quería tener de común con el constitucionalismo. En las elecciones, apoyó la candidatura del señor Aniceto Arce, su antiguo rival y con quien se había comprometido a entregarle el poder. Cumplió su palabra, pues el otro candidato, general Eliodoro Camacho, fué derrotado. Los liberales habían perdido también, en gran parte, las elecciones municipales, meses antes de las presidenciales.

Los industriales ricos habían hecho su aparición en el escenario político. A Pacheco sustituyóle Arce, asumiendo el mando el 6 de agosto de 1888. Un año antes, el Congreso, con largos debates, aceptó una idea arcista: el ferrocarril de Chile a Bolivia y, concretamente, hasta Oruro. Ahora amplió sus planes: hasta Huanchaca, mineral de su propiedad, y hasta La Paz. Fué un gobierno múltiple, ejecutor de obras importantes; pero tuvo que mantenerse en pie de lidia contra la animosidad y la impaciencia del partido liberal. Además, volvió el motín con elementos del ejército, el 8 de septiembre, en Sucre. Arce huyó disfrazado de cura, hasta Cochabamba. El golpe debió ser secundado en La Paz, pero aquí no hubo pronunciamiento alguno. Los autores del motín fueron fusilados. Poco después, una revuelta dirigida en La Paz por Camacho, fracasó, y el jefe del liberalismo huyó al Perú. En un clima caldeado, efervescente, cuidándose de la rebelión, en un lado, y del motín cuartelero, en otro,

Aniceto Arce realizó su obra gigantesca, sin precedentes en el país.

Propugnando un favorable entendimiento con Chile, firmó un protocolo que no fué aprovechado después por otros negociadores; inauguró el 15 de mayo de 1892, el ferrocarril trabajado hasta Oruro; fundó en La Paz el Colegio Militar, que anteriormente había tenido precaria vida. Inició la construcción de la Avenida *Arce*, "partiendo de la salida de la Alameda", debiendo terminar en Villa Alianza; habiéndose comprado un edificio para Colegio de Artes, se procedió a hacer las adaptaciones del caso; se empezó la apertura de un camino a Puerto Ballivián y otro a Corocoro; se creó una escuela de taquigrafía; tuvo lugar el establecimiento de las religiosas del Buen Pastor. Previos los estudios necesarios, se aceptaron las propuestas de The Peruvian Corporation para construir un ferrocarril de La Paz al Desaguadero; y de Avalos, Solá y Villarino, para el de Oruro a La Paz.

En el mes de abril de 1891, concluyeron los trabajos de construcción de la Cárcel Pública de La Paz, en el mismo sitio donde había proyectado hacerla el presidente Morales. Obra debida no más que al esfuerzo municipal. El tiempo le dará un nuevo nombre: Panóptico Nacional.

Challapampa se unió con la calle Ingavi por un puente; otro, fué inaugurado en la calle Colón. El 16 de julio de 1891, la municipalidad distribuyó máquinas de coser entre la gente pobre, y en esa misma fecha se inauguraron las cuatro aceras de la plaza 16 de Julio, donde también se entregó al público cuatro glorietas. Un año después, se creó un curso de oftalmología; se efectuó la exposición industrial, con premios en dinero para estimular la habilidad de los pequeños industriales; se refaccionó el palacio consistorial y se colocaron los bustos de Ballivián y Abaroa en la Alameda.

El partido conservador había resuelto mantenerse en el poder, a cuya sombra se desarrollaba, perdiendo el ímpetu combativo que otrora distinguiera a sus jefes y sus masas. Contaba con el apoyo del clero.

Lo que perdía el partido conservador en acción colectiva, ganaba el partido liberal, perseguido con saña. Arce no perdonaba la "revolución del 8 de septiembre". Y los liberales no perdonaban al presidente su parcialidad política. En este clima candente, en que las palabras eran apenas pálidos trasuntos de las oceánicas discrepancias, se efectuaron las elecciones, que no fueron limpias ni les faltó el rojo de la sangre. Baptista no obtuvo la mayoría. El Congreso, que debía hacer la elección no era íntegramente oficialista. Entonces el presidente Arce, como él mismo dijera, dió la respuesta al 8 de septiembre con el golpe de Estado del 5 de agosto, en que dictó estado de sitio, apresó y confinó a los representantes opositores, hizo jurar a los suplentes que, naturalmente, eran del partido del gobierno y produjo el milagro de la elección de Mariano Baptista. Hombre de leyes, legalista hasta la sutil manifestación de los simples detalles, Baptista se valió de la anormalidad y la trapacería para escalar la presidencia. Fué duro, implacable en el odio político. Hubo de ser indispensable la gestión de las señoras de La Paz, por intermedio del Obispo Baldivia, para que los liberales confinados en regiones mortíferas pudieran viajar al extranjero. No encontraban sitio para vivir en su propia tierra.

Se trasladó el gobierno a la ciudad de La Paz. Al mismo tiempo anunciábase el regreso de Hilarión Daza. El 19 de junio del año 1893, Baptista, en respuesta, decíale al terminar una carta: "se le acusa de una traición en Camarones". Poco después, Daza moría en Uyuni.

En junio se convocó a un Congreso ordinario en La Paz, que suscitó airadas protestas en Sucre. Cuando los representantes se reunieron, había dos temas dominantes, intransferibles: la lucha contra el gobierno y las diferencias regionales entre el Norte y el Sud. Estos tizones salían de los circu-

los oficiales y opositores y se extendían en el pueblo.

No podía asegurarse que Baptista hubiera hecho un buen gobierno, flanqueado por todas partes por la tacha del origen de su poder, acosado a cada momento por el liberalismo. Sin embargo firmó con Chile el tratado de 1895 con la intención de asegurar un puerto a Bolivia, que posteriormente fué despedazado.

REVOLUCIÓN FEDERALISTA PARA EL UNITARISMO LIBERAL

Aquella lucha política se precipitaba hasta las fronteras de la violencia. Las elecciones eran las válvulas para que los partidos dieran escape a su hostilidad. Como una traducción regional de aquel ambiente belicoso las elecciones municipales de 1893, en La Paz, fueron disputadas con verdadera pasión. La mayoría constitucional quiso interferir el ingreso de los munícipes opositores. Tachó a uno de ellos de deudor al fisco y a otro, de estar inhabilitado para asumir dos representaciones: la nacional y la edilicia. La prensa oficial y los círculos conservadores, tildaban de "club liberal" al Concejo. Los incidentes oratorios y publicitarios alcanzaron hirientes manifestaciones de beligerancia. Empero, pasados el escándalo y la agitación popular, el incidente tuvo su arreglo.

El 13 de mayo de 93, el general Eliodoro Camacho y el señor Nicolás Acosta comunicaron de Buenos Aires haber recogido los restos del general José Ballivián, que habían permanecido sepultados durante 28 años en el mausoleo de la familia Ramos-Mejía. Para trasladarlos, el Concejo nombró comisionados a los señores Carlos Bravo y Ramón Ballivián.

Una nueva arteria, la avenida *Arce* bajaba como prolongación de la *Alameda*. Desde que fué inaugurada por el presidente Aniceto Arce, había sido ornada de árboles y al final era acogedora una plazoleta con quioscos. Amplia, sombreada por el follaje de la arbolada que crecía en el borde de las aceras, se convirtió en el lugar favorito de los paseos urbanos. A no mucha distancia de allí, los domingos y los días festivos, llenábase de espectadores el Hipódromo de Sopocachi, trabajado en 1888 por el Sporting Club y, después, administrado por el Club Hípico La Paz. En casi todos los barrios habían polígonos de tiro al blanco.

Las distracciones no faltaban. Las parroquias tenían más de una fiesta anual con costumbres propias, derroche de fuegos artificiales, verbenas y procesiones, que eran, una vez transcurridos los oficios religiosos, motivos de expansión. Entonces formábanse las vendedoras de ponches, dulces y platos picantes, en largas ringleras. Y durante el día, música criolla e indígena, juegos populares y paseos largos.

Los domingos las familias trasladábanse a las chacarillas de los contornos o a sus haciendas, mientras el pueblo iba a regocijarse en Potopoto, en Obrajes, llevando sus orquestas de guitarras, concertinas y mandolinas.

Los trabajos de enrielado para el ferrocarril Oruro-La Paz avanzaba lentamente. No habiéndose cumplido en el plazo otorgado a la empresa, se lo amplió por resolución a ocho meses más.

Una mañana, la del 19 de abril de 1894, la población pudo presenciar un espectáculo insólito. A las 10, salierón del monasterio de las Concepcionistas diecisiete monjas, dirigiéndose a las oficinas episcopales. Los transeúntes mirábanlas asombrados. Por primera vez los ojos humanos, pecadores, veían por las calles a monjas con voto perpetuo de reclusión. Los curiosos, hombres y mujeres, se agolparon en la casa del señor Obispo. Se supo los motivos de la fuga. Había sido por pedir "amparo contra las hostilidades de las demás monjas, que obraban a impulsos de la voluntad de algunos malos clérigos y frailes". ¿Qué impulsos eran aquéllos?, preguntábase la gente. ¿Qué querían curas y frailes? Las ambiguas respuestas no pudieron satisfacer al pueblo, cuyo sentido

moral no transigía con explicaciones acomodadas a las circunstancias. Algo delicado, grave, hería su rectitud cristiana. "El hecho como es de suponer —comentaba José S. Crespo— causó gran escándalo en la ciudad y fuera de ella; pero los autores han quedado impunes".

Sorteando la resistencia y el descontento, luchando con una caudalosa oposición liberal, Mariano Baptista llegó al fin de su gobierno, que no fué un modelo de legalidad ni de sujeción a los dogmas de la ley que había predicado y sostenido desde los tiempos turbulentos de Manuel Isidoro Belzu. En el gobierno no pudo ser el inflexible legalista que fuera en la oposición. En cambio, aliado con el clero, supo insuflar a su partido —el conservador— una doctrina de pasión excluyente, de intereses de círculo. La religión, con Baptista, bajó del púlpito, salió de las iglesias y se mezcló en las beligerancias callejeras del banderío pequeño.

En las elecciones salió triunfante, frente al candidato liberal coronel Pando, con apoyo oficial —el irremediable apoyo oficial de sucesiones presidenciales—, Severo Fernández Alonso. El nuevo mandatario era la prolongación de sistemas generalizados desde el poder y el anuncio de una lucha política enconada.

Ella significaba, para el constitucionalismo, la permanencia del Gobierno en Sucre. Salieron a relucir rezagadas cuestiones de capitalía. En la historia boliviana, ese asunto no había asumido hasta entonces significación alguna. De pronto alcanzaban resonancia vasta, engrandecida por la ceguera. Desde las protestas y actas levantadas en Sucre —1893—, cuando Baptista convocó al Congreso para reunirse en La Paz, habían venido circulando venenos disociadores que el cálculo y la imprevisión pretendieron hacer mortales. La mejor manera de combatir a los liberales, en el concepto conservador, era tener el gobierno en el Sud. En esa hora sin grandeza, la mayor parte de las fortunas, eran poseídas por conservadores, y este dato acaso explique muchos desvíos en las mutaciones bruscas producidas en política.

Las elecciones municipales en La Paz para el período de 1898, habíanse efectuado con irregularidades, debido a la decisiva presión oficial. La discusión sobre credenciales, salpicó a todos y se tradujo en la prensa, desde cuyas columnas se mantuvo en alarma al vecindario. Era una de las formas agudas, agudizadas más bien, cómo se prolongaba la pugna entre constitucionales —que se daban el placer de actuar al margen de la Constitución— y liberales, que no desperdiciaban la oportunidad de ganar ventajas para agredir al oficialismo. Y esta vez, derrotados en elecciones, acusaban de fraudes electorales al gobierno.

Y éste, mediante decreto de 13 de enero, suspendió las funciones del Concejo Municipal de La Paz, hasta que la Corte Superior del Distrito fallara sobre las demandas electorales que fueron incoadas. El decreto no amilanó a los liberales. Pese a la orden y al decreto, se inauguró el año municipal. En respuesta, el Prefecto cerró, con fuerza pública, el recinto comunal.

El 16 de enero se efectuaba el recuento de votos. El jurado fué dispersado por la policía y tachado de sedicente. Volvió, con estos sucesos, el tumulto a la calle, y en un choque de bandos encontrados murió el joven Ezequiel Eduardo, cuya sangre exacerbó más todavía la inquieta actitud popular.

Considerando graves los acontecimientos, el gobierno, informado por el Prefecto, se apresuró a intervenir la municipalidad. Inmediatamente después, el 17, estableció el estado de sitio en La Paz. Decía el documento: "...el titulado Concejo Municipal con una actitud subversiva y que trata de propagarla en términos que comprometen el orden público; que el cuerpo de jurados de aquella ciudad ha desconocido la autoridad del Prefecto y ha llegado a ocasionar en los disturbios una víctima". En otro considerando agregaba: "...que

la opinión pública demanda el castigo de los perturbadores de la paz y de la tranquilidad imperante".

En seguida fueron detenidos los señores Zoilo Flores, Fernando Guachalla, Luis F. Jemio, Ismael Montes y Celso Segundo Borda, a quienes se impuso confinamiento.

Llevado el incidente a la Corte de Justicia, ésta falló declarando ilegal la revisión de votos que realizaba una mesa computadora. El 4 de marzo, se suspendieron los efectos del sitio y se restableció el funcionamiento del Concejo. Pero los hechos habían dejado una honda huella de resquemores.

El 20 de octubre de 1897, se efectuó en La Paz una exposición industrial, que señaló, con índices memorables, el empuje alcanzado hasta entonces por la iniciativa particular y el capital privado, a pesar de que la minería era el primer motivo de atracción para muchos. La fabricación de licores y melazas constituía ya una industria creciente; se fundían metales, en pequeña escala; los tejidos y los añiles nativos se destacaban por la fijeza de su colorido; la platería ensanchaba sus posibilidades. Y en general la pequeña industria mostraba progresos crecientes. Amenizando la vida paceña, actuó el año 1896 una compañía de zarzuelas. La presencia de los espectáculos era frecuente. Drama y comedia en el teatro, daban aliciente a las compañías que sabíanse de este modo compensadas del largo y fatigoso viaje desde las vecinas repúblicas.

Antes de ingresar en la revolución federalista, conviene hacer un ligero acopio de recuerdos. En la asamblea constituyente de 1871, Lucas Mendoza La Tapia deslizó la iniciativa de implantar en el país la organización federal. Evaristo Valle controvertió, y en el ardor del debate, hablaron, desde bandos encontrados, brillantes oradores. El voto decidió la continuación unitaria. Cuando Hilarión Daza asaltó el poder, se presentó un estallido revolucionario en Santa Cruz, encabezado por Ibáñez, sosteniendo pendones federalistas; el fusilamiento cortó la tentativa. El año 1889, un diputado cochabambino, y otro cruceño, propusieron al Congreso, reunido en Sucre, el traslado de la capital a La Paz.

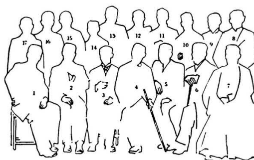
He ahí el punto de partida de los enconos regionales. Los políticos, los oradores, la prensa, los humildes ciudadanos, el pueblo, todos hablaban de unitarismo y federación.

El gobierno residía en Sucre. Un día anunció su visita al Departamento de La Paz. La noticia alarmó al vecindario de la Capital y, en torno del tema, se tejió una trama de intriga y de rumores para evitar el viaje. Temíase que no volviera más. Días después, en el gabinete, se discutió la necesidad de trasladar la capital a La Paz. Sostuvieron esa idea los ministros Pinilla y Gutiérrez, controvertidos por Gómez, Herrero y Baldivieso.

La convulsión entre los pueblos se hacía tirante, indeclinable. Reunióse en Sucre, —ya no podía ser en ninguna parte— el Congreso, y fué la hoguera en que ardieron las pasiones regionales. Casi al mismo tiempo, la municipalidad de Sucre planteó a las demás la realización de una suscripción popular para la defensa nacional, debiendo centralizar los fondos la proponente. No había, en realidad, peligro en las fronteras. La sugestión hablaba también de dominio absoluto sobre las demás municipalidades, desconociéndoles sus peculiares atribuciones y su independencia. En respuesta, la de La Paz tachó de poco práctica la iniciativa y luego se burló porque las "pequeñas colectas o ahorros del menestral o del buen ciudadano apenas podrán ser suficientes para comprar pocas armas o escasos menesteres de guerra". La defensa debe ser atendida —recordó— por el gobierno, cuando aparezca peligro para la patria. Como siempre lo hizo, la comuna colaborará en la escala de sus recursos. Pero era necesario que exista esa emergencia que sólo veía la municipalidad chuquisaqueña.

En La Paz la gente se preguntaba, tra-





Diputados paceños al Congreso de 1895, reunido en Sucre.

1. Néstor Cueto Vidaurre.
2. José Vicente Ochoa.
3. Dámaso Gutiérrez.
4. Casimiro Corral.
5. Federico Zuazo.
6. Macario Pinilla.
7. Francisco Ergueta.
8. Abel Iturralde.
9. Apolinar Aramayo.
10. Santos Machicado.
11. Elías Zalles B.
12. Adolfo Ortega.
13. Benedicto Gaica.
14. Claudio Q. Barrios.
15. Quintín Velasco.
16. Daniel Sánchez Bustamante.
17. Isaac Criales.

tando de descubrir las secretas inspiraciones de la iniciativa municipal de Sucre, para qué se buscaban fondos por colecta popular que precisamente debían ser centralizados por la iniciadora.

Una atmósfera cargada de humores comenzaba a gravitar sobre el país. Norte y Sud eran los polos por descargarse. Iniciando hostilidades, el diputado Nicolás Ortiz pidió una información oral al ministro de gobierno, Macario Pinilla, en el deseo de conocer qué motivos mediaban para trasladar el gobierno a La Paz, como iba diciéndose en el comentario general. El informante manifestó que nada habíase resuelto, pero que el gobierno adoptaría

las medidas aconsejadas por las circunstancias, conforme a las facultades que le otorgaba la Constitución. Una barra cohesionada y brava aplaudía o interfería a los oradores. El acto era un sondeo preliminar, una preparación del terreno para la beligerancia pronta a estallar. La representación chuquisaqueña presentó, el 31 de octubre, el proyecto de ley de radicatoria del Ejecutivo en Sucre. La del Norte mocionó entonces que el Congreso se reuniera en una ciudad neutral para resolver la fijación de la capital, libre de la presión y de los intereses regionales. El 12 de noviembre, el diputado Pedro Kramer presentó, a nombre de la representación paceña, un proyecto de ley para reformar la organización política en una federación de departamentos, en vez del unitario centralismo existente. No se esperaba esta reacción. De inmediato, sin análisis, se presentó la oposición, aunque la iniciativa pasara a las comisiones del Congreso.

Los representantes paceños habían tenido informada a la municipalidad sobre el curso de los acontecimientos. Se reunió en La Paz un comicio —hemos visto a través de estas páginas que los comicios paceños fueron irrectificables definidores de hechos—, y después de los discursos, en medio del entusiasmo, se resolvió adoptar la bandera de la federación. Síntesis de este pronunciamiento popular fué el siguiente telegrama a Sucre: "*Dirigirse a sus representantes en el Congreso para que interpretando la voluntad y anhelo de La Paz, que son también los de toda la República, se sirvan someter ante las Cámaras legislativas un proyecto de reforma de la Constitución en el sentido de organizar el gobierno de Bolivia, bajo el régimen Federal*". La fecha: 6 de noviembre.

El 12 se organizó el Comité Federal con los señores Fernando E. Guachalla, Heriberto Gutiérrez, Sixto López Ballesteros y Julio César Valdez. Ocupó el salón del Loreto.

En vano un diputado de Cochabamba, trató de detener en Sucre el desenlace de la lucha, pidiendo que los proyectos —de radicatoria y federación— fueran aplazados por un año. Aprobada la ley, quedaba el recurso del veto. No se produjo.

Los representantes paceños, después de haberse empeñado por detener la ley, abandonaron el congreso para regresar al Norte. Renunciaron también los ministros paceños. Era el 25 de noviembre. En el trayecto recibían ardientes adhesiones y votos de simpatía. Cuando se acercaban a La Paz, una multitud compacta, resuelta, salió a recibirlos. Esta presencia popular era fundamental para el futuro de la lucha que estaba planteándose.

El 6 de diciembre, la representación paceña y el Comité Federal enviaron un telegrama al presidente Alonso pidiendo la inmediata reunión de un congreso extraordinario, para resolver el proyectado cambio de sistema de gobierno. La respuesta fué el estado de sitio para La Paz. Y a esto se agregó un hecho: Severo Fernández Alonso, convertido en Capitán General del Ejército, ordenó la marcha de las fuerzas armadas sobre el Norte, en campaña. Equivalía, en otros términos, a declarar la guerra a un Departamento. Ése fué también el concepto generalizado en Sucre: acallar al Norte con el ejército.

La Paz, agitada, quedaba en atenta expectativa de los sucesos. Con la noticia de la salida del ejército de Sucre, acepto el reto.

El 12 de diciembre echó a rodar la parte material, objetiva, de la revolución: organizóse el gobierno federal, el cual, en su primer decreto, dijo: "En obedecimiento al mandato popular, se constituye una Junta de Gobierno, compuesta de los suscritos y el coronel José Manuel Pando, con todas las facultades anexas al Poder Ejecutivo. Nómbrase Secretario General al doctor Fernando E. Guachalla y general en Jefe del Ejército al señor coronel don Eliodoro Camacho. Los empleados civiles y militares continuarán en el desempeño de sus respec-

tivos cargos. Publíquese. La Paz, 12 de noviembre de 1899. Serapio Reyes Ortiz, Macario Pinilla".

El coronel Pando se incorporó a la Junta algunos días después. Al efectuarse los preparativos para la defensa, se proclamaba la "regeneración de Bolivia bajo el régimen federal". Reflejando iguales conceptos, la Junta de Gobierno suscribió el 17 un manifiesto a la Nación, explicando las causas determinantes para desconocer al gobierno del Sud y pidiendo que la ciudadanía sumase su voluntad a la del Norte. Y el país entero se conmovió con los acontecimientos que se precipitaban. Oruro era ya un distrito federal.

Hasta fin de año no se presentaban otras novedades que las periodísticas y los preparativos para la contienda. Sólo el 26 de enero, cuando en La Paz se había completado la defensa y se tenía listo un ejército de voluntarios, Alonso resolvió efectuar un ataque a la ciudad. No pudo cumplir su propósito. En cambio, primer fruto de la lucha, el coronel Clodomiro Montes, consiguió una victoria aislada en Omasuyos.

El 21 de enero, avanzadas unitarias llegaron hasta El Alto, siendo rechazadas. El mismo día, el coronel Pando, con dos escuadrones, asaltó los furgones con armamentos que llegaban de Sucre para la ofensiva contra La Paz, desarticulando, con tal operación, los planes de los dirigentes del Sud. Alonso, que llegó a Viacha, tuvo que replegarse hasta Oruro.

El 10 de abril de 1899, los dos ejércitos se avistaron en la pampa de Caracollo, de Oruro, y entraron en acción. La batalla empeñosa, definitiva, duró una hora y 15 minutos. El ejército de Alonso fué derrotado.

Después de la victoria, el coronel Pando dijo a la Junta Federal: "*Si algún derecho me concede el pueblo de La Paz, en recompensa, pido que se retiren las cuestiones de capitalía y federación, para ser consideradas por la Constituyente; y lo pido en homenaje a la paz pública, y a la prosperidad de Bolivia*".

Se reunió una Constituyente, y por ley de 23 de octubre de 1899 proclamó Presidente al general José Manuel Pando: primer vicepresidente, a Lucio Pérez Velasco y segundo, a Aníbal Capriles. El 25 juraron sus cargos los nuevos gobernantes. La representación, liberal en casi su totalidad, agradeció los servicios prestados al país por los señores Serapio Reyes Ortiz, José Manuel Pando, Macario Pinilla y Federico Zuago, miembros de la Junta Federal de Gobierno. Y dejó subsistente la forma unitaria.

El presidente Pando inició su período constitucional dictando un decreto de amnistía y declarando que no reconocía en el país perseguidos políticos. Propugnaba una conciliación nacional, que no era fácil porque se interponía la distancia entre derrotados y vencedores.

Terminaba el ochocientos, y con él caía, también, el partido conservador. Y coincidiendo con el cambio político, declinaba el auge de los minerales de plata y comenzaba la era del estaño.

La Paz había conquistado su derecho de ser cabeza de la República. No precisamente por el suceso de armas, sino por la vitalidad de sus hombres, su energía creadora y el resultado de profundas fuerzas geográficas e históricas.

LA CIUDAD EN LOS GOBIERNOS DE PANDO Y MONTES

En los prolegómenos de la campaña armada, habíase pensado que los móviles no eran otros que el predominio de regiones. No había, en realidad, en los hechos, tal objetivo. El gobierno trasladado a La Paz, después de la Convención de Oruro, fué, en términos justos, un gobierno nacional que procuraba borrar las huellas de la sangre que abrían abismos de resentimientos. La Municipalidad continuaba en su habitual ritmo, atendiendo con recursos propios obras de beneficencia, ornato, salubridad,

alumbrado, instrucción, trabajos públicos, conservación de puentes. A sus atenciones comunes se le agregó la de cobrar en jurisdicción departamental, el impuesto de prestación vial y formular planes camineros. La primera sugestión de La Paz fué pedir que se hiciera un camino del alto de Santa Bárbara, recorriendo por Karani, Obrajes, Ventilla, Aranjuez hasta Pampa de Mallasa. Otros actos municipales, en el año 1900, fueron la creación del Conservatorio Nacional de Música, la instalación de una fuente en los parques de la plaza 16 de Julio, la ampliación de los surtidores de agua y la adquisición de dos cuadros del pintor José García Mesa representando el Prado antiguo y el Prado actual, y finalmente la renovación del contrato para que las monjas de la orden de Santa Ana continuasen prestando servicios en los hospitales.

Meses antes, la Junta de Gobierno adquirió la casa Montes y la hizo demoler, conjuntamente con el Edificio del Loreto, y acordó la construcción de un Palacio de Gobierno que sirviese también al Poder Legislativo. Los cimientos fueron, pues, colocados en 1900.

Las viejas arquerías llevadas al Prado en el momento de nacer la República, fueron retiradas y el paseo mismo modernizado. Quedaban los grandes árboles añosos, en medio de los cuales se levantaban los bustos del general José Ballivián, el vencedor de Ingavi, y de Eduardo Abaroa, síntesis del inútil heroísmo boliviano en la guerra del Pacífico. En derredor, iban edificándose casas nuevas sobre los primitivos campos de cultivo. Al final del Prado comenzaba la Avenida Arce y concluía en la Plaza de "Los Quioscos" que después se llamará "Isabel la Católica". La plaza principal había sido transformada también en un parque alegre, matizado de flores y árboles. Esos trabajos fueron entregados a fines de siglo.



Maximiliano Paredes, héroe de Riosinho.

No es ocioso decir que, en los primeros días de enero de 1900, se sustituía con el predial, por lo menos en La Paz, el impuesto de diezmos y primicias de típica estructura colonial. Autorizóse al Banco Industrial de La Paz para emitir billetes en la proporción del ciento por ciento sobre su capital efectivo, y a la Municipalidad, para que vendiera, en subasta pública, el local del hospital Loayza, destinando los fondos provenientes a esa operación a la edificación de una moderna casa de salud; se becó a seis jóvenes "de familias de buena condición social" por cada Departamento, para que estudiase en el Colegio Militar.

Por ley, se asignó 10.000 Bs. para la expropiación de terrenos destinados a la aper-



Mausoleo del General Pando, en el cementerio de La Paz.

tura de calles de la Nueva Paz, que había sido inaugurada por el Presidente Arce.

Las exportaciones de estaño transformaban la economía fiscal y privada. En torno de ellas —descartada ya la industria de la exportación de la plata—, creábanse impuestos y se iniciaba la adecuación del desarrollo del país. Sin embargo, la bonanza que se anunciaba, sufrió dos sacudidas. La primera fué la nota del ministro chileno Köning, que ponía un exabrupto término a las aspiraciones bolivianas de tener salida propia al mar; y la segunda, las derivaciones que tuvieron los actos de soberanía ejercidos por Bolivia en el Acre. El acuerdo celebrado con el Sindicato Anglo-Americano entregándole la colonización y administración de territorios acreanos, suscitó "irritación indescriptible" en el Brasil, así como la expedición para la "verificación de la naciente del río Yavari". Causas y conclusión de la lucha en aquellas regiones mortíferas —se celebró el tratado de 17 de noviembre de 1903—, son muy conocidas, y no incidiremos en ellas.

Al divulgarse el peligro de una campaña internacional, La Paz se puso, como otras veces lo hiciera, en pie de alarma. No importaba que las distancias para llegar al Acre fuesen inmensas y el tránsito lleno de peligros y dificultades. Los hombres fueron hasta los cuarteles y ofrecieron su concurso. Una manifestación pública dió rumbo y respaldo al gobierno. En las dos expediciones armadas que enrumbaron al Acre, se encontraban alineados centenares de hombres del Norte. Y conocieron los largos cansancios de la ruta, el rudo heroísmo de defender la patria, amenazada por el filibusterismo y la ambición. Y entonces, una vez más, y como siempre, cumplieron con su deber, comandados por Ismael Montes y José Manuel Pando.

No podía quedarse estancado el progreso particular. Iba paralelamente con la marcha de la ciudad, cada vez más segura de sí misma, dado el espíritu público de sus hombres. La industria, ensanchada, prosperaba en una tentativa de superar la herencia colonial, que había evitado sistemáticamente la implantación de actividades particulares. Las máquinas a vapor llegaron en el año 1870 y movieron varias industrias, como la de tejidos, de fideos, etc. Cuando se instaló el servicio de energía eléctrica, fueron más activas las tareas; los ferrocarriles, que implicaban para la ciudad una emancipación de la lenta rutina de los transportes, fueron nuevo impulso.

La pasada lentitud —todo el siglo XIX boliviano es de ritmo lento, ceremonioso, sobresaturado de la violencia del motín y de la velocidad de las ambiciones para capturar el poder—, iba haciéndose aceleración. Las fábricas y las industrias aumentaron su producción, como aumentaban la demanda y el consumo. Y al mismo tiempo, las importaciones crecían. La exportación limitábase a cueros de diversas clases, en estado natural o curtidos, cascarilla, metales, orfebrería, algunos cuadros religiosos, hilados y tejidos indios, es decir, todo aquello que constituía el detalle exótico, la marca indígena que sorprendía al visitante y al coleccionista.

Una progresiva labor cultural, desinteresada y generosa, partía, sin estímulos, de las sociedades formadas por personas de buena voluntad. Las antiguas agrupaciones literarias, muchas sin historia y otras de acusado matiz político y beligerante, fueron reemplazadas por la Sociedad Geográfica de La Paz, nacida el año 1889, y varias instituciones más jóvenes, reuniendo a destacados hombres de letras. Los diarios y periódicos constituían eficaces vehículos no sólo en la difusión de noticias sino en la publicación de producciones literarias. Podía recordarse que el primer diario informativo que sobresalió en medio de hojas políticas y combativas, fué el que dirigió Juan Ramón Muñoz Cabrera, durante el régimen del general Ballivián. Después, tornó la hoja impresa a ser el instrumento de ofensa y defensa. Pero a partir del 900, aún sin dejar el acento particularista, iba

transformándose en una industria, interesaba a lectores, era ya vendido en las calles y pretendía servir intereses generales, abandonando los pequeños círculos en medio de cuyo calor había nacido.

El 3 de febrero de 1901 se inauguró el monumento a Sucre. Como homenaje a la contribución venezolana en la lucha por la emancipación, la plaza Murillo fué bautizada con "Venezuela". Y la plaza 16 de Julio llevó el nombre de Murillo.

El presupuesto comunal era de bolivianos 467.419,30. Hay que desandar en los años y calcular que el edificio del municipio estaba tasado en Bs. 60.000; el teatro Municipal en 260.000; poseía en bienes inmuebles 894.700, y en propiedades rústicas 332.000.

Se adquirió, en 1902, una pequeña maquinaria "Decauville" con 1.000 metros de rieles, para el transporte de materiales de construcción y de reparaciones de las obras públicas. Los carritos comenzaron a trasladar piedras de la cantera de Purapura. El valor del *decovil* fué de 5.500 bolivianos y dió, por ventas y traslados de materiales, 8.000 en el año. Con motivo de los trabajos realizados en los puentes, el ingeniero Arturo Weir levantó un plano general del curso del Choqueyapu; el ingeniero J. Bastides, el de la ciudad; el ingeniero Emilio Caussin, el del asiento mineral Chuquiaguillo y Obrajes, y el ingeniero Henry, un plano hidrográfico.

Un censo general efectuado por las oficinas administrativas, dió a La Paz sólo 33.180 habitantes. La comisión, apartada de las instrucciones precisas, no hizo diferencias de sexos. El censo de 1879 había arrojado 44.680 habitantes. Con la diferencia a la vista, los comisionados colocaron los siguientes números a la población: 54.713, en un propósito de rectificar sus propios yerros. Como no se podía creer en la primera conclusión ni en el cálculo segundo, se autorizó a la municipalidad para que efectuara un nuevo censo.

El progreso, con todo, no era todavía intenso. El 31 de mayo de 1903, se entregó provisionalmente al tráfico público hasta el kilómetro 83 del ferrocarril de Guaqui a La Paz y luego hasta El Alto. En el Teatro Municipal se colocaron decoraciones pintadas por el artista Pompilio Barbery.

Paralela a la empeñosa obra municipal de transformación de la ciudad, presentábase un interés multiplicado por las construcciones particulares. La antigua zona india de San Pedro, convertida en la Nueva La Paz, poblábase, así como Sopocachi dejaba de ser un "valle".

Era la hora de la expansión del estaño, de la fiebre de peticiones mineras y del trabajo en las estradas gomeras. El auge de las minas y el abandono de la plata daban sensación de una bonanza aparecida con signos promisorios. Pero también era el momento de la formación de sociedades industriales, de la construcción de ferrocarriles y de la venida de empresas particulares. "La Urbana", sociedad peruana de seguros, establecía una sucursal en La Paz. Otras empresas extranjeras miraban a Bolivia como un país propicio para ampliar sus actividades.

El gobierno había cumplido su mandato en medio de problemas graves. Se convocó a elecciones, y éstas fueron el reflejo de la voluntad nacional. El 12 de agosto de 1904, se proclamó a don Ismael Montes Presidente de la República, en la primera sucesión del ciclo liberal, al cual se le presentaban circunstancias favorables para realizar una fecunda tarea administrativa.

Correspondió al general Montes liquidar las consecuencias de la guerra del Pacífico, suscribiendo el tratado de 20 de octubre de 1904, con el que se clausuraba la expectativa boliviana de tener una salida propia al mar. Recibió el país 300.000 libras esterlinas para obras ferroviarias.

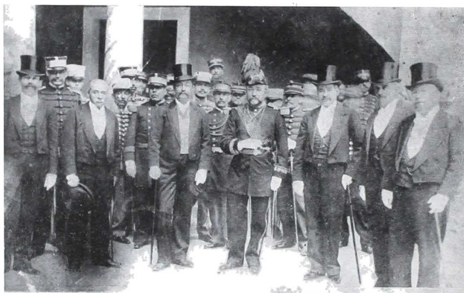
El gobierno del general Montes fué constructivo, lleno de inciativas y, al mismo tiempo, enérgico. Dejémosle gobernando, y veamos la ciudad. Se han instalado dispen-

sarios de oculística, centros de vacunación, consultorio de odontología y una botica municipal. El servicio de coches ha aumentado y los aurigas son matriculados; las vivanderas también deben matricularse y llevar un mandil blanco. Fueron clausurados los panteones particulares, que seguían subsistiendo, a pesar de disposiciones en contrario. Se reglamentó la fabricación de bebidas y alimentos. Fué fundado el Ateneo Boliviano, siendo su presidente don Daniel Sánchez Bustamante. La libra esterlina tenía un cambio de 12.50 bolivianos, pero la gente prefería la moneda papel; admitía el oro sellado con resistencia.

Se firmó un nuevo contrato entre la Municipalidad y la empresa de luz eléctrica para mejorar el alumbrado público y para la construcción de una línea de tranvías, y otro contrato para la fundición de un monumento conmemorativo del 16 de Julio de 1809, que será colocado en el primer centenario de aquella jornada precursora.

La comuna aplaudió al presidente Montes por el empeño demostrado en la construcción de ferrocarriles. Ampliando esta actividad, ordenó que el margen del malecón de Challapampa, desde la plazoleta de la calle Comercio hasta la estación del ferrocarril, se llamara avenida "Ismael Montes".

El pueblo tenía un nuevo mercado, el de San Francisco, entregado en 1906. Se proyectaba construir otro con el nombre de Central, y en los proyectos figuraba también un hospital general. Los trabajos de la catedral, varias veces paralizados, se reiniciaban.



El general José Manuel Pando con su Gabinete y el cuerpo de edecanes del palacio de Gobierno.

La antigua vida, que terminaba después de las 6 de la tarde, sufrió transformaciones. El alumbrado público contribuyó a este resultado, como contribuían las salas de espectáculos. En el Teatro Municipal, los conciertos se eslabonaban, mientras el gusto por ellos iba en aumento. Actuaba también la Compañía Dramática Paceña, ofreciendo funciones sobre libretos de autores nacionales y extranjeros. Permanentemente se abrían tres salas de cinematógrafo: el París, el Iris y el Valenti.

La antigua ciudad había cambiado, impulsada por industrias nuevas, con un comercio acrecido y el destierro del transporte

por medio de carretas, tiradas por largas ringleras de mulas. Este servicio continuaba sólo para algunas regiones del Departamento. Habían aparecido los automóviles. Don Arturo Posnansky, ofrecía realizar un servicio de pasajeros para reemplazar a la diligencia.

Faltaba una abundante distribución de aguas potables. La conducción que se usaba todavía era de acequias y canales de ladrillo. En el largo recorrido se desperdiciaban las tres cuartas partes del agua. Entonces cada persona recibía una proporción de 25 litros al día, en vez de cien, como se tenía calculado. Otra necesidad urbana urgente era la de alcantarillas. Se planeaba una nueva forma de distribución de aguas a las casas, por cañerías subterráneas, para combinar los trabajos de apertura de zanjas con la instalación de tubos para aguas servidas. Los recursos para las aguas, calculados en dos millones de bolivianos, fueron obtenidos por un empréstito. En 1908, el Concejo firmó con The Bolivian Rubber y Enterprisses Limited, subrogataria de la compañía Hidro-Eléctrica, un contrato de proporciones gigantescas para la ciudad. Después de haberse llegado a la conclusión de que era necesaria la construcción de una laguna en Milluni para almacenar las aguas de los deshielos del Huayna Potosí y del Chacaltaya, se tendía a solucionar, a la vez, el aumento de energía eléctrica y el de las aguas. Para la construcción del alcantarillado se gestionó otro empréstito. Las obras fueron prolongándose algunos años, en los cuales las calles de la ciudad, excavadas, ofrecían un aspecto que, sin duda, nunca le faltará: el de trabajo constante, modificador, insatisfecho.

Construíase, en Miraflores, un hospital de alienados. Los otros hospitales necesitaban ser modificados y ampliados. Se estudió entonces la conveniencia de levantar una casa general de salud, acordándose edificarla en Miraflores.

En las elecciones presidenciales salió ungido con el voto, Fernando E. Guachalla y Vicepresidente, Eufronio Viscarra. Pero antes de la transmisión dejó de existir el mandatario electo. Hubo, después de aprobación parlamentaria, nuevas elecciones, en que fué favorecido Eliodoro Villazón.

HACIA LA URBE MODERNA

Los primeros meses del año 1909 fueron de trabajos urgentes en La Paz, para celebrar, con la inauguración de obras importantes el centenario de la revolución del 16 de Julio de 1809. Se hizo la investigación histórica irrefutable del lugar donde reposaban los restos de Pedro Domingo Murillo: el templo de San Juan de Dios. Se convocó a un concurso de una monografía del 16 de Julio, de una Historia General de Bolivia y de una Geografía Física. Se lla-



Gral. Dn. Ismael Montes, en su despacho.



FF. CC. Guaqui - La Paz.

mó también a un primer Congreso de Periodistas y se mandó acuñar medallas conmemorativas. Las obras materiales eran numerosas; entre otras, la apertura de la calle 6 de Agosto y la ornamentación de parques y paseos. La plaza de San Pedro fué bautizada con Plaza España, donde los residentes españoles colocaron provisionalmente, un obelisco.

Llegaron Manuel María Murillo y Federico Bueno, y se encontraba en la ciudad el cieguito Juan Antonio Graneros Macías: los tres, descendientes de los gloriosos conjurados de julio.

Se contrató una ópera italiana; se cedieron terrenos en la Chacra Peña para la edificación de un asilo de niños inválidos se construyó en Sopocachi un edificio para la exposición industrial que se preparaba.

El gobierno, por su parte, anunció la entrega del Instituto de Comercio —ampliación del implantado en 1905—, del Salón de Gimnasia y de un colegio de niños.

Se había anunciado ya la llegada de delegaciones especiales de los países vecinos. Los restantes departamentos del país habían acreditado, por su parte, comisiones oficiales para estar representados en los festejos del centenario.

Faltando pocos días para el acontecimiento, se conoció el Laudo Arbitral dictado por el presidente argentino Figueroa Alcorta en el litigio peruano-boliviano, injusto y desfavorable a los intereses nacionales. Era el 9 de julio de 1909. El Concejo frente a ese hecho que afectaba al país, suspendió los festejos, procediéndose únicamente a la inauguración de algunas obras. como la entrega de la avenida 16 de Julio, la de la estatua de Murillo y la instalación del servicio de tranvías en la ciudad, que fué un acontecimiento para el pueblo.

El 29 de enero se recordó el primer centenario de la ejecución de los protomártires de la independencia, sin otras manifestaciones que pequeñas ceremonias oficiales. Subsistía el malestar ocasionado por el Laudo argentino. Se tributó un austero homenaje a los hombres que cayeron para lograr la libertad, por la cual el pueblo seguía batallando sin reposo.

Ese año transcurrió para La Paz con los empeños de realizar la obra del alcantarillado. Se aceptó la propuesta formulada por Jacobo Backus para la construcción de una línea férrea de Viacha a La Paz, a fin de completar la articulación de las comunicaciones. Las escuelas nocturnas abrían nuevos horizontes al elemento popular.

La Paz tenía 78.816 habitantes. Era ya completamente distinta de aquella ciudad que, el año 1825, sólo contaba con 30.000 vecinos.

El 9 de abril de 1913 se dictó una ordenanza municipal señalando los nuevos límites del radio urbano. Ampliaba anteriores disposiciones sobre la materia, de acuerdo a las nuevas necesidades de la ciudad. Fué, sin embargo, objetada por el Fiscal de Gobierno.

El año 1913 hubo una acelerada cadencia de trabajo y progreso. Se inauguró el ferrocarril de Arica a La Paz, en cumplimiento del tratado de 20 de octubre de 1904; se instaló el edificio de la Sociedad Protectora de la Infancia con dependencias cómodas y aireadas para niños menesterosos; en julio comenzaron los trabajos del tendido de la línea de tranvía a Obrajes; se adquirieron carros basureros; se construía el Hospital General de Miraflores y la actual casona de la Aduana del Norte.

Este período del desarrollo político del país fué también informado por un progresivo movimiento de concesión de tierras, que daba nacimiento al latifundio. El precio pagado por ellas fué reducido. Cientos de solicitudes de enormes extensiones fueron favorablemente resueltas por el Gobierno. En verdad, propendíase a dar una función de producción al campo, pero el buen propósito fué defraudado.

Las noticias cablegráficas y el cine mudo, hicieron conocer algunos episodios de la aviación. En la ciudad había interés por el desarrollo del vuelo a motor. No se conocía

si la altura del país pudiese facilitar la elevación de las máquinas. El presidente Villazón dió paso favorable a la propuesta Rapini para ensayar vuelos en el altiplano. Y el 13 de abril de 1913, después de previos preparativos, un avión Bleriot debía iniciar el vuelo. La expectación popular fué creciendo al rededor de esta novedad. La población entera se trasladó a El Alto para presenciar el sensacional espectáculo. La máquina se destrozó durante la carrera, sin haberse elevado, dando fuerza a la creencia de que la altura y la rarefacción del aire eran elementos que imposibilitaban el vuelo de los aviones. El desmentido tardaría algunos años en llegar.

El general Ismael Montes, volvió a presentar su candidatura a la presidencia de la República. Fué elegido, y proclamado el 13 de agosto de 1913. En su segunda presidencia, debía confrontar, en lo general, dos situaciones importantes para el país: la conflagración mundial, que colocaba a la minería boliviana en una situación excepcional y al gobierno en una deplorable precariedad económica, y el robustecimiento de la oposición, hacia la cual estaba también derivando el general José Manuel Pando, como otros prestigiosos liberales. Una legión de combativos oradores —Saavedra, Escalier, Salamanca, Ramírez—, situábase en las trincheras opuestas al liberalismo.



Escuela Modelo de Niños "México", edificada en el sitio que antiguamente ocupó el famoso colegio Seminario.

Montes hizo entonces un gobierno fuerte. Las municipalidades, convertidas en reductos que querían tomar los oponentes al régimen imperante, servían de armas para el juego recrudecido de la lucha electoral. Se repetía, pues, la historia.

Volvamos a la ciudad de La Paz. Dictábase allí medidas preventivas para el tráfico de la línea ferroviaria de Viacha a La Paz, que traía un nuevo impulso en las comunicaciones y una liberación a la servidumbre de la lentitud. La enseñanza recibía impulso inigualado. Se creaba el

Instituto Normal Superior, en propio y magnífico edificio. Se creó un grupo escolar modelo y fueron contratados profesores eminentes.

El año 1917 se acordó llevar una línea de tranvías al Cementerio General y otra a Sopocachi. El mismo año fueron cambiados los nombres de algunas calles: la Recoleta, se llamó *Chuquisaca;* la Merced, *Clemente Diez de Medina;* la Tuiche, *General Ramón González;* la Plaza de la Ley, *Obispo Bosque;* la calle comprendida entre la escalera del Prado y la calle Federico Zuazo, *Avenida Tiahuanacu* y otras.

Agitada como pocas, terminó su segunda presidencia el general Ismael Montes. Lo mucho que hizo en el orden del progreso material, de pronto no se veía ni se apreciaba. Resaltaba su excesiva energía, lindante con la dureza.

En las elecciones salió triunfante José Gutiérrez Guerra, derrotando a José María Escalier. Para la transmisión del mando, llegaron misiones especiales del extranjero, y se dió, con este motivo, realce brillante al suceso. El primer obstáculo que confrontó el nuevo mandatario fué la misteriosa muerte del general José Manuel Pando. El cadáver, encontrado en uno de los barrancos del *Kenko*, puso nuevas armas en manos de la oposición, y conmovió al pueblo, que amaba a su viejo caudillo. La muerte del vencedor de *Cruceros*, dividió a los hombres y preparó a los políticos y a los periodistas para librar una larga y recrudecida batalla de acusaciones y violencias.

Haciendo subir de pronto las pasiones, circuló la noticia de la acusación formulada en el Parlamento al ex-presidente Montes, por "violación de las garantías individuales, infracción del texto expreso de la Constitución y las leyes, malversación de fondos públicos y más gastos de los presupuestos". Esta novedad bordeaba el escándalo y encontraba receptáculo en los artesanos, cuyas tendencias políticas solían afirmarse en sólidas convicciones.

El 5 de diciembre de 1917, hizo Montes su defensa ostentando orgullo y grandeza, que le colocaban por encima de las miserias de la politiquería, y concluyó con su frase "piso y paso", repitiendo la que pronunciara Mariano Baptista. Pero aquel drama no sólo se desarrollaba en el hemiciclo del parlamento. En la plaza, la parte popular de la oposición, vitoreaba a la Unión Republicana y enfrentaba a la policía. La impotencia oficial hizo lo que nunca la debilidad deja de hacer: disparó sus armas. Y desde ese momento comenzó a caer el liberalismo. Había firmado su derrumbe.

Las torrenciales lluvias de 1917 dañaron las cosechas. Esta dificultad, sumada a la precaria condición de la economía del país, que no aprovechó las circunstancias para obtener ventajas en la exportación de sus minerales, suscitó alarmante escasez de alimentos.

Mientras el pueblo discurría sacudido por instancias conmovedoras, se empezaba a considerar indispensable la construcción de una Avenida Central entre las calles Loayza y Bueno; aprobábase la construcción de una línea de tranvías a Miraflores, que sería entregada al servicio recién el 14 de julio de 1921; proyectábanse mercados seccionales; poníase en ejecución un plano de urbanización de Miraflores. En el mes de febrero de 1920, se resolvió la construcción del alcantarillado por la firma Ulen Contracting Corporation, en La Paz, Obrajes y Cochabamba, debiendo pagársele en bonos que serían redimidos en plazos.

CENTENARIO DE BOLIVIA

El 12 de julio de 1920, dejaba de ser presidente José Gutiérrez Guerra. En su reemplazo se formó una Junta de Gobierno compuesta por Bautista Saavedra, José María Escalier y José Manuel Ramírez. Desde el momento de subir al poder, la Unión Republicana dejaba de ser unión para dividirse en dos bandos irreconciliables.

El 4 de julio de 1921, sin que se hubie-

ra acabado completamente la instalación del Hospital General, fueron trasladados a sus pabellones los enfermos del Lazareto, del Hospital Landaeta y del Hospital de Mujeres. La primera sala que pudo habilitarse, fué ocupada desde el 24 de octubre de 1919. Los trabajos iniciados en 1908, se terminaron en base a un empréstito colocado en el Banco de la Nación Boliviana. Esta nueva casa de salud poseía todas las condiciones indispensables para centralizar allí a los enfermos que se asilaban en tres edificios distintos.

El mismo año, dependiente del Ministerio de Instrucción y dirigido por Arturo Posnansky, se refundieron el Museo Tiahuanacu y el Mineralógico, con el fin de servir a la tradición india del país y a su expresión industrial definidora.

Después de la experiencia alcanzada con el avión Bleriot, se dejó un lapso sin intentar una nueva prueba. Había caído también en esta empresa, el aviador Aldo Barbaro Cornaro. Era todavía el gobierno de Gutiérrez Guerra, cuando con un avión Curtis adquirido de los EE. UU., tipo triplano, se preparó el nuevo ensayo, para lo cual se contrataron los servicios del aviador Donald Hudson y del mecánico W. Birren. A las cinco y media de la tarde del 17 de abril de 1920, El Alto de La Paz estaba colmado de espectadores, que habían subido con anticipación para presenciar el primer vuelo. La máquina se elevó, remontó sobre la ciudad y realizó algunas acrobacias, las más audaces de ese tiempo. El aterrizaje fué normal. Se aplaudió al piloto y al mecánico. Batióse ese día el record de altura con una elevación hasta 8.294 metros.

El 23 de junio de 1921, con el nuevo gobierno revolucionario se fundó la primera escuela de aviación en El Alto, donde ya se había derrotado el mito de la altura.

El entusiasmo producido por la aviación y la prueba de Hudson se tradujeron en colectas populares para la compra de nuevas máquinas. El millonario Simón Patiño obsequió al país dos aviones, que fueron entregados oficialmente el 3 de abril de 1921. Ese día, el pueblo subió nuevamente a El Alto. Una de las máquinas, tripulada por Bourdon y Fernández, después de haber despegado normalmente y de evoluciones felices en el aire, se estrelló en tierra, en medio de la multitud que espectaba la nueva hazaña. Murieron 15 personas y los dos tripulantes y hubo heridos.

Sólo después, años más tarde, se hizo efectiva la instalación de la Escuela de Aviación y los vuelos se hicieron normales, contando siempre con la devoción del pueblo, que adivinaba la presencia de un importante factor de progreso.

Cada período de la historia de Bolivia tiene una característica distintiva. Algunas veces, se peculiariza por la solicitud de pertenencias mineras y sus consiguientes rencillas y pleitos; otras, por la concesión de estradas gomeras o la formación de grandes latifundios improductivos; también hubo alguno que se destacó por la proliferación de propuestas al Estado para diversas obras o para simples negocios particulares. Hacia 1922, se producía el contrabando de cueros de chinchilla y de vicuña, apreciados por la elegancia femenina de los países extranjeros; y se perfeccionaban las concesiones de pertenencias petrolíferas.

Y este período fué también el de la exaltación de las masas y de la iniciación de las leyes sociales, que apuntaban en algunos aspectos del problema del capital y del trabajo.

La Convención reunida en La Paz, había elegido presidente Constitucional a Bautista Saavedra. Fué un parlamento frente al cual se encontraba la rama disidente de la Unión Republicana, que empezó a diferenciarse con el nombre de "Partido Republicano Genuino". La rama gubernista fué republicana a secas, para canalizar, un poco más tarde, en el Partido Republicano Socialista.

El gobierno, combatido incesantemente



Museo Nacional "Tiahuanacu".

por la oposición, decretó en junio de 1922, el estado de sitio en La Paz y Oruro, por los "insistentes trabajos de conspiración dirigidos a perturbar el orden público" en un momento en que acababa "de comprometerse la fe del Estado en la contratación de un cuantioso empréstito" —el Nicolaus—. El sitio duró hasta fines de noviembre.

Después de la convención de 1921, el parlamento de 1922 fué particularmente agitado por sus intereses opuestos, con una minoría brava y combativa. La turbulenta lucha acabó con la clausura del parlamento.

El adelanto material, que tenía que ponerse a tono con el progreso espiritual que iba alcanzando el pueblo, era una obsesión paceña, siempre en marcha. El 9 de diciem-

bre del año 1922 se inauguró la obra del alcantarillado. Para nuevas obras públicas, la Municipalidad colocó un empréstito de Bs. 3.300.000. Por su parte la Prefectura, de acuerdo con el Concejo, resolvió invertir los fondos sobrantes de la gestión departamental de 1921 de la siguiente manera: 4.000 Bs., en la adquisición de terrenos para el hipódromo; 15.000 Bs., en los trabajos de la Avenida Miraflores —que después será Avenida Saavedra—; 10.000 Bs., en la pavimentación de la calle Comercia, y 1.000 Bs., en la reparación del camino a Yungas.



Aeródromo de El Alto, de La Paz.

Los preparativos y las obras que se proyectaban para el primer centenario de la fundación de la República, abarcaban ahora la atención de los gobernantes y las autoridades locales. Haciendo un alto en la febrilidad de los trabajos se celebró el primer centenario de la batalla de Ayacucho.

Otra vez la ciudad aparecía en el afán de reedificar, de levantar un pueblo nuevo, a puro esfuerzo y a jornadas redobladas. En la plaza terminal de la Avenida Arce, la Cámara de Comercio instaló un parque infantil, obsequio de sus miembros a la ciudad de La Paz, que después será trasladado a la Plaza Abaroa, para colocar en su reemplazo la estatua de Isabel la Católica, obsequiado por la colectividad española; se construyó un nuevo palacio consistorial; se levantó el edificio del actual ministerio de Hacienda.

La obra que suscitó debates, actitudes adversas y apoyos vehementes, fué la que se efectuaba en el Prado, en pos de su modernización. Los añosos árboles de la histórica Alameda fueron retirados para dar paso a una nueva decoración y a una avenida estilizada que no podía admitir el caletre de los viejos vecinos.

Hubo una breve ausencia del presidente Saavedra que, invitado especialmente, viajó a la ciudad de Lima. Asumió, por ese motivo, el gobierno interino, José Quintín Mendoza, Presidente del Congreso.

Un nuevo estado de sitio que subsistía, fué suspendido el 16 de marzo de 1925 —para celebrar el Centenario dentro de una relativa libertad—, y se lo restableció el 17 de septiembre. Cuando llegaron las misiones extranjeras invitadas para concurrir a las ceremonias oficiales, el orden institucional parecía normal; pero el estado político del país, no era ciertamente envidiable ni su aparente tranquilidad engañaba a nadie. Combatido por todos lados, el gobierno de Saavedra debía multiplicarse en la vigilancia y la represión para no ser sorprendido.

Las obras realizadas en La Paz, con motivo del Centenario, lo fueron en su mayor parte con recursos municipales. El programa de inauguraciones abarcó un espacio

apreciable: entrega de edificios, calles, parques, pavimentos y monumentos; estreno del hipódromo. Una ópera lírica actuó en el teatro municipal, como lo hiciera también en 1909, al conmemorarse el primer centenario del 16 de julio de 1909. La presencia de las embajadas especiales, los actos oficiales, las recepciones, los banquetes, imprimieron a esos días una animación extraordinaria. Se mostró la potencialidad del pueblo que consiguió modificar la fisonomía de la ciudad de La Paz; pero esta transformación venía operándose desde la fundación de la República, como el signo inconfundible de la tenacidad del Norte. Una de las pocas obras que no se concluyeron fué el Palacio Consistorial.

La celebración del primer Centenario de Bolivia, tuvo el brillo reluciente del protocolo, de los uniformes, de la elegancia. Quiso rodeársele de significación excepcional, como un vigoroso homenaje de gratitud a la memoria de sus fundadores y, al mismo tiempo, una demostración de la pujanza de este pueblo.

Volvamos a los hechos políticos, con cuya cronología no hemos sido muy fieles. Anulada la elección presidencial de José Gabino Villanueva, cúpole ejercer el mando, con carácter interino, a Felipe Guzmán. Y para las próximas elecciones, propicióse el nombre de Hernando Siles.

EL PRIMER NACIONALISMO Y EL ALZAMIENTO POPULAR

Posesionado el nuevo presidente, la vida nacional se tornó más cordial. Las proyecciones del pueblo de La Paz, no giraban ya en torno de una sola obra; ahora se multiplicaban en todas direcciones. La erección de un monumento a Félix Reyes Ortiz, la detuvo un momento en el camino, haciéndole recuerdo de sus hombres ilustres. Las tarifas de alumbrado público, que le afectaban seriamente, concretaron otro momento de su atención. El pueblo salió a las calles, en manifestaciones, pidiendo abaratamiento de precios. La crisis mundial, derivada de la guerra de 1914-18, que tuvo sus repercusiones en Bolivia, avanzaba como un fantasma; algunas empresas mineras, que hicieron grandes ganancias llevadas al extranjero, planteaban la suspensión de sus actividades y el problema de la cesantía de obreros mineros vislumbrábase como una amenaza a la que debía hacerse frente con sentimiento de solidaridad.

La municipalidad adquirió un avión para donarlo al ejército, mientras el pueblo se aprestaba a contribuir, mediante colectas callejeras, a los fondos destinados a la compra de otras máquinas aéreas. Quedaban distantes los días en que se hicieron las primeras pruebas en El Alto. Desde entonces la aviación ya se había incorporado en el sistema de las comunicaciones rápidas. Fundado el Lloyd Aéreo Boliviano, se estipulaban las condiciones para el transporte comercial. Un siglo antes, las diligencias, el galope de los caballos y la carrera de los *chasquis*, eran los medios más veloces que se conocían. Signos de nuevos tiempos llegaban avasalladoramente. Los viejos moradores de La Paz, quedaban sorprendidos de este atropello de las cosas. Antes se iba paso a paso, lentamente, con tiempo para vivir hondo y quedo; pero ahora, con este ritmo acelerado, no quedaba tiempo.

En el año 1928, hubo una sorpresa de volumen. Se presentaron los hechos de Fortín Vanguardia. Era como golpear sobre la conciencia de cada boliviano. Podía el pueblo no saber que el pleito duraba casi desde la fundación de la República; no importaba. Pero sabía que en el Chaco vigilaban soldados bolivianos, y esto le llegaba a la sensibilidad. Si se produjo un ultraje nacional, había que contrarrestarlo. La masa masculina se brindó para la lucha. La voz de Daniel Salamanca, el obsesionado guerrista, había señalado el camino del Chaco como el único compatible con la dignidad del país. Había, pues, que ir allá. Por ello, en movimiento espontáneo, el pueblo se

volcó sobre las calles, pidiendo que se le armase, que se le uniformara y que se le guiase.

El Presidente Siles, con una previsión que jamás debe olvidarse, evitó la lucha armada. El Paraguay, condenado como provocador del incidente, reconstruyó el fortín boliviano. El peligro había pasado por el momento, pero no había desaparecido. Mas la nerviosidad sirvió para que las elecciones municipales de 1929 no se efectuaran. No hubo renovación de ediles sino meses después.

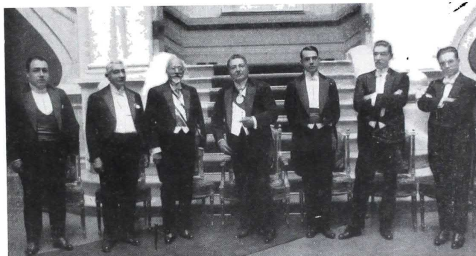
El 15 de enero se inauguró el estadio "La Paz", el primero que se poseía de proporciones grandes, por lo menos para aquellos tiempos. Fué, lo sabe el pueblo, una obra de esfuerzo departamental, hecha con empréstitos que La Paz está pagando aún, caso semejante al de la pavimentación de la ciudad.

En el plano político, el pueblo intervenía afiliado en los partidos; pero sin poner en ellos ni desmedida ambición, ni encono excluyente.

Por entonces nació el partido nacionalista, que actuaba al amparo del calor oficial. Y el año 1930 sobrevino el golpe de Estado de 28 de mayo, por renuncia del Presidente ante el Consejo de Ministros. El nuevo gobierno convocó a elecciones para una constituyente. Total: una comedia para preparar la reelección.

El Consejo de Ministros y los gestores de la reelección olvidaron al pueblo. Y el pueblo no estaba conforme con los acuerdos de conciliábulo. Se produjo, como siempre había sucedido, la persecución y el apresamiento de opositores, estudiantes y de cuantos osaron gritar su convicción democrática.

Las cartas, nuevamente, estaban extendidas. El Consejo de Estado, por servir a sus fines reeleccionistas, parecía hacer todo lo posible para interferirlos. Usaba el rigor, la indiscriminada rudeza en la represión de las ideas contrarias. El choque no debía tardar. El 20 de junio de 1930, se efectuó la acostumbrada retreta matinal en la Plaza Murillo: el sitio donde se protagonizaron los actos más definitivos para el rumbo de la historia de Bolivia. Terminada la audición, se formaron grupos de estudiantes, extendieron una bandera nacional e iniciaron una manifestación antirreeleccionista. Los hombres fueron aumentando en las filas universitarias. La policía



El presidente, doctor Bautista Saavedra, con su primer Gabinete

civil, en un simulacro de contramanifestación —el conocido recurso oficialista—, que vitoreaba a Siles y el Consejo de Gobierno, quiso resistir el empuje estudiantil. Los discursos fueron una llameante convocatoria a la lucha cívica. Las tentativas de dispersar a los manifestantes fracasaron. De regreso a la Plaza, una vez que recorrieron varias calles, los manifestantes arrojaron piedras al palacio de gobierno. La respuesta la dieron los fusiles de la guardia. La violencia oficial vigorizó los ánimos; los muertos empujaron a la lucha. El Consejo de Ministros había hecho colocar ametralladoras en los techos de los edificios de la Plaza y en varios lugares altos. Se hizo fuego desde varios automóviles. Pero nada podía detener el desenlace.



El estadio "La Paz".

Pero poco después, un regimiento de caballería los atacó. Cayó herido de muerte un universitario, cuyo cuerpo, sangrante todavía, envuelto en el pabellón de la patria, fué paseado por las calles. Era el estandarte de la rebelión. Hombres y mujeres engrosaron las filas de la resistencia y de la invencible fuerza moral del pueblo.



Una de las tribunas del estadio "La Paz".

En los siguientes días, el empleo de armas de fuego fué nutrido contra el pueblo, al cual se quería domeñar con la metralla. La masa había salido, a pesar de las asechanzas, agraviada, a restablecer el respeto a la vida humana, y se enfrentó a la policía y a las fracciones del ejército que comandaba el general alemán Hans Kundt, parcializado con el nacionalismo. De pronto, eran ya las mujeres, los niños, todos en fin, que salían a las calles contra los soldados. Los cadetes, a su vez, dejaron su colegio y se pusieron al lado del pueblo. Esta terrible y desigual lucha terminó el 27 de junio, con la caída del Consejo de Estado, el cual había estado defendiendo la reelección presidencial, jugando el interés de una perso-

na y de un grupo contra todo un pueblo. *La Razón*, de La Paz, que había suspendido sus ediciones antes de verse obligada, por la fuerza policiaria, a mentir, decía al reanudar sus actividades: "Sin jefes, sin dinero y sin armas, se ha impuesto la Constitución". Y era cierto. En el siglo XX se tuvo que salir en defensa de la Carta Magna, como en los tiempos de Melgarejo.

El pueblo había vuelto a triunfar, despedazando el nacionalismo y la tesis reeleccionista. Sobre su denuedo republicano y democrático, esperaba que se edificara el imperio del orden constitucional, del respeto humano. Cumplida su misión, volvió a replegarse sobre sus actividades habituales, dejando que los políticos hicieran el resto.

LA GUERRA, LA REVUELTA Y LA PAZ

Se organizó una Junta Militar de Gobierno, encabezada por el general Carlos Blanco Galindo, asesorada por destacados hombres públicos. Llamó a elecciones generales, en las cuales fué ungido presidente el candidato único Daniel Salamanca.

La inquietud popular acerca de la actitud que asumiría el mandatario respecto del viejo conflicto del Chaco, se hizo interrogante. No se olvidaba su cerrada tesis guerrista. Pero Salamanca planteó ante una comisión de neutrales el mantenimiento de las posiciones del Chaco, sin avances ni agresiones.

El gobierno hizo frente a una huelga de empleados de correos y telégrafos, que pedían aumento de haberes y que paralizaron, por algunos días, las comunicaciones. La destitución colectiva y el procesamiento fué su respuesta categórica. Después dictó amnistía, para remediar, siquiera en parte, los dos castigos que imponía a esos ex-funcionarios públicos.

La crisis se reflejaba en las actividades públicas y particulares. La municipalidad de La Paz se vió frente a una reducción del cincuenta por ciento de su presupuesto. El pueblo también sabía que debía limitar sus gastos, disminuir su presupuesto. Pero tuvo compensaciones. Una de ellas fué la llegada del Príncipe de Gales, acompañado de su hermano, a quienes el gobierno recibió oficialmente. Todo un espectáculo.

En esos días de pobreza, fueron celebrados los centenarios del general Eliodoro Camacho y del Coronel Adolfo Ballivián.

Aumentando preocupaciones al malestar económico, las lluvias del año 31 fueron particularmente copiosas, y sus corrientes, rebalsando en la cuenca de los ríos, perjudicaron los puentes de la ciudad, removidos muchos de ellos.

El 12 de mayo comenzó un imperceptible deslizamiento de tierras en las zonas de Santa Bárbara y San Pedro que se prolongó hasta el día 14. En la primera, muchas casas quedaron comprometidas. Años antes, en 1914, el edificio del Museo Tiahuanacu fué arrasado por un movimiento de tierra, y en 1916, se produjo el descenso de algunas pequeñas regiones de Santa Bárbara. Se trataba de una zona cuyo subsuelo no había sido estabilizado. En San Pedro, el deslizamiento fué de menores proporciones.

Para remediar en parte los daños, el Congreso votó 40.000 Bs. y los Amigos de la Ciudad iniciaron una colecta popular. Pero las consecuencias del desastre, prolongándose por muchos días, pusieron en actividad a todo el pueblo, el cual demostró, también en esta oportunidad, el rasgo característico de La Paz: su solidaridad, su sentimiento de cooperación.

Tornemos nuevamente a la instancia política, que se desarrollaba, contradictoria, en el escenario de La Paz. El parlamento se perfilaba como el de las acusaciones, con las cuales promovía el escándalo, colocando en tensión a los partidos y al pueblo. Su fin era defender la Constitución, marcar rumbo de respeto a los futuros mandatarios.

La primera acusación estaba dirigida a Bautista Saavedra, jefe del Partido Republicano. Si era verdad que pesaba sobre él

la culpa de deliberadas transgresiones constitucionales, el recurso acusatorio llevaba implícita la finalidad de anularlo políticamente.

El 29 de enero de 1932, el ex-presidente se presentó en la Cámara y, en una atmósfera caldeada por la pasión, asumió su defensa vigorosa, vibrante. Y la acusación prosperó.

La caída de Hernando Siles y del "nacionalismo" fué seguida por una interminable secuela de odios. Los saavedristas no le perdonaban la infidencia política; el pueblo estaba dolido todavía por las violencias del año precedente. En las cámaras se acusó al ex-gobernante, imputándosele infracciones constitucionales y malversación de fondos. Le defendieron, el 7 de abril de 1932, sus colaboradores Enrique Baldivieso, Javier Paz Campero, Carlos Salinas Aramayo y Max Atristaín. Empeñosa y vehemente defensa de una causa perdida de antemano. Allí sobresalió, y con relieves destacados, la más difícil de las virtudes: la amistad política y el coraje civil en una hora de generales acrimonias contra el caído.

La acusación prosperó. Pasó al Senado Nacional y de allí a la Corte Suprema de Justicia.

Y luego la tercera acusación. Fué contra el vicepresidente de la República, José Luis Tejada Sorzano, a quien se tachaba de haber ejercitado influencia, previa remuneración económica, para la concesión de "un millón de hectáreas petrolíferas a determinada compañía". El acusado se defendió con documentos y rebatió las imputaciones que se le formulaban.

Con Salamanca, a pesar de que el Vicepresidente era un ciudadano liberal, subió al poder la rama desprendida de la Unión Republicana en 1920, año desde el cual se mantuvo en la oposición. Eran los "genuinos".

La crisis económica, agudizada con la paralización de varias empresas mineras y la cesantía de sus trabajadores, culminaba en un descontento social caudaloso, que minaba las bases del gobierno, sin grandes iniciativas para solucionar el conflicto interno. La primera tabla de salvación, la más fácil de todas, fué ver fantasmas comunistas en el país, agitando a los ocupados y los desocupados. Con este motivo, el más demócrata de los gobiernos, presentó al Parlamento un proyecto de Ley de Seguridad del Estado, que fué calificado como "ley mordaza". Para no verse frente a la opinión pública censurante, el parlamento lo discutió en sesiones reservadas, mientras la alarma popular crecía de punto.

Se aprobó en este tiempo la ley de divorcio absoluto, y se la puso en vigencia, frente al aplauso de unos y a la rechifla de otros.

A mediados del año 1932, las negociaciones internacionales para evitar la lucha armada en el Sudeste entraron en un terreno muerto. Paraguay quería ocupar posiciones controladas por Bolivia. De pronto, hacia el mes de julio, llegaron las primeras noticias del incendio. El gobierno, tambaleante en ese minuto a causa de problemas económicos y sociales no resueltos, cobraba solidez gracias a factores insospechados.

El 15 de julio de 1932, se efectuaba en La Paz un baile dado por los Amigos de la Ciudad en honor de las bellezas nacionales participantes en un concurso. Con las noticias divulgadas esa noche, del peligro internacional desencadenado, se reunió en la Plaza —la Plaza de los grandes sucesos de Bolivia—, una gigantesca multitud, que recorrió en manifestación las calles y llegó hasta la puerta donde se realizaba la fiesta: la IV Feria de La Paz. Impidió que ella continuara, porque no era oportunidad de distracciones frívolas cuando en el lejano Chaco —poco conocido, poco estudiado—, los hijos del país defendían el territorio nacional a costa de su sacrificio.

Con la nueva realidad, que golpeaba el alma nacional, hizo un alto la pugna de intereses. El país todo uniformaba su sentimiento en torno de la lucha surgida. La

ciudad de La Paz se transformó de súbito: los cuarteles no acababan de recibir las legiones de voluntarios; los cafés, los bares y las calles se poblaban de soldados. Se esperaba la salida de trenes para embarcar a los defensores. Y pasando los días, los coches de los ferrocarriles se llenaron de reservistas, y todo el movimiento urbano estaba saturado de las emociones de la guerra.

En el año 1932, se sufrieron los primeros contratiempos. En septiembre cayó Boquerón. Ruda prueba para el pueblo, el cual constató que, militarmente, no se había realizado preparación alguna. Su reacción fué desesperada. Propugnábase la formación de un gabinete de concentración nacional, que no se hizo; el ministerio tenía, por el contrario, un cariz acentuadamente político. El Concejo Municipal de La Paz, después de haber estudiado la situación guerrera, produjo un voto que, sustancialmente, decía: "Declarar que la situación en que se ha colocado el señor Presidente de la República, frente a la opinión nacional, le inhabilita para seguir desempeñando las altas funciones que el pueblo le ha encomendado". Esto fué el 3 de octubre.

Existía, por otra parte, repudio al Congreso, por considerarse que estaba dedicado a la lucha de la pequeña política, descuidando los desgarrantes intereses del país en guerra internacional. Era un clima efervescente, dolorido, en que actuaba el pueblo por impulsos indeliberados. Quiso impedir, con el criterio lapidario de que los representantes nacionales eran políticos antes que patriotas, sus sesiones. Nunca podría hacerse una acusación mayor, y en tiempo de guerra, a un parlamento. Una multitud encorajinada, ávida de hechos, fué al palacio legislativo y cerró con herraduras la puerta. Los representantes nacionales, llamados a la realidad por la reacción popular, pidieron asilo a la municipalidad, donde sesionaron. Era a fines de octubre de 1932.

Mientras una parte de los hombres estaba en el Chaco, el pueblo asistió a un vuelo de prueba de una máquina de la Panagra, que tanteaba la posibilidad de establecer un servicio de transporte aéreo. Su atención, sin embargo, residía en la zona de operaciones militares.

Pero no podía paralizarse la tarea constructora. Hacía falta una rectificación de la bajada del río Orkojahuira en el camino Miraflores-Obrajes, y fué acometida en el mes de abril. Para facilitar el tránsito en el camino a El Alto, se expropiaron terrenos particulares situados en el final de la calle Tumusla. El gobierno clausuró los periódicos opositores de La Paz, que criticaban la política de guerra, reputándola errada, para luego permitirles, después de haberles irrogado perjuicios, la reaparición. La fiesta de carnaval, tradicional en Bolivia, y particularmente en La Paz, hubiera significado una desconsideración con los que peleaban y morían: se la suspendió. La actitud del pueblo era de uniforme recogimiento. Realizábase, al mismo tiempo, a iniciativa de los Amigos de la Ciudad, una colecta de oro para la defensa nacional; hombres y mujeres entregaban sus joyas y sus anillos de matrimonio. Algunas veces, en la letra de piezas musicales, típicas del país, se hacía referencia, como censura, a los descalabros militares. Una de ellas, penetrante, denunciaba: "Boquerón abandonado, sin refuerzos ni comando...".

La radiodifusión, que no había sido una actividad difundida, comenzó con la instalación de Radio Nacional, que recibía ayuda fiscal, y después fué ensanchada con Radio Illimani, a cargo del Centro de Propaganda y Defensa Nacional. En los primeros meses, no pudo prestar al país servicios efectivos por la escasez de receptores. Su importación en gran escala fué rápida. El progreso de esta industria, que tiene su centro principal en La Paz, fué empujado por la guerra.

En el año 1933, definida la construcción de la Avenida Central y de los mercados, se iniciaron los trabajos. Y en junio, ener-

vando las energías populares, los partidos políticos y los parlamentarios discutían con encono la traslación del monolito Bennet, haciendo preterición de las necesidades y la realidad lacerante de la guerra. Esa imagen de piedra se convirtió, aunque pasajeramente, en una cuestión de estado, entre el gobierno Salamanca y la Municipalidad.

En el mes de noviembre de 1934, el Presidente viajó al Chaco. Se habían venido encadenando las derrotas militares, con limitadas acciones victoriosas de parte de Bolivia. En una de las operaciones sorpresivas del comando boliviano, cayó, en Villamontes, el mandatario. La gente dijo, entonces, que ésta fué una de las acciones más "brillantes" del comando boliviano. Con ese acto iba preparándose el retorno del militarismo al Poder. Hay que decir que Salamanca merecía resistencia por la conducción de la guerra; pero las causas efectivas de las operaciones adversas, debían servir para responsabilizar a otras personas...

Dando un viso de legalidad al golpe, se llamó al vicepresidente, José Luis Tejada Sorzano, para que asumiera la presidencia. Las circunstancias internacionales apremiantes, determinaron al patricio a aceptar la responsabilidad del gobierno; y cuando debía terminar el mandato iniciado en 1931, el 5 de abril de 1935, el parlamento aprobó una prórroga presidencial. El liberalismo, con estos hechos, volvió al gobierno.

Franz Tamayo fué elegido, en tiempo de guerra, presidente de la República. El gobierno Salamanca consideró, en ese momento, que nada podía interrumpir —ni la guerra— el normal desenvolvimiento de las instituciones. Pero poco después, frente a la necesidad de llamar a elecciones municipales, esgrimió el argumento de que, estando los ciudadanos en el Chaco, no podía permitir, a sus espaldas, un simulacro electoral. Estas dualidades se explican por los intereses en juego, por la hegemonía que desean mantener los hombres y los partidos y por la necesidad de aplastar, desde el gobierno, a los opositores, porque todavía no ha nacido el equilibrio espiritual que convenza a los caudillos de la necesidad de una oposición justa, morigeradora, vigilante; que sea, al mismo tiempo que freno, estímulo. Tamayo, con los hechos consumados, renunció, en carta pública, la presidencia. Era ya el momento de la presencia en las ciudades, de los inválidos, de los avitaminosos, de los evacuados.

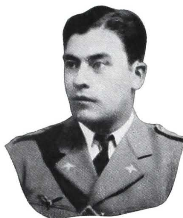
El 30 de enero de 1935, la ciudad, que soportaba las penalidades de la guerra, los lutos ocasionados por las muertes, sufrió una inesperada catástrofe. A medio día, cuando terminaba la labor matinal en las oficinas, se desbordó el río Choqueyapu. Desde la quebrada de El Alto, las aguas bajaban, arrolladoras, en inmensas oleadas. La corriente descuajó puentes, derribó casas, arrasó el mercado de flores y también cuanto obstáculo se le presentaba. Fué tan inmensa la riada, que muchas calles y avenidas se convirtieron por algunos minutos, en otros tantos ríos, como la avenida 16 de Julio y la calle Bueno.

De momento, nadie se explicaba las causas de esa tragedia, que ocasionó muchas víctimas y daños materiales, como nunca se habían producido hasta entonces ni en las más abundantes crecidas del Choqueyapu. Sólo después se supo que había reventado la represa de una mina de la firma Trepp, y la cantidad de agua almacenada se desbordó hacia la ciudad.

El gobierno, las instituciones, la municipalidad, los vecinos, todos se movilizaron para socorrer a los damnificados. Los Amigos de la Ciudad iniciaron una colecta de fondos para hacer llegar socorro a los que habían perdido hogar y bienes. Cuanto pudo haberse hecho no llegaba a compensar los perjuicios, no obstante de que el sentimiento de solidaridad social del pueblo fué presto y abnegado.

Fué entonces que se planteó el entubamiento del Choqueyapu, a fin de poner a salvo, con medidas de previsión, a la ciu-

dad, que estaba, casi cada año, a merced de las crecientes de sus ríos. Meses después, por decreto, se señaló que era "urgente iniciar la ejecución de obras de rectificación del río Choqueyapu y la apertura de vías urbanas que deben completarla". Se hizo en seguida expropiaciones para



El heroico aviador Rafael Pabón, una de las figuras máximas del Chaco.

emprender los trabajos. Al mismo tiempo se empezaba la obra de pavimentación del camino de Obrajes.

El 15 de mayo de 1935, la ciudad de La Paz tributó, como lo hiciera antes a los restos del aviador Rafael Pabón, un homenaje extraordinario a las cenizas de la columna *Méndez Arcos*, como una señal de reconocimiento y de gratitud por el heroísmo inútil a que fué sometido el pueblo boliviano.

Fatigante, larga, llena de sacrificios de toda naturaleza, la guerra se prolongaba. Al terminar el año 1934, el presidente Tejada Sorzano, había ordenado la movilización general, que comprendía a todos los hombres hasta de 50 años, para realizar el más definitivo de los empujes guerreros. Éste debió haber sido el primer acto en la campaña internacional; pero entonces no había caminos, no había transportes, faltaban abastecimientos y uniformes. No había, en verdad, nada.

La ciudad —como las restantes del país—, no obstante de que la lucha se desarrollaba lejos de ella, sentía el peso tremendo de una ruda realidad. Las mujeres enlutadas y los niños huérfanos aumentaban su número, como aumentaba el de las personas que averiguaban por la suerte de los seres queridos que un día emprendieron viaje, y no se supo más de ellos.

Llegó el mes de junio de 1935 —la guerra había comenzado en julio de 1932—, en que, por mediación de los países vecinos, se negociaba la paz. El fuego en las trincheras debía suspenderse el 12 de junio a medio día. La expectativa fué defraudada, porque el cálculo del país enemigo confiaba en la captura de zonas petroleras, para alegar sobre ellas el derecho de conquista. No consiguió sus objetivos militares.

Las hostilidades cesaron a las 12 del día 14. A esa hora terminaban, al fin, el desasosiego y la incertidumbre. Las campanas de las iglesias repicaron alegremente. La multitud, vapuleada por las angustias de



Uno de los héroes de la guerra del Chaco, Mayor Roberto Carrasco O.

la lucha, salió a las calles y celebró el primer paso hacia la paz. Era también el ingreso a uno de los períodos más confusos y contradictorios de la historia patria.

Millares de prisioneros quedaban todavía en territorio paraguayo. Las gestiones de repatriación duraron algunos meses, y al concluir diciembre se tenía la certeza de su pronto retorno.

AYER

En pequeñas caravanas, se reintegraron los ex prisioneros. Traían en el alma la imborrable experiencia del cautiverio. La presencia de los soldados en las calles tenía otro sentido de aquel esperanzado año de 1932. No parecían los mismos hombres que habían marchado a la guerra. La guerra eran ahora ellos. Algunos miles de jóvenes quedaron en los caliginosos campos del Chaco; no tornarían más. Y la realidad de la pasada campaña estaba en los hospitales de retaguardia, donde los hombres desmembrados física o espiritualmente en los campos de combate, trataban de incorporarse, en un supremo gesto de voluntad, a la vida. Pero los ciudadanos que volvían a sus hogares, traían el lastre de un desengaño, el hirsuto ademán de la decepción. El inútil sacrificio, pesábales como una carga; el Chaco habíales transformado, endurecido el sentimiento, insensibilizado la carne. Pasó la guerra, pero seguiría durando.

En 1936, todavía no estaba definida la paz. Prolongábase una tregua llena de amenazas y de rumores. En lo interior, en el vasto territorio boliviano, tampoco había tranquilidad. Imposible hallarla. El presidente José Luis Tejada Sorzano —caballeresco mandatario—, fué rodeado una mañana por militares de alta graduación y obligado a dimitir. Sin apego al cargo, cercado por las armas, deseó mejor suerte que la suya a los que ascendían, a espaldas del pueblo, al gobierno. Este ascenso tenía una bandera: el Chaco perdido. Y desde ese momento se abrió el campo a la demagogia izquierdista. Los civiles empujaban y ayudaban a los militares, sustentando la tesis de los hombres nuevos, en contraposición de los viejos, sobre quienes se cargaban vencimientos y fracasos nacionales. Estaban, pues, en el poder los que habían concurrido al Chaco y allí habían acordado apoderarse del gobierno. Abundaron decretos irrealizables; ordenóse la sindicalización obligatoria; se crearon algunos ministerios como los del Trabajo, Minas y Petróleos, Agricultura y Colonización. Volvió con estos nuevos hombres la forma usual del desprecio por la libertad; confinamientos y destierros, censura y control de la prensa. Un día los partidos políticos fueron declarados difuntos: un simple decreto les dió muerte oficial. Si deseaban seguir viviendo, tendrían que hacerlo como los fantasmas: en la sombra. El paso decisivo, fué el decreto que dispuso la caducidad de las concesiones petrolíferas que se encontraban en poder de The Standard Oil.

No será inútil iterar que alcanzaban preponderancia las federaciones obreras, nacían los socialismos de Estado, proliferaban las células izquierdistas, así como la prensa oficial. Actuaban las ambiciones, y los civiles, impacientes, empujaban a los militares para valerse de la fuerza y ampararse en la opinión de las organizaciones obreras y de ex combatientes. De este modo apareció el nuevo presidente: Germán Busch, el valiente y audaz guerrero del Chaco. El depuesto, cuya hora de auge había pasado, caminó al destierro. Y se explicó que el golpe de Estado, fraguado en las reparticiones militares, como el anterior, debía ahora enderezar el rumbo torcido del socialismo estatal instaurado en 1936. Repitióse el error de formar partido político desde las esferas oficiales o hacerlo nacer de los golpes de mano. Los puestos de la administración pública servían para aumentar el número de los adherentes, la cifra de las simpatías agradecidas. Y también se convocó a elecciones de "convencionales", empleando recursos públicos y la fuerza policiaria para hacer triunfar a los partidarios del poder. La Convención

dictó una nueva Constitución, llamada socialista y confirmó en la presidencia a Busch. No podía ser de otra manera. Poco duró, sin embargo, el estado constitucional. Busch barrió la constituyente y asumió la dictadura. De mandatario constitucional, volvió a su primitiva condición de mandatario de *facto*. No le faltó, en este acto, sinceridad, como tampoco en varias iniciativas de intencionada honestidad. Aislados fusilamientos sin proceso, sacudieron la conciencia pública; entre ellos, el de un sacerdote. Dos rasgos hay para destacar en este gobierno contradictorio, tan contradictorio como su precedente. Busch agredió al historiador don Alcides Arguedas, castigándole por haber publicado algunos artículos periodísticos de crítica: actitud despótica suficiente para desmoronar su estabilidad. Y dictó el decreto de 7 de junio de 1939, disponiendo la entrega del ciento por ciento de las divisas extranjeras provenientes de la exportación de minerales.

El ambiente en que se movía este gobierno fué de recelos e inquietudes. Un intento subversivo fué epilogado con algunas muertes, varias huídas y numerosos encarcelamientos. No continuó más. Al amanecer de una fiesta, murió Busch en su casa, disparándose con su propia arma.

El Vicepresidente, que la dictadura no había barrido, no llegó a palacio para reemplazar en el mando al suicida. Por acuerdo militar lo hizo el general Carlos Quintanilla, que representaba la antítesis del *buschismo*. En este período fueron desapareciendo las organizaciones de ex combatientes y de obreros, como fuerza política.

El juego político, que era siempre absorbente, tuvo para La Paz una grata tregua. Se dijo ya que, en 1909, para celebrar el primer centenario de la revolución emancipadora de julio, se estableció, con pruebas irrefutables, que los restos de don Pedro Domingo Murillo se encontraban en uno de los altares de la iglesia de San Juan de Dios. Descubiertos casualmente el 29 de diciembre de 1939 en el primer altar de la izquierda, actuaron comisiones médicas e históricas. Verificaciones documentales demostraron que las osamentas correspondían a Murillo y Juan Bautista Sagárnaga. Un tercer esqueleto, que no pudo ser identificado por insuficiencia de datos, fué inhumado en el cementerio.

Los restos de Murillo y Sagárnaga, depositados en urnas artísticas, fueron glorificados en una grandiosa ceremonia, la primera que con tan vastas proporciones se efectuó en el curso de la vida republicana del país. Llegaron comisiones departamentales y se hicieron presentes los países bolivarianos. A los 130 años de su fecundo sacrificio, los protomártires recibían el homenaje consagratorio de la posteridad. Ese tributo, sin embargo, hacíase permanente, como expresión de gratitud y exaltación. El 29 de enero de 1940, día aniversario de las ejecuciones ordenadas por Goyeneche, acabó por desvirtuarse la trapacería histórica que circuló durante muchos años afirmando vencimientos y traiciones de Murillo. Irrectificables constataciones históricas terminaron con las afirmaciones desaprensivas. Reivindicada la memoria del coronel Presidente de la Junta Tuitiva, quedaba despojada de las limitaciones que quisieron imponerle algunos escritores. Todo esto ocurrió cuando ejercía las funciones de Alcalde de La Paz don Humberto Muñoz Cornejo.

Las urnas, con los restos venerados, recibieron, en la catedral, el fervor definitivo, amplio y consagrador. Honrando el pasado, guía y testamento, el pueblo se colocaba a la altura de quienes, desde las palabras hasta la sangre, edificaron una patria libre. Era la libertad, en resumen, el contenido de la esperanza, la verdad que pujaba desde las almas y que animó el discurrir histórico con un aliento creador. Empero, los gobernantes, sordos a esas incitaciones, se mostraron enemigos celosos de la libertad, como si todos hubieran sido miembros de la "Santa Alianza" que fué

contra la soberanía popular y contra la dignidad humana.

Pasada esta pausa cívica, el pueblo concurrió a comicios electorales. El general Enrique Peñaranda, elegido como candidato único, asumió el poder en los primeros meses de 1940. Renacieron ya, para entonces, los partidos políticos; actuaban algunos, llamados tradicionales y otros nuevos, emergentes de la postguerra. Con la colaboración de las derechas, el gobierno tuvo alguna duración. Confrontó situaciones difíciles. La guerra mundial había comenzado meses antes, y con este motivo, los contratos de venta de minerales originaron violentos procesos de oposición. Hizo el arreglo con The Standard Oil, sobre la base de la entrega de 1.750.000 dólares a la compañía, y este hecho también vigorizó la oposición. Se produjo la masacre de Catavi, cuyas consecuencias políticas encontraron su clima en La Paz. Agregando nuevos motivos al ataque y a la resistencia, el gobierno daba cima a su propósito de asegurar la sucesión presidencial, en medio de la ambición despierta en varios generales y en algunos civiles. El terreno de nadie para estas batallas fué el parlamento, y desde allí se minó la seguridad del general Peñaranda. Para ese momento, la censura, debido a que Bolivia ingresó a formar parte de las Naciones Unidas, regía con un celo que los mismos EE. UU. no habían puesto para asegurar el triunfo de la causa democrática. Para completar el cuadro, se suspendieron las elecciones municipales, en la que la oposición podía obtener ventajas indudables, y se dictó, más con fines de política interna que de lealtad a las Naciones Unidas, un "decreto de seguridad", amenazante para la oposición.



Cripta donde se guardan los sarcófagos en que se hallan las cenizas de Murillo y Sagárnaga, en la catedral de La Paz.

Poco antes, no al azar, sino de acuerdo con tendencias totalitarias, había nacido un grupo político, audaz y aguerrido. Y el 20 de diciembre de 1943, la ciudad de La Paz amaneció con la novedad de un golpe de

Estado. Los "varitas", armados y disciplinados, fueron los héroes de la hazaña. Hasta ese momento, eran los únicos uniformados que no habían actuado en una "revolución". Ahora podían descansar seguros: eran ya epónimos actores en el desorden. Varias casas de los gobernantes caídos fueron asaltadas en un extraordinario denuedo políticamente dirigido.

Mientras Peñaranda y los ex ministros iban a la cárcel y el jefe del grupo político totalitario rectificaba su propia posición ideológica sustentada en el parlamento, apareció en el escenario político un nuevo hombre: Gualberto Villarroel. Los militares, hasta la graduación de mayores, desconocieron a sus jefes jerárquicos; el firme sostén disciplinario del cuartel quedaba desconocido y despedazado. Y era que los hombres de treinta y tantos años, que planearon en el Chaco llegar al gobierno, cumplían su propósito. Con ellos, pocos civiles, nuevos astros de la política, actuaban desde los ministerios. Confinamientos, destierros, encarcelamientos, censura de prensa, prensa oficial, agitación de los sindicatos de trabajadores, seis meses sin el reconocimiento de las naciones americanas y democráticas, gravitaban como una nueva carga. Y desde esa hora —no se convocó a elecciones municipales ni se restablecieron las garantías ciudadanas—, la dictadura se valió de la vigilancia, de la soplonería, de la delación; sobrevinieron atentados a la vida de las personas y el secuestro de un industrial millonario, dirigidos por la policía. Una "convención" elegida con dineros fiscales hizo el simulacro de la legalidad. Hubo también nueva Constitución. Del mismo modo que en el gobierno Belzu, se dictaron medidas demagógicas, que herían la sensibilidad de los humildes, cuyo mejoramiento, sin embargo, no era efectivo ni real. El odio a los partidos llamados tradicionales levantó barreras invencibles. Las policías acabaron por ser dueñas omnímodas de vidas y haciendas. Con este sector del ejército, cogobernaron los civiles del grupo antidemocrático, implicado muy poco antes en la preparación de un "putsch" nazi. Y estos hombres, no obstante los hechos, proclamaban que se trataba del restablecimiento de las formas legítimas de la democracia y libertad. Hay que señalar, empero, que al mes de haberse producido el golpe, hubo una demostración de simpatía al nuevo gobierno. Confiando, sin duda, en que ese apoyo popular podía ser duradero, que no podría modificarse con una actuación errada, los gobernantes recrudecieron su frenesí persecutorio.

Dejemos al gobierno. En la ciudad, los extramuros de fin de siglo acabaron por poblarse. Sopocachi, San Jorge, Miraflores, Villa Victoria, todo era ciudad, invasión urbana. Obrajes, capital de la provincia Murillo, fué anexado al radio urbano. Las casas pechaban, cada vez más, el campo, subían por el declive de los cerros, erguíanse sobre las primitivas haciendas y caminos. Un censo efectuado en 1941, dió a La Paz 350.000 habitantes. Habíase terminado, en 1940, la construcción de los mercados "Camacho", "Lanza" y "Rodríguez" y los regionales de Miraflores, Sopocachi y Caja de Agua. Los servicios de alcantarillado tenían grandes deficiencias. El estadio "La Paz" acabó por ser pequeño. La municipalidad continuaba sin su libre juego democrático, convertida en dependencia —desde 1936— del Poder Ejecutivo. El entubamiento del río Choqueyapu avanzaba, satisfaciendo un anhelo local. La catedral seguía inconclusa, como si tuviera cercenadas las torres. La avenida Camacho —la Central, que proyectaban los ediles— levantó sus pisos de cemento armado. Las calles hiciéronse más transitadas, las oficinas más concurridas; espectáculos, vida nocturna, distracción deportiva, todo se multiplicó. Lo que se hacía, marcaba un ritmo gigantesco, como eran la urbe y el pueblo. Varias veces, plazas y calles habían sido transformadas; varias veces habían vuelto a levantarse los puentes destruídos por las corrientes de agua; los

trazos urbanos se ensanchaban en nuevas calles. La férrea voluntad no hallaba límites; nunca los obstáculos pudieron detener su brazo. Escuelas, colegios, institutos facultativos, comercio, industria, bancos: todo había crecido de acuerdo a las necesidades. Lo que había no era, sin embargo, cuanto merecía. Apenas significaba hito de progreso, paso, actitud. Nada puede ser definitivo en el esfuerzo de un pueblo que crece.

Tornemos a los hechos políticos. Obvio es afirmar que el poder ha de sustentarse en las multitudes; que ha de ser del pueblo de donde tome autoridad el gobierno. Existía, en el alma popular de La Paz, espíritu político, fuerzas y voluntad motrices, libremente manifestadas, prevalecientes. Para el pueblo, el poder no podía ser otra cosa que libertad, tolerancia y responsabilidad. Esas cualidades, empero, no distinguían al gobierno. Palabras y actos de los hombres del poder provocaban al pueblo. Una mañana —el 13 de junio de 1946— fracasó una tentativa revolucionaria. La persecución, el odio, y la crueldad oficiales redoblaron con ese motivo. Sobre odios y resentimientos no puede haber gobierno. El pueblo, que sentía el tarascón de la implacable dictadura, no podía quedarse inactivo. Un día, como tantas veces lo hiciera, se levantó con la sola arma de su protesta. Niños, estudiantes, mujeres y hombres se pusieron en las filas de su propia libertad, y en un alzamiento imponente, sin jefes, sin direcciones políticas, echaron a tierra la organización de la fuerza. El 21 de julio de 1946, el pueblo paceño devolvió su libertad al país. Derrocada la tiranía militar y civil, se formó una Junta de Gobierno que interpretaba los anhelos de esa hora de grandezas colectivas, de heroísmos populares.

Otra vez los hombres respiraban sin constricciones. Con sus propias manos lograron su liberación, a costa de la sangre derramada en las calles y plazas. El triunfo del pueblo de La Paz era el triunfo del país, que buscaba vivir sin sujeción a voluntades de personas o grupos, con un solo respeto que será, como siempre fué, norma: la ley. Y con el pueblo volvió a triunfar la Constitución retaceada, hecha cendales.

Fué así cómo derrocó a Melgarejo; así derrocó a Siles; así derrocó a Villarroel. Estaba confirmada, una vez más, su verdad actuante, vital: "La Paz, cuna de la libertad, tumba de tiranos". Y desde esta cuenca transmitióse, en la tarde de julio de 1946, un aliento de concordia, una fe inmensa en lo que era capaz la sustancia popular. Efectivamente, clareaba la libertad.

FIGURA, CARÁCTER, RUMBO

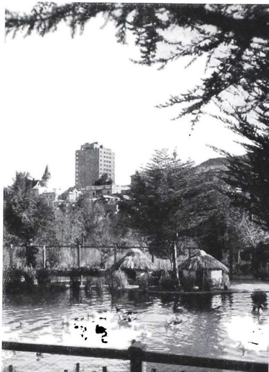
En esta hoya cargada de leyenda, tradición y vida, continúa el acontecer republicano, que es la aventura de buscar los propios destinos. Sus habitantes la conformaron en un largo denuedo de ideas y hechos, de triunfos y caídas y de esfuerzos siempre vigorosos y tesoneros. Allá lejos, cuando el júbilo popular anunció el nacimiento de una República, la colonia no había caído sino en sus representantes epigonales, en la fuerza armada que la sustentaba, en la práctica de vicios y en las manifestaciones del privilegio detentado por los peninsulares; en otros órdenes, la colonia se mantuvo viva. Tal vez la lucha no había sido contra *toda* la colonia sino contra sus injusticias. La armazón colonial, cimentada en trescientos años de dominación unitaria, permaneció erguida, y en ella se colocaron vestidos republicanos. Pero la República tuvo significación en todo los actos en que palpitó un escorzo de patria y una esperanza de libertad. Y esa palpitación, antes que en las esferas oficiales, antes que en los cuarteles, fué isócrona y continuada en el pueblo. Por eso en la vida del pueblo destácanse aristas apasionantes, en que peraltan destellos de grandeza que saben iluminar las grandes acciones colectivas. Estos hechos parecen descabezados, pero obedecen a un ritmo lleno de sugestiones y generosidad.

Las zonas de la ciudad han sido fluyentes, cambiantes, en una móvil adecuación según las necesidades de su crecimiento. Cuando hubo un obstáculo, fué indispensable avasallarlo. Había en sus habitantes, como existe hoy, una constancia viril, una voluntad de dureza granítica. Los grandes sacudimientos históricos, las crisis políticas, los eclipses de la libertad, subrayaron ese carácter. La ciudad fué levantada, no en vano, no al azar, en un sitio difícil, accidentado, con proliferación de escarpas y repechos. Esta elección se vincula con una remota y presente predisposición para la lucha, sin la cual acaso no tendrían sentido su vida y su destino.

Desde 1825, sacudida por sus propias necesidades, muchas veces se ha renovado la ciudad. Es un hito del impulso, del vigor, del sueño que se hace realidad. En una insustituíble vocación de aspirar, la tradición colonial ha venido cayendo pedazo a pedazo; de aquélla ha quedado sólo lo sustantivo. La ciudad y su hombre no se han replegado en las formas del pretérito, no han caído en el "romanticismo del pasado"; no han querido vivir sólo de recuerdos. Insurge, por eso, sed de acciones, reiterada audacia de atreverse, de osar, que abarca dilatados horizontes. El hombre, en la promisoria hoya, parece inmune a la pereza y a la contemplación. Podría afirmarse que la tierra empujara al trabajo, a la donación; parece que obligara a no obedecer, a chocar, a rebelarse en un redoblado proceso de inconformidad.

De ahí precisamente que lo que ahora se desmorona, edifícase mañana en una ascendente tentativa de descontento. El tapial y el adobe, pospuestos por las modernas exigencias de la arquitectura, van limitándose a las casas modestas, para dar paso a la instancia de elevación. La piedra, el cemento, el acero, el ladrillo dan forma a confortables edificaciones que, al mismo tiempo, son expresión de una voluntad infatigable.

Todo cuanto implica fundamental impulso, ha nacido en La Paz de la fuerza popular, que ha sido motriz empuje social. Hemos visto actuar al pueblo en el curso de trascendentes sucesos, que acabaron por ser norma para la colectividad nacional. Esa orientación no nace de la cultura ni de la influencia de doctrinas, sino de una incoercible vocación de vivir. De ahí emerge su permanente capacidad revolucionaria, porque no se ha conformado a mantenerse desconocido, anestesiado o traicionado.

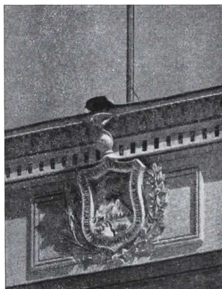


Un vislumbre de la urbe moderna. — El edificio de la Universidad.

No fueron pocas, en el curso de la historia, las sombrías ambiciones de caudillos y próceres. Sórdidas instancias, avaricia en las donaciones morales y turbio interés devoraron, más de una vez, a los hombres encargados de vigilar la dignidad y la libertad. Fué entonces que el pueblo se instaló en el heroísmo e hizo, defendiéndose, proyectándose al porvenir, interminable su

lucha. Poseía siempre un remanente de energía revolucionaria que se enrumbó hacia la libertad. La consiguió, aspiró a gozarla en plenitud, y volvió a ser defraudado. Entonces tornó al empeño colectivo —lo hemos visto en estas páginas— para darse el estilo de vida que soñaba.

El pueblo no quiso, no querrá jamás, vivir en "una especie de esclavitud en el seno mismo de su patria".



COSTUMBRES SOCIALES
DE LA EPOCA COLONIAL Y DE LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA REPUBLICA

por

ZACARÍAS MONJE ORTIZ

TODAS, no precisamente, pero la mayor parte de las formas del relacionamiento social, y de las maneras que tendían a la conservación de los delicados vínculos de parentesco y de amistad, de aquí a cincuenta años atrás, dicen, nuestros abuelos y padres, que han desaparecido por la influencia del intenso aumento de las cifras demográficas y el brusco ensancharse del radio urbano. A ello contribuyeron, además, las diferentes formas de vida aportadas por los forasteros de poca o ninguna aptitud para incorporarse al ritmo que mantenía en la convivencia la etiqueta o sea el protocolo de orden privado que, con estrictez, recataba lo estuoso de los sentimientos de simpatía y, esto era lo malo, mantenía las desigualdades sociales que el régimen colonial aparejó e impuso al arraigo de contados títulos monárquicos de nobleza más los privilegios que les eran inherentes.

No queremos negarle a la ciudad de La Paz, el gentilicio que han manifestado sus hijos; lo demuestran los sucesores, tal vez con menos bonachonería que ellos y más simplismo por la menor emotividad trasuntada, pero él existe y se acrecienta por natural incremento que producen ejemplares familias, —las hay por cientos— que si bien no fatigan ya a nadie con los relumbrones de ejecutorias que la democracia ha mandado a un rincón, en muy buena hora no pierden el don de gentes ni las virtudes de los antiguos grandes señores sus fundadores, esos hombres que en América, si nobles —*rara avis*— llegaron, aquí se ennoblecieron de verdad con el contacto de los saldos humanos que dejó cruento proceso de conquista, pero que conservaban a pesar de todo la exquisitez de alma y la luminosidad de pensamiento.

En esta monografía retrospectiva, que toca el tema de las costumbres vigentes en el pasado de La Paz dentro de su buena sociedad, se pretende no la existimación de ésta sino que toda suerte de lectores se exulten ante la reviviscencia de los perdidos hábitos que, en el seno de esa grande aldea con presidente, obispo y revolucionarios (de todo jaez éstos), y en su tiempo, hicieron amable la vida de propios y extraños, y en conjunto valen por una de las principales razones del constante desarrollo de su potencialidad demográfica y económica, y de su propio desuso, ante el cual todo paceño de cepa no deja de vibrar románticamente, mal que le pese al sórdido

maquinismo y a los ricos de sorpresivo y nuevo cuño.

EL AÑO NUEVO

Una de las festividades del año, que con su poca religiosidad y su mucho de convencionalismo, aportaba entusiasmo y causaba movimiento social entre los paceños de hace siglos, fué la del Año Nuevo, a la cual nos referiremos aquí también por razones de método, pues consideradas todas, de enero a diciembre, resulta ser entre las mismas la primera.

Fundada recién La Paz, la festividad en sí misma, es decir que el hecho de dar, a las doce de la noche del treinta y uno de diciembre, por concluído determinado lapso, y por comenzado otro, no fué novedad en un concepto netamente aimárico, desde que en tal y misma fecha, más o menos, también en el calendario de la raza tenía principio el mes equivalente al enero cristiano, que es el *paajanu*, el mismo que leído y entendido tiene todavía suprema expresión más y, oportunidad, nombre por nombre, que el primero.

En los primeros tiempos de nuestra existencia criolla, el comienzo de año por principal suceso traía el besamanos al Corregidor, primera persona del pueblo y feliz peninsular que representaba al rey. No había lo que se llama sociedad, por entonces, y los europeos que tenían familia estaban alejados de ella y los que no, casi por completo carecían de voluntad para hacerla con damas aimaras y según todas las de ley, se entiende.

Después de consagrado el templo de la parroquia de españoles (separatividad de innegable racismo pero eso sí muy europeo), donde hoy se alza la Basílica de Nuestra Señora de La Paz, el año nuevo sonaba por causa del *Te Deum* al que asistían las autoridades políticas y el Cabildo con todos sus regidores y empleados.

Andando el tiempo, y cuando los Yungas presentaban ya huertas frutecidas, se introdujo la fineza de enviar al pariente, o al amigo, o a la dueña del corazón en platillo de oro o plata, una naranja dorada o una lima de Persia plateada, según fuera la persona obsequiada del sexo feo o del bello sexo. De una misma casona salían varios esclavos africanos llevando en bandeja cubierta con tela de lino albeante, hasta seis platillos con destinos diferentes cada cual, que el mayordomo o el ama de llaves con paciencia entregaba a sus destinatarios. El uso subsistió hasta la guerra del Pacífico, de la cual la juventud volvió desmedrada y triste, con pocas ganas de conservarlo.

A los pocos años del evento, empero se volvió a cumplimentar la gente con aquella oportunidad misma, y acudió a renovar envíos de buenos augurios empleando el símbolo del ramillete de flores artificiales, al que iba prendida la tarjeta con el nombre del o de la remitente más el saludo a la persona obsequiada, en primorosa caligrafía, y con bastante perfume.

Pocos años duró esta moda, porque aparecióle cuasi a la zaga la de remitir con la dedicatoria y el nombre del dedicado más el del dedicante, todo impreso, ciertos artefactillos bastante ingeniosamente compuestos en cartulina, que al ser desdoblados o desplegados desarrollaban formas de aves cual el cisne, la paloma, el águila o el pavo real, o símbolos amicales como el de las manos que se entrelazan, o una lira pentacorde o un ancla que en vez de cadena traía trenza de cinta de gros muy fina sujetando ramito de flores disecadas: "tiemblo al pensar que me olvides"; tembleque, pensamiento y nomeolvides.

En las salas de recibo de fin de siglo, último, y aún de las principales familias, aparecían en los muros coleccionados estos obsequios de año nuevo que, por extensión los pequeños burgueses regalaban con ocasión de los cumpleaños de sus relaciones sociales. Desde mediados de diciembre, las imprentas de remiendos hacían su agosto a causa de los pedidos que de tales cosas les llegaban.

A principios de la centuria en curso, di-

cen que los enamorados, los parientes y los amigos obsequiosos, cambiaron el gusto y dejando los ingeniosos aparatitos de cartulina y sus recreaciones de papel de seda y cintajillos, para la cortesía entre mestizos, y para los alféreces del pendón de la divisa religiosa, etc.; apelaron a la costumbre en boga, de ultramar, que aún consiste en remitir a nuestras particulares relaciones tarjeta impresa con nuestro nombre y apellido más el augurio de prosperidades durante el nuevo año, cortesía que, al parecer, sigue reanimando en dicha ocasión y aún en la de Navidad los cordiales vínculos entre parientes y simples prójimos, en todo el mundo, lo que ha traído en el arte litográfico prensístico esmeradas preocupaciones industriosas.

Al generalizarse el franqueo de las tarjetas postales, en La Paz, más o menos desde hace algo así como cuarenta años, con la sabida frase impresa que dice *Feliz Año Nuevo*, sobre toda suerte de escenas simpáticas, especialmente la clase media acostumbra muy poco, —por cierto—, intercambiar con aquel motivo salutaciones auspiciosas.

Mas, lo que las tornadizas modas no lograron modificar ni extinguir, en cuanto al primero de año, desde que La Paz es La Paz, viene a ser la visita de cumplimiento del menor al mayor para darle el sencillo abrazo en persona. Tampoco el besamanos al presidente y su gabinete de gobierno, o donde faltan éstos al prefecto, pasó de moda, y esto con la sorda protesta de los covachuelas quienes sienten en lo íntimo rebajada su dignidad individual con el obligado cumplimiento de ese deber funcionario, por supuesto anacrónico y antidemocrático.

ALACITAS, FERIA MUY ORIGINAL

Desde el año de 1782, es decir que en la plenitud de la vida colonial, por un decreto del gobernador corregidor Segurola, la prehistórica recreación social de los aimaras, de *Alacitas*, fué transferida del solsticio de verano (21, 22 y 23 de diciembre), al día de la festividad de Nuestra Señora de La Paz, que cae anualmente sobre el veinticuatro de enero.

Si tenemos en cuenta que dicha fiesta primitiva tenía concomitancias magísticas y en ello nos detenemos, nos saliéramos del tema que, cuando hablemos de las *Artes Menores Paceñas*, nos proporcionará oportunos párrafos. Socialmente, la animación promovida por ella, creció avivada por las autoridades peninsulares que tenían razonables propósitos de bajar la vista desde la punta de sus narices para dignarse mirar al pueblo mestizo y protonativo, desde las formidables palizas, pánicos, agonías y sangre que les derramara durante el asedio la revolución de Tupakj Katari; a esa nueva política los europeos secundaron muy a mal de su agrado, y lo que era antes de tal año algo risible y desagradable por lo atribuído de malas artes, del diablo católico, convirtióse, por aquella especie de reconciliación entre capas sociales, motivo de cita colectiva a la que concurrían señoronas y señoritas, cholas y cholitas, y las jóvenes doncellas aimáricas; de esta lista, las primeras y segundas, en calidad de paseantes en corte, vestidas con trajes de crujiente seda, las más en talle y protegidas las caras y cabezas mediante antucas; es decir, que la festividad antigua asumió caracteres de frívolo, ostentoso y muy simpático *rendez-vous*. Las terceras, cuartas y quintas, concurrían también emperejiladísimas, vestidas a todo endomingamiento pero a la vez que iban a lujearse, como no paseaban ocupaban puestos de venta, decimos mal, de trueque de las cosas de sus seudovendejas, producto de industria local, por completo local, con botones de bronce venidos de Francia.

Era un paseo en el cual la juventud de ambas líneas y al merecer, hacía su ensayo del cortejo que en los próximos inmediatos carnavales asumiría intensidades, muy de acuerdo, por lo demás, con la época de verano coincidente. Los caballeros y los

caballeretes, además de regalar gruesa o media gruesa de botones broncíneos, (después, en el siglo XIX, fueron de peltre) a las damitas de su pensamiento, y los papás a sus hijos y sobrinos, compraban pastelitos, pastezuelas, confitadas, panecillos y frutas melosas, cada quien todo en un cartuchazo tanto más grande cuanto más el porte del obsequiante. Y paseantes de ambas líneas entre idas y venidas a paso muy despaciado, se despachaban las ricas golosinas muy peripatéticamente, concluyendo todavía no en la plaza Real misma la molienda, sino en la *dulcería* de la esquina de las calles Ingavi y Yanacocha, o de la ídem de *La Merced* (crucero de las calles Illimani y Colón), o en algún local más moderno y más *parishiense*, como *La Perla* (1894-1910) de la misma plaza que perdió lo realista y dió en libertaria con eso de Murillo. En tales sitios se administraba por un real sorbete de leche, o canela, o tumbo o chirimoya o mora, helados en heladeras de hacer girar a mano entre panes de hielo resalado (¡oh, señoras y señoritas contemporáneas, no me digáis nada de nuestros esbeltos frigidaires!) que, a lomo de allpachos y carwas traían arrieros desde las heleras del Uaynapotosí o del Mururata, como quien dice de la vueltecita de la esquina, cuando no era de las faldas mismas del Illimani.

Tres buenos días se tenía para el paseo y el mercar o cambiar las miniaturas de ropa, alimentación y víveres y vivienda, destinadas al duendecillo hogareño de la mitología aimara, que algún gaznápiro suniense lo considera sin reparo alguno y en calidad de crítico literario, nada más que hijo del Dios Supremo de aquella cultura para él y tantos otros inédita. Al final del tercero, a la del *Angelus* (no lo ponemos sino por exactitud en el señalamiento del tiempo diario) la mocería anónima y semianónima de lo que se dice *walaychada* y se compone de bribonzuelos, se dedicaba a la trapaza que, luego por desenfreno convertíase en despojo y saqueo más o menos ruidoso y festivo, que se llama aún *waica*.

Los criollos de todo temple, en *Alacitas* se daban sus manos de enamoramiento referido a las cholitas, de donde arrancan los nacimientos de innúmeros mestizos, los hombres auténticamente paceños y del todo bolivianos.

Finalmente, decimos que la feria que aún es costumbre con plena vigencia porque la lealtad ha iluminado la razón de las municipalidades, no es resabio de antigua estupidez ni rastre del mercantilismo. Vive porque vibra aún en las almas protonativas el fuego de su inmortal religiosidad, la que le mandaba amar a ciertas entidades subalternas al hombre, adscritas al elemento tierra y cuyo símbolo amable y pleno de euforia es el *ekgakgo*, o equeco, el duendecillo de la mitología aimara que algún... *et cœtera*.

CARNAVALES

Ahora, de la alegría que diera a los subandinos la religión natural con las Alacitas, vayamos a ojear de pasadita lo que fueron las Carnestolendas antes de fundarse la Ciudad. Era ni más ni menos cual fuera en torno de los muros del templo en las ciudades jónicas o etruscas o pelásgicas, en la Arabia Feliz, en Roma o Atenas, o el Nanchan o el Altyntag asiáticos. Fiesta del júbilo desbordante ante la prodigalidad madurecida de la Madre Tierra, que el aimara dijo en arcaico tiempo *Mamapokgowi*, cuyo sazonado frutecer no tomarían antes de dar las gracias a los agentes natúreos de la Nutricia Madre, que cuidaron de la floración y maduración mediante el manejo ponderable de los elementos que decían integran su etéreo e imponderable ser: fuego, agua, aire y tierra. Hacían el rociamiento litúrgico, o la *chchalla*, (que vimos, con el agua santa que viene rodando de los glaciares del Kjastaya al oriente de esa dulcedumbre que se llama Araca de Río Abajo); y luego bailaban en rueda rodeando las sementeras al sazonarse, y se iban a las casas de los ichutatas y las ichumamas

(padrinos y madrinas de sus criaturas), y siempre al son de sus orquestas los cogían para la *leckgentaña*, lo más conmovedor del afectuoso ceremonial público de los religiosos aimaras, donde el obsequio con lo recién cosechado llegaba de las manos amigas que golpeaban cerca del corazón con el mismo regalo; y el sol y el viento, la tierra y la *ckusa* (chicha) ardían con toda la pureza vital del venerando paganismo prehistórico que animó al mundo entero.

Durante la colonia, lo esencial de los carnavales se mantuvo y con ceremonias de quince días anteriores al de la Cuadragésima, es decir desde el jueves de compadres, al que sobrevenía el jueves de comadres. La *chchalla* producíase por medio del rociamiento de las chacras suburbanas que estaban al cosechar, y por el derramamiento de aguas perfumadas en la cabellera de las doncellas; la *leckgentaña*, por medio de los golpes cuasi rudos que se causaba en las humanidades de los carnavaleros de ambos sexos, con los impactos de los cartuchitos de papel de color repletos de apretada harina de trigo, que reventados esparcían la blancura eucarística del pan dentro de las casas y por calles y plazas de La Paz. Es muy posible que en ninguna urbe de ambos Hemisferios se haya dado unos carnavales más blancos que aquéllos; y a su albura, las gentes parecían payasos, a cual más estrafalario y ridículo, imágenes auténticas de los seres elementales desbordados de algún abracadabrante sábado del bosque de Boulogne en París de Francia.

Cuando creció bastante el Pueblo Nuevo o La Paz, y se contaban familias criollas en buen número, la entrada de las falanges de mamarrachos de todo tamaño, de las comparsas de máscaras y de los mascarones, daba lugar al combate con ramilletes de flores y aún con dulces y confites (precisamente de esos que hoy mismo son nombrados confites de carnaval, con corazón de anís; o de ajonjolí o de chocopa (maní); o de almendra del monte; o de nuez, o de coco yungueño), desde la calle contra los parapetos altos que eran balcones, y viceversa. En el siglo próximo anterior al nuestro, todavía se dice que se vieron también a los antiguos señores o connotados vecinos, entrar ese domingo integrando la farándula caballeros a mula o caballo, enjaezados lujosamente los brutos, y, aquéllos, provistos de sacos o talegas (en vez de alforjas) llenos de confites, unos y de cartuchos de harina perfumada, otros, y llevando a la banderola primorosas escarcelas de cuero de donde pródigamente extraían los tomines (dos reales) y los chchascas (peso de a ocho reales, de treinta peniques) o los medios bolivianos, para echarlos a la multitud walaychera que pedía dinero al grito de *¡chauchita, chauchita!* ni más ni menos que en nuestros días, con la diferencia de que ahora la chaucha es de cobre o de níquel.

BAILES CARNAVALEROS

Hasta antes de la Guerra del Pacífico, no se conocía lo que se llama comparsa de carnavales, o sea la pandilla de jóvenes organizados para bailar, que llevan un mismo traje o disfraz, tienen delegado uno de entre ellos para responder ante la policía urbana en caso dado, y cuentan de antemano con la aquiescencia de varias señoritas o familias para ir a danzar en sus casas, por el procedimiento de nombrar reinas de la comparsa.

Antes de aquel evento, allí donde había hijos jóvenes, los padres resolvían por sí mismos "abrir sus salas" en los tres o en uno solo de los cuatro días de carnestolendas; para esto, los pongos ayudados por las dueñas, arrinconaban en sitio apartado los adornos del salón de recibo, los muebles delicados como las mesas rinconeras, las lunas y los espejos, los retratos; los tarjeteros de porcelana y las colecciones de *colas* de bautizo y de boda, que a veces no eran cintajos con flor artificial solamente, sino medallas de plata. Finalmente, alzaban los alfombrados y los llevaban arrollán-

dolos al cuarto de monturas, cuando el piso del salón era entablado, y si no, ponían el mismo tripe revuelto sobre periódicos pasados de fecha, o lo reemplazaban con otro de coco. Y encima de ello los *ckgaras* y los hombres maduros, le daban duro y parejo al baile con las chotas (señoritas que ya habían alargado el vestido, o la *cola*) y las jamonas.

Cuando iban a ingresar a una casa de familia, personas agrupadas, el amo salía a la puerta de calle con uno o más parientes por edecanes, y preguntaba a los alegrones: *¿Quién garantiza por Uds.? ¡Abajo las caretas!* Se cumplía la conminatoria y uno de los caballeros, conocido o no en la casa, decía "Yo", y siendo extraño, daba su tarjeta. Éste era el control del buen *pater familias* antiguo, en los días del 1670, o del 1750, o del 1897. Y el danzar a los compases de la contradanza, del aguaynieve, del cielito en batalla (días de la guerra de la Independencia) y de la polca; después, a los del chotis y del valse. Cuando se abrían carnavales con asistencia del gobierno en palacio o en otra casona de gente principal, se daba comienzo al baile con pavana, minueto u otra de esas danzas de tañido escénico y llenas de cortesanía, en las que las casacas retebordadas con hilo de oro escandaloso, los sombreros de tres picos, los calzones hasta la rodilla, las medias de seda y las zapatillas con hebillones de oro o plata, de los copetudos, obtenían éxito enfrentados a la ampulosidad de las faldas abombadas a punta de miriñaque, en gros de aguas o regios brocados, y los corpiños de felpas ultramarinas; y sobre las cabezas los peinetones flamencos como apasancas rampantes.

Los carnavales, cuando ya hubo Club de La Paz, se abrían con la *matinée* del consabido domingo, y tres o cuatro cuadros de la gentil cuadrilla de *Lanceros*, y en seguida, la juventud bailaba la cuadrilla francesa, más jovial, a lo que seguían los valses sensuales de la corte de Francisco José, el de Viena.

LAS COMIDAS DE AQUELLA SEMANA

En consonancia de los carnavales, que iniciábanse con el corso que en La Paz toda la vida se llama *entrada*, y entre los combates con harina y mistura de pétalos de flores y papel picado, en las calles y los balcones, a las tres de la tarde se quedaban sin gente los salones bailaderos, y de la misma llenábanse los comedores impresionantes por la importancia que demostraban, de altares de capilla, y su mesa larga y ancha luciendo las alcuzas con pretensiones de tiovivo por lo aparatosas.

En esa primera entrada a los comedores, servíase la fruta de estación, de los valles de Sapahaqui, Caracato, Luribay y Zongo, y de las huertas de todo lo de Río Abajo; también fruta de Moquegua y Tacna, que portaban a tiempo los costeños de entonces, a bordo de sus mulas pianeras, que los sábados llenaban las casonas situadas donde ahora es el Palacio de Justicia, tambo de las Concebidas, y en la calle Colón, a un paso de la plazuela de la Merced, y el tambo de harinas donde está hoy el edificio de los Munguía, comienzos de Chocata o calle Sagárnaga, y también el tambo de Quirquinchu, sobre la plaza de Churupampa.

Servíase también alojas y mistelas; humintas con ají o azúcar y pasas; en otras mesas se concretaban al asado de lechón y al vino tinto.

Descontado que no existía el hábito de poner cantina, en los cortos intervalos de baile, los domésticos se deslizaban con maestría teniendo en manos las bandejas (charolas, se decía) sobre las cuales alineaban los altos *chops* de la cerveza, que entonces tenía malta y no el infame quillay irritante.

En la hora de las ánimas, acallada la estudiantina o el simple piano, los danzantes funambulescos entraban a la cena, para la que era fijo que estaba dispuesto el puchero más sensacional del año, cuyo caldo se sorbía primero en pocillos de plata, y sobre la misma comida, el paceño llevaba la ventaja de presentar las rosadas o ama-

rillas o blancas racachas, las papas más arenosas y exquisitas del mundo, la cecina más ultraviolada del Universo y esa salsa que jamás será superada ni por la inglesa ni la francesa, la alegre *jallppawaica*, que se hace moliendo los granos de ulupica con quirquiña, wacataya, shijshipa y muy poco tomate. Sobre el estupendo puchero, que también con exclusivismo honroso cuenta con las tajadas de yuca mantequillosa, venían los ajiacos de conejos o de gallina o los guisos espesados con almendras molidas y pan duro machucado; las mermeladas de durazno o frutas al jugo, y el café de Yungas que ya no huelen ni yungueños.

El miércoles de ceniza, primer día de cuaresma, los que danzaron y los que no, todavía tenían ánimos para irse a la misa y recibir junto a la rejilla del presbiterio el sello que imponía en la frente el celebrante, diciendo a cada cual, "eres polvo y en polvo te convertirás", prevención litúrgica que ese rato hacía asustar a los sellados, pero que más parecía que los ponía *en tercera*, porque a las dos de la tarde, estaban integrando las filas formadas de parejas que salían a paso de camino, por todas las calles de Dios con rumbo a las chacarillas o casas quintas, donde ya les esperaban humeantes las hogueras de carbón de queñua, los costillares en salmuera. las parrillas pringosas, y a la puerta de las chacras los obsequiosos dueños con sus vasos y jarrones de jugo de piñas o de uvas. Era el día de los *picantes*, quienes ahora, indignados de su falsificación en las mercenarias quintas o chacarillas de Obrajes y otros arrabales paceños, ni siquiera son del día y se aburren dos o tres en la misma olla. Se componía en un solo plato del tamaño de una fuente, por ración personal, de un poco de cada cosa de las que siguen: guiso de carne molida, o *saisi*, con rodajillas de cebolla encima, junto con ajíes verdes retajados y papas enteras peladas después de cocidas; el ají de pollo; el de conejo; el de mondongo, en ají amarillo; el de libro de vaca y cordero, que era acompañado del picado de locotos, tomates, etc.; el ají de charquecán tostado; el ají de bofes de vaca, con salsa de aquello bien colorada; el relleno de plátano de cocina; el de papa, y el de camote; las papas y los chuñotes, reventones, de Araca, cada uno con el corazón añadido de queso, lo mismísimo que las lunáticas tuntas. Y otras cosas más, todas con guarnición de verdes habas y arvejas y el picado de perejil. Y en seguida el asado de costillar de vaca, que sobre la parrilla candente, los caballeros de paladar rociaban con vino, y con cerveza alborotada tapando con el dedo la botella, mientras las chotas románticas cambiaban arrumacos con los *dandys*, tras de los rosales, con el pretexto de que recogían granos de romaza silvestre para otros combates, que eran lo más típico de uno de esos *días de campo* a la paceña.

Con la música que se había bailado las cuecas, los bailes de la tierra y las mecapaqueñas, cuadrilla francesa al ritmo de memorables huaiños, que inventó en Mecapaca de Río Abajo, el círculo de amigos de don Pepe (el tigre de Cebollullo, vencedor de Ingavi), salían de regreso a La Paz, al caer la tarde, y por las veredas interiores de la plaza Real o de Murillo, miraban la entrada de las pandillas del artesanado y los aimaras, que a las ocho de la noche hacían con su muchedumbre, orquestas y ardores recular las paredes de las casas, a todo trotar por parejas y haciendo rondas o cadenas, ni más ni menos que en las lueñes jornadas de Cusisiñpata.

PASCUAS DE SEMANA SANTA

Con el entrenamiento mundano de carnavales, las gentes concurrían el viernes a las tres de la tarde, a esquilón corrido y plegariante, al templo de Santo Domingo, que era catedral provisoria, a escuchar las tardías reflexiones que contenía el primer sermón de feria, de la Cuaresma. Los oradores sagrados, entonces, eran oradores y no libreros o imperialistas al servicio del cesarismo risible de Madrid.

Llegada la Semana Mayor, y cumplidos los deberes católicos con la Iglesia, el jueves santo se ayunaba así; por la mañana, desayuno sin pan y sólo café o té; a las doce, el almuerzo con mayonesa de paltas o de pescado en conserva; la sopa de vigilia, que era de pescado fresco (bogas, kgarachis, kgañus, todos titicaquenses) y de ostras de conserva, en caldo de aceite hervido con leche; es decir una anticipada réplica de la sopa que en los *Hermanos Karamazoff*, el ilustre Dostoiewsky, hace servir por el padre de aquéllos al hijo pródigo. El plato segundo era de cajón la nogada de bacalao de Noruega, y si no lo había en plaza, de *ppappi* que es boga, deshidratada como el bacalao. El tercero era el ajiaco de cochayuyo del Pacífico, o del yuyo del Titicaca, fresco, con papas enteras, huevo duro y lonjitas de queso tierno, en ají amarillo. El postre era de dulcempanadas, tortillas de harina de maíz, bien mantecosas, con dulce de manzana o de durazno por adorno; fruta de la estación, y chocolate o café con leche con tortas del Rosendo o de Barrón, o de quien fuere siglos antes de estos panaderos de época. Desde esto último, los paceños iban a las estaciones de la Pasión, llegaban de vuelta a las siete de la noche, esperaban a las ocho, y tomaban la *colación*, consistente en la racioncilla de compota de duraznos, peras o lujmas, con bastante canela y clavitos de olor; la taza de chocolate espeso, con torta, nada más. Al contar con guarnición militar de fuerzas regulares, acto continuo las familias, tan enlutadas como en el día, en corporación llegaban a la retreta de gala, en la plaza de armas, mientras las muchedumbres seguían en romería a los templos para ver los monumentos al Santísimo, y apretujarse en las puertas. El viernes, se ayunaba también, o no, según la severidad de las familias, y se concurría por la tarde a la procesión del Santo Sepulcro, soberbio simulacro de entierro; salían las gentes por la noche a la retreta fúnebre, donde, la gente enlutada más que el jueves, paseaba y exponía sus elegancias a la luz del gas o de las lamparillas eléctricas. El sábado de gloria, se iba a la hora misma del alba, a la misa de la Aurora, y de ella se volvía al hogar a tomarse el caldo de pascua, que era de pavo, y el chocolate en que se sopaba la torta de pascua, de a cuatro tetas en redondo, con harto huevo la masa, herida con clavos de olor, y agobiada de pasas y tajadillas de corteza de cidra almibarada. Estas tortas las hacían a veces en formas de suches de tamaños extraordinarios.

LOS CUMPLIMIENTOS

Para ese sábado y el domingo, y también en los días lunes y martes subsiguientes de pascua, se visitaba a los amigos y parientes y se les tributaba el abrazo pascual; y cuando no se iba en persona, se enviaba en platillos recatados con paños de encaje, ramilletes de heliotropos, o de azucenas o de miosotis, cada pieza para el efecto con su respectiva tarjeta.

Esta cortesía se observaba, igualmente en la pascua de Navidad, en cuya Nochebuena se gustaba de la picana, el famoso guiso de vaca, gallina y cordero, cocido en ollones de barro, nuevos y cerrados herméticamente con mezcla de cal. Se recuerda el caldillo del guisado que tenía vino tinto de Madera o de la Rioja española.

OTRAS COSTUMBRES

Han de haberse formado con motivo de las distintas y restantes festividades religiosas, y las profanas de los casamientos y bautizos. Entre las religiosas que callamos, para evitarnos redundancias, la de Todos los Santos, era algo que movía a la sociedad paceña de antaño, hacia el Cementerio Público, para adornar las tumbas o los simples nichos, y en lo que se hacía verdadero esfuerzo para presentar flores del trópico, cuales son los jazmines del Cabo, las magnolias mórbidas, las azucenas, etc., de modo que el día de la conmemoración de los difuntos, los cuarteles

del cementerio eran paseados en el sentido estricto de la palabra, y el público era jurado que pronunciaba fallos acerca de las mejores ofrendas familiares a sus muertos, y la prensa los publicaba. Esta jornada, cuasi religiosa, era siguiente a la del primero de noviembre, en cuya tarde toda La Paz, se vaciaba al Prado, el jardín parque de altos eucaliptos y melenudos sauces, con cinco calles a todo su largo, y que se cerraba a cada siete horas de la noche, con candados en las verjas de la actual plaza Venezuela y la trasera Plaza del Estudiante.
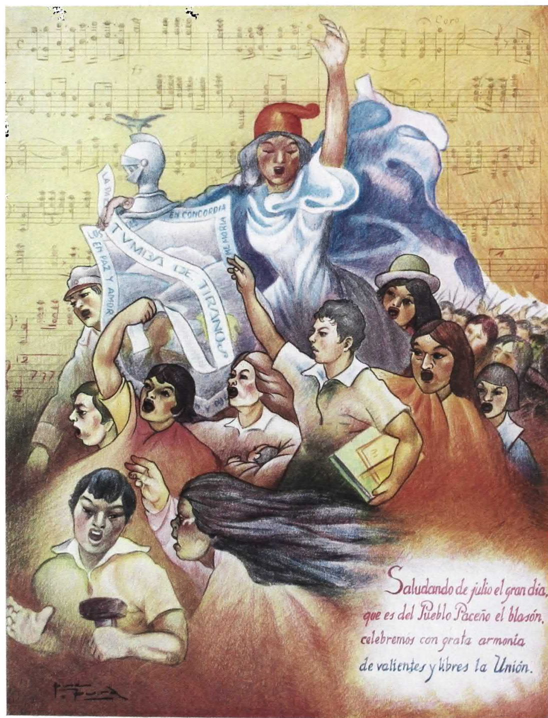
En ese paseo, los galanes obsequiaban a las damas con ramilletes de muñequitos diminutos hechos en los conventos de Chuquisaca, y ellas replicaban con ramilletes de violetas o con un jazmín o un heliotropo. Por el consumo de esta última flor, que citamos dos veces o más, la planta era cultivada por las niñas de La Paz, en los balcones y en los corredores, y el hábito —tan bello— desaparece.

Eran tres días de huelga: uno, dos y tres de noviembre, y durante los mismos las señoritas enviaban sus muñecas para ser bautizadas por sus conocidos o parientes, los cuales las devolvían alhajadas y saturadísimas de perfume caro con la indicación escrita de su nombre. También se estilaba regalar muñecas, que el vulgo, por ser ellas de *biscuit* las llama *pastas*. A los niños, en vez de hacerlo por Navidad, se les regalaba juguetes de todo género, y ellos, atendidos por sus ayas, acudían al paseo infantil y concurso, de hecho, de juguetería, por la tarde del primer día. Esta costumbre carece de vigencia.

OTRAS FIESTAS

Las fiestas mayores de orden religioso, católico, en la antigua ciudad, eran las de la Asunta, el 15 de agosto; la de San Pedro, el 28 de junio, la de la Invención de la Santa Cruz, el 3 de mayo, ocasionando ésta el revivir de las prehistóricas romerías al Calvario o Apuwacka de Chuquiapu, que en la colonia realizaban casi en su integridad todas las clases sociales, y en el Calvario menor, supuestos curas casaban a solteros, lo que daba margen a fiestas campestres por grupos aislados, donde se consumía chocopa, higos secos, porotos tostados, el aceitoso y acanelado *tejhti*, bebida ésta que también ha perdido su categoría.

Pudiérase ampliar, detallar y pintar más al vivo la psicología colonial de la vida paceña, en lo social entendido en su más vasto sentido, pero esto por acá no es posible porque la Monografía es de extensión de antemano señalada. Tenemos material para un buen tomo de revelaciones, y haremos posible esfuerzo al efecto.


EN CONCORDIA
TVMBA DE TIRANOS
EN PAZ Y AMOR
MEMORIA
Saludando de julio el gran día,
que es del Pueblo Paceño el blasón,
celebremos con grata armonía
de valientes y libres la Unión.

EL HIMNO PACEÑO

"A contar de aquel día, se metió en el alma del pueblo, acompañándole a través de todas las peripecias históricas que a La Paz cúpole vivir".

Himno paceño.

Ricardo Bustamante. Eloy Salmón.

Andante marcial.

Coro

ff

La

Paz que en es-te di- - -a de Ju-lio se en-ga-la-na, con

tim - bres de que u-fa- - na re - cuerda el es - plen - dor. La

1.

2.

dor. Pa - trió tica ar-mo-ni- - a de pue - blos cuya his-

to- -ria li- ga- da es-tá en la gloria de su ín- cli- -to va-

lor Pa

Coro general

f

Sa-lu- dan-do de Julio el gran di - a, que es del

pue-blo Pa-ce-ño el blason, ce-le-bre-mos con grata armo- ni- - a de va-

lien-tes y li-bres la U-nión. Sa-lu- nión.

II. Del timbre de su fama
la América en un templo
conserva para ejemplo
de honor y de virtud.

Dúo: Y al fuego que la inflama
su suelo viendo hollado
se inspira en el pasado
su heroica juventud.

Coro: Saludamos de Julio, etc.

III. Titánicos guerreros
del cielo como gracia
la invicta democracia
nos dieron por pendón.

Dúo: Si alguno hollar sus fueros
intenta en lo futuro
será de bronce un muro
de América la Unión.

Coro: Saludamos de Julio, etc.

IV. De América el destino
bendiga siempre el cielo
que aquí en su noble suelo
nació la Libertad.

Dúo: Y admire quien hoy sueña
tenernos por esclavos
de libres y de bravos
la historia ya inmortal.

Coro: Saludamos de Julio, etc.

V. De Unión la santa enseña
de hoy mas el Continente
coloque allá en la frente
del Andes colosal.

Dúo: Sa cetro diamantino,
radiante en nuestras zonas,
deslumbre a las coronas
que aún odian la igualdad.

Coro: Saludamos de Julio, etc.

EL HIMNO PACEÑO

por

ALFREDO GUILLÉN PINTO

16 DE JULIO DE 1863.

La ciudad estaba de fiesta. Ataviada de sol y de banderas. El pueblo volcábase sobre las plazas y calles centrales, a gritar su emoción y renovar sus vítores y glorias, invocando el recuerdo de los varones que se ofrecieron en sacrificio por hacer de la América tierra de hombres libres y de julio el blasón de La Paz.

Cincuenta y cuatro años desde el día de la inmolación. El comienzo, apenas, de la inmortalidad. Pero, a esa distancia, a los héroes que sufrieron martirio no se remembra ya con la oración y el gesto contritos, sino con canciones que celebran su gloria y exaltan al pueblo que los engendró. No es ya el homenaje a los despojos humanos, sino el saludo a la eternidad: más allá de la carne y más allá del bronce.

Eso es lo que hacía la urbe paceña durante aquel 16 de Julio. Lo que hace cada año: renovación de una fe hecha virilidad; juramento interior de inmolarse nuevamente si la Patria y la Libertad lo requieren. ¡Tantas veces lo hizo ya!

Pero el 16 de Julio de 1863 llegó trayéndole, además, un regalo de extraordinario valor: el *Himno Paceño*, que se añadiría, en el cuadro de las emociones colectivas, como un formidable inductor de civismo y el ritmo perpetuamente marcial de un pueblo cuyo destino es vencer.

Fué entonado, por primera vez, hacia el mediodía, en el salón de la Universidad. El local resultó insuficiente. La muchedumbre, apiñada en la puerta, aguardaba nerviosa la hora de los primeros acordes. Antes fueron los discursos. Se habló de solidaridad americana, porque precisamente en aquellos instantes, la independencia de uno de estos pueblos, la de Méjico, lograda a precio de mucha sangre y de heroísmos incontables, hallábase en peligro. El ilustre polígrafo José Rosendo Gutiérrez hizo el elogio de la nación azteca y el de Juárez su paladín.

Y luego vino el himno inmortal...

Formaban el coro numerosos caballeros y señoritas, cuyos labios fueron los primeros en modular las gloriosas estrofas de Ricardo Bustamante engarzadas en música de Eloy Salmón. El poeta las recitó, adelantándose a los preludios. Siguiéronle el músico y los cantores...

La emoción, en forma de un estremecimiento, onduló en el seno de la concurrencia, haciéndola estallar en un delirio de

palmas y voces. Y luego se desbordó hacia las calles llevada en las gargantas, en los pechos, hasta en las pupilas, donde había prendido una chispa extraña y para siempre.

El *Himno Paceño*: producto de un golpe de auténtica inspiración vibrante. De marcialidad inconfundible y contagiosa. A contar de aquel día, se metió en el alma del pueblo, acompañándole a través de todas las peripecias históricas que a La Paz cúpole vivir.

Su ritmo y sus versos, plenos de irresistible sugestión, se convirtieron en un acicate espiritual que habría de sacudir mil veces la sensibilidad popular en las horas de las grandes alegrías y de las grandes tragedias. Muchas tiranías fueron abatidas a los compases de este himno, pues sus cadencias en labios del pueblo tienen la virtud de encender su heroísmo y de conducirle hasta los grandes sacrificios cuando son supremas las causas.

RICARDO J. BUSTAMANTE
(1821-1885)

El cantor de Bolívar. Y sin disputa, la primera figura entre los escritores bolivianos del período romántico y de los tiempos iniciales de la República. Y el espíritu mejor cultivado.

Acaso ningún literato boliviano logró el renombre que él, más allá de nuestras fronteras: por su talento y su chispeante imaginación y por el señorío que veníale de familia. El jefe de ésta ejercía, hereditariamente, el alto cargo de Alférez Real, concedido por excepción a algunas familias de la América.

Pudo contar con la ventaja de una educación esmerada. Las primeras letras, en escuelas de Buenos Aires. Los estudios superiores, en París, donde asistió a los cursos de Literatura, Historia y Economía Política de la Sorbona. Al mismo tiempo, fué incorporado en una Sociedad Literaria formada por preclaros ingenios de la España de aquellos días, que vivían en el exilio, como el erudito escritor y bibliógrafo Eugenio Ochoa; como Juan Donoso Cortés, marqués de Valderrama y notable orador y publicista; Francisco Martínez de la Rosa, que fué secretario perpetuo de la Academia Española; Patricio de la Escosura, novelista y escritor dramático; Juan de la Pezuela, director de la Real Academia de la Lengua, y otros. En el seno de estas auténticas notabilidades, obtuvo su primer triunfo cuando una composición suya, "Un pensamiento en el mar", mereció el honor de ser leída en público por Danoso Cortés.

Pero así como iba cultivando su gusto literario, realizó una labor útil en servicio de la Patria: tradujo las obras que el sabio viajero francés Alcides d'Orbigny había escrito sobre Bolivia, para hacer conocer su geografía y sus grandezas naturales.



Y de la patria de Hugo, salió con el espíritu ungido de romanticismo. Pero no fué para volver inmediatamente a la suya, sino en cumplimiento de misiones diplomáticas, que le encomendara el gobierno del general Ballivián, en el Brasil y el Perú, respectivamente. Cuando, después de veinte años de ausencia, ingresó en Bolivia, saliéronle al paso los odios políticos: por haber sido amigo de Ballivián, caído y desterrado por entonces. Volvió, pues, a expatriarse. Más tarde, regresó nuevamente; pero como proseguían las persecuciones al "ballivianismo", le correspondió su parte en forma de un confinamiento en Mojos. Por suerte, el presidente Belzu, que apreciaba el talento del poeta y estaba convencido de su inocencia política, lo salvó,

designándolo, a manera de satisfacción, prefecto del Beni. A partir de entonces, desempeñó cargos en la administración y la diplomacia.

Para apreciar la calidad poética de Bustamante, habría que acudir a lo expresado por los grandes críticos. El insigne Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *Antología de poetas americanos*, ha dicho que el nombre de Ricardo Bustamante está llamado a perdurar en la memoria de los bolivianos. De su parte, el famoso escritor colombiano Miguel Antonio Caro se expresó así: "Bustamante se hace notar siempre por la delicadeza de sus sentimientos, por su inspiración feliz y la galanura de su estilo". "Su reputación estriba en las pocas composiciones suyas que algún amigo ha publicado y que la prensa americana se ha apresurado a reproducir". "Tiene inéditos casi todos sus trabajos, porque nunca ha escrito para el público, ni por afán de gloria literaria, sino para dar libre vuelo a su imaginación".

Su reputación de gran poeta, fué consagrada en definitiva gracias a su magnífica octava real destinada al mausoleo de Bolívar y reproducida en letras de oro sobre una plancha de mármol de Berenguela. *Bolivia a la posteridad* llámase la composición y mediante ella alcanzó en solemne certamen nacional, la corona ofrecida en galardón por el Gobierno. Recordemos sus hermosos versos:

> ¡De América el Gigante veis dormido!
> Dios y la Libertad guardan su lecho.
> Dominador del Tiempo y del Olvido.
> su gloria es grande y su sepulcro estrecho.
> Y si del mundo hasta el postrer latido
> hay fibra ardiente en el humano pecho
> se inclinarán los hombres ante el Hombre
> que me dió vida y me legó su nombre.

Finalmente, Ricardo José Bustamante, asociado a Eloy Salmón, dió a su ciudad natal el *Himno Paceño*, cuyos versos se hallan inscritos con el oro de la emoción en el alma de este pueblo justiciero e indomable.

ELOY SALMÓN
(1821-1889)

Nació predestinado para el arte musical. Por esto, el título de abogado estaba demás con él. Pero su vocación, manifestada desde la infancia, no pudo hallar los suficientes recursos materiales y técnicos que le ayudaran a tomar su cauce y buscar sus metas.

Un viejo piano de la familia fué testigo de sus primeros desengaños e inquietudes. Sirvióle para conocer los misterios ocultos detrás del teclado y recibir sus primeras lecciones y ensayar, de oído, los traviesos airecitos criollos, en cuya ejecución era muy hábil. Pero de tanto haber trabajado, el instrumento estaba ya caduco y achacoso.



Desafinábase a cada paso y tableteaba más de la cuenta. Entonces el muchacho ensayó a desarmarlo para ver si lograba devolverle las voces. Se las devolvió. Y a fuerza de repetir esta operación adquirió el oficio de afinador, que habría de ayudarle a continuar sus estudios.

Sus padres —don Manuel Salmón y doña Carmen Ampuero—, no vivían muy sobrados de dineros. Pero advertidas las extraordinarias aficiones de Eloy, pusieron a éste bajo la dirección del profesor Bartolomé Donaire, quien, como era lógico esperar, inició sus funciones por el sacramental do – re – mi. El método no coincidía, empero, con el temperamento del discípulo, cuyas impaciencias corrían más de prisa que los pasos parsimoniosos y pautados del

maestro. Se separaron, pues. Acaso la escasez de recursos tomó parte en ello.

Más tarde, brindáronle, además de amistad, ciertos conocimientos técnicos, dos músicos de prestigio: don Luis y don César Núñez del Prado. Y después, un profesor alemán llamado Carlos Noujaus, con quien pudo estudiar apenas unos meses, pues nuevamente se interpuso la pobreza.

A partir de entonces, resolvió formarse a sí mismo. Solo. Y a fe que venció, sin más auxilio que su tenacidad y a despecho de su enfermiza constitución. Y al par que hacía, penosamente, estas adquisiciones, buscaba sus recursos de vida copiando música por encargo, templando pianos, haciendo transcripciones. Simultáneamente proseguía sus estudios en la Facultad de Derecho, donde pronto coronaría sus estudios, asunto que no interesa a estas líneas, consagradas al gran músico.

Luego vino su noviciado como profesor. Enseñó gratuitamente a sus amigos y en algunos colegios. La suerte continuaba, pues, burlándose de él. Si se quiere una prueba más de ello, ahí va. Salmón fué nombrado profesor de Historia, de Geografía, de Matemáticas... De todo, menos de música. Pero él, para desquitarse de estas ironías, íbase a la Merced, a los pies de la Virgen, a ofrendarle sus místicas cantilenas y sus himnos de alabanza, ayudado por las dulces voces del armonio.

Y el compositor iba llegando a las plenitudes de su producción. En ésta, volcábase auténticamente el estado emocional del artista. Melancolía casi perenne: música sentimental, canciones, marchas y fantasías fúnebres. Entre ellas, recuérdase "Pablo Sotomayor", dedicada a la memoria de un militar que fuera asesinado por Melgarejo en un viernes santo. A ratos, la Patria cobraba su imperio sobre aquella alma, y de ésta brotaban entonces los acentos heroicos. Y en sus horas de tranquilo remanso, el contacto con los maestros universales de la música.

Estando en ésas, el *Ateneo Literario* convocó a un concurso de poetas y músicos. Y allí estuvo Eloy Salmón con su *Himno Paceño*, compuesto sobre versos de Ricardo José Bustamante. Fué premiado, y el estreno constituyó un acontecimiento clamoroso...

El artista se enfermó. El éxito había golpeado demasiado fuerte a su delicada sensibilidad. Así era su temperamento: próximo a los desequilibrios del genio. Empero había traspuesto ya los umbrales de la inmortalidad. Su nombre y su obra, habrían de eternizarse encarnados en las inquietudes del pueblo paceño.

Nació en Chulumani en 1821.

DEFENSORES DE LA CONSTITUCIÓN

por

ALFREDO GUILLÉN PINTO

ESTE es el mote glorioso que los universitarios y estudiantes de La Paz han conquistado para sí. La defendieron siempre. Desde los oscuros tiempos de Melgarejo. Y contra todos los tiranos. No sólo asumiendo una posición doctrinaria o predicándola con su habitual arrogancia juvenil. Tampoco sumándose a las algaradas politiqueras, que no hacen juego con su orgullosa independencia y su ambición de metas azules. Ellos viven fuera y encima de todos los partidos . . . Lo hicieron enarbolando los derechos del pueblo al tope de sus almas e irguiéndose sobre una barricada: tribuna para decir sus imprecaciones contra los bárbaros de la política y para iniciar sus combates, ofrendándose gallardamente al holocausto, si ello fué menester.

1871 . . . 1930 . . . 1946 . . . Hitos rojos hacia el perfeccionamiento de nuestra democracia. Rebeliones juveniles que contagian y arrastran al pueblo y dieron lustre y prez a nuestra ciudad.

La ruta quedó jalonada de víctimas, es cierto. ¿Cuántas? ¡Incontables! ¡Que pudiéramos recordar, cuando menos, los nombres de los estudiantes! Apenas unos cuantos se presentan al azar: José Pérez Matos, Pastor Gutiérrez, Gerardo Suárez, Julio Sánchez de Loría, Eduardo Román, Béngel Camberos . . . Los demás se han perdido.

Pero téngase seguro que si la ocasión se renueva, repetiránse, asimismo, las hazañas. Las realizan tan sencillamente. Sin alardes. Con

desaprensiva alegría. Del claustro a la calle, con los puños apretados y una canción vibrante en los labios, o una sutileza que florece en carcajadas, o una burla que hace brincar a los déspotas y despierta sus cóleras primitivas. Y como éstos no saben responder sino con balas... Pues balas y sangre. Masacres de la juventud. Está bien. Pero la juventud se ha impuesto. Habrá siempre de imponerse, porque ella habla y obra y se sacrifica por la justicia.

Y los políticos lo saben ya. Cuando los estudiantes han tomado la palabra, es que comienza el fin de alguna trapacería. ¿Qué ha de terminar en sangre? Sí: en sangre y restauración de la Ley. Los muchachos no dosifican su generosidad, ni su denuedo, ni su desprecio. Y cuando ha terminado la tragedia, tampoco se disputan las miajas del banquete al cual se sientan los profesionales de la política. Nada de eso. Vuelven a sus estudios como quien vuelve de haber cumplido un deber ineludible...

Por esto, y por mucho más, el pueblo, el verdadero pueblo, los quiere, y cuando inician una marcha, les sigue sin vacilar.

EL PAPEL DE LA COMUNA PACEÑA EN DEFENSA DE LAS LIBERTADES PUBLICAS

por

VICENTE FERNÁNDEZ Y G.

PARA comprender mejor el proceso del municipio de la ciudad de La Paz y la influencia que ha tenido en la defensa de las libertades públicas, es ilustrativo recordar que su mentalidad y espíritu le vienen de las formas primitivas, aymaras, de la organización agraria incásica, del Cabildo que actuó en la turbulenta época colonial y de su notable desarrollo durante la república, factores que han contribuído a la actual estructura comunal.

Milenios antes del descubrimiento de América, en la meseta altiplánica había florecido y se extinguió la gran cultura aymara, cuyos vestigios apenas pueden dar una idea trunca de su magnificencia y organización, pues los monumentos pétreos de Tihuanacu demuestran que allí ha vivido un pueblo de singulares dotes y con amplio dominio de una técnica que sin medios de transporte logró levantar monumentos perdurables, que atestiguan su secular grandeza.

La primera necesidad agraria ha podido surgir cuando los primitivos nómadas acamparon en las tierras propicias y arraigaron allí, eligiendo sitios especiales donde se reunían para el trueque de productos entre las comarcas vecinales. Andando los siglos surgió el "ayllu", sistema agrario de comunidad, cuyas líneas generales han subsistido hasta hoy, aunque con las modificaciones que le han impreso la conquista, las costumbres y la legislación. En estas primigenias actividades debemos encontrar la raíz de las autoridades como "mallcus" o jefes, "jilakatas" o mayorales y los "amautas" o sabios consejeros; funciones que hoy conserva la tradición agraria indígena y que eran específica o indirectamente comunales.

En el régimen de los Incas, que tuvo el cuidado de conservar buena parte de las formas agrarias creadas por los kollas, la propiedad inmueble era común, y esta estructura comunista occidental no ha sido superada por el oriente, especialmente Rusia en las experiencias que inició con la revolución de 1917. En efecto, tiene un fondo de sabia previsión social el reparto de las tierras para el culto del Sol, para el Inca y para las necesidades del pueblo, cuya distribución requería formalidades minuciosas que ejecutaban miles de funcionarios y trabajadores en los vastos dominios del Inca. Todo estaba regulado en esta organización agrario-comunal: las fechas de

las siembras y de la recolección, los graneros y la distribución de los productos y la disciplina entre los trabajadores concentrados en lugares donde propiamente han surgido las autoridades comunales; el soberano y los vasallos obraban como en una colmena de abejas, cumpliendo sus deberes con precisión irrestricta que los sistemas sociales modernos no han superado hasta hoy.

En las concentraciones comunales, estables o de momento, funcionarios ejecutivos ejercían autoridad a nombre del Inca, cuidando que los leales súbditos cumplieran con agrado sus deberes, en la certidumbre de que todo estaba previsto para que a ellos no les faltara su parte en el reparto. La producción y el consumo evolucionaban automáticamente, como sucede en las formas comunistas y en un ambiente de rutina que no se habría alterado de no haber surgido un factor inesperado con la conquista y la ocupación de las tierras por los españoles. Tal es, en síntesis, la tradición prehistórica y protohistórica sobre el origen de las formas comunales.

II

El Cabildo de la Intendencia de La Paz ha jugado un papel notable y decisivo en el régimen de la Colonia y por ello en la suerte de los pueblos americanos. Era explicable que España quisiera organizar sus colonias al estilo de los reinos de Castilla y León, siguiendo el orden allí establecido, con ayuntamientos y comuneros, de modo que el reflejo de las instituciones castellanas fuese el vínculo entre los pueblos coloniales y la metrópoli; pero el Consejo de Indias, creado para atender los asuntos de ultramar, se dió fácil cuenta de que este propósito no era del todo viable, porque los nuevos factores étnicos estaban dando una fisonomía distinta a la vida colonial, a punto que se tuvo buen cuidado en que las cédulas reales, sobre la propiedad agraria y la jurisdicción de las autoridades, se inspirasen en los principios dados pero sin menospreciar las aspiraciones o necesidades locales, para que así cada pueblo pudiera labrar su propio destino, dando con esto un aliento inicial a la autodeterminación de los núcleos conquistados.

El capitán Alonso de Mendoza, que recibió del pacificador La Gasca la orden de fundar una población intermedia entre Chuquisaca y el virreinato de Lima, en el primer aniversario de la batalla de Huarina librada el 20 de octubre de 1847, se constituyó en la provincia de Collao, llegando al poblado de Laja, distante treinta kilómetros de la hoya del Chuquiapu, el día 20 de octubre de 1548; donde con cuarenta y dos vecinos trazó el recinto urbano y organizó el primer Cabildo de la nueva población, con los alcaldes, Juan de Vargas y Gerónimo de Soria; regidores, Alonso de Sayas, Fernando de Vargas, Antonio Ulloa, Rodrigo de Mejía, Diego Peralta y García Gutiérrez de Escobar; procurador, Juan de Rivas; Alguacil mayor, Juan de Espinosa; Escribano, Francisco de Cámara, a quienes recibió juramento.

El Cabildo celebró su segunda reunión el día 23 de octubre del mismo año en la hoya del Chuquiapu, instalándose provisionalmente en el campo aledaño al tambo que hizo construir el inca Huaina Capac, que celebró el Inti-Raimi, tomando posesión de la comarca en nombre del rey de España, Carlos V. El primer e importante acto del Cabildo paceño fué organizar una expedición de ochenta hombres, al mando del mismo capitán Alonso de Mendoza, que se constituyó en Potosí, villa entonces amenazada por un alzamiento de indios; habiéndose hecho cargo del gobierno el alcalde ordinario Alonso de Sayas, al año de la fundación española. También el Cabildo dió posesión al capitán fundador en el cargo de regidor, que le había conferido el presidente La Gasca, el 6 de mayo de 1550. La primera casona que ocupó el Cabildo paceño parece haber estado junto al callejón que partía de la que es hoy avenida



Palacio de la H. Municipalidad de La Paz.

América, entonces paralelo a otra calleja que ahora se nombra Tiquina.

Desde 1555, en que la fama de la naciente población paceña había llegado a la metrópoli, por las ingentes riquezas naturales del suelo y el espíritu emprendedor de sus escasos habitantes, la nueva ciudad tuvo el escudo de armas que le concedió el emperador Carlos V, con la ajustada frase que dice: "Los discordes en concordia, en paz y amor se juntaron y pueblo de Paz fundaron para perpetua memoria". Desde entonces, el lema legado por la Corona ha inspirado los actos más notables producidos en la ciudad y hoy nadie podría enrostrarle una deslealtad al mandato así otorgado.

Es ilustrativo esbozar la formación de los municipios en Europa, a fin de fijar con claridad los antecedentes de la función comunal en tierras de América, formada bajo el influjo de aquellas inspiraciones y experiencias. La aldea rural dió vida al incipiente municipio que después llegó a ser la "commune" y se había desarrollado siglos antes de la revolución francesa, al madurar el feudalismo y en las postrimerías de la dominación. Las pequeñas parroquias surgieron a medida que crecían las aldeas y sea por la experiencia de las ventajas así obtenidas o porque el espíritu comunal insurgía reclamando formas nuevas, en ellas se perfiló la autoridad común de las asambleas generales de habitantes convocados al aire libre, casi siempre junto al templo, lejos del castillo donde vivía el señor. Francia alcanzó a tener 40.000 pequeños municipios que comenzaron a trabajar por la autonomía de estos pequeños núcleos vecinales.

Desde el siglo XI, el crecimiento de la autonomía municipal fué afirmándose cada vez más en busca de prerrogativas y privilegios que el poder central no podía negar, porque las nacientes poblaciones sólo querían perfeccionar las condiciones de su vida sencilla, mejorando el abastecimiento y el disfrute de los bienes comunes. En la revolución francesa, la "commune" fué investida de facultades discrecionales para investigar los delitos cometidos por los enemigos de la causa popular, y en el Ayuntamiento se concentró un poder que sin dejar de ser municipal virtualmente dirigía los primeros pasos del movimiento insurreccional.

Ya en 1808, Prusia había establecido la autonomía municipal con la ley promulgada el 19 de noviembre de este año, reaccionando contra el poder central que, desde 1723, nombraba burgomaestres, tesoreros y concejales sin consultar la voluntad de las pequeñas localidades. Con clarividente criterio Stein preconizaba para las ciudades la afirmación de un espíritu cívico en la vida común, porque el municipio es el núcleo constitutivo de la nación. Dicha ley había abolido los derechos de los señores feudales sobre ciudades y aldeas y proclamó el principio de soberanía, consistente en que el pueblo debía elegir a sus personeros. En este proceso se percibe que la ciudad va separándose gradualmente del alma rural, se emancipa del campo y crea la vida urbana, dándole un vigoroso impulso que luego influirá en el curso de los acontecimientos nacionales; puesto que la idea de la libertad cobró inusitado empuje cuando el hombre se dió cuenta de ser el centro de gravedad de un sistema de concentración de voluntades afines, y de este modo la ciudad vino a ser la expresión específica de la libertad. Lo mismo sucedió en la "polis" romana, donde las grandes aglomeraciones urbanas de esclavos y libertos, frente a patricios del "imperium", crearon problemas que el pueblo quiso resolver por su iniciativa y voluntad. Cuando en Europa hizo su aparición el tercer estado, las revoluciones urbanas estaban en plena fermentación, porque a los títulos de nobleza por primera vez se oponía el talento, la eficacia práctica del trabajo y las ventajas de la economía pública, liberal; y así surgió la burguesía arraigada sobre lo económico, nuevo y común denominador de las inquietudes generales. Por primera vez en la historia, la plebe opuso la libertad a las prerrogativas y privilegios y se alistó en los partidos políticos, pero ya no con el espíritu del "populus romanus" sino con la clara conciencia de que tenía en sus manos el destino futuro de la sociedad.

En América, el proceso de los municipios ha sido análogo y aunque ha seguido las grandes líneas evolutivas universales tomó una fisonomía propia. El Cabildo paceño inicia modestamente su vida e historia con la fundación de la ciudad, con algunos regidores que tenían jurisdicción civil y penal, y ejercitaban la administración de la naciente comuna. Lo importante en esta primitiva organización es que los cargos de preboste, alférez real y cabildantes podían

ser desempeñados por nobles o plebeyos y ésta fué la más valiosa conquista alcanzada por el pueblo en los primigenios días de la ciudad.

Los Cabildos abiertos se reunían con la presencia de todo el pueblo y de este hecho advino la potestad del pronunciamiento, cuando graves acontecimientos reclamaban decisiones responsables e inmediatas. Mientras el rey y sus representantes nombraban corregidores, alcabaleros, intendentes y oficiales de real hacienda, por una maestra intuición el pueblo se aferraba al Cabildo, al que tenía acceso, y así supo darle su aliento hasta convertirlo en un baluarte de su seguridad y vida. Véase por qué en muchos lustros las disputas por el predominio en el Cabildo fueron enconadas y de trascendentales consecuencias. En Potosí, la dramática lucha de cien años, entre Vicuñas y Vascongados, fué una disputa de cabildantes y comuneros y de sus parciales o bandos del pueblo.

Mientras la población de La Paz progresaba merced al comercio de la coca y de los tejidos que enviaba a las minas de Potosí, el Cabildo se transformó en un centro de agitaciones idealistas, cada vez más claras y perentorias. En Chuquisaca, los grandes oidores de la Real Audiencia de Charcas se ejercitaban en los silogismos; en Potosí, aventureros y chapetones cruzaban espadas por el honor de la dama o tocados de la ambición de los lingotes de rosicler; en tanto que en la Intendencia de La Paz trabajaban, sin desánimo, gentes de toda condición y paralelamente crecía el Cabildo, acuñando fueros, prestigios y caudales, hasta afirmar las libertades mínimas, la tranquilidad y el decoro de la población. Durante el asedio de la ciudad por Tupac Catari, el Cabildo tomó parte activa e importante en la defensa y merced a sus desvelos y precauciones se salvó de ser destruída por el alud de los indios sublevados.



Salón de sesiones de la Municipalidad de La Paz.

A tanta altura habían llegado entonces la ciudad y el prestigio del Cabildo paceño que el virrey y sus obsecuentes lugarte-

nientes se vieron obligados a lograr del rey Carlos III la cédula de 28 de enero de 1782, que creó la Intendencia de La Paz, con el fin primordial de vigilar a las autoridades cabildantes, limitando sus fueros y encauzando su lealtad a la Corona. Y la Intendencia alcanzó prosperidad, hasta hacerse opulenta, mientras el Cabildo, consciente de su fuerza y de sus responsabilidades, se impuso al respeto de obispos e intendentes y hubo de actuar sofrenando a quienes conculcaban los fueros populares. Ya en 1783 surgió la chispa de la libertad y el Cabildo paceño orientó su rumbo derechamente a la república municipal, constituyendo entre sus miembros una verdadera junta revolucionaria.

III

En la preparación de las revoluciones por conquistar la independencia, la Comuna paceña comenzó a jugar un papel decisivo desde 1783, mucho antes de 1805 en que alumbró la llamarada de La Paz y Cuzco para extinguirse inmediatamente. En este último año, el Cabildo aparece vinculado con los conjurados de ambas poblaciones y solamente la serenidad de Pedro Domingo Murillo pudo salvarlo de momento. Ya se sabe que la conjura de 1805 había proclamado la autonomía municipal y preconizó la evolución del Cabildo hacia una república parlamentaria. Igualmente, que el plan propugnó la confederación de cabildos, esbozando la organización de verdaderas repúblicas municipales, con propia autonomía y administración, de todo poder nativo y foráneo; y con este paso los hombres de la época se han revelado como estadistas de ideas orgánicas y avanzadas.

El 30 de marzo de 1809, día de jueves santo en que el pueblo visitaba los templos, el Cabildo estaba alerta para el estallido del movimiento de rebelión y el alcalde provincial, don José Ramón de Loaiza, se encontraba en contacto con el jefe de los insurgentes, Pedro Domingo Murillo, habiendo los cabildantes adoptado diversas medidas tendientes a asegurar el éxito del golpe; pero una vez más tuvo que ser aplazado el estallido. Los dirigentes no se proponían consumar una simple algarada, para exteriorizar el descontento de los paceños, sino intentaban ejecutar una revolución cuyas probabilidades de éxito fuesen mayores, conscientes de su responsabilidad por el porvenir de la tierra hogareña. Fué ésta una conjura comunal, delineada en los comités secretos, cuyos perfiles sociales y políticos habían sido trazados con maestría y en la que prevaleció una visión que sólo era posible en sociedades muy evolucionadas. No ha sido el temor que paralizó entonces a los complotados sino las noticias transmitidas de Buenos Aires, que los alcaldes, Yanguas y el provincial Loaiza, se apresuraron a comunicar a los patriotas, a fin de que aplazaran el hecho para una oportunidad mejor. El Cabildo de La Paz negó categóricamente el reconocimiento del virrey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, observando los documentos procedentes de la ciudad de Buenos Aires, y en esta oportunidad D. Basilio Catacora Heredia demostró la independencia de la comuna local, con sólidos principios que en sí contenían los vértices de la ideología revolucionaria.

En el intento del 24 de junio de 1809, en que la impaciencia de los patriotas iba paralelo con el estudio de los aspectos fundamentales del golpe en sus múltiples proyecciones, se perfiló nítidamente el plan de gobierno sobre bases fundamentales de avanzado idealismo, y en las juntas secretas, celebradas antes de ese día, ya se advirtió claramente que había alcanzado su madurez el movimiento insurreccional y era prudente no diferir más la empresa de la proclamación del nuevo orden. El estallido se había frustrado sucesivamente en 1805, el 30 de marzo y el 24 de junio del año 1809, tres hitos del largo camino a la independencia, en aquellos días en que un aviso de prudencia aconsejaba no arriesgar un

golpe atolondrado, pero sí reunir toda la fuerza moral y material preparada, a fin de descargarla sobre el régimen colonial.

El juramento que prestaron los conjurados remachaba la eficacia de las reuniones secretas, porque ya se presentía inminente la hora solemne de la historia tan afanosamente esperada en quince años de preparación. Y así el Cabildo de La Paz afrontó con las fuerzas espirituales que el pueblo respaldaba, el acontecimiento más singular y trascendente de la historia americana el día 16 de julio de 1809. La noche de este trágico y glorioso día, sonó al fin la campana del Cabildo, llamando al pueblo para que deliberase sobre su futuro destino; porque estaban rotas las ligaduras de la Colonia con la metrópoli a causa de la insurgencia consumada, y el pueblo acudió en masa, iniciando las memorables deliberaciones a Cabildo abierto; es decir, dictando los términos y condiciones que los cabildantes debían ejecutar como fieles representantes de la voluntad del pueblo paceño, en cuyas apretadas filas, junto con la responsabilidad del hecho surgía la futura grandeza de la obra iniciada, llena de majestad y grávida de destino.

En las horas culminantes de este día el pueblo pide y el Cabildo ordena la deposición de las autoridades: el gobernador Dávila, el obispo La Santa; exige, y así dispone, que se haga la entrega de las llaves de las arcas reales; el capitán de la sala de armas entrega las llaves al nuevo comandante de la plaza, D. Pedro Domingo Murillo, la real renta de correos pasa a poder de un insurgente y todo se hace con la febril agitación de los momentos supremos. Propone, y el Cabildo accede, que se haga la entrega de armas; los europeos concurren a prestar juramento de fidelidad al nuevo gobierno, y declara sin efecto los monopolios de carbón, sal y jergas. En los ardientes debates, desordenados si se quiere pero llenos del espíritu nuevo, ya se habla de la Junta representativa y del plan de gobierno. Al día siguiente el Cabildo anuncia al pueblo congregado en la plaza de armas que ha resuelto dirigir al Virrey y a la Real Audiencia los avisos del pronunciamiento y refirma la orden de entregar armas bajo severas sanciones, acordando también el inmediato reclutamiento de tropas para defender la revolución. El Cabildo notifica a los subdelegados haberse hecho cargo de la gobernación de la Intendencia. Prestan juramento los europeos residentes, ofreciendo defender a Dios y a la Patria, sin hacer mención del Rey, con lo que se les desliga de la fidelidad de los vasallos al soberano, y este solo dato basta para ilustrar mejor el comedimento con que los revolucionarios aparentaron defender a Fernando VII.

El Cabildo supo colocarse a la altura de los acontecimientos y los hombres integrantes de él tenían ciertamente la talla de su enorme responsabilidad; obró con mesura, dignidad y acierto, en circunstancias excepcionales, adoptando todas aquellas medidas que aconsejaba la prudencia, pero dando patentes pruebas de una mentalidad vigorosa y despierta en lo concerniente a la nueva tendencia social y política que en esos días de confusión y oscurantismo se abría paso, todo lo cual demuestra la clara inteligencia de sus destacados miembros.

He aquí el cuadro de honor, inscrito con sangre ante la posteridad en el frontispicio de la revolución:

Alcalde de primer voto, D. Francisco Yanguas Pérez; alcalde de segundo voto, D. José Antonio Diez de Medina; alcalde provincial, D. José Ramón de Loaiza; alférez real, D. José Domingo de Bustamante; regidores, D. Mariano Castro, D. Juan Bautista Sagárnaga, D. Manuel Victorio García Lanza, D. Mariano Ayoroa; asesor, D. Baltasar Alquiza; escribanos, D. José Genaro Chávez de Peñaloza, D. Juan Crisóstomo Vargas, D. Cayetano Vega, D. Mariano del Prado. Adjuntos, a proposición del pueblo: D. Juan Santos Zavalla, D. Juan Pedro Indaburu, D. José Landavere, D. José Plata, D. José Alquiza, D. Manuel Ruiz y Bolaños,

D. Juan Bautista Rebollo y D. José Antonio Vea Murguía.

Conformando la estructura fundamental a la doctrina democrática, la revolución se dió un verdadero organismo parlamentario a la vez que ministerial, creando la Junta Gobernadora o Tuitiva, con elementos representativos de los virreinatos de Buenos Aires y Lima, para dar paso a los patriotas de toda la América y distribuyendo las labores político-administrativas en cinco grupos o Ministerios: departamento de Gobierno, a cargo de los doctores Juan Basilio Catacora y Antonio Medina; departamento de Guerra, doctores Gregorio García Lanza, D. Francisco Palacios y D. José María de los Santos Rubio; departamento de Gracia y Justicia, doctores Juan de la Cruz Monje y Antonio de Avila; departamento de Culto, doctores Melchor León de la Barra y D. Manuel Mercado.

Este primer congreso alto-peruano de alcances continentales, deliberó sobre las cuestiones emergentes de la revolución, a la vez que tomó el timón administrativo, en contacto con el Cabildo gobernador, pues, figuraban en él un representante del virreinato de Buenos Aires, de los Santos Rubio, y el tucumano Presbítero D. José Antonio Medina; el virreinato del Perú estuvo presente con el limeño D. Andrés del Castillo; la Intendencia de Cochabamba por D. José Antonio de Avila y la Villa de San Felipe de Austria por D. Juan Mercado.

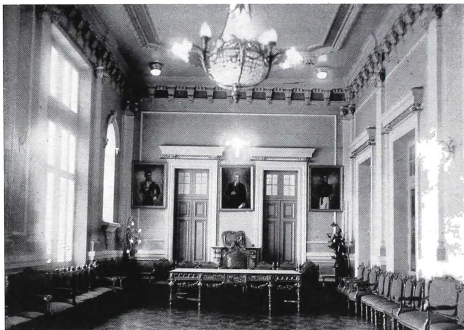
Con acuerdo de la Junta Tuitiva, el Cabildo aprobó el Plan de Gobierno, cuyos diez artículos contienen la doctrina social y política de esa época, pues involucra derechos, garantías y principios constitucionales; todo lo cual unido a la famosa proclama constituye el primer cuerpo de leyes o derechos del hombre americano, equivalente por su contenido doctrinal y filosófico a las declaraciones de la Revolución francesa; documentos de los que arranca el origen de la democracia en América meridional.

Para destacar en su verdadero alcance la influencia del Cabildo en sus relaciones con la Junta Tuitiva y Representativa, pero principalmente en su papel pre-revolucionario, es necesario analizar algunos aspectos de la confesión de Pedro Domingo Murillo, en el proceso que se le siguió por orden del general José Manuel Goyeneche, prestada en el cuartel general de La Paz en fecha 6 de enero de 1810, ante D. Pedro López de Segovia, aunque es seguro que los jueces, cuya misión era prevaricar contra la conciencia de América, deformaron el pensamiento del caudillo hasta donde lo permitía el afán del escarmiento, y que textualmente dice en un aparte significativo al respecto: "En igual conformidad expusieron los concurrentes, (se refiere a las juntas secretas) que la Junta de Sevilla había expedido orden que corría impresa, de que teniendo sospechas los pueblos de las Autoridades que los gobernaban pudieran deponerlas y gobernarse con las autoridades fieles, en cuyo supuesto estando convenidos el Sr. Obispo, el Sr. Intendente y las armas a dicha entrega, llegaban el caso de usar de dicha orden, apoderándose del Cuartel y entregando el mando al Ilustre Cabildo, con cuya autoridad se sacarían todos los papeles que aseguraba el D. Aliaga y así se resolvió".

Todas las autoridades, excepto el Cabildo, fueron depuestas el 16 de julio y esto prueba, de modo fehaciente, que allí estuvo el principal foco de la insurrección preparada en largos años y así lo hace constar Murillo en el aparte transcrito de su confesión.

El teniente coronel D. Narciso Basagoitia, en la acusación fiscal de 13 de enero de 1810, documento que constituye la prueba más importante del proceso, porque en él se refleja y trasunta el pensamiento de Goyeneche y su criterio sobre la participación de los cabecillas de la revolución de julio, concretando la responsabilidad de cada uno de ellos, explaya estos conceptos: "A ese fin estaba puesto en observancia el horroroso plan de fs..., cuaderno. . . ,

aprobado por el Ilustre Ayuntamiento, todos los capítulos de su contexto respiran y dan completa idea de los medios y malvados objetos a que se conducían, profanando por palabras, escritos y obras criminales el sagrado nombre del rey, que les era forzoso para alucinar la parte sana y de Ilustre Ayuntamiento: lo fueron gracias a preeminencias que disfrutan y el carácter de que están revestidos, sería desacato referirlos en el superior juzgado de V. S. M. I., pero nunca fuera de propósito, por ser circunstancia interesante que se ha de presuponer, para tratar del Regidor y Subtenien-



Salón de honor de la Municipalidad de La Paz.

la que pudiesen recelar deprimiese el progreso de sus inicuos atentados."

Y agrega:

"En medio del ilustre Ayuntamiento había un Asesor que concurrió a las primeras juntas e instaba por el exterminio de los europeos, dos de sus miembros, el primero hoy se sujeta al castigo de que se trata, y el segundo ha pagado la enormidad de sus delitos con la funesta y vergonzosa muerte que sufrió en el valle de Yungas, y a los que la posteridad juzgará de su infamia con la imagen de su cabeza."

En otro párrafo, el implacable acusador sostiene:

"La legislación nuestra llama padres de la Patria a los individuos que componen el te por su Majestad (que Dios guarde) de las milicias provinciales de esta ciudad, D. Juan Bautista Sagárnaga, Jefe de Obra y uno de los principales autores que fundaron el trastorno de insurrección y desorganización en la noche del 16 de julio."

Murillo no formó parte del Cabildo antes de la revolución; los cargos que le impuso el nuevo orden, Coronel Comandante de las milicias populares y presidente de la Junta Tuitiva, le obligaron a multiplicarse en la doble e inmensa tarea en que no se sabía cuál era más grave o importante: si asegurar la suerte del nuevo estado revolucionario contra las fuerzas realistas o sentar los principios fundamentales del nuevo derecho público, surgido del pro-

nunciamiento; pero se dió tiempo para afrontar sus tremendas responsabilidades, organizando el nuevo gobierno y la administración de la Intendencia con los partidos provinciales, cuyo apoyo tardaba en llegar; a todo lo cual, y no era poco, debió sumarse la profunda inquietud producida por la vacilación de los espíritus, justificada por el hecho de no haber respondido las Intendencias al urgente llamado de la Junta Revolucionaria adonde fueron enviados emisarios para gestionar el inmediato apoyo que necesitaba la causa americana, cuya ayuda de producirse habría hecho variar el curso de las facciones que destruyeron la revolución.

La figura central del cuadro revolucionario de julio, Murillo, ofrece los claroscuros de la actividad subversiva, las inquietudes y el desaliento por la inercia de los partidos provinciales y las Intendencias para secundar el movimiento, prestarle ayuda y sostenerlo; pero si vacilaba el optimismo y la confianza de los primeros días, las intrigas de Goyeneche y sus secuaces, los intentos de contrarrevoluciones y amenazas de los realistas, por un lado, y del pueblo vigilante por otro, mantenían a la Junta en estado de permanente inquietud y zozobra, a punto que no tardarían en estallar las defecciones, como sucedió.

No obstante de todo ello, Murillo se perfila en la marcha de los acontecimientos como una fuerte personalidad. Educado en un ambiente austero, entre templos y oraciones que alternaba con las tareas de la escuela, la primera protesta de su espíritu pudo ser la convicción de que le faltaba el hogar sin mácula. No se henchía su corazón de gozo ante el padre, él que debía ser padre de la libertad. Trunco su cariño filial, se entrega con ansias al embrujo de la aldea, junto al turbulento Chuquiapu; le atrae el torrente y allí pasa las mejores horas del día, consumando travesuras. Le asaltan deseos de aprender y saber y ya juega a los soldados en batallas y fusilamientos, vislumbrando la trágica grandeza de la muerte, él que debía vivir para dar libertad a un continente. Es incorregiblemente pendenciero y con frecuencia vuelve a casa maltrecho, con un rencor clavado en el corazón, y no se queja pero sufre en el camastro porque no ha podido vencer al contrincante. Ha contemplado a los indios sumisos llevando sobre la espalda la carga incómoda y agobiadora; mira a la distancia los caminos que escalan las alturas por donde se va a Lima y Potosí y todavía no sabe por cuál de ellas llevarán su cabeza a la picota del escarmiento, en la hora negra de su destino. Se va frente al cuartel, siguiendo a las tropas y las fanfarrias militares y se entretiene en la explanada de Cusipata viendo los ejercicios de soldados con vistosos uniformes. Su sangre, levadura india mezclada de plasma español, bulle como el torrente del Chuquiapu, con la ancestral rebeldía de los Sapallas y los ardores de criollos crecidos junto a la Intendencia, que no se contentaban con el oropel de riquezas materiales, porque les faltaba la libertad. Criollo de estirpe colla y castellana, crece como el cacto en las hoscas breñas, recto, áspero, punzante, hasta florecer en la magnífica pompa que se abre a los vientos como una herida. Tiene que conservar el torrente de sus venas para la hora suprema a que está predestinado y ha de fortalecer su cuerpo para que no desfallezca en el sacrificio; al retorno del Cuzco su espíritu avizor se nutre en la sabiduría de la biblioteca que puso en sus manos la diligente y perspicaz inquietud del cura que presiente la vocación del hombre, carácter forjado en la dura lucha de los días y los años. Conserva de su infancia un recuerdo como precioso relicario prendido en el pecho de una dama, y más tarde evocará todo esto en las horas de lucha y desaliento, con la fugaz melancolía que nubla un claro día de esperanza. En la intimidad mira a sus semejantes no tanto con desdén como aflicción, porque le parece que se encorvan demasiado o se humillan ante gobernadores, prelados y alcabaleros

que husmean en barrios y ferias, como lobos al acecho de la presa. Ha visto cómo azotan a un mitayo escapado a las bocaminas de Potosí y tiembla, con el frío glacial de las minas de Chicani y Chuquiaguillo; se conduele por las heridas que el látigo ha abierto, como surcos, en la piel de bronce, y calma la sed del esclavo con el agua cristalina que resbaló de la cordillera cuajada de nieve. Mentalmente se burla de la seriedad de los trajes de chapetones e intuye bajo su sombrero de tres picos la inquietud que les da vueltas y vueltas, como una obsesión. Sospecha que más allá de las montañas del paisaje urbano existe un mundo sin chapetones orgullosos ni envilecidos indios, sin criollos ansiosos de escarmiento y desquite. En sus años mozos el criollo ya alienta impulsos de ser un instrumento del destino, para redimir a sus hermanos, y le quema la estirpe de la sangre, identificándose con la ciudad que le ha dado su coraje y aliento, como la loba amamanta a sus lobeznos en la hora primigenia de Roma, y alterna los epigramáticos pasquines clavados en los muros macizos de la aldea con la interpretación de las leyes de Castilla y el cedulario de Indias que conoce como pocos, en cuyos infolios apolillados figura el catálogo de las mercedes o gabelas que han creado jurisconsultos muy tiesos a nombre del rey. La ciudad le ha dado todo esto y ella cumplirá los designios históricos en la madurez del genio que ha creado. Encuentra pequeño el mundo que antes le parecía muy grande y escucha todos los rumores, oye los lamentos de los esclavos, sabe que la tierra fué usurpada, robados los santuarios, profanados los sepulcros, arreados los ganados y que las mozas guapas pagaron el tributo de su carne morena a los tercios de buscones y aventureros. Conocía que los usurpadores amontonaron oro y "rosiclers" para llevar este botín a la península repleta de cortesanos y traficantes y que el destino de los parias americanos era trabajar sin tregua ni descanso, para sostener la opulencia de los dominadores y deslumbrar la codicia de los amos del mundo lejano que sólo conocía por su incolmable voracidad. Y así preparado para la hora terrible, se encaminó al encuentro del momento culminante de su vida trágica; tuvo la cita con el destino el 16 de julio de 1809, para ser glorificado el 29 de enero de 1810, colgado su cuerpo material en la horca, en la ciudad natal que fué escenario de su vida, de su muerte y de su gloria; pero su espíritu vinculado al Cabildo paceño, que le ha nutrido con altivez y sabiduría, vive y vivirá en la conciencia continental como un símbolo de la patria que todos hemos forjado, manteniendo nuestra lealtad a la Democracia que fué la gran obra de esa existencia y que es ahora el indeclinable mandato proyectado en la posteridad.

IV

La comuna de La Paz, depositaria de tan preclaras tradiciones, ha seguido teniendo un papel muy destacado en la vida republicana, tan pronto que, proclamada la independencia del nuevo estado, los hombres dirigentes se entregaron a la ardua tarea de organizar las primeras instituciones. Los concejales, con raras excepciones, han continuado la trayectoria del antiguo Cabildo de la Intendencia de La Paz que tan notable cometido tuvo durante la revolución y en la guerra de la Independencia, y aunque por lo general actuaron limitando su pensamiento y acción por el forcejeo de los partidos políticos, mantuvieron para la Comuna el prestigio alcanzado, fortaleciendo el baluarte de las libertades populares, puesto que el municipio tiene constante contacto con todas las clases sociales y se inspira en su voluntad.

El primer paso serio que dió el general Antonio José de Sucre, vencedor de Ayacucho, al llegar al territorio alto-peruano, fué preparar la asamblea de los Cabildos de La Paz, Cochabamba, Chuquisaca y Potosí el 1º de enero de 1825, con cuyo con-

curso se pudo reunir la asamblea constituyente de los pueblos del Alto Perú y se hizo la solemne proclamación de la autonomía de la nueva república el 6 de agosto del mismo año, entre las prudentes vacilaciones del libertador y la fe de Sucre por el porvenir del nuevo estado.

El Congreso General Constituyente de Bolivia sancionó, en 20 de junio de 1826, la supresión de los ayuntamientos en el territorio de la naciente república, disponiendo que sus fondos y rentas pasaran al tesoro público, y la jurisdicción que ejercían los alcaldes fué transferida a los jueces de primera instancia. Es inexplicable esta medida y carece de sentido histórico si se considera la tradición de las comunas, cuya influencia fué realmente notable en todo tiempo y sólo se puede disculparla por las vacilaciones inherentes a la brusca transición que se operaba esos días, o porque se quiso abolir los privilegios acumulados, ciertos derechos vitalicios y aun hereditarios. La supresión prevaleció en la primera carta política boliviana promulgada en 19 de noviembre de 1826, cuyo capítulo relativo al régimen interior suplantó a la función edilicia con jueces de paz, uno por cada mil habitantes; la constitución de 14 de agosto de 1831, promulgada por Andrés Santa Cruz, mantuvo el precepto inconsulto, aunque restableciendo los alcaldes de campaña solamente; la constitución de 16 de octubre de 1834, promulgada por el mismo presidente, refirmó el texto de la anterior. La carta fundamental promulgada en 1839 ha restablecido los concejos municipales en las capitales de departamento y "en las provincias donde lo permita el vecindario", compuestos del número que determinaría la ley secundaria y elegidos por voto directo de los ciudadanos. Entre las atribuciones consignadas en el texto figura la de velar sobre la observancia de la constitución y proteger la libertad de imprenta, dándose a los municipios una ingerencia en el desarrollo político de la nación, en resguardo de las tradiciones enunciadas.

Es digno de notar que en todas las revoluciones surgidas en la ciudad de La Paz, por voluntad del pueblo o a mérito de la actitud de los concejales, la comuna ha sido el reducto desde donde se ha combatido contra la opresión, oponiendo fe y espíritu incorruptibles en la defensa de las libertades conculcadas. En los años transcurridos durante la primera república y en la dramática existencia de las instituciones bolivianas, el pueblo ha dado renovadas pruebas de su adhesión al municipio, porque comprendía, como sucede ahora, que allí están sus directos e inmediatos personeros y a causa de haber sido, tradicionalmente, el medio de que se ha valido, en el triunfo o la adversidad, para proteger sus intereses y la misma vida.

Un rasgo saliente de la historia comunal boliviana es que en 13 de enero de 1865, el tirano del sexenio, Mariano Melgarejo, suprimió las municipalidades, al parecer por temor a su influencia, pues temía que hicieran peligrar sus métodos y ambiciones centralistas y solamente el general que derrocó al tirano tarateño, Agustín Morales, pudo restablecer la institución comunal, devolviéndole las prerrogativas que alcanzó en el pasado; pero Morales quiso dar a los ayuntamientos una función nueva, aunque incompatible con sus privativas atribuciones, encargándoles el juzgamiento de los funcionarios públicos que hubieran cometido actos punibles o antipatrióticos durante los ominosos años del gobierno de Melgarejo.

En las horas más dramáticas de la vida nacional, así la guerra del Pacífico, las campañas del Acre y la Guerra del Chaco, para citar solamente los acontecimientos culminantes ocurridos en tres cuartos de siglo, la comuna paceña ha cumplido su misión de guardar el honor y la dignidad del pueblo, cobijando invariablemente en la casa consistorial las manifestaciones de rebeldía o de protesta por los constantes agravios inferidos a la libertad; y ha sabido conceder a los servidores de la patria

el galardón que merecían, otorgando altas menciones honoríficas a los ciudadanos que se distinguieron por su amor a la democracia y a la humanidad.

V

Tales son los hechos que ofrece el material documentario consultado y que se conserva en bibliotecas públicas y privadas, sobre el cual intentaremos fundar un juicio crítico, indispensable para explicar esta evolución de las instituciones específicamente comunales. El criterio histórico, o si se quiere sociológico, ha de formular los principios generales que han regido la vida municipal en las épocas cuya sumaria introspección hemos realizado en los precedentes capítulos. Desde luego, surge un aspecto esencial en todo ello: el pueblo paceño, fermento de hondas inquietudes ancestrales y de promisorias esperanzas exaltadas por su propia vocación, hizo del Cabildo, primero, y de las municipalidades, después, la institución básica para alcanzar las reivindicaciones sociales y políticas que se propuso; a fin de descargar sobre la vieja arquitectura colonial el golpe supremo y el momento elegido, con este instrumento decisivo y eficaz. Por su parte, las autoridades coloniales han estado oportunamente avisadas sobre la insurgencia del nuevo espíritu comunal, pero si alguna vez intentaron oponerle un atajo, el designio resultó insuficiente y débil; porque se dejaron arrastrar a la órbita de influencia y sugestión del Cabildo, mostrándose incapaces para limitar sus prerrogativas y prestigio, firmemente arraigados en la nueva conciencia pública. El pueblo tenía que buscar un medio para dar expansión a sus ideales, traducir su impaciencia o servir sus necesidades, y formó a su imagen y semejanza una entidad que así llegó a ser la más genuina expresión de su turbulenta voluntad. Por su parte, el Cabildo se compenetró de su misión, identificándose con los anhelos populares, desenvolviéndose con dignidad, entereza y acierto, aunque muchas veces la prudencia le impuso el disimulo, para no malograr el éxito de la causa que tenía entre manos.

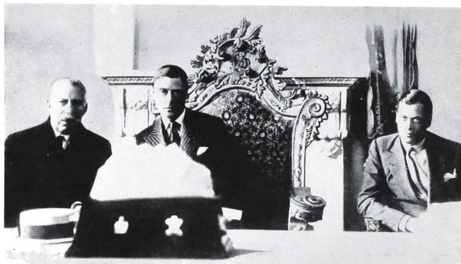
El Título VII, Libro IV de la Recopilación de Leyes de Indias, ha creado la institución del Cabildo en América, es decir en cuanto atañe al régimen colonial, puesto que las comunas existían de antiguo en el continente; la organización era formalmente realista, pero su alma surgió genuinamente americana, puesto que compartía la atención de las necesidades locales con el desarrollo del ideal emancipador.

No era posible exigir entre sus miembros la unanimidad, pues ningún cuerpo colegiado la tiene: algunos eran monárquicos tibios, otros exaltados, pero la mayoría de los cabildantes nunca olvidaron que su condición de americanos les señalaba solamente el camino de la independencia. Basta recordar que el Estatuto Constitucional de la revolución de julio fué promulgado por el "Muy Ilustre Cabildo Gobernador-Intendente, Justicia y Regimiento", en nombre y representación del pueblo de La Paz.

Un estudio concienzudo de las actas capitulares del Cabildo Paceño ratificaría la gran influencia que tuvo en el proceso de la rebelión, pero infortunadamente no es posible rehacer la historia completa de las asambleas que ha celebrado, porque sólo se conoce fragmentariamente y en dos partes las actas capitulares: la primera en el período del 20 de octubre de 1548, día de la fundación de la ciudad, hasta el 6 de marzo de 1562, o sea catorce años de vida e historia de la nueva población y la segunda parte contiene las actas de las sesiones del Cabildo paceño en los años 1824, 1825 y 1826, en que terminó el régimen monárquico-colonial y advino la república: todo ello según documentos copiados del Museo Británico de Londres, que al decir de D. León M. Loza descifró D. Nicolás Acosta, asesorado de Pascual Gallangos y Clemente Markham, donde se conserva tan importante documentación.

Se ignora donde se halla el resto, o sea las actas capitulares correspondientes a un período de 260 años, entre 1563 y 1823 y tampoco se sabe si los documentos figuran en los archivos del Cabildo de Buenos Aires, en el histórico edificio de la plaza 25 de Mayo, que ha reproducido la arquitectura colonial, en los archivos de Sevilla, de Simancas o del antiguo virreinato de Lima; menos se ha comprobado que un señor Larrea, de Quito, posee, como afirma Loza, copias fotostáticas de dichas actas, búsqueda que debe seguir patrocinando la municipalidad de La Paz, a fin de completar el material documentario de esas deliberaciones.

El Dr. León M. Loza, escritor muy documentado, publicó en 1937 un volumen que contiene el texto de las actas capitulares en las dos épocas mencionadas; pero el resto, precisamente lo más importante, se ha perdido y no se tiene noticia de si existe o ha sido destruído, habiéndose malogrado así la oportunidad de compulsar los documentos en que se halla reflejado el espíritu cabildante pre-revolucionario, porque ya se sabe que antaño prolijos escribanos trasuntaban minuciosamente los discursos y ocurrencias, sea en los asuntos de simple rutina o en los acontecimientos extraordinarios que periódicamente conmovían a la población; de ahí que documentar la historia del Cabildo en la vida civil, social, política, económica, religiosa y militar es hoy una tarea más que deductiva racionalista.



El príncipe de Gales es recibido en la Municipalidad de La Paz.

En la interesante aunque fragmentaria recopilación de las actas capitulares del Cabildo paceño, que ha publicado el citado autor, se aprecia con qué persistencia ha tomado conocimiento y debatido asuntos de verdadero interés, desde los meros aspectos urbanos hasta complejos problemas sociales y políticos que culminaron en el vértice de la revolución de julio. Lástima y grande, que han de lamentar los investigadores en fuentes históricas, es que falten las actas capitulares correspondientes a los años de mayor emoción y entereza que confrontó el Cabildo, como el alzamiento de los indios al mando de Tupac Catari y Bartolina Sisa, el asedio de la ciudad y los sucesos anteriores y posteriores a la revolución de julio; cuadros fulgurantes del indomable espíritu paceño, con cuyos irrecusables testimonios documentales se hubiera podido refirmar la convicción de que

el ayuntamiento ha hecho por la libertad del continente exactamente cuanto clamaba el pueblo e identificado con sus más caras aspiraciones.

Cuando en 1782 la Intendencia de La Paz, juntamente con las de Chuquisaca, Potosí y Santa Cruz, se incorporó al virreinato de Buenos Aires, algunos documentos han debido ser enviados ya que no originales en referencias de correspondencia, como sucedió con el proceso de la revolución de julio, que allí existe, aunque no se tiene vestigios de los archivos del Cabildo; pero ningún rastro hay todavía de estos documentos, a menos que los acuciosos coleccionistas se impongan la tarea de encontrarlos o siquiera exhiban la prueba de que han sido destruídos, con lo que se habrá privado definitivamente, a los historiadores, la consulta de una documentación convincente y categórica.

El estudio en detalle de tales actas excede los límites de esta reseña y por ello es útil decir que el lector podrá consultar a este respecto la obra citada.

No era tarea fácil ni realizable en breve tiempo ésta de preformar la conciencia cívica de los americanos y lanzarlos no a las contingencias de una aventura o improvisada conspiración; porque se quiso realizar una empresa muy seria y trascendente, en la que se jugaba el porvenir del pueblo que tantas pruebas de dignidad y decoro había dado en quince años de permanente conjura.

No se debe olvidar que las autoridades ajenas al Cabildo veían con silencioso temor y desagrado el crecimiento de las prerrogativas comunales y la innegable influencia que alcanzó a tener en la regulación de la vida urbana y cívica; pero en la imposibilidad de contrarrestar el hecho o remediar sus consecuencias, prefirieron unas veces sumarse a las inquietudes y otras merodearon con desgano en ellas, para no estar desprevenidos en cuanto a su seguridad personal y el resguardo de las privanzas que casi siempre les brindaba el medio económico y social. Por esto se explica que la Real Audiencia de Charcas, el gobernador-intendente, el obispo y tantas otras autoridades dependientes del virreinato, no hayan podido quebrantar la fuerza del Cabildo paceño, en el intento de restarle atribuciones o desconceptuarlo ante el pueblo con la divulgación de las trapacerías que nunca faltan en un cuerpo colegiado. He aquí por qué, fieles a la tradición de la tierra americana, inspirándose en las lejanas instituciones aymaras o quéchuas, también en las corrientes de España y otras naciones de Europa, poniendo pasión y entendimiento de su parte, el Cabildo paceño llegó a cobrar una vigorosa personalidad; y así se explica que, consciente de su renovado espíritu y fuerza, encabezara la revolución libertadora con firmeza no exenta de prudencia, aunque luego tuvo que correr la suerte de las facciones, sucumbiendo en la turbia maraña de las intrigas, cuando la inminencia del escarmiento atestiguaba el miedo de la Corona; pero para cobrar más tarde una subyugante personalidad que en el cuadro general de la época le hizo acreedor a la gratitud de los pueblos que vivieron y lucharon bajo su inspiración. Y este espíritu, celoso defensor de la comuna como la expresión primera y cabal de las libertades, se ha mantenido sin caídas ni relajamiento, durante la guerra de la Independencia y en la república, hasta nuestros días.

Dondequiera se reúnen hombres, así sean activos o indiferentes, emprendedores o aletargados, sabios o ignorantes, se forma una comunidad, un municipio, mucho antes que hayan surgido costumbres o leyes, anticipándose al complejo desarrollo de la colectividad operante; porque como dice Tocqueville, "las instituciones comunales son a la libertad lo que las escuelas primarias son a la ciencia". En el Cabildo paceño el pueblo aprendió a leer sus derechos inalienables y hoy, que conoce y conserva estas garantías, las defiende con denuedo, en todos los instantes de la existencia local,

cuando algún peligro amenaza las instituciones democráticas.

En el proceso del municipio paceño se advierte el predominio de muy definidos elementos constitutivos, como una constante voluntad creadora que no desfallece ante los obstáculos; están trazadas vigorosamente las líneas de una metódica evolución de la mera dependencia a la autonomía, hacia proyecciones que exceden los límites de la jurisdicción comunal corriente; se patentiza la influencia del centro coordinador, ejercitada sobre el hombre de la comunidad que dentro de su órbita o fuera de ella se mueve como una parte viva de la conciencia urbana; prevalece una clarividente percepción del destino histórico del pueblo, como parte de un continente —unidad moral y política que más tarde debía tomar los contornos de la clara conciencia del panamericanismo— y es digno de notar el desarrollo de los factores psicológicos, en los que la autodeterminación toma gran impulso por el mismo hecho de las restricciones imperantes y como una lógica reacción a ellas. Los miembros del ayuntamiento, en especial aquellos que tomaron parte directa y activa en el proceso revolucionario, dieron pruebas inequívocas de previsión y estaba maduro su criterio, anticipándose a la época, a fin de preparar el medio ambiente y hacerlo apto para responder a los reclamos populares en el momento de transformación que sigue al lento desarrollo de los hechos históricos. Predominaba una cabal concepción del Estado jurídico del porvenir, que poco sabía de los principios doctrinales proclamados por el movimiento reformista de Europa, pero que primordialmente se atuvo a las necesidades propias, entendidas por experiencias y pragmáticas, a la vez que a una noble inquietud y acuciosidad para seguir el desarrollo de las corrientes universales del pensamiento filosófico, cuando la distancia y el aislamiento constituían los eficaces medios de que se valía la Corona para seguir gobernando a su modo a las colonias sometidas, por lo



Un sillón histórico en la Municipalidad de La Paz.

menos aparentemente ya que la sustancia del idealismo libertario fermentó en los corazones como presagio de mejores días.

Fué tenaz e incruenta la lucha entre el oscurantismo preconizado por la metrópoli y la perenne inquietud de los hombres directores del movimiento insurreccional por captar y asimilarse las doctrinas liberales, cuyo conocimiento se negaba a los pueblos, manteniéndolos cercados por una muralla de silencio y censura; a fin de que los testaferros de la Corona continuaran oprimiendo a las masas aletargadas con mayor hipocresía y disimulo. Luego, se descubre en todo esto el gradual desarrollo de un idealismo constructivo, el enfático y certero rechazo de la subestimación del nativo, complejo de inferioridad que siglos después debía ser categóricamente desmentido por

los hechos y por la evidencia de una igual capacidad de los sometidos.

No faltó en aquellas previsiones el esquema de una economía sorprendente, el optimismo culminando en el sacrificio a la hora decisiva, pues se descubre claramente que la prosperidad de la opulenta Intendencia de La Paz favorecía los planes de liberación, porque solamente los hombres de holgada economía eran capaces de discernir libremente sobre los problemas públicos y columbraban mucho mejor el porvenir. Se puede afirmar que el municipio paceño ha creado una fuerza social cada vez más consciente y efectiva, perfeccionando el ideal de igualdad, libertad y justicia que hoy impera, aunque a prueba de momentáneos colapsos; y que las demás instituciones o poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, han tenido que tomar de la comuna derivaciones sustanciales, habiéndose inspirado en la organización del Cabildo paceño para desarrollar plenamente sus actividades y en la formulación de los principios.

La actual tendencia dominante es conceder a las comunas, no como una graciosa merced, la autonomía que necesitan para desenvolver orgánica e integralmente los planes urbanos, en los complejos aspectos que comporta la vida comunal moderna. Por esto, cuando el poder central se afana en supeditar la comuna a sus cálculos de predominio, el pueblo defiende sus fueros, dispuesto a no transigir sobre su inviolable validez; por lo mismo, las comunas, profundamente arraigadas en las tradiciones y costumbres del pueblo, viven y se desarrollan con el aliento popular que les da el calor de los hechos y las ideas compartidas entre hombres que se reconocen como elementos afines, constitutivos de la unidad psíquica que siente, piensa y obra con el alma inmortal de las sociedades seculares. Y así, entre nosotros la comuna de La Paz, que se empleó a fondo por conquistar y defender la libertad de sus miembros y la prosperidad de la masa, tiene que seguir alineando en las filas de la democracia universal: si ayer dió su sangre por consolidar la independencia de los ciudadanos hoy reclama que los habitantes del grande hogar urbano la respalden, para no perder prerrogativas conquistadas a tan alto precio; porque sólo así defenderá sus legítimos privilegios. Y ahora que las grandes ciudades, cerebros del mundo donde se elabora el pensamiento universal, dirigen la voluntad de las naciones civilizadas, los municipios han alcanzado tanta influencia que sería difícil, si no imposible, prescindir de ellos al forjar el destino humano. La actual civilización encumbra a los municipios y les asigna un inmenso poder que irradia cultura, no solamente en el territorio de la nación pero sí más allá de las fronteras morales y materiales, como un superestado hecho de sugestión y grandeza. Éste es el hecho innegable y categórico de nuestro tiempo y es alentador comprobar que tan sencillos y primitivos núcleos comunales se hayan encumbrado hasta gobernar a los pueblos, exaltando su vocación y destino para rehacer la historia.

En los cuatro siglos transcurridos desde la fundación de la ciudad de La Paz, el pueblo ha logrado formar una comuna de singulares contornos, cuya primordial responsabilidad radica en el hecho de ser depositaria de tan magnas tradiciones que nunca ya le será permitido enajenar; porque esta tierra americana, de cuya entraña surgió el primer grito libertario, "pueblo primogénito de la libertad americana", según la certera frase del Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, estampada en la nota que dirigió de Chuquisaca a la "Muy Ilustre Municipalidad de la Benemérita Ciudad de La Paz", el 26 de mayo de 1825, aspira a seguir siendo cabeza de nación y hogar de cuantos vengan a ella, para sumar su concurso en la prosperidad de una Bolivia futura no definitiva ni perfecta, puesto que la perfección no existe en el incesante proceso histórico, pero dueña de su voluntad y soberanía en los años y siglos del tiempo y la posteridad.



HISTORIA

DE LOS SERVICIOS PUBLICOS DE LA CIUDAD DE LA PAZ

por

VICENTE FERNÁNDEZ Y G.

En todas las culturas y civilizaciones la ciudad ha sido el exponente más calificado del pensamiento y de la comodidad, aunque en las grandes aglomeraciones urbanas, modernas, la falta de espacio o el excesivo afán de concentrar cuanto de más importante existe en la región o la nación haya dado lugar a conflictos y crisis de todo orden.

Bien visto, una ciudad tiene que brindar a los habitantes higiene, salud, comodidad y recreo, todo lo cual exige la organización y el sostenimiento de diversos servicios públicos, cuya nomenclatura va en aumento, a medida que el progreso amplía las necesidades resultantes de la convivencia. La clasificación de estos servicios excede los límites de un breve estudio monográfico, pero se puede esbozar un esquema así:

I. Saneamiento y Servicios Urbanos
II. Abastecimiento
III. Transporte Urbano
IV. Comunicaciones
V. Policía
VI. Planificación y Urbanismo
VII. Ornato y Recreo
VIII. Economía Urbana
IX. Plantas hidro-eléctricas
X. Previsión Social
XI. Educación Física y Deportes
XII. Espectáculos
XIII. Cultura
XIV. Institutos Militares
XV. Turismo
XVI. Culto Religioso
XVII. Régimen Municipal.

Como es de prever, las discusiones entre los partidarios de las comodidades materiales exclusivas, con prioridad a las manifestaciones o formas de la cultura, han sido intensas aquí como en todas partes; pero muy poco han advertido, sobre todo los que propugnan las urgentes necesidades sanitarias que el hombre vive de esto y mucho más; puesto que no es bastante dotar a la ciudad de alcantarillas, agua abundante y potable, sino también, y esto tiene enorme importancia, mucho de inquietudes espirituales y medios de cultura que maticen la existencia de lo que pareciendo superfluo o suntuario contribuye a la formación de una personalidad vigorosa en el marco del paisaje de la ciudad.

Porque la ciudad no sólo es el amontonamiento urbano ejecutado con arreglo a los principios más depurados y a la experiencia, sino el escenario donde se realiza la

historia en la categoría de los acontecimientos comunes; es decir, un grande hogar formado por sucesivas generaciones, cada una de las cuales ha dejado en un barrio, en la zona, en las obras ejecutadas, herencia que las nuevas generaciones van recogiendo paulatinamente, para que lo tradicional cobre relieve y dé contenido a la personalidad colectiva. Es muy cierto que la ciudad tiene que ofrecer comodidades materiales, como amplias vías públicas donde cotidianamente se canaliza la actividad de la población, viviendas salubres, extensas áreas verdes, avenidas o arterias de descongestión, parques de belleza tal que imiten los encantos de la naturaleza, del campo; palacios, museos, monumentos y servicios de limpieza, abastecimiento y transporte; pero con solamente esto la ciudad mejor planeada no podrá tener rango histórico ni personalidad si es que no da importancia al espíritu, al pensamiento y, en resumen, a la cultura que es algo así como el perfume a la flor.

No se puede tener una ciudad absolutamente nueva, trazada y construída conforme a los principios urbanísticos, porque las grandes capitales que en el mundo existen son creación de muchas generaciones y no de un pueblo que quiere darse la ciudad ideal, dotada de medios depurados, al gusto y estilo ambientales, coetáneos. Esto, con ser tan lógico, ofrecería ciudades de meras estructuras materiales sin alma, sin voluntad ni conciencia común. Es indudable que todo lo nuevo, como expresión de la ciencia y el arte del urbanismo tiene que ser combinado con los ingredientes vernaculares, conservando sobre todo la originalidad del paisaje y las tradiciones, para que se forme una ciudad realzada por la magnificencia del paisaje al que se ha dado los retoques de la obra humana, si posible artística. La ciudad civilizada, en el sentido de los modernos servicios, tiene que alentar un ideal superior que dirige las manifestaciones mentales, en cuyo vértice se halla la Universidad y luego los planteles de enseñanza o centros de cultura que no sólo guían y preforman el sentimiento del pueblo, porque crea la emoción nacional como sujeto de la historia.

Aunar la utilidad con la estética es entonces el principio normativo fundamental. El hombre de la ciudad quiere moverse en un paisaje grato a su gusto, donde pueda gozar de la relativa libertad que la convivencia urbana impone; persigue también lo que se llama el anhelo de evasión al campo por medio de las ficciones urbanas que le traen la naturaleza a modo de parques, áreas verdes, a donde acude semanalmente, libertándose de las sombras del tugurio o de los edificios urbanos donde con frecuencia falta la luz, el sol y las fruiciones de la naturaleza circundante, que es lo característico del campo.

Esta tendencia a involucrar la naturaleza alejada de los centros urbanos en el corazón de la ciudad, en forma del gran parque con césped, senderos, espejos de agua, cascadas, follaje, sombra y fresco, juega un papel esencial en la formación de las ciudades; si es que no predomina la otra tendencia a ampliar el radio urbano, invadiendo el campo aledaño para incorporarlo al sistema en una absorción cada vez más peligrosa, puesto que anula la economía potencial de la campiña productora, con todas sus deplorables consecuencias.

Pero donde la vida de la ciudad cobra una importancia capital, puesto que exalta la jerarquía del pensamiento, es en los medios y manifestaciones de la educación y la cultura, en que se elabora cada día el destino superior de la nación. Y por esto, entre los afanes del urbanista y la acuciosidad de las autoridades edilicias salta la urgencia de facilitar al pueblo los medios más eficaces, para que surja vigoroso el pensamiento urbano y se capacite para dirigir la mentalidad nacional.

La ciudad de La Paz ha seguido las líneas generales de esta evolución y por ello ofrece el contraste de los barrios de fuerte tradición junto a los modernos. Lo mismo

se puede decir de la organización en los servicios públicos, cuyo desarrollo y estado actual obedecen a necesidades permanentes y en cierto modo subordinados al carácter y a las preferencias del pueblo, acerca de todo lo cual damos en seguida una noticia sintética:

I. SANEAMIENTO Y SERVICIOS URBANOS

Aguas potables. El primordial elemento de una población es el agua. Existe una represa, la de Milluni, que tiene 6.070.000 metros cúbicos de capacidad y surte de agua a la población a razón de 43.200 m³. por día. Las aguas de esta represa, que también se utiliza para producir energía eléctrica, bajan a la planta purificadora de Achachicala, donde luego de dosificarlas con cal, para neutralizar la acidez proveniente de las sales minerales de la cuenca de origen y pasar por los filtros movidos a electricidad, son tratadas con cloro, a fin de extirpar los vestigios bactéricos; el vertedero envía agua a seis grandes estanques y de éstos arranca la red de distribución que tiene 130 kilómetros de longitud.

De los mismos filtros se conduce una parte del agua por el canal de aducción a Villa Victoria, proporcionando este elemento de vida a las zonas altas de la ciudad, donde recientemente han surgido barriadas con densa población. Existe una toma en la región de Tembladerani, que sirve a una pequeña parte de la ciudad, con agua de potabilidad excelente.

Este servicio será en breve ampliado con las obras de la represa de Hampaturi, porque está concluído el dique Nº 2, cuya longitud es de 369 metros y altura de 17 metros, donde se almacenará 2.749.000 m³. de agua. Un canal de aducción de 17 kilómetros conduce el agua de esta represa a los filtros de Caiconi, donde se la purifica, vertiéndola luego a los estanques de Villa Pabón, que distribuye a la extensa y moderna zona de Miraflores; el canal tiene la capacidad máxima de 700 litros por segundo. El dique Nº 1, que tiene 163 metros de longitud y 24 metros de altura, del sistema de la represa de Hampaturi, será terminado en el curso de 1948 y permitirá almacenar 4.000.000 de m³. de agua; con lo que la provisión de agua potable a la población alcanzará el promedio de 130 litros por día y habitante. Otras vertientes proveen 100 litros diarios por habitante.

Como las necesidades de la población van en aumento con el desarrollo urbano, se ha previsto hacer nuevos estudios de captación en Hichucota, que actualmente se hallan muy adelantados. Asimismo, se tiene en proyecto perforar pozos en el subsuelo, abundante en corrientes de agua, a fin de almacenar cantidades adecuadas para cada zona, no sólo como medida de emergencia sino con carácter permanente.

Otra medida aconsejada por la experiencia consiste en construir una toma o represa del río principal, en un sitio donde el agua no se contamina con la aglomeración urbana, y abrir un canal de aducción hasta los filtros de Achachicala, tomando así una parte del caudal que viene de los nevados de Chacaltaya; lo que reducirá también el volumen que discurre en el tubo ojival, de concreto armado, que cruza la ciudad, aminorando el arrastre de material que llega a desgastar el radier.

Ha de ser preciso, y así lo han entendido las autoridades municipales, captar nuevas fuentes en los sistemas hidrográficos de Irpavi, Seguencoma y La Florida, para proporcionar este servicio a las nuevas zonas recientemente incorporadas al radio urbano de la ciudad, tomando los manantiales existentes en la parte inferior del fundo Calacoto y las aguas de altura; se calcula que los barrios del futuro allí sostendrán una población de medio millón de habitantes, según datos compulsados en las reparticiones municipales.

Alcantarillas. Servicio indispensable para el saneamiento de la población es el de alcantarillas. Existe la red de colectores públicos y el emisario central, a la que co-

nectan las instalaciones domiciliarias, en una extensión que supera a 150 kilómetros, para atender algo así como 15.000 edificios públicos y particulares. La extensión de esta red es asunto muy urgente y se la amplía paulatinamente, a medida que surgen las nuevas zonas urbanizadas. Recientemente se ha estudiado la manera de aplicar una ley antigua que obliga a los propietarios construir la instalación del domicilio conforme a las condiciones reglamentarias del servicio y, si carece de recursos para ejecutar la obra, algún banco deberá prestarlos, gravando con primera hipoteca el inmueble, a fin de que con las rentas del edificio se reembolso el valor del préstamo.

El servicio de alcantarillas se complementa con el de mingitorios públicos, ya construídos en diversas zonas de la ciudad. Hace poco se han adoptado medidas tendentes a fomentar la organización de empresas privadas para instalar servicios de mingitorios, con módica tarifa.

Tratamiento a la salida del emisario. Los estudios realizados para el tratamiento de las aguas de cloacas, a la salida del emisario de alcantarillas, están concluídos y sólo falta consignar los recursos en el presupuesto municipal de gastos; este indispensable servicio permitirá aprovechar las aguas tratadas y neutralizadas en usos reproductivos, eliminando la posibilidad de contaminación en los sembradíos que podrían ser regados con aguas no directamente tomadas del emisario, pero mezcladas con ellas.

Las autoridades comprenden que por costosa que fuese esta obra, su ejecución es obligatoria, puesto que así se completará las instalaciones del servicio de alcantarillas, indispensable en una ciudad bien organizada.

Canalización de ríos y riachuelos. Dada la especial topografía de la ciudad –inmensa hoya donde discurren dos ríos principales de caudal permanente y treinta riachuelos de diferente importancia que afluyen a los principales– las obras de canalización tienen directa atingencia con el saneamiento, pues allí se acumula basura y desperdicios y hasta se llega a formar cloacas al aire libre, cuya extirpación es una necesidad urgente e inexcusable. Por ello, el municipio ha concedido especial importancia y atención al estudio de un plan de entubamiento que se encuentra en plena ejecución. Todos los riachuelos han de ser entubados y el terreno resultante de esta obra será utilizado para vías públicas, a fin de que se asegure la facilidad de ingreso al tubo para hacer las reparaciones anuales o trabajos de conservación, los que por su naturaleza no pueden ser descuidados.

El entubamiento del río principal se ha hecho en base de los estudios practicados por los ingenieros chilenos Oyanedel y Necochea, con la dirección técnica de ingenieros nacionales que encabezó el señor Jorge López Videla, y se halla terminado en el centro de la ciudad, continuando el tipo de canalización abierta del puente Bueno hasta Calacoto. Esta obra se considera como la de mayor envergadura para la transformación de la ciudad y ha costado ingentes recursos, pero el esfuerzo económico y material se justifica, porque permite ejecutar un plan de urbanismo y embellecimiento de importantes zonas céntricas.

Para sanear extensas regiones urbanas también ha sido preciso aprovechar el curso de los riachuelos como colectores de alcantarillas, mediante el entubamiento hermético, provisto de cámaras de limpieza.

Pavimentación. El servicio de pavimentación debe consultar la topografía de la ciudad. En las zonas donde la gradiente no es muy fuerte se coloca pavimento de hormigón y se emplea el adoquín de piedra en las calles muy inclinadas en el nivel. La ciudad tendrá pavimento definitivo cuando se haya renovado la red de tuberías de agua potable y no antes, a fin de no gastar ingentes recursos en un pavimento que después tendrá que ser removido para la renovación.

El incesante crecimiento de la población

ocasiona algunas perturbaciones en este servicio, pero como los trabajos de conjunto se ejecutan no con recursos extraordinarios, sino con los del presupuesto normal de la comuna, tardarán algún tiempo en ser concluídos, por lo menos en las vías que con mayor urgencia requieren modernizar este servicio para facilitar el intercambio urbano y las comunicaciones.

Recolección y concentración de basura. Cuenta la ciudad con un plantel de carros basureros que diariamente recogen la basura de cada domicilio, para transportarla a los sitios destinados a la concentración. Cada día se tiene 300 toneladas de basura, volumen y peso que requieren 120 carros en circulación. Para neutralizar este material se abre trincheras donde se deposita la basura, recubriéndola de tierra apisonada, lo que permite acumular ingente número de toneladas métricas. Otro medio que se estudia con interés, el de hornos crematorios, es sin duda costoso pero ofrece la ventaja de eliminar los residuos dañinos y la contaminación. Finalmente, el aprovechamiento de basura de buena calidad, para usos industriales, no se ha organizado todavía, no obstante que las fábricas existentes en la ciudad requieren estos medios para incrementar algunos renglones de la producción.

Salubridad. Los servicios de salubridad se hallan bajo la dependencia del Ministerio de Higiene y Salubridad y el municipio de La Paz presta una colaboración consistente en mantener numerosas cuadrillas de trabajadores para la limpieza, personal encargado del aseo en las vías públicas. Asimismo, con facultad establecida por ordenanzas municipales se practica visitas domiciliarias con el fin de preservar la limpieza, el aseo y la salubridad general.

Las principales medidas de higiene y saneamiento, que propiamente son servicios y no obras en actual trabajo, son de la incumbencia del mencionado Ministerio y la Dirección General; autoridades que a menudo solicitan la cooperación del municipio para mantener la observancia de hábitos necesarios para asegurar la salud de la población.

Hospitales y Asistencia Pública. Existen en la ciudad siete hospitales y más de veinte clínicas para la atención a enfermos y heridos, de distintas especialidades.

El hospital general de Miraflores data de junio de 1918, en que se inició la construcción a cargo de una Junta Impulsora con los recursos provenientes de la venta de los antiguos locales hospitalarios que existían en la calle Loaiza y la igual Mercado. La construcción estuvo terminada antes de 1925, con su actual planta de pabellones, jardines, administración y dependencias.

Actualmente el establecimiento tiene quinientas camas y cuenta con pabellones de medicina general, cirugía, urología, infecciosas, Rayos X, salas de operaciones, dos pabellones cómodos para enfermos pensionistas, farmacia, capilla, laboratorios, banco de sangre, amplios edificios de administración y un consultorio externo que presta inapreciables servicios a la población carente de medios económicos.

Hospital Militar. También situado en la avenida Presidente Saavedra, zona de Miraflores, este hospital cuenta con doscientas camas distribuídas en pabellones de todas las especialidades médicas, jardines y salas de operaciones, Rayos X, etc. Se destina exclusivamente a la oficialidad y clase de tropa del Ejército, y es atendido por un plantel de médicos y especialistas de notorio prestigio.

Hospital de Ojos. Aunque reducido en dimensiones, este hospital cuenta con un equipo moderno y completo que permite utilizar la mayor eficiencia en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades oculares. La obra ha sido ejecutada en un terreno donado por la municipalidad y con recursos que en gran parte facilitó el señor Juan B. Said; la construcción del edificio ha estado a cargo del señor Giovanni de Col y dirige el establecimiento el Dr. Luis Landa Lyon, todos ellos rotarios de La Paz, y es, en opinión de especialistas, un estable-

cimiento digno de figurar entre los servicios de una ciudad de primera categoría por su organización hospitalaria.

Se halla en construcción el Hospital Obrero, edificio que tendrá muchas plantas y dependencias completas para que pueda ser confortable por la amplitud del local y el instrumental.

Clínicas. Aparte de los grandes hospitales, se tiene un número cada vez mayor de clínicas, consultorios y enfermerías, salas de maternidad, etc., cuyo conjunto brinda a la población establecimientos de servicio permanente, adonde acude el público en la seguridad de ser bien atendido.

Los principales establecimientos de este género son:

Clínica Alemana, calle Fernando Guachalla 413.
Clínica Americana, calle 14 de Septiembre, zona de Obrajes.
Clínica Aparicio, calle Landaeta s/n.
Clínica Aramayo, Isidoro, Comercio 578.
Clínica Aramayo, Julio, Avenida 6 de Agosto 657.
Clínica Lourdes, Avenida Ejército 6.
Clínica de Maternidad. Casa Cuna. Avenida Perú.
Clínica de Maternidad, Cruz Roja. Avenida Zalles 131.
Clínica de Maternidad, Hospital General, Avenida Saavedra s/n.
Clínica Saldaña, Avenida Armentia 854.
Clínica Santa María, Avenida 6 de Agosto 997.
Clínica de Urología, Hospital General.
Hospital Antituberculoso, Avenida Arce s/n.
Sanatorio La Paz, Avenida Arce 851.

Asistencia Pública. Este servicio se halla ubicado en el edificio de la avenida Zalles, prolongación de la Camacho, y dispone de algunas camas, así como salas equipadas con instrumental moderno, donde se hacen las curaciones de urgencia a los accidentados.

Cooperativa Interamericana de Salud Pública. A iniciativa del gobierno de Estados Unidos se ha organizado esta importante institución y cuenta con edificio propio en la plaza del Estudiante. Los aportes son mixtos, es decir del mencionado gobierno de la Unión y de Bolivia y las finalidades que persigue son establecer preventivamente los medios de higiene adecuados en las principales poblaciones del territorio y el tratamiento de enfermedades endémicas y epidémicas. La Oficina del Servicio Cooperativo de Salud Pública cuenta con cinco clínicas y tres dispensarios, secciones de vacunación preventiva de enfermedades infecciosas y una planta bien organizada para combatir epidemias.

II. ABASTECIMIENTO

Una población se desarrolla en la medida de los artículos alimenticios que le proporcionan los campos aledaños de producción y por la facilidad de los medios de transporte a las comarcas poco alejadas que envían tales artículos para el consumo cotidiano.

El rápido crecimiento de la población, que ha superado los cálculos más optimistas, ha incorporado al radio urbano áreas que estaban cultivadas o donde existían granjas para la producción de leche, hortalizas, legumbres y tubérculos o cereales. Se ha creado así un problema de abastecimiento cuya solución radica en hacer surgir nuevas comarcas cercanas de producción agropecuaria y facilidades de transporte a regiones si bien alejadas pero que forman parte del sistema de consumo de la población.

Por la región de Río Abajo y en dirección a Palca, el desarrollo tiene que ser intensivo, pues se halla a una hora de la ciudad por automóvil o camión y tienen excelentes tierras de cultivo, aptas para implantar allí granjas productoras de leche, artículo indispensable para la población. El profesor Arturo Posnansky, recientemente fallecido, preocupado con las necesidades de abastecimiento a la ciudad, estudió un amplio proyecto para establecer granjas ganaderas y agrícolas en las márgenes del río Desaguadero, en tierras muy

adecuadas para el cultivo de pastos, en mira de ubicar allí planteles de ganado que produjeran leche, hortalizas, tubérculos, legumbres y cereales, en suma cuanto la población necesita para la subsistencia brindarían estas granjas. Las tierras se hallan a ciento veinte kilómetros de la ciudad y además de su buena condición para el cultivo pueden ser regadas con las aguas del Desaguadero, sea por el sistema de gravedad, no costoso, o por el de lluvia artificial mediante bombas extractoras que ya han funcionado con éxito en la hacienda Guancaroma, propiedad del profesor Posnansky, que fué el experimento más convincente en esta materia. El proyecto ofrece innegables ventajas que pronto serán aprovechadas por hombres de empresa, indudablemente que con el estímulo y la ayuda de las autoridades municipales de la ciudad.

Una gran parte de las provisiones provienen del altiplano, en especial de las provincias Andes, Murillo, Ingavi y Omasuyos, que se encuentran a hora y media de automóvil de la ciudad; pero la rica región de Yungas envía diariamente un apreciable volumen de carga, o sea artículos como fruta, en la gran variedad que ofrece, plátanos, naranjas, mandarinas, limones y café, la bebida aromática que por su selección goza de fama mundial, conocido como es el exquisito sabor de este producto.

Los valles de Luribay envían duraznos, peras, melocotones, guindas; Larecaja las sabrosas chirimoyas, manzanas de calidad, paltas, pacayes, brevas, uvas y otras especies que presentan los mercados durante todo el año, en una sucesión no interrumpida de atractivas exhibiciones que hacen de los mercados de La Paz conjuntos de primer orden para satisfacer el gusto más exigente y refinado.

Mercados seccionales. Los mercados de zona de la ciudad son: Camacho, Lanza, Calama, Abasto, Rodríguez, Sopocachi, Miraflores, y en ellos no hay sitio disponible para instalar a las personas que solicitan nuevos puestos. La municipalidad construirá otros en Obrajes, Calacoto y La Florida, a fin de abastecer a las nacientes poblaciones de estas modernas zonas urbanizadas.

Las Ferias Francas, que consisten en la venta de artículos alimenticios directamente del productor al consumidor, sin intermediarios que recargan el precio de los artículos alimenticios, están ganando popularidad y se realizan periódicamente en los barrios más alejados, donde más falta hacen para aliviar la situación económica de las clases trabajadoras. Las zonas fabriles de Challapampa, Purapura, Caiconi y Achachicala son las que se benefician con estas ferias; porque las transacciones comerciales, aunque pequeñas, proporcionan al elemento obrero artículos a precios más bajos que los corrientes u ordinarios.

Mataderos. Para la provisión de carne al mercado funciona un Matadero Municipal situado en la zona de Achachicala, o sea al norte de la ciudad, con una capacidad para el derribe que satisface la demanda del consumo local. Este plantel recibe el ganado en pie importado de las plazas argentinas y del altiplano del país y después que el reconocimiento veterinario declara ser apto se faena la carne, enviándola en carros frigoríficos a los mercados y almacenes, para la venta al público.

Cuenta con secciones de ganado bovino, ovino, porcino, una planta de fabricación de briquetas y equipo moderno para el derribe de las reses, con amplios compartimientos de administración y viviendas para el personal. El clima frío de esta zona favorece la conservación de la carne, no obstante que se la remite de inmediato por la gran demanda de este artículo alimenticio.

Aviones de la Corporación Boliviana de Fomento transportan cada día 3.000 kilos de carne faenada, procedente de Reyes, donde se han instalado frigoríficos con equipo moderno.

Medidas contra la especulación. A pesar del inusitado crecimiento de la población, el suministro de artículos alimenticios no ha sufrido inconvenientes y las autorida-

des han sorteado muchos conflictos, pero mantuvieron no precisamente un rígido racionamiento sino que han preferido saturar el mercado de artículos de consumo, para que el pueblo no sufra privaciones. Las medidas restrictivas que el gobierno nacional y la comuna adoptaron algunas veces, favorecieron al público al prevenir y reprimir la especulación.

Los casos de ocultación o injustificado recargo en los precios se hallan regulados por una ley cuyo cumplimiento es del resorte del Ministerio de Economía y de la municipalidad, jugando en esto un papel activo y destacado, la Policía Urbana, cuyos agentes tienen facultad para aprehender a las personas que infringen las prohibiciones y secuestrar las mercaderías o artículos de consumo, para la inmediata venta al público. Con estas medidas si bien no se descarta radicalmente la especulación se mantiene permanente vigilancia sobre los especuladores, obligándoles a acatar los precios fijados por las autoridades, incluyendo la utilidad legal.

En el porvenir, el gobierno y la municipalidad tienen que aunar sus esfuerzos para aumentar la capacidad productora de las zonas aledañas y han de conceder facilidades a las empresas que establezcan granjas de producción agropecuaria en la región del Desaguadero, aprovechando las magníficas condiciones y ventajas que ofrece; de suerte que en una hora los artículos sean provistos para el consumo, a los mercados seccionales. Con la producción de estas granjas bajarán los actuales precios, que es cuanto se persigue en este orden. El índice de alimentación por calorías será entonces más alto que el actual y la población obrera, principalmente, podrá mejorar el sistema alimenticio, adoptando fórmulas de dieta adecuada para el rendimiento físico que debe dar en el trabajo.

Las regiones de Mecapaca, Mallasa, Lipari, etc., se prestan para intensificar la producción agrícola: por el lado de Palca, Lambate y otras localidades de menor importancia, la producción se incrementará en proporción a los cultivos extensivos e intensivos.

III TRANSPORTE URBANO

La evolución de los medios de transporte en la ciudad ha seguido la curva del crecimiento de la población, pero se tuvo que improvisar algunos servicios para atender normalmente a las urgentes necesidades surgidas. Así, por ejemplo, la organización del transporte por omnibuses, que en grandes poblaciones se halla a cargo de empresas con gran capital, experiencia técnica y seriedad, se ha hecho dando paso a cuantos vecinos quisieron tentar suerte en un negocio que ofrece buenas oportunidades para invertir capitales y obtener ganancias a corto plazo.

Tranvías. La red de tranvías tiene aproximadamente 25 kilómetros de extensión, con cuatro líneas y ramales: la principal, Nº 1, se extiende de la estación central de ferrocarriles, al norte, a la zona de Obrajes, cruzando el centro hasta San Jorge, de donde baja a la indicada zona por el camino pavimentado. La línea Nº 2, ramal de Sopocachi, parte de la avenida 6 de agosto y termina en el paseo del Montículo; la línea Nº 3, ramal a Miraflores arranca de la calle Ballivián, cuadra contigua a la plaza Murillo, el centro cívico, hasta el Hospital General; y, finalmente, la línea Nº 4, arranca del puente 3 de Febrero, avenida Montes, terminando en el Cementerio Público del Oeste. La trocha de esta red de líneas es de un metro, con rieles de canaleta, y los carros son de fabricación francesa, con compartimientos de primera y segunda clase, algunos de ellos con un solo ingreso para ambas clases.

Omnibuses. Existen nueve líneas de omnibuses y micro-ómnibus en las distintas zonas de la ciudad, con 300 carros en servicio.

La línea Nº 1 hace el recorrido entre la avenida Ismael Vasquez y la avenida Juan María Zalles de la zona de Obrajes, cru-

zando los barrios centrales de la ciudad; la línea Nº 2 tiene recorrido entre la calle Victor Sanjinés de Sopocachi y la avenida Buenos Aires, por barrios distintos del centro y norte, tomando las avenidas Armentia y Perú; la línea Nº 3 recorre en dirección a la extensa zona de Miraflores, tomando rutas y vías diferentes y alejadas del radio de las anteriores; la línea Nº 4 conduce a Caiconi por las rutas centrales y de periferia urbana; la Nº 5 conduce al Cementerio del Oeste; la línea Nº 6 articula las zonas de la avenida 16 de Julio y del centro con la zona de Miraflores; la línea Nº 7 se dirige a la zona Nueva Paz y parte de Sopocachi; la línea Nº 8 une el centro comercial y cívico con la zona industrial y fabril; la línea Nº 9 hace el recorrido por los barrios populares del oeste de la ciudad.

En el porvenir será necesario prolongar la línea de tranvías a Calacoto y La Florida y organizar líneas de omnibuses hacia esa misma dirección, sobre todo cuando se termine la autopista, para circulación a gran velocidad.

Los carros de las distintas líneas se distinguen por el color y llevan la placa del Nº en parte visible, aunque no son de tipo uniforme por el hecho anotado, de ser muchos los empresarios, lo que en lugar de uniformar diversifica el servicio en modalidades diferentes. No obstante, los reglamentos de tránsito han previsto reglas uniformes para conductores, cobradores, control de itinerario y horario, y otros pormenores relativos a una buena organización.

Automóviles de alquiler y particulares. El servicio de automóviles de alquiler ofrece algunas ventajas: no existen tipos de carros especialmente fabricados para alquiler y se utiliza, indistintamente, modelos antiguos y modernos, de la mayor variedad, que se distinguen solamente por la placa de color elegido para esta clase de vehículos. Pronto se implantará el servicio de llamada por teléfono a los sitios de estacionamiento que son: plaza Murillo, plaza Venezuela, plaza San Francisco, plazoleta de la Municipalidad, plaza Sucre, plaza del Estudiante, avenidas 16 de Julio, Juan María Zalles, Buenos Aires, calle Sanjinés, plaza Alonso de Mendoza, estaciones de ferrocarril, etc.

Son numerosos y exceden a los de alquiler los automóviles particulares, todo lo cual plantea dificultades de circulación y estacionamiento que las autoridades del servicio de Tránsito remedian constantemente, debido a que las calles antiguas del centro son estrechas y tortuosas, en especial allí donde cruzan líneas de tranvías; aglomeraciones que se repiten en las horas de mayor circulación durante el día. El estacionamiento de los carros de carga y las operaciones de descarga tienen horario limitado.

El transporte de mercadería se hace en camiones de tracción pesada, durante las primeras horas de la mañana y en la noche, después de las 22 horas. Una característica de la ciudad es que por ser accidentada la topografía ha tomado gran incremento el transporte motorizado, por ser peligroso el recorrido de caballos y carretones en las vías de gradiente máxima apreciable, así como en las que tienen pavimento de concreto; y esto ha influído para que la circulación de vehículos movidos a motor haya tomado inusitado incremento en la población. Las probabilidades de que esto vaya en aumento son positivas, porque las ventajas de esa clase de transporte saltan a la vista, restando que el precio de la gasolina se mantenga estable para no perjudicar a la circulación.

Estaciones de ferrocarril. Son cuatro las estaciones de ferrocarril, a saber: Central, que depende de The Bolivia Railway Co., a la que llegan los trenes de las líneas de Oruro, Viacha, Cochabamba, estaciones intermedias, de Buenos Aires, Antofagasta; Arica-La Paz, en que convergen los trenes de Arica y estaciones intermedias; Guaqui, recibe los trenes del puerto homónimo, de The Peruvian Corporation, en conexión con los vapores del lago Titicaca, Puno, Mollendo y recientemente Matarani; Yungas,

de donde parten los trenes de la línea en construcción La Paz-Yungas-Beni.

Compañía de Transportes Urbanos. Con el apoyo de los "Amigos de la Ciudad" se estudia la organización de una compañía de transporte urbano, a fin de concentrar en un organismo técnico y financiero, la responsabilidad de este servicio. La empresa implantará el servicio de trolebuses, en sustitución de los tranvías, en los barrios centrales de la ciudad; de manera que estas líneas conduzcan a la periferia urbana, uniendo los barrios suburbanos con el centro, con lo que se suprimirá una de las graves dificultades actuales de circulación en las calles de mayor movimiento comercial.

La compañía The Bolivian Power, concesionaria de los servicios de alumbrado, fuerza motriz y tranvías, proyecta organizar un servicio de trolebuses, el cual no descartará la tracción a gasolina, pero indudablemente ha de ser más barato, brindando esta facilidad a las clases populares.

Aeronavegación y Aeropuerto. Las empresas de transporte por aire actualmente no disponen de un cómodo aeropuerto, pues sólo tienen edificios provisionales. Varias tentativas para acometer esta construcción no han dado resultado, en vista de la disparidad de criterio entre las empresas que tienen servicios establecidos y el gobierno, en cuanto a la Escuela Militar de Aviación. En general, prevalece la idea de construir un amplio edificio para todas estas compañías de transporte, en el cual se centralizará el movimiento; pero, nada concreto se tiene todavía de estas gestiones. Existen las líneas de la "Panagra", que hace el servicio internacional al norte, vía Arequipa-Lima-Panamá y Estados Unidos; al sur, por Salta a Buenos Aires y ramales a Chile; al Brasil, vía Corumbá. El Lloyd Aéreo Boliviano atiende la red interna de comunicaciones a Apolo, provincia Caupolicán, departamento de La Paz, a Cobija, Trinidad, Oruro, Cochabamba, Santa Cruz, Puerto Suárez, Villa Montes, Yacuiba, Tupiza, Sucre, Potosí y Tarija. Además de estas empresas otras han solicitado licencia gubernamental para implantar líneas de transporte de pasajeros y carga entre ciudades del territorio boliviano y conectar estas líneas con las rutas internacionales, lo que se hará en breve plazo.

Salta a la vista la capital importancia del Aeropuerto de El Alto de La Paz, por su proximidad a la costa y el hecho de estar en el trayecto de las grandes rutas internacionales.

IV. COMUNICACIONES

Los servicios de comunicaciones, urbanos e interurbanos, así como internacionales están atendidos por empresas de gran seriedad y solvencia técnica, como son:

Red de Teléfonos. La Cooperativa de Teléfonos, entidad que ha suscrito capital con aportes de accionistas particulares, del gobierno nacional y del municipio, tiene a su cargo la atención del servicio telefónico en la ciudad.

Actualmente cuenta con una red subterránea con 4.000 líneas y 5.988 aparatos instalados. La tarifa de alquiler de este servicio es diferente para los accionistas, que han tomado derecho a una línea particular o comercial, de la que se cobra a los simples abonados; éstos pagan mayor tarifa. La extensión de esta red se realiza paulatinamente, a medida de las necesidades de la ciudad. La empresa instalará casetas para el público en distintas zonas, así como para facilitar las llamadas de vehículos a los sitios de estacionamiento.

Existe también servicio de llamadas a larga distancia, así como el de conversaciones telefónicas con ciudades del exterior.

Compañías de Cable y Radiogramas. Las compañías que hacen el servicio de cablegramas a todas partes del mundo, "All América Cables and Radio", "Compañía Internacional de Radio Bolivia". "Cable West Coast", etc., operan con tarifas aprobadas por el gobierno nacional. Un medio

de comunicación que se ha generalizado con rapidez es el de radio, pues el servicio radiotelefónico entre las ciudades de la república y con el exterior, facilita enormemente las transacciones comerciales y goza del favor público.

Radioemisoras. Las estaciones radioemisoras llenan también un papel destacado en este orden, porque aparte de que propalan interesantes programas musicales o de divulgación cultural, conformando sus actividades al reglamento general del ramo, sirven en las oportunidades extraordinarias para transmitir al público las novedades o instrucciones que las autoridades consideran necesario impartir.

Actualmente hay en la ciudad dieciséis estaciones de radioemisión: Abaroa, Amauta, América, Aspiazu, Bolívar, Bolivia, Cóndor, Fides, Illimani, Kollasuyo, Nación, La Paz, Andes, Municipal, Nacional y Rural. Entre las estaciones de importancia, por el capital invertido y los servicios que primordialmente atienden, figuran "Illimani", emisora del Estado, "Municipal", que corresponde al servicio de la comuna paceña y "Cóndor" y "Fides" de empresa privada.

Correos. No han sido ejecutados los proyectos para construir un amplio edificio destinado al servicio de Correos, en la avenida Mariscal Santa Cruz, pero en los últimos días el gobierno decidió adquirir el terreno y acometer esta obra, aunque su costo supere en el momento a las posibilidades del tesoro. Actualmente las oficinas y dependencias de este servicio funcionan de manera provisional en un edificio sin condiciones adecuadas, por haber sido adaptado. El movimiento de correspondencia ha tomado notable incremento en los últimos tiempos, según lo demuestran las estadísticas postales, lo que exigió también un aumento paralelo del personal en todas las secciones.

El movimiento del correo aéreo es extraordinario, a punto que se hace incómodo el franqueo y despacho de la correspondencia en los improvisados locales disponibles. El Ministerio de Comunicaciones ha anunciado su propósito de acometer la construcción del edificio proyectado, en el cual se ha de centralizar las principales reparticiones administrativas, brindando al público una organización mejor.

Telégrafos. Ocupa lugar prominente entre los servicios urbanos el telégrafo. Aunque las especiales condiciones del territorio de la república no ofrecen seguridades para la conservación de las líneas, el movimiento ha ido en aumento cada vez más. Las empresas de ferrocarril tienen líneas propias que el Estado puede utilizar en caso de interrupción de las oficiales o en situaciones de emergencia, con lo que se asegura la rapidez en las comunicaciones por este medio. La red telegráfica de la república será aumentada con la construcción de nuevas líneas.

Las que en la actualidad existen tienen un recargo evidente de labor y en determinadas oportunidades resultaron insuficientes.

V. POLICÍA

Las funciones de la policía se relacionan principalmente con la seguridad de las personas y bienes, el aseo, buenas costumbres, el orden y la tranquilidad que deben existir en los actos de la vida urbana. Ocupa lugar preferente el servicio de Tránsito, atendido por un conjunto de agentes e inspectores, bajo la dependencia de una Dirección Departamental que a su vez actúa en la órbita de la Dirección Nacional, entidades que regulan el movimiento en todas las poblaciones y caminos del territorio con arreglo a un reglamento interno.

La vigilancia y el mantenimiento del orden social y la tranquilidad pública, así como las garantías que necesitan los habitantes, está encomendado a los regimientos de Carabineros, cuyos agentes patrullan día y noche por las calles de la ciudad.

Los aspectos sanitarios se hallan atendi-

dos por agentes e inspectores de la Dirección General de Salubridad, que hacen visitas domiciliarias a fin de prevenir y reprimir la contaminación y el peligro de infecciones. El aseo y limpieza de las vías públicas es vigilado por los agentes y gendarmes de la Policía Municipal, que también vela por las buenas costumbres, la especulación y el régimen interno de todos los servicios en sus relaciones con el público. Existen ordenanzas prohibitivas de los ruidos molestos, en especial durante la noche; es prohibido a los transeúntes presentarse en las vías públicas con trajes indecentes, bajo sanción de arresto; la mendicidad se halla prohibida: los mendigos tienen que ser conducidos al Depósito de Mendicidad, donde son atendidos por cuenta de las instituciones de beneficencia y del municipio, y sólo obtienen su rehabilitación y libertad cuando han obtenido un trabajo para ganarse la vida sin recurrir a la caridad pública. Aunque a veces no es fácil mantener el cumplimiento de estas medidas, es alentador que la opinión reclama con insistencia descartar estas modalidades de la vida urbana, que por lo demás son comunes a todas las ciudades.

Servicio de Tránsito. El servicio de Tránsito se conforma a las modalidades que ofrece la topografía de la ciudad. Así, no es posible organizar líneas de carros ultrarápidos por la inadecuada gradiente de algunas calles ni evitar las dificultades que se presentan a la circulación en algunas vías antiguas, especialmente en las horas de mayor tráfico comercial, como ocurre en las poblaciones de larga existencia. El sistema de señales luminosas, al que fácilmente se ha acostumbrado el público, permite una circulación normal, aunque no es posible eliminar la posibilidad de accidentes por exceso de velocidad o mal estado de los carros, cuyo porcentaje es reducido, calculado sobre el número de vehículos en circulación y de habitantes, en las categorías de transporte de pasajeros y carga; aspectos que tienen singular importancia en una ciudad bien organizada.

Educación Urbana. El porvenir de los servicios de policía, en los aspectos de sanidad, aseo, buenas costumbres, seguridad de bienes y personas, depende en gran parte de los mismos habitantes de la ciudad. No hay ambiente a los crímenes de alta escuela ni se han presentado embrollados casos de delincuencia, como para fatigar a pesquisas, fiscales y jueces; pero es indudable que la institución tiene que perfeccionar sus medios técnicos para confrontar la actividad futura que se anuncia complicada, con la secuela de imitaciones de centros más grandes.

En algunos sectores de la población, no muy homogénea como es deseable, predomina una despreocupación por las reglas elementales de la convivencia urbana, pero insurge un excelente estado de ánimo para prevenir y extirpar los hábitos perniciosos, lo que primordialmente se ha de lograr por medio de la educación popular, mediante una propaganda, oral y escrita, encaminada a que la población no sólo comprenda los deberes que le incumbe sino acate las reglas establecidas, colaborando de esta manera con las autoridades en la buena presentación urbana.

La Alcaldía publica cartillas de instrucciones al pueblo y las instituciones de mayor prestigio, como los "Amigos de la Ciudad", se preocupan constantemente de estos aspectos, en defensa del acervo tradicional de la ciudad y han obtenido buenos resultados que serán superados por una perseverante campaña en este sentido.

VI. PLANIFICACIÓN Y URBANISMO

Importantes proyectos de ley fijan bases y normas para la planificación y urbanismo, muchos de ellos preparados por la Alcaldía de La Paz. Merece especial mención al respecto el conjunto de sugerencias y conclusiones aprobadas por el primer Congreso Boliviano de Municipalidades, que a invitación de la Alcaldía se ha reunido del

7 al 14 de julio de 1943, que registra el volumen oficial publicado ese año.

La orientación predominante es crear una oficina nacional de Planificación, que se encargará de estudiar y proyectar un conjunto de iniciativas que se pueda incorporar a la legislación municipal vigente, fijando normas uniformes y básicas en la materia; a la vez que ejercitará discreta supervigilancia sobre las municipalidades, sin desmedro para su autonomía, solamente en aspectos técnicos y no administrativos.

La Alcaldía de La Paz ha creado desde hace muchos años estas reparticiones cuyo desarrollo se ajusta a preceptos de carácter legal, establecidos en las ordenanzas pertinentes. La planificación de la ciudad, comprendiendo las zonas incorporadas en recientes años, deberá formar un plan general de urbanización ejecutable por lo menos en veinticinco años y con arreglo al mismo el detalle de las obras que será preciso ejecutar. Entre las principales atribuciones de dicha oficina técnica, que a la vez comparte el Gonsejo Consultivo de Planificación y Urbanismo, figura lo relativo a la ampliación de avenidas en el radio urbano, principalmente en el centro cívico, a fin de descongestionar la aglomeración de vehículos, rectificaciones de línea consultando la ampliación de las calles centrales y las crecientes necesidades de los barrios comerciales que soportan el transporte pesado de carga; la creación de parque y áreas verdes en el radio urbano, el enlace de todas las zonas por medio de una red de arterias de doble tránsito, apertura de autopistas para rápida circulación, longitudinalmente; paso de vías públicas sobre nivel en vista de la accidentada topografía de algunas zonas; fijación de las zonas fabriles e industriales permitidas; nuevo sistema de plazas, como la de San Francisco, en conjunto con proyectos de envergadura, relativos al Teatro Monumental; parques infantiles en barrios especialmente populares; Parques de Deportes, de gran extensión, donde se instalará el equipo que el Uruguay ha obsequiado a la ciudad; pavimentación con hormigón o asfalto, de las avenidas principales, en especial las que parten de Obrajes a Calacoto, Irpavi, La Florida, regiones pintorescas y de notable belleza donde está surgiendo la ciudad del porvenir. Considera estas cuestiones con criterio analítico el Consejo de Planificación y Urbanismo, entidad que tiene representantes de las direcciones de servicios municipales, sociedad de Ingenieros, Asociación Nacional de Arquitectos, Amigos de la Ciudad, Federación de Juntas Vecinales, directores generales de Salubridad y Tránsito y un representante del Concejo Deliberante de la Municipalidad, emitiendo dictámenes de carácter técnico que orientan la solución de los problemas urbanos en su vasta complejidad.

Forestación. Un aspecto interesante de la urbanización viene embargando a la municipalidad y por ello a las entidades que se preocupan del progreso urbano: la forestación en gran escala de los alrededores y de los parques y avenidas de la ciudad. Lo realizado hasta hoy en este orden permite asegurar que con la forestación extensiva se modificará el clima de la hoya donde se extiende la ciudad. The Bolivia Railway ha hecho plantaciones de eucaliptos y pinos en la zona norte de la población, cuyo número alcanza, según recientes datos, a 368.200 eucaliptos y 15.500 pinos; todos ellos han tenido rápido desarrollo y se extienden en los terrenos inmediatos a la línea del ferrocarril. Otra plantación muy apreciable es la que hizo el progresista vecino, don Alberto Laguna Meave, en los terrenos de Vino Tinto, de su propiedad, donde ha plantado 100.000 eucaliptos logrados. Existen otras plantaciones menores y el Comité pro IV Centenario está convencido de que esta obra se recomienda por la magnitud de sus resultados para el embellecimiento y modificación del clima. Mantiene por esto el propósito de incrementar la forestación de la cuenca y a este fin ha adquirido, de criaderos argentinos,

un gran lote de árboles para avenidas, parques y paseos.

Muchos escritores han publicado sus impresiones, en revistas y diarios, sobre la belleza del paisaje paceño realzado por el nevado Illimani, cuyas líneas diseñan la montaña más famosa y artística del hemisferio occidental, las policromas montañas en cuyas estribaciones se encuentran los barrios de Calacoto, Irpavi y La Florida, un encadenamiento de cerros de la más atractiva variedad y con el matiz policromo de la paleta de un pintor como un cuadro creado por la inspiración en los magníficos contrastes de la naturaleza. La estética del paisaje, tomado éste en conjunto panorámico, ofrece hermosos y cabales motivos de fuerte originalidad y cromatismo que pocas ciudades del continente, excepto Río de Janeiro, cuya belleza es imponente, tienen en el acervo de las atracciones brindadas al viajero y turista.

Por regla general, la urbanización de La Paz ha sido costosa, porque se tuvo que reducir al mínimo las gradientes y trazar perfiles de las vías públicas ya abiertas o rectificarlas, adaptando todo ello a las necesidades de la circulación de vehículos. La apertura de vías troncales, avenidas, longitudinales y transversales, es también un aspecto muy importante pero requiere apreciables desembolsos del tesoro comunal.

VII. ORNATO Y RECREO

Los directores de los servicios municipales, señaladamente de Parques y Paseos, han estudiado la manera de realzar la natural belleza del paisaje urbano, mediante obras de magnitud que puedan transformar la ciudad pero sin despojarle la originalidad y todo aquello que sea tradicional. Entre las obras en proyecto figuran la apertura de la avenida Comercio y las rectificaciones en la plaza Murillo, para crear allí un centro cívico moderno, conservando lo histórico, como el viejo Palacio Quemado donde se realizó el drama de la historia patria: la apertura de la avenida Sucre, en base de la calle del mismo nombre, que unirá una parte del Norte con la zona de Miraflores, suprimiendo callejas estrechas y antiguas del recorrido, sin mérito alguno que conservar; el nuevo sistema de la plaza San Francisco, con la rectificación del eje de la calle Figueroa, conformándolo a la línea del templo homónimo y la construcción del teatro monumental proyectado por el arquitecto D. Alfredo Saénz García; las rectificaciones de línea en la avenida Buenos Aires, cuya longitud y desarrollo de circunvalación le asegura un notable progreso en el porvenir; la prolongación de las calles Mercado y Potosí hasta su unión con la avenida Mariscal Santa Cruz, una de las principales que cruza el centro de la ciudad; la construcción del Parque de Deportes Uruguay en una superficie de 35.000 metros cuadrados; la apertura de la avenida Muñecas hasta la estación central de ferrocarriles; la ampliación del parque Alonso de Mendoza, en el barrio fundador de la ciudad; la creación de cementerios en las regiones de Caiconi, parte alta de Miraflores, Calacoto y La Florida, región sud de la ciudad y, finalmente, el Gran Parque Central que surgirá en la hoya existente entre las zonas de Sopocachi y Miraflores, río por medio, que tiene más de setenta hectáreas urbanizables.

En este orden merece mención aparte el proyecto del señor Guillermo Arancibia, quien obtuvo de la municipalidad una opción para organizar una empresa que ejecutará magnos trabajos de urbanización en el terreno, aprovechando el área resultante. Si este proyecto ha de realizarse, siquiera en parte, el nombre de este ciudadano se vinculará a los que han contribuído al progreso urbano en gran escala. En efecto, el proyecto abarca la canalización del río, entubamiento y replanteo de los terraplenes de los terrenos aprovechados al nivel de las calles Federico Zuazo y Frías, apertura de avenidas, parques, calles y áreas verdes y loteamiento de los terrenos excedentes con fines de edificación; o bien que la empresa

construirá edificios pequeños, adjudicándolos con facilidades de pago, mediante amortizaciones periódicas y compatibles con la economía de empleados y obreros. Como se ve, la magnitud de este proyecto lo destaca cual uno de los que con mayor probabilidad contribuirá a la transformación y embellecimiento de la ciudad.

Los sitios de recreo en los alrededores son variados: al norte los campos contiguos a la usina y filtros de Achachicala, existen numerosas quintas y lugares de esparcimiento; al este, en Miraflores, en las zonas contiguas al río; al sud en Obrajes, Calacoto, Seguencoma y La Florida, regiones de gran belleza, hay sitios y rincones muy pintorescos para pasar algunas horas de fin de semana, en cordial y amable "camping". Los parques de San Jorge, plaza Abaroa, Montículo de Sopocachi, Colón, Forestal, Vivero Municipal, plaza Sucre, plaza 14 de Septiembre, Jornadas de Julio, Alonso de Mendoza, Riosinho, Antofagasta, Estudiante, plaza Isabel la Católica y muchos otros menores, brindan al público follaje y gratas horas de descanso.

Los pocos monumentos no ofrecen acierto en la concepción ni en la obra. En la plaza Venezuela se levanta el Libertador que monta el magnífico caballo esculpido por Fremiet; el Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, destaca la silueta ecuestre sobre un basamento de granito; Isabel la Católica emerge del follaje ante la perspectiva de una avenida; el símbolo de la Libertad se perfila en la plaza Antofagasta; Abaroa y Ballivián, en estatuas bien logradas, surgen en los parques del mismo nombre; Pedro Domingo Murillo, el máximo héroe nacional de la Independencia, que encabezó el primer gobierno republicano en América en 1809, está perpetuado en el mármol y el bronce en la plaza de armas; todos ellos trasuntan motivos y recuerdos de la vida boliviana, tan gratos al sentimiento cívico.

Entre los motivos de ornato urbano se destaca el magnífico esfuerzo desplegado por vecinos progresistas y de buen gusto que lograron formar jardines de estilo depurado, donde cultivan flores de proverbial belleza, famosas por su perfume y tamaño; flores que nada pueden envidiar a otras de poblaciones privilegiadas.

Las disposiciones de orden municipal acuerdan estímulo y premios pecuniarios a los propietarios que presentan y exhiben jardines de gusto depurado al público, para que los transeúntes puedan gozar del magnífico conjunto. Respondieron a este estímulo miles de propietarios cuyo afán es mejorar las especies de flores, en una magnífica variedad que muestran los mercados de la ciudad, donde las floristas hacen alarde de refinamiento en la preparación de "bouquet", ofrendas florales diversas, y "ramos" de gran variedad y estilo que el público busca codiciosamente.

En suma, los alrededores brindan bonitos y atractivos sitios de recreo y esparcimiento, a los que acuden para empaparse de los dones de la naturaleza. Quienes prefieren presenciar encuentros deportivos se congregan en los estadios de fútbol, en las canchas de tenis, basquet, el redondel de toros, en los frontones de pelota vasca, en el Hipódromo o, si quieren emociones más fuertes, se van a los campos de Chacaltaya, nevado próximo donde los "skiadores" tienen amplio y hermoso medio de entrenamiento, atractivas pistas para sus actividades y energías; o descienden trasmontando la cercana cordillera a las fabulosas vegas de Yungas, a 40 kilómetros de las nieves eternas, donde pueden admirar hermosas cascadas y la portentosa flora tropical.

Estos contrastes que matizan la vida del trotamundos y el turista son tan triviales en el paisaje urbano que los paceños se hallan habituados y no les parece nada extraordinario, pero hay que verlos para sentir su hechizo.

VIII. ECONOMÍA URBANA

Varios bancos regulan el movimiento de las transacciones comerciales y el más fuer-

te es el Banco Central de Bolivia, instituto emisor cuya principal misión consiste en sostener la economía de la nación, manteniendo el encaje oro que estabiliza la moneda y regula el cambio. Los bancos comerciales Mercantil, Nacional, Minero, Agrícola, Popular del Perú y Crédito Hipotecario de Bolivia, realizan operaciones de este giro en forma cada vez más intensa. Numerosas casas de cambio de monedas extranjeras, agencias comerciales y de préstamo, autorizadas legalmente, facilitan las pequeñas transacciones diarias. No han surgido los Montes de Piedad pero actualmente se tiene proyectos para implantar esta clase de instituciones de crédito popular; el gobierno central quiere encargar a las municipalidades esta tarea, a fin de que establezcan casas de préstamo prendario, cobrando módicos intereses.

El comercio. El comercio ha tomado notable incremento en los últimos veinte años. Por lo general, las mercaderías de ropa para damas y caballeros son importadas, especialmente de Estados Unidos y Argentina y de buena calidad. Son numerosos los establecimientos de modas y confecciones, abiertos al servicio público en los almacenes que se han multiplicado en las calles de la ciudad. Las transacciones por estos conceptos alcanzan apreciables cantidades que vitalizan la economía urbana en forma halagadora. Existen pocas de las grandes tiendas, a la manera de las capitales extranjeras, pero es sorprendente la multiplicidad de pequeños negocios, sobre todo en los renglones de vestuario, moda, confecciones finas y artículos para regalo.

Platería labrada y repujada. Es sabido que los orfebres nacionales tienen un depurado gusto para reproducir obras maestras de la época Colonial y conservar en fuentes, jarrones, candelabros, vajilla y ornamentos de culto, las líneas de ese estilo. Han alcanzado notable desarrollo los almacenes de platería labrada, joyería vernácula fina, filigranas, antigüedades y objetos de arte de mérito, que los turistas buscan para llevarse muestras del acervo tradicional de la nación. Estos trabajos se exhiben en las ferias anuales de miniaturas y la municipalidad otorga premios a los que presentan trabajos que a juicio de un Jurado de expertos merecen esta distinción.

Proveedurías y almacenes de abarrotes. Los establecimientos de abarrotes y proveedurías, distribuídos en los barrios comerciales, tienen por lo general suficientes existencias para abastecer a la población. La nomenclatura de los almacenes, desde las casas mayoristas, importadoras, a las pequeñas tiendas es notable. Hay en la ciudad gran número de negocios inscritos en los registros de la Dirección General de Impuestos Internos y en la Tesorería Municipal, reparticiones que hacen el control. En la primera ciudad de la república, el movimiento de las transacciones comerciales alcanza cada día un importante volumen, superando los récords nacionales anteriores.

Desarrollo Industrial. Paralelamente a las actividades del comercio, las industrias alcanzaron notable desarrollo y representan el 80 por ciento de la producción total del país. Existen tres zonas donde se permite el establecimiento de fábricas: Achachicala-Purapura, Caiconi y Miraflores, más allá del río que cruza esta región. Las fábricas de tejidos de lana y algodón se han esmerado en mejorar los productos de su especialidad, y la demanda de ellos en las vecinas plazas del exterior se acrecienta, principalmente en Chile y Perú. Las fábricas de artículos de seda incrementan su producción, elaborando mercadería que compite con la importada, lo cual es ventajoso porque no es necesario pagar moneda oro por las importaciones de tales artículos.

Trabajan al límite de la capacidad de las maquinarias fábricas de aguardientes y licores finos, aguas gaseosas, alcoholes, artículos de goma, de baquelita, camisas, cartones, cemento, cerveza, cigarrillos, clavos, corbatas, conservas, botones, bombones y chocolates, gas carbónico, hielo, jabones, artículos de tocador, juguetes, levaduras,

calcetines y medias, ocres, pinturas, oxígeno, ropa interior, sombreros, envases, tejidos e hilados, tejidos de punto, tintas, velas y bujías, vidrios y cristales, zapatos, ferretería, florería y muchas otras no comprendidas en esta nomenclatura.

Fábricas notables. La elaboración de cerveza ha alcanzado una perfección patentizada por la acogida que el producto tiene en las poblaciones del territorio patrio y en el exterior; la demanda aumenta considerablemente y las cifras de la producción cervecera son altas. Actualmente, los proyectos para implantar nuevas fábricas son varios y se tiene la certeza que con ello se ha de reducir el monto de las importaciones. Es evidente que el territorio ofrece excelentes materias primas y subproductos para la manufactura. Aumentan los pedidos de maquinaria para fábricas, como lo demuestra el hecho que no sólo es la primera ciudad de la república sino que representa el ochenta por ciento de la producción de todo el territorio.

IX. PLANTAS HIDRO-ELÉCTRICAS

Alumbrado público y particular. The Bolivian Power es la compañía que suministra alumbrado para las vías públicas y los abonados particulares y atiende este servicio desde mucho antes de 1931, año en que celebró varios contratos en conjunto, reajustando las recíprocas obligaciones con la municipalidad, en especial las tarifas. El suministro de energía eléctrica para usos industriales y domésticos o comerciales depende de la misma empresa. El consumo del kilowatio hora es de Bs. 1, que conforme al cambio internacional revela ser la tarifa más reducida de las ciudades del continente. Los anuncios luminosos con fines de propaganda tienen tarifa especial, considerando que también sirven al ornato nocturno de la ciudad y al comercio.

Plantas hidro-eléctricas. El aprovechamiento de las caídas de agua, de la cadena de montañas nevadas que cruza muy cerca de la ciudad, constituye una fuente apreciable para promover el desarrollo industrial. Como es abundante la hulla blanca, la única empresa que ha construído plantas y usinas de gran capacidad —The Bolivian Power—, filial de empresas canadienses que explotan el mismo negocio en grandes poblaciones, tiene en funcionamiento las plantas de Achachicala, de 5.000 H. P. Botijlaca de 5.000 H.P., Zongo de 6.000 H.P., Cuticucho de 9.700 H.P., con un total de 26.600 H.P. El capital que la compañía ha invertido en estas plantas es de $ oa. 6.000.000.

Recientemente la compañía ha propuesto a la municipalidad renovar los contratos cuyo plazo caducará en 1950, ofreciendo ampliar las plantas con otras dos: en Santa Rosa y Coscapa, con capacidad aproximada a 26.000 H.P., instalaciones en que ha de invertir $ oa. 5.000.000. Con esta ampliación estarán atendidas las nuevas necesidades del consumo, tanto en lo doméstico como en usos industriales, aspecto éste que interesa fundamentalmente por su atingencia con el desarrollo de la riqueza del departamento y de la ciudad capital. Es obvio que la municipalidad facilitará estas ampliaciones.

Cooperativa Eléctrica Municipal. Con gran empeño se está organizando la Cooperativa Eléctrica Municipal, empresa autárquica que se forma con aportes del público, del gobierno nacional y de la municipalidad de La Paz. El capital pagado al 31 de diciembre de 1947 es de Bs. 25.000.000. La Cooperativa se propone utilizar la caída de agua proveniente del canal de aducción abierto entre la represa de Hampaturi y los filtros de Caiconi y luego a los tanques de Villa Pabón, de donde parte la red de distribución a la zona de Miraflores. Esta caída tiene 1.000 metros y la usina se ubicará al pie de la montaña, en las inmediaciones del río Chuquiaguillo.

Las actividades de esta empresa no han de interferir en las de The Bolivian Power y a la recíproca, puesto que ambas se desen-

volverán con iguales garantías y facilidades, a fin de que aumente la energía eléctrica utilizable.

El proyecto Hochschild. Ingenieros de la casa Hochschild, empresa que explota importantes asientos mineros en el departamento de La Paz y Potosí, han completado los estudios para una captación de aguas del lago Titicaca y conducirlas al río San Cristóbal en Sorata, aprovechando una caída superior a 2.000 metros. Esta poderosa planta pudo ser construída y su explotación hubiera beneficiado principalmente a la ciudad, pero el proyecto tropezó con entorpecimientos con la negativa del gobierno del Perú, que opuso la medianería internacional de las aguas del lago, como argumento para detener la ejecución de la obra. No se ha conocido en detalle el curso de las gestiones diplomáticas, puesto que han sido confidenciales y reservadas, pero serenados los ánimos resulta muy claro que no se debe descartar el magno proyecto si por efecto de la medianería, ambas naciones, Bolivia y Perú, podrán obligarse a realizar los trabajos, aportando igual capital, para que el aprovechamiento y los beneficios sean también proporcionales a su derecho, sea en forma de utilización de la energía eléctrica o en la percepción de dividendos sobre el capital invertido. Si este magno proyecto se llegara a ejecutar en el futuro, quedará asegurada la electrificación de los ferrocarriles, el suministro de fuerza eléctrica para nuevas industrias en todas las ciudades del norte del territorio nacional, y los grandes ingenios de las minas aumentarán el beneficio de minerales.

Del mismo modo, surgirán nuevas y florecientes poblaciones en las comarcas ribereñas del lago, en relación con la industria del pescado y las conservas; todo lo cual demuestra la conveniencia que existe de revisar estos planes, buscando una solución recíprocamente ventajosa para las dos naciones interesadas.

X. PREVISIÓN SOCIAL

Barrios Obreros. El gobierno central promueve la construcción de casas para obreros, con el propósito de abaratar la vivienda y hacer que los trabajadores vivan en habitaciones confortables, dotadas de servicios modernos. Como sucede en esta clase de obras de previsión social, los edificios a construir son de dos categorías: colectivos, con departamentos, servicios de jardines, baño y biblioteca comunes a todos; y otros pequeños, para reducidas familias que adquieran todo el edificio.

El sistema de pago de los departamentos en casas colectivas y edificios familiares es el mismo, o sea mediante amortización de capital e intereses con plazos largos que varían entre 20 y 25 años. Los títulos de dominio se entregan solamente contra pago de la última cuota de amortización. En la práctica resultó que los tomadores de pequeños edificios han sufrido algunas dificultades en el servicio de amortización, por ser muy elevada la cuota mensual y a causa de que los salarios no permiten al obrero destinar una buena parte de ellos a esta obligación. En cambio, los ensayos por edificios colectivos han dado mejores resultados, puesto que el precio de cada departamento es menor y así la amortización se hace más fácilmente. Es útil comprobar que mejor se presta a las posibilidades económicas de la clase obrera el sistema de los edificios colectivos y a los empleados el de pequeños edificios, destinados a una familia.

Otro aspecto interesante es lo relativo a saber si las barriadas de casas para obreros deben estar concentradas en determinadas zonas urbanas o distribuídas en toda la población, especialmente junto a las zonas industriales donde existen numerosas fábricas. La ciencia del urbanismo responde a esto en sentido de que la racionalización del trabajo exige, en cierto modo, que los barrios obreros se concentren en las zonas industriales; pero los problemas sociales, o antagonismos de clase, se complicarían en gravedad, en

especial cuando se produzcan huelgas y paros que devienen en luchas enconadas en las calles de la ciudad. La más elemental prudencia aconseja no concentrar las barriadas obreras sino distribuirlas en varias zonas industriales.

Cooperativas y Cajas de Seguro y Ahorro. Las cooperativas están autorizadas por las leyes y se han generalizado en la ciudad. Actualmente existen la de Empleados Públicos y muchas otras sostenidas con recursos particulares, de sindicatos, gremios o sociedades mutualistas, cuya misión de asistencia social se halla de antiguo establecido.

Las Cajas pagan a los asociados primas e indemnizaciones por accidentes de trabajo y son entre otras la de Seguro y Ahorro Obrero, Caja de Jubilaciones Administrativas, Caja Municipal de Pensiones y Jubilaciones, Caja de Ferroviarios, Caja del Magisterio, Seguro Militar, etc., para citar solamente las principales.

Beneficencia. Hay visitadoras de Asistencia Social que atienden las necesidades de familias cuya economía no es buena y varias meritorias sociedades de beneficencia, San Vicente de Paul, Protectora de la Infancia, Vicentinas, que sostienen establecimientos de caridad como Asilo de San Ramón, Gota de Leche, Preventorio de Niños Débiles, Casas Cunas, salas de maternidad, Cruz Roja Boliviana. Llevan auxilios materiales y espirituales a los hogares proletarios que requieren esta asistencia humanitaria, sin hacer alardes de publicidad, convencidos de que realizan una obra digna del espíritu filantrópico y cristiano. Estas sociedades promueven colectas de recursos o artículos alimenticios entre los industriales, comerciantes y personas generosas.

Asistencia. Ya hemos dicho que los servicios de asistencia pública, por accidentes sufridos en vía pública, se hallan organizados bajo la Dirección General de Salubridad, la que dispone de hospitales. Por su lado, el Ejército de Salvación y las escuelas cristianas, dependientes de fundaciones evangélicas, llevan al pueblo una educación basada en principios morales de gran eficacia, sosteniendo establecimientos no propiamente de caridad sino destinados a proporcionar trabajo a los necesitados y con esta tarea colaboran en la gran obra de establecer y sostener un servicio de asistencia social compatible con la importancia que ha alcanzado el medio urbano.

XI. EDUCACIÓN FÍSICA Y DEPORTE

La educación física de la juventud se desarrolla desde la infancia en los gimnasios de los establecimientos escolares de todos los ciclos, kindergarten, primario, secundario y universitario. Funciona en la ciudad un Instituto de Educación Física que prepara y gradúa a los profesores de los establecimientos de enseñanza; la educación se sujeta a programas y reglamentos uniformes para todo el territorio de la república.

El Comité Nacional de Deportes dirige las actividades deportivas de toda la república, en las distintas manifestaciones que ofrece y cuenta con personal y locales distribuídos en las principales ciudades.

"La Paz Foot-Ball Asociation". Las sociedades y centros que fomentan el deporte de balompié dependen de organismos centrales. Así, "La Paz Foot-Ball Asociation" promueve las actividades de los clubes de fútbol "amateur", porque el profesionalismo, característico de otras capitales, no ha arraigado en Bolivia. Este deporte se ha popularizado y las grandes masas de pueblo que acuden al Estadio demuestran que tiene el favor general de la afición.

Federación de Box. La Federación de Box concentra las manifestaciones y actividades de este deporte y cuenta con sociedades afiliadas donde se practica un activo entrenamiento. Algunos boxeadores de esta Federación actuaron en las competencias bolivarianas de Lima, conquistando títulos en ciertas categorías. Se advierte entre los aficionados una inquietud por alistarse en planteles de entrenamiento y no es corriente

una sociedad de juventud que no tenga la sección de box.

Atletismo. Las actividades son dirigidas por el Comité Nacional de Deportes y cada dos años se realizan en la ciudad competencias nacionales, en las que se lleva el control de los "records" en carreras, salto, lanzamiento de la bala, jabalina, disco, garrocha, country, etc. Estos certámenes se hacen con la participación de las delegaciones de los planteles de educación y para aficionados, no profesionales.

Julia Iriarte, que en los Juegos Olímpicos Bolivarianos de Lima, ha conquistado títulos de campeón en atletismo, se ha formado en la ciudad y los triunfos obtenidos por ella prestigian a esta rama del deporte.

Centro Taurino. Con más entusiasmo que recursos, el Centro Taurino viene trabajando afanosamente por construir un redondel con capacidad para varios miles de espectadores, a fin de radicar este deporte —espectáculo que tiene fanáticos parciales en el público.

Contribuye a intensificar esta afición la actividad de los residentes españoles que no se resignan a privarse de este espectáculo que en la península tiene tanto arraigo.

Estadios. Los principales deportes que prefiere la población, tanto por el entrenamiento como por la espectacularidad, son en primer término el fútbol, luego el tenis, basquet o baloncesto, box, golf, natación, skíes, pelota de frontón, hipismo, ciclismo, automovilismo, etc. Estas actividades se hallan concentradas en locales que han alcanzado gran importancia, como Estadio Monumental La Paz, con capacidad para 30.000 espectadores; Estadio Andrade, que puede contener 10.000 espectadores, Estadio The Strongest del Club del mismo nombre, que ofrecerá comodidad a 15.000 espectadores; La Paz Tennis Club, Jockey Club, Country Club, Automóvil Club, Olimpic Club, Golf Club, con links en el Alto y Calacoto, Club Andino Boliviano.

Piscinas de natación. Las principales piscinas de natación se encuentran en el Estadio Monumental La Paz, Club de La Paz, en el parque Colón de la zona de Obrajes. Club Los Sargentos, Colegio Militar y otras pequeñas diseminadas en los alrededores de la ciudad.

Algunas competencias de natación se han realizado en el estrecho de Tiquina, con éxito, y en ellas participaron equipos de todos los clubes de la ciudad, de varones y mujeres, y también en la categoría de niños.

Actividades del Club Andino Boliviano. El Club Andino Boliviano cuenta con numerosos socios. La preferencia por los deportes invernales se ha hecho patente en los últimos años, pues cada día en que se realiza competencias en la pista de Chacaltaya, la Cabaña se halla repleta de participantes y público que acude a presenciar las pruebas. Las góndolas del Club conducen en media hora a la Cabaña que es el centro social de las reuniones mundanas. La amplia pista y el entusiasmo de los socios y de cuantos concurren a estas reuniones pone una nota de animación en el ambiente dominguero.

Encuentros internacionales. Las actividades deportivas son intensas y prometen mayor desarrollo en el porvenir, porque la juventud prefiere consagrarse al entrenamiento que le dará vigor y salud, factores esenciales de una población organizada y consciente de su responsabilidad.

Los encuentros deportivos "intercity" e internacionales se realizan en el Estadio Monumental La Paz, con equipos argentinos, chilenos, peruanos y alguna vez brasileños, siendo el fútbol el deporte favorito del público paceño. Anualmente "La Paz Foot-Ball Asociation" realiza un campeonato interno de primera división, segunda e intermedia, entre algo así como veinte clubes que compiten en entusiasmo y entrenamiento, distinguiéndose los más arraigados, como The Strongest, el más antiguo; Bolívar ha alcanzado gran desarrollo y en los últimos años Litoral ha presentado un plantel de buenos jugadores.

Otros deportes. En florete y esgrima,

equitación y otros deportes, el Colegio Militar ofrece buenas oportunidades para el entrenamiento y realiza excelentes competencias anuales entre los cadetes. En saltos de valla, carreras y otras variantes del hipismo, el Club Los Sargentos cuenta con un amplio y cómodo local, con buenas pistas contiguas al río en la región de Obrajes y un edificio confortable.

Con gran número de aficionados, las luchas de estilo libre se realizan en "Luna Park", local provisional librado al servicio en la calle Colón. Entre los deportes tradicionales, que ya han desaparecido, figura la suerte de la sortija para jinetes. Estas carreras se realizaban en alguna avenida próxima y atraían a damas y caballeros que pasaban momentos agradables y por lo general comenzaban al iniciarse la primavera; lugar de citas mundanas, entonces gozaban del favor público.

En las ferias populares de barrio, tradiciones que sobreviven a las modernas manifestaciones de la actividad urbana, se cuentan algunos juegos de agilidad y destreza, como palos ensebados, carreras de resistencia, encostalados. La gran "Marathon" se corre con ocasión de los juegos olímpicos bienales entre Tihuanacu, la antiquísima metrópoli prehistórica, situada a 60 kilómetros de la ciudad, en que los corredores, mensajeros del soberano kolla ingresan al Estadio Monumental La Paz por la gran puerta de honor y luego se enciende la llama olímpica.

XII. ESPECTÁCULOS

El cine, como en todas las poblaciones importantes del continente, ha acaparado la atención pública y existen en la ciudad excelentes salas de primera, segunda y tercera categoría, distribuídas en las diferentes zonas, y son dignas de mención: "Tesla", situada en el edificio denominado Yugoeslavo, "Monje Campero", en la avenida 16 de Julio, "La Paz" en la calle Ayacucho; "Bolívar" en la plaza Venezuela; "París" en la plaza Murillo; "Princesa", en la calle Comercio; "Ebro", en la calle Jenaro Sanjinés; "Roxy", en la calle Sanjinés, "San Calixto" en la calle Jenaro Sanjinés; "Miraflores", en la calle Díaz Romero; "Mignón", en la calle Chuquisaca; "Colón", en la calle Gonzáles. Se construye un local que será de importancia, en la avenida Presidente Saavedra y en proyecto han anunciado una nueva sala en el edificio Bedoya, en la avenida Mariscal Andrés de Santa Cruz.

En estas salas se proyectan películas norteamericanas, argentinas, mejicanas, europeas y de propaganda comercial. La dirección municipal de espectáculos vigila los aspectos relativos a la moral, censurando los "films" no aptos para menores, a fin de que en las secciones destinadas a los niños no se pueda rodar las que han sido observadas. Cada sala está provista de doble proyector, a fin de que no interrumpa el rodaje, y debe reunir las condiciones reglamentarias para la evacuación rápida del local en caso de incendio u otro siniestro, estando las empresas obligadas a mantener el servicio de extinguidores, como el aseo y desinfección de los compartimentos.

Teatro Municipal. Recientemente este teatro ha sido modernizado para aumentar la capacidad de la sala y con ciertas deficiencias llena por el momento las necesidades del espectáculo culturizador, como la comedia, ópera, opereta, revista, variedades; espectáculos que a pesar de la competencia del cine siguen gozando del favor público, como se demuestra con los ingresos de taquilla, aunque no en la medida de los años anteriores a la aparición del cine.

Conciertos y música de cámara. Los grandes conciertos, en especial los que se hallan a cargo de la "Sinfónica Nacional" se realizan cada cierto tiempo.

Destacados concertistas de violín, piano y cuartetos de cámara ocupan los escenarios, ofreciendo recitales y conciertos de notable calidad artística que tienen llenos de sala, porque es tradicional el gusto por

la buena música y el espectáculo depurado.

Contribuye a mantener este espíritu el Conservatorio Nacional de Música, que tiene numerosos alumnos, y las sociedades culturales donde se cultiva esta afición de tan noble jerarquía.

El deporte como espectáculo. Existe un pequeño redondel de toros, "Olimpic", donde esporádicamente se ofrecen algunas corridas, bien que por falta de buen ganado y diestros de cartel no siempre satisfacen los gustos de la afición.

Tomando el aspecto del deporte como espectáculo, el fútbol atrae grandes masas de público en los encuentros de categoría o en los que actúan equipos del exterior. Semanalmente, algo así como 20.000 aficionados concurren al Estadio Monumental La Paz, a presenciar eventos de interés, mostrando en esta forma su estímulo al deporte.

En otro orden de aficiones, gozan de la popularidad las riñas de gallos, en pequeñas canchas y por lo general improvisadas. Esporádicamente se ofrecen corridas de galgos y ahora, cada semana, las grandes carreras en el Hipódromo de Calacoto, en que recientemente se ha iniciado la temporada del año, con nutrido público de aficionados. Existen muchos "studs" de caballos de raza, atendidos por expertos y pertenecen a conocidos vecinos que mantienen esos planteles para dar animación a las citas semanales que despiertan gran entusiasmo entre los que apuestan.

Teatro Monumental. El Comité pro-IV Centenario de la ciudad ha tomado a su cargo la construcción del Teatro Monumental La Paz, que se ubicará sobre la plaza San Francisco y la avenida Mariscal Santa Cruz, con frente a las calles Figueroa y Lanza, en una superficie aproximada a hectárea y media de terreno. El proyecto y los planos de este edificio han sido elaborados por el arquitecto señor Alfredo Saénz García, los mismos que aprobó el Comité para ejecutar la obra con algunas modificaciones de detalle que no alteran la unidad del conjunto ni el estilo arquitectónico. Con recursos del Comité se hará la adquisición de los terrenos que se necesita, y aunque se tiene la certidumbre de que esta obra demandará mucho tiempo y la inversión de fuertes recursos, el criterio es unánime sobre la conveniencia de ejecutarla, considerando primordialmente que un teatro monumental a la vez de ser necesario para el ornato urbano ha de promover la inquietud espiritual y emotiva del pueblo, en las distintas clases sociales, por el espectáculo de calidad y jerarquía que se le ofrecerá en la nueva sala, lo cual mejorará el índice de la cultura ambiente.

Aunque han surgido algunos reparos a este proyecto, en sentido de que es preferible destinar los recursos al saneamiento de la población, las principales instituciones que se preocupan por el progreso de la ciudad han definido su criterio, apoyando con calor la obra; se fundan en que no sólo de obras materiales vive una población, porque debe cultivar el espíritu y para ello el teatro es un medio tradicionalmente eficaz. Se involucra en esto la aspiración de dotar a la ciudad de un teatro digno de la importancia y desarrollo que ha alcanzado. Es indudable que paralelamente se destinará recursos a las obras ordinarias, especialmente de saneamiento, para completar las sanitarias que toda población necesita en la medida de su desarrollo, a fin de brindar salud y comodidad a los habitantes.

Los grandes festivales de primavera que se realizan con la dirección de las autoridades de enseñanza y los juegos olímpicos bienales que atraen nutridas masas de espectadores, brindan estímulo a la juventud para alistarse en las filas de voluntarios del deporte.

XIII. CULTURA, BIBLIOTECAS, MUSEOS Y SALONES DE ARTE

La población en edad escolar de la ciudad, según datos estadísticos recopilados en el Ministerio de Educación, es de 51.450;

de este número se hallan inscritos y frecuentan las aulas 16.341 del ciclo primario, 2.145 del ciclo secundario, 222 del ciclo profesional, 326 de Artes y Oficios, 423 de Comercio, en establecimientos sostenidos por el gobierno. En los planteles particulares que atienden las congregaciones religiosas o fundaciones de distinto orden: kindergarten 443, Primaria 4955, Secundaria 2475; todos alumnos de ambos sexos.

Escuelas y Colegios. El número de escuelas y colegios distribuídos en las zonas urbanas es de 60 kindergarten, Primaria 60, Secundaria 4, Profesional 1, Artes y Oficios 1, en establecimientos fiscales; en planteles particulares, Primaria 22, Secundaria 12, Comercio 4, Profesional 1; lo que da una escuela por 471.5 alumnos en edad escolar.

El Ministerio de Educación y las autoridades que de él dependen se esfuerzan en crear nuevas escuelas, sobre todo aquellas que tienen la misión de alfabetizar al pueblo, tanto niños como adultos. La campaña de alfabetización que anualmente se realiza persigue este fin fundamental.

Preceptores y profesores. Los preceptores egresados de escuelas normales y en actual ejercicio de la docencia alcanzan a: Primaria 616, en planteles oficiales y Kindergarten 18, Primaria 198 en institutos particulares.

Los profesores de estado graduados en la Escuela Normal Superior, plantel que funciona en la ciudad son: Secundaria 81, Profesional 15, Artes y Oficios 21, Comercio 17, en institutos oficiales y en establecimientos particulares, Secundaria 196, Comercio 41, Profesional 3.

Esta planta de profesores y preceptores tiene trabajo intenso y prepara a los alumnos de ambos sexos conforme a los planes y programas aprobados por el Consejo de Educación y el Ministerio del ramo.

Instituto Normal Superior. Este instituto de estudios superiores, que gradúa profesores de Estado que luego actúan en los colegios de instrucción secundaria y de la Universidad, institutos técnicos, como la Escuela de Artes y Oficios Don Bosco y la Escuela Industrial Pedro Domingo Murillo, escuelas comerciales, oficiales y particulares, escuelas de confección de trabajos manuales, fué fundado hace más de treinta años y cumple una alta función al preparar profesores compenetrados de su misión.

Por las diferentes cátedras han pasado distinguidos maestros, cuya enseñanza dejó promisora simiente en una generación de profesores que en buena parte ha dado al país pruebas irrecusables de su vocación y conocimientos.

Libros, diarios, revistas. Algo que se debe mencionar sin jactancia pero con singular complacencia es que las librerías y sitios donde se venden revistas, libros y otro género de publicaciones, nacionales o extranjeras, trabajan con marcado éxito económico, pues aumenta a diario el número de lectores. La Paz es una de las ciudades del continente donde más se lee, en relación al número de habitantes, según lo demuestra el conjunto de los datos estadísticos y la prosperidad de los negocios de libros profusamente establecidos en todas las zonas de la ciudad.

Se publican seis principales diarios, cuatro de la mañana y dos de la tarde, además de numerosas hojas eventuales o periódicas, como semanarios, interdiarios: "La Razón", "El Diario", decano de la prensa paceña, "El Comercio", "La República", se disputan la circulación de la mañana; "Última Hora", "La Noche", registran las novedades del día en ediciones vespertinas de interés. Ha prevalecido en el formato y la distribución de las secciones el sistema norteamericano de diario, a grandes titulares y noticias llamativas, sin descuidar el aspecto de la ilustración objetiva, con fotograbados, que se ha difundido rápidamente, tal vez porque la información gráfica gana más adeptos en las clases populares.

En cambio, poco ha prosperado la revista, a pesar de los magníficos esfuerzos realiza-

dos, por la competencia que hace a las publicaciones nacionales la revista extranjera, principalmente la procedente de Buenos Aires, no sólo en la presentación gráfica y literaria sino en el precio, porque las grandes editoriales de la capital argentina dejan sin posibilidades a las empresas nacionales. De este decaimiento se ha salvado una revista, "Última" que dirige don Humberto Frías, luchando con el medio y la competencia de fuera.

Bibliotecas. Para dar una idea cabal de la inquietud que existe en la población por nutrirse de conocimientos mediante la lectura, es bastante referirse al importante papel que tiene la Biblioteca Mariscal Santa Cruz, antiguo establecimiento por muchos conceptos digno de interés, según datos estadísticos recopilados en la dirección.

El nuevo edificio de esta biblioteca se levanta en la plaza del Estudiante, sobre las calles Méjico y Cañada Strongest, a una cuadra de la Universidad, en un sitio de donde parten dos avenidas y cuatro calles que irradian su inquietud y movimiento durante las horas del día. La construcción fué financiada cuando era alcalde de La Paz don Humberto Muñoz Cornejo, el año 1941, ciudadano que con clarividente criterio comprendió que uno de los aspectos salientes de la vida urbana es proporcionar a los estudiantes y a la juventud una fuente de estudio y consulta que favorezca las inquietudes y escarceos espirituales, creando una emoción colectiva; pan espiritual que nutre a las generaciones solidariamente responsables por el destino superior de una ciudad.

El terreno que ocupa este moderno edificio, construído para biblioteca, fué donado a la municipalidad por Doña Ana Dorotea Jiménez y el arquitecto Mario del Carpio proyectó los planos y dirigió la obra que fué concluída y entregada al servicio público en 1944. Tiene luz por amplios ventanales y alumbrado de luz indirecta que hace más cómoda la lectura. La distribución de las salas y demás compartimientos en las tres plantas es acertada, porque brinda comodidad a las dependencias administrativas. Cuenta con un salón de conferencias dotado de modernos medios de propaganda. La organización de esta Biblioteca, en la etapa iniciada con el estreno del nuevo edificio, fué encomendada a don Raúl Cortázar, director de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires y don Carlos Víctor Penna, de la Biblioteca del Estado Mayor General del Ministerio de Marina, profesor de Bibliotecología del Museo Social Argentino, Jefe del Catálogo Centralizador del Instituto Bibliotecológico de la Universidad de Buenos Aires; quienes han preparado al personal en un curso rápido sobre organización y funcionamiento del servicio. La Cámara Argentina del Libro hizo una valiosa donación a la biblioteca municipal, que se expuso en una interesante muestra o Exposición del Libro Argentino, en los meses de julio y agosto de 1944, la cual fué muy visitada por el público y suscitó elogiosos comentarios.

Todos los detalles concernientes a la dirección, secretaría, selección del material, canjes, departamento de entradas, catalogación y clasificación, depósitos, consultas y referencias, encuadernación, trayectoria del material, normas de trabajo, registros y formularios, ordenación del material bibliográfico, adiestramiento del personal y otros, están previstos en el reglamento y en las instrucciones que los reorganizadores han formulado, consultando el mejor funcionamiento de la biblioteca, cuya estructura puede considerarse por ello muy satisfactoria.

El Departamento de Extensión Cultural auspicia cursos públicos a cargo de catedráticos y conferencistas de prestigio, concursos sobre temas de investigación y cultura, de interés para estudiantes universitarios. Finalmente el Departamento de Coordinación Interbibliotecaria y Bibliográfica cumple esta tarea metódicamente y la compilación del catálogo general, aplica-

ciones microfotográficas, fichas de clasificación y archivos, se halla convenientemente organizado en locales amplios y cómodos, con todo lo cual se asegura un servicio correcto, rápido y serio, como una garantía para cuantos lectores acuden a este local.

El número de volúmenes de la biblioteca es de 32.000, pero todavía no se ha editado el Catálogo General, aunque se asegura que pronto se hará la publicación de tan importantes datos documentales.

Otras bibliotecas públicas. La Biblioteca del Congreso funciona en un local contiguo a la sala de sesiones de la Cámara de Diputados y cuenta con miles de volúmenes en varias materias, especialmente ciencias sociales, político-administrativas y derecho, en la que los legisladores hacen las consultas.

La Biblioteca de la Universidad ha enriquecido sus colecciones con miles de volúmenes recientemente adquiridos, en todas las ramas del conocimiento; la Biblioteca del Instituto Normal Superior, la biblioteca del profesor Arturo Posnansky, cuyos volúmenes sobre etnografía y arqueología son notables, la Biblioteca del Círculo Militar ofrece también obras de sustantivo valor.

La municipalidad ha establecido bibliotecas de zona en los barrios populares donde hay densidad de población que no frecuenta establecimientos de enseñanza, en especial para las clases trabajadoras que disponen de limitadas horas para la lectura. Las organizaciones obreras y sindicales tienen su propia biblioteca, formada con donaciones y aportes de los socios. Hay que agregar las bibliotecas del Estado Mayor General del Ejército, la del Colegio Militar, Comunidad religiosa de la Recoleta, que contiene valiosos ejemplares de libros antiguos y documentos de gran valor histórico, la Comunidad Franciscana, Agustín Aspiazu, Orden del Estudio, Sociedad Geográfica, Academia de la Historia y muchas otras que escapan a esta enumeración sumaria.

Museo y Salones de Arte. El Museo Tihuanacu, situado en el edificio de este nombre, posee notables archivos y documentos, así como una colección etnográfica y arqueológica americana. El Museo y las colecciones arqueológicas del coronel Federico Diez de Medina revisten gran acuciosidad entre los investigadores especializados en tihuanacología; El Museo Rada, recientemente adquirido por el gobierno, se compone de valiosas colecciones y existen otras de preciosidades y antigüedades, en las que no es raro encontrar magníficos ejemplares, dignos de figurar en un gran Museo.

La Municipalidad se propone crear el Museo de la Revolución de Julio de 1809, en el edificio donde vivió el protomártir de la Independencia, y este proyecto cuenta con el apoyo de prestigiosas entidades culturales y cívicas.

Entre los salones de Arte librados al servicio de la población, figuran en primer lugar el que sostiene el Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo Departamento de Extensión Cultural ha auspiciado notables muestras de cuadros, dibujos y esculturas, de artistas nacionales y extranjeros de valía; la Alcaldía de la ciudad está concluyendo la Pinacoteca en el local anexo a la radioemisora municipal y ha librado al servicio un Salón de Arte que ha presentado muestras de verdadero mérito, en grabado, repujado, pintura y otras facetas sugerentes.

Se ha dicho que es prudente impedir la salida de las colecciones que han logrado formar estudiosos como Buck y Leo Pucher, porque pertenecen al acervo de la nación y levantar el inventario de los objetos artísticos que se hallan en poder de particulares. La ley del monumento nacional ampara la conservación de las obras tradicionales, las que no pueden ser restauradas sin un dictamen de la dirección de Bellas Artes.

Instituciones Culturales. Las instituciones en que se inculca enseñanza superior son la Academia de Bellas Artes, Conservatorio Nacional de Música, Academia de Danza Clásica, Ateneo Femenino, Ateneo de Bolivia, Penn Club, Sociedad Geográfica, Sociedad Teosófica, Orden del Estudio,

Gesta Bárbara, Centro de Propaganda y Defensa, Rotary Club y Amigos de la Ciudad, entidad ésta en que se hacen enjundiosos estudios sobre temas que afectan a la ciudad, al departamento y a la nación. En otro orden, sociedades como Agustín Aspiazu, Tupac Catari, Génesis, investigan y estudian los problemas del país, en forma permanente, aportando una vigorosa dialéctica a la cultura.

Entre los edificios escolares destinados a la enseñanza hay pocos especialmente construídos con arreglo a los principios pedagógicos y urbanísticos usuales en esta clase de planteles; pero el incesante aumento de la población escolar obliga a los dirigentes de la educación pública a adoptar el horario continuo, a fin de que un edificio pueda servir para dos escuelas durante la mañana y tarde, única manera adecuada para conjurar la falta de locales, que con mayor intensidad se advierte a cada año.

XIV. INSTITUTOS MILITARES

Los principales institutos militares de la ciudad son el Colegio Militar, situado en la pintoresca zona urbana de Irpavi, donde se educan los futuros oficiales del Ejército; este plantel cuenta con un amplio y moderno edificio y el cuerpo de profesores es seleccionado; los estudios en él realizados tienen valor universitario porque capacitan para ingresar en los cursos facultativos.

Le sigue en importancia el Instituto Geográfico Militar que prepara la carta de todo el territorio nacional, para lo que dispone de una sección de Aerofotogrametría, en la que se hacen los estudios y levantamientos no sólo de orden estrictamente militar sino para organizaciones civiles que demandan esta labor.

La Escuela Militar de Aviación del Alto tiene un plan y programa de labores en mira de perfeccionar a los pilotos egresados de las escuelas de Santa Cruz y Cochabamba, para vuelos de mayor responsabilidad y eficiencia. El Aero Club, recientemente organizado, prepara pilotos civiles, en especial aquellos que prestarán servicio en empresas comerciales. El Club de Planeadores ha estado trabajando con notorio entusiasmo y ofreció interesantes exhibiciones en el Alto.

Edificios Militares. Los edificios militares más importantes son la Ciudadela Militar, situada al final de la avenida Presidente Saavedra, en Miraflores, grupo de cuarteles con capacidad para alojar una división completa de todas las armas, y algunos cuarteles antiguos, el Arsenal, Intendencia de Guerra.

El Ministerio de Defensa tiene su edificio propio en la plaza Abaroa y el Estado Mayor General funciona en un local situado en la calle Bueno, contiguo a la avenida 16 de Julio, siendo probable que pronto se acometa la construcción de un edificio nuevo para tan importante servicio.

Hemos mencionado ya a otros edificios militares de importancia que se hallan ubicados en distintos barrios de la ciudad.

Los servicios de carabineros, que se encargan de la vigilancia y de mantener el orden en la ciudad, cuentan con un amplio cuartel en la zona de Miraflores y la Escuela Nacional de Policías tiene su edificio propio en la calle Loaiza.

XV. TURISMO

Notables viajeros que por primera vez han llegado a la ciudad, al escribir las impresiones de su visita a territorio boliviano han dicho que el paisaje es original y de gran atracción; sobre todo los turistas que conocen muchos otros países y tienen temperamento artístico. Es muy cierto que los contrastes de paisaje, en pocos minutos de recorrido, ofrecen a la acuciosa observación del catador de sensaciones cuadros inolvidables, como el Lago Sagrado, repleto de tradiciones y de historia, al pie de las montañas de nieves eternas que a la distancia parecen trozos de nieve flotando en las aguas; Chacaltaya, a 4.500 de altura sobre

el nivel del mar, con su amplia pista de patinaje y la graciosa cabaña recostada en un repliegue de la montaña vestida de blanco; el trópico de los Yungas, famosos por la coca y el café, a sólo 40 kilómetros de las nieves eternas; Copacabana, el santuario que es también balneario muy concurrido en el verano, ofrece la fascinación de la virgen del Lago; el estrecho de Tiquina, con la vieja leyenda de que un día. que se pierde en la noche de los siglos, por allí escapó la frágil embarcación en que fugaron Manco Capac y Mama Ojllo, del cataclismo que dividió el mar interior en los dos lagos que ahora existen: Titicaca y Poopó; sabios y discretos fundadores de la dinastía incásica en el Cuzco, mensajeros de la lejanísima metrópoli de Tihuanacu. Luego, las ruinas de este lugar famoso no sólo para los hombres de ciencia sino para quienes quieren adentrarse en el pasado americano, buscando las huellas del hombre primitivo.

La hoya donde surge el panorama de la ciudad a la visión del viajero por ferrocarril o automóvil, como encerrada en una cadena de policromas montañas que corona la milenaria estructura del Illimani, cobra contornos de fantasía desde el avión. Todo esto y mucho más brinda la ciudad de La Paz, en una vertiginosa sucesión, al viajero asombrado y pocos países pueden ofrecer tan sugestivos contrastes de paisaje y la exótica belleza de comarcas repletas de tradiciones y abolengo pre-hispánico. Es por esto que los escritores, y pintores principalmente, han trazado magníficas páginas y motivos en elogio de esta tierra maravillosa creada para regalo de turistas de fino temperamento.

Las autoridades se han preocupado de aprovechar estas magníficas condiciones a fin de promover las corrientes del turismo y dotar a las poblaciones lo que para tan grata tarea se necesita.

Hoteles y caminos. Por acción de la Prefectura del departamento de La Paz se ha construído hoteles en Copacabana, Tiquina, Sorata, Chulumani y Coroico, que forman una cadena con administración uniforme. El refugio de Tihuanacu y la Cabaña de Chacaltaya forman parte de este sistema turístico y falta construir hoteles en Viscachani, estación de aguas termales de gran fama, a 100 kilómetros de la ciudad, ampliar el establecimiento de Urmiri, otra estación termal de aguas y manantiales curativos, y en las comarcas de Río Abajo, donde hay pintorescos sitios con abundante follaje y a 1.200 metros sobre el nivel del mar, es decir a menor altura que Cochabamba y Sucre.

En la ciudad, regiones de Calacoto y La Florida, donde el clima es primaveral durante todo el año, se construirá un Gran Hotel. No obstante, se tiene el propósito de construir el hotel central por acción municipal, con capacidad para concentrar el movimiento de los restantes, en la cadena turística. A la vez se ha de completar la red de caminos, pavimentando el panamericano que va a Copacabana por las orillas del lago, para conectar con la red peruana en Yunguyo.

En los pintorescos caminos que parten de la ciudad y conducen a las nieves eternas, Chacaltaya o Illimani, a Yungas, donde el Puente de la Villa con el río Tamampaya es sencillamente soberbio, a Sorata, hermoso paisaje de tipo suizo, a Río Abajo por Palca o Mecapalca, el viajero o turista encontrará atracciones inolvidables.

Es indudable que la propaganda, principalmente en los hoteles del exterior, atraerá fuertes corrientes de turismo a la ciudad y los alrededores pintorescos. El "Sucre Palace Hotel", en la principal avenida de la ciudad, brinda cómodos apartamentos, el Hotel Nacional reúne condiciones envidiables y se levanta en una zona pintoresca, Obrajes, el Hotel Italia, próximo a la estación central de ferrocarriles brinda comodidad a los viajeros y el Hotel Yugoeslavo, en el riñón urbano, surgirá en el rascacielo de la avenida Camacho, provisto de modernas comodidades; para citar solamente los principales hoteles. Están avanzados los

planos para la construcción de un establecimiento, tipo Gran Hotel, en Calacoto, con amplios parques, jardines, piscinas, paseos y campos deportivos, en la zona residencial de ese barrio, cerca del Hipódromo, del Tennis Club, Golf Club y Automóvil Club, empresa que surgirá con capitales privados, sin ayuda oficial. Todo este encomiable esfuerzo se halla bien encaminado y las instituciones tutelares de la ciudad se preocupan de favorecer la efectividad de estos proyectos, porque se tiene la evidencia de que al realizar tales aspiraciones la ciudad habrá completado, en forma magnífica, sus servicios en este orden.

XVI. CULTO RELIGIOSO

Para cerrar el cuadro de los servicios públicos existentes en la ciudad tenemos que mencionar a los monumentos del culto religioso, templos cuya misión es mantener viva la fe en la grandeza de las creencias, a la par que constituyen obras arquitectónicas de mérito, levantadas por varias generaciones como testimonio de su devoción a lo grandioso, expresión espiritual de la conciencia creyente.

San Francisco y otros templos. Este magnífico templo de piedra extraída de las canteras de Pan de Azúcar, una serranía pétrea contigua a Viacha, tallado con los primores del arte barroco-indígena, mosaico de estilos yuxtapuestos pero que revela una sugestiva originalidad, se levanta en la plaza del mismo nombre y es atendido por los frailes de la Comunidad Franciscana, desde antiguo. La fábrica del templo fué concluída en 1772.

Le siguen en orden de importancia el templo de la Recoleta, de estilo gótico, cuyas dos torres están bien logradas, luego la Compañía, también gótico, de torres inconclusas, Santo Domingo en piedra sillar que ostenta una magnífica portada, Santa Teresa, cuyas torres de ladrillo emergen de los tejados, La Merced, San Juan de Dios, recientemente reconstruído y en uno de cuyos altares, como indicaban los relatos de la Independencia, se encontraron los restos de Murillo y Sagárnaga, patriotas libertadores, glorificados luego bajo la sagaz y patriótica dirección del alcalde de la ciudad, don Humberto Muñoz Cornejo, San Agustín, San Pedro, San Sebastián, Recogidas, Concepcionistas y una serie de capillas entre las que cabe mencionar la de Remedios, Montículo de Sopocachi, Obrajes, Calacoto, Espíritu Santo, Calvario, Pompeya, Cripta Don Bosco, Inglés Católico, Sagrados Corazones, Gran Poder, antiguo y nuevo, Tercera Orden, Carmelitas, Rosario, en las que no es raro encontrar cuadros antiguos de gran mérito y objetos de arte de mucho valor.

La Catedral de Nuestra Señora de La Paz. Como grandioso monumento de la piedad religiosa y de perseverancia del pueblo paceño, que es tradicional, varias generaciones han levantado esta magnífica obra de tallas de granito, en la plaza de armas de la ciudad. La monumental basílica mayor ha sido habilitada solamente en las naves centrales y laterales y falta concluir la cornisa de la fachada y las torres gemelas. El estilo es renacentista y las tallas admirables, porque demuestran la genial intuición kolla de la eternidad, que también se hace patente en la piedra labrada del templo de San Francisco.

Las amplias naves de la basílica, con las columnas de capiteles tallados con singular maestría, brindan al público gran espacio y comodidad, y en ellas el pueblo ha orado en los más culminantes momentos de la vida nacional. Se ha dado los pasos definitivos para terminar la obra y es probable que pronto se acometerá la construcción de las torres y la cornisa, trabajo que demandará muchos años. No han sido pintados o decorados los interiores preparados para frescos y se espera al artista que ejecutará su obra genial, inspirándose en la grandiosidad de este monumento religioso que es uno de los más destacados motivos ornamentales de la ciudad.

Locales de otras confesiones religiosas. — Como las leyes bolivianas permiten el libre ejercicio de cultos de las diversas confesiones religiosas, hay en la ciudad capillas evangélicas, en la avenida 16 de Julio, en la calle Maximiliano Paredes y otras, en las que se adoctrina a los parciales, así como oratorios o locales donde semanalmente se reúnen para entonar cánticos e himnos característicos de esta religión. Las asociaciones cristianas se han difundido en algunos barrios y sostienen escuelas de tendencias populares, inculcando en el público hábitos morales que tienen innegable importancia para la convivencia social.

XVII. RÉGIMEN MUNICIPAL

Las Alcaldías desde 1936. La ciudad ha alcanzado notable desarrollo con el régimen de Alcaldías implantado mediante decreto de 14 de agosto de 1936, que fué elevado a la categoría de ley el 2 de diciembre de 1942. La característica fundamental de la reforma consiste en que se ha creado una función legislativa y fiscalizadora ejercida por el Concejo Deliberante, que tiene doce concejales, y la función ejecutiva que corresponde a la Alcaldía, deslindando cuidadosamente sus atribuciones, a fin de que no se estorben o interfieran.

En los doce años de vigencia de este régimen comunal la ciudad de La Paz, al igual de otras del interior del territorio, ha alcanzado un inusitado desarrollo, progresando en forma no prevista en los cálculos estadísticos, lo cual ha creado problemas de todo orden y género que fué indispensable atender con la urgencia que reclamaba la opinión, por tratarse de necesidades sencillamente impostergables.

Un resumen esquemático de las actividades y obras públicas municipales emprendidas por los alcaldes, desde el citado año, demuestra la consistencia de esta afirmación, como anotamos en seguida:

El primer alcalde, José Tamayo. El primer alcalde fué el señor José Tamayo, posesionado en agosto del año 1936. Le tocó atender los intereses de esta comuna en tiempos de transición y cambio no sólo de régimen legal sino político, pero echó algunas bases de la labor futura. Entre las obras que mandó ejecutar ninguna alcanzó la categoría de gran envergadura, pero preparó un plan que luego se concretó en las siguientes administraciones.

Administración de Hugo Ernst Rivera. El segundo Alcalde de la ciudad, Don Hugo Ernst Rivera, inició sus labores el 7 de enero de 1937, acometiendo en gran escala la urbanización de la zona de Miraflores que hasta entonces era un extenso campo de cultivos, conforme a un plano general concebido después de minuciosos estudios, sobre el ordenamiento de líneas, niveles, vías troncales, plazas y parques; plan que actualmente se desenvuelve metódicamente.

Entre las obras públicas más importantes emprendidas en esta administración se cuenta el Mercado Seccional Lanza, el Mercado Camacho, los Comedores Populares, el traspaso de los hospitales al servicio nacional dependiente del Ministerio de Salubridad, sin contar los trabajos ordinarios o de rutina que atendió en forma intensiva.

La obra del alcalde D. Humberto Muñoz Cornejo. En 1938 asumió la Alcaldía Don Humberto Muñoz Cornejo, presidente de los "Amigos de la Ciudad", quien compenetrado de las necesidades urbanas más premiosas, respaldado por su propio prestigio y la versación y autoridad que alcanzó, ha realizado un plan general de obras públicas en su doble aspecto: cultura y progreso material. Durante esta dinámica administración, que se prolongó hasta octubre de 1941, se ha completado el trabajo de importantes edificios y se iniciaron otros de gran importancia, entre los que mencionamos los siguientes:

Mercados. El anexo al mercado seccional Lanza completó la repartición; el mercado seccional de Caja del Agua reem-

plazó al viejo edificio del antiguo Matadero; el mercado seccional de Sopocachi llena una necesidad muy urgente, el mercado seccional de Miraflores facilita al vecindario las adquisiciones diarias, el mercado de Flores de la plaza Bosque tiene una agradable presentación y el mercado seccional de la calle Rodríguez, situado en el riñón de un barrio densamente poblado, cubre un sector importante de la población.

Parques. Fué también intensa la obra en el aspecto de embellecimiento y en prueba de ello figuran entre las obras entregadas al servicio público el parque triangular de Miraflores, hoy denominado "Jornadas de Julio", en recuerdo de la revolución popular de julio de 1946; el parque Infantil Nº 1, situado en la avenida Zalles, junto al Vivero Municipal, sitio de recreo que frecuenta la población, con paseos, equipo completo de juegos y jardines atractivos con pabellones y emparrados; el parque Infantil Nº 2 de Sopocachi, que brinda esparcimiento a los niños de este barrio en forma halagadora.

Cementerio del Oeste. Durante esta administración se hizo la primera ampliación del Cementerio del Oeste que llegó al límite de su capacidad, la construcción del Mausoleo de Notables, en que se inhuman los restos de preclaros ciudadanos, y se financió recursos para construir una nueva capilla, en el presupuesto adicional Nº 2, de 2 de agosto de 1941.

Teléfonos. Se trabajó el edificio de la Central Telefónica de servicio automático, concluyendo las gestiones y adquisición de equipo y aparatos que inició el alcalde señor Hugo Ernst Rivera. Se concluyó este edificio con el aporte de Bs. 3.500.000 del gobierno nacional. En el acto de inauguración del servicio a larga distancia, se conversó con Río de Janeiro y otras capitales sudamericanas.

Desde entonces este servicio ha alcanzado notable desarrollo.

Plazoleta del Palacio Consistorial. El ensanche de la calle Mercado, en toda la extensión del palacio de la comuna y el templo de San Agustín, hasta la esquina donde hoy surge el edificio de la Caja de Ferroviarios, se tuvo que realizar demoliendo una antigua casa que formaba una saliente contigua al mencionado templo. Para ejecutar estas ampliaciones que mejoraron el ornato en ese sitio tan concurrido, la Alcaldía obtuvo un aporte de los bancos Central y Mercantil, cuyos edificios fueron notablemente mejorados con esta obra, habiéndose transformado así el conjunto de tan importante sitio, dando mayor categoría al palacio consistorial.

Avenidas. La apertura de la avenida Alto de la Alianza, que une el parque Río-sinho con la calle Ingavi, ofrecía dos ventajas: eliminar algunos focos de desaseo formados en el riachuelo que fué entubado, y unir dos zonas alejadas que hasta entonces no mantuvieron comunicación directa. En varios años de tesonero esfuerzo se ha tansformado este lugar y ha surgido allí una amplia vía pública.

Durante esta administración se han abierto las calles Presbítero Medina, Pedro Salazar, unión entre avenida Manco Capac y calle Chuquisaca, avenida de circunvalación al Montículo de Sopocachi, calles Bozo, ampliaciones de la calle Yungas, Coroico y Uchumayo, además de un conjunto de calles en la urbanización de Miraflores que continuó activamente.

Biblioteca Municipal. En su alcance cultural y de ornato, esta obra fué proyectada por el alcalde señor Humberto Muñoz Cornejo, pues para construir el nuevo edificio se consignó en el presupuesto adicional Nº 2 de 1941, la suma de Bs. 2.000.000. En terrenos donados por la Sra. Ana Dorotea Jiménez y desafiando críticas de prensa, la Alcaldía inició los trabajos que después concluyeron los sucesores.

Merece destacarse el entubamiento de numerosos riachuelos, la adquisición de carros basureros y regadores, la colocación de fuentes luminosas y los concursos musicales y literarios, la edición de libros de

la Biblioteca pro-Cultura Cívica, prescripciones sobre anuncios luminosos y un plan de educación urbana, popular, que con admirable celo realizó esta administración.

Los alcaldes desde 1943. En octubre de 1941 asumió la Alcaldía el señor Luis Nardín Rivas, animado de gran entusiasmo y pronto se distinguió por su dinamismo y clara comprensión de los deberes urgentes y las necesidades inaplazables. Continuó empeñosamente las obras del edificio para la Biblioteca, la capilla del Cementerio; se hizo la apertura de la vía que une Sopocachi con Miraflores e impulsó los proyectos para las represas de Hampaturi y otros.

En diciembre de 1943 se hizo cargo de la Alcaldía el señor Juan Luis Gutiérrez Granier, en cuya administración se ejecutaron obras de aliento: se concluyó el trabajo de la Biblioteca Municipal, la capilla del Cementerio, la represa Nº 2 de Hampaturi, se hizo la pavimentación de la avenida 16 de Julio, se construyó el canal de aducción a los filtros de Caiconi, el de Achachicala a Villa Victoria y otras secundarias de rutina administrativa.

El 21 de julio de 1946, operado el cambio de gobierno con la revolución popular, fué nombrado Alcalde el señor Juan Cabrera García, cuyas medidas más salientes han sido el estudio de los contratos y obras ejecutadas por su antecesor, mediante una Comisión Revisora que ha concluído sus labores, la colocación de un empréstito para pagar obligaciones y créditos de gestiones anteriores que habían creado un desequilibrio en la economía municipal.

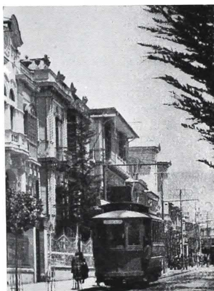
El señor Humberto Frías juró el cargo de alcalde el 21 de marzo de 1947, iniciando la atención de los servicios municipales atingido por los apremios del tesoro. Durante su breve administración, además de los trabajos y asuntos de rutina, se tuvo que amortizar en gran parte el empréstito de emergencia y atender también obras de urgencia que la ciudad reclama en su incesante desarrollo.

Recientemente, constitucionalizado el régimen municipal con las elecciones de concejales, éstos han elegido al Sr. Luis Nardín Rivas alcalde de la ciudad, quien toma por segunda vez la administración de la comuna paceña, en un año verdaderamente excepcional, cual es el IV Centenario de la fundación española de esta ciudad, y de este modo las comunas ejercen ahora la plenitud de su autonomía, siendo de prever que desenvolverán una labor eficiente.

Tal es el cuadro de los servicios existentes en la ciudad, en los aspectos principales, y por él se ve que la organización ha seguido las líneas de otros centros urbanos y brinda a los habitantes las comodidades inherentes a una comunidad de hábitos civilizados que afirma su voluntad de progreso sin renunciar a la tradición que da realce a la vida ciudadana, en el concepto de la urbe que rige los destinos propios y de la nación. Es algo inconfundible en el espíritu del pueblo paceño el afán por crear un hogar urbano digno de las generaciones que han puesto el sello de su personalidad en esta obra. El pueblo de La Paz ha jugado su carta histórica en las horas solemnes de la vida nacional, no sólo sacrificándose en las barricadas sino creando una vigorosa estirpe que le hace responsable, como cabeza de la república, de las inquietudes y afanes de la opinión boliviana. Por esto, a fin de capacitarse en una tarea tan grata a sus sentimientos cívicos a la vez que de enorme responsabilidad, ha organizado los servicios públicos sin descuidar el aspecto material ni menospreciar la cultura y el espíritu, en suma el rango histórico del pensamiento director que heredó de la Colonia y la Independencia, desde que fué glorioso teatro de la primera revolución libertadora del continente.

Es indudable que todavía falta mucho por realizar en el perfeccionamiento de los servicios públicos, pero lo que hasta ahora se ha hecho revela la tenacidad del pueblo, patentizada en cuatro siglos de existencia, porque ha ejecutado una obra de conjunto original, luchando contra los obstáculos que

opuso la naturaleza y con encomiable espíritu urbano, característico de la inquietud regionalista, en el más noble sentido del concepto; es decir que persigue bienestar y progreso propio, pero sin desconocer el derecho que los demás pueblos hermanos tienen a la vida civilizada, mediante su voluntad creadora y el esfuerzo realizador de tantas generaciones solidarias en el progreso urbano.



BIOGRAFIAS
DE LOS GOBERNANTES PACEÑOS

por

JULIO DÍAZ ARGUEDAS

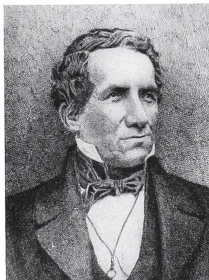
El pueblo de La Paz ha sido, es pródigo en hombres señeros. Desde los estadistas de vasta visión y el hombre de ciencia o el de letras, hasta los industriales y los artistas del pueblo, los tuvo en cada generación, para contribuir a organizar y prestigiar la nacionalidad. Y su mejor escuela fué el ambiente andino, en un pueblo de tradición, que mantiene indestructible la voluntad creadora de la raza aimara.

De los treinta y siete presidentes que desfilan en el movible cuadro de la historia política de Bolivia, desde el general Bolívar, dieciséis hijos de La Paz ocuparon aquel alto puesto, sobresaliendo muchos de ellos por sus grandes virtudes patrióticas y por su capacidad como organizadores. Casi todos ellos dejaron huella luminosa de su paso por el poder. Subrayando los hitos de su obra y su vida, esbozamos en seguida un apretado resumen biográfico.

MARISCAL ANDRÉS SANTA CRUZ
(1792 - 1865)

¿Dónde nació, por fin, este preclaro ciudadano, para acercarse a quien, al decir de un cónsul británico, había que guardar más respeto que al mismo rey de Inglaterra?

Huarina, un pintoresco pueblo del Altiplano, a orillas del Titicaca, le disputa a



La Paz la gloria de haber mecido la cuna del inmortal creador de la Confederación Perú-Boliviana. Como es éste un negocio que ofrece el riesgo de enmarañarse, más vale dejar la palabra al único documento capaz de hacer alguna luz. Helo aquí:

"En el año del Señor de Mil Setecientos Noventa y Dos, en Cinco de Diciembre, yo el Doctor Don Antonio Nicolás de Olivera, Canónigo de Merced de esta Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Nuestra Señora de La Paz, con licencia Parroquial, bauticé a un niño recién nacido, español, hijo legítimo del Maestro de Campo Don Joseph Santa Cruz y Villavicencio y de doña Juana Basilia Calahumana, púsele por nombre JOSEPH ANDRES, fué su padrino el Señor Don Baltazar Reque, Canónigo Doctoral, Provisor y Vicario General de este Obispado y para que conste lo firmo. — DOCTOR ANTONIO NICOLÁS DE OLIVERA".

Tal dice la partida de bautismo. Provenía de dos troncos nobles: del español y del indígena. Por la rama paterna descendía de una vieja sangre hidalga; su bisabuelo, hidalgo ejecutoriado, fué Secretario del Príncipe-Virrey del Perú, Santo Buono; su abuelo casó con una hija de don Jerónimo de Villavicencio y Granada, descendiente de don Francisco Joseph de Villavicencio, que fuera nombrado Virrey del Perú, sin haber ejercido el cargo. Por línea materna, se vinculaba a la nobleza incaica, pues pertenecía a la progenie de Atahuallpa.

Santa Cruz aprendió las primeras letras en La Paz, trasladándose después al Cuzco, para ingresar en el Seminario Conciliar y la Universidad Pontificia de San Antonio Abad, donde cursó sus estudios de Humanidades y Filosofía. En 1809 incorporóse al regimiento de Dragones de Apolobamba, comandado por su padre. Desde julio de 1811, fué ayudante del general Goyeneche, con el grado de alférez. Tomó parte en las batallas de Amiraya, Vilcapugio y Ayohuma, después de las cuales ascendió a teniente; luego concurrió al combate de Ventaimedia. Su brillante comportamiento en la acción de Viloma le hizo acreedor al grado de capitán. Más tarde se distinguió en la batalla de Aucapuñima y en la acción de Arpajo, donde se ganó los galones de teniente coronel. Cayó prisionero de los patriotas en la batalla de La Tablada, y enviado al confinamiento de Las Bruscas, al sur de Buenos Aires, logró fugar y restituirse a las filas realistas para caer nuevamente prisionero en la batalla de Cerro de Pasco.

El 6 de diciembre de 1820, después de reflexionar sobre la suerte de su país, se incorporó al ejército patriota comandado por el general San Martín. En este nuevo frente prestó servicios importantes. Ascendido a coronel por su victoria de Otuzco, fué también condecorado con la Orden del Sol. Su participación decisiva en la campaña del Ecuador y en la victoria de Pichincha, donde desempeñó papel de gran importancia, trajéronle un otro grado: General de Brigada de Colombia, por decreto del Libertador de 13 de junio de 1822.

Al año siguiente, le confió el gobierno del Perú la campaña de los Intermedios, poniéndole a la cabeza de siete mil hombres. Se enfrentó y derrotó, en Zepita, a las tropas del general realista Valdez. Un año después, ya jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador, tomó parte en la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824. El Presidente peruano, Riva Agüero, le otorgó el grado de General de División. Y, por su parte, el Libertador, el de Gran Mariscal de Zepita, el 22 de enero de 1825.

Así, pues, la suya fué una carrera militar fulgurante. Sus actos como gobernante vendrían a revelar otra brillantísima faceta de su personalidad.

El 30 de julio de 1829, contrajo matrimonio con doña Francisca de Paula Cernadas y de la Cámara.

Llamado al gobierno de Bolivia, Santa Cruz inauguró su gestión con un *estatuto provisorio*, en reemplazo de la Constitución que había sido despedazada por el ajuste de Piquiza. Su administración tuvo el sello dominante de la actividad permanente. Fundó las universidades de La Paz y Cochabamba, implantó en su ciudad natal el Colegio de Artes y estimuló la instrucción primaria. Saneó la hacienda pública, cuyas rentas crecieron considerablemente. Organi-

zó las aduanas, declaró franco el puerto de Cobija y creó el Departamento del Litoral. Dió una sólida estructura al ejército nacional, anarquizado y desorganizado hasta entonces. Como una firme señal de su espíritu republicano, mandó redactar los códigos Civil, Penal y de Procederes y los puso en vigencia. Bolivia fué el primer país sudamericano que dió este paso. En todos los órdenes, la administración crucista fué fecunda y ejemplar.

Cuando el Perú se vió anarquizado por luchas internas desde el año 1834, uno de los bandos contendientes solicitó la intervención de Bolivia. Santa Cruz no fué ajeno a esa posibilidad. Marchó con el ejército a pacificar el vecino país. En realidad llevaba sus planes de Confederación Perú-Boliviana, madurados en muchos años.

Las campañas confederales marcaron una época gloriosa para Bolivia. Sus pendones victoriosos ondearon desde el norte del Perú hasta la frontera argentina, en una sucesión de triunfos militares alcanzados en Yanacocha, Uchumayo, Socabaya, Iruya y Montenegro. No ha vuelto Bolivia a tener días de tanta gloria y de poderío como aquéllos.

Establecida la Confederación Perú-Boliviana, en 1836, se despertaron los recelos de Chile y la Argentina, cuyos gobiernos la combatieron enviando expediciones militares, hasta que, al fin, la estrella de Santa Cruz declinó en Yungay, el 20 de enero de 1839. Al mismo tiempo, en Bolivia, se sublevaron, con los tropas de su mando, los generales José Miguel de Velasco y José Ballivián, lo que obligó a Santa Cruz a dimitir el Protectorado de la Confederación y la presidencia de Bolivia, y buscar asilo en Guayaquil.

Poco después publicó, en Quito, un manifiesto político fechado en 24 de octubre de 1840. Meses más tarde, en su anhelo de recobrar el poder, viajó hasta el puerto de Sama, pero fué capturado por las autoridades peruanas. Entonces se reunieron los representantes de Bolivia, Chile y Perú, para resolver la suerte del prisionero, habiéndose acordado ponerlo a disposición del gobierno chileno. En tal virtud, Santa Cruz fué embarcado en Arica en la fragata "Chile" y conducido a Talcahuano, de donde lo pasaron a Chillán, punto destinado a "servirle de cautiverio".

La situación de Santa Cruz hízose insoportable, a tal punto que su esposa solicitó la intervención de los gobiernos de Francia e Inglaterra, en vista de la indiferencia de los países sudamericanos; pues el Ecuador fué el único que interpuso buenos oficios en favor del político caído. Declarado traidor en Bolivia y el Perú, el gobierno del general Velasco ordenó la confiscación de sus bienes. Chile, Perú y Bolivia firmaron, en Santiago, el tratado de octubre de 1845, por el cual desterrábase a Santa Cruz de los tres países. Su ostracismo duraría 23 años; hasta su muerte.

El Mariscal se estableció en Francia, donde ejerció todavía las funciones de representante diplomático ante el gobierno de este país y los de la Santa Sede, España, Bélgica e Inglaterra, en tanto que el presidente Ballivián reparaba el injustificado despojo de sus bienes devolviéndoselos y asignándole una pensión de seis mil pesos anuales. Tenía amigos y partidarios que auspiciaban su retorno al país, aunque sin resultado. En 1855, Santa Cruz desembarcó en Buenos Aires; pero no pudo avanzar más aquí de Salta. Le prohibieron su ingreso a la patria, y tuvo que volver a suelo francés donde, finalmente, falleció el 25 de setiembre de 1865.

Sus restos, junto con los de su esposa y los de sus hijos, descansan en el mausoleo de familia en el cementerio antiguo de Versalles. ¿Hasta cuándo permanecerán en tierra extranjera? El gran hombre había declarado en vida su deseo de reposar eternamente en la tierra donde naciera. He aquí lo que decía a su amigo Fermín Eyzaguirre, en una carta de 4 de noviembre de 1836: "...cuando pueda habitar en el palacio de Socabaya que pienso edificar en el

lugar donde nací y *donde debo morir* tranquilamente después que haya completado esta empresa" (la Confederación).

Ha pasado frente a nuestro recuerdo, una de las figuras próceras de la historia americana. Si Sucre fué el creador de Bolivia, Santa Cruz la organizó con ejemplar dedicación. Pero no le comprendieron. Acaso por ello, el gran poeta peruano José Santos Chocano, en carta dirigida a don José de la Riva Agüero en 10 de febrero de 1912, decía refiriéndose a Santa Cruz: "Sólo una vez apareció el hombre: he mentado a Santa Cruz. Y ¿quién hace en el Perú justicia —fuera de Ud. —a ese hombre de quien Napoleón III se asombraba no hubiera sido Emperador?"

JOSÉ BALLIVIÁN
(1805 - 1852)

Con el derrumbe de la Confederación Perú-Boliviana y la caída de Santa Cruz, Bolivia se vió envuelta, a partir de enero de 1839, en la más grande anarquía política. De un lado los "restauradores" y de otro los "regeneradores", sumieron al país en sus querellas de cuartel, hasta que de esa vorágine revolucionaria surgió el general José Ballivián. Llamado por el ejército y por sus numerosos partidarios, asumió el mando supremo en horas difíciles para la Patria, cuyas puertas eran ya golpeadas por las tropas invasoras peruanas que comandaba el general Agustín Gamarra, en octubre de 1841.

La figura de Ballivián posee relieves excepcionales en el cuadro de los próceres bolivianos. Su nombre está ligado a la historia desde antes de la vida republicana de Bolivia. Vino al mundo el 5 de mayo de 1805, en la ciudad de La Paz. Tenía pues, cuatro años de edad al ocurrir la gloriosa revolución de Murillo, en 1809, y la inmolación de los protomártires.

Fueron sus padres don Jorge Ballivián y doña Isidora Segurola, hija del brigadier español don Sebastián de Segurola. Ambos vinculados con familias ricas.

A la edad de doce años, y a instancias del coronel Ricafort, se enroló en el regimiento español "Extremadura", abandonando su hogar para trasladarse al cuartel general del ejército, en el pueblo de Suipacha. Participó en las jornadas de Jujuy y Salta, en que ascendió al grado de subteniente.



Como su salud se quebrantara por las fatigas de la campaña, fué destinado a La Paz, en 1821, como edecán del Intendente Sánchez Lima.

Al cumplir los diecisiete años, obedeciendo a las emociones libertarias que habíanse hecho sitio en su alma, tomó contacto con los principales patriotas de La Paz, y con ellos fraguó un movimiento independencista. Al ser descubierto, tuvo que fugar hasta Ayopaya. Allí se puso a órdenes del infatigable guerrillero José Miguel Lanza, quien le otorgó, en 1822, el grado de teniente.

Se batió en la acción de Colomi, donde cayó prisionero, y, como consecuencia, fué sentenciado a la pena de muerte. Mas el juez Mendizábal e Imas, íntimo amigo del padre de Ballivián, logró salvarlo del patíbulo, desterrándolo a la isla Estévez, si-



tuada en el lago Titicaca. Cumplida su condena, fué conducido al Cuzco. El virrey le propuso incorporarlo al ejército español; pero el joven oficial se negó rotundamente a servir contra los intereses de su patria. En castigo, fué destinado al regimiento de la "Guardia", como último soldado, de donde desertó, para incorporarse nuevamente a las tropas de Lanza, a cuyo lado continuó luchando por la independencia. Derrotados los realistas en Ayacucho, el general Lanza ocupó la ciudad de La Paz y comisionó a Ballivián para saludar, en Puno, en nombre de los guerrilleros de Ayopaya, al Gran Mariscal Sucre. El noble vencedor de Ayacucho, enterado ya de las hazañas del joven Ballivián, le confirió el grado de capitán (febrero de 1825).

En la República, Ballivián fué incorporado al ejército nacional, considerándosele uno de sus fundadores. Tomó parte en el combate de San Roque, contra las tropas colombianas que se sublevaron en La Paz (diciembre de 1827), acto que le valió el ascenso al grado de sargento mayor, otorgado por Sucre.

Comandaba el Batallón Nº 2, en Viacha, cuando se produjo el motín del 18 de abril de 1828. Al tener noticia de este suceso, Ballivián tomó dos compañías de su batallón y fué a ponerse a órdenes del Mariscal, "recorriendo en seis días la distancia de cien leguas que hay entre Viacha y la capital Chuquisaca, hazaña por la cual fué condecorado con la medalla "Busto del Libertador".

Hizo la campaña contra la primera invasión que realizara el ejército del Perú a raíz del motín de Chuquisaca, después de la cual pasó a comandar el Batallón Nº 1, con el grado de teniente coronel. Casi al mismo tiempo, prodújose la sublevación del general realista Aguilera, en Chiquitos. Ballivián marchó con la división expedicionaria que fué a debelar aquella última manifestación realista. A su vuelta, el general Pedro Blanco le separó del mando de su batallón, ordenándole marchar a Tarija "como jefe suelto". Dolido por la injusticia, Ballivián, de acuerdo con los coroneles Armaza y Vera, sublevó a su tropa y apresó al presidente Blanco y al vicepresidente, general Loaiza.

En 1830, cuando era edecán del presidente Santa Cruz, contrajo matrimonio con la señorita Mercedes Coll, dama paceña de ascendencia española. De este matrimonio nació Adolfo, quien llegaría a ser presidente de Bolivia.

En 1832, como representante nacional por La Paz, presidió las sesiones de la cámara de Diputados, con brillo y ecuanimidad. Iniciadas las campañas de la Confederación, marchó al Perú, donde combatió bizarramente en las batallas de Yanacocha y Socabaya, después de haber ostentado extraordinario heroísmo en la acción de Uchumayo, como jefe de la vanguardia boliviana. Como premio por tales hazañas fué ascendido al grado de general de brigada, con el título de "valiente entre los valientes", y pocos meses después, al de general de división (abril de 1836).

Concluída la primera campaña, llevó a Bolivia las banderas tomadas en Socabaya, pasando luego a ejercer las funciones de Comandante General de los departamentos de Puno, Tacna, La Paz y Oruro.

En junio del año 36, concurrió al Congreso reunido en el pueblo de Tapacarí, en el cual se consideraron los actos de Santa Cruz y se autorizó la Confederación de Bolivia con el Perú. Llamado a Lima, debía hacerse cargo del comando de una división del ejército y cuando trasladaba su familia al puerto de Arica en la fragata "Confederación", fué ésta capturada por fuerzas chilenas, tomado preso Ballivián y conducido a Valparaíso. Pero al siguiente día de su arribo a este puerto, burló la vigilancia de sus guardas y se asiló en un buque de bandera francesa. Para tomar un barco ballenero que lo dejase en la costa, sorteó la estricta guardia chilena haciéndose encerrar en un barril de aceite. Así pudo volver al país.

Debido a estas circunstancias, no asistió a la batalla de Yungay, que puso fin a la Confederación. "Hubiera preferido mil veces llamar a Ud. a esta campaña —le escribía Santa Cruz—, porque su espada era más necesaria, pero su mala salud se lo ha impedido, y ya no es tiempo... Pero repito a Ud. que me hizo falta..."

Llamado por el comando de un cuerpo militar, en septiembre de 1841, Ballivián, que se hallaba en el Perú, pasó el Desaguadero. En Tiahuanacu expidió un decreto asumiendo la suma de poderes hasta que se reuniera una Convención Nacional, y el mismo día (27 de septiembre) hizo su ingreso en la ciudad de La Paz, a la cabeza de las tropas que le proclamaron Capitán General y Jefe Supremo del Estado.

Y como el ejército peruano traspasara la frontera, el 2 de octubre del mismo año, Ballivián se le enfrentó, pese a la inferioridad de sus fuerzas. Y después de cuarenta días de campaña, obtuvo la más gloriosa, la más decisiva victoria militar que imaginarse pueda: *Ingavi*. Supo mostrarse como el gran general que hacía falta en aquel momento, y ayudado por el patriotismo de todos los bolivianos, unidos en la hora del peligro, salvó a la Patria de ser absorbida por el Perú. Por ello se le ha considerado como el *segundo libertador*. Y en buenos términos, basta este hecho para glorificar su nombre.

Para asegurar la paz y evitar una nueva agresión, avanzó hasta Puno, el 4 de enero de 1842, a la cabeza del ejército. Durante su ausencia, el gobierno de la nación fué ejercido por el Consejo de Ministros presidido por el general José María Pérez de Urdininea. El 22 de abril lo reasumió Ballivián, para luego firmar el tratado de Puno poniendo fin al conflicto con el Perú.

Como gobernante no sería menos.

A su vuelta del Perú, se dió a reorganizar la administración pública, cuyo primer resultado fué el aumento de las rentas nacionales en un cincuenta por ciento. Hizo explorar los territorios del Oriente, del Noroeste y del Sudeste, muy especialmente los ríos Pilcomayo y Bermejo, así como el lago Poopó. Con el objeto de facilitar el viaje al puerto de Cobija, y para la travesía por el desierto, compró una partida de camellos. Creó el departamento *Beni*. Impulsó la construcción de caminos. En materia de instrucción implantó un plan completo de enseñanza dividiéndola en tres ciclos: primaria, secundaria y facultativa, conforme al sistema francés, y fomentó el desarrollo de publicaciones y prensa. En el ramo de guerra, promulgó el "Código Militar", fundó un Colegio Militar y reorganizó las guardias nacionales.

Se ha dicho que su gobierno se caracterizó por su despotismo militar. Los tiempos lo exigían. Por lo demás, con él actuaron hombres de saber y de probidad. En diciembre de 1847, frente a la conspiración, generalizada en el país contra su gobierno, renunció la presidencia en manos del general Eusebio Guilarte y abandonó el territorio nacional. Después de cinco años de permanencia en Chile, pidió asilo a sus enemigos del Perú y éstos se lo negaron. Su situación económica hacíase cada vez más difícil. Y es entonces que, al decir de Arguedas, "herido, agraviado, sin recursos, vió que todas las puertas se le cerraban. Y hubo de resolverse a vender la única prenda de valor simbólico para él, que conservaba con cariño como el mejor legado a sus hijos, y enajenó la espada de campaña que blandiera en la batalla libertadora de Ingavi, arma modesta y sin más valor que la inscripción altiva de su hoja".

Resolvió irse a Buenos Aires, donde se le proporcionaba un ambiente tranquilo y de donde le llamaban algunos miembros de su familia. Embarcóse en el velero "Bolivia", dirigiéndose, por Panamá, a Río de Janeiro. Aquí permanecería algunos días para descansar de las fatigas del viaje, aguardando los recursos pecuniarios que había pedido a Buenos Aires para seguir viaje. Pero allí estaba el final de su destino; en Janeiro. El gran ciudadano murió

el 16 de octubre de 1852, asistido por una hermana de la caridad.

En 1855, ordenóse la repatriación de sus restos. La orden fué cumplida en 1893.

GENERAL JOSÉ MARÍA PÉREZ DE URDININEA (1784 - 1865)

Vaivenes políticos y sucesos internacionales llevaron al general Urdininea a desempeñar la primera magistratura de la República en dos ocasiones, aunque en forma interina: la primera, a raíz del motín del 18 de abril de 1828; la segunda, cuando el presidente Ballivián realizó la campaña del Perú, después de Ingavi.



Gravemente herido en el motín de Chuquisaca, el Mariscal Sucre delegó el mando supremo al presidente del Consejo de Ministros, en aquel momento el general José María Pérez de Urdininea, quien gobernó el país desde el 4 de mayo hasta el 3 de agosto, tiempo durante el cual tuvo lugar la primera invasión peruana a Bolivia.

Trece años más tarde, cuando el general José Ballivián tuvo que invadir territorio peruano para buscar la paz con ese país, después de Ingavi, organizó un Consejo de Gobierno, con Urdininea a la cabeza, para que se hiciera cargo del mando de la nación durante su ausencia: del 3 de enero al 22 de abril de 1842.

El general Urdininea fué uno de los muchos patriotas que contribuyeron con su inteligencia y su brazo a la libertad, no sólo del Alto Perú, sino también de las provincias argentinas, pues allá fué considerado como "la primera lanza de la pampa", al decir del mismo general San Martín.

Nació en Luribay, el 31 de octubre de 1784, e hizo sus estudios en La Paz y Chuquisaca.

Habiendo sobrevenido los movimientos libertarios de 1810, se alistó en el regimiento de caballería que organizaba en Cochabamba el coronel Pedro Zelaya, y cuando éste se unió al primer ejército auxiliar argentino que, en 1811, llegó al Alto Perú, tuvo su bautismo de fuego en la batalla de Guaqui. Urdininea fué gravemente herido; pero lo transportaron juntamente con los jefes argentinos que se retiraban hacia sus provincias. Restablecido ya, pasó a formar en las filas de los guerrilleros de Rondeau y de Güemes. Allí, en las pampas argentinas, vivió la mayor parte de su juventud, entregado a la causa de la revolución emancipadora. Entre 1811 y 1821, concurrió a más de treinta acciones de armas, ganando uno por uno sus grados militares. Diestro y cauto en la emboscada, audaz y temerario en el asalto, impetuoso en el choque, Urdininea fué uno de los más renombrados jefes montoneros de la época gloriosa.

Constituída la República, ésta le premió con el grado de general de brigada. El primer cargo político que le tocó desempeñar fué el de prefecto de Potosí, hasta enero de 1826, año en que concurrió a la Asamblea que se reunió en Chuquisaca y de la que fué su Vicepresidente. Terminadas sus labores legislativas, Sucre le encomendó la cartera de Guerra. En ejercicio del mando de la República, por impedimento de Sucre, dirigió la campaña provocada por la invasión peruana al territorio patrio. Mas, como tuviera la debilidad de entrar en acuerdos diplomáticos con el jefe peruano y aceptar sin réplica el vergonzoso pacto de Piquiza, que le trajo el desprestigio ante la opinión pública boliviana, el Mariscal Sucre, antes de alejarse de Bolivia, expidió el decreto de 2 de agosto de 1828, disponiendo que el general Urdininea fuera sometido a

juicio para responder de su conducta, "que parecía envuelta entre los misterios de la cobardía y de la traición en las operaciones que había dirigido durante la campaña contra el ejército de Gamarra".

Urdininea, mellado en su honor y en su prestigio y avergonzado por cargos tan graves, prefirió retirarse a la vida privada después de haber publicado, en noviembre de 1828, una enérgica "Exposición", en la que se vindicó de la terrible inculpación hecha por el Mariscal Sucre.

Diez años vivió en una de sus haciendas, triste y decepcionado, hasta que vino a sacarlo de su aislamiento un llamado del presidente Santa Cruz, en 1838, incorporándolo al ejército para que tomase parte en la última fase de las campañas de la Confederación. En efecto, combatió en Yungay como jefe de las fuerzas de caballería del ejército confederal. Después de la derrota, volvió al país. Dos años más tarde, invitado por el presidente Ballivián, desempeñó la cartera de Guerra y la Secretaría General durante la campaña de Ingavi.

Finalmente, después de haber gobernado el país durante tres meses, en 1842, concurrió a las legislaturas de 1844 y 46 como senador por el departamento de Cobija; pero cuando, en 1849, asumió la Presidencia el general Belzu, éste lo alejó dándole el cargo de Jefe Superior Político y Militar del Departamento de Santa Cruz. Desconfiaba, sin duda, de la lealtad de Urdininea, ardiente partidario y colaborador del ex presidente Ballivián.

Pero el sucesor de Belzu lo llevó nuevamente a la cartera de Guerra, en 1855, último cargo que desempeñó el benemérito general, ya que, cargado de años y achacoso de salud, se retiró de toda actividad pública después de haber llegado a ser Mayor General y coronel de los ejércitos del Perú, Argentina y Chile.

Murió en la ciudad de La Paz, el 4 de noviembre de 1865.

GENERAL EUSEBIO GUILARTE
(1805 - 1894)

En diciembre de 1847, el general Ballivián trasmitió la presidencia de la República al general Eusebio Guilarte, cuyo interinato duró demasiado poco.

A los diez días de haberse hecho cargo del mando supremo descubrió, en Sorasora, el plan de una formidable conspiración en la que estaban comprometidos los principales jefes del ejército. Estallada ésta, Guilarte tuvo que fugar al Perú.

He aquí una síntesis de la información que publicó más tarde sobre este suceso:

"No pudiendo contar para nada con un ejército inmoral que de un momento a otro



podía convertirse en un elemento de desorden y de anarquía, pensé que más temor y cuidado me causaba el ejército de Oruro, que uno de Jerjes que viniera a luchar francamente, y traté de disolver el ejército expidiendo un decreto que pusiese fin a esta situación tan dolorosa para el país.

"Algunos jefes me observaron que la tropa licenciada cometería desórdenes en los pueblos. No pasaron dos horas de esta conversación, cuando se me dió noticia de haberse sublevado el ejército en el reducto de Oruro. Monté a caballo con algunos edecanes, me dirigí a la Fortaleza. Así que me vieron rompieron fuego, lo cual me obligó a salir al campo, a distancia de una legua, de donde preferí regresar a la ciudad en alta noche y tomé un asilo en ella; allí permanecí hasta el 8 de enero, en que dejé mi patria y me dirigí al Perú, para esperar en el extranjero la calma de los sucesos y vol-

ver a la vida privada, para no ser jamás objeto de los celos, de la envidia y de los odios personales" (Breve Exposición del General Guilarte. — Arequipa, 1848).

El general Guilarte pasó por el gobierno como un relámpago. Apenas pudo inaugurar su gobierno con un decreto de amnistía, convocar al pueblo a elecciones y nombrar al general Ballivián ministro plenipotenciario ante el gobierno de Chile.

Nació en La Paz el 5 de octubre de 1805; hijo del español Miguel Guilarte y de la criolla Lorenza Mole.

A los dieciocho años de edad, abandonó las aulas del Colegio Seminario para incorporarse como soldado al ejército del general Santa Cruz, que partía de La Paz, en 1823, prosiguiendo su campaña de los Intermedios. Combatió por primera vez en la batalla de Zepita, el 25 de agosto de dicho año, en la cual fué ascendido a subteniente.

A partir de entonces asistió a varias acciones de armas hasta la terminación de la guerra de la independencia. Constituída la República, fué uno de los organizadores del ejército nacional, en cuyas filas continuó hasta caer herido y prisionero en Yungay. Internado en Huaraz, trató de seducir al batallón chileno "Matucana", para proclamar nuevamente la Confederación; pero, descubierto, tuvo que fugar por una ventana del cuartel con varios prisioneros, entre los que se hallaba el oficial Juan José Pérez, y refugiarse en una de las haciendas de la región, donde trabajó como peón para ganarse la vida.

Más de un año vivió así, antes de poder repatriarse y volver al ejército. No asistió a la campaña de Ingavi debido al mal estado de su salud; pero, deseoso de contribuir a la defensa de su patria, renunció a sus sueldos "para que con esos fondos fueran armados 25 lanceros". Este gesto fué recompensado por el vencedor de Ingavi otorgándole el grado de general de brigada, "como premio a su abnegada y decidida colaboración".

El presidente Ballivián lo nombró, después, representante de Bolivia ante la Corte Imperial del Brasil, en 1845, y luego ministro plenipotenciario en el Paraguay. Más tarde, cuando se había retirado a la vida privada, fué llamado nuevamente para asumir la cartera de Guerra; y luego la presidencia de la República, que le ocasionó, como ya se ha visto, su expatriación al Perú. Desde su asilo, envió una carta abierta, con fecha 17 de enero de 1848, al general Ballivián censurando acerbamente su conducta por haber pretendido sacrificarlo mezclándolo en una intriga: "Dejó usted preparado el terreno —le decía— para una reacción, y para que en el cataclismo político que habría de sobrevenir a la anarquía de tres caudillos (Velasco, Belzu y Guilarte) que se disputarían la *tajada*, usted fuese el ángel tutelar que invocase Bolivia".

Pero el año 1849, olvidando los términos de su carta y sus propósitos de volver a la vida privada, Guilarte apareció en el puerto de Cobija y sublevó la guardia en favor del general Ballivián. Al siguiente día, el 8 de junio, la tropa que él sublevara reaccionó, encabezada por dos sargentos, y lo acribilló a balazos en la casa de gobierno...

GENERAL MANUEL ISIDORO BELZU
(1808 - 1865)

El caos revolucionario en que fuera sumido el país a la caída de Ballivián, tuvo su epílogo en la batalla de Yamparáez (6 de diciembre de 1849), entre el ejército del presidente José Miguel de Velasco y las tropas revolucionarias acaudilladas por el general Manuel Isidoro Belzu, con resultados favorables para los insurgentes. En consecuencia, Belzu asumió el Poder, y atrajo a su causa la simpatía del pueblo para levantar la bandera que él llamó de la democracia; al mismo tiempo tuvo que entrar en lucha con los partidarios de Ballivián (los "rojos"), que pertenecían a la aristocracia, así como con los de Velasco, manteniéndose desde ese momento en perpetua campaña contra sus adversarios.

Al año siguiente, convocó a un congreso.

y éste le proclamó, el 14 de agosto, presidente constitucional de la República. Dos meses después, a consecuencia de un atentado de que fuera objeto y luego de haberse restablecido de las heridas que recibiera, asumió la dictadura. En 1855, cansado de lu-



char y cumplido su período legal, entregó el mando supremo, después de un plebiscito electoral convocado para designar su sucesor.

Belzu nació en cuna humilde, el 4 de abril de 1808, en la ciudad de La Paz. Hijo del artesano Gaspar Belzu y de la mestiza Manuela Humérez, a los 12 años de edad se asiló, como lego, en el convento de San Francisco, donde los curas le enseñaron las primeras letras. Violentado por la vida del claustro, huyó el año 1823 y fué a enrolarse en el ejército independiente del general Santa Cruz. Asistió, en consecuencia, a la batalla de Zepita cuando apenas tenía quince años. Dispersado el ejército de Santa Cruz, Belzu anduvo peregrinando de pueblo en pueblo, hasta que, reconocido por un oficial amigo de su padre, fué arrestado y remitido a La Paz, a casa de su madre.

Dos años más tarde, adolescente aún, formó parte, como amanuense, del séquito que acompañara al Mariscal Sucre a Chuquisaca, donde fué colocado en un ministerio. Mas, llevado por su inclinación a la aventura y a la vida militar, abandonó la oficina el día que partía al Cuzco el batallón colombiano "Legión", y, siguiéndole hasta la primera etapa, se presentó al capitán Salaverry. Allí comenzaba su carrera militar a los diecisiete años de edad, sin tener "más armas para luchar por la vida que el sable, el látigo y el rifle".

Cuando, en 1828, se producía la invasión del ejército de Gamarra a Bolivia, Belzu volvió a su patria, y a poco fué destinado como ayudante del Batallón 1º. Enviado a Cobija por Santa Cruz, permaneció allá algún tiempo; pero deseoso de una vida más activa, sin pedir permiso a su jefe, se presentó en La Paz, ante Santa Cruz.

Irritado éste lo mandó arrestado a la fortaleza de Oruro, donde permaneció hasta 1830, en que lo destinaron, por influencias del general Ballivián, al Batallón 3º, en cuya unidad marchó, después, a Tarija.

Conoció en aquella ciudad a la hija del general proscrito Gorriti, que había abandonado la Argentina escapando a las persecuciones de Rosas. "El joven Belzu sintióse atraído desde el primer momento por la niña desterrada, cuyo candor ponía un halo de luz sobre la frente pensativa". Se casaron en septiembre del mismo año. De este matrimonio nacieron Mercedes y Edelmira. Ésta fué, más tarde, esposa del general Jorge Córdova.

En la primera campaña de la Confederación, actuó Belzu con incomparable coraje. Santa Cruz, que llegó a cobrarle simpatía y cariño, llevólo a su lado, como edecán, cargo desde el cual pasó a ser segundo jefe del Batallón 4º, a cuya cabeza se batió en Yungay con valor temerario.

El nombre de Belzu comenzó a figurar en la historia política de Bolivia a partir de 1840. Desde entonces se advirtió su gran influencia sobre los soldados. Poseía los dones peculiares del conductor. Bastaban su presencia o su palabra para enardecerlos. El presidente Velasco, que habíale confiado la jefatura del Batallón 7º, "Rifles", temiendo por su ascendiente sobre las tropas, lo hizo tomar preso después de la caída de la Confederación y lo confinó al Beni. A partir de aquella hora, Belzu, aguijado por la sed de venganza, conspiraría sin cesar. Y conspiró, envuelto en el torbellino de la política. Cuando la campaña de Ingavi, hizo un paréntesis. Incorporado en las tropas de Ballivián, batióse como un auténtico héroe,

arremetiendo, fusil en mano, contra el enemigo. Ballivián, lo ascendió a coronel y le impuso, al mismo tiempo, la pena de arresto "por haber abandonado su batallón, para ir a batirse sin orden superior".

Ballivián y Belzu fueron amigos. Pero a poco de haber subido al poder el vencedor de Ingavi, la amistad se transformó en odio. ¿A qué se debió tal mudanza? se pregunta uno de los biógrafos. La historia no dice nada. La animadversión se trasmitió, empero, hasta la segunda y tercera generaciones y se extendió a los partidarios de ambos caudillos. Ahora se sabe el por qué: "estando en Oruro Ballivián, y Belzu con él, un día tal Ballivián lo envió en comisión lejos de Oruro, quedando en la ciudad la esposa del segundo; repentinamente regresó dos o tres días después Belzu a su hogar, y encontrando en él a Ballivián, le disparó su pistola, sin alcanzarle; esto hace ver que el héroe de Ingavi, hacía de Tenorio y desde entonces el uno no perdonó jamás al otro el haberle separado de su consorte, y el otro tampoco podía olvidar el balazo...".

Ballivián, desconfiando de Belzu, lo alejó a Cobija dándole el nombramiento de Prefecto, de donde lo trasladó en 1847, como comandante del ejército que cubría la frontera del Desaguadero. Desde el sitio de su nuevo destino, Belzu se trasladó a La Paz, en uso de licencia; pero como no se restituyera a tiempo, Ballivián lo hizo citar a su palacio. Dióle a conocer un anónimo que acusaba a Belzu de conspirar en connivencia con los pueblos del sur, añadiendo algunas reconvenciones. De su parte, Belzu echóle en cara su conducta desleal. De las palabras se fueron a los hechos y se trabó una lucha con arma blanca; Ballivián quedó herido. A Belzú lo condujeron a Obrajes, en calidad de arrestado y como último soldado del Batallón 5º. Era el atardecer del 5 de junio de 1847.

Fácil le fué sublevar el batallón en la misma noche y llevarlo a La Paz, para cercar el palacio de gobierno y apoderarse de Ballivián. Fracasado su propósito, se disponía a huir. En tales instantes, el general Mariano Ballivián, hermano del Presidente, le aconsejó: "Loco, estás perdido: huye", y le arrojó su capa. Belzu, favorecido por la soledad y el silencio de la madrugada, se alojó en la casa del indio Pedro Mamani. De allí salió el día 19, arreando un rebaño de llamas, para dirigirse a la finca "Cuyavi", situada a orillas del Titicaca. Por la noche, atravesó en una balsa el lago, buscando asilo en tierra peruana, desde donde seguiría conspirando.

Pasaron dos años. Belzu llegó a la presidencia de la República. Tenía 41 años de edad. "Era de estatura más alta que baja y de esbelto y airoso continente. Una espesa barba negra circundaba su rostro moreno, verdadero tipo árabe, que hacía más atrayente la mirada altiva a la vez que lánguida de unos ojos vulgarmente llamados dormidos". Las injusticias sociales, la arrogancia de los que se llamaban aristócratas y la soberbia de los ricos, influyeron en su carácter: "se volvió malo". Añádase la espina clavada en su alma desde que su hogar quedara deshecho para siempre. Esto le impulsó a la venganza, buscando el cariño de la plebe, la que hizo que se le llamara "el Mahoma boliviano". De su parte, los indios, fanáticos partidarios suyos, llamábanle "Tata Belzu", cuyo retrato tenían constantemente iluminado por luces, como el de un santo milagroso, según asevera un testigo ocular.

Como gobernante, no pudo desenvolverse con normalidad a causa de los frecuentes intentos revolucionarios, que, durante los seis años de su gobierno, pasaron de treinta. El 6 de septiembre de 1850, salvó milagrosamente la vida cuando fué atacado en el Prado de Sucre, y herido con tres tiros de pistola.

Aquí va uno de tantos episodios que confirman la adhesión de la plebe a Belzu. El 12 de marzo de 1849, estalló en La Paz un movimiento revolucionario cuando el caudillo estaba ausente. El pueblo, de modo espontáneo, atacó a los insurrectos y los de-

rrotó. Sabedor de esto, Belzu se presentó el día 14 en El Alto. El populacho corrió en masa a su encuentro y lo condujo en medio de grandes ovaciones. "El caballo en que venía montado estaba materialmente suspendido por la plebe".

Hastiado del poder, Belzu renunció la presidencia, y en su mensaje al Congreso de 1855, sostuvo: "Bolivia se ha hecho incapaz de todo gobierno. Desmayada la fortaleza de mi alma, con la larga y desigual lucha que con las facciones he sostenido, me declaro abrumado por la desmoralización, oprimido por la perfidia, vencido por la traición y quiero dejar el timón del Estado, que no quiero, que no debo ya dirigir".

Empero, al no haberle sido aceptada su renuncia, convocó al pueblo a elecciones, a fin de entregar el mando al candidato triunfante, que resultó ser su yerno: el general Jorge Córdova. Y él, investido con representación diplomática, emprendió viaje a Europa, de donde partió, como peregrino, a la Tierra Santa; "habitó las tiendas del árabe, recorrió la Turquía y el Egipto, escaló las Pirámides y visitó el Nilo".

En 1864, volvió a Bolivia, resuelto a candidatear en las elecciones que se avecinaban. Quedaron frustrados sus planes cuando Melgarejo asaltó el poder. Entonces acaudilló una formidable revolución en La Paz, y cuando ella había triunfado, Melgarejo, llevado por su audacia, se introdujo en el palacio, donde Belzu celebraba el triunfo y dióle muerte (25 de marzo de 1865).

El general Belzu, héroe, caudillo y primer predicador de la igualdad social, inquietó a las masas populares, y fué su ídolo. Su ejemplo supervive en la política boliviana.

GENERAL JORGE CÓRDOVA
(1822 - 1861)

El 13 de agosto de 1855, se efectuó, por primera vez, una "transmisión legal", después del simulacro de elección presidencial en que el general Córdova alcanzó la mayoría de sufragios. La ceremonia tuvo lugar en Sucre.

Córdova inició su gobierno expidiendo algunos decretos por los que concedía amnistía a los perseguidos políticos, se nombraba a Belzu Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Europa, se disponía la repatria-



ción de los restos del general José Ballivián, se creaba juntas de obras públicas, etc.

Cumpliéndose un vaticinio hecho por Belzu cuando salía del país — "Ahí dejo a *ése*, pero no durará"—, el 14 de septiembre estalló el primer movimiento revolucionario, al que siguieron otros en distintos puntos de la República. Considerábase al gobierno de Córdova prolongación del anterior régimen. Además, Linares, enemigo implacable del belcismo, había comenzado a avivar la hoguera revolucionaria con todo el poder de su prestigio y de su fortuna. Varios militares que aspiraban al poder, conspiraban también. Se explica, pues, que el movimiento administrativo de su gobierno hubiera sido insignificante. Por añadidura, "ni el tiempo (dos años) ni la competencia acompañaron al gobierno en su misión". Para disculpar esa esterilidad gubernamental, Córdova decía en un manifiesto publicado en Arequipa: "Si Bolivia me inculpa de negligencia o de juveniles errores, confieso que en medio de la depravación de costumbres, difícil era que la conducta del mandatario fuese irreprensible; pues en el centro de un torrente de corrupción, a todos arrebata su ímpetu".

Pero en su corazón no tuvieron cabida ni el odio ni el rencor. Perdonó siempre, a pesar de haber sido duramente castigado por el infortunio desde el día de su nacimiento. Bien sabido es que fué recogido como expósito y criado por una familia caritativa de La Paz. A ese niño abandonado al nacer y cuya maternidad se disputaron, años más tarde, alrededor de treinta damas, se le había dado el nombre de Jorge, habiendo después él adoptado voluntariamente el apellido Córdova, cuando supo su origen. Se dice que cuando niño, jugando a los soldados en compañía de otros muchachos del barrio, mostróse el más valiente, audaz e intrépido; de ahí que alguno de sus compañeros dijérale "El Cordovita", haciendo alusión al valiente general José María Córdova, que, en Ayacucho, cargó temerariamente a la bayoneta contra el enemigo. La comparación gustó a Jorge, y éste se quedó con el apellido.

Hizo su instrucción primaria en la escuela franciscana; pero apenas se despertara en él la afición por la carrera de las armas, abandonó la casa de sus benefactores y sentó plaza cuando el ejército se preparaba a partir al Perú, en 1835. Tenía doce años. Y como su estatura no daba aún para las tareas de soldado, fué admitido en la banda de música de uno de los batallones como tocador de triángulo. Cuando hubo ganado en talla, hombre de armas ya, hizo las campañas de la Confederación. En 1840, fué ascendido a subteniente, comienzo de su rápida carrera. En Ingavi batióse con el mismo heroísmo que en las batallas de la Confederación.

Amigo íntimo del general Belzu, había comenzado a frecuentar la casa de éste, donde conoció a Edelmira, quien no se mostró indiferente a aquel joven y apuesto oficial de treinta años de edad, "de regular estatura, cabellos color de oro y ojos color cielo, en los que revelaba la gran bondad de su alma tierna y generosa, de bella figura e índole apacible".

Realizado el matrimonio, Córdova se convirtió en el brazo fuerte del presidente Belzu, quien lo hizo coronel y le confió el mando de su batallón favorito, el "Chorolque", con el cual Córdova pudo debelar cuanta revolución estallara para derribar a su suegro.

Ascendido a general, en 1853, llegaba a la Presidencia dos años más tarde, para gobernar con una extraordinaria tolerancia. No fusiló a nadie, nadie lloró contra él. Profesaba profundo respeto por la vida humana.

Derrocado, en septiembre de 1857, por el infatigable Linares y comprendiendo que nada debía esperar del país, se alejó, decepcionado y renegando de la política, a vivir proscrito. En 1861, pudo volver merced a la amnistía decretada por el presidente Achá.

Adquirió, en La Paz, la chacarilla "San Jorge", donde se consagró a la vida de hogar, completamente alejado de los azares de la política. No obstante, fué aprehendido la noche del 18 de octubre de 1861 y encerrado en el Loreto. Se le acusaba de conspirador belcista. Fué cobardemente asesinado por el sanguinario Yáñez, a las dos de la mañana del 24 de octubre.

GENERAL AGUSTÍN MORALES
(1808 - 1872)

A la caída de Córdova, siguieron los gobiernos de Linares, Achá y Melgarejo, en medio de motines, revoluciones y fusilamientos que ensangrentaron al país durante catorce años. En 1871, derrocado Melgarejo, llegó al solio presidencial el general Agustín Morales.



Según su biógrafo D'Arlach, que lo conoció personalmente, Morales "era un hombre vivo, ameno y jocoso en la conversación familiar. Predominaba en él el temperamento bilioso que, a veces, hacía arrebatado su carácter por lo regular afectuoso".

Físicamente "era de muy alta estatura y de majestuoso continente, rostro moreno que hacía contraste con sus ojos enteramente azules. Su ancho pecho, su hercúlea constitución y unos enormes bigotes y espesa barba, hacían más imponente su presencia". Investido del mando supremo, apenas tuvo tiempo para reorganizar las instituciones patrias que habían sido canceladas por la dictadura de Melgarejo. Decretó la devolución de las tierras de comunidad a los indígenas, convocó a una Asamblea Constituyente, ordenó la apertura de un juicio nacional contra los funcionarios del sexenio y sustituyó la emisión de la moneda "melgarejo" con la del peso boliviano. Además, llevado por ideas del más radical liberalismo, proclamó la histórica fórmula de "*más libertad y menos gobierno*".

"La República comenzó a respirar creyendo gozar de garantías y esperando un porvenir venturoso después de los días luctuosos del sexenio; la actitud del gobierno así lo presagiaba; pero no tardó en desengañarse". El temperamento nervioso y violento de Morales, pronto le llevó a desconocer las prerrogativas del Parlamento, lo que venía a poner en mengua sus prestigios de buen soldado.

Morales nació en La Paz, el 11 de mayo de 1808. Era hijo de los españoles Pedro Morales y Antonia Hernández, según partida registrada en los archivos de la parroquia del Sagrario.

"Su niñez desamparada, al decir de Arguedas, teniendo que rodar de casa en casa para ofrecerse y servir como doméstico, las durezas de la vida, el mal trato de sus patrones, debido quizás a la mala índole de su carácter, le habían empujado al cuartel desde muy joven, pues a los 16 años era soldado...".

Sentó, pues, plaza entre los fundadores del ejército boliviano, adquiriendo reputación de valiente, confirmada durante las campañas de la Confederación, en que fué citado como "valiente entre los valientes". Después de Ingavi, ascendió al grado de coronel, desempeñando la Comandancia General de Potosí y Cochabamba, respectivamente. Y cuando Ballivián dimitiera el mando supremo, Morales se estableció en Cochabamba, donde organizó una casa comercial de importancia, la cual sería saqueada por la plebe belcista en marzo de 1849. Presentó una reclamación ante el Congreso pidiendo la indemnización de ciento sesenta y siete mil pesos; le fué negada, "por influencias de Belzu", como él creía. Esto le inspiró la idea de la venganza. Y pasando de los dichos a los hechos, el 6 de septiembre de 1850 atentaba contra la vida del presidente Belzu en Sucre. Quiso proclamar un motín; pero no hallando respaldo alguno, huyó del país. Fué condenado a muerte. Como consecuencia, vivió proscrito hasta 1857, en que pudo volver al país a raíz de la revolución de Linares, bajo cuyo gobierno desempeñó diversos cargos políticos, hasta que se produjo, en 1861, el golpe de estado contra aquel dictador. Más tarde, tomó parte en la revolución de Melgarejo y defendió su tiranía, lo que le valió el ascenso a general de brigada. Empero, celoso Melgarejo de su popularidad, hízole apresar y condenar a muerte por "conspirador inconciliable". Gracias a las influencias de varios militares, trocó la pena por la de confinamiento a Caupolicán, de donde Morales fugó al Perú, aceptando, después, el cargo de cónsul en el Callao (1867).

Fué en esta situación cuando los pueblos del norte de Bolivia le llamaron para que acaudillara el levantamiento que debía estallar contra Melgarejo. A su llegada a La Paz, mientras el tirano se hallaba ensangrentando a la heroica Potosí, Morales fué aclamado por el pueblo. Días después, el 15 de enero de 1871, en compañía del doctor Casimiro Corral y de otros prestigiosos

políticos, hizo triunfar la revolución, tras de un sangriento combate que duró once horas. Este hecho lo llevó a la presidencia de la República, encumbrado por la Asamblea de ese año, la que, además, lo ascendió a general de división, "en premio de sus relevantes servicios a la patria".

En la proclama que dirigiera a la nación, aceptando la investidura de presidente provisorio, decía:

"¿Creéis que la revolución ha concluído? Os declaro que no. No es solamente contra Melgarejo y sus esbirros contra quienes hemos hecho la revolución: las personas pasan como su existencia. Nosotros hacemos la guerra al sistema que ellos han fundado: es al crimen, al vicio, a la desmoralización, al robo y a la iniquidad que ellos han establecido; es a la degradación, al envilecimiento y a la prostitución que nosotros combatimos... Os prometo que pronto será convocada una asamblea constituyente. Por mi parte, bien lo sabéis, soy soldado del pueblo, por él daré mi vida; y por mi honor y mi espada juro que no volverán a entronizarse más tiranos en Bolivia".

Al instalarse en Sucre, la Asamblea, el 18 de junio de 1871, Morales resignó el mando, que "en momentos de conflicto había asumido provisoriamente", y cuando se discutía el asunto, se presentó en el recinto del Congreso a las tres de la tarde del 21, rojo de cólera y pidiendo sesión pública, pronunció un discurso "en incoherentes frases". Retiraba su renuncia.

Clausuradas las sesiones de la Constituyente del 71, el gobierno trasladó su residencia a La Paz, donde se reunió el Congreso del siguiente año, cuyo primer acto fué hacer el escrutinio de las elecciones que habían sido realizadas. Habiendo reunido la mayoría de sufragios el general Morales, fué proclamado Presidente Constitucional, el 25 de agosto.

Sobrevino una nueva y violenta ruptura entre los dos poderes con motivo de los debates sobre una reclamación iniciada, por la sociedad minera Arteche, que desagradó a Morales. El Presidente hizo invadir el salón de sesiones por una banda de música (24 de noviembre) para acallar la palabra de los representantes. La disolución de la Asamblea, aparejaba un inminente movimiento revolucionario, cuyo solo rumor enfureció a Morales, quien comenzó a ultrajar en su palacio a los edecanes, hasta que cayó acribillado con seis tiros que le disparó su sobrino y edecán teniente coronel Federico La Faye.

TENIENTE CORONEL ADOLFO BALLIVIÁN
(1831 - 1874)

A la muerte de Morales, volvió a reunirse la Asamblea para organizar un Consejo de Estado, el cual se hallaría presidido por el doctor Tomás Frías. Cupo a éste desempeñar la presidencia de la República mientras fuera elegido, mediante voto popular.



el nuevo gobernante. El congreso proclamó a don Adolfo Ballivián, cuya investidura tuvo lugar, en La Paz, el 8 de mayo de 1873.

Este ilustre mandatario, descendiente del vencedor de Ingavi, gobernó sólo ocho meses, debido a su mal estado de salud. Pero en ese escaso tiempo se esforzó por levantar el crédito de Bolivia en el exterior y fué el único que, con visión de estadista, se dió cuenta de que la guerra con Chile no tardaría en producirse. Apresuróse en pactar con el Perú un tratado de alianza defensiva y proyectó la compra de, por lo menos, dos barcos para resguardar las costas del Litoral. Pero la oposición de los diputados hizo fracasar todas sus iniciativas.

Adolfo Ballivián nació en La Paz el 15

de noviembre de 1831, diez años antes de que su glorioso progenitor obtuviera el triunfo que habría de hacerlo inmortal. Su madre, doña Mercedes Coll, de estirpe española, lo amaba con entrañable ternura, por su carácter romántico y su constitución delicada.

Cursó sus primeros estudios en los colegios de La Paz, pero cuando acompañó a su padre en el ostracismo, ingresó en una academia mercantil en Valparaíso, donde se dedicó al estudio de las matemáticas, el inglés y el francés, llegando a ser, más tarde, uno de los hombres más ilustrados de Bolivia. Era orador elocuente y un eminente escritor. Como diarista, lució su talento en publicaciones importantes como *La Época*, de Madrid, *El Mercurio*, de Valparaíso, y la *Verdad Constitucional*, fundada por él.

Muy joven contrajo matrimonio, en aquel puerto, con la señorita Carmen Greenwood, de ascendencia inglesa. Inclinado, como su ilustre antecesor, a la carrera de las armas, la abrazó a la edad de doce años, como cadete de caballería en la escolta presidencial y la continuó hasta el grado de teniente coronel.

Tomó parte en la revolución popular de 1857, en favor de Linares, quien lo hizo su edecán; luego desempeñó la jefatura del escuadrón "Bolívar"; pero cuando se produjo el golpe de estado contra este mandatario, rompió su espada y abandonó definitivamente la carrera militar.

Fué elegido diputado ante la Asamblea Constituyente de 1861, habiendo presidido sus deliberaciones. También concurrió a los congresos de 1862 y 64; pero hecho preso por orden de Melgarejo, fué sentenciado a muerte. Se salvó del patíbulo por la intercesión de algunas personas influyentes. Deseoso el tirano de alejarlo del país, le designó encargado de negocios en la República Argentina, misión que renunció al llegar a Valparaíso.

Sabedor de los asesinatos cometidos por Melgarejo en Potosí, Ballivián no pudo reprimir su cólera ante semejantes crímenes, y lanzó, desde Cotagaita, una vibrante protesta contra los excesos del tirano: "El estallido del dolor —decía— cuando es justo, no debe reprimirse; su expansión es más bien provechosa cuando puede favorecer el desarrollo de esas indignaciones bienhechoras que regeneran el vigor amortecido de los pueblos. En la hora del supremo peligro, en la hora de las grandes catástrofes, las sugestiones de la calma y la moderación no pueden escucharse: propensiones del miedo, inspiraciones del egoísmo, todos estos narcóticos del alma proscriben la pasión, esa madre fecunda de las acciones generosas; ahogan el sentimiento que es la vida, en la palabra que vibra y que conmueve; matan la convicción que es el alma, en la palabra que afirma y que persuade. Así lo comprendemos, por esto hablamos claro y todos preguntamos: ¿Con qué derecho impera Melgarejo?, ¿con qué derecho roba, con qué derecho mata?, ¿qué objeto se propone, adónde se encamina?, ¿lo sabe acaso nadie, lo sabe acaso él mismo?

"¡Execrable bandido! Yo quisiera entregar tu nombre maldecido a la abominación del universo todo si pudiera, pero que llegue al menos como signo de oprobio, de horror y de vergüenza para todos aquellos que perciban el eco gemebundo del quejido que hoy arroja nuestro intenso dolor al soplo de los vientos".

Ballivián viajó, en 1869, a Londres y allí le sorprendió el nombramiento de cónsul general de Bolivia, en la Gran Bretaña e Irlanda, enviado por Melgarejo, habiéndole respondido lacónicamente: —"Devuelvo a Ud. ese nombramiento que no puedo aceptar". Allí, más tarde, recibió el llamado de sus conciudadanos para que se hiciera cargo de la presidencia de Bolivia.

Una vez en el país, asumió el poder. Pero en enero de 1874, al sentir que declinaba su salud, al adivinar quizá su próximo fin, expidió, en Sucre, un decreto resignando el mando supremo en manos de Frías, y se retiró a descansar en el campo. Expiró el 14 de febrero de 1874, en la misma habita-

ción, de la hacienda *Ñuccho*, donde, 46 años antes, había ido a curar sus heridas el Mariscal Sucre.

GENERAL JOSÉ MANUEL PANDO
(1848 - 1917)

A partir de 1874, se sucedieron los gobiernos de Frías y Daza, primeramente. Vino en seguida la guerra del Pacífico. Y luego pasaron por el gobierno los señores Narciso Campero, Gregorio Pacheco, Aniceto Arce, Mariano Baptista y Severo Fernández Alonso. En la administración de este último, estalló la revolución federal (1898).



La Convención Nacional instalada a raíz del triunfo de las armas federales, eligió presidente constitucional de la República al general José Manuel Pando, militar de larga y meritoria actuación.

Pando nació en la pintoresca villa Luribay, capital de la provincia Loaiza, el 27 de diciembre de 1848. Al cumplir sus cinco años, sus padres, don Manuel Pando y doña Petrona Solares, lo llevaron a la ciudad de La Paz. Estudió en el colegio Seminario, donde obtuvo el título de bachiller en letras a los 16 años de edad.

Preparábase para iniciar estudios universitarios, cuando estalló la revolución popular de 1865, acaudillada por el general Casto Arguedas, contra Melgarejo. Pando se enroló en las filas juntamente con casi toda la juventud de La Paz. Combatió en Letanías, y al ser derrotado el ejército constitucional, se retiró a Luribay, al lado de sus padres. En marzo de 1866, ingresó en la Facultad de Medicina, cursando hasta el 6º año; pero nuevamente se vió obligado a interrumpir sus casi concluídos estudios para tomar parte en la sangrienta revolución del 15 de enero de 1871, en que fué derribado el tirano del sexenio.

Esta vez, su ingreso en el ejército fué definitivo. Por entonces contrajo matrimonio con doña Carmen Guarachi. Obtuvo sus grados militares por merecimientos personales, hasta el de teniente coronel (1875). Cuando llegó Daza al poder, se negó a continuar en la carrera, y "arrinconando" su espada en señal de protesta, se fué al valle de Araca, donde se dedicó a las faenas agrícolas.

Es en esta situación que, en 1879, le sorprendió la guerra con Chile. Fué uno de los primeros en alistarse en el ejército. Asistió a los combates y bombardeos del puerto de Arica producidos en los últimos días de febrero de 1880. Viajó en seguida a Panamá para recibir una importante partida de armamentos destinados al Ejército Aliado. El cumplimiento de esta misión, le valió felicitaciones y aplausos de la prensa y de los gobiernos de Bolivia y el Perú. Tomó parte en la batalla del Alto de la Alianza, al frente de sus baterías del Regimiento Artillería de Montaña, hasta caer herido.

Fué un militar sobresaliente y un hábil escritor humorístico. La política lo tomó a partir de 1884. Colgada otra vez su espada, se dedicó a la ingeniería y al negocio de minas. Fué diputado, senador y candidato a la vicepresidencia de la República. Tenazmente perseguido por opositor al gobierno de Pacheco, fué apresado más de una vez y deportado a la región Ixiamas, de donde pudo salir navegando los ríos Beni y Madera, después de haber realizado notables estudios y exploraciones. Luego hizo una gira por la América del Sur, recorriendo el Brasil, las Antillas, Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú.

Por decreto legislativo de 26 de octubre de 1891, se le encomendó el estudio de los ríos Tejeque e Inambary, la determinación geográfica de los ríos Hundumo y Madidi, la exploración del Inambary hasta su con-

fluencia con el Madre de Dios, así como el levantamiento de cartas geográficas de esas regiones, desconocidas hasta entonces. En 1894 fué designado Jefe y Comisario demarcador de límites con el Brasil.

Concluída su misión, Pando acaudilló la revolución federal de 1898, y al siguiente año fué designado presidente de Bolivia para el período de 1900 a 1904. Consagrando su inteligencia a las labores administrativas, construyó el primer ferrocarril nacional, de Guaqui a La Paz; fomentó las industrias y llevó a cabo obras de positivo progreso. Inició la Escuela Normal de Agricultura y Ganadería en Cochabamba; fundó el Colegio de Ingeniería Civil y de Minas en Oruro y el Observatorio Astronómico de Sucre; estableció, en La Paz, el Colegio Militar, la Escuela Superior de Guerra y la Escuela de Clases; fundó la Intendencia de Guerra y organizó el ejército sobre bases científicas y modernas. Cuando aun no había terminado su plan de gobierno, sobrevinieron los sucesos del Acre y tuvo que interrumpirlo para ir a defender aquellas codiciadas regiones de la patria.

Cumplido su período presidencial, transmitió el mando supremo, en agosto de 1904, al general Montes, y siguió prestando sus servicios al país como Delegado Nacional en el Noroeste, luego de haber sido elevado al rango de mayor general. Desempeñó nuevamente las funciones de Jefe de la Comisión demarcadora de límites con el Brasil, en 1907; fué director del Colegio Militar, en 1908, y finalmente jefe del Estado Mayor General.

En los últimos años de su vida, vivió apartado de la vida pública. El Perú le había otorgado, en 1912, el grado de general de brigada de su ejército, y el pueblo le amaba como a un verdadero patricio.

Pando fué lo que se llama un hombre de carácter: inquebrantable en sus resoluciones, de criterio recto, delicado y circunspecto. "Nunca le han envanecido el poder ni sus prestigios personales, ni ha hecho ostentación de ellos, porque su carácter fué siempre modesto". Serio en su manera de ser, casi reconcentrado, culto, muy estudioso, de vasta ilustración y de competencia extraordinaria en materias geográficas y militares. Perteneció a varias sociedades científicas.

Tuvo una muerte trágica a la edad de 69 años, pues fué bárbara y misteriosamente asesinado el 15 de junio de 1917, en el caserío del *Kenko*, a 20 kilómetros de La Paz, cuando venía de Luribay.

GENERAL ISMAEL MONTES
(1861 - 1933)

La figura de don Ismael Montes se alza en el cuadro de los gobernantes bolivianos con relieves excepcionales. Su nombre fué admirado al iniciarse la guerra de 1879, para luego adquirir mayor resonancia en los comienzos del siglo actual, desde que



comenzara a tomar parte activa en la política.

Nació el 5 de octubre de 1861. Hizo sus estudios en el Seminario y concluyó su bachillerato a los 16 años de edad. Cuando cursaba el segundo año de la Facultad de Leyes, tuvo que trocar el libro por el fusil, para marchar en defensa de las costas de Bolivia, invadidas en 1879. Fué soldado del regimiento "Murillo", que comandaba su padre, el coronel Clodomiro Montes.

Cayó prisionero en la batalla del 26 de mayo de 1880 y fué internado en el campo de concentración de San Bernardo (Chile), juntamente con su padre. Estuvo cautivo más de un año. Vuelto al país, le dieron el grado de teniente, y luego el de capitán. Permaneció en el ejército hasta 1884, año en que se firmó el tratado de tregua con

Chile. Pidió entonces su retiro, que no le fué aceptado sino después de repetidas solicitudes.

Vuelto a la vida civil, se reincorporó en la Universidad. Acogiéndose a una reciente ley, pudo rendir en un solo año los exámenes de tres cursos que le faltaban para concluir sus estudios. En 1886, graduóse abogado. "La espada reposaba en un rincón del bufete junto a los empolvados libros sobre arte militar, para dar paso a la pluma, a los códigos y a los ya amarillentos anuarios por el uso del tiempo".

Desde ese momento, Montes comenzó a luchar en el bufete "para ganarse la vida y vivir independientemente". Pronto pasó a regentar la asignatura de Derecho Civil, tomando un honroso asiento en el Colegio de Abogados como redactor de la *Revista Jurídica*. Fiel a sus ideas liberales, abrió campaña franca y valiente, mediante la pluma, contra los desmanes de los gobernantes, que le hostilizaron con arrestos, persecuciones, confinamientos y destierros.

Contrajo matrimonio con doña Bethsabé Montes, prima suya, dama que supo realzar aún más su existencia alentándole y colaborando con él en las horas difíciles. Por entonces fundó el diario liberal *Ecos Libres*, al mismo tiempo que hizo oír, desde la tribuna parlamentaria, su palabra de gran político y organizador.

Hacía 13 años que había abandonado la carrera militar. Pero ahora, sucesos graves que amenazaban la estabilidad y la paz de la República le obligaron a tomar otra vez su sitio en el ejército. Aprestóse para defender la bandera levantada por el pueblo paceño al invocar el régimen federal. Ascendido a coronel y designado Jefe del Estado Mayor del Ejército, dirigió el combate del Segundo Crucero, librado el 10 de abril de 1899.

Montes, el político, actuó definitivamente desde 1899. Cuando asumió la responsabilidad de un ministerio, tenía 38 años de edad. Su aspecto físico delataba una constitución robusta, que no era sino aparente, pues, en realidad, era de naturaleza débil. Las personas que le trataron de cerca, han resumido así sus rasgos psicológicos: un asombroso dinamismo para el trabajo y una indomable energía para enfrentar los contratiempos.

"Montes —dice Arguedas, quien trabajó en París como su secretario—, era un hombre estricto, laborioso, aplicado, suave de maneras y de lenguaje, fino, condescendiente dentro de su inflexibilidad para imponerse obligaciones y, como ejemplo, imponerlas a los dos secretarios que trabajábamos con él".

"Montes tenía una vehemencia de carácter muy pronunciada —dice su biógrafo Zalles—; pero a la vez sometido a un enérgico control. Con un organismo débil, tenía en cambio una fortaleza espiritual y nerviosa (que otros llaman carácter), admirable. Enfermo, pálido, dejaba el lecho no para entregarse a trabajos de escritorio sino para atravesar, llevando su equipo y sustento, como si fuera simple soldado, la manigua del Acre."

El límite asignado a estas páginas, no permite describir con alguna amplitud su acción como Ministro de la Guerra y como conductor de tropas durante la revolución separatista en el territorio acreano. Es más urgente presentar un cuadro sintético de su amplísima labor de gobernante.

Al terminar el período presidencial del general Pando, treinta y dos mil ciudadanos eligieron a Montes para que le sucediera. Y éste gobernó de 1904 a 1909, habiéndosele prorrogado un año su mandato por fallecimiento del candidato electo, don Fernando Eloy Guachalla. Sus máximas preocupaciones fueron la *instrucción*, el *ejército* y la *vialidad*. Puede decirse que Montes fué el verdadero organizador del ramo educacional, ya que hasta entonces el país carecía de escuelas, de métodos, de programas. En el ramo de defensa, ni el ejército ni el país podrán jamás olvidar la labor de Montes y su celo por hacer de la fuerza armada una institución casi perfecta; a él le cupo

crear el Estado Mayor General e implantar el Servicio Militar Obligatorio. Por lo que respecta a la política vial, habrá de bastar con la mención de estos datos: cuando se hizo cargo de la presidencia, contaba el país con 584 kilómetros de líneas férreas; y al terminar su mandato, con más de mil kilómetros (Oruro-Viacha, Oruro-Cochabamba, Villazón-Uyuni), en explotación o en construcción.

Es, pues, justo que hubiera podido decir, con orgullo, en uno de sus últimos mensajes al Congreso: "He iniciado la reconstrucción de Bolivia mediante la construcción de una red de ferrocarriles; he levantado la cultura nacional dando amplios y dilatados horizontes a la instrucción pública; he formado el crédito nacional y he hecho de la milicia una institución".

En 1913, asumió el mando supremo por segunda vez, y en 1917 lo entregó a su sucesor, don José Gutiérrez Guerra. Esta vez, pudo decir también: "No creo haber realizado un trabajo mayor a los que efectuaron los mandatarios que me han precedido en el gobierno; pero abrigo la seguridad de no haber sido inferior en la tarea y en la inspiración patriótica, al más eminente de todos ellos".

Perseguido por los gobiernos posteriores, Montes vivió proscrito hasta que, al estallar la guerra del Chaco, corrió a la "cabecera de la madre enferma". Cuando, en 1933, las operaciones militares se desarrollaban desastrosamente, el presidente Salamanca le confió la cartera de Guerra; pero antes, sobreponiéndose a sus achaques y su avanzada edad, partió al "infierno verde" para convencerse personalmente de la situación. Ante el clima enervador, cedió su organismo, y tuvo que volver a su hogar gravemente enfermo, donde falleció el 18 de noviembre de 1933.

El gobierno de este gran estadista y gran patriota, fué uno de los más fructíferos para Bolivia. Se ha dicho de él, y con sobrada justicia, "hombre múltiple, perfecto ciudadano y flor de la raza", y puede añadirse que Santa Cruz, Ballivián y Montes constituyen las tres columnas sobre las que se afirmó la nacionalidad.

DOCTOR BAUTISTA SAAVEDRA
(1869 - 1939)

Para oponerse al partido liberal, dominante desde 1899, el año 1914 nació en Bolivia un nuevo partido político: el "Republicano". A los seis años de vida opositora, el 12 de julio de 1920, consumó una revolución. Su jefe nato, el doctor Bautista Saavedra, llegó así al poder, derrocando al presidente Gutiérrez Guerra, y, con él, al liberalismo. Organizada una Junta de Gobierno, convocó a una Convención Nacional para que constitucionalizara el país.



El parlamento eligió Presidente de la República a Saavedra, miembro de la Junta, quien asumió el mando supremo el 26 de enero de 1921, cuando había cumplido 52 años de edad; pues nació en La Paz, el 30 de agosto de 1869. Hijo de don Simón Saavedra y de doña Josefa Mallea, heredó del primero sus dotes intelectuales y de la segunda la energía de carácter. Después de realizar sus estudios en el colegio Seminario, los completó en la Facultad de Derecho.

Inmediatamente después de haberse graduado, obtuvo por concurso las cátedras de Filosofía y Derecho Penal en la Universidad. Allí comenzó a mostrar su privilegiado talento y sus capacidades de líder.

Sobresalió también como periodista y escritor. Sus publicaciones más importantes son *El Ayllu*, interesante estudio sobre las primitivas instituciones sociales aima-

ras, y *La Democracia en nuestra Historia*, sesuda discriminación de nuestra vida política. Dejó inédita —publicada posteriormente— su importante obra intitulada *El último jirón de la Patria*, que es un magistral estudio político-militar de la campaña del Chaco y de las gestiones de paz con el Paraguay. Otras publicaciones suyas, tocando fundamentales cuestiones nacionales, sirven de consulta y guía.

"De regular estatura —dice su biógrafo Zalles—, más grueso que delgado, los ojos diminutos, perdidos en su faz voluminosa y casi redonda; de nariz pequeña y labios un poco protuberantes, Saavedra no era ciertamente un buen mozo y aún siendo lo que llamaríamos feo, era simpático y de no ingrato aspecto. Atildado para el vestir, tenía modales un tanto bruscos y era agrio en los juicios y respuestas que formulaba."

Saavedra fué un erudito: filósofo, sociólogo y cultor del arte. Dinámico, de energía muy grande y perseverante en sus actividades como catedrático, como escritor, como diplomático y sobre todo como gobernante. Luchador infatigable, especialmente en la oposición, su pluma fué demoledora. Fundador del partido Republicano, del cual fué uno de sus caudillos, trabajó tenazmente para destruir al partido Liberal.

Su carácter se refleja en los siguientes conceptos emitidos en una carta política escrita a uno de sus correligionarios, poco antes de su muerte: "No hay que desmayar. La perseverancia, que es la virtud que nos falta, debe ser la fuerza milagrosa de una renovación próxima. El carácter consiste en eso: en perseverar y no cejar en una idea, en un plan, en una acción".

En 1903, después de haber prestado sus servicios en el Ministerio de Relaciones como Jefe de la Sección de Límites, viajó a España en misión oficial: a estudiar y documentarse en el archivo de Simancas con respecto de nuestras controversias de límites con el Brasil, el Paraguay y el Perú. Entre 1907 y 1908, fué abogado de Bolivia ante el árbitro argentino nombrado para dirimir nuestro conflicto con la última de las naciones citadas. En 1909, ministro de Justicia e Instrucción Pública; y en 1912, representante diplomático en el Perú. Senador por La Paz, en 1914, diputado por Potosí, en 1918. Finalmente, elegido Presidente de la República, su labor fué fecunda a pesar de la tenaz y acrecida oposición política con la que tuvo que luchar durante su administración. Firmó con la Argentina el tratado de límites acordado por los diplomáticos Carrillo-Diez de Medina; realizó varias gestiones tanto ante la Liga de las Naciones como ante el gobierno de Estados Unidos pidiendo la revisión del tratado de 1904, con Chile; aprobó la transferencia de un millón de hectáreas de la Compañía Richmond Levering a la Standard Oil, etc.

En otros ramos: contrató el gran empréstito americano Niccolaus, que obligó a crear la Comisión Fiscal Permanente como control de las rentas de Bolivia; inauguró, el 10 de mayo de 1924, el tramo ferrocarrilero Tupiza-Villazón y concluyó el camino carretero Villazón-Tarija, que salvaron en parte las dificultades de la guerra con el Paraguay; fundó varios fortines en el Chaco y organizó la colonia militar de Fortín Campero; firmó una convención con la Argentina para la construcción del ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz. Durante su administración fué pavimentada La Paz, se estableció su red de alcantarillado e intensificó la arbolización de sus plazas y avenidas. Es innecesario añadir que todas estas obras fueron realizadas con fondos departamentales. En cambio, cometió el error de paralizar la construcción del ferrocarril La Paz-Beni, por los Yungas, habiéndolo dejado a 55 kilómetros de la ciudad.

Habíase trazado un amplio plan de obras en todo el país; pero no le permitieron trabajar sus adversarios políticos. Así explica la amarga queja que lanzara en su último mensaje presidencial: "Había entrado a la política con ideales patrióticos; había ido al poder con las mejores intenciones; pero no encontré en mi camino sino odios, egoís-

mos, vanidades, cobardías. Y no pude menos que convencerme que un hombre de gobierno no es lo que sus mejores aspiraciones le inclinan a ser, sino lo que el país, su cultura, las pasiones que se agitan en él, su grado de moralidad, le obligan a ser".

El año 1939, residía en la capital chilena. Aquejado por una afección hepática, habíase sometido a una ligera intervención quirúrgica; pero su destino llegaba a su fin. Veinticuatro horas más tarde, el 1º de marzo, Saavedra expiró pronunciando estas palabras: "Jesús, recíbeme en tu seno". Antes había expresado, en una carta particular, presintiendo el desenlace: "Encargo que perdonen a mis enemigos como lo hice yo".

Trasladado el cadáver del gran caudillo a la ciudad de su nacimiento, fué sepultado, con gran congoja, el 23 de marzo.

Al concluir el período del doctor Saavedra, fué elegido mandatario de la República don José G. Villanueva. Conveniencias de orden político determinaron la anulación de las elecciones y la deportación del sucesor presidencial.

DOCTOR FELIPE SEGUNDO GUZMÁN
(1879 - 1932)

Saavedra entregó el mando supremo al presidente electivo del Senado, doctor Felipe Segundo Guzmán, quien fué ungido presidente provisorio en agosto de 1925, habiendo gobernado en tal carácter hasta enero de 1926, cuando entregó la Presidencia al doctor Hernando Siles.

Don Felipe Segundo Guzmán nació en Luribay el año de 1879, cuando se desarrollaba el drama del Pacífico, consumándose el enclaustramiento de Bolivia.

De una escuela particular, donde aprendiera las primeras letras, pasó al colegio nacional Ayacucho, y de éste a la Universidad para estudiar leyes. Su vocación lo llevó a la docencia, rama dentro de la cual dirigió la Escuela de Comercio, de La Paz, así como la Escuela Normal de Maestros del Altiplano. Ocupó el rectorado de la Universidad de Oruro; fué profesor de Economía Política en la Universidad de La Paz. Viajó a Europa como secretario de la Comisión especial de estudios educacionales, encargada de aplicar, a su regreso, nuevas normas en la enseñanza. Para aplicar sus observaciones, fundó los jardines de niños y creó los cursos de repetición. Sostuvo in-



teresantes polémicas sobre temas pedagógicos con el pedagogo belga señor Georges Rouma.

Fué diputado y senador por La Paz. El presidente Saavedra le confió primero la cartera de Relaciones y Culto y luego la de Instrucción y Agricultura, en 1923. Finalmente, llegó a ser presidente provisorio de la República.

Como hombre de letras, publicó importantes obras, entre las que se pueden citar *El problema pedagógico en Bolivia*, *Informaciones sobre la educación en Europa* y *La educación del carácter nacional*.

Periodista y hombre de ideas radicales e independientes, fundó el diario radical *El Hombre Libre*, en cuyos editoriales reflejó sus ideas avanzadas sobre temas de todo género.

En junio de 1932, una violenta y repentina enfermedad lo llevó a la tumba cuando apenas contaba 53 años de edad.

DOCTOR JOSÉ LUIS TEJADA SORZANO
(1882 - 1938)

Después del doctor Guzmán, hasta 1934, se sucedieron los gobiernos de los ciudadanos Hernando Siles, Carlos Blanco Galindo y Daniel Salamanca.

A fines de 1934, cuando el presidente Salamanca realizaba un viaje de inspección a la zona de operaciones del Chaco, fué apresado en Villa Montes y depuesto por un grupo de militares que formaban el Comando Superior en Campaña.

Como la situación internacional del momento era grave y el curso de la campaña desastroso, los militares no quisieron asumir las responsabilidades de aquella hora. Prefirieron encomendar los destinos del país, invocando la Constitución, al vicepresidente doctor José Luis Tejada Sorzano, quien asumió el mando supremo el 30 de noviembre del referido año.



Tejada se esforzó por mantener al país en una situación económica que le permitiera continuar la campaña. Hizo cuanto pudo por dar el mayor impulso a la guerra, decretando la movilización general y tomando varias otras medidas para corregir los errores acumulados por el anterior gobierno. Pero cuando vió que la guerra se tornaba cada día más difícil, que el país estaba ya cansado y que no era posible pensar en la victoria, decidió ir a la paz. Aceptó las sugerencias del canciller argentino Saavedra Lamas para poner fin a la campaña. La Argentina, notando también que el Paraguay había llegado al límite de su capacidad militar, empleó sus influencias diplomáticas para ir a un armisticio.

En un año y medio de administración, no pudo el presidente Tejada Sorzano efectuar obras materiales de importancia. No podía. Ni los recursos económicos, ni la situación política, ni la internacional permitían dedicar la atención a otra cosa que no fuera derivada del Chaco. Empero tuvo la satisfacción de poner término a la sangrienta y tremenda guerra, como lo expresó él mismo en uno de sus discursos: "Nunca ambicioné para mi patria bien mayor que el de la paz por lo mismo que reconozco que la naturaleza ha sido pródiga para ella en dones de todo orden, que bajo su imperio la harán feliz. Nuestros corazones bolivianos están llenos de agradecimiento para todos los hogares que ostentan claros gloriosos por la ausencia de seres que no volverán más, pero que con el sacrificio de sus vidas han enriquecido el acervo espiritual de nuestra raza".

El doctor Tejada Sorzano había nacido en la ciudad de La Paz, en 1882, en un hogar distinguido y respetable, constituído por el doctor Napoleón Tejada y doña Josefa Sorzano, de noble estirpe. Supo distinguirse y llamar la atención desde muy niño. Al decir de Arguedas, condiscípulo y amigo suyo, José Luis era "un mozuelo rubio, de aspecto jovial pero algo tímido y retraído, era un estudioso aplicado, un activo y diligente colaborador en menudos menesteres domésticos". Por esto, frecuentemente, la abuela de Arguedas decía a éste y a sus amigos del barrio:

—"¡Ustedes deben ser como José Luis! ¡Ese sí que es un niño educado, trabajador, serio y. . . decente!"

Alumno de San Calixto, estudioso y cultor de los deportes, "sano de alma e incapaz de una deslealtad o de un acto incorrecto", pasó luego a la Universidad de San Andrés, donde se graduó de abogado en 1904.

Sus primeras inquietudes literarias las expuso en una de las secciones de "El Diario", intitulada "Palabras Libres"; después, en la revista *Puñado de Rosas*, fundada por don Alcides Arguedas. Viajó a Estados Unidos y a París donde perfeccionó sus estudios económicos y sociales; de allí pasó a Londres, ciudad cuyas características pare-

cían más acordes con su temperamento y su disciplina interior.

Vuelto al país al cabo de tres años, se dedicó a los negocios industriales y bancarios, hasta el momento de iniciarse en las inquietudes políticas, "que no fueron nunca para él ganancia, lucro y, menos, combinación ni negocio. Fué deber, sacrificio, pena y duelo. Supo de las persecuciones y del destierro. Conoció ese andar errante, dolorido y penoso del que no se dobla, no se humilla ni menos tránsfuga".

Afiliado al partido Liberal, fué elegido, en 1916, diputado por la provincia Sud Yungas. Al otro año le tocó presidir la Cámara, cuando la sensacional sesión del 5 de diciembre, en que hizo su defensa el ex presidente Montes. En 1920, a raíz de la revolución que derrocó al régimen liberal, se alejó del país dirigiéndose a Estados Unidos.

En 1931, fué elegido vicepresidente de la República. Tres años después, el 27 de noviembre de 1934, se consumó el golpe de Villa Montes, que depuso a Salamanca. Tejada Sorzano fué obligado a asumir el mando supremo. Al decir del doctor Zalles, "costó muchísimo trabajo conseguir su aceptación, pues no quería de modo alguno figurar como uno de los derrocadores de su Jefe, lo que se consiguió después de conferencias y amenazas".

Dieciocho meses pudo gobernar este egregio ciudadano, ocultando su desdén por los honores de la función pública a que había sido llevado. Dispuesto siempre a retirarse a su hogar en cualquier momento. Según cuenta Arguedas, un día en que éste fué en busca de su amigo, Tejada le dijo señalando la percha donde tenía colgados su sombrero, su bastón y sus guantes:

—"¿Ves? Es todo lo que tengo aquí de mío. Cualquier momento puedo irme a mi casa..."

Y así fué. En la tarde del 17 de mayo de 1936, cuando iba a ser apresado por el mayor Germán Busch, se asiló en la legación peruana, desde donde pudo enviar su renuncia, y volvió a su casa "sereno, pero profundamente amargado y ensombrecido".

El doctor Tejada Sorzano era un destacado intelectual, estadista culto, hábil político y un hombre de mundo. Tenía la elegancia de un patricio, y eso era en el fondo: un gran señor. Su devoción por la patria fué inmensa.

El destino lo condujo fuera del país, para que exhalara el último suspiro. Falleció el 4 de octubre de 1938, en el puerto de Arica.

GENERAL ENRIQUE PEÑARANDA CASTILLO (1891)

Después del golpe de estado contra el presidente Tejada Sorzano, se apoderó del gobierno el general David Toro, el cual, a su vez, fué derrocado por el mayor Busch mediante otro golpe idéntico, el 14 de julio de 1937.

Busch, proclamándose dictador, gobernó hasta el 23 de agosto de 1939, fecha de su fallecimiento. Entonces asumió el mando otro militar: el general Carlos Quintanilla, quien tuvo el buen sentido de convocar a elecciones para constitucionalizar el país.

Los partidos políticos de derecha, coaligados, lanzaron e hicieron triunfar la candidatura del general Enrique Peñaranda, "como una transacción entre el civilismo y el militarismo".



Quintanilla entregó las insignias presidenciales a su sucesor el 15 de abril de 1940.

Peñaranda desenvolvió una política tranquila durante los dos primeros años. Eran momentos de una gran bonanza económica debida a la demanda de minerales con motivo de la guerra mundial. Pero el gobierno no supo aprovecharla oportunamente. Su programa se redujo a suscribir algunos tratados con el Brasil y la Argentina sobre ferrocarriles, basándose en la "política de contactos"; a entrar en transacciones con la Standard Oil, indemnizándole con un millón setecientos cincuenta mil dólares, y a realizar un viaje de turismo a los Estados Unidos, invitado por el presidente Roosevelt.

A fines de 1942, estalló una huelga en los minerales de Catavi, que fué reprimida sangrientamente, dando lugar a que los partidos opositores intensificaran su violencia y su oposición hasta crear en el país un clima revolucionario, que tuvo su culminación el 20 de diciembre de 1943. Peñaranda fué apresado por un grupo de oficiales jóvenes del ejército que se había levantado en armas, y lo deportaron a Arica.

El general Peñaranda nació en la hacienda Porobaya, del cantón Chuchulaya, en Larecaja, el 17 de noviembre de 1891, habiendo sido sus padres don Teodosio Peñaranda y doña María del Castillo.

Ingresó en el colegio Militar, siendo promovido al grado de subteniente en 1910. La mayor parte de sus servicios los prestó en los fortines del Chaco, y cuando sobrevino la guerra con el Paraguay, tuvo una actuación destacada como jefe de regimiento, comandante de destacamento, en el comando de la Cuarta División y del Primer Cuerpo de Ejército y, por último, como General en Jefe del Ejército. Intervino en los combates de Yujra y Arce, en la defensa del Kilómetro siete y, finalmente, en la histórica rendición del Campo Vía, donde su decidida actuación salvó de caer prisioneros a más de dos mil quinientos hombres.

Es, precisamente, en mérito de esta última acción que fué ascendido al grado de general de brigada y nombrado Comandante en Jefe del Ejército, en diciembre de 1933, cargo que desempeñó hasta enero de 1938. Al concluir la campaña, en junio de 1935, le fué otorgado el grado de general de división.

Se mantuvo alejado del ejército hasta octubre de 1939, en que fué llamado por el presidente Quintanilla para que se hiciera cargo de la cartera de Defensa Nacional, la que renunció al ser proclamado candidato a la presidencia de la República.

En marzo de 1940, fué elegido Presidente Constitucional, cargo que desempeñó hasta el 20 de diciembre de 1943.

NÉSTOR GUILLÉN
(1891)

Cúpole ejercer la presidencia de la Junta de Gobierno de 1946 en los momentos más dramáticos de nuestra historia del último medio siglo.

El pueblo había vencido, derrotando a los hombres encaramados en el poder con la complicidad de las fuerzas armadas del país. Pero en el momento que supo de su victoria, cuando los conculcadores huyeron frente a esa masa indignada e invencible



que imponía su opinión después de haber pasado por las hogueras del sacrificio, vino el desconcierto. ¿Dónde estaba el hombre llamado a hacerse cargo del Gobierno?

Es inútil decir que los políticos hicieron su aparición en escena para ver de qué lado soplaban las auras. Pero el pueblo supo orientarse instintivamente. Pese al vértigo de la hora y al espectáculo sangriento sobre el cual se había erguido, salió sin vacilar del caos. No echó de ver a los hombres, sino a la institución que, en La Paz, mantuvo el imperio de la ley frente a los rabiosos desmanes de la dictadura: la Corte Superior de Justicia.

¿Quién dió la idea? Nadie sabría decirlo. Fué el pueblo. El pueblo paceño: síntesis del genio de una raza.

Tan pronto dicho como hecho: las estaciones de radio difundieron su voz por toda la urbe convulsionada; los revolucionarios se desperdigaron en pos de los vocales de la Corte Superior para entregar a su discernimiento el gravísimo problema político y social de aquel instante. No tardaron en llevar al doctor Néstor Guillén, Decano de la Corte, al Palacio de Gobierno.

Es así cómo este magistrado de intachable actuación profesional y de vida austera, llegó a ocupar la presidencia de la República el 21 de julio de 1946. Repitamos: cúpole una hora por mil razones excepcional y difícil. El más pequeño descuido habría sido fatal para la existencia del país. Requeríase talento, tenacidad en la acción y una gran serenidad para sortear las mil dificultades levantadas al paso. Pues bien, el doctor Guillén mostró poseer todos estos recursos y cumplió en forma admirable la tarea de establecer el equilibrio después del tremendo remezón que sacudió el espíritu nacional.

Para aquellos momentos, el programa no podía ser sino uno: el que se acaba de enunciar. Devolver el pueblo a su cauce normal, restablecer las instituciones democráticas, sustituir el estado de beligerancia por el de la tranquilidad; en suma, salir del caos. Es eso lo que realizó el doctor Guillén en los pocos días de su gobierno. Para ello lanzó aquel documento que, con el título de Declaración de Principios, vino a sintetizar el ideario de la revolución de julio de 1946, el cauce por el cual habrían de encaminarse las instituciones bolivianas y la posición de gobernantes y gobernados frente a las realidades post-revolucionarias.

Para una mejor organización de la administración pública, declaró vacantes los cargos, con excepción de los del Poder Judicial, porque no siendo el alzamiento popular del 21 de julio un movimiento revolucionario en su sentido medular institucional, sino más bien en defensa del orden constitucional, no afectaba al Poder Judicial, órgano delegado de la soberanía para administrar justicia, sino a los poderes u órganos de origen popular: Legislativo y Ejecutivo.

Resolvió también socorro y asistencia a los heridos y familiares de los caídos en la jornada del 21 de julio, sin distinciones, y tomó todas las medidas requeridas por la urgencia del caso.

Don Néstor Guillén nació en La Paz el 28 de enero de 1891. Hizo sus estudios en el colegio nacional "Ayacucho" y en la universidad de "San Andrés" hasta obtener el título de abogado. Desempeñó diversas e importantes funciones públicas, principalmente en el ramo judicial. Varias veces designado por el Poder Legislativo ministro de la Corte Suprema de Justicia, declinó el cargo por razones institucionales. Su carrera puede ser calificada, sin vacilar, como una de las más limpias entre los grandes abogados de Bolivia.

DOCTOR WALDO BELMONTE POOL (1897)

Durante la ausencia del general Peñaranda, cuando éste realizaba su excursión por algunos países de la América, hízose cargo de la presidencia de la República el doctor Waldo Belmonte Pool, político joven y de excepcionales virtudes. Su limpia trayectoria, su espíritu sencillamente asequible a todos y su inalterable serenidad,

han hecho de él un hombre de profundos arraigos en el pueblo y de simpatías aun en las filas adversarias. Es caso singular el suyo, y vale la pena subrayarlo. A su paso por en medio de la política, que es pasión, no se despertaron los odios ni los rencores. Es verdad que fué perseguido,



muchas veces confinado y deportado, particularmente durante los períodos de Busch y Villarroel; pero él supo mantener tan alta su dignidad, que jamás le fué lanzada una sola de las injurias que generalmente llueven sobre los políticos.

Don Waldo Belmonte Pool nació en Apolo, provincia Caupolicán, el 16 de mayo de 1897, siendo sus padres don Guillermo Belmonte Ferrufino y doña Flora Pool. Sus estudios superiores realizólos en Santiago de Chile, en la Universidad del Estado.

A su regreso al país, se incorporó en el Partido Republicano Socialista, en el cual permanecería firme a través de todas las peripecias, debiendo considerársele el legítimo continuador de la obra de don Bautista Saavedra y el heredero de su ideología.

Entre los años 1926 y 1928, desempeñó el cargo de secretario de la Legación de Bolivia en el Uruguay y el de Encargado de Negocios, correspondiéndole, en consecuencia, representar a Bolivia en la Convención Gondra, en que se solucionó el conflicto con el Paraguay a raíz del asalto al fortín "Vanguardia".

Fué muchas veces llevado al Parlamento, como diputado o como senador. También al Concejo Municipal, el que lo designó su presidente. Se recuerda su actuación como alcalde de La Paz durante el primer año de la guerra del Chaco, por algunos rasgos que señalaron surco histórico. A fines de octubre de 1932 la Municipalidad sirvió de asilo al Congreso Nacional, cuando el pueblo, indignado por los trajines políticos de los representantes nacionales, clausuró el palacio legislativo. El Concejo había declarado ya, mediante voto expreso, que el presidente de la república, señor Salamanca, se hallaba inhabilitado para gobernar, a causa de la mala conducción de la guerra. En esos mismos días, cuando el espíritu popular sufría los más tremendos desgarrones a causa de esta tragedia, la resolución gubernamental de trasladar un monolito de Tiahuanacu a La Paz, con el fin de colocarlo en uno de sus parques estilizados, dió pábulo a tan grandes discusiones de parlamentarios, periódicos y partidos, que acabó derivando en una grave desavenencia entre el Gobierno y la Municipalidad. El primero quiso imponerse; pero el Alcalde, por entonces don Waldo Belmonte Pool, hizo respetar la autonomía del ramo municipal.

Belmonte Pool, además, logró sanear totalmente las rentas del Municipio de La Paz, de tal suerte que al sucesor le fué posible contratar un gran empréstito para obras públicas.

Cuando, el año 1939, se efectuó la Convención de tres partidos políticos importantes que formaron la Concordancia, el nombre de Belmonte Pool fué propuesto, por el señor Demetrio Canelas, para candidato a la Presidencia de la República; pero él rehusó el ofrecimiento, proclamando, más bien, el del general Peñaranda.

Elegido constitucionalmente éste, cuando resolvió viajar a Norteamérica, Belmonte Pool era presidente del Senado, correspondiéndole, por consiguiente, asumir el mando supremo de la Nación con carácter interino. Alrededor de tres meses cúpole desempeñarlo. No era un período como para reali-

zar obras de largo alcance. Empero fueron dictados diversos decretos y promulgadas leyes de importancia.

Posteriormente, intervino en la fundación del Frente Democrático Antifascista, que entablaría desigual lucha con la dictadura de Villarroel.

Y cuando se produjo la revolución del 21 de julio de 1946, Belmonte, recién llegado de uno de sus confinamientos, participó activamente en ella.

Actualmente, es senador por La Paz y munícipe.

DOCTOR TOMÁS MONJE GUTIÉRREZ
(1886)

Los revolucionarios que habían derrocado a Peñaranda, encomendaron la presidencia de la República al mayor Gualberto Villarroel, bajo cuyo régimen soportó el país, durante 30 meses, una de las más secantes tiranías que registra su historia. El 21 de julio de 1946, el pueblo de La Paz enarboló el pendón revolucionario y consumó una sangrienta vindicta con el tirano. Organizó en seguida, el mismo pueblo, un gobierno democrático presidido por el doctor Tomás Monje Gutiérrez, presidente de la Corte Suprema Superior de Justicia de La Paz.

El doctor Monje nació en Coroico, el 21 de diciembre de 1886. Obtuvo el título de abogado en la universidad de "San Andrés", ejerciendo su profesión con una probidad ejemplar.

Se inició en la política en 1920, concurriendo a la Convención de dicho año como representante de su provincia. Lo reeligieron en 1923, por haber defendido patrióticamente los intereses del ferrocarril La Paz-Beni, por Yungas, iniciando con tal motivo una tenaz oposición a la política seguida por el presidente Saavedra. Líder de la oposición parlamentaria, en compañía de otros representantes sostuvo varias interpelaciones a los ministros con diversos motivos.

En 1925, obtuvo, en ruda lucha, su credencial de diputado por La Paz, juntamente con ese gran parlamentario y defensor de los derechos paceños que se llamó Abel Iturralde. Desde entonces tuvo que vivir a salto de mata, perseguido por el régimen imperante. También fué un ardiente defensor de las credenciales del presidente electo, Villanueva, cuando se discutía en las Cámaras su anulación.

Durante el gobierno del presidente Siles,



fué ministro de Instrucción y Agricultura, y como tal fundó, en Tarija, la Escuela de Agricultura y, en La Paz, la Academia de Bellas Artes.

Empero, cuando ya se insinuaban los planes prorroguistas en favor de Siles, el doctor Monje se puso frente a ellos. Fué confinado a Tarija, donde permaneció hasta julio de 1930. Volvió a La Paz después del triunfo de la revolución constitucionalista de dicho año, habiendo sido nombrado, por la Junta Militar, Fiscal de Gobierno, cargo que desempeñó hasta el año 1936.

En 1937, fué designado vocal de la Corte Superior de Justicia de La Paz, asumiendo la presidencia en septiembre de 1939. Durante estas funciones, descolló la figura del doctor Monje. En los negros días de la tiranía de Villarroel, tuvo una actuación valiente, con motivo de varios recursos de *Habeas corpus* presentados ante los tribunales de justicia. Y como era de esperar, su rectitud atrajo hacia él la hostilidad y las persecuciones del régimen de las logias militares.

Triunfante la grandiosa revolución del 21 de julio de 1946, fué llamado por el pueblo a desempeñar la primera magistra-

tura de la Nación. Durante ocho meses presidió un gobierno democrático, apoyado por todo el pueblo boliviano y cuando el 4 de marzo de 1947, se instaló el Congreso, dijo en su mensaje:

"Esta Junta de Gobierno que se apresta a entregar las riendas gubernamentales, a los verdaderos representantes de una democracia legalmente constituída, es la que encarna en este momento esas fuerzas populares que en el paroxismo de su exaltación patriótica, llegaron al heroísmo más grande, a la culminación de la jornada gloriosa". Y en otro pasaje: "la única forma de contribuir a la reconstrucción de la nacionalidad, es manteniendo siempre enhiesto el principio libertario que tonifica cualquier democracia, la de los tiempos pasados, de los actuales, y de los que vengan después, con todo su cortejo de conquistas sociales y políticas".

El 10 de marzo de 1947, este gran ciudadano se retiró a la paz de su hogar, después de haber cumplido un deber para con la Patria. Entregó el gobierno a su sucesor, sin haber querido lucir ni un solo día en su pecho las insignias presidenciales, "porque ellas, a su decir, sólo deben ser llevadas por los ciudadanos elegidos democráticamente por el pueblo", y no por quienes asaltan aquel sitial llevados por su audacia o por el estrépito de las armas.

DOCTOR ENRIQUE HERTZOG GARAIZABAL
(1897)

El doctor Monje Gutiérrez, deseoso de constitucionalizar el país, convocó al pueblo para que eligiera sus representantes y al futuro mandatario. Se presentaron como candidatos presidenciales dos ilustres ciudadanos paceños: los doctores Enrique Hertzog, apoyado por el Frente Democrático Antifascista, y don Luis Fernando Guachalla, por la lista Liberal y del Partido de Izquierda Revolucionaria.

Realizadas las elecciones, el 5 de enero de 1947, con la más absoluta libertad, triunfó el doctor Hertzog, por 44.077 votos contra 43.765 de su contendor. Puestos de acuerdo ambos personajes para resolver cuál de los dos asumiría la presidencia, ya que ninguno contaba con la mayoría absoluta de votos, el resultado fué la investidura del actual Mandatario.

El presidente Enrique Hertzog, nacido en la ciudad de La Paz, el 10 de noviembre de 1897, es hijo del que fuera notable químico



farmacéutico don Enrique Hertzog y de doña Eduviges Garaizabal, recientemente fallecida. Inició sus estudios elementales con algunos maestros particulares y en el colegio de San Calixto, donde se graduó bachiller en 1916. En 1925, después de obtener su título de médico en la Universidad de La Paz, viajó a Francia para ingresar al *Hospital Militar de Val.* de Graci, *Broca* y *des Enfants Malades*, de París.

Fué también Cónsul General en Francia. Volvió a Bolivia en 1927, y desempeñó durante diecisiete años el cargo de Director de la Escuela Médica.

El presidente Salamanca le designó, en 1931, prefecto de La Paz. Luego fué, en distintos gabinetes, ministro de Gobierno, de Instrucción y de Guerra. Asimismo, varias veces senador por La Paz.

Durante su vida política, sufrió persecuciones, confinamientos, destierros, apresamientos y vejámenes de parte de sus adversarios políticos, habiendo sido martirizado durante la tiranía de Villarroel, contra cuyo régimen luchó sin descanso, con el concurso de las fuerzas universitarias y populares, en el movimiento libertario del 21 de julio de 1946.


DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP

CONGRESOS
QUE HAN FUNCIONADO EN LA PAZ
PARLAMENTARIOS PACEÑOS NOTABLES

por

MOISÉS ALCÁZAR Z.

I

RESULTADO del desorden y la anarquía de los primeros tiempos, cuando la República debatíase en la epidemia de los cuartelazos y la prepotencia militar, las Asambleas legislativas se han reunido en diferentes puntos del extenso territorio boliviano.

Sucre, La Paz, Cochabamba, Oruro, y hasta un villorrio —Tapacarí—, fueron sede de los Congresos, Convenciones y Constituyentes, cuya misión primordial se concretaba a loar al vencedor y glorificarle por sus hazañas, para a poco estigmatizarlo con la misma pasión con que se lo había adulado antes.

Tal desorden impidió que el Parlamento tuviera lugar conocido y definido donde desenvolver sus actividades. Por eso, en la turbulencia de las primeras décadas, reuníase en colegios, conventos, iglesias, residencias particulares, etc., y viajaban errabundos los legisladores, de ciudad en ciudad, de villorrio en villorrio, de casa en casa, salvando en este peregrinar las pocas fuentes de archivos y documentos con que debe escribirse la Historia, y ésa es la razón de la dificultad de encontrar los orígenes fidedignos que son vida del pasado de los pueblos.

Fué después de la Revolución Federal que se dispuso la construcción del Palacio del Congreso, en La Paz, en el mismo lugar donde otrora había sido escenario de espeluznantes episodios de la agitada historia boliviana.

En la cuenca que pone fin a la dilatada llanura, la urbe diseminaba desordenadamente sus construcciones en la audaz topografía de la quiebra. El Choqueyapu serpenteaba turbio y caudaloso en la época lluviosa; manso y exiguo en las otras estaciones. Las casas se agrupaban en desorden, chatas y blanqueadas, muchas de tejas parduscas y algunas de paja gris. Allí moraban, bajo el regazo protector del Illimani, unos 60.000 habitantes "medianamente laboriosos en las artes e infatigables en las revoluciones", como dice, acertadamente, un inteligente escritor de la época.

Al este de la ciudad estaba situada la Plaza, diseñada, en 1558, por el alarife Juan Gutiérrez Paniagua, cuando era corregidor don Ignacio Aranda. Tenía al centro. por único monumento, una fuente de mármol blanco rojizo construída en 1847.

El viento soplaba en la desnuda plaza y

no sé qué aire misterioso recordaba el escenario de sangrientos episodios: allí Murillo, el precursor, suspendido por la cuerda del verdugo, pagó el gran tributo, con la profecía sagrada en los labios, cuando los poderosos, enceguecidos y locos de poder intentaron inútilmente acallar la voz de los libres; ahí fueron sacrificados inermes ciudadanos al furor demoníaco de Yáñez; allí murieron tantos, unas veces por la libertad y otras por el crimen...

Al sudeste, estaba el *Loreto*. Componíase de una sola nave cuadrilonga y "tenía a la entrada una galería suspendida para servir de coro; al fondo, sobre el costado derecho, abríase la pieza destinada a la sacristía, la cual comunicaba con un patio interior pequeño" (Luis S. Crespo).

El Loreto había servido algunas veces de salón universitario y otras de recinto parlamentario. Construído en 1710 por los padres de la Compañía de Jesús, ocupaban una manzana el templo y el convento. Eso fué por espacio de cincuenta años, al cabo de los cuales fueron expulsados los jesuítas. El local pasó a ser del colegio Seminario; mas, a poco, fué clausurado. Sus compartimientos sirvieron para alojar presos políticos y en ellos se desarrollaron tantos episodios históricos y brutales: ahí se consumó la bárbara asonada al Congreso de 1872, cuando el coronel Daza lo profanó con una banda de música; ahí fueron investidos del poder supremo Belzu, Achá, Morales, Frías, Adolfo Ballivián, Daza, Arce y Campero.

LAS MATANZAS DE YÁÑEZ

Pero nada le dió tan triste celebridad como las ejecuciones del 23 de octubre de 1861, ordenadas por el comandante Plácido Yáñez, que creyó cumplir sus deberes de autoridad descabezando a los belcistas. Guardaban prisión en el Loreto unos cincuenta políticos, entre ellos el ex presidente Córdoba, Francisco de Paula Belzu —hermano de Manuel Isidoro—, don Pedro Espejo, el general Juan Crisóstomo Hermosa, Calixto Ascarrunz, Mariano Calvimonte, Luis Valderrama, Lorenzo Vega, José María Tórrez, Hermenegildo Clavijo, José Agustín Tapia y otros.

Era pasada la medianoche. Yáñez dirigióse al Loreto, con expresión diabólica, saltados los ojos de las órbitas, contraídos los puños, como poseído de fiebre de exterminio.

—¡Fuego!... ¡Fuego!... —gritaba loco de furor.

Y todos eran acribillados en el orden que Yáñez pronunciaba sus nombres. Se los mataba uno por uno, de manera que cada víctima presenciase la inmolación de su compañero y sintiese el horror de la muerte. "Unos en camisa, se ponían de rodillas implorando misericordia" (P. Cáceres Bilbao). "En medio de aquella confusión y en la prisa de matar, los soldados herían mal y atormentaban bárbaramente a las víctimas. Vióse entre ellas al Tcnl. Valderrama levantarse después de herido y correr desesperado por la plaza, pidiendo a gritos la vida..." (R. Sotomayor Valdez).

En ese fatídico lugar se edificó el actual Palacio del Congreso. En los primeros años ornábale una hermosa torre plateada, que era la parte más culminante de los edificios de la ciudad, y en la cúspide, cuatro esferas de reloj.

Erguíase el templo de las leyes como un orgullo arquitectónico. Las horas marcábanse sonoras en la cúspide, atalaya urbana. Reverberaba majestuosa la plateada torre, hasta que unos ingenieros comprobaron que tenía alguna inclinación que, además de constituir un peligro, comprometía la seguridad del edificio y fué preciso transformarla en la cúpula bronceada que hoy corona el edificio, más a tono por su semejanza capitolina.

Ciento treinta y siete Congresos ordinarios y extraordinarios, Convenciones y Constituyentes han habido hasta la fecha. De ellos 97 se reunieron en La Paz; 31 en



Asamblea Nacional de 1872.

Chuquisaca y Sucre; ocho en Oruro; dos en Cochabamba y uno en Tapacarí.

Este trabajo se referirá a los Congresos, Convenciones o Asambleas, reunidos en La Paz. He aquí el detalle, que es de simple relación en su mayor parte, pues sólo hemos de detenernos en aquellos en que se sucedieron episodios sensacionales.

El primer cuerpo deliberante en La Paz, fué el que se denominó Asamblea Nacional, durante la administración del Mariscal Santa Cruz, el año 1831. Duró noventa días.

Bajo ese mismo gobierno, hubo otro "Congreso Extraordinario", el año 1835, que funcionó por igual tiempo que el anterior.

El presidente José Ballivián convocó a un "Congreso Extraordinario", en 1847, de corta duración: del 13 al 24 de junio.

Belzu reunió otra "Convención Nacional", el año 1851, que duró 79 días.

En 1861, el General Achá dispuso la convocatoria de una Asamblea Constituyente de 110 días de duración: del 1º de mayo al 18 de agosto.

Melgarejo convocó también una "Asamblea Constituyente", en 1868, con duración de 64 días.

LA VIOLENTA CLAUSURA EN 1872

El año 1872, se reunió la "Asamblea Constitucional". Ahí se produjo una de las más bárbaras profanaciones del sagrado recinto, pues el presidente de la República, en persona, clausuró la Asamblea con un aparato de fuerza y de escarnio, inolvidable en la historia del país.

El 25 de noviembre, Morales ingresaba al desierto salón parlamentario acompañado de sus ministros y séquito militar y ante la muchedumbre congregada en las galerías, calificó de traidores, infames y vendidos a los prominentes ciudadanos que componían la Asamblea.

"Señores, dijo, clausuro esta Asamblea y declaro ante el país que los convencionales del 72, han sido unos traidores y unos vendidos..."

Aquel día, Morales estaba fuera de sí, enajenado. Ensoberbecido y despótico, sentíase incómodo con el control parlamentario, con esa, para él, insoportable formalidad de los procedimientos legales.

Una banda de música militar ubicada en la puerta del salón legislativo, ejecutaba sonatas "ya alegres, ya fúnebres, haciendo mofa de la representación nacional en medio de la multitud que crecía en torno" (Félix Reyes Ortíz). A la algazara sumábanse un incesante repique de campanas y un tronar de fuegos de artificio. A poco la banda tocó "ataque" y, a voz de mando, irrumpió la horda, encabezada por el coronel Daza.

Atropellada la guardia, pudo el oficial Manuel Lavadenz ofrecer obstinada resistencia; pero fué arrollado por la soldadesca.

Llenáronse de espanto concurrentes y diputados. Éstos suponían que el batallón tenía la misión de sacrificarlos en sus propias curules, y abandonaron el recinto en fuga desordenada. La confusión y el pánico debieron ser tales, que un diputado, Jacinto Villamil, se fracturó las dos piernas al saltar por una ventana.

Muerto Morales por la mano vengadora de La Faye, reabrió sus puertas la Asamblea y sesionó pocos días para normalizar las funciones y nombrar al sucesor del gobernante difunto.

Bajo las presidencias de Frías y Ballivián, reuniéronse, el año 1873, dos congresos con la denominación de "Asamblea Nacional Extraordinaria", de corta duración: doce y quince sesiones, respectivamente.

El general Daza convocó a una Constituyente, en 1877, que funcionó del 16 de julio al 15 de noviembre, aprobando la décima constitución de la República.

Después de la guerra del Pacífico, se regulariza el funcionamiento de los Congresos. El país ingresa en su primera etapa de normalidad constitucional con Campero

a la cabeza. Funcionan en La Paz, las Convenciones Nacionales de 1880 y 1881 y los Congresos ordinarios de 1882 y 1883. Pacheco inicia el gobierno de los conservadores y, en su administración, se reúnen las legislaturas ordinaria y extraordinaria de 1885. En la administración de Aniceto Arce, los Congresos ordinarios de 1889 y 1890. Un solo Congreso reúne en La Paz Mariano Baptista, el de 1893.

La Revolución Federal cambia la residencia del gobierno. Desde esa época, La Paz, es la sede inamovible del Parlamento y funcionan los Congresos ordinarios y extraordinarios de 1900, 1901, 1903, 1904, 1905, 1906, 1907, 1908, 1909, 1910, 1911, 1912, 1913, 1914, 1915, 1916, 1917, 1918, y 1919. Son los veinte años de gobierno liberal, con Pando, Montes, Villazón y Gutiérrez Guerra. Cuatro lustros de normalidad, de respeto a la Constitución y a las instituciones, de orden, de disciplina, de progreso y de tranquilidad, hasta que sobreviene la revolución de 1920, que origina otra Convención que funciona del 25 de diciembre de ese año al 23 de junio de 1921. Diez años duran los gobiernos Republicano y Nacionalista, en los que se reúnen los congresos de 1921, 1922, 1923, 1924, 1925, 1926, 1927, 1928 y 1929, con los gobiernos de Saavedra, Guzmán y Siles.

LA CLAUSURA EN EL GOBIERNO SAAVEDRA

El año 1923, el Congreso es otra vez clausurado. Saavedra enfrenta una oposición enconada y violenta. Las clases elevadas decláranle guerra sin cuartel y él opone a la aristocracia liberal la fuerza del proletariado. La Cámara de Diputados está equilibrada por fuerzas iguales entre gobiernistas y opositores. Interpelaciones aquí y allá; censuras; ataques de parcialidad al presidente de la Cámara; votos de confianza y aplausos; pugna entre los miembros de la mesa directiva, hasta que sobreviene lo inevitable.

Una minuta de comunicación suscrita por once diputados, el 9 de enero de 1924, que pide la renuncia del presidente Saavedra para "salvar la unidad nacional", es el origen de la clausura. Estalla la furia de diputados y concurrentes; elévanse las voces hasta el grito; levántanse los puños amenazadores y es inaudito el tumulto que culmina con un violento pugilato entre diputados y parciales. El desorden determina al presidente de la Asamblea a suspender la sesión, que resulta ser la última de la legislatura. A los 15 días, el 24 de enero, el gobierno expide un decreto de convocatoria a elecciones generales y, de este modo, queda clausurado el Parlamento.

En 1931 adviene Daniel Salamanca. Durante su gobierno, se reúnen los congresos de 1931, 1932, 1933 y 1934. Pero la guerra, los problemas sociales, la desintegración psicológica colectiva, han puesto la inicial de los desórdenes, de las insatisfacciones y de la anarquía y la violencia que se irán acentuando a diario.

El Taumaturgo está perdido en un mar de desencantos. Le acosan, por todos lados, la violencia y la insolencia, y es en el Parlamento donde la campaña se hace más dramática. Él opone la rigidez de su carácter y el escudo de su orgullo; su voluntad férrea, ese gran espíritu que domina su endeble constitución física. Y actor y espectador de su drama, sigue el camino de su *vía crucis*.

CLAUSURA POPULAR

El 28 de octubre de 1932 se debate la interpelación a su gabinete, cuando las primeras derrotas ponen su nota trágica y dolorosa en el pueblo boliviano. Iniciada la oposición contra la política guerrera de Salamanca, la amargura y su ciego fervor patriótico le ofuscan ante la tremenda realidad.

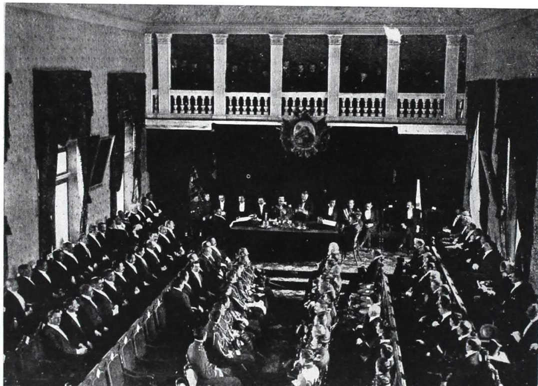
En el Parlamento se le acusa y responsabiliza. Las masas veleidosas, esfumada la esperanza de la victoria, lo condenan con el mismo apasionamiento de cuando deliraban al ver su figura jesucristiana o al oír su palabra electrizadora en la oposición.

Ahora abominan de él, lo denigran, lo calumnian, lo combaten sañudamente. Y él. solitario, bebe del amargo cáliz de la injusticia.

Para exacerbar la oposición, políticos hábiles han aleccionado a porciones de ciudadanos que se estacionan amenazadores en las puertas del Congreso. La grita es incontenible, dentro y fuera del recinto, lo que determina al presidente a suspender la sesión ante la imposibilidad de imponer el orden. La muchedumbre, envalentonada por la pasividad de las autoridades, cierra el Parlamento con herraduras y carteles injuriosos y obliga a los parlamentarios a buscar refugio en el salón municipal, donde prosigue el acto interpelatorio, con mayor violencia.

Derrocado Salamanca por un motín militar en Villamontes, asume la primera magistratura el vicepresidente Tejada Sorzano, y, para salvar las formalidades constitucionales, se reúnen tres congresos extraordinarios de corta duración en 1935; un ordinario el mismo año, y, nuevamente, otro extraordinario, en 1936.

Reabierto el ciclo militarista con la revolución de 1936, en la presidencia del coronel Germán Busch, se reúne la Convención de 1938 durante 158 días. A pocos meses de su receso, una tarde de 1938, inesperadamente, adviene otra dictadura. Busch cierra el Parlamento por intermedio del capitán Jaime Saavedra, jefe de policía entonces. En su manifiesto al país, el flamante dictador habla de la hora grávida, de su deber de moralizar los organismos vivos de la nacionalidad, etc. Y así, una vez más, la representación nacional queda silenciada. Nadie se atreve a protestar. Apenas si cuatro o cinco convencionales suscriben un manifiesto, en el que no hay la gallarda



El Congreso Nacional de 1905.

reacción de aquellos varones del 72, con Bosque a la cabeza, que hablan el enérgico lenguaje de la verdad y del honor.

En 1940 vuelve la normalidad constitucional con sus congresos de 1940, 1941, 1942 y 1943, durante la presidencia del general Enrique Peñaranda.

Cae Peñaranda y otra nueva Convención es convocada por el mayor Gualberto Villarroel. En su primera etapa de 1944, funciona 152 días en dos períodos: del 1º de julio al 3 de agosto y del 5 de agosto al 24 de noviembre.

La revolución del 21 de julio de 1946, que triunfa por el empuje heroico del pueblo, da origen al Congreso Extraordinario que, después de las elecciones más puras que registra la historia de Bolivia, se reúne el 28 de febrero de 1947.

II

El siglo XIX contó en su promoción política a parlamentarios que, desde los tiempos de Olañeta —vale decir desde la fundación de la República—, han dejado honda huella a su paso por la vida pública de Bolivia. Cierto es que la pasión injusta disminuyó méritos y alteró la verdad histórica, cambiando la índole de los personajes, sin que ello importe negar, si se hace una justa equiparación de valores, que los de ayer, con todas sus imperfecciones, resultan grandes figuras al lado de los hombres de hoy.

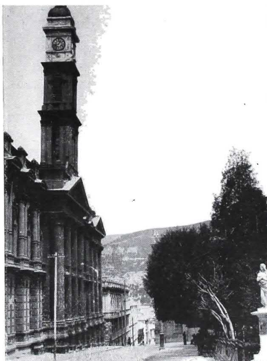
Fué necesario que el tiempo realizara su obra justiciera para reivindicarlos. Aventadas las pasiones disculpados los errores, justificada la conducta, valorado el idealismo, se yerguen gallardos esos varones ante el juicio severo de la Historia, tribunal sin apelaciones.

Han cambiado los hombres como ha cambiado el tiempo. Sufrimos hogaño una vertical depresión de la ética, porque como resultado de la falta de responsabilidad, se han quebrantado la disciplina y las buenas costumbres en una convulsión de manifestaciones inferiores que acentúan, a medida que transcurren los años, la quiebra de todos los valores morales.

Frente a los regímenes del pasado siglo, irguiéronse las rectas conciencias de los personajes que honraron el Parlamento boliviano. Patriotas y honestos, dejaron a su paso por la función pública, alto ejemplo de probidad. Muchos han podido equivocarse, tal vez otros sirvieron una mala causa; no importa. Sus errores, sus equivocaciones, sus deméritos representan poco frente a las virtudes que atesoraron y a los eminentes servicios prestados al país.

Este trabajo debe aludir, exclusivamente, a los parlamentarios paceños. Y aun así, la falta de espacio no permite referirse sino a unos pocos. Es por esto que nos ceñiremos a diez figuras: cinco del siglo pasado y cinco del presente, o, como en el caso de uno de ellos —Tamayo— han dado por terminada su vida política.

Agustín Aspiazu, Nicolás Acosta, Juan



El edificio del Congreso antes de las adaptaciones que fueron hechas en tiempo del presidente Dr. Saavedra.

de Dios Bosque, Adolfo Ballivián, Evaristo Valle, José Rosendo Gutiérrez, Jenaro Sanjinés, Emeterio Villamil de Rada, Belisario Salinas, Félix Reyes Ortiz, Julio César Valdez, Isaac Tamayo, Crispín Andrade y Portugal, Sabino Pinilla, Fernando Eloy Guachalla, Pedro Kramer, Lucio Pérez Velasco, José Manuel Pando y otros más, forman la brillante pléyade de parlamentarios paceños, cuyas voces resuenan en un largo período de la historia política del siglo pasado. Defensores de la ley, los más, su actuación constituye un ejemplo de patriotismo, de honor, de hombría de bien. Combaten los despotismos, y en la defensa de Linares —primer presidente civil— caído por la traición, se muestran nobles y ejemplares en la lealtad.

De la promoción del 900 puede considerárseles a Claudio Quintín Barrios, Abel Iturralde, Isaac Soria Campero, Macario Pinilla, Ismael Montes, Bautista Saavedra, Daniel Sánchez Bustamante, Rosendo Villalobos, José Luis Tejada Sorzano, Franz Tamayo, Abdón Iraizós, Eduardo Rodríguez Vázquez, Jorge Sáenz, Felipe Segundo Guzmán, etc., que han jugado papel preponderante en la historia boliviana, y que ya han recibido el tributo eterno a la tierra.



El edificio del Congreso como es en la actualidad.

Muchos llegaron a la presidencia de la República, otros descollaron en diversas actividades y todos sobresalieron por su afán de resguardar las instituciones y alzar su voz por el imperio de la ley, de la tradición democrática, de las libertades, aunque algunos momentáneamente ofuscados, hayan olvidado sus grandes campañas cívicas. Tampoco importa: son errores veniales, pues la justicia histórica los absuelve para situarlos entre los bolivianos que han cumplido su deber.

Pertenecen a la nueva generación Carlos Salinas Aramayo, Hugo Montes y Alfredo H. Otero, para citar sólo a los muertos, pues por lo que respecta a los demás, su conducta aún no ha pasado por el tamiz de la verdadera crítica histórica.

He aquí las diez semblanzas de parlamentarios paceños notables.

AGUSTÍN ASPIAZU (1826-1897). Notable hombre de ciencia; parlamentario, polígrafo, abogado y hasta estratega militar, tuvo una vida fecunda en servicio del país.

Descolló en el Parlamento, al que asistió en muchos períodos. Mesurado, guiado por la más alta probidad, Aspiazu es el espécimen de la aristocracia espiritual. Ha dejado honda huella por su talento, por su conducta intachable, por su defensa apasionada de la legalidad.

Adversario del dictador Linares, combatió la política del enérgico mandatario. Fundó un periódico opositor que arremetía como un ariete contra la dictadura; pero a la caída del traicionado se sumó a los defensores del proscrito, en momentos en que una mayoría sumisa cantaba loas a los triunviros vencedores y combatía con saña innoble al caído.

En frases elegantes y vigorosas impugnó el proyecto que declaraba indigno de la confianza nacional a Linares, lamentando que sus sostenedores se dejasen llevar por su encono hacia el ex-gobernante. Sus palabras tuvieron el valor de la nobleza del adversario, sustraído a la vorágine de la pasión política, en ese momento del brazo de la justicia, defendiendo, en gesto hidalgo, al hombre víctima de la traición y el infortunio.

"Veo, señores —decía en ese memorable debate—, que siempre seguimos la senda trillada de los demás congresos; ya veo que el templo de las leyes sólo se ha abierto para cantar el *te-deum* a los vencedores, para arrojar frases de maldición a los vencidos y para ofrecer en sacrificio la moribunda víctima del caído".

ADOLFO BALLIVIÁN (1831-1874). Hijo del vencedor de Ingavi, representa en Bolivia el hidalgo de la política. Distinguido, cortés, gentilhombre, se destacó en el Parlamento por la elegancia de su palabra y por el acendrado patriotismo en que se inspiraban sus actos. Elegido en muchas legislaturas, presidió la Cámara de Diputados y alcanzó a poco la presidencia de la República, en limpia competencia electoral. Puede decirse que fué el mejor orador de su tiempo y uno de los más atildados escritores.

Perseguido la mayor parte de su vida, apuró en la pobreza la amarga copa del ostracismo. Severo censor y enérgico impugnador de las tiranías, ofreciéronle ascensos y honores que Ballivián rechazó con altiva indignación.

Cúpole actuación descollante en la Asamblea de 1861, cuando se discutía el reconocimiento del golpe de Estado contra el presidente Linares. Sus discursos pueden ser considerados como la más alta manifestación de la lealtad, cuando con arrogancia increpa a los sostenedores de los nuevos gobernantes, para exigirles el juzgamiento de la conducta y de los actos del Dictador, y rechaza airado el olvido de los actos del traicionado:

"Diré, señores, mi última palabra en esta discusión. Sólo el crimen se olvida. Renuncio de mi parte a ese generoso olvido, y si fuera preciso, yo rasgaré por mis manos ese velo de infamia con que se quiere encubrirnos...".

JUAN DE DIOS BOSQUE (1829-1890). Con sus trazas de príncipe mitrado, que dijo alguien, las virtudes de Bosque quedan



ofuscadas por el extraordinario poder de su oratoria. Presidente de la Cámara de Diputados en 1872, su palabra, su autori-

dad, su talento, todo fué puesto al servicio de los altos intereses nacionales. A la muerte del presidente Morales, se empeñó y consiguió salvar las instituciones, en momentos de congoja nacional y de caos político.

Bosque fué uno de los hombres públicos más eminentes de la vida política boliviana. La austeridad de su vida, su trayectoria intachable en el ejercicio de la función pública, la limpidez de su alma, le valieron el respeto y la veneración de sus conciudadanos.

Cuando la bárbara asonada de Morales al recinto parlamentario, sólo quedaron en sus puestos, como ejemplo de gallardía y valor civil, el presidente Juan de Dios Bosque, Tomás Frías, Napoleón Dalence, y, a poco, Mariano Baptista, calado el sombrero hasta las orejas. Advertido de esta irreverencia, el joven tribuno respondió con viveza:

—¡Bien puesto está! Yo no soy diputado, porque la Asamblea ha sido disuelta y escarnecida.

Y Bosque, majestuoso en su porte sacerdotal, exclamó al retirarse:

—Protesto no volver a este recinto...

Y se fué con la amargura de ver otro déspota, cuando la esperanza nacional anunciaba un radiante sol de libertad.

Evaristo Valle (1810-1874). Era uno de los caracteres más íntegros e incorruptibles, a juicio de René Moreno. Unía a su probidad un ejemplar renunciamiento a los halagos y se distinguió por su gran valor civil para afrontar a los usurpadores del poder.

De gran energía, no obstante su aspecto risueño; su voz era cadenciosa, "su mirada viva y penetrante". Diputado en muchas legislaturas, su palabra tenía verdadera autoridad, porque además de su vasta ilustración, esa autoridad radicaba en la pasión por defender la verdad y la justicia. Impetuoso opositor a las sangrientas medidas del terrible consejo ejecutivo de 1850, nombrado poco después del atentado contra el presidente Belzu en el Prado de Sucre, Valle fué arrancado de la Cámara por la violencia de los sayones.

Nunca amenguó su altivez, y en trances como ése, en que su vida estaba a merced



de una orden de Téllez, el implacable presidente de aquel consejo, el parlamentario paceño mantuvo su serenidad y hasta una ironía que resultaba ciertamente peligrosa. Contaba entonces cuarenta años y estaba en la culminación de sus entusiasmos oratorios y de sus virtudes cívicas. Sacáronlo aparatosamente del salón de sesiones, y cargado de barras y grillos lo llevaron a la prisión, junto con el infortunado Manuel Laguna, presidente del Senado, ejecutado pocos días después.

El coracero que cargaba a Valle, sentía fatiga por el peso y dió muestras de ese cansancio, exclamando: —¡Pesa usted mucho señor!—, circunstancia que aprovechó el prisionero para decirle entre severo y festivo:

"Soldado: acuérdate de esto para decir a la posteridad cuánto pesa un diputado liberal".

Amigo del dictador Linares, colaboró en su gobierno y su actitud fué gallarda y leal frente a las viarazas de los "golpeadores", es decir, los que habían traicionado a su jefe el 14 de enero de 1861. La palabra de Valle lució elegante y rotunda. Defensor de la verdad, hizo el panegírico del gran pros-

crito y su actitud, como la de sus compañeros de defensa, le valió una resonante victoria.

ISAAC SORIA CAMPERO. — Soria Campero fué un diputado pintoresco. Verboso, poseído de manía parlera, discurría



sobre todas las ramas del pensamiento. Creía poseer la elegancia de Brummel y la elocuencia de Castelar y concitaba el entusiasmo de las galerías y los populachos a los que divirtió con su inagotable torrente verbal. En sus actuaciones parlamentarias peroraba poseído de la facundia que, según Unamuno, es el deseo de parlar sin sustancia y sin descanso.

Actuó en muchas legislaturas y fué encomiable su actuación de paceño en el Parlamento, cuando, en Sucre, discutíase la ley de radicatoria del Ejecutivo. Pocas veces como entonces, Soria Campero estuvo en trances de verdadera lid, con argumentos interesantes y arrestos viriles.

Cuando la prensa de Sucre le atacaba por su paceñismo intransigente, respondía con un desplante muy propio de su temperamento: "Me encojo de hombros, sacudo mi levita y prosigo mi camino".

Entre sus más notables ocurrencias está su famoso proyecto de Constitución Política del año 1898, creando los "Estados Unidos de Bolivia". Convencido de su valer, no paraba mientes en la ironía de los periodistas, como cuando alguno le dijo: "Felicitamos al pueblo de La Paz por los triunfos que alcanza el joven orador, imitador de Valle y José Rosendo Gutiérrez".

Era popular. Gesticulaba, accionaba y lanzaba frases desaprensivas para deleite de la barra y las galerías del Congreso, que le escuchaban regocijadas. Típico orador de plazuela: ahí consiguió la notoriedad. Tiene escrito un libro que es una especie de autobiografía. "Historia Parlamentaria de Bolivia".

ABEL ITURRALDE (1869-1935). Intransigente en su patriotismo y en sus convicciones religiosas y un campeón de la defensa de los intereses nacionales.

Ininterrumpidamente ocupó la banca parlamentaria desde 1897 hasta 1929. Severo impugnador de los gobiernos, le cupo formar con Salamanca, Ramírez, Ugarte y otros de esa promoción batalladora, el bloque opositor al liberalismo al que combatió con energía.

Abel Iturralde ha sido el paceño por antonomasia. La defensa de los intereses de su terruño estuvo por encima de cualquier otra consideración, aunque su regionalismo no fué el cerrado y destructor que embota la razón para estrellarse contra los otros centros de la República, porque su amor por la patria chica se expandía y abarcaba la patria grande. En su actuación parlamentaria no se advirtió nunca el deseo de anteponer los intereses de campanario a los del país. Pero se erguía magnífico cuando la ofensa o la injusticia pretendían dañar a su ciudad natal.

Fué grande su amor por el terruño. El centinela avanzado de la ciudad. Hijo predilecto y regionalista puro. La Paz y la religión, los más grandes amores de su vida.

Adquirió gran notoriedad en el Parlamento por su probidad y por el perfecto conocimiento del derecho parlamentario. También por la rigidez de su conducta y la severidad en condenar las irregularidades. Sus muchos adversarios se estrellaron contra la invulnerable muralla de su mordacidad cáustica e intransigente. Nunca dejó

una pregunta sin respuesta, a la que no mezclara la punzante agudeza de su ironía. En la ironía radicaba la verdadera fuerza de Iturralde. Con una frase podía fulminar a sus adversarios o tornaba en ridículo un debate importante elaborado pacientemente por eruditos y estudiosos.

Iturralde, el conservador, ha dejado honda huella en su larga actuación parlamentaria.

CARLOS SALINAS ARAMAYO (1899-1944). Carlos Salinas Aramayo uno de los más brillantes parlamentarios de los últimos tiempos, captó el gesto, los ademanes, el estilo de los grandes oradores argentinos, cuando, universitario animoso, los seguía por el vasto territorio de la República del Plata, en ocasión de los destierros impuestos a su rebeldía.

De brillante ejecutoria, talentoso, valiente y aguerrido, ha hecho una obra de fe y audacia en la oposición: conoció la cárcel, los destierros, los confinamientos, el ultraje de los sayones asalariados, y nada pudo mellar su decisión inquebrantable ni su esperanza decayó jamás. Ha combatido con ardoroso apasionamiento despotismos y tiranías, hasta cumplir por ellas.

De gran sentido político, luchador vigoroso, sutilísimo psicólogo, orador de grandes recursos y vasta cultura, Salinas sabía captarse, en pocos momentos, las simpatías de los auditores. Asumía, en los trances más difíciles, actitudes patéticas, valientes, casi provocativas, que le valían ora el insulto



procaz, ora el cerrado aplauso de las galerías.

Una mañana de noviembre, el odio tronchó la vida del gallardo y romántico luchador, en la sombría encrucijada de Chuspipata.

BREVES SEMBLANZAS

DE PACEÑOS ILUSTRES

por

ALFREDO GUILLÉN PINTO

En estas semblanzas sólo han sido tomados en cuenta los nombres de personajes cuya actuación fué ya juzgada por la Historia. Por ello no figura ningún contemporáneo.
Muchos nombres no han sido incorporados en "semblanzas", porque forman parte de otras páginas de las presentes monografías.

ACOSTA, CLAUDIO
(1829 - 1880)

Militar. Hizo sus estudios en la "Escuela de Cadetes" que funcionaba en Mecacapa, dirigida por el ilustre general



Urdininea. Incorporado ya en la carrera, puso su espada al servicio de dos causas grandes: las de la Libertad y la Patria. Combatió a la tiranía de Melgarejo, hasta conseguir que fuera derrocado, en 1871. Vencedoras las fuerzas democráticas, Acosta llegó al grado de coronel. Unos años más tarde, le correspondió actuar en la guerra del Pacífico, ya con el grado de general, y lo hizo en forma brillante. Después de su intervención en la batalla del Alto de la Alianza, donde fué gravemente herido, falleció en Tacna, el 4 de agosto de 1880. Había desempeñado diversos e importantes cargos en la administración nacional, como los de prefecto, diputado y otros.

ACOSTA, NICOLÁS
(1844 - 1893)

Periodista y escritor de sabroso estilo, alternó estas actividades con las del político de lucha. Fundó y dirigió un periódico titulado *El Titicaca*, cuyas páginas registraron variados artículos suyos sobre política, historia, crítica literaria, costumbres, etc. Entre sus escritos sobresale la literatura biográfica, habiéndonos legado las biogra-



fías de Victorio G. Lanza, de Emeterio Villamil de Rada, de Adolfo Ballivián y de otros. En su haber figuran numerosos des-

tierros y confinamientos. Murió el 31 de octubre de 1893, a su vuelta de la Colonia Crevaux, donde estuvo confinado casi dos años. Nació en Coroico.

ALEMÁN, DIEGO

Este español, puede decirse que fué vecino de La Paz antes de que la ciudad fuera fundada, pues el Virrey La Gasca habíale concedido un repartimiento en el entonces llamado Chuquiapu. Y luego fué uno de los fundadores, firmando el acta respectiva con Alonso de Mendoza. En 1564, juntamente



con unos pocos castellanos, organizó una expedición a las provincias ribereñas del Amarumayo (Madre de Dios). Destruída la expedición por los indios, el único sobreviviente, Diego Alemán, de prisionero se trocó en el "capitán general" de aquéllos. Nunca se tuvo más noticias de su suerte.

ALQUIZA, BALTASAR
(1778 - 1837)

Uno de los jurisconsultos más notables del período inicial de Bolivia. Participó en las jornadas por la independencia y en la organización del país. Después de obtener su título de abogado en Chuquisaca, de regreso a su ciudad natal, La Paz, se alistó entre los patriotas que preparaban la revolución de Julio. Vencida ésta, fué condenado a presidio en las Malvinas. Cuando iba camino de su proscripción, pudo recobrar la libertad en Córdoba, por haberse producido la revolución del 25 de mayo en Buenos Aires. Volvió con las tropas porteñas. Pero después de la derrota de Guaqui, bus-



có nuevamente el exilio. Sólo pudo repatriarse cuando se proclamó la independencia. Entonces, al organizarse la República, participó en la elaboración de los códigos y leyes principales. Ocupó cargos importantes. Entre otros, el de presidente del Congreso de 1832.

ANDRADE Y PORTUGAL, CRISPÍN
(1830 - 1889)

Uno de los más grandes educadores que ha tenido Bolivia. Y el primer escritor didáctico. Hizo de la enseñanza un verdadero apostolado, sin haber salido jamás de su humilde esfera de maestro y catedrático.



Su nombre figura en diversas páginas de esta Monografía. Escribió muchos libros siendo dignos de mención especial su *Tratado de Versificación Castellana* y su *Prontuario de Ortografía*, que revelan a un gran

hablista. Nació en Chulumani y murió, en La Paz, cuando ejercía las funciones de senador.

APARICIO, MIGUEL FERMÍN DE
(1777 - 1834)

Uno de los fundadores de la República. Firmó el acta de la independencia como diputado por La Paz. Este solo hecho sería suficiente para revelar la importancia de su personalidad. Su participación en las jornadas emancipadoras fué muy activa, sobre todo a partir de la revolución del 3 de agosto de 1814, en el Cuzco, ciudad donde residía después de haber terminado sus



estudios universitarios. Una vez vencedoras las armas republicanas, el general José Miguel Lanza, amigo suyo, le designó gobernador de la provincia Pacajes. Y es en condición de tal que cupo al doctor Aparicio presentar, en Guaqui, el primer saludo del Alto Perú al Libertador Bolívar, pronunciando un discurso en representación del gobierno. Entre sus iniciativas más importantes, es preciso recordar la creación de la provincia Muñecas y su demarcación, que la hizo personalmente y a su costa. Un hermano mayor suyo, el general *Manuel M. de Aparicio*, tuvo, asimismo, descollante actuación durante la guerra de la independencia, incorporado nada menos que en el Ejército Libertador de Bolívar, como Jefe de Estado Mayor General de la primera División de Colombia. Tomó parte en la batalla de Ayacucho; por cuya razón el Libertador le confirió, el 4 de septiembre de 1825, en La Paz, el diploma y la medalla de "Vencedor de Ayacucho".

Ambos próceres nacieron en la provincia Muñecas.

ARMAZA, MARIANO
(1785 - 1839)

Patriota de la época de la independencia. Intervino en la batalla de Ayacucho, donde se ganó el grado de coronel. Había actuado antes en el ejército de San Martín. En 1828, derrocó al Gral. Blanco, tachado de traidor a Sucre. Se dirigió al Congreso, pidiendo ser recibido para rendir cuenta de sus actos. Y cuando quiso tomar asiento en el salón, un diputado le advirtió con severidad: "El soldado debe hablar desde la barra". Armaza, sonriendo desdeñosamente, ocupó el sitio que le señalaban y declaró ser el autor de la revolución, agregando hallarse dispuesto a entregar el mando a quien designase la Asamblea. Más tarde fué ministro de la Guerra. Luego, enviado especial ante la República Argentina y, posteriormente, ante el Imperio del Brasil, con la misión de celebrar un tratado de límites. Finalmente, intervino, en forma heroica, en todas las batallas de la Confederación.

ARANZAES, NICANOR

Es el historiador que nos ha conducido de la mano durante la elaboración de la mayor parte de estas síntesis biográficas. Es bueno confesarlo. Modestísimo y erudito sacerdote. Ha entregado a la posteridad millares de nombres que andaban perdidos ya bajo la pátina de los siglos o en viejos infolios que el tiempo venía royendo. Los salvó del olvido. Pues, yendo de ésta a la otra parroquia, mas no como un andariego, estéril, recogió un nombre aquí, una fecha allá, el recuerdo de un suceso acullá, como si su espíritu todo no fuera sino un signo de interrogación o poseyera la sensibilidad de una antena. Ha escrito, pues, incontables biografías. Pero la suya, que se sepa, nadie

la escribió aún. Es que todos los rasgos de su personalidad se redujeron a esto: modestia. No buscó ni ocupó altas situaciones. No se dejó llevar por ninguna ambición. Su espíritu estuvo totalmente entregado a



investigar. Fruto de ello son sus dos valiosísimos libros: *Diccionario Histórico Biográfico del Departamento de La Paz* y *Las revoluciones de Bolivia*, que han contribuído a aclarar muchos sucesos de la vida boliviana. Además, dejó importantes manuscritos cuya suerte se ignora todavía. Nació en La Paz.

ARGUEDAS, ALCIDES
(1879 - 1946)

Escritor fecundo y de renombre continental. Su personalidad poseyó tres facetas perfectamente definibles y las tres igualmente brillantes: historiador, sociólogo y novelis-



ta. Como historiador, constituído en un tenaz investigador de nuestros hechos y nuestros hombres del pasado, ha reproducido la vida boliviana en forma admirable, acudiendo precisamente a las fuentes capaces de documentar sobre esa vida en cada una de sus etapas: el libro, el folleto, el periódico, las cartas, etc. Como sociólogo, fué el primero, acaso el único, en hacer un despiadado y valiente análisis de los males que aquejan a nuestro pueblo, haciendo abrir los ojos a los sociólogos de todo el mundo sobre la América entera, y no únicamente sobre Bolivia. Pero fué aquí donde menos se lo comprendió, pues la mojigatería mediterránea se alzó airada al sentir que en sus viejos tumores se hundía un escalpelo vivisector. La posteridad ha de hablar mucho aún sobre este aspecto de la personalidad de Arguedas. Como novelista, es difícil que le disputen el cetro de creador de la novela boliviana. De la novela de la tierra y el indio bolivianos. Pues hasta la aparición de *Raza de Bronce*, ninguno de ellos había asumido personalidad tan propia en la literatura boliviana. Acaso ni en la americana.

AZCARRUNZ, VICENTE
(1828 - 1894)

Aunque fué un brillante militar, son otros aspectos de su personalidad los que mayormente admiran las generaciones que le sucedieron. El temple de su carácter, en primer término; su espíritu de empresa, en segundo, y finalmente su incomparable filantropía. Luchó contra la tiranía de Melgarejo tan tenazmente que acabó por ser condenado a muerte, salvándose del patíbulo casi por milagro. Caído el tirano, gracias al heroísmo de La Paz, Ascarrunz renunció a la carrera de las armas y se consagró a industrial y comerciante, en la certeza, de que el porvenir de Bolivia estaba en la explotación de sus riquezas. Unas veces como autoridad y otras como simple ciudadano, hizo una realidad la organización de hospitales, hospicios, sociedades de beneficencia, etc., en las ciudades de Oruro y La Paz. Nació en Sorata.

ASÍN, JOSÉ MARÍA DE
(1774 - 1827)

Representante nato de La Paz, fué su diputado antes de la independencia y al proclamarse ésta: en 1821, ante las Cortes de



España, y en 1825, en la Asamblea Deliberante, correspondiéndole firmar el acta del 6 de agosto. Graduóse doctor en Derecho y Teología en la universidad de Chuquisaca. Sin hacer mención de los elevados cargos que le cupo desempeñar, recordemos que fué un orador de prestigio, un literato destacado y un gran canonista. Dejó varias obras sobre esta materia, siendo la más importante un *Curso de Derecho Canónico*, en latín.

ASPIAZU, AGUSTÍN
(1827 - 1897)

He aquí una de las cumbres intelectuales de Bolivia. Sus contemporáneos le llamaron un excéntrico y los hombres y làs



instituciones de ciencias, un sabio. Espíritu polifacético: escritor y orador de estilo depurado; historiador preciso y severo; catedrático y conductor de la juventud; astrónomo consultado por los más renombrados científicos de su época; político de una honradez ejemplar. Hasta la fecha, no se ha presentado, en el país, el hombre que pudiera nivelarse a él en cuanto a profundidad en el saber y amplitud enciclopédica. Tampoco los bolivianos hemos sabido valorarle en sus largos alcances, porque a menudo nos deslumbra el brillo de los hombres de hoy, y nuestra admiración se concreta a actuar en horizontes demasiado estrechos. Aspiazu ha escrito alrededor de cien obras; algunas, de originalidad absoluta, dando a conocer procedimientos científicos de su personal creación. Sensiblemente, gran parte quedó y permanece en originales. Citemos algunas de aquéllas: *Determinación de las longitudes terrestres por medio de la cintilación de los astros. El Calculador Náutico, Sondaje de los Cielos, Principales problemas de Astronomía y Geografía*, etc. Un estudio más completo de su personalidad, va en el volumen III de esta obra. Aspiazu nació en Irupana.

BABÍA, ÁNGEL C.
(1895 - 1934)

Fué un varón aguerrido y valiente. Pero la adversidad lo persiguió con saña. Acción en la que le cupo tomar parte durante la campaña del Chaco, resultóle desgraciada a despecho de su bravura, que, al final, llegó a la temeridad. Los jefes exigíanle la victoria, y él la buscó haciendo renuncia anticipada de su vida; pero la desventura no se apartaba de él. En Cañada Tarija, las cosas se sucedieron de este modo. El enemigo había abierto unas tenazas que se iban cerrando sobre el regimiento del coronel Babía; novecientos hombres, en total, cercados por tres mil. Pero los dos batallones bolivianos sosteníanse gallardamente. De súbito el jefe recibe la noticia de que el ala derecha ha levantado bandera blanca. Todo está, pues, perdido. Babía pregunta si aque-

llo es evidente. Sí, lo era. Y ya no espera más. Profundamente amargado y enloquecido de cólera, matóse de un balazo.

BALLIVIÁN Y ROXAS, VICENTE
(1816 - 1891)

Bibliógrafo destacadísimo y un notable investigador de la historia colonial de Bolivia. Hizo sus estudios superiores en Europa —en la universidad de Londres y en



la Sorbona—, realizando al mismo tiempo, una intensa propaganda periodística acerca de su país. A su regreso, en 1838, se unió al general Ballivián, a quien le acompañaría primero en sus destierros y luego en la campaña al Perú, después de Ingavi. Más tarde, durante el gobierno de Belzu, toda la familia Ballivián se vió obligada a buscar el exilio. Don Vicente Ballivián y Roxas se refugió en el Perú. Y fué durante esta época que se consagró a sus trabajos históricos y literarios. Con el tiempo, organizó una importantísima colección de documentos inéditos, proyectando publicar el *Archivo Boliviano*, obra que, sin duda, habría contribuído a dilucidar muchos problemas históricos del Alto Perú, y sacar a luz valores intelectuales ignorados. Infortunadamente no alcanzó a editar sino el primer tomo, que contiene los *Anales de la Villa Imperial*, de Bartolomé Martínez y Vela, y el *Diario del sitio de La Paz*. Cuando se fué definitivamente a París, donde publicaría el volumen de referencia, el general Melgarejo lo designó plenipotenciario en Francia e Inglaterra, designación que Ballivián no aceptó. No deseaba colaborar con un hombre que oprimía a su patria. Los demás trabajos históricos y literarios de este distinguido escritor andan por ahí: dispersos.

BALLIVIÁN, MANUEL VICENTE
(1848 - . . . .)

Ballivián no se parece a nadie. Fué hombre de una fisonomía espiritual inconfundible, única. Y admirable, ni qué decir. El sabio y el hombre práctico convivían en él sin diferencias, desmintiendo creencias que afirman lo contrario. Sus profundos conocimientos en historia y geografía, hicieron de él un erudito; pero no por la mera posesión de una ciencia adquirida solamente en las lecturas, pues Ballivián era, además, investigador y explorador. Durante su larga permanencia en Europa, es el *Archivo General del Reino*, en Simancas, el que descubrió una de las facetas de su vocación. Más tarde, vuelto a la patria, las selvas del noroeste boliviano, que las recorrió pedazo a pedazo, revelaron la otra. En 1889, fundó, juntamente con otros preclaros varones, la Sociedad Geográfica de La Paz, a la que sostuvo hasta convertirla en la respetable institución que es hoy. Pero el reducto desde el cual luchó incansable por hacer conocer las glorias, riquezas y bellezas de la Patria, más allá de sus fronteras, fué la *Oficina de*



Estadística y Propaganda Geográfica. Talento, técnica y tenacidad se reunieron allá para prestigiarla, mediante un Boletín que hoy mismo se consulta. Se sumaron a la

misma obra sus numerosos folletos, más de cien, sobre comercio, agricultura, minería y demografía bolivianos. Debido a estos variados estudios y a sus vinculaciones con todo el mundo, Ballivián fué socio de gran número de sociedades geográficas e históricas de Europa, América y Asia.

BARRAGÁN, ALEJO Y CIRILO
(1827 - 1874)
(.... - 1865)

Especímenes del periodista independiente y combativo. Eran, los dos, abogados; ocuparon diversos cargos en la judicatura. Pero su verdadero campo de acción fué el periodismo, pudiendo decirse que estos dos gemelos intelectuales lo iniciaron profesionalmente en Bolivia. Desde la columna diaria lucharon contra las tiranías y, como consecuencia, sufrieron destierros y persecuciones, hasta que uno de ellos murió en el exilio y el otro fué sacrificado por la barbarie en función de gobierno. Participaron en diversas conspiraciones en defensa de las libertades populares, sin jamás buscar el medro personal, pues eran sumamente orgullosos. En 1865, Cirilo formó en las filas revolucionarias que pretendían derribar a Melgarejo; pero a la hora de las cuentas, se las ajustaron. Después del combate de las Letanías, el déspota ordenó la captura y el fusilamiento de Barragán. Alejo, que vivía proscrito en Arequipa, murió allá en 1874.

BARRIOS, CLAUDIO QUINTÍN
(1861 - 1938)

Prestigió el foro nacional con su inteligencia y su honradez. La universidad túvolo, primero, como uno de sus catedráticos descollantes y luego como Rector. Dirigió numerosos diarios y escribió diversos estudios sobre cuestiones constitucionales y códigos. Su carrera judicial culminó en la Corte Suprema de Justicia. Y dentro de la administración nacional llegó a ocupar los cargos de ministro de Educación y ministro de Hacienda. Fué diputado en tres períodos legislativos. Varias veces, presiden-



te del Concejo Municipal. He aquí algunas de sus obras: *Constitucionalidad de Bolivia, Diccionario de la Constitución, Codificación de la Legislación Militar, Sistemas Penitenciarios, Compilación de las leyes del Procedimiento Civil, Antecedentes de la Revolución Federal*, etc.

BEDREGAL, JUAN FRANCISCO
(1883 - 1944)

Profesor, escritor, sociólogo, penalista. Uno de los escritores más agudos que ha tenido Bolivia y un "causseur" de humorismo inimitable. Con la circunstancia, no muy común, de que escribía tan graciosamente como al charlar. Poeta: sus versos andan desperdigados, pero nadie los olvi-



dó. He ahí su "Tríptico", el más bello poema para exaltar nuestra bandera: desde hace 30 años, vibra en los labios de nuestras generaciones jóvenes. Prosista: es aquí

donde se perfila nítida la rica personalidad de Bedregal. Sutil, finamente malicioso y amante de la gracia criolla, sus cuentos y sus críticas constituyen una prueba de talento privilegiado y de espíritu observador. Chirveches le ha llamado "Embajador de nuestra ironía". Pero hay más. Unamuno, al comentar *La Máscara de Estuco*, un estudio sociológico de Bedregal, ha declarado: "Por fin han aprendido a pensar los americanos". Otra de sus grandes obras es *Figuras Animadas*, colección de cuentos. Su vastísima producción se halla diseminada en antologías, revistas, folletos y periódicos del país y el extranjero. Bedregal ha sido catedrático y rector de la universidad de La Paz, presidente y fundador del P.E.N. Club, de la Academia Boliviana, correspondiente a la Real Academia Española de la Lengua, Presidente ad-honorem de la Fundación Universitaria Patiño, del Círculo de Bellas Artes y de otras instituciones culturales.

BELZU, DE DORADO, MERCEDES
(1834 - 1879)

Hija de un gran caudillo boliviano, el general Isidoro Belzu, y de una eximia escritora, doña Juana Manuela Gorriti, y un espíritu de capacidad y cultura excepcionales. Cultivó amistad con celebridades universales como Lamartine. Fué halagada



en las cortes europeas. Y brilló en todas partes por su talento y su belleza. Sus aficiones poéticas, porque es como poetisa que ha dejado un rastro luminoso, comenzaron a manifestarse al hacer unas magníficas traducciones de Victor Hugo, Shakespeare, Byron, Lamartine y otros ingenios inmortales. Y cuando su propia inspiración halló cauce, ella cantó en estrofas dulces, perfumadas de romanticismo, tristes a ratos, cuando la vida le mostrábase incompasiva; pero también supieron encenderse y asumir tonos iracundos, cuando estaban destinadas a fustigar a los tiranos. Tales, sus apóstrofes a Melgarejo.

BILBAO LA VIEJA, DÁMASO
(1789 - 1869)

No tenía sino veinte años de edad cuando participó en las jornadas revolucionarias de julio de 1809. Lo tomaron preso



después de la derrota de los patriotas en Chacaltaya, enviándolo desterrado a Córdoba. Cuando pasaba por Salta, sobrevino la revolución en Buenos Aires. Bilbao se incorporó al ejército argentino. Fué edecán de Martín Pueyrredón, y participó en varias batallas (Las Piedras, Tucumán, Salta, Vilcapugio, Ayouma), a las órdenes de Manuel Belgrano, siendo ascendido a teniente coronel. Vuelto al país, en 1825, e incorporado al ejército boliviano, más tarde participó en las campañas de la Confederación. Finalmente, tomó parte en la batalla de Ingavi, donde fué ascendido al grado de general de brigada.

BOSQUE, JUAN DE DIOS
(1821 - 1890)

Así la cátedra sagrada como la tribuna parlamentaria se honraron con la elocuencia radiosa y cautivante de este ilustre prelado. Su talento y su espíritu de acción puestos en primer plano, eclipsando las propias virtudes, hicieron de él una figura destinada a ocupar una página importante de la historia boliviana. Allí donde le cupo actuar, sus capacidades de organizador dejaron huellas profundas. Su paso por el Seminario, en un período en que este histórico colegio iba camino de desmedrar sus prestigios, fué una señal de renovación. La catedral de La Paz le debe un gran impulso y sus planos definitivos. Merced a su energía fueron restauradas la disciplina y la moral del clero. Sus pastorales, que son modelos de erudición y de buena habla, le han asignado alta jerarquía como escritor. Participó en la política, desempeñando papel destacadísimo. Fué ministro y consejero de Estado, presidente de la Asamblea Nacional, diplomático, encargado del gobierno de la Nación. Nació en Sorata, el 12 de marzo de 1829.

BRAVO, CARLOS
(1849 - 1902)

Hombre de estudio al par que de acción. Es considerado como uno de los más cultos de su época, habiendo dejado una biblioteca rica en documentos originales. Fué de los primeros impulsores de los estudios históricos y geográficos de Bolivia y de las lenguas nativas. La Sociedad Geográfica de La Paz, la Academia Aimara y otras importantes instituciones, recuerdan en él a uno de sus fundadores. Juntamente con el notable ingeniero Eduardo Idiáquez, exploró las regiones de Zongo y Challana hasta el río Kaka, haciendo el trazado de un camino carretero. El año 1895, hallándose en el Beni por asuntos industriales, fué designado presidente del Concejo Municipal, cargo desde el cual, entre otras obras, fundó el hospital de la ciudad de Trinidad. Aparte de sus numerosos trabajos publicados en la prensa, ha dejado los



siguientes estudios: *Historia de los hospitales, Biografía del Obispo Cárdenas, La Patria Boliviana, La administración Velasco, Límites de la provincia Caupolicán, Datos para la historia de la Confederación, Gramática aimara. Diccionario aimara* y otros.

BUSTÍOS, LUCIANO
(1887 - 1935)

Abogado, profesor y folklorista intuitivo. Lo mejor de su espiritualidad estuvo consagrado a captar las emociones artísticas del indio, respetando su vigor y su originalidad. Fué él quien con más fervor difundió la música nativa, dándole una jerarquía que jamás había tenido. Y puede decirse que a partir de entonces comenzó la dignificación del folklore. Bustíos ha



dejado la mejor colección de música vernacular, que el público no conoce sino fragmentariamente, en un libro inédito titulado *Coreografía y Música Indígenas;* una zar-

zuela de evocación incaica, *Fiesta del Sol;* numerosos himnos y canciones escolares; piezas de baile, que se hicieron muy populares, etc. Para despertar el cariño por la música vernacular, fundó diversas instituciones corales y de orquesta.

CÁCERES, JUAN MANUEL
(1760 - ....)

Otra figura descollante de Julio de 1809. Se le encargó la misión de levantar a los indios de los alrededores de La Paz, porque gozaba de mucho ascendiente sobre ellos. Al producirse la revolución del 16, fué él quien lanzó el toque de rebato con las campanas de la Catedral. Días más tarde reclutó más de tres mil indios, combatiendo en Pacajes y Omasuyos. Derrotados los patriotas, Cáceres fué condenado a morir en la horca, debiendo ser llevado al patíbulo en un zurrón que arrastraría una bestia. Pero fugó para ir a incorporarse en el Ejército Auxiliar Argentino. Derrotado éste en Guaqui, Cáceres corrió a levantar a los indios de Calamarca, Sicasica y Ayoayo. Con ellos cayó de improviso sobre tropas españolas en Sicasica, infligiéndoles la primera gran derrota sufrida por el ejército de Goyeneche: de 2.200 hombres no pudieron salvar ni diéz.

CALDERÓN, JOSÉ LUIS
(1861 - 1946)

Nieto del gran patriota Pedro José Calderón de la Barca, de destacada actuación en la revolución de Julio. Aunque había estudiado Teología y Derecho, su vocación lo llevó al periodismo, al cual se consagró en definitiva. Dirigió "El Telégrafo" y "El Trabajo" y colaboró en numerosos órganos de prensa. Otra de sus inquietudes fué la cultura del pueblo, con cuyo objeto organizó diversas instituciones obreras. Pero algo que descubre un aspecto interesantísimo de su personalidad es la ayuda que, generosamente, prestó a los escritores nacionales. Calderón, propietario de una empresa editora, invitóles a producir, y él se encargaba del resto en forma que no volveríamos a ver hoy. Letras y literatos hallaron en aquel hombre un protector de muchos quilates en el espíritu. Ejerció diversos cargos importantes, incluyendo su actuación en el Parlamento. Ha dejado, inéditas, varias obras, como *Historia de la Administración del General Santa Cruz, La Sociología de las multitudes en Bolivia,* etc.

CAMACHO, ELIODORO
(1831 - 1899)

Prominente figura en la historia militar y política de Bolivia. Nació en Inquisivi, el 14 de noviembre de 1831. Difícil hacer una síntesis de su múltiple personalidad, de su fecunda intervención en la vida de



nuestras instituciones y de sus obras. Como militar, por una parte, luchó contra las tiranías poniéndose del lado de hombres como Linares y Frías, y por otra, tuvo brillantísima actuación en la guerra del Pacífico. Empezó su intervención en ésta como simple comandante de escuadrón, terminando por ser proclamado Comandante en Jefe del Ejército Boliviano. En la batalla del Alto de la Alianza, dirigía el ala izquierda de los aliados; pero cayó gravemente herido y fué conducido, casi moribundo, a Tacna, donde los chilenos lo declararon prisionero. Como político, puede considerársele el creador del partido Liberal, y ya es clásico invocar su programa como modelo de ideas

avanzadas a su época. Proclamado tres veces candidato a la presidencia de la República, pese a su inmensa popularidad fué derrotado por los partidos conservadores encaramados en el poder. Camacho mostró también su talento como escritor de estilo elegante y vigoroso. Murió en 1899, con el grado de mayor general.

CAMPOS SEMINARIO, MARÍA MANUELA
(1780 - 1820)

Esposa de uno de los protomártires de la Independencia y una heroína ella misma. Era descendiente de una familia rica e ilustre, que le dió esmerada educación. Contrajo matrimonio con el doctor Gregorio García Lanza, de cuyas ideas revolucionarias se hizo partícipe, así como de las vicisitudes por las que él atravesara. Muerto su esposo, en el cadalso, y confiscados sus



bienes, para ella continuaron sañudamente las persecuciones por parte de los españoles, que nunca le permitieron vivir en su ciudad natal.

CANTUTA, FELICIANO

Notable marmolista y escultor indio. Aprendió sus artes sin el auxilio de escuelas ni profesores, llevándolas sin embargo hasta un alto grado de perfeccionamiento. Participó en el labrado de las piedras de la Catedral. Pero su obra maestra fué la fuente monumental que, hasta 1909, existió en la plaza Murillo, coronada por una estatua de Neptuno. Un trabajo bellísimo y complicado, ejecutado en mármol que



trajeron de Berenguela (cantón de la provincia Pacajes). Su trabajo duró cerca de tres años, según el P. Aranzaes, habiéndose estrenado el 17 de julio de 1855. Cantuta era un indio de la parroquia de San Sebastián, La Paz.

CASTRILLO, JOSÉ AGUSTÍN
(1911 - 1933)

Uno de los héroes auténticos del Chaco. Se le calificó el héroe máximo de la famosa Cuarta División. Comenzó a actuar en Boquerón, donde su regimiento rompió el hermético cerco armado por casi todo el ejército paraguayo. Después del desastre de este fortín, intervino en el glorioso Kilómetro Siete, a partir del cual hízose cargo de un regimiento que, con él, escribiría páginas de leyenda: el "Loa". Sería largo enumerar sus jornadas: Isla Poi, Arce, Alihuatá, Kilómetro Siete, Campo Jordán, Puesto Castrillo, Gondra . . . El capitán Castrillo y el "Loa" realizaron proezas inolvidables. Pero la muerte no vino cuando se la buscara, sino a traición. Fué en Gondra, en un día de completa calma. Nadie supo de dónde vino la bala que cortó el hilo de tan valiosa existencia. Sobre la tumba del héroe, en Muñoz, llovieron hojas de palo santo y flores de quebracho. Hoy descansan sus restos en el Panteón de Notables, de La Paz.

CATARI, TUPAC
(1750 - 1781)

La rebelión iba fermentando de un extremo al otro. Tupac Amaru, en el Cuzco, y Tomás Catari, en Chayanta, eran los jefes del movimiento. Y al centro, surgió, como



un eslabón, Julián Apasa el máximo caudillo indígena del Alto Perú. Tomando una parte de aquellos dos nombres, llamóse *Tupac Catari*, que habría de hacerlo inmortal. Como la presente síntesis no pretende hacer historia, sino reinvindicar un valor autóctono, habrán de bastarnos dos pinceladas para ello. Caudillo y movimiento surgieron en la gran provincia de Sicasica, para abarcar, en poco tiempo, Pacajes, Omasuyos, Larecaja, Carangas, Yungas y otras. Cuarenta mil hombres, que supieron apreciar las aptitudes y las virtudes de Catari, reconocieron en él su conductor. Y éste mostróse un hábil organizador y un gran guerrero. Su don de mando fué suficiente para agitar tan grandes masas humanas. Y durante el asedio de La Paz y los combates parciales, se enfrentaron el valor de los castellanos y la bravura aimara. Tupac Catari fué capturado a traición y descuartizado en vida en la plaza del Santuario de las Peñas.

CÁRDENAS, BERNARDINO DE
(1562 - 1668)

Doctor en Teología, explorador, misionero y gran conversor de indios y obispo del Paraguay. Nació en Obrajes (La Paz). Conocía diversos idiomas nativos, lo que le valió ser un notable predicador, el intermediario entre los españoles y los indios y el reductor de éstos. Pero su nombre resonó más en la historia religiosa y política de la Colonia a raíz de su larga lucha con los jesuítas. Designado obispo del Paraguay, cuando realizaba su visita pastoral, las reducciones jesuítas le opusieron resistencia. Éste fué el comienzo de una larguísima disputa entre el prelado y la orden mencionada. El gobernador del Paraguay, Gregorio Henestrosa, partidario de los jesuítas, cometió la alcaldada de desterrar al obispo. Pero fué enjuiciado y condenado por la Audiencia de Charcas designándose en su reemplazo a Diego Escóbar Osorio. Cárdenas pudo volver a su diócesis. Después de un año, falleció Escóbar, y el pueblo designó gobernador provisional a su obispo. Ahora fueron los jesuítas los expulsados. Y cuando se envió otro gobernador



interino en reemplazo de Cárdenas, éste se negó a prestar obediencia y opuso resistencia armada.

Vencido al final, fué desterrado a Santa Fe, de donde tuvo que viajar a pie para dirigirse al Alto Perú. Los jesuítas lo persiguieron sin descanso. Pero así en Roma como en la corte de España, el fallo favoreció a Cárdenas y aunque él renunciara al obispado del Paraguay, el rey se negó a aceptar su desistimiento. Más tarde fué propuesto para el obispado de Guamanga, que él rehusó. Finalmente, cuando se dirigía a Santa Cruz de la Sierra, consagrado ya obispo, falleció en Arani el 24 de octubre de 1668.

CARDÓN, JOSÉ ANTONIO EUGENIO MARTÍN
(1794 - 1864)

Actuó en la guerra de la Independencia desde muy joven, habiendo participado en la batalla de Zepita bajo las órdenes de Santa Cruz. Fué diputado por La Paz en la Asamblea Constitucional de 1825, que pro-



clamó la independencia de Bolivia, y representante en los congresos de 1828, 1831, 1834 y 1846. Su nombre figura entre los grandes filántropos del país, pues al morir dejó sus casas y varias fincas a los hospitales de su ciudad natal.

CARRASCO VILLALBA, ROBERTO
(1900 - 1933)

Dió su vida por la Patria durante la campaña del Chaco. Pero su inmolación llegó después de que el joven militar corriera por una serie de hazañas. Así, *Nanawa*, *Campo Jordán* y *Pirizal* fueron otros tantos



jalones marcados por su heroísmo. En esta última batalla, herido ya y sangrante y a merced del enemigo, cuando éste requirió su rendición, Carrasco, en una actitud que recuerda la de Abaroa, irguióse altivo y aun pudo disparar su pistola antes de caer deshecho por una ráfaga de ametralladora.

CASTRO, JOSÉ GABRIEL
(- 1809)

Era español, pero rindió su vida en aras de nuestra independencia. Tomó participación en las febriles actividades que sucedieron a la revolución de julio de 1809, haciéndose cargo de la artillería patriota como segundo del protomártir Melchor Jiménez. Cuando le propusieron una reconciliación con los realistas, Castro repuso, con altivez: "Mediré mi espada con la de Goyeneche". Contraste paradójico: Castro, un español, luchando por la libertad de América; Goyeneche, un americano que se opone a ella. Castro intervino en numerosas batallas al lado de los patriotas, en forma y con una decisión que admiran. Por fin, después de la derrota de Chicanoma (Sud Yungas), huyó en compañía del inmortal Victorio García Lanza, internándose en las selvas. Fueron tenazmente perseguidos, y capturados tras cuarenta días de padecimientos. Degollados en el mismo sitio, los realistas enviaron las cabezas como trofeos a Goyeneche, quien ordenó que la de Castro fuera exhibida en el Alto de Lima (La Paz) y la de García Lanza en la plaza de Coroico: su pueblo natal.

CATARI INKAKOLLO, FRANCISCO

Representante de la raza indígena en la Junta Tuitiva, organizada el 16 de julio de 1809. Natural de la comunidad Chirca (Sud Yungas) y descendiente de los nobles caciques de la misma, fué elegido en Chulumani, donde de inmediato le rindieron todo género de homenajes. Una vez incorporado en la Junta, volvió a los Yungas, donde prestó importantes servicios a la cau-

sa de los patriotas. Pero cuando vencieron las armas de Goyeneche, Catari Inkakollo fué condenado a las penas de azote y cár-



cel, las que no pudieron cumplirse porque el patriota indio fugó, sin que se pudiera saber nada más de él.

CISNEROS, JUAN DE LA CRUZ
(1803 - 1878)

La virtud en su grado de verdadera pureza, la consagración a los humildes y desamparados y la más absoluta tolerancia para el pensamiento ajeno: así podría resumirse la personalidad del Deán Cisneros. Algo que logró acercarse a la perfección moral. Pero será bueno advertir que tan



excelsas prendas espirituales no fueron razones para cerrarle los ojos frente a este mundo real, donde hay tantas cosas que reclaman la inteligencia, la buena voluntad y la acción de varones como él. Cisneros, con ser casi un santo, fué hombre demasiado humano y, por añadidura, un patriota ejemplar. Así, pues, su existencia entera estuvo dedicada a ser útil. Enseñar al que no sabe, pudo haber sido una de sus divisas No sólo la práctica de las virtudes cristianas, sino todo lo que ha menester el hombre para vivir una vida más completa y feliz sobre la tierra. Y comenzó esto por la modestísima tarea de enseñar al indio. Luego, a los demás. Tomó parte en la fundación de la universidad de La Paz, de la cual más tarde sería su cancelario. Organizó, por comisión especial del Gobierno, la primera sociedad literaria en La Paz, la precursora del progreso de las letras republicanas. Y fué Director General de Enseñanza. Sería largo, enumerar sus servicios a la patria, los cuales han sido ya señalados en más de una biografía: en la diplomacia, en el parlamento, en el profesorado, etc. Pero coronando a todo ello, resplandece su figura moral, que es la que más llama al fervor y la admiración.

CORDERO, JUAN
(1759 - 1809)

Un héroe de origen humilde. Hijo del pueblo y uno de sus innumerables representantes en la jornada del 16 de julio de 1809. Organizó y capitaneó una compañía de patriotas con la cual intervino en la toma del cuartel de la guardia española. Habiendo capturado a algunos oficiales, en cierto momento y en virtud de ese humor picaresco que sabe gastar la gente del pueblo aun en los instantes más trágicos, despojó a uno de ellos de sus arreos militares y, endosándoselos él, salió a los balcones a proclamar el triunfo. Pero como lo confundieron con un español, alguien disparó sobre él, hiriéndolo mortalmente, de cuyas consecuencias falleció al siguiente día.

CORRAL, CASIMIRO
(1830 - 1895)

Jurisconsulto, periodista, diplomático y notable caudillo popular. Luchó, desde la prensa, por la exaltación de Linares a la presidencia de la República, cuya política sostuvo en un periódico de tendencia popu-

lar. Más tarde formó en las filas que combatían la tiranía de Melgarejo. Éste, receloso de Corral, cuyo renombre crecía, para alejarlo lo designó ministro plenipotenciario en el Ecuador, cargo en el que estuvo muy poco tiempo, pues no se resignaba a servir en forma alguna a aquel tirano. Desde entonces se dedicó a conspirar, unas veces desde fuera y la última viniéndose a La Paz, como secretario de Morales, hasta la caída de Melgarejo. Morales lo designó ministro de Relaciones Exteriores, cargo en el que continuó con Frías. Fué entonces que se firmó el tratado Lindsay-Corral con Chile (5 de diciembre de 1872). En 1873 fué candidato a la presidencia de la República, siendo derrotado por Adolfo Ballivián. En 1884 fué elegido primer vicepresidente; en 1892, cancelario de la universidad de La Paz.

CRESPO, LUIS S.
(1869 - 1935)

Periodista e historiador de dotes excepcionales. A los 18 años de edad dirigió, en Oruro, "La Nueva Era". Desde entonces, su vida tuvo un objetivo: escribir, y lo hizo en casi todos los diarios del país; pero no ya sobre ideas dispersas, sino haciendo cada vez más hondo el cauce de sus especialidades: historia, geografía, estadística. Por esto fué uno de los más importantes colaboradores de don Manuel Vicente Ballivián en la Oficina Nacional de Estadística y Propaganda Geográfica; dirigió varios censos de carácter local y nacional; presidió instituciones respetables como la Sociedad Geográfica de La Paz y la Academia Nacional de Historia, y fué designado socio correspondiente de numerosas entidades culturales de América. Pero hay algo que merece especial relieve. Posiblemente, la mayor virtud de este escritor es la de haber hecho llegar al pueblo la verdad de nuestra Historia. Con toda la autoridad que le daba su gran erudición en la materia, hízose asequible a la masa: sencillo y ameno, sin haber renunciado a la severidad. Inició, en el periodismo boliviano, la forma más hábil de la divulgación: la pedagógica. Porque no otra cosa era su *Día Histórico*: una dosificación inteligente, oportuna, metódi-



ca. Es que Crespo, como casi todos los intelectuales, fué maestro, y aun después de haber dejado las aulas siguió oficiando como educador, desde el libro y la prensa: sus auténticas cátedras. Ha escrito mucho: libros, folletos y artículos cortos. Sensiblemente, con su prematura desaparición dejó truncas algunas de sus obras. Entre sus producciones más importantes, cabe citar: *Monografía de La Paz, La Revolución Federal, Historia de Bolivia* (en colaboración con Manuel Ordóñez), *El General Pando, Las mujeres del tiempo heroico, Los hombres del tiempo heroico, Geografía de Bolivia, Guía del viajero en Bolivia, Don José Ramón de Loaiza, Colegios de propaganda fide, Episodios históricos de Bolivia*, etc.

CHIRINOS, FERNANDO

Uno de los fundadores de La Paz. Comerciante muy activo; es interesante recor-



darle porque fué él, en compañía de otros españoles, quien estableció la primera fá-

brica de paños en esta ciudad. Su tienda de ventas estaba situada en la actual calle Potosí, conocida anteriormente con el nombre de "Chirinos".

CHIRVECHES, ARMANDO

Buen poeta, escritor de derecho internacional y catedrático. Pero es su prosa la que más se relieva y su elegante estilo y su humorismo de buen gusto y su aristocracia espiritual. Observador y analista profundo y preciso de nuestras costumbres, trasladó éstas a la novela, el género literario de su predilección y de su mejor dominio. Pocos escritores bolivianos conocieron tan bien la técnica de la novela y supieron captar con mayor exactitud las realidades de nuestro medio. Una de sus primeras obras, *La Candidatura de Rojas*, ha sido traducida al francés y publicada en folletín por "Le Temps" de París. Y luego hay que mencionar *La Casa Solariega*, *La Virgen del Lago*, *Flor del Trópico*, y de poesía: *Añoranzas*, *Cantos de Primavera* y otros.

DÍAZ VILLAMIL, ANTONIO
(1896 - 1948)

La muerte nos lo arrebató en momentos en que iban a cerrarse las páginas de esta monografía, obra suya. He aquí las huellas de sus manos laboriosas y de su espíritu organizador. La última de sus pasiones fué ésta. Y fué tan grande ella, que, convertida en inmensa hoguera, acabó de consumirlo. Es poco decir: nos queda un recuerdo que nunca habrá de perecer. Más justo es proclamar: nos deja una lección que aprender y seguir. En verdad, toda su vida fué una enseñanza permanente de serenidad, de perfecto equilibrio de sus fuerzas interiores, de estudio, de sembrador de idealismo límpido y de lucha constante. Un espécimen del varón que cada minuto se aproxima a la perfección. Su mentalidad hallábase en la posesión de sus plenitudes. Como el fruto que, en lo alto del árbol, alcanzó su madurez. El fruto fué rendido por la muerte. Espíritu proteico, se entregó, con brillantes éxitos, al cultivo de diversas ramas de la literatura. En los albores de su existencia fué poeta, aunque él sonreía de sus ingenuas rimas. Pero pronto descubrió sus propios cauces. Catedrático, mostró el norte



a una generación de estudiantes de secundaria y universitaria. Llegó a ocupar las más encumbradas posiciones del ramo. Pero más que en las aulas, su función estuvo en el gabinete del escritor. Fecundo, fecundísimo y siempre en curva de ascensión. Primero escribió, numerosos libros, para sus alumnos. Luego puso el pie en el terreno de la novela, en el del cuento, en el del teatro. Hizo la vivisección de los tipos nacionales, sacudió los problemas sociales de Bolivia, hizo culto de la patria, escudriñó el pasado y abrió, amplias, las alas de su ágil imaginación. Sus obras llegaron al alma del pueblo, y allá han de supervivir. Es difícil olvidar la tierna leyenda de la *Kantuta*, flor a la cual Díaz Villamil devolvió dignidad y señorío; las intensas emociones gozadas al asistir a las representaciones de *La hoguera*, y así con todas sus obras, cuya enumeración nos resultaba muy extensa. Y recientemente conocimos *La niña de sus ojos*, la conmovedora historia de una dulce maestrita del agro...

DÍAZ ROMERO, BELISARIO
(1870 - 1940)

Amó la ciencia y la cultivó como pocos lo hicieron en Bolivia. Un verdadero sabio. Añádese su capacidad de escritor y polemista. Y su posesión de varios idiomas. Y su extraordinaria cultura en diversas ramas del saber. Y con todo, su vida se deslizó callada y modestamente, sin que de ella se conozca otra cosa que sus profundos estudios, sobre arqueología, historia, ciencias naturales, etc. La vida de Díaz Romero es, sin hipérbole, una vida ejemplar, absolu-



tamente consagrada a trabajar. Su nombre fué más conocido, probablemente, en los círculos científicos extranjeros que en su propio país. Nos ha dejado numerosas obras, de las cuales citaremos: *Farmacopea Callaguaya, Flora Pacensis, Tiahuanacu, Ecclesia versus Scientia, Historia Natural, Bolivia Geológica y Mineralógica* y otras. Pero su obra fundamental es, sin duda, *Ensayo de Prehistoria Americana.*

DÍEZ DE MEDINA, CLEMENTE
(1777 - 1848)

Después de educarse en los mejores colegios de España y de recibir la instrucción militar, fué incorporado en la guardia del Rey. Allí tuvo el privilegio de cultivar amistad con Bolívar, cuando el genial guerrero hacía también sus primeras armas en la profesión. Díez de Medina, quizá habiendo su espíritu abrevado en las mismas fuentes, tuvo activa y tenaz participación en las luchas por la independencia americana. Primero combatió por España, cuando Carlos IV cometió la insensatez de declarar la guerra a la república francesa. Se vino al Perú con el grado de capitán. Más tarde, renunciando a sus grados y cargos, volvió a La Paz, su ciudad natal. A la sazón estaba madurando la revolución de Julio, y él se alineó en sus filas. Desbaratados los patriotas, anduvo prófugo hasta que logró incorporarse al ejército de Balcarce. Combatió en Guaqui encabezando un grupo de juventud paceña. Otra vez fugitivo, condenado a la pena capital, logró trasladarse a Buenos Aires. Pronto se incorporó en el ejército de San Martín, combatiendo en Maipú como jefe de Granaderos. En premio a su magnífica actuación fué designado prefecto de Coquimbo. Más tarde, tomó parte en las batallas de Ica, Nasca, Acari, Pasco y otras, en el Perú. Contribuyó, pues, a la independencia de su patria, a la de Chile y a la del Perú. Volvió a La Paz después de la victoria de Ayacucho.

DÍEZ DE MEDINA, FEDERICO
(1839 - 1904)

Hijo de una de las familias más antiguas y distinguidas de La Paz. Fué uno de los catedráticos más notables de la universidad, especializándose como internacionalista. Algunos de sus libros en esta materia, comentados y aplaudidos por los publicistas más destacados de otros países, hiciéronse tradicionales en las aulas de nuestras universidades. Actuó en la política, elegido varias veces representante de La Paz en el Congreso, donde brillaron sus dotes de buen orador. Fué diplomático y periodista. Llegó a ejercer las altas funciones de cancelario de la Universidad. Entre sus muchas producciones intelectuales, podemos citar: *Nociones de Derecho Internacional Moderno* (que sirvió de texto en muchas universidades americanas), *Derecho Internacional Privado, Derecho Político, Derecho Constitucional, Breves observaciones de los tratados sancionados por el Congreso Interna-*

cional Sudamericano, El principio federativo, Las minorías en Bolivia, El sistema electoral, etc.

EDUARDO, ISAAC
(1861 - 1924)

Poeta, periodista y autor teatral. Sus versos, impregnados a veces de una tierna melancolía, llevan hasta la emoción de la



lágrima. Pero en otros retozan el buen humor y la ironía vivaz, invitando a reír. Cultivó el teatro, dejándonos una comedia, *Árbol que crece torcido;* un drama, *Entre el amor y el deber*, y un drama patriótico, *Contra el destino*. También ensayó la novela, habiendo publicado *Corazón enfermo*. Sus principales poesías han sido recogidas en un volumen titulado *Himnos y quejas*. Y sus poesías satíricas, en otro: *Pitos y flautas*.

ESCOBARI, ISAAC

Siguiendo el ejemplo de Villamil de Rada, el lingüista más grande que hubo en América, realizó estudios filológicos profundos, además de ser un orador de primera fila, cual lo atestigua la misma crítica actual. Está contado entre los grandes *aimarólogos*. Ha escrito diversos ensayos que evidencian su erudición: *Analogies philologiques de la langue aimara, Discursos sobre las lenguas primitivas y el Aimara y la Filología*.

ESQUIVEL, JUAN CRISÓSTOMO
(1772 - 1816)

En la historia de Bolivia, se le conoce con el nombre de "Guerrillero de Larecaja", pues en dicha provincia, en compañía de otro famoso patriota, el cura Ildefonso de la Muñecas, se levantó en armas contra la dominación española. Nacido en La Paz, hizo sus estudios universitarios en el Cuzco, de donde volvió con el título de abogado y con el espíritu imbuído de ideas revolucionarias. Participó en una primera conspiración juntamente con Murillo, con un emisario de los patriotas cuzqueños y otros, el año 1805. Fracasada ésta, Esquivel se retiró a Larecaja, cuyas breñas constituyeron su último reducto. Él y Muñecas organizaron una partida de indios, a la que no pudieron someter las tropas españolas hasta el 17 de febrero de 1816. Derrotados los patriotas, Muñecas cayó en manos de los realistas. Sería asesinado días más tarde. Esquivel, en compañía de algunos de sus hombres, huyó al pueblo de Camata. Allí fueron rodeados por tropas que llegaban por distintas direcciones. Una vez capturados y ejecutados, la cabeza de Esquivel fué remitida a La Paz para su exhibición en una picota.

EYZAGUIRRE, FERMÍN
(1795 - 1859)

Abogado de destacadísima actuación, fué presidente de la Corte Suprema de Justicia durante once años. Estudió en la Universidad de Chuquisaca. Representó a La Paz en la primera Asamblea (1825), así como en la Convención del año 1828, en la Cons-



tituyente de 1831 y la Convención de 1851. Por lealtad al Mariscal Santa Cruz, por cuyo regreso trabajó intensamente y tomó

parte en algunas revoluciones, fué sañudamente perseguido durante los gobiernos posteriores. Más tarde, en 1851, fué elegido diputado ante la Convención.

EYZAGUIRRE, JOSÉ MARÍA
(1830 - 1917)

Abogado, catedrático y un magistrado de prócera jerarquía espiritual. Su ciencia jurídica y la ejemplar dignidad de su conducta, los dos rasgos más vigorosos de su personalidad profesional, distribuyólas entre la Universidad y la Judicatura, aunque también el Parlamento lo tuvo ocasionalmente, sin lograr cautivarle, empero. Muchos años fué catedrático, luego decano de la facultad de Derecho y vicecancelario de la universidad de San Andrés. Su carrera en el ramo judicial tuvo su culminación en



la Corte Suprema de Justicia. Para apreciar la talla moral de este personaje sería suficiente hacer mención del homenaje que se le rindió al celebrar sus bodas de oro profesionales. Lo más selecto de la intelectualidad joven habló, en tal ocasión, por intermedio del insigne Daniel Sánchez Bustamante: "*Las nuevas generaciones* —díjole éste— *no olvidarán el ejemplo que les dais de una vida sencilla, laboriosa, intensa y resignada; todo vuestro tiempo ha sido entregado al derecho y al bien, todas vuestras fuerzas han sido gastadas por la virtud del trabajo*". "*Como magistrado habéis recorrido todos los peldaños del Poder Judicial, dejando en ellos el sello de una esclarecida y patriótica pureza de conciencia*". "*Como catedrático... habéis fundado en esta Universidad, en unión de nuestros maestros, la preclara concepción del derecho boliviano*".

EYZAGUIRRE, JULIO
(1895 - 1935)

Notable jurisconsulto. Educado en la misma escuela moral y profesional de su ilustre padre, el doctor José María Eyzaguirre,



su renombre de abogado alzóse sobre las columnas de un claro talento y una acrisolada honradez. Catedrático de la Universidad, llegó a ser su vice-rector. Luego de haber ocupado varios cargos judiciales, fué designado, por el Congreso Nacional, vocal de la Corte Suprema de Justicia. Falleció cuando se hallaba en el ejercicio de estas funciones. La municipalidad de La Paz, honró sus restos depositándolos en el Mausoleo de Notables.

GALDO B. NORBERTO
(1874 - 1947)

Dos palabras ayudarían a definir su personalidad y su psicología: *the right man.*



Porque eso fué toda su vida, y a través de todas sus actividades. Sereno, metódico, de rectitud inalterable. Poseía una cultura am-

plísima, intelectual y artística, vaciada en el molde de un espíritu anglosajón. Esto quiere decir que llevaba también en sí las capacidades del hombre de empresa. En efecto: triunfó, a pura tenacidad, en las competencias comerciales. Antes había prestado importantes servicios como catedrático y director del Instituto Nacional de Comercio y cónsul general de Bolivia en Barcelona. No fué más, porque no quiso. Absorbieron su tiempo actividades de más cuenta.

GARCÍA LANZA, JOSÉ MIGUEL
(- 1828)

Hermano de los protomártires Victorio y Gregorio García Lanza y uno de los héroes auténticos del legendario período de las guerrillas. Interrumpió sus estudios en la universidad de Córdoba para regresar al país, donde su familia lloraba aún la pérdida de dos de sus miembros: inmolados por la libertad americana. Fueron escenarios de las hazañas de José Miguel García Lanza los breñales y quebradas de Inquisivi y Ayopaya, donde él y su pequeño grupo hicieron fracasar a verdaderos ejércitos lanzados en su persecución. Su táctica era hostigar, hostigar siempre, realizar asaltos sorpresivos, desaparecer, volver a presentarse, de manera que el enemigo se agotaba en una campaña inútil, como si estuviera persiguiendo a un fantasma. Siete expediciones realistas, numerosas y debidamente pertrechadas, fracasaron de este modo. Hubo ocasión en que, mediante uno de estos asaltos súbitos, la tropa realista fué casi totalmente aniquilada sin pérdida alguna para los patriotas. Después de la sangrienta batalla de Falsuri, Lanza cayó prisionero. Conducido a Oruro, donde le condenaron a la pena de muerte, fué rescatado por sus amigos, a cambio de una fuerte suma de dinero, sometiéndosele a una rigurosa vigilancia. Pero fugó, para volver a organizar sus heroicas huestes, ocupando al poco tiempo, la provincia Yungas. Finalmente, en enero de 1825, concluída la guerra de la Independencia, Lanza se posesionó de La Paz. Pocos días más tarde (7 de febrero de 1825), recibiría al vencedor de Ayacucho. Luego concurriría, como representante por La Paz, a la Asamblea que, en Chuquisaca, suscribió el acta de la creación de Bolivia. Este glorioso varón, que se conquistó el dictado de Pelayo Boliviano, murió el 30 de abril de 1828, a consecuencia de una herida que recibiera el día 18 al dispersar a los amotinados que intentaron victimar al Gran Mariscal de Ayacucho. Fué Coroico la tierra de su nacimiento.

GONZÁLEZ, RAMÓN SEGUNDO
(1876 - 1940)

Hijo del famoso general del mismo apellido y de una descendiente de la ilustre Juaristi Eguino. Su personalidad vivió permanentemente desdoblada entre estas dos actividades: las investigaciones químicas y la política. Obtuvo su título profesional en la universidad de Chile, e inmediatamente se dió a la tarea de organizar los más importantes laboratorios químicos de La Paz, al propio tiempo que ejercía las funciones de catedrático de la facultad de medicina. Hiciéronse notables sus estudios sobre la quinua, habiendo merecido comentarios elo-



giosos de las revistas científicas norteamericanas. González fué el primero en analizar las aguas termales del departamento de La Paz. Su intervención en la política no fué conducida por la ambición, sino por

la inquietud de su temperamento y su lealtad al partido. Fué, además, un hombre favorecido por las auras populares, lo que le llevó varias veces al Parlamento y al Municipio.

GUACHALLA, FERNANDO ELOY
(1853 - 1908)

Uno de los diplomáticos más brillantes que ha tenido Bolivia. Y uno de los políticos más puros y de mayor popularidad. No fué propiamente un caudillo que enloqueciera a las multitudes, sino un alto jefe cuya celebridad y honradez llegaron al alma del pueblo. Su carrera en la diplomacia como en la administración pública la realizó sin prisas ni más armas que su talento y su intachable dignidad. Hasta llegar a ser elegido presidente de la República en forma unánime por el pueblo boliviano (1908). Para entonces ya había sido mi-



nistro de Relaciones Exteriores y ministro plenipotenciario en EE. UU., Venezuela, México, la Argentina y Gran Bretaña y representante ante la segunda Conferencia Panamericana, reunida en México, y ante la segunda Conferencia de La Haya. En 1898, iniciada la revolución de La Paz, fué designado secretario general de la Junta de Gobierno, correspondiéndole una gran parte de las tareas revolucionarias. Pero como él era el conductor indiscutido de la juventud paceña y gozaba de un gran ascendiente sobre el pueblo, éste obedeció pronta y unánimemente, salió a combatir y derribó a los gobiernos conservadores.

Don Fernando Eloy Guachalla nació en Ilabaya (provincia Larecaja). Murió faltándole 10 días para asumir la presidencia de la República, el 26 de julio de 1908.

GUERRA, JOSÉ EDUARDO
(1894 - 1943)

Poeta, crítico y ensayista de personalidad bien definida. También incursionó en el género novelesco al publicar *El Alto de las*



Ánimas. Aparte sus poemas, algunos de ellos premiados en juegos florales, como *Caminante*, su más destacada producción es *Itinerario espiritual de Bolivia*, uno de los ensayos más brillantes sobre nuestra literatura. Otros libros suyos son: *El fondo del silencio* y *Antología de poetas bolivianos*. Este hombre, dotado de espíritu selecto, cuyo talento iniciaba el período de sus plenitudes, desapareció en forma prematura el 31 de marzo de 1943.

GUERRA, PEDRO JOSÉ
(1809 - 1879)

Diplomático y jurisconsulto notable. Nació en La Paz el 4 de diciembre de 1809. Hizo sus estudios en la Universidad de Chuquisaca, donde, a la edad de 20 años, recibió el título de abogado. Fué representante de Bolivia ante varios países; diputado en el Congreso de 1834, prefecto de La Paz y jefe político de Sucre; ministro de la Corte Suprema; ministro de Relaciones Exteriores y presidente del Consejo de Estado, encargado del Poder Ejecutivo, cuando el general Daza asumió el mando del ejército boliviano en campaña (1879). Murió en septiembre del mismo año.

GOIZUETA, ÚRSULA
(1787 - 1854)

Doña Úrsula Goizueta, esposa del patriota Pedro Choquecallata y amiga de la notable heroína doña Vicenta Juaristi Eguino, es una de las figuras de mayor relieve del período heroico. Su hazaña del 22 de septiembre de 1814, es suficiente para dar idea del temple de esta valerosa mujer. Organizó y capitaneó a los vecinos de la zona de Santa Bárbara para participar en la toma de la ciudad por fuerzas patriotas cuzqueñas que habían llegado con ese fin, siendo coronada la acción por un triunfo completo. Pero cuando la suerte se trocó adversa, la



valiente mujer tuvo que pagar las consecuencias. Apresada por orden de Mariano Ricafort, un jefe realista cuya ferocidad no pudo olvidar la Historia, doña Úrsula fué condenada a sufrir las más afrentosas infamaciones. Se le rapó la cabeza y, montándola en un asno, el verdugo la hizo pasear por toda la ciudad, pregonando que se trataba de una insurgente. Luego fué atada contra uno de los postes de una horca como espectáculo para el pueblo. Nacida el 20 de octubre de 1787, en La Paz, murió, en estado de demencia, el 4 de noviembre de 1854.

GUTIÉRREZ, JOSÉ ROSENDO
(1840 - 1918)

La Paz le debe mucho a este preclaro hijo suyo. Como polígrafo y como investigador de la historia de Bolivia, es de los hombres inmortales. Su multifacética mentalidad y su profunda erudición, le llevaron a discurrir por diversos rumbos, sin que su pluma desmereciera en ninguno. Fué historiador, crítico literario, bibliógrafo, orador parlamentario, diplomático, doctor en



Derecho, poeta, dramaturgo. Y culminó en cada una de esas actividades. Las más importantes instituciones científicas del Continente buscaron contacto con él a través de sus valiosos trabajos científicos. En el ramo educacional, aparte sus funciones de catedrático en colegios secundarios y en la Universidad, fué inspector de instrucción, cargo que se creara por primera vez para encomendárselo. Entre las muchas obras que nos dejara, cabe citar: *Revolución del 16 de julio, Datos para la bibliografía boliviana, Alonso de Alvarado, Mancio Sierra de Leguizamo, Bolivia y Chile, Derecho diplomático boliviano, Documentos inéditos para la historia nacional, Cantos al pie del Illimani, Itúrbite, Maldición y superstición.*

GUTIÉRREZ PANIAGUA, JUAN

El primer urbanista que tuvo La Paz. Por encargo del Cabildo, en 1549, trazó las



primeras plazas y calles de la ciudad, comenzando por Churubamba, cuya plaza fué denominada "San Sebastián". Demarcó las

manzanas, solares y chacras para su distribución entre los vecinos y fué reconocido como el perito a quien acudían los particulares para la medición de sus respectivos lotes. Su cargo oficial era el de alarife de la ciudad.

HUYUSTUS

Apenas si nos ha llegado una borrosa leyenda acerca de este personaje aimara. Vivió en época demasiado remota, por esto así su nombre como su obra asumieron ya la categoría de lo mítico. Se dice que fué el organizador del Imperio Aimara, cuyo dominio se extendería con el tiempo a una gran parte del continente sudamericano hasta imprimirle un sello definitivo, como pue-



de advertirse hoy mismo por las denominaciones geográficas. Según otros, un grupo de la nación creada por Huyustus vino al valle del Choqueyapu y sometiendo a los naturales del lugar, levantó una ciudad donde, tiempos más tarde, el Inca Huayna Capac celebró la fiesta del Capaj Raimi, ordenando, con ese motivo, que fueran levantados los edificios correspondientes a una población de importancia.

IDIÁQUEZ, EDUARDO
(1856 - 1918)

Discípulo y compañero del gran Agustín Aspiazu, es de los pocos bolivianos que se consagraron a las ciencias. No bien obtuviera el grado de bachiller, en el Colegio "Ayacucho", fué designado catedrático en el mismo plantel. Estudió por su cuenta, y de un modo práctico, la profesión de ingeniero hasta obtener, mediante un examen



especial, el título respectivo. De regreso de la campaña del Pacífico, en calidad de ingeniero municipal o fiscal, dirigió diversas obras públicas, entre otras el Panóptico Nacional. Pero sus inquietudes y estudios se dirigieron en particular hacia la Astronomía. Para completar sus conocimientos en la materia, viajó a Europa en 1887, de donde trajo los instrumentos necesarios para instalar un observatorio astronómico en su casa. En 1910 hizo un segundo viaje, deteniéndose especialmente en el observatorio de Greenwich, y trajo asimismo los instrumentos más perfeccionados. Don Agustín Aspiazu y él fundaron, en 1889, la "Sociedad Geográfica", simultáneamente con su elección de socio correspondiente de la Real Sociedad Geográfica de Madrid. Varios mapas de Bolivia, así como otros regionales, fueron elaborados por Idiáquez.

INDABURU, JOSÉ MANUEL GREGORIO
(1787 - 1844)

Primer cancelario de la universidad San Andrés de La Paz, obispo de esta diócesis e iniciador de la creación del museo Municipal, actualmente denominado "Tiahuanacu", al que obsequió sus colecciones particulares. Obtuvo el título de doctor en Teología, en la universidad de Córdoba. Hombre de talento muy claro y de vastísima ilustración, ejerció durante muchos años el cargo de rector del Seminario, el colegio de

mayor prestigio por entonces. Después de pasar por otras funciones igualmente importantes, en 1831, al fundarse la Universidad, fué designado su cancelario. Más tarde, fué miembro de la Junta de Gobierno de la República, cuando el presidente Ballivián se ausentó. Finalmente, el 2 de noviembre de 1844, fué consagrado obispo de La Paz.

ITURRALDE, ABEL

La actuación de este ilustre hijo de La Paz, ha sido ya narrada por más de un libro. Su nombre llena un largo período



de la historia política, parlamentaria y periodística del país. El pueblo supo lo que valía: sin alardes de caudillo ni ansias de popularidad, y lo llevó al Parlamento período tras período. Permanente abanderado de las grandes causas y defensor de los intereses superiores de la Nación, sus discursos tenían por columna vertebral una lógica incontrovertible. Combativo, tenaz y cáustico, más de una vez hizo tambalear los más firmes ministerios, provocó la ira impotente de sus adversarios políticos y ocasionó verdaderos conflictos a los gobernantes. Como estadista de visión, fué el primero en prever los intereses que se moverían en torno a nuestras riquezas petrolíferas y aconsejar las medidas tendientes a resguardarlas. Con referencia a su labor de periodista, bastaría traer a recuerdo su periódico *La Verdad*, desde cuyas columnas Iturralde lanzó sus catapultas que contribuyeron a la caída de un régimen político.

JEMIO, LUIS F.
(1835 - 1913)

Inició su vida pública como maestro de escuela, y a través de toda su carrera literaria y política, mantuvo inalterable su cariño por el ramo de la enseñanza, sirviéndole como organizador, unas veces, como autor didáctico, otras. Su otro campo de acción fué el periodismo, en el cual, igual que dentro de la política, supo mantener una posición independiente y austera, mostrando, como rasgos característicos de su personalidad, la firmeza de carácter y la rectitud. Cuando Bolivia fué invadida por las tropas chilenas, se alistó en las filas del ejército y concurrió a diversas acciones de armas. Ya antes, en sus años mozos, cuando estudiaba en el Seminario, había ocupado su sitio en las barricadas contra Melgarejo. Sabía, pues, de sus deberes. Aparte sus composiciones poéticas, ha publicado las siguientes obras: *Biografía del Gran Mariscal de Ayacucho, Compendio de la Historia de Bolivia, Libro de Lectura, Reglamento de instrucción primaria, Compendio de Historia Sagrada* y *La revolución de 1809*.

KRAMER, PEDRO
(1869 - 1899)

A no habérnoslo arrebatado la muerte, en edad demasiado temprana, habría sido



el primer historiador boliviano. No primero en el tiempo, sino en la jerarquía. Hijo de padre alemán, nació en una finca de la

provincia Pacajes el 20 de abril de 1869. Debe considerársele como uno de los intelectuales más inquietos y mejor preparados de la juventud de fines del siglo pasado. Fundó diversas instituciones de cultura, como la "Sociedad Bolívar", el "Centro de Estudios", la "Sociedad Geográfica", etc., en las cuales se agruparon hombres que más tarde serían los conductores de la intelectualidad boliviana. A los 21 años de edad se presentó a exámenes de oposición para el cargo de profesor de Historia del Colegio "Ayacucho", obteniendo el accesit frente a un maestro antiguo. En 1899 fué designado secretario de la Legación en el Brasil. Producido el conflicto del Acre, tuvo que trasladarse a Manaos, donde contrajo una enfermedad que lo llevó a la tumba. Ha publicado diversas obras, como son: *Compendio de la Historia de Bolivia*, *Un nuevo departamento*, *Efemérides bolivianas*, *Tiahuanacu*, y las biografías de Tadeo Haenke, de Vicente Ascarrunz y Agustín Aspiazu. Pero de su obra monumental, *Historia de Bolivia*, cuyo plan abarcaba 10 tomos, no pudo dejarnos sino el primero.

JUARISTI EGUINO, VICENTA
(1785 - 1857)

La cumbre del señorío y el heroísmo femeninos. Descendiente de una familia noble y rica, este doble recurso púsolo al servicio del más grande ideal colectivo de su época: la independencia. Como primer paso, se divorció (su esposo era realista) para entregarse en definitiva a la causa. Manumitió a sus numerosos esclavos, induciéndolos a luchar por la libertad. Hizo de su casa el lugar de reunión de los conjurados, siendo ella uno de éstos. Estableció a su costa una fábrica de municiones, donde trabajaba ella misma. Dió el dinero necesario para diversos gastos. La víspera de la revolución de Julio, armó a sus criados para la acción y uno de ellos, el negro Antonio Roscas, tuvo un heroico comportamiento en la toma del cuartel de las milicias realistas, aunque más tarde pagaría con su vida su lealtad a la causa. En 1882, hizo entrega de sus dos hijos, niños aún, y de sus



últimos colonos al general Santa Cruz, en Laja.

Fueron muchas las represalias tomadas con ella. Fué encarcelada muchas veces, desterrada otras; le fueron confiscados sus bienes, etc. En 1816, la condenaron a muerte. La salvó el poseer título de "Miembro de la Orden previlegiada de María Isabel del Señorío de Vizcaya". Cierto día, en un paseo público, un oficial español la afrentó cortándole sorpresiva y violentamente la cabellera y arrojándosela a los pies. Ella la levantó tranquilamente: "Di a los que te han mandado —dijo al hombre—, que cada pelo de éstos servirá para colgar un tirano".

Pero llegó 1825. 18 de agosto. La Paz recibía a los Libertadores. En Coscochaca, junto a una portada triunfal, en medio de un gentío delirante, doña Vicenta entregó a Bolívar las llaves de oro de la ciudad. El mejor premio a sus infinitos sacrificios. Murió en 1857, rindiéndosele honores militares.

LANDAETA, MARTÍN
(- 1790)

Su nombre hallábase inscrito en la portada de uno de los hospitales de La Paz. Pues este virtuoso sacerdote fué también un gran benefactor. Primeramente hizo construir el hermoso altar mayor del templo

de San Juan de Dios, contiguo al hospital, y luego donó a éste una buena parte de su fortuna. Desempeñó funciones importantes,



como las de Arcediano, rector del colegio Seminario, etc.

LEÓN DE LA BARRA, MELCHOR
(1776 - 1827)

Doctor en Teología y Derecho. Tomó participación activa en el movimiento revolucionario de La Paz, su tierra natal. La noche del 16 de julio de 1809, vistiendo traje seglar, anduvo mezclado con el pueblo como el más modesto pero el más apasionado de los patriotas. Triunfante la revolución, se le designó miembro de la Junta Tuitiva al lado de Murillo y sus inmortales compañeros. Aunque su función era la del culto, sus inquietudes lo llevaron a pensar en la organización del ejército patriota, a cuyo objeto cedió todo el beneficio que le correspondía



en la Caja Real. Cuando los realistas retomaron La Paz, León de la Barra fué condenado a ocho años de presidio en las islas Filipinas. Era conducido allá, junto con otros revolucionarios. Pero, en Córdoba, quedaron libres gracias a haberse producido el levantamiento de Buenos Aires. De vuelta al país, más tarde desempeñó cargos importantes, como el de rector del Seminario. En 1826, La Paz lo designó su diputado ante el Congreso Constituyente, aquel que dictó la primera Constitución de la República.

LOAIZA, JOSÉ RAMÓN DE
(1751 - 1839)

Nacido en La Paz, ejercía funciones dependientes de la corona de España cuando los patriotas iniciaron sus actividades revolucionarias mucho antes de 1809. Y él se entregó a la causa, aunque obrando en forma discreta para mejor prestar protección a aquéllos. Estuvo en la conspiración



preparada en 1799 y luego en la de 1805. A raíz de esta última, su casa fué allanada por los españoles, pues sabíase que Loaiza protegía a Murillo. Participó, en igual forma, en la conjuración de 30 de marzo de 1809. (Fracasados los movimientos, Loaiza arreglaba las dificultades con dinero, porque era hombre de considerable fortuna). Presidió el Cabildo abierto del 16 de julio de 1809. Durante los períodos iniciales de la República, fué prefecto de La Paz. La Convención de 1828 lo eligió vicepresidente de Bolivia. Pero lo que más se recuerda de él es su filantropía. Mientras fué alcalde de La Paz, hizo construir, por cuenta suya, el hospital de mujeres, que, hasta años relativamente recientes, llevó su nombre. Además, legó a la misma institución su famosa hacienda Macamaca.

LÓPEZ BALLESTEROS, SIXTO
(. . . - 1904)

Ha desaparecido demasiado temprano y sus producciones quedaron muy dispersas. He aquí por qué se le pierde de vista alguno que otro momento. No es que se le haya olvidado. El pueblo de La Paz recuerda aún su nerviosa silueta y su palabra de fuego como parlamentario. Pues, además de un gran poeta, fué un magnífico orador. Como tal llamó la atención en Europa cierta vez que, sin llevar misión alguna, visitó aquel continente. Y tanto allá como en los pueblos americanos, fué saludado como un innovador del verso castellano, hermano en talla espiritual de Rubén Darío y Ricardo



Jaimes Freyre. López Ballesteros quizá podría ser calificado como el último de los poetas románticos. Pero en tratándose de exaltar los sentimientos patrióticos, o de pintar al pueblo en sus instantes de fervor revolucionario, ninguno tan viril como él. ¿Quién no ha saboreado las vibrantes estrofas de *Ola de fuego?* Y cuando quiso cantar a nuestra naturaleza, lo hizo con versos que parecen pinceladas de todo color, mostrándonosla vívida y magna. Ahí está *Andina*, que es el mejor cuadro que poeta alguno produjera de la soberana Cordillera Real.

LOZA, JOSÉ MANUEL
(1801 - 1862)

Doctor en Teología y Derecho, escritor y humanista erudito. Comenzó su carrera como profesor de latín del colegio Seminario, llegando hasta el ministerio de Educación. Fué uno de los fundadores de la universi-



dad de La Paz y, más tarde, su cancelario. Actuó como representante en varias legislaturas, habiendo proyectado, en la de 1826, la Gran Confederación Colombia-Perú-Boliviana. Acompañó al Mariscal Santa Cruz cuando éste, por pedido expreso del presidente Orbegoso, realizara su campaña al Perú, como secretario suyo y Auditor de Guerra. Fundó diversos órganos de prensa, entre ellos "El Iris", uno de los primeros periódicos que se publicaron en La Paz. Ha escrito varios folletos importantes, así como numerosas obras en latín.

MACHICADO, JOSÉ SANTOS
(1844 - 1921)

Sus actividades se repartieron entre el periodismo, las letras y la política. Habién-



dose licenciado en Teología, se reorientó profesionalmente abrazando la carrera de las leyes, sin por eso renunciar a los dones

espirituales de la religión, pues fué un católico fervoroso. Le cupo intervenir, como representante por La Paz, en la célebre convención de 1880, siendo, además, diputado durante varios períodos. En sus producciones literarias, se advierte un estilo sencillo y algo ingenuo, pero una gran corrección gramatical. Escribió numerosas obras, casi todas ellas inspiradas en asuntos religiosos, bien que también las cuestiones políticas y las docentes diéronle temas para algunas. Pero lo que de él recuerda la generación pasada son sus cuentos, escritos especialmente para la juventud, en cuya alma dejaron estelas de cándidas y profundas emociones. Dentro del ramo educacional, el señor Machicado, ejerció funciones importantes, como las de rector del colegio "Ayacucho" y conciliar de la universidad de La Paz. Nació en Sorata.

MANCHEGO, TOMÁS
(1901 - 1932)

Uno de los héroes de Boquerón, el reducto cuyo nombre habrá de convertir el tiempo en leyenda. Manchego estuvo ya en *Vanguardia*: el fortín sorpresivamente asaltado e incendiado, en 1928, por los paraguayos, hazaña que coronaron con otros actos que no se pueden narrar. Seis meses de cautiverio soportó mucho antes de la guerra. "Prisionero de guerra, en tiempo de paz", dijo él mismo. Declaradas las hostilidades, en 1932, durante los primeros meses Manchego intervino en la captura del fortín enemigo Rojas Silva. Aquí oyó el cañoneo de Boquerón, que fué para él como la voz del destino. Espoleado por la inquietud, pidió ir allá con sus compañeros, pese a la orden que recibiera de quedarse en Rojas Silva. Fué. Y combatió durante 17 días, sin descanso, a la cabeza de una compañía que se hizo famosa por su heroísmo. De allí no saldría más. El 27 de septiembre de 1932, cuando, ametralladora en mano, resistía el centésimo asalto paraguayo, una "carcaza" de granada le perforó la frente. Manchego duerme allá, en medio del monte ensangrentado.

MANCHEGO, FRANCISCO
(1897 - 1934)

Otra de las figuras gallardas del Chaco. Su último grado militar, el de coronel, se lo conquistó con la muerte. Actuó en la guerra desde el primer momento hasta el instante de darle a Bolivia el tributo de su vida. Antes de la guerra, fué un gran explorador y constructor de sendas y caminos, particularmente en el Oriente. En el curso de la campaña, tomó parte en cerca de quince combates, sin siquiera ser herido. La postrera vez, fué precipitado por su temeridad. Aun cuando ejercía ya las funciones de jefe de Estado Mayor de una división, se entreveró con los soldados como "simple granadero", encabezólos al asaltar las posiciones enemigas. Y allí encontró el final de sus hazañas...

MANZANEDA, SIMONA JOSEFA
(- 1816)

Personificó el heroísmo femenino de la clase popular paceña. Sus sacrificios y su martirio llegaron al límite de lo inaudito.



Fué la compañera y confidente de doña Vicenta Juaristi Eguino. Esposa de un artesano; obrera ella misma, pues su oficio era

el de jubonera; al quedar viuda se consagró, con olvido de todo, a la causa de la independencia patria. Primeramente fué la mensajera y auxiliar de las matronas revolucionarias de La Paz, sirviendo de nexo entre éstas y los clubes secretos de patriotas. Luego, la adquisidora de armas y municiones, la organizadora de las filas revolucionarias entre la clase obrera y la capitana del pueblo alzado en el barrio de Santa Bárbara, el día 16 de julio de 1809. Días más tarde, desbaratada la revolución buscó refugio en las quebradas de Río Abajo. Pero volvió a presentarse apenas supo que Castelli venía con el Ejército Auxiliar. Igualmente, cuando llegaron las tropas cuzqueñas de Pinelo. Pero esta vez fué capturada, encarcelada y condenada al patíbulo. Y, como era lo habitual entonces, antes de la ejecución sería afrentada. En efecto, la pasearon desnuda, con la cabeza pelada al rape, montada en un asno, por las principales calles de la población. La azotaron en las cuatro esquinas de la Plaza Mayor. Y, por fin, amarrándola contra un poste, la fusilaron. Es fama que doña Simona fué una auténtica belleza en su juventud.

MOLINA, FRANCISCO J.
(1863 - 1925)

Ha dejado huella imperecedera como compositor y profesor de música. Durante muchos años, fué el músico de mayor prestigio y el más querido de La Paz. El pueblo canta todavía y seguirá cantando las tiernas melodías de *Al porvenir* y otras piezas de este autor definitivamente grabadas en su alma. Y no sólo poseyó habilidad para decir sus emociones a través del pentagrama, sí que también supo hacer buenos versos para sus trozos musicales. Por ejemplo, ¿qué estrofa habría más vibrante, en labios de la juventud, que ésta, que pertenece a una de sus marchas militares?

Nuestros pechos juveniles
se retemplen cual acero,
y a nuestro golpe fiero
retroceda el invasor.

Su admirable fecundidad musical y su perfecto dominio del arte, le han permitido producir un abundante repertorio de obras de variado género, siempre con éxito sobresaliente. Faltaría espacio para la enumeración de ellas. Baste decir que allí hay música religiosa, música de teatro, marchas militares, canciones escolares y populares, música de salón, aires nativos, en fin, de todo. Pero lo indudable es que Molina destacó su personalidad artística en los himnos patrióticos, terreno en el cual posiblemente no ha sido aventajado por ningún compositor boliviano. Es que sus sentimientos por la Patria, no eran derivados de un simple culto teórico, sino de realidades vividas, pues Molina actuó en la guerra del Pacífico formando parte del famoso batallón "Amarillos", y apenas tenía cumplidos 17 años de edad cuando se batiera en el Alto de la Alianza.

MONJE ORTEGA Y MARTÍNEZ, JUAN DE LA CRUZ
(1770 - 1836)

Hijo de La Paz y descendiente de nobles españoles: de los duques de Estrada; tomó la borla en la universidad de Chuquisaca. Durante los años que precedieron a la revolución de Julio, ejercía las funciones de regidor del cabildo paceño, situación que supo aprovechar para servir a la causa de la liberación, pues mantuvo contacto permanente con los patriotas. Producida la revolución, el pueblo lo designó miembro de la inmortal Junta Tuitiva, haciéndose cargo de los asuntos de gobierno y justicia. Y cuando Goyeneche entró triunfante en La Paz, Monje fué apresado y condenado a destierro. Sus bienes le fueron confiscados y su familia sufrió todo género de violentas persecuciones. Más tarde, volvió al Alto Perú incorporándose en el ejército auxiliar argentino. Pero derrotado éste, su ostracismo se prolongó hasta la proclamación de la independencia.

MONTES Y MONTES, HUGO
(1895 - 1938)

Comenzaba a despuntar en la vida política y profesional. La municipalidad de La Paz y el Congreso ya vieron pruebas de lo que habría llegado a ser este joven abogado. Pero la desgracia nos lo arrebató demasiado pronto. Hasta allí, sin embargo, y durante su primera juventud, había realizado ya una labor que es difícil no recordar. Fué él quien organizó la primera brigada de *boy scouts* en Bolivia. Pero aquello era *scoutismo* de verdad. Es decir, una institución esencialmente educativa y no hecha sólo para las exhibiciones. La inolvidable brigada "Maximiliano Paredes", que recorrió casi todo el territorio de la República, ha señalado una época que no ha podido repetirse aún. Su comandante, el doctor Hugo Montes, murió trágicamente en el camino a los Yungas.

MORALES, JOSÉ AGUSTÍN
(1868 - 1938)

Hijo del expresidente de Bolivia general Agustín Morales. Fué investigador concienzudo del pasado de Bolivia, con marcada inclinación a las biografías breves y los anecdotarios, género dentro del cual nos ha dejado obras utilísimas. Parecía inquietarse porque las glorias bolivianas fueran di-



vulgadas en el pueblo y se las hacía llegar en forma de calendarios cívicos. Sus actividades espirituales se inclinaron también hacia la poesía, mostrándose particularmente vibrante en sus poemas patrióticos, y el periodismo, en cuyas filas actuó durante largos años. La política le atrajo algunas veces, llevándole al Municipio y al Parlamento. Sus obras más importantes son: *Los primeros cien años de Bolivia*, de la cual sensiblemente, quedó inédito el tercer tomo, *Legislación municipal de la República de Bolivia*, *Figuras contemporáneas*, *Brasas y témpanos* (poesías), *Monografías de las provincias Ingavi y Nor y Sud Yungas*, *El oro verde de los Yungas*, *El Setenta y nueve* (drama en verso).

MUÑOZ REYES, VÍCTOR
(1879 - 1937)

Su amplísima cultura y su intenso dinamismo, le permitieron desdoblar sus actividades en muchos sentidos. La política



atrájole muchas veces, llevándole a espectables situaciones; pero él era más bien un hombre de estudio y buscaba el silencio de su gabinete. Gran parte de su saber, púsolo al servicio de la enseñanza: en el Colegio Militar, en la Escuela Superior de Guerra, en la Universidad; como presidente del Consejo Nacional de Educación y Ministro del ramo. Su erudición en materia de Historia y Geografía y la pureza de su estilo, le han llevado a vincularse con las más sabias instituciones científicas del mundo. El periodista tuvo también su parte en su proteica personalidad. *El Tiempo*, gran diario de la generación pasada, fué dirigido durante muchos años por Muñoz Reyes. Fué

un diplomático de prestigio; pero lo fué en función de hombre que observa y estudia, y así recorrió la América y se fué hasta el Asia. Escribió mucho. Periódicos y revistas recibieron sus estudios sobre diversas materias, páginas dispersas que bien podrían formar buenos y sesudos volúmenes. Entre sus obras publicadas, hay que mencionar *El laudo arbitral argentino*, *Geografía de Bolivia*, *Atlas Geográfico de Bolivia*.

NÚÑEZ DEL PRADO, JOSÉ

Ingeniero. Inscribió su nombre entre los hijos ilustres de La Paz por haber dirigido la construcción de algunas obras públicas



de mucha importancia. En primer término, aunque no sigamos el orden cronológico, el Palacio de Gobierno (1845), cuya ejecución duró siete años. Luego el Teatro Municipal (1843), trabajado en dos años. Ambos edificios, aunque posteriormente hubieran sido refeccionados, conservan las líneas de su plan original, trazado por Núñez del Prado.

NÚÑEZ DEL PRADO, DANIEL
(- 1886)

Fué un gran médico: por su inteligencia y por su espíritu humanitario. Obtuvo su título en la universidad de Lima, y cuando, en 1865, se produjo allá una gran epidemia, Núñez del Prado prestó importantes servicios, por cuya razón fué premiado con medalla de oro. Intervino en la política de su país, desempeñando diversos cargos: presidente de la Municipalidad de La Paz, prefecto, diputado y ministro de Relaciones Exteriores. Fundó la primera compañía de bomberos en nuestra ciudad.

OCHOA, JOSÉ VICENTE
(1859 - 1898)

Un gran impulsor de la instrucción pública. Su nombre debe ocupar, con legítimo derecho, un sitio al lado de los de Misael Saracho, Samuel Oropeza, Daniel Sánchez Bustamante y otros de la misma jerarquía. Inició su vida pública como periodista, dedicándose, luego, al cultivo de las letras. Juntamente con otros escritores de alto valor como Félix Reyes Ortiz, Ricardo J. Bustamante, José Rosendo Gutiérrez, Julio Méndez, etc., organizó el "Círculo Literario", que hizo época en la historia de la literatura boliviana. Escribió el "Diario de la Campaña" del Pacífico, tarea que le fué encomendada por Daza. Entre sus trabajos literarios e históricos deben ser menciona-



dos como los más notables: *Borrones y Perfiles*, *Semblanzas de la Guerra del Pacífico*, *Hojas al viento*, *16 de Julio de 1809*, *Biografía del Deán Cisneros*, *Don Evaristo Valle*, *Olegario V. Andrade* y *Abaroa*.

ORTIZ DE ARÍÑEZ, CAYETANO
(1733 - 1816)

Nació en Araca el 30 de agosto de 1733. Después de realizar sus estudios en el colegio Seminario, se ordenó sacerdote en

1768. Testigo presencial de la revolución del 16 de julio de 1809, a partir de esta fecha comenzó a escribir un diario de los su-



cesos relacionados con las actividades de los patriotas hasta 1816.

OTERO, ALFREDO H.
(1892 - 1932)

Poseía las dos cualidades que hacen de algunos hombres seres muy bien equilibrados: la inteligencia y el sentido exacto de la realidad. Era político de lucha; pero jamás se dejó llevar por la locuacidad de que se envanecen los políticos. Por esto, su paso por la función pública se distinguió por un actuar austero y efectivo.

Fué numerosas veces diputado y munícipe; también, ministro de Educación. Intervino en la fundación de importantes instituciones culturales como los "Amigos de la Ciudad", el "Círculo de Bellas Artes",



la "Fundación Universitaria Patiño" y otras. Ha escrito tres libros: *Breves apuntes, Setenta años atrás* y *La moral política.*

PABÓN, RAFAEL
(1903 - 1934)

Vida breve la suya; pero radiosa, fecunda, destinada a consumirse en el cielo azul de la Patria, y a vivir perenne allí, como viven los hombres purificados en el sacrificio por un alto ideal. Apenas asomaba a los umbrales de su adolescencia, soñó ya con volar. Sueños proféticos más que apremios vocacionales, lleváronle a estudiar aviación. Sueños ya cumplidos juntamente con el destino del hombre, convertido hoy en un símbolo. Como aviador, era lo que se llama un verdadero técnico. Primero capacitóse mecánico y luego cobró alas en grandes establecimientos de Estados Unidos.



Cuando tornó a Bolivia (1926), poseía una personalidad perfectamente equilibrada. Incorporado en la escuela de aviación de El Alto, soportó muchos sinsabores: algunos hombres se sintieron celosos de ver un muchacho, civil por añadidura, que parecía saber ya más que ellos. Pabón triunfó sobre los cielos de La Paz. Batió dos veces el record sudamericano de altura: 10.500 m., sin acudir al oxígeno. Luego vino lo del Chaco. La oscura profecía que le indujera a la conquista del aire había de explicarse ahora. En el seno de aquella tormenta, Pabón cumplió serenamente su misión. Así, los demás aviadores bolivianos. Su máquina hizo peregrinajes incansables sobre los fortines adversarios y los nuestros. Su combate más emocionante fué con el aviador militar Trifón Benítez Vila,

educado en la técnica europea, cuya máquina fué echada a tierra después de un largo duelo que contemplaron, azorados, los dos ejércitos. Realizada cada hazaña, venía su parte lacónico: "Cumplida su orden, mi General". Pero llegó el día del supremo sacrificio. La gloria había sido mucho tiempo suya. Era ya de esperar que le volviera las espaldas. El sin par Caballero del aire, ofrendó su vida el 12 de agosto de 1934.

PALACIOS, JOSÉ AGUSTÍN
(1802 - 1875)

Geógrafo y explorador gracias a quien son conocidos con exactitud algunos ríos del Beni, y autor del trazo de varios caminos en el departamento de La Paz. Se formó en la escuela de la práctica, ayudado por un padre franciscano llamado Francisco Mazuelos, quien le puso al tanto de los principios elementales de la ingeniería. Muy pronto le fueron encargadas diversas obras en La Paz, así dentro del radio urbano como fuera de él. El trazado del camino de La Paz a Obrajes, por ejemplo, es obra suya. Cuando, en 1841, le fué encomendada la gobernación de Yungas, él no tomó interés alguno por las cuestiones políticas, sino por las viales. Toda su inquietud se orientó hacia la realización de los caminos de La Paz a la Cordillera y de Unduavi a Yanacachi, con el mejor de los éxitos. De igual suerte, designado gobernador del departamento Beni



(1843), se ocupó intensamente en la exploración de las rutas terrestres y fluviales entre éste y el departamento La Paz. Halló las distancias exactas de Reyes a Trinidad. Estudió la posición de las cachuelas del río Beni. Reconoció sus primeros afluentes, etc., amén de las exploraciones que llevara a cabo siguiendo el curso de los ríos Bopi, Kaka, Mamoré, Madera y otros. En suma, don José Agustín Diego de Palacios debe ser considerado como uno de los más grandes geógrafos y exploradores que haya poseído Bolivia.

PALACIOS, NATALIA
(1837 - 1918)

Cultivó las letras, sirvió a la educación del pueblo y trabajó en bien de los desvali-



dos. Muchas composiciones en verso, sobre todo sus sonetos, y otras en prosa, la han situado entre los talentos literarios bolivianos. Fué maestra, y durante diez años consecutivos ejerció las funciones de Inspectora de Instrucción primaria, teniendo a su cargo las numerosas escuelas municipales de La Paz. Pero fuera de sus dotes para las letras y el ejercicio de la docencia, en la sociedad de La Paz destacábase también por su índole generosa con los necesitados y los enfermos. Fué fundadora de la Sociedad de Beneficencia de Señoras, benemérita institución que hoy mismo existe. Se re-

cuerda también su humanitaria al par que valiente participación durante la revolución del 15 de enero de 1871: en instantes en que combates furiosos se multiplicaban en las calles de La Paz, ella atravesó serenamente la ciudad en pos de heridos a quienes atender. Entre sus obras publicadas, se destacan: *Ensayo sobre la educación de la mujer boliviana*, *Necrología de Modesta Sanjinés Uriarte*, *Ensayos literarios*, *Plegaria a la Virgen de Copacabana* y *Sonetos*.

PALACIOS RODRÍGUEZ, LUIS A.
(1906 - 1935)

Actuó desde el primero hasta el último día de la guerra, en el Chaco. Si esto fuera todo, nada habría de extraordinario en ello. Muchos hicieron lo propio. Pero el caso tiene su lado de veras patético. En los precisos instantes en que, por todo el territorio de Bolivia, repicaban las campanas de la paz, Palacios, en uno de los últimos combates, rendía el tributo de su vida. ¿Para qué vamos a decir en cuántas acciones importantes participó? En todas. Fué, además, condecorado en pleno campo de combate. Su misma muerte tiene algo de extraordinario. Los paraguayos lo recogieron herido y se lo llevaron. Una patrulla boliviana fué a rescatar a su oficial. Sangre y fuego entre los dos grupos. Mientras tanto, el valiente muchacho expiraba. Con su muerte ascendió a capitán.

PAREDES, MAXIMILIANO
(- 1900)

Un soldado anónimo que se encumbró hasta la gloria. Hijo del pueblo: su símbolo depurado. Desde la puna de La Paz, lo descolgaron hasta el trópico, y allí ofrendó su vida en la forma más sencilla imaginable: firme en el puesto del deber. *Riosinho* fué la piedra de su sacrificio, en el Acre, y fué una victoria para Bolivia. Años más tarde, el nombre de Paredes figuraba aún en las listas de su compañía. En espíritu, no había muerto aquel hombre. No moriría jamás. El 12 de diciembre de 1900, subió a constelarse, como estrella de primera magnitud, en los cielos de la Patria.



PAZOS KANKI SILVA, VICENTE
(1779 - 1845)

Preciábase de su sangre indígena. Aun en los instantes más gloriosos alcanzados por su aguerrida pluma, sentíase indio y endulzaba su boca con la lengua nativa. Era abogado y doctor en Teología. Hizo sus estudios en el Cuzco y Chuquisaca. En esta última ciudad contrajo amistad con estudiantes forasteros que, a poco correr del tiempo, asumirían una celebridad histórica: Mariano Moreno, Pedro José Agrelo y otros. Y su espíritu se nutrió de las doctrinas de Rousseau y Voltaire. En 1808 se dirigió a las provincias argentinas, hallándose en Buenos Aires cuando estalló la revolución de Mayo. Al propio tiempo que ejercía su profesión de abogado, entró en relaciones con los intelectuales conductores del estandarte revolucionario. Fué redactor de *La Gaceta*, el órgano de prensa que hizo historia en la América, y fundó *El Censor*. Como hombre inquieto que era, no tardó en levantar el campo. Se fué al Brasil, a EE. UU., a Londres. Volvió en 1816 a Buenos Aires, trayendo una imprenta donde pronto se imprimieron dos periódicos de tendencias opuestas: *La Crónica Argentina*, de Pazos Kanki, que propiciaba un gobierno republicano, y *El Observador Americano*, del escritor Manuel

Antonio Castro, propugnando la monarquía constitucional y, para el Alto Perú, una especie de restauración del Incario. "Pazos Kanki no sólo atacó el proyecto que más pudiera lisonjear sus instintos de raza, sino que atacó con una fuerza irresistible y lógica, de pruebas, de dialéctica, de pasión y de ironía que hicieron enmudecer al campo enemigo" (Gabriel René Moreno). Con ello, el escritor paceño había marcado sus páginas más gloriosas. Pero muy pronto fué desterrado a EE. UU. De allí pasó a Portugal y España. Y otra vez a Londres, donde ejerció el consulado general de Bolivia y donde escribió sus *Memorias*. También fué cónsul general en París. Regresó a Buenos Aires, en 1851, donde se dedicó nuevamente al periodismo. Este eminente escritor, que constituye, a no dudarlo, la cumbre literaria del período de la Independencia, ha dejado diversas obras, destacándose *Cartas sobre las Provincias del Río de la Plata* (en Nueva York) y *Memorias histórico-políticas* (Londres, 1834). Nació en Ilabaya, provincia Larecaja.

PÉREZ, JUAN JOSÉ
(1844 - 1880)

Lo que se llama un militar de vocación. Apenas tenía nueve años cuando sintió el llamado del cuartel. Fué en 1823. Dos años faltaban para que Bolivia surgiera al mundo. El niño, escapándose de su escuela, se marchó detrás de las tropas del Gral. Santa Cruz, las mismas que, en breves días más, cosecharían sus primeros lauros en Zepita. Pero fué devuelto a su hogar. Dos años más tarde, cuando Bolívar llegaba triunfante al Alto Perú, el muchacho de 11 años le disparó un magnífico discurso, en Copacabana. El Libertador quiso premiarlo incorporándolo en su guardia; pero el padre logró que la merced se trocara en una beca para un colegio. El favorecido volvió a malquistarse con los libros. Y anduvo así, hasta que, por fin, fué recibido en el batallón "Granaderos de Colombia". Contaba apenas 12 años. Tomó parte en las batallas de Yanacocha y Socabaya. En Yungay cayó



herido y prisionero de los chilenos. A su vuelta tuvo participación en varias revoluciones, fracasada una de las cuales fué condenado a muerte. Le conmutaron por la pena de 10 años de presidio. Por entonces se avecinaba *Ingavi*. En las vísperas, Pérez realizó un acto inaudito de audacia: raptó un coronel peruano de su tienda de campaña. En Ingavi se batió como un héroe. Su agitada vida tuvo su epílogo en el Alto de la Alianza. Destituído Daza, que lo había echado del ejército, Pérez fué nombrado jefe del Estado Mayor General del Ejército Unido Perú-Boliviano, en cuyo carácter asistió a aquella memorable acción de armas. Contaba a la sazón 76 años de edad, y combatió en primera línea. Gravemente herido, se le trasladó a Tacna, donde falleció.

PÉREZ VELASCO, LUCIO
(1854 - 1904)

Como político, tuvo una actuación brillante, hasta llegar a la primera vicepresidencia de la República y a candidato a la Presidencia. Pero es su figura de industrial y de hombre de empresa la que mejor brilla para los ojos de la posteridad. Tendría a lo sumo 17 años cuando, abandonando sus estudios, se alistó en las filas de la juventud que combatió a Melgarejo y le cupo participar en los últimos hechos de armas que precedieron a la caída de este tirano. En 1872, viajando a Europa por la ruta del Amazonas, visitó la zona beniana y, asom-

brado de tanta riqueza, se hizo el propósito de establecerse allá a su vuelta. Y así fué. Apresuró su regreso y, apenas pasado un año, estuvo en el Beni, donde viviría los 25 siguientes, con la sola interrupción del tiempo que empleó para concurrir a la campaña del Pacífico. Comandante de un cuerpo de fusileros en el Alto de la Alianza. Viajero incansable. Al decir de sus biógrafos, surcó 46 veces el Amazonas y las cachuelas de los ríos benianos; sufrió 18 naufragios; hizo 14 viajes a Europa. El Beni lo eligió cuatro veces su representante en el Congreso, aunque, debido a su credo liberal, no le dejaron ingresar sino la pri-



mera, cabiéndole, en cambio, diversos confinamientos y destierros. Producida, por fin, la revolución de 1898, tomó su rol combativo e hizo su papel hasta el triunfo de ella. Luego fué designado Delegado del nuevo gobierno en la Capital. Tarija lo eligió diputado ante la Convención de 1899. Y ésta, a su vez, vicepresidente de la República. Producido el cisma en el partido liberal, Pérez Velasco encabezó a los "liberales puritanos" y fué su candidato a la presidencia de la República.

PINILLA, MACARIO
(1855-)

Figura notable del foro boliviano y codificador y compilador de procedimientos civiles, actividades que las alternó con las del político. Fué diputado y senador durante varios períodos, ministro de Gobierno y Justicia, ministro de Instrucción y Fomento, miembro de la Junta de Gobierno Federal (1899), plenipotenciario en Espa-



ña, Holanda y Francia y primer vicepresidente de la República.

PINTO, MANUEL MARÍA
(1871 - 1942)

Fué poeta en su juventud. Uno de los primeros representantes del modernismo en Bolivia. Movimiento que encabezaron Ricardo Jaimes Freyre y él. Empero Pinto, con el espíritu firmemente situado en el



medio, cantó a nuestra naturaleza, hizo sus poemas con temas y emociones nativos, sin dejarse subyugar por la moda de lo exótico. Le corresponde, pues, el dictado de primer poeta folklorista boliviano, siendo del caso mencionar su obra *Uca-pacha*, que responde precisamente a ese género. Antes había publicado ya *Versos*, y más tarde, siempre en materia de poesía, daría a luz *Palabras* y *Viridario*. Después enderezó sus pasos hacia la Historia, disciplina en la cual habría de revelarse un gran investigador y una pluma impetuosa. Quizá por esto

se ha dicho de él: "éste es el escritor que con acierto nos daría una buenísima obra de Historia de Bolivia". Escribió varias obras históricas, sobresaliendo *La revolución de La Paz en 1809* y *Bolivia y la triple política internacional.*

PIZARRO, FELIPE
(1876 - 1941)

He aquí el modelo del maestro dotado por la naturaleza. A ninguno más legítimamente que a él le corresponde el manido



calificativo de "apóstol de la enseñanza". Poseía el título de abogado, pero su existencia entera púsose al servicio de la vocación. Algo más de cincuenta años; porque Pizarro descubrió la suya muy temprano. Pero hace falta agregar que fué un maestro en la más noble de las acepciones de este vocablo. Modestísimo: pese a su amplio saber, jamás se dejó llevar por la ambición; el banco de escuela era el altar donde oficiaría hasta el último día de su vida. Generoso: los sujetos de su experiencia pedagógica los buscó siempre entre los humildes. Visionario: fué el primero en avistar el problema del indio, y por esto se consagró a educarlo, indagando por una metodología especial para ello. Finalmente, un admirable conocedor de la psicología del aimara, de su idioma y su folklore. Escribió al influjo de esta obsesión. Escribió por el indio y para el indio: *Alfabetizador del indio, Ajayun arupa, Aru-wiri, Diccionario aimara-castellano, Alfabeto colla, La lectura por la escritura* y otras, muchas de ellas condenadas a quedarse inéditas. La Raza a la que tanto amó, le recuerda y ha dedicado a su memoria una escuelita campesina. Se alza, blanca y rumorosa, en la gris desolación de la pampa andina. Nació en Copacabana, el 13 de septiembre de 1876.

POSNANSKI, ARTURO
(1874 - 1946)

Es verdad que había nacido en Viena; pero casi medio siglo de su existencia vivió en La Paz. Y esto no es todo. Su privilegiado talento floreció aquí, en presencia de Tiahuanacu: su numen y su pasión. Por otra parte, fué boliviano como el que más, pues formaba en las filas de los beneméritos de la Patria, después de haber luchado por ella en el Acre. Antropólogo y arqueólogo, fueron sus maestros grandes científicos como von Luschan y Virchow. Etnólogo y etnógrafo, las cosas pretéritas de Bolivia constituyeron sus más grandes inquietudes intelectuales. Después de largas investigaciones, constantes estudios y muchas vigilias, lanzó, en un congreso mundial, la tesis de que el origen del hombre americano hay que buscarlo en Tiahuanacu. Fecundo en sus producciones, ha escrito más de cien obras, entre libros y folletos, casi todas consagradas a descifrar el



misterio de aquella metrópoli, y en parte a la interpretación y divulgación del folklore boliviano. Murió en La Paz, el 27 de julio de 1946.

REYES ORTIZ, SERAPIO
(1822 - 1899)

Gran parte de su talento y de sus años, los consagró a la enseñanza, ascendiendo desde el simple cargo de auxiliar de un colegio hasta los de cancelario de la Universidad y ministro de Instrucción. En 1862, proyectó y llevó a la práctica la fundación de la Facultad de Medicina. En las otras ramas de la Administración nacional, ocupó, igualmente, situaciones espectables, como las de prefecto de La Paz, vocal de la Corte Superior, ministro de Relaciones, etc. Por último, ejerció las funciones de segundo vicepresidente de la República, presidente de la Asamblea Nacional (1874) y



presidente del Consejo de Estado. Cuando se iniciaba la guerra del Pacífico, fué comisionado para pedir al gobierno del Perú el cumplimiento del tratado de alianza. Durante la campaña, acompañó a Daza como su secretario general, pasando luego a ocupar el cargo de presidente del Consejo Ejecutivo. La revolución del 12 de diciembre de 1898 lo encontró como prefecto de La Paz, y fué proclamado miembro de la Junta de Gobierno. Nació en Coroico.

REYES ORTIZ, FÉLIX
(1828 - 1894)

Otra de las mentalidades privilegiadas y múltiples entre los hijos de La Paz. Al par que realizaba su carrera en el profesorado, que culminaría en el alto cargo de cancelario de la Universidad, actuaban en él: el poeta lírico, cuyas estrofas llegaron más cerca al alma del pueblo que las de ninguno otro; el ágil periodista, que, por sostener valientemente su credo político o



combatir el del adversario, soportó destierros y confinamientos; un autor teatral fecundo y original, algunas de cuyas obras han sido comparadas con las de los ingenios contemporáneos; y un escritor del género didáctico. He aquí sus más importantes producciones intelectuales: *Introducción al estudio del Derecho, Tratado de Ortología y Métrica; Biografía del Dr. Casimiro Olañeta, Historia de cuatro días; Los Lanza; ¡Qué progreso de muchachos!, Chismografía, Odio y Amor, Plan de una representación* y otras. Nació en Coroico.

RIBERO, FELIPE

Este es el extraordinario caso de un americano que llegó a ocupar elevadísimas funciones en España, como las de virrey de Navarra, senador del reino, etc. Ribero nació en Sorata, provincia Larecaja. Formando en las filas del ejército realista luchó por España durante toda la guerra de la Independencia: de 1810 a 1824. Cuando vió que, en Ayacucho, se había perdido definitivamente la causa por la cual se batiera, se fué a la Península a continuar su carrera militar. Allí ganó grados y mayor prestigio, llegando a los cargos antes mencionados y al de capitán general de los ejércitos de don Carlos, cuando éste, con el nombre de Carlos VII, pugnaba por conquistar para sí la corona española.

RIVAS, JUAN DE
(-1584)

Uno de los fundadores y primeros vecinos de La Paz. Asistió al cabildo habido en Laja, días antes de la fundación de la ciudad. Fué designado Procurador de ésta. Más tarde se le nombró Regidor del Cabildo, cargo desde el cual llevó a cabo algunas de las más urgentes obras requeridas por la naciente población. El primer servicio de aguas, o sea, la colocación de fuentes en los sitios públicos, fué obra suya. El primer convento en La Paz, el de los agustinos, se levantó en los solares que, en el reparto, le habían correspondido a Rivas y éste los cedió gratuitamente. Contribuyó, asimismo, año tras año, con una fuerte suma de dinero a la fundación del colegio de la Compañía de Jesús. Adquirió tanto prestigio por su laboriosidad y honradez, que el virrey Toledo lo honró haciéndolo su compañero de viaje durante una visita que hizo a la región de los chiriguanos. Era natural de Bilbao. Murió en 1584.

SAAVEDRA, ABDÓN
(1872 - 1942)

Formó parte de una generación de grandes políticos. Y fué como todos ellos: luchador y virtuoso, a la vez. En los instantes de mayor candencia de las pasiones partidistas, en los del exilio, en los de prioridad en el aura popular, en todos los momentos de su vida, fué uno mismo: patriota; austero en la función pública y en la intimidad; leal hasta el sacrificio, y llano y accesible al pueblo. Sus batallas políticas, realizólas en el terreno de la prensa: redactor y fundador de varios periódicos y luego en el parlamento y en el gobierno, donde supo mostrarse prudente al par que inflexible. Desempeñó los más altos cargos al servicio de la nación: diputado y senador, varias veces ministro, representante diplomático, presidente del Senado, hasta culminar en la vicepresidencia de la República. Y es interesante observar que su existencia se ennobleció más, con una inquietud de linaje patriótico: el reivindicacionismo marítimo de Bolivia, asunto que lo llevó a



la prensa y al libro, pues nos ha legado *El tratado de 1904 con Chile, es nulo*, sin contar sus diversos folletos. Otra de sus obras de señalada importancia es el *Código de Minas*, que constituye ley de la República.

SAAVEDRA PÉREZ, ALBERTO
(1889 - 1941)

Espíritu gobernado por la inquietud y un viajero insaciable: eso fué en su juventud. Un bohemio, le dijeron. Concedido; pero un bohemio que embellecía su vida y la de los demás al utilizar su talento. Cuando iba por los caminos del mundo, las cosas, los hechos y los hombres, al tomar



contacto con su sensibilidad, su agudo sentido de análisis y su vena satírica, mostrábansele sin falsas atmósferas ni disfraces. Y él hacíalos vivir así: al natural. De

este modo, pudo burlarse graciosamente de gobernantes, políticos y figurantes de toda laya, haciéndolos subir a tablas para que se mostraran al pueblo en sus posturas convencionales y en las de su vida real. Saavedra Pérez fué un fecundo autor teatral, mereciendo varias de sus obras el honor de ser aplaudidas en diversos escenarios de América. *Mambrú se fué a la guerra* y *Sangre y gloria*, sus dos primeros dramas, mostraron de golpe su técnica y su originalidad. Con *El wolfram* aparece otra de sus facetas: la del crítico en el terreno de los problemas sociales. *En la Gloriosa* y *Las Cholitas del amigo Uría* danzan los políticos ignorantes y ambiciosos. Pero es *Melgarejo* su mejor acierto: drama histórico que conmovió a todos los públicos del país y representado incontable número de veces. Sería largo enumerar sus obras: se aproximan a cuarenta. Y queda por agregar que Saavedra Pérez fué destacado periodista, organizador de compañías nacionales de teatro y, a ratos, un poco político. Periodista y político siempre descontento y siempre perseguido.

SAGÁRNAGA, MARÍA MANUELA
(1768 - 1857)

Hermana del protomártir de la independencia doctor Juan Bautista Sagárnaga y esposa de uno de los principales patriotas de los años heroicos, el doctor José María Valdez. Ella, también: patriota y mártir. Derrotados y dispersos los revolucionarios de Julio, entre los presos cayeron Sagárnaga y Valdez. La señora, que era muy rica, pagó una fuerte suma de dinero por el rescate de ambos. Pero, pese a todo, Goyeneche ordenó el ahorcamiento del primero. Y algo más: la ilustre dama, acusada de participar en la conjuración, fué condenada a presenciar, juntamente con sus hijos, el suplicio de su hermano. A partir de entonces, con el espíritu retemplado por el dolor, se entregó más abiertamente a la propaganda revolucionaria. Las represalias se sucedieron. Fué perseguida, encarcelada, desterrada. Fueron confiscados sus bienes, incluso los muebles. Ella lo soportó todo, hasta que, al fin, pudo ver encenderse la aurora del día en que Bolivia vino al mundo: su más ansiado anhelo. Nació en La Paz, el 15 de diciembre de 1768.

SALINAS VEGA, LUIS
(1854 - 1917)

Periodista, abogado, diplomático. Obtuvo su título profesional en Chile, donde radicaba su familia. Era muy joven aún cuando, desatada la guerra del Pacífico, le cupo intervenir abogando por la amistad con Chile. Es que previó que, por ese medio, Bolivia tendría su salida al mar. Pero no fué comprendido. Los desastrosos resultados de la guerra le dieron, empero, la razón. Años después, fué incorporado en la diplomacia, ramo en el que prestaría importantes servicios al país, como ministro en Francia, en el Brasil, en Alemania, Austria e Italia, en distintos períodos. Cuando ejercía funciones en París, le correspondió organizar el pabellón boliviano de la gran Exposición Mundial de Industrias, con resultados capaces de enorgullecer a nuestro país. Cuando se produjo la Revolución Federal, Salinas Vega tuvo activa participación en ella. En 1902 fundó un gran diario, *El Comercio de Bolivia*, cuyas campañas, sosteniendo doctrinas avanzadas para aquella época, se hicieron inolvidables. El último cargo que le cupo ejercer fué el de ministro de Educación.

SALINAS, BELISARIO
(1833 - 1893)

Desempeñó las más altas situaciones como también sufrió las persecuciones más cruentas, cual ha ocurrido con todos los grandes políticos de Bolivia. Estuvo a pique de morir juntamente con Belzu cuando éste, proclamado por el pueblo de La Paz.

y vencedor ya, se apropió del mando de la Nación, siendo asesinado en tales instantes por Melgarejo, que recuperaba el poder. Mientras el tirano decía al populacho: "Bel-



zu ha muerto, ¿quién vive ahora?", Salinas pudo desaparecer, salvándose milagrosamente. En otra ocasión, cuando era prefecto de La Paz, habiéndose refugiado, con otros funcionarios, en el palacio de gobierno, el edificio fué sitiado por las turbas amotinadas e incendiado. Se salvaron difícilmente. Durante el gobierno de Daza estuvo encarcelado mucho tiempo. Sólo pudo salir cuando comenzó la guerra del Pacífico, dirigiéndose inmediatamente a Tacna. Actuó como auditor de guerra y secretario del Comando. En 1880, presidió la Cámara de Diputados. Luego fué nombrado segundo vicepresidente de la República. Finalmente, cuando el presidente Campero se dirigió al campo de operaciones, Salinas asumió el poder, que lo ejerció durante dos años. Le correspondió, también, firmar el tratado de tregua con Chile.

SÁNCHEZ BUSTAMANTE, DANIEL
(1871 - 1933)

Es una de las figuras de primera magnitud de la intelectualidad boliviana. Su rica y múltiple personalidad descolló por igual en todos los terrenos adonde le llevaron sus inquietudes: como diplomático, como escritor, como catedrático universitario, como parlamentario, etc. Pero dos facetas de ella asumieron un brillo excepcional: Sánchez Bustamante, conductor de la juventud; y Sánchez Bustamante, revolucionario de nuestra pedagogía. A nadie le correspondió con más legítimo derecho que a él el título de "Maestro de la Juventud". Sin hacer cátedra, nada más que con su ejemplo y sus obras, condujo a toda una generación hacia ideales definidos. Como reformador de la enseñanza, ocupa el primer lugar. Pues no se concretó a poner empeño y buena voluntad, como generalmente hacen los grandes autodidactos, sino buscó y halló las bases científicas de la escuela boliviana, en forma que ésta, durante un largo período, pudo señalarse como un modelo para el Continente. Desde la creación de la primera escuela normal hasta la autonomía universitaria, su espíritu creador no cesó de producir. El *Estatuto de Educación* (1930),



producto de inquietudes visionarias, constituye, a no dudarlo, el hito de una nueva época en la educación boliviana. Sánchez Bustamante ha escrito numerosos libros. Citemos algunos: *Opiniones y Discursos*, *Principios de Derecho*, *Principios de Sociología*, *Bolivia su estructura y sus derechos en el Pacífico*, etc.

SANJINÉS, JENARO
(1843 - 1913)

Jurisconsulto, periodista e historiador destacado. Y uno de los estadistas de más limpia ejecutoria. Desempeñó diversos cargos en la administración pública hasta ser elegido segundo vicepresidente de la República. En el ramo judicial, concluyó su carrera como vocal de la Corte Suprema. Actuó varias veces en el Parlamento. Y co-

mo escritor, dejó su nombre bien sentado en el terreno de la Historia. Prueba de ello son los siguientes estudios, que han contribuído en hacer luz sobre algunos impor-



tantes períodos de la vida nacional: *Apuntes para la Historia de Bolivia del año 1871. Historia de Bolivia bajo la administración del general don Agustín Morales. Historia de Bolivia bajo la administración de don Adolfo Ballivián y de don Tomás Frías.* También dejó algunas obras teatrales.

SANJINÉS TELLERÍA, CLAUDIO
(1873 - 1927)

Hijo del ilustre publicista e historiador Jenaro Sanjinés y heredero de su talento y su probidad. Alguien resumió así la biografía de este preclaro ciudadano: "Un gran facultativo, un gran político y un gran caballero". Fué sin duda alguna, el más grande cirujano de Bolivia, profesión den-



tro de la cual se mostró el hombre más humano. Desempeñó las altas funciones de rector de la Universidad de La Paz y ministro de Educación, y son recuerdos de su fecunda labor el edificio del Instituto Normal Superior y el salón de actos públicos del Ministerio. Enviado como delegado a la V Conferencia Panamericana, reunida en Chile, allí se le honró en el cargo de vicepresidente de la magna Asamblea.

SANJINÉS URIARTE, MODESTA
(1832 - 1887)

Mujer de talento y de alma generosa. La primera de estas sus altas cualidades, dedicóla a cultivar el arte y las letras. Y sus otros virtudes, púsolas al servicio de los niños y los hombres que sufren. Escribió poemas y narraciones. Compuso muchísimas piezas para piano y canciones de varios



géneros con letra de su propia inspiración. El resto de su espíritu estuvo consagrado a la beneficencia. El *Hospicio de Huérfanos* y el *Hospital Loayza* recibieron de ella grandes beneficios. Nació en La Paz. Murió en París, el 5 de febrero de 1887.

SANS, FRAY RAFAEL
(1812 - 1899)

No fué hijo de La Paz, pero la quiso como un hijo suyo. Salió de España en 1836, cuando los católicos sufrieron allá las más virulentas persecuciones, y vínose a la América a cumplir su destino de propagandista de la fe. Fué uno de los fundadores de la Recoleta de La Paz. Más tarde, párroco de Copacabana. En 1861, Prefecto de misiones, lo que le dió motivo para vivir en las reducciones de Covendo, Santa Ana,

Tumupasa, Ixiamas, Muchanes, etc., cuya historia escribiría después. Llamado a Roma como Definidor general de su orden, designado luego Visitador Apostólico de Chile, prefirió volver a La Paz, donde tenía muchas obras que realizar. En efecto, fundó la Sociedad de Beneficencia de Señoras y el Asilo de huérfanos, cuyo sostenimiento fué un heroísmo suyo. Fray Sans se destacó también como buen escritor. Ha dejado: *Visita a las islas de Titicaca y Coati*, *Memoria Histórica del Colegio de misiones de San José de La Paz*, *Apuntes de una visita a Tierra Santa* y un compendio de la *Historia de Copacabana* del padre Alonso Ramos.

SEGUROLA, SEBASTIÁN
(1740 - 1794)

Fué el defensor de La Paz durante el memorable cerco de 1781. Caballero de Calatrava, natural de Guipúzcoa, se vino de España trayendo su nombramiento de corregidor de Larecaja, cargo muy apetecido por aquéllos entonces. Lo ejercía cuando el caudillo indígena Tupac Amaru inició la formidable sublevación de su raza. Segurola fué llamado a La Paz y organizó la defensa contra el asedio de Tupac Catari. Trágico episodio pasado el cual a la ciudad se le concedió el dictado de *Noble, Valeroso y Fiel*. Nació el 27 de enero de 1740. Murió en La Paz el 2 de diciembre de 1794.

SINOSALEN, RAMONA
(1770 - 1811)

Ilustre mujer, compañera de doña Vicenta Juaristi Eguino y de la heroica mestiza doña Simona Josefa Manzaneda. Las tres constituyen el prototipo de la mujer paceña de los tiempos precursores de la independencia. Como era una de las damas ricas de la ciudad, durante las persecuciones primeramente se apropiaron de sus bienes, única forma de que ella quedara aún a salvo. Pero más tarde agotada su fortuna, las represalias hicieron blanco en su persona, ya condenándola al destierro, ya obligándola a estar constantemente fugitiva. Por último, el sanguinario Ricafort la puso en



la alternativa de morir o pagar una fuerte suma de dinero en el término de veinticuatro horas. Por salvar su vida, ella quedó en la miseria. Pero el pesar la mató.

SISA, BARTOLINA
(- 1781)

Esposa de Julián Apaza, el jefe indio que, con el nombre de Tupac Catari, dirigió el cerco de La Paz en 1781. Chola nacida en la ciudad, valerosa, de carácter dominante y la más tremenda adversaria de los españoles. Participó activamente en el asedio y fué la mejor consejera del caudillo. Cuando Catari, con parte de sus huestes, tuvo necesidad de ausentarse, ella quedó a cargo del comando y ejerció autoridad en



forma que asombraba a sus millares de soldados indios. Procedió con tolerancia cuando se trataba de gente de su clase, mestizos o indios, que salía de la ciudad en busca

de subsistencias. Pero tratándose de los españoles, sus medidas eran inexorables: destrucción y muerte. Lógicamente, éstos consideraban presa de mucho valor a Bartolina, y llegaron a capturarla el 2 de julio de 1781. Y tras procesarla sumariamente, hiciéronla ahorcar.

SOLA, GASPAR

Legó su recuerdo a la posteridad como el de un hombre emprendedor y práctico. Fué él quien inició la organización de una so-



ciedad para establecer el alumbrado a gas, en 1871. Posteriormente, y también a iniciativa suya, se hizo la primera carretera de La Paz al lago Titicaca, con su respectivo servicio de diligencias (1875).

SOTA PARADA, JUANA
(1762 - 1817)

Otra de las damas de Julio de 1809. Ella y su esposo hicieron profesión de fe revo-



lucionaria desde mucho antes, convirtiendo su casa en el lugar de cita de los conjurados, y juntamente con él soportó persecuciones y destierros. Triunfante Goyeneche, el esposo de doña Juana fué condenado a diez años de presidio en las Filipinas. Y poco después a ella enviáronla confinada a Caupolicán. Cuando pudo regresar a La Paz, Ricafort, el carnicero pacificador, la eligió para víctima suya, y faltó un punto para que la sacrificara. Pero pudo más la tentación del oro. En 24 horas, reuniría doña Juana cuarenta mil pesos o... Los reunió, para comprar su vida, y no tardó en sucumbir.

TAMAYO, ISAAC
(-1914)

La política, las letras y la banca fueron los centros de acción de este ilustre patricio paceño. Hombre de linaje distinguido, dotado de un gran talento y de una cultura escogida; rico, por añadidura. Desempeñó diversos cargos importantes como los de



cancelario de la Universidad y ministro de Hacienda. No fué más, porque no era hombre roído por las ambiciones. Además, si bien inalterablemente hidalgo en su trato con todo el mundo, jamás pudo disimular su cierto desdén por la sociedad. Por eso se retiró de ella, para consagrarse a los negocios bancarios. Y por eso educó a sus hijos en el seno del hogar, orgullosos como él. No es mucho lo que Tamayo dejó escrito. Pero está henchido de sustancia, en un estilo depurado, enérgico y con una iro-

nía fuertemente incisiva al referirse a nuestros males colectivos. *Habla Melgarejo*, firmado por "Thajmara", es un libro inolvidable y siempre actual.

TEJADA SORZANO, CARLOS
(1884 - 1936)

Ingeniero de extraordinaria capacidad técnica. Obtuvo su título en Chile, y casi inmediatamente fué contratado para dirigir la construcción del ferrocarril de San Juan a Mendoza, en la Argentina. En 1910 se le hizo venir a Bolivia, donde desempeñó importantes cargos relacionados con su profesión. Fué inspector de las obras del ferrocarril Arica-La Paz; hizo construir el ramal a Corocoro; estudió y dirigió, con admirable acierto, el ferrocarril La Paz-Beni en su tramo más difícil: el único realizado y puesto en explotación. Asimismo, intervino en los trabajos del ferrocarril de Potosí a Sucre y del de Atocha a Villazón. Cuando, tras una de tantas revoluciones, fué obligado a expatriarse, actuó en la construcción del ferrocarril Embarcación-Yacuiba. Posteriormente, de nuevo en Bolivia, continuó prestando importantes servicios a la nación. Gozaba de prestigio en muchos países, habiéndosele designado socio de numerosas instituciones científicas y Presidente Vitalicio del Comité Boliviano del Congreso Sudamericano de Ferrocarriles.



TITO YUPANQUI, FRANCISCO

El imaginero de la Virgen de Copacabana. Una figura cautivante la de este hombre que, sin más recursos ni fuerzas que su fe pudo esculpir el dulce rostro que él había soñado. Era hijo del lago de los Incas: nació en Copacabana, descendiente de nobles familias. Puestas sus manos y su alma en camino de satisfacer la delicada ambición, todo fué fracaso al comienzo; sacerdotes y creyentes se burlaron de las toscas esculturas labradas por Francisco. Pero éste sabía que al soplo de la fe se mueven las montañas. Se fué, peregrino esperanzado, hasta Potosí, a aprender el oficio, nada más que para cumplir el único deseo de su vida. Y su odisea se prolongó todavía. Nadie podía suponer que de toscas manos de indio saliera una escultura digna de ser divinizada. Y salió, sin embargo, aunque para ello hubiese habido que emplear años de paciencia, de oraciones y ayunos. Pero cuando la santa efigie, concluída y bendecida en La Paz, era llevada a Copacabana, fué detenida en Tiquina. Los indios se negaron a recibirla, no por carencia de fe, sino porque dudaban de que la inspiración hubiera visitado la cabeza y los dedos del rústico escultor. Empero la dulce María tenía ya su trono. Fué conducida allá por los propios recalcitrantes. Y, por fin, don Francisco vió cumplida su promesa. Aquel día se sintió más dichoso que si lo volvieran a sentar en el trono de sus abuelos.



TOVAR, MANUEL JOSÉ
(1831 - 1869)

Poeta romántico a quien cupo actuar en un período de intenso movimiento literario en Bolivia. Joven todavía, cuando iba camino de sus culminaciones espirituales, renunció a la vida. Había nacido en Inquisivi; hizo sus primeros estudios en Oruro y los universitarios en Chuquisaca. Dejó muchas producciones, sensiblemente condenadas a la dispersión. Se recuerda su poema épico *La Creación*, publicado en 1863. Descolló también como periodista, habiendo escrito en *La Verdad* y *El Porvenir*. Se suicidó en Sucre, el 21 de septiembre de 1869.

URIARTE, MANUELA
(1770 - 1827)

Una de las abnegadas y valerosas mujeres de julio de 1809. Contagiada de las ideas revolucionarias y, además, pariente de los actores principales de aquel magno sacrificio, trabajó intensamente durante los prólogos y sufrió en exceso durante los epílogos. En primer lugar, la inmolación de un hermano de su madre, el protomártir Juan Bautista Sagárnaga. Y luego las terribles persecuciones consiguientes al fra-



caso de la revolución. Fué deportada a regiones malsanas de Caupolicán, sin permitírsele la vuelta a La Paz. Sus bienes le fueron arrebatados por el famoso Ricafort. Pero tuvo la suerte de asistir al nacimiento de la Patria por la que tanto sufriera.

UTURUNCU

Uturuncu fué uno de los grandes señores caciques de la ciudad aimara de *Chuquiapu*, la antecesora de La Paz. Sus dominios se extendían en la zona situada al sudoeste de la población, comprendiendo Larka-pata, y sus bajíos y alturas. Todo lo cual pasó, después, a manos de los españoles. El noble señor dejó larga descendencia incorporada a la civilización occidental. Andrés Uturuncu, biznieto o algo así, llegó a ser capellán de la Catedral en 1661.

VALDEZ, JULIO CÉSAR
(- 1918)

Escritor de grandes aptitudes y de variada producción literaria. Cultivó la novela, la historia, la crítica y la literatura costumbrista, sin contar su activa participación en el periodismo, donde hicieron época sus incomparables crónicas festivas. Original en su estilo; delicado en sus ironías; ingenioso y chispeante en sus sátiras, constituye, a no dudarlo, una de las figuras más interesantes de las letras bolivianas. He aquí algunas de sus obras: *Mi noviciado, Siluetas y croquis, Picadillo, La Chabelita, Biografía de Nicolás Acosta, Juan Bautista Sagárnaga, Crispín Andrade y Portugal, Heroínas Paceñas.*

VALDEZ PIZARROSO, ALBERTO
(1899 - 1933)

Durante la guerra con el Paraguay, fué conocido como el defensor de Agua Rica. Pues allí se plantó, con su histórico regimiento "Ayacucho", y los enemigos no pasaron mientras él estuvo en esta vida. La acción figura entre los hechos gloriosos de aquella guerra. Pero no paró allí. Saliendo de sus posiciones, el "Ayacucho" embistió a las tropas adversarias llevándolas por delante. Entonces vino la batalla de Nanawa. El regimiento, designado unidad exploradora, cumplió su misión. En la madrugada del 20 de enero de 1933, desalojó al ene-

migo de sus posiciones avanzadas, siguió avanzando y, a 300 metros de sus trincheras, construyó el "Ayacucho" las suyas. Valdez fué herido durante uno de los diarios combates. Se negó a ser evacuado y murió a la cabeza de su regimiento, cuando éste tenía aún en jaque al adversario. Con su muerte, conquistó la estrella de teniente coronel. Era hombre de ilustre prosapia intelectual, por su padre: el gran escritor Julio César Valdez; y por su madre, descendiente de un héroe de Ingavi: el coronel Pizarroso.

VALLE, EVARISTO
(1810 - 1874)

Descolló especialmente como orador parlamentario, y fué considerado un líder durante los diversos períodos congresales. En otro capítulo de estas monografías, se habla más extensamente de ello. Pero su personalidad halló, además, otras esferas de acción para brillar con igual intensidad: en la judicatura, en la instrucción pública, etc., llegando a ocupar los cargos de Fiscal General, cancelario de la Universidad, Ministro de Estado, etc. El claustro universitario de Chuquisaca le confirió el título de Doctor en Derecho, caso único en los anales de esa ilustre institución. Nació en Viacha el 26 de octubre de 1810.

VELASCO, ADRIÁN
(- 1934)

Otro que duerme en los ásperos tuscales del Chaco. Era sacerdote. Muy querido por sus feligreses y de muchos amigos en La Paz. Su cultura y su carácter eran prendas que hacían atrayente su personalidad. Se incorporó como capellán en el regimiento "Castrillo". Y cumplía su misión, en los campos de combate, en forma que le captó la admiración de soldados y oficiales. Pasaba sus días recorriendo las trincheras para alentar a los hombres con los altos dones del espíritu. En los instantes más trágicos estaba él, siempre animoso, atendiendo al herido y al moribundo, y dando renovados alientos al combatiente. Fué inmolado en Algodonal. Una patrulla paraguaya arrastró su cuerpo moribundo hacia el campo enemigo. Y Velasco, antes de expirar, díjoles: "Les perdono; pero muero por las almas y por mi patria".

VERGARA, ARTURO

Una gran figura del ejército. Honró con su talento a su grupo profesional. Y lo honró, después, con su heroísmo. Había perfeccionado sus estudios en la Escuela Politécnica Militar de Río de Janeiro y al retornar a Bolivia fué incorporado en el E. M. G. En 1933, lo destinaron al sector Alihuatá. Pasó a comandar un batallón del regimiento 41; más tarde, del 34, cuando comenzaron las operaciones del sector Rancho Ocho. Allí, en los campos de Bullo, rindió la vida frente al enemigo.

VILLAMIL DE RADA, EMETERIO
(1804 - 1872)

El poligloto más grande que haya habido en la América. Poseyó alrededor de cuarenta entre lenguas vivas y muertas. Pero



lo extraordinario de este hombre no estuvo únicamente en su asombrosa erudición filológica, sino en toda su personalidad. La riqueza intelectual, lo situó en las vecindades del genio y lo llevó hacia las perturbaciones consiguientes. El inmenso caudal de

su cultura le permitió hacer las más sorprendentes especulaciones, a ratos dejándose arrastrar por la fantasía, para llegar a conclusiones demasiado originales pero no despojadas de lógica. Sus inquietudes le llevaron a rodar por todo el mundo y pasar las peripecias más asombrosas. Un día, director de un periódico editado en cuatro idiomas, en California; otro, barredor de calles en México. Unas veces, en Europa, otras en Australia; propietario de minas, aquí; jornalero, allá. También actuó algo en la política, que él odiaba, llegando a presidir el Congreso de 1857. Pero lo que interesa es la formidable labor de su mentalidad, cuyo producto fué una obra monumental en 20 tomos, de la cual, sensiblemente, no nos ha llegado sino un fragmento: *La lengua de Adán*. Lo demás, parece desaparecido para siempre, pues estando Villamil de Rada en Janeiro, cuando ejercía funciones de Comisario demarcador de límites con el Brasil, antes de arrojarse al mar en ímpetu suicida, entregó sus manuscritos a un amigo suyo, y no se supo nada más de ellos. Nació en Sorata, el 3 de mayo de 1804.

VILLAMIL, PEDRO
(1818 - 1901)

Un militar que intervino en tres campañas notables: la de la Confederación, la de Ingavi y la del Pacífico. Sus padres habíanse propuesto dedicarlo al estudio de las leyes; pero él eligió la carrera de las armas, marchándose con las tropas del mariscal Santa Cruz. Obtuvo sus grados a través de su valiente actuación en varias batallas de la primera de las citadas campañas. Capitán ya, como era hombre de cultura escogida, pues su educación la recibió en Europa, Santa Cruz lo designó adjunto militar ante el gobierno francés. Más tarde, su participación en Ingavi proporcionaríale un nuevo ascenso. Cuando se desató la guerra del Pacífico, Villamil era ya general de brigada y marchó en defensa del Litoral como jefe de división. Y Pisagua fué el teatro de su hazaña y el comienzo de su inmortalidad. Con 990 hombres resistió a la escuadra chilena, evitando su



desembarco durante todo un día. No importaba el espantoso bombardeo ni el incendio de los grandes depósitos de salitre, cuyo humo era asfixiante; los dos batallones de Villamil, con el agua al pecho, seguían impidiendo el desembarco del enemigo. ¡Pero eran 990 contra 10.000 hombres! Hubo que ceder... El general Villamil constituye, pues una figura preclara de la historia boliviana.

VILLALOBOS, ROSENDO
(1859 - 1940)

Altísimo poeta lírico y uno de los buenos críticos literarios de Bolivia. Fué el introductor del modernismo francés en la poesía boliviana y tradujo a José María de Here-



dia, Sully Prudhomme y otros poetas de aquel período. Elevado en sus inspiraciones; de gusto exquisito en sus formas de expresión y de una cultura superior, ver-

dadera erudición en letras, tiene perfecto derecho a ocupar lugar privilegiado entre los grandes cultores de la poesía boliviana. Su labor de crítica ha sido limitada en extensión; pero densa y sesuda. Prueba de ello es que todos cuantos escriben sobre nuestra literatura tienen necesidad de acudir a él. Ha dejado, entre otras, las siguientes obras: *Memorias del corazón, Ocios crueles, Hacia el olvido, Pedazos de papel, Letras bolivianas.* Poco antes de su muerte fué honrado con la coronación.

VILLAREJOS, FRANCISCO
(1897 - 1938)

Muchos artistas, escritores y periodistas deben recordarle con gratitud. Fué animador y maestro de numerosos principiantes. Hombre impetuoso, vehemente y jovial, era excepcionalmente querido en La Paz. Periodista ágil, crítico de arte, político a ratos, su existencia, un poco bohemia, íbase de preferencia tras las actividades literarias, y para fomentarlas dilapidaba gustoso la fortuna de la familia. Su anhelo casi obsesivo era la creación de una literatura y un arte auténticamente bolivianos. Para ello fundó una revista, *Inti*, de nítida orientación, y luego *La Semana Gráfica*, que, cosa rara en Bolivia, ha tenido largos años de duración, prestando importantísimos servicios durante la contienda del Chaco. Escribió mucho, y siempre metido dentro



de ese cauce espiritual, en revistas y periódicos de diversos países. Fué miembro fundador del P. E. N. Club, Secretario General de la Asociación de Periodistas, director del Suplemento literario de *El Diario*. Su seudónimo, "Pancho Villa", llegó a ser tan popular que, cierta vez, Villarejos fué elegido munícipe sin hacer uso de su nombre propio. Sensiblemente, salió demasiado temprano de este mundo.

VILLEGAS, CARLOS DE
(1866 - 1927)

Es el hombre que nació con vocación para hacer el bien. Acaso el haber sufrido durante sus primeros años modeló en él



al bienhechor de los niños desvalidos. Cuando no había salido aún de la infancia, ya supo de las responsabilidades de sostener a una madre y costearse a sí mismo los estudios. Años más tarde, el pueblo de La Paz, apreciando la generosidad de su alma, lo eligió su representante en el Municipio durante muchos años consecutivos. Allí es que trabajó por los que más habían menester de su ayuda: los enfermos, los analfabetos y los niños desamparados, pues toda su atención estuvo en los hospitales, en las escuelas y en esa gran obra que hoy se denomina *Hogar Carlos de Villegas*, aun cuando éste fué propiamente realizado cuando Villegas no ejercía función pública alguna. Comenzó por fundar la Sociedad Protectora de la Infancia: unas cuantas damas de mucho corazón que iban dándose de bruces contra las incomprensiones, los prejuicios y los vituperios del medio. Una piedra sobre otra, fueron colocadas con tesón admirable. Y esto representaba un sacrificio tras otro para conseguir los dine-

ros y un constante devanarse el magín para inventar juegos florales, fiestas y qué sé yo, a fin de que la sociedad cumpliera su deber, siquiera sea indirectamente. Don Carlos era el alma de aquella obra milagrosa. Y como una compensación, tuvo la suerte de verla concluída. Medallas y homenajes, le sobraron. Pero él no veía sino los centenares, los millares de niños salvados del arroyo. Al terminar, será bueno añadir que tuvo una compañera ideal para el caso. Doña Claudia Pérez de Villegas, su esposa, una dama de mucho espíritu al par que de mucho sentido práctico, hízose cargo de la mitad de los sacrificios.

VILLEGAS, ALBERTO DE
(1897 - 1934)

Se lo dió todo a la Patria. Primero su talento, como escritor. Luego su vida. Fué uno de los más puros y altos exponentes de la intelectualidad boliviana. Comenzaba a producir: fruto sazonado, exquisito, de primera mano. Y su obra recibió abundantes y justicieras loas de la crítica. *La Campana de Plata*, *Sombras de Mujeres*, *Memorias de Mala-Bar* y numerosos cuentos y crónicas, donde señorea una prosa de primoroso gusto: galana, ágil y rica, le señalaron un sitio en la élite literaria del país y el Continente. Se esperaba mucho aún, puesto que Villegas hallábase en la plenitud de sus años. Pero se interpuso una fatalidad: la guerra. Pudo él haberla esquivado, y con razones de su parte; pues, sobre ser débil de naturaleza, era rematadamente inútil para los menesteres de orden material. Pero prefirió el deber a su salvación. Se entregó a sabiendas, y las inclemencias del Chaco lo abatieron. Espíritu inquieto y trabajador, aún allá, en medio del estruendo, el horror y la sangre, preparaba otra novela: *Gualamba*, que nos legó inconclusa. Y así fué toda su vida: activo y fecundo. Sin contar sus labores de diplomático, hay que recordar que fué fundador de instituciones respetables como Los Amigos de la Ciudad y el P.E.N. Club; de sociedades juveniles como el Centro "Pucara" y el "Tiahuanacu"; socio de numerosas agrupaciones científicas



y literarias de Europa y América; organizador y realizador de la inolvidable "Semana Indianista". Pero el Chaco concluyó con él.

ZALLES, LUIS
(1832 - 1896)

Poeta de musa festiva, periodista y revolucionario permanente frente a las tiranías. Sus epigramas y letrillas, satirizando graciosamente las costumbres pacatas del medio y las mentiras y picardías de la política, abrieron brechas en el espíritu de



su generación. Sus producciones fueron coleccionadas en un tomo llamado *Poesías Completas*. Como periodista, fundó *El Telégrafo*, redactó *El Club Revolucionario* y otros. Fué sañudamente perseguido por Melgarejo. Ejerció funciones docentes y en el ramo judicial. Durante los gobiernos de Campero, Arce y Baptista, fué reiteradas veces invitado a formar parte del gabinete, sin conseguir jamás su aceptación.

ZUAZO, FEDERICO
(1857 - 1899)

Sus primeras actividades se manifestaron en el periodismo. La mayor parte de su existencia estuvo consagrada a la política, en la cual tuvo descollante actuación. Fué muchas veces representante nacional y presidente de la Cámara de Diputados. También prestó servicios al país como diplomático. Sus principales obras son: *Apuntes biográficos de Gregorio García Lanza*, *Exposición de Derecho*, *El ferrocarril con la frontera del Perú.*



LAS CALLES DE LA PAZ

por

ALFREDO SANJINÉS G.

(Los párrafos siguientes han sido extractados fragmentariamente del libro "Las calles de La Paz" *y sólo corresponden a la vieja ciudad paceña.)*

SU VALOR EVOCATIVO

Las famosas y empinadas calle de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, fueron para su pueblo el camino del calvario y de la gloria. En ellas se "degradó" nada menos que a la Virgen María por haber ayudado a los patriotas americanos. Se libraron las primeras y últimas luchas por la independencia del Continente. Se arrastraron los cadáveres de mártires y dictadores, y en ellas, tiñéndolas con su sangre, conquistó la fama de ser "cuna de la libertad y tumba de tiranos". Dios ha querido premiarlas, haciendo que contemplen eternamente el nevado Illimani, la más bella montaña del mundo.

No debió suponer nunca el alarife, Juan Gutiérrez Paniagua en 1549, dos años después de la fundación de la ciudad, la trágica trayectoria que tendrían, al correr de los tiempos, las angostas y tortuosas calles que estaba trazando en la planicie de *Churupampa,* del valle del *Choque-yapu,* por mandato del teniente de Corregidor de la ciudad don Juan Vendriel, ni prever tampoco la grandeza que alcanzaría esta urbe en el futuro.

Provisionalmente se establecieron los conquistadores en *Chuquiago marca,* buscando otro valle más vasto para fundar la ciudad; pero el clima templado en los días de octubre, el agua cristalina que corría por los riachuelos, regando las praderas verdes de aquel valle lleno de pequeñas colinas y promontorios que han desaparecido después lentamente al aplanarse los campos para trazar las calles, y luego sentirse al abrigo de los páramos de los Andes, con buenas tierras para labrar, con el paisaje maravilloso de las montañas cubiertas de nieve, y, sobre todo, con el abundante oro que encontraron, no sólo en las arenas de los ríos, sino en las calles mismas que estaban trazando, les hizo cambiar su propósito de fundar la ciudad en otro sitio. Y se quedaron, por siempre, en ésta que ha sido consagrada por dos veces ciudad de La Paz, de Nuestra Señora de La Paz, y de la paz de Ayacucho.

El trazado de las primeras calles y plazuelas, se hizo junto al caserón del cacique *Quirquincha,* uno de los grandes señores collas, donde se alojaron los españoles. Ahí estaban Alonso de Mendoza y sus cuarenta y un camaradas, entre ellos don Juan de Rivas y su esposa doña Lucrecia Sansoles. la primera dama española, de saya y man-

to, que vino a La Paz. Ambos llegaron a ser con el tiempo, los más grandes filántropos paceños. En este primer grupo se encontraban también el párroco Juan Rodríguez, un cirujano llamado Vizcaíno, el barbero Carvajal y Cieza de León, el historiador a quien, según es fama y lo dicen las



La Paz antigua. Entrada en la Alameda.

crónicas, "Alonso de Mendoza le hizo servir con su galopín Alvarado el tuerto, un excelente plato de guisado con carne de guanaco", quedando Cieza tan bien impresionado del clima y del paisaje de La Paz, que exclamaba muchas veces: "ésta es buena tierra para pasar la vida humana, aquí el clima es suave y la visión de la cordillera nos hace pensar en Dios".

En el tambo de Quirquincha, rodeando a doña Lucrecia Sansoles, que trajo la gallardía y belleza de la mujer de España, es-



La Paz a comienzos del presente siglo. La antigua Alameda.

cucharon los conquistadores las hermosas leyendas del Collasuyo, que anotaba Cieza cuidadosamente, para escribir después sus crónicas y tradiciones del Perú.

. . . .

Sólo se han perpetuado en las calles y plazas de la ciudad, los nombres de *Alonso de Mendoza* y la fecha del *20 de octubre*. No se ha levantado una estatua al fundador de La Paz, hasta el momento de escribir estas líneas, ni se ha perpetuado el recuerdo de otras figuras de nuestras bellas leyendas que debieran tener ya hace mucho tiempo sus nombres en las calles, como *Huyustus*, *Tintuyo*, *Yanavilca*, *Toquellovilca*, los primeros líderes del *Chuquiago marca*, con los nombres de Gutiérrez Paniagua, de doña Lucrecia Sansoles, de Juan Saavedra el gallardo capitán que vió por vez primera el valle de La Paz y extendió su fama por el mundo, como uno de los más bellos paisajes de América, que hacían pensar en Dios.

Las calles de las ciudades son como las páginas de un libro donde se anotan los hechos más salientes del pasado. Leyendo los nombres o las fechas con que se designan las vías públicas, conocemos las tradiciones de los pueblos. En las calles y plazas viven las generaciones lo mejor de su vida, los días de la niñez, experimentan las emociones de la juventud y las grandes pasiones que inspira la naturaleza humana. Es en ellas donde se realizaron las luchas por la nacionalidad, por la religión o por los ideales. Todas las batallas principistas se decidieron en las calles, donde llevaron las multitudes sus demandas para mejorar su vida.

No hay nada más evocador que las calles. Nada que fisonomice mejor el carácter de los pueblos, y que revele con más vigor su propia alma. Por eso hay que cultivar el amor a las vías públicas, porque ellas revelan nuestra cultura, nuestro espíritu y

nuestro pasado, y si hay algo que merezca un monumento en las calles de las ciudades, son las calles mismas.

PRIMEROS DÍAS, PRIMERAS CALLES

Situada la ciudad entre el Cuzco y Potosí y a no muy larga distancia de las aguas del Pacífico por el valle del Tacora, no obstante las grandes distancias que había que recorrer, sin caminos ni medios de movilidad en dicha época, los pocos habitantes de La Paz veían regularmente bajar por los ásperos senderos de El Alto, las tropas de llamas que transportaban la plata que traían de Potosí para seguirla a la capital de los Virreyes y de allí a la metrópoli española; o las recuas de acémilas que traían anualmente todo lo que había transportado la flota del mar del sud y que no podían encontrar los peninsulares en América: telas, armas, objetos de hierro, herramientas, vajillas, alguno que otro libro y, sobre todo, plantas y semillas de frutas y hortalizas para extender sus cultivos en las tierras que habían asignado a los encomenderos.

Las calles avanzaban, entretanto, como serpientes por los pedregales llenos de arbustos silvestres. Paniagua mandó marcarlas con cercos de espinos y pequeñas acequias por donde corría el agua del riego.



La antigua Alameda de La Paz.

Las calles cortaban los chacarismos donde cultivaban los productos indígenas: quinua, ocas, papas, formando verdes campos matizados con los bellos colores de las flores silvestres, como las sagradas cantutas, las hediondillas, los saúcos. Era una risueña pradera ésta del valle del Choqueyapu, en la que formaron sus chacarillas los encomenderos llegando sus cultivos hasta los campos de los contornos.

La ciudad se extendió luego por la calle *Churubamba* y la calle de los *Molinos* que llegaba al molino que se estableció en Challapampa. Luego se trazó la calle de *Vega Posta* o de San Sebastián, la más larga de

todas que iba a terminar en el campo de *Panticirca*, camino de Chacaltaya. Cada cuadra trazada era bautizada por el capricho popular, y las calles tomaban denominaciones de esquina a esquina, con nombres caprichosos y pintorescos que caracterizaban alguna particularidad de la ciudad o recordaban algún suceso o vecino muy conocido. A los barrios se les denominó después "cuarteles", y poco a poco, a medida del desarrollo urbano, se los fué designando por alguna referencia genérica o por el nombre de las iglesias y conventos que se levantaban.

De una esquina a otra se llamaban "cuadras" y cuatro cuadras circundantes formaban una "manzana", que llamaron "isla" los limeños y habaneros. Como la población era indígena en su mayoría, fueron los nativos aymaras los que se encargaron de bautizar las calles con nombres vernáculos. De ahí vienen las denominaciones pintorescas de *Chapi-calle* (calle de los espinos); *Supay-calle* (calle del diablo); callejón *Chamaco* (callejón oscuro); calle *Guaña-pila* (fuente seca) y tantas otras que apuntamos adelante, en la nomenclatura de las antiguas calles de La Paz.

Paniagua trazaba las vías públicas aprovechando los lugares planos, pues el valle era lleno de promontorios, colinas y riachuelos. En las crónicas viejas de la ciudad se lee a menudo que para construir una casa o un templo, o para abrir una calle, había que derribar una colina, como ocurre hasta hoy en los ensanches de la ciudad; pero sus esfuerzos urbanistas se hallaban limitados en esa época por el cauce profundo del Choqueyapu, hasta que el alarife mandó construir el primer puente que comunicaba el llano de Churubamba con el campo de los *Alcañices*.

Audazmente cruzó entonces por esta segunda planicie, trazando la calle *Real*, la actual calle *Comercio*, cuya última cuadra antes de llegar a la plaza mayor se denominó la calle *Mercaderes*. Siguió la misma ruta de la calle *Real*, hasta encontrar el llamado campo de los *Alcañices*, donde tuvo lugar la ceremonia de la fundación de la ciudad, y trazó un cementerio en el sitio que fué después el convento de la Merced, y el frente una plazuela que al correr de los años se llamaría la Plaza de la Ley. Señaló al mismo tiempo las calles paralelas y transversales del segundo plano o ensanche de la ciudad. A una de esas calles paralelas de la Real, la llamaron los vecinos, calle *Chirinos*, en recuerdo de uno de los fundadores de La Paz, don Fernando Chirinos, que en unión de don Juan de Rivas estableció la primera fábrica de paños o bayetas a una legua de la ciudad, en el lugar llamado Sailamilla, y luego otros varios telares, que por razón de esta industria lo llamaron el Obraje. Los más célebres obrajes fueron los que se hallaban bajo la dirección de los jesuítas. El trabajo de los obrajes, especie de primitivas fábricas textiles, era forzado. Una especie de servicio obligatorio. Cuando la sublevación de Tupac Amaru, entre las cosas que pidió fué la destrucción de estas cárceles inmundas. Las ordenanzas del Virrey Toledo, dispusieron que en lugares donde hubieran obrajes, y por consiguiente, obligación de trabajo, los indios estarían exentos de las mitas.

El almacén de venta de los productos de Chirinos quedó establecido en la esquina que se halla enfrente de la escalinata del actual palacio de Justicia. Chirinos, regidor del Cabildo por muchos años, fué un industrial y comerciante honorabilísimo.

En cuanto al puente de acceso al campo de los Alcañices por la calle Real, construído por Paniagua en el lugar de la piedra de la *Paciencia*, que se llamó después puente de las *Concebidas*, fué destruído en el sitio de La Paz por Tupac Catari, cuando la inundación de la ciudad. En una plancha de bronce tenía esta leyenda: "*Pons viatóribus aere pub facte*".

La nomenclatura de las antiguas calles de La Paz fué hecha por primera vez, hace setenta años, por don Leonardo Lanza, y se

tomó la tarea de organizarla y publicarla en un folleto, don Nicolás Acosta. Apreciamos por él que son muy pocos los nombres que se conservan de las antiguas calles, razón por la cual se ha perdido la evocación que hubieran tenido para el pasado de nuestra ciudad.

Lo que más claramente hemos podido investigar y reconstruir es que la primera calle trazada fué la de *Conde Huyo* (*Cuntihuyo*) que partía de un recodo de la plazuela Alonso de Mendoza, en dirección al norte, hacia la calle de los *Molinos*, y que de ese callejón bajaban dos estrechas callejuelas con dirección al río Choqueyapu, sin acceso a aquella plazuela, y que fueron denominadas, *Chamaca* la de abajo, y *Chirisco* la de arriba. Igualmente la calle de los *Cañaris* o Cañar-calle, o calle de los correos, pues los *cañaris* hacían de *Chasquis*, correos.

De la plaza de los españoles se trazó la calle de San Sebastián o de *Vega Posta* a terminar en el campo de Panticirca y camino de Chacaltaya; esta calle se denominó después, de la Recoleta al construirse aquel templo. La antigua calle de *Chacaltaya* se denominó después Sánchez Lima, y sucesivamente tomó los nombres de *Caupolican*, *Inquisivi* y *Chacaltaya*, otra vez, quedando al final con la designación de la antigua de la Recoleta y calle Chuquisaca. Esta última es de hondos recuerdos, quizá los más sentimentales de La Paz.

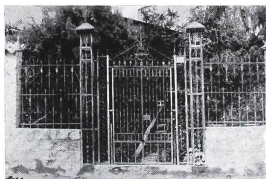
En el curso de los cuatro siglos de la vida de la ciudad, se han cambiado muchas veces los nombres de las calles y plazas. Unos se hallan olvidados, otros, los aymaras especialmente, que traen la evocación de las antiguas leyendas paceñas, se van borrando por el menosprecio que se tiene de la raza indígena. En esto de los cambios de nombres adolece nuestro país de una verdadera enfermedad. No sólo de las calles de las ciudades, sino hasta de las provincias que llevan la tradición de la vida republicana, se los viene alterando en el inmoderado afán de rendir homenaje a hombres o hechos que se podrían honrar en otra forma.

La calle que va de la plaza Alonso de Mendoza al puente de Coscochaca y la calle Muñecas (calle América), fué siempre la calle *Ancha*. Allí se realizaban las ferias más importantes de animales y víveres traídos de provincias y de otros lugares del país, así como del sud del Perú. Durante la Colonia fué destinada a las fiestas de los indios. En ella se congregaban las tropas de *sicuris* adornados con enormes paraguas de plumas de avestruz, que bailaban tocando la zampoña que cogían con una mano y el tambor con la otra. Allí se realizaron las primeras corridas de toros.

La calle *Ancha* fué la entrada principal en la ciudad. Por allí bajaron las tropas que vinieron a combatirla o defenderla. Por



La Plaza de Armas con el antiguo parque. Aun se puede ver uno de los faroles del alumbrado a gas.



Enverjado artístico en un edificio residencial de la zona de San Pedro.



Edificio Mendoza, situado sobre la Plaza Mayor, donde en cierto tiempo estuvo el Ministerio de Justicia e Instrucción. También la fotografía deja ver el sistema de alumbrado público mediante arcos voltaicos colocados en cada una de las cuatro esquinas de dicha plaza.



La Plaza Venezuela cuando aún no había sido modernizada.

allí entró Bolívar triunfalmente cuando selló la independencia de nuestra patria.

Del puente de la Paciencia, llamado después de las Concebidas, a la plaza Alonso de Mendoza, la calle se llamó *Churubamba* o de *Quirquincho*. Al subir por esta empinada calle, aún durante los últimos años, se tenía la impresión de caminar por la calle mayor de alguna rancia ciudad española. Los paños de brocado y las ricas telas de Damasco, colgados de las ventanas en los días de fiestas, las poncherías y buñolerías instaladas sobre la vía pública, las mesitas alumbradas con farolillos de papel

en las que vendían las melcochas y los *ancucos;* mesas de *ancla*, cadenillas de papel de color que cruzaban de acera a acera; profusión de faroles chinescos de toda forma en puertas y ventanas; música de los pianitos, los cohetes y fuegos artificiales y la algazara del pueblo que se reunía allí para divertirse, reproducían cuadros y escenas que se ve muchas veces en el barrio de Lavapiés o en la Bombilla madrileña. Ésta fué la calle más típicamente española de La Paz.

Otro aspecto y muy distinto tenían las calles que iban de la calle de *Chaqueri* a la antigua calle de la carretera, llamada *Chapi-calle* (calle de los espinos) y de la Rodríguez a la Tumusla (Illampu) llamadas de *Chocata*, de *Chojña* Cruz, de *Coscochaca*, siempre transitadas por una abigarrada muchedumbre indígena, que deambulaba entre los puestos de venta instalados sobre la misma vía pública.

Allí fermentaban y siguen fermentando los movimientos sociales y políticos que inquietaron la vida colonial y la de la República.

De un recodo de la calle Linares, a una pared sobre el río Apumalla, frente al puente de Coscochaca (Calle Jiménez) se denominaba antiguamente calles *Capacanabi* y *Guaña-pila* (fuente seca).

De la garita de San Pedro a la calle Sagárnaga (calle Murillo), calles de *Loroqueri* o de la Tercera Orden. Loroqueri quiere decir, en aymara "Brasero del loro". De la calle de la Tercera Orden han salido muchas leyendas de espantos, de ruidos de cadenas que se arrastraban sobre el pavimento a altas horas de la noche. Esa casa de ejercicios espirituales fué fundada en 1830 por el canónigo Francisco Garci Gutiérrez y Escobar. Allí se recluían muchos caballeros en la semana para hacer penitencia y ejercicios espirituales. Se refiere que cuando, a la hora de la oración, se apagaban las luces, comenzaba una terrible flagelación recíproca entre los penitentes, de la que han quedado leyendas espeluznantes. Los ejercicios terminaban con la lectura del Kempis y las Meditaciones de Ignacio de Loyola. En la Tercera Orden se realizaron las labores legislativas de 1831 y 1835. De su capilla salía la procesión del Señor del Perdón, patrono de la ciudad.

La calle del *Tambo de carbón* o Alta de Murillo, que va a la quebrada de Chaqueri (Rodríguez y Corocoro) fué siempre uno de los barrios concurridos por los arrieros y comerciantes indígenas dueños de tropas de llamas y de recuas de mulas. Hoy lo es de los camioneros que llevan y traen mercancías y productos de las haciendas de la puna, de las vegas de Yungas y de los valles próximos a la ciudad. Es uno de los barrios más populosos de La Paz y dá la impresión de un hormiguero humano.

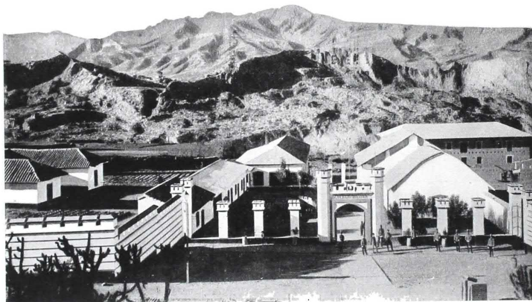
Hemos llegado a la calle Alta de Murillo y a los famosos barrios de Chocata y la calle Linares, célebre por las calles de la Locería, atalayas de la ciudad, desde cuyas alturas se combatió en las revoluciones contra muchos Presidentes, pues de allí se dispara con gran eficacia, por ser punto dominante del Palacio y de la policía que se hallan al otro lado del valle. Se llamó antiguamente *Carahuichinca* (cola pelada). Ocurrieron en él muchos episodios interesantes durante las revoluciones. De allí salió también una vieja leyenda. Refieren que en una de esas destartaladas casonas fué asesinada por su esposo una bella costurera llamada Mercedes Ochoa. Dedicado aquél a los trabajos mineros, dejaba la ciudad con mucha frecuencia. Al regresar de una de esas expediciones, su hijo muy pequeño aún, le informó que un fraile molestaba todas las noches a su madre, penetrando en la habitación en la que permanecía hasta el día siguiente. No quiso saber más el hombre, y asesinó a su esposa; pero averiguadas las cosas, el audaz intruso resultó ser uno de esos insectos llamados "frailes", que penetran a las habitaciones en las noches, a dar vueltas a la luz de las velas. El minero lo supo cuando la bella Mercedes Ochoa, querida y respetada en el barrio,

se hallaba ya enterrada. Se volvió loco de dolor, y murió en el cadalso.

Otra calle de leyendas es la antigua calle Recreo, ya desaparecida por la apertura de la Avenida Santa Cruz. Se comunicaba con la Murillo, llamada antes Litoral, con la famosa calle de San Lunes, hoy Cochabamba. La calle de San Lunes, con sus numerosas picanterías y canchas de gallos y taba, era el lugar de reunión de la mayor parte de los obreros y artesanos de La Paz, que pasaban allí sábado, domingo y lunes en gratas diversiones.

En San Pedro se construyó una de las primeras plazas de toros. Se llamó la plaza de Acho; fué destruída para levantarla en el alto de Santa Bárbara, en el lugar llamado "las tablas". Después la plaza de San Pedro fué denominada la plaza de la Cárcel Nueva. De allí se bajaba a la ciudad por la cuesta de San Pedro, la actual calle Colombia, que el pueblo denominó la calle de la Amargura, porque era el último recorrido que se hacía hasta la cárcel. En esa cuesta tuvieron lugar dolorosas escenas de nuestra vida republicana.

Del río Choqueyapu a la calle Muñecas, antigua calle Sánchez Lima, se llamó *Chapicalle* (calle de los espinos).



La Paz antigua. El Colegio Militar, cuando funcionaba en San Jorge.

Del puente de Challapampa, por detrás de la iglesia de la Recoleta, hasta la calle América, se nombró calle de los Molinos.

Del de Coscochaca, hasta el Cementerio (hoy calle Tumusla), calle de *Coscochaca.*

De la calle Figueroa al sud de la calle Illampu, con su callejón sin paso al sud (hoy calle Graneros), se llamó calle de *Uturuncu* y de *Chojña Cruz.*

De la calle Evaristo Valle a la de Figueroa (callejón Tiquina), tomó el nombre de

calle de Ahorcadito. (Esta leyenda se ha perdido).

De la Linares a la Illampu (antigua calle Aroma), calle de *Larcapata*.

De la calle Jiménez, torciendo en Chapicalle, hacía el sudoeste, a la Garita de Lima (antigua calle de la Carretera), se denominó calle del Rancho de San Francisco, hasta Chapicalle.

De la plaza de Caja del Agua, donde se colocó la primera fuente que hubo en La Paz y que se llamó *huajra-pila*, porque el caño era de cuerno de buey, al camino de Achachicala, donde se realizan las hondeaduras semanales entre los vecinos de Churubamba y Caja del Agua, se llamaba *Cusipata*.

De la misma plazuela de Caja del Agua al antiguo Campo de Marte situado en las faldas del Calvario (donde se realizaban las famosas ferias anuales de animales, las hondeaduras del día de la Cruz, que terminando en pandillas que bailaban en la plaza mayor) se llamaba calle de Caja del Agua.

De la calle de Junín hasta la plazuela de Caja de Agua, hoy calle Catacora, que sigue casi contra el cerro, se llamaba calle de *Carcantía* o de Ariñez. Todo este barrio fué en un lejano tiempo el asiento de los más caracterizados criollos. Por allí vivieron muchos de los protomártires de la independencia, como Manuel Joseph Cosío, alias el *Mazamorra;* el abogado Basilio Catacora, oriundo de la ciudad de La Plata, que vino a establecerse en La Paz, y cuyo nombre lleva hoy dicha calle; Carlos Torres, el *Siete jetas*, y muchos más.

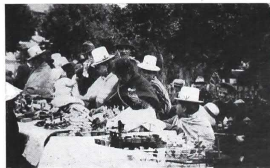
Del *choro* de *Mejahuira* hasta la trinchera de Caja del Agua, hoy calle Sucre, llamábase, calle de Hospicio y del Cuartel Nuevo. Seguían las calles de Carcantía y Caja del Agua.

Del *choro* de *Mejahuira* a la calle Jaén, por la actual calle Indaburo, se denominaba calle de Mejahuira, de San Martín de los Baños, de Landaveri y de la Cruz Verde. Toda ella llena de leyendas románticas que se pierden en los más remotos tiempos de La Paz. San Martín fué un noble limeño que compró la vara de Corregidor de La Paz, por dos mil pesos, para establecerse en nuestra ciudad, huyendo de los nublados de la ciudad de los Virreyes. Quería gozar, según dijo del sol de La Paz antes de morirse. De la Cruz Verde hay varias leyendas.



La Plaza San Francisco a comienzos del siglo actual.

La última cuadra de la actual Indaburo, se llamó de la Cruz Verde. Ocurrió que en las dos esquinas de entrada a dicha vía, habitaban frente a frente dos curas con sus respectivas barraganas. Los vecinos colocaron una Cruz en cada esquina para ahuyentar al demonio. Al final, se colocó un crucifijo muy grande en la pared de la casa que después fué de la familia Ortega. El sitio se llamó Cruz Verde. Allí comenzaba el callejón *Cabracancha*, donde está la casa que habitó el protomártir Pedro Domingo Murillo. Hoy se llama calle Jaén. Dicen que en una ocasión en que se condu-



La fiesta de Alacitas el año 1922.

cía a un reo acusado injustamente de asesinato para fusilarlo en la plaza de Caja del Agua, actual parque Riosinho, se arrodilló al pasar ante el Cristo de la Cruz Verde, implorándole que lo salvase del patíbulo, y que en ese momento se desprendió la cabeza del crucificado, hecho que se atribuyó a un milagro. El pueblo pidió la suspensión de la ejecución del reo, cuya inocencia parecía probada.

En esa última cuadra de la calle Indaburo o de la Cruz Verde, vivieron muchas familias distinguidas y tradicionales de La Paz. El callejón Jaén, que une las calles Indaburo y Sucre, fué conocido también con el nombre del callejón de los fantasmas. En él se divirtió mucho tiempo un estudiante asustando al vecindario por las noches, disfrazado de fantasma.

De la plaza de Murillo hasta la quebrada de *Calchuani*, hoy calle Ingavi, se llamaban las calles de Santo Domingo y de la Paciencia. En la esquina de la Paciencia y las Concebidas, hoy calle Jenaro Sanjinés, tuvo su palacio el famoso Obispo La Santa, en la otra esquina, la casa de los marqueses de Villa Verde, hoy declarada monumento nacional.

Del *choro* de Paucarpata, al final de la calle Yungas, hasta la plaza Murillo, por la calle Ballivián, se llamaban calles de Paucarpata o *Jichocato*, de la cárcel o del Carmen, o *Laguacato*.

En la esquina de la calle Ballivián y plaza Murillo, se hallaba la casa Queipo o Cabildo eclesiástico, donada por monseñor Jhoan Queipo de Valdés y Llano, de noble estirpe española, inquisidor del Bajo Perú y Obispo de La Paz. Allí tuvo lugar la conferencia de dos horas entre Goyeneche y Pedro Domingo Murillo de la cual salió éste a la cárcel de la calle las Cajas y después al patíbulo de la plaza mayor. Luego fué el palacio presidencial, donde se realizaron algunas de las genialidades de Melgarejo, como la de hacer desfilar una compañía de soldados por la sala haciéndolos continuar marchando hasta el balcón sin darles la voz de alto, para que se arrojasen a la calle, como lo hicieron todos los soldados demostrando su disciplina ante un diplomático extranjero. De uno de esos balcones Melgarejo pronunció un discurso al paso de la procesión del Sepulcro en Viernes Santo. Fué también ese edificio residencia del Presidente Belzu. El año 1873 fué restituído al Cabildo de la Catedral. Los presidentes Adolfo Ballivián y Tomás Frías lo hicieron reconstruir.

Del *choro* de Santa Bárbara a la plaza Murillo, hoy calle Illimani, se denominaban calles de Santa Bárbara, de la Merced y de *Laguacato*. (Por lo visto habían dos mercados de Laguacato que desembocaban en la plaza mayor). En la esquina donde hoy es el edificio de la Prefectura, estaban las Cajas Reales, casa de propiedad del convento de las Concebidas.

Del *choro* de *Huilquipata*, bajaba la calle del mismo nombre, o Santa Bárbara. En el bajío había una gran laguna que los vecinos de La Paz llamaban la "laguna encantada". (*Laica cota.*) Se perdió en los hundimientos de aquella región.

Del valle de San Isidro de Potopoto, hoy Miraflores, al *choro* de Santa Bárbara sobre la plazuela Frías, hallábase el Camino de Melgarejo o Solqueri. La apertura de esta vía pública tiene una historia pintoresca de aquella época. Entre la actual plazuela Frías y el valle de Potopoto existía una empinada colina que obstaculizaba su comunicación. Un día, se le ocurrió al presidente Melgarejo echar abajo aquella colina, para cuyo efecto convocó a todo el vecindario paceño, al ejército, al cuerpo diplomático. En el número 27 del periódico *La Situación*, de aquella época, encontramos la invitación del Gobierno para emprender la obra. Dice: "Los propietarios, comerciantes y gentes más decentes deben contribuir cada cual con herramientas de trabajo y todo gratuitamente". En efecto se constituyeron allá el Gobierno y los principales vecinos. Las bandas de música tocaban las mejores piezas de su repertorio. Los

jefes del ejército lucían vestidos de gala. Melgarejo con su gabinete se encontraba en un palco especial embanderado con los colores nacionales. Después de los discursos, Melgarejo tomó una barreta y con toda la solemnidad del caso, dió el primer barretazo al cerro.

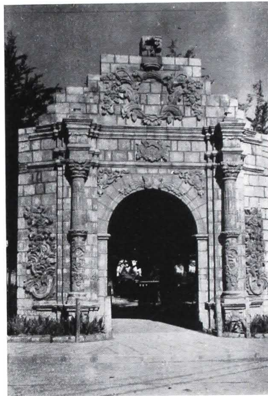
Entregó la herramienta al Secretario General don Mariano Donato Muñoz y a los demás Ministros de Estado y funcionarios públicos, que hicieron lo mismo, en riguroso turno protocolar. Los regimientos del ejército acometieron también con sus chontas, picos y palas. Todo el vecindario contribuyó ese día a la gran obra nacional que había iniciado patrióticamente el presidente de la República y salvador de la patria general Mariano Melgarejo.

Del *choro* de *Laicacota* a Santa Bárbara, calle Castro, era la calle del Rancho, del Carmen o Santa Bárbara, escenario también de hechos sangrientos en las distintas revoluciones de nuestra vida republicana. Allí se levantaron barricadas para defender el Palacio.

Del *choro* de *Laicacota*, camino del valle de San Isidro de Potopoto, por las actuales calles Juan de la Riva y Mercado, hasta la calle del Teatro, se llamaban calles Laicacota, Riverilla, Lemus, San Agustín, Calahumana, Pórcel o calle Honda, llamada también calle Hedionda, porque era el lugar donde se estancaban las aguas servidas. Al comienzo de la Riverilla hallábase la famosa Cruz del Barrio, colocada para alejar los espantos de una casa "pesada", es decir, morada de los duendes...

Entre el Prado, o antigua Alameda, y la plaza San Francisco, estaban las calles de las Recogidas o de la Moneda, cuyo final se conocía por calle de las Cochabambinas. Todo esto era el trayecto, que siguiendo por la calle Lanza o *Apumalla* al *choro* de Churubamba y San Sebastián, recorrían las cabalgatas de los carnavales.

Entre el campo de Marte o de Caja del Agua, en las faldas del Calvario, y la quebrada de *Calchuani*, se encontraba la calle del Calvario.



Artística portada en el parque de Sopocachi.

De la calle Ingavi hasta las faldas del Calvario (calle Pichincha), se conocía por la calle de *Yauripila*.

De la antigua calle Recreo, hoy avenida Mariscal Santa Cruz, hasta las faldas de Quilliquilli (por la calle Yanacocha), se denominaba puente de Yanacocha o Santa Cruz, calle del Convento de la Buena Muerte, que estuvo situado entre la calle de la Bayetería de Chirinos hoy esquina Yanacocha y Potosí, después calle del tambo de las Concebidas, donde se construyó el palacio de Justicia. En seguida la calle de las Concebidas, de Santo Domingo y de Landaveri. Una cuadra arriba de Santo Domingo vivía don José María de Landaveri y Villaverde, del que tomó el nombre la última cuadra. La curia dispuso desde el año 1802 que los Landaveri y Villaverde recibieran los lunes santos, la visita del Señor de la

Columna, en premio de sus virtudes filantrópicas. Desde entonces, todos los años, ofrecían una fiesta a los pobres de la ciudad en homenaje al señor de la Columna.

La calle de Santo Domingo se llamó también de los Predicadores, por la fama que adquirieron como buenos oradores sagrados, los religiosos de esa orden.

De la plaza mayor, hoy plaza Murillo, a la calle Catacora, por la calle Junín, se llamaban calles de *Chaullacato*, (puesto de pescados), de *Guaycani* (donde hay ají), de *Carcantía*. En todas estas calles, como en todo el barrio de Caja del Agua, se habían establecido, como decimos en otro lugar, las principales familias de La Paz.

De la calle Recreo a la plaza Murillo, por la calle Socabaya, se llamaba calle *Calahumana*, de la Misericordia, Catedral o de las Herrerías, que desembocaba en la plaza. Calahumana llamábase por vivir allí Dña. Basilia Calahumana, madre del Mariscal Santa Cruz.

De la plaza Mayor a la calle Sucre, por la actual calle Bolívar, designábase calle del Rey, en cuya primera y segunda esquina, estaban las casas Queipo o palacio del Obispo y la casa de los Indaburu, o del *cori balcón* (balcón de oro), en la que se distribuyeron armas a los patriotas del 16 de julio.

De la antigua calle Recreo a la plaza Murillo por la calle Ayacucho se llamaba, calle de Las Educandas o de San Agustín. Allí en la esquina donde está hoy el edificio del Banco Central, era la casa del Alcalde Yanguas, que organizó la contrarrevolución al 16 de julio. Después la calle de las Cajas o de la Aduana, que es la actual calle de la Policía. La casa de las Cajas era de propiedad del convento de las Concebidas.

De la misma calle Recreo hasta la quebrada de Mejahuira, por la calle Colón, se llamaba calle de la Placa. Seguían las calles de la Merced, del Carmen y de San Martín.

De la misma calle Recreo hasta la Illimani, por la calle Loayza, se denominaron calles de San Juan de Dios o del Museo, del Hospital de Mujeres, de la Merced y del Carmen, por estar sobre esas vías dichos conventos, y calle de *Jichocato,* o mercado de paja.

De la calle de San Juan de Dios, refiere Humberto Muñoz Cornejo en la revista *Actualidades* de octubre 25 de 1944, la siguiente leyenda: Don Juan de Sanjinés, descendiente del inquisidor don Pedro de Alcudia Suárez y Sanjinés, caballero del Toisón y de la Real Orden de Calatrava y nieto de don Tadeo de Sanjinés, Oidor del Cabildo, era gran cortejador de damas y por consiguiente un buen espadachín. Una vez, en compañía de algunos amigos, bajaba por la cuesta de San Juan de Dios, y falto de cerillas para encender su cigarro se detuvo en la puerta del templo de los juadedianos, administrado desde 1629 por los frailes de dicha orden, bajo la advocación del Señor de la Buena Muerte.

Tentado por sus amigos para penetrar en el templo y encender su cigarro en uno de los velones que alumbraban a los cadáveres allí depositados, Sanjinés hízolo así, y al salir echando bocanadas de humo, vió que pasaba por delante de la iglesia, una garrida moza. Verla y apurar el paso para seguirla, todo fué uno — dice el tradicionalista. La siguió por las calles de Chirinos, por la de las Cajas, atravesó la plaza mayor, y continuó por la calle de Santo Domingo y de la Paciencia, hasta que dama y galán llegaron al cenizal de la Paciencia (comienzo de la avenida Montes), que entonces era un barranco que daba sobre el río Choqueyapu. Allí don Juan de Sanjinés la alcanzó, pero al tomarla del brazo, la dama esquivó el cuerpo y desapareció, dejándole en su poder la verónica que llevaba puesta. Decepcionado de aquella aventura, regresó el galán a su casa, y una vez en su aposento encendió una bujía y guardó el manto en un gran baúl de cedro,

y se durmió soñando con la dama a la que había seguido aquella noche.

Al siguiente día abrió el baúl y vió, con gran sorpresa, que en lugar de la verónica había un "denegrido terliz de sucia franja plateada, salpicada de una infinidad de manchas de sebo". La verónica era el terliz que se usaba para cubrir los cadáveres en el catafalco del templo de San Juan de Dios. Fué tal su impresión, que al poco tiempo se hizo fraile del convento de los Franciscanos, donde terminó sus días, falleciendo a los noventa y nueve años de edad. Cuando fué asesinado el presidente José Agustín Morales, el espíritu del mandatario, dicen las leyendas, se le presentó en el convento a pedirle que le celebrara una solemne misa de requiem, porque "en ese momento acababan de asesinarlo".

Pero terminemos la relación de los nombres de las antiguas calles de La Paz.

De la calle Yungas a la Coroico, se llamó la calle de las Tejerías. Del río *Choqueri*, hasta el choro de Santa Bárbara, por la actual calle Bueno, calle de Lemus, de la Chokha o del Ratón. La Chokha era una chola que tenía un horno donde se hacían las mejores empanadas (*llauchitas*). Allí acudían las gentes de la mejor sociedad, en las madrugadas, después de las fiestas.

Entre la calle Mercado y Castro, dando la vuelta por los extramuros, hallábase la calle de la Riverilla.

Las encrucijadas principales de la ciudad se llamaban *choros;* de Santa Bárbara, Paucarpata, Huilquipata, Mejahuira, Churubamba, Coscochaca y Chocata.

Los barrios más notables entre los antiguos eran: Santa Bárbara, Jichu-cato, Lagua-cato, el Carmen, San Martín, Carcantía, Caja del Agua, Santo Domingo, Las Concebidas, Churubamba, calle Ancha y Coscochaca, Uthurunco, San Francisco, Chocata, Capacanavi, Larca-pata, Loroqueri, Carahuichinca, Munaypata, Apumalla, Cañarcalle, Los Molinos, Condehuyo, San Pedro y la Alameda, La Catedral, San Agustín, San Juan de Dios, la Riverilla, la Merced.

LOS VIEJOS BARRIOS ARISTOCRÁTICOS

La industria de la coca en las provincias yungueñas, para la que se trajeron negros de África que podían soportar el clima ardiente, y el establecimiento de los lavaderos de oro de Chuquiaguillo, Zongo, Mapiri y otras regiones próximas, así como el comercio de granos, quina, ají y frutas con otras provincias del departamento, habían conseguido animar la vida de nuestra población, y dar a sus habitantes cierta holgura, ya que con unos pocos pesos de ocho reales, las familias podían disponer de las producciones de zonas diversas y llevar una vida casi regalada.

Tan grata era la vida en La Paz, que hasta se establecieron en ella algunas familias nobles, cuyos escudos fueron grabados en los portales de sus residencias. Ciertas calles tomaron el nombre de los señores de casaca bordada y zapatos con hebilla que llegaron allí, como la calle de San Martín, que era la última cuadra de la actual calle Colón, próxima al cerro de Quilliquilli. Era don Fernando de San Martín un noble limeño que compró por dos mil pesos la vara de Corregidor del Cabildo, para establecerse en La Paz, de cuyo claro sol quiso disfrutar después de haber sufrido los largos nublados de la ciudad de los Virreyes. Otras familias nobles se establecieron también en La Paz, como los Marqueses de Villaverde, cuya residencia se hallaba en la esquina de la calle de Santo Domingo y de las Concebidas (hoy Ingavi y Jenaro Sanjinés), frente a la severa casona del obispo La Santa situada en la otra esquina, que luego fué el Seminario y hoy el edificio de la escuela México. Más arriba, donde se halla el actual colegio de los Jesuítas, estaba el palacio del Mariscal Andrés Santa Cruz, con su gran comedor de famoso artesonado que después lo convirtieron en capilla. Este palacio, que más

tarde, pasó a ser propiedad del obispo Calixto Clavijo, fué donado a los Jesuítas, de donde le viene el nombre de colegio San Calixto.

En el barrio llamado de Caja del Agua, se estableció la aristocracia paceña. Allí vivieron las mejores familias porque lo



La Paz a comienzos del presente siglo. La Alameda.

creían el más abrigado y cubierto de los aires del Illimani. No se pensaba entonces en zonas más bajas como Sopocachi y Miraflores, porque ellas estaban muy lejos de la ciudad. Desde la plaza mayor, subiendo por la calle del Rey, en cuya primera esquina se levantó el palacio del Obispo, la famosa casa Queipo, y en la de más arriba la de Indaburo, con su *Kori-balcón* (balcón de oro), hasta el callejón Jaén, o de los fantasmas, hacia el norte por la Cruz Verde, donde estuvo la casa de Pedro Domingo Murillo, callejón que se llamaba entonces *Cabra cancha* (espacio en que vive el demonio con cuernos), es decir, todas las manzanas comprendidas en el ángulo que forman las calles de Santo Domingo y la Paciencia (actual Ingavi) y la nombrada calle del Rey, cerrando los cerros del Agua de la Vida y del Calvario, constituyeron el barrio de la aristocracia paceña.

En las calles *Chaulla-cato*, *Guaycani* (calle Junín), Sucre o del Cuartel Nuevo, la de los Predicadores, la de Landaveri, la del Seminario, Yauripila y Carcantía, se agrupó la "gente decente". Hasta muchísimos años después quedaron viviendo allá los Núñez del Prado, en la esquina de Yauripila, frente a la casa del prócer don Jenaro Sanjinés; los Méndez, en la esquina de los Predicadores; los Alarcón de Contreras, uno de los cuales, don Pedro, fué el esposo de doña Antonia de Orihuela, duquesa de Estrada, el primer título de Castilla que existió en La Paz. La familia coroiqueña Reyes Ortiz que tenía su casa en la esquina de *Chaulla-cato* y *Guaycani;* en la esquina de la plaza mayor y la calle de Santo Domingo, los Ballivián, próxima a la casa de los Iturralde. En la calle siguiente vivían don Andrés S. Muñoz, don Víctor E. Sanjinés, los Cornejo, los Prudencio Romecín, los Chirveches, los del Carpio, los Gutiérres Lea Plaza, los Indaburu, los Peñaranda, los de la Barra y otras distinguidas familias.

Las familias pudientes de La Paz, tenían por lo general sus chacarillas en San Isidro de Potopoto, en el Obraje, y, además, po-

seían haciendas en Río Abajo, Caracato, Sapahaqui y Luribay, donde iban a gozar del buen clima y de la fruta tan variada y abundante que habían conseguido hacer producir. Muchas familias vivían allí la mitad del año. La Paz progresaba, aunque a paso lento. En esa época, el relojero irlandés Cristóbal Arcaído colocó un gran reloj público en la plaza mayor. Cuenta don Manuel Vicente Ballivián, en su Monografía de La Paz, que en esos años había tanto oro en el suelo de la ciudad, que en la calle de los Predicadores, frente a la iglesia de Santo Domingo, en los días de lluvia salían los vecinos con sus *chúas* para lavar el rico metal que bajaba arrastrado por las aguas.

En 1800 y comienzos del siglo XIX, las calles se trazaron hasta Santa Bárbara, por la parte alta de la ciudad, y por abajo hasta el campo de las carreras, que luego sería la Alameda; pero habían todavía grandes claros entre casa y casa, que servían de campos de cultivo y de corrales.

•

LA ALAMEDA Y EL GOBERNADOR SÁNCHEZ LIMA

Malos tiempos pasó la ciudad en el siglo XVIII: el sangriento asedio de La Paz por los caudillos indígenas Tupac Catari y Tupac Amaru, saqueos, asesinatos, fusilamientos en masa en la plaza mayor, hambrunas y pestes. Así las cosas, el virrey Pezuela, apiadado de la población paceña, envió como gobernador a don Juan Sánchez Lima, natural de Extremadura, cuyo nombre lleva hoy una de las principales calles de Sopocachi.

Sánchez Lima se propuso hacer olvidar a la población el recuerdo de los crímenes cometidos por Ricafort y Carratalá. Era bondadoso, alegre, expansivo y enamorado. Emprendió, entusiasta, el trabajo de la Alameda, en el antiguo campo de las carreras, situado al sudoeste de la ciudad, hoy avenida 16 de Julio, entregando la dirección de la obra al ingeniero Francisco Sancristóbal. Era el año 1817. Su plan consistía en seguir hasta el pie del montículo de Sopocachi, cortando diagonalmente el valle entonces habitado por indígenas y dedicado a cultivos, donde algunos españoles y criollos tenían muy modestas chacarillas; pero no se pudo realizar, y la Alameda fué trazada únicamente en lo que era el campo de carreras, sobre una explanada de 542 metros de largo y 36 de ancho, proyectándola con cinco avenidas Las dos extremas, dedicadas a los paseantes de a caballo y las otras, para los peatones. Muy pronto se convirtió aquello en una bóveda verde con la tupida fronda de los árboles que se trajeron de las haciendas de Río Abajo, convirtiéndose la Alameda en el paseo favorito de los paceños. Sauces coposos de enormes ramas, manzanos que producían sabrosos frutos, eucaliptos que purificaban el aire con su aroma, arrayanes, rosas silvestres que perfumaban el ambiente, daban a este hermoso paseo un aspecto de tranquilidad y sosiego. Allí iban diariamente las familias de La Paz.

Sánchez Lima mandó colocar al centro de la Alameda la fuente de berenguela que se hallaba en la plaza mayor, sustituyéndola, a su vez en dicho sitio, con la que se encontraba en el claustro del convento de los Jesuítas. Muchos años después, a fines del siglo XIX, fué cambiada la fuente de la Alameda por un gran estanque de forma oval, que los paseantes llamaban "el laguito", al que se rodeó de una reja de hierro pintada de verde. Lo poblaron de una variedad de patos del lago Titicaca y de peces de colores. Un bote de fierro, muy grande para el estanque, hacía las delicias de los paseantes. También se adornó la Alameda con algunos animales, como avestruces y pavos reales. Dos delgadas columnas de piedra que se colocaron en la Avenida Central, rodeadas también de una reja de hierro, sostenían los bustos de Eduardo Abaroa y José Ballivián. Al final, y cerrando el paso a lo que es

hoy la plaza del Estudiante, levantaron grandes arcos de piedra, con galerías donde se descansaba para contemplar la perspectiva de la hermosa avenida.

La Alameda era el paseo de los enamorados y también de los altos y graves personajes.

Daniel Sánchez Bustamante, refiere esto de don Mariano Baptista: "solía yo verle en mis andanzas y lecturas de estudiante en la Alameda de La Paz. Fresca y radiante la mañana primaveral. Bajaba el prócer, blandamente, sin ninguna compañía por entre las estrechas atildadas avenidas de guindos en flor, retamas doradas, *ocihuaras* de plata, acacias silvestres y rosas color de manzana. Era el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Arce. A menudo se detenía, al frente de una planta florida, y caían sus ojos sobre ella en caricia prolongada. Con frecuencia suspendía el paso y dirigía la mirada hacia lo más grandioso que de allí se divisa, el sin par Illimani, y la mirada se quedaba sobre la nieve que en el cielo azul se dibuja, o mejor dicho corta, esos ángulos fantásticos de diosa yacente, cubierta de altura. Y siempre se estacionaba al frente de la acequia de riego que cruzaba la Alameda, rumoreando por la pendiente y ocultándose al fin en un canal perdido en el suelo. Allí Baptista escuchaba largos momentos el canto vagabundo del agua, y sus ojos embelesados recogían imágenes irisadas en los tumbos y travesuras del manantial".

Cerrada la Alameda a la caída de la tarde, echando llave a sus pesadas puertas de hierro, nadie podía ya entrar en ella, y los que quedaban dentro tenían que hacer prodigios para salir. Lo hacían por "la vía de San Pedro", trepando por los interiores de las casas. La única que allí se construyó fué la de Don Ramón Ballivián, que la adquirió después don Manuel Vicente, a quienes los consideraban locos porque se fueron a vivir tan lejos.

UN EPISODIO SENTIMENTAL

Casi no hay tradiciones románticas en La Paz. Son poquísimas. En los recuerdos de la vieja y tranquila ciudad colonial o de la urbe revolucionaria, que surge activa y potente en los últimos años de la época republicana, son tan escasos los episodios sentimentales como en las áridas tierras de la puna las flores silvestres. No hay Quintralas como en Santiago, ni Perricholis como en la Lima. Apenas surge vagamente esfumado, el recuerdo de la bella María Pilar Cruzado, llamada la Murciana, que oculta el amor del gobernador Sánchez Lima en la quinta que fué el "Obraje de los Jesuítas" y, después, residencia de gobernadores e intendentes de La Paz. Originan estas relaciones el trabajo del primer puente sobre el *Orcohahuira* y el del camino por la cuesta de Karani, del valle de San Isidro de Potopoto, actual Miraflores. El galante gobernador animó mucho tiempo las crónicas de La Paz y de la villa del Obraje. Cierto día, la hermosa Murciana, en una de las contadas veces que viniera a la ciudad, se cayó del caballo al pasar el río *Orcohahuira*. Sánchez Lima desmonta del suyo en mitad del torrente para salvar a su amada, y en respuesta a las cálidas frases de gratitud que ella le expresa, le dice inclinándose cortésmente con el sombrero de anchas alas en la mano: "Señora, España y yo, somos así".

LOS "CATOS" O MERCADOS INDÍGENAS

En el segundo siglo de existencia, La Paz había tomado bastante impulso y su población se calculaba, el año 1780, en 53.000 habitantes. El comercio tenía más animación. Los famosos "catos", mercados indígenas, se habían instalado alrededor de la plaza mayor, cuyas calles de ingreso tomaban los nombres de las ventas que se realizaban allí. La calle que venía del *choro* de Santa Bárbara, se llamaba *lagua-cato* (mercado de leña); la que bajaba de la

calle Catacora, por la actual Junín, *chaula-cato* (de pescados); la que, saliendo de la plaza mayor, terminaba detrás del convento de las Teresas, hasta llegar al riachuelo Mejahuira, *hicho-cato* (mercado de paja), etc. Los "catos" se llamaron después "recovas", todas de gran colorido y animación, por los trajes indígenas multicolores y por la variedad de productos que se ponían a la venta. En las "recovas" había de todo, inclusive comercio de bayetas de Castilla, de lanas e hilos de colores, de anilinas, de ropa hecha; expendio de frituras y de *chicha* de maíz y de maní (tejti).




BIBLIOTECA MUNICIPAL MCAL. ANDRÉS DE SANTA CRUZ
DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP

LA PAZ
MODERNA



El moderno hotel "La Paz", en la esquina de la calle Ayacucho y la avenida Camacho, y vista parcial del Club Social de La Paz.



Estatua del Libertador Bolívar en la plaza Venezuela.



La Paz, un sector de la ciudad.



La Paz, sector central.



Edificio de la Biblioteca Municipal.

Vista panorámica de la avenida 16 de Julio tomada desde la terraza de la Universidad.





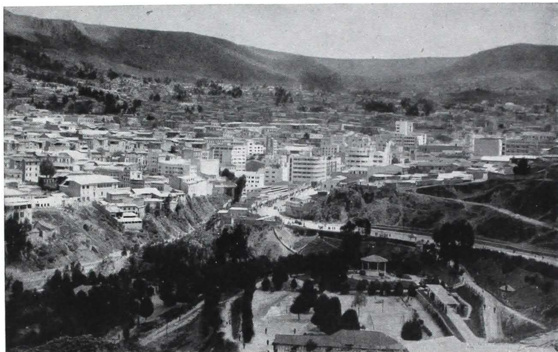
La Basílica en construcción y el Palacio de Gobierno.



Monumento al Protomártir. Al fondo, los palacios del Congreso y de Gobierno.



Estatua de Cristóbal Colón en la avenida 16 de Julio.



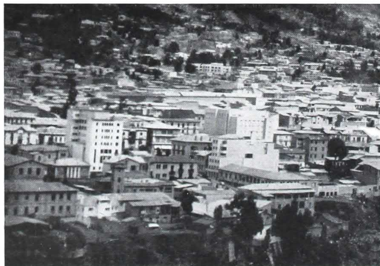
Panorama de la región central de La Paz, con la avenida Camacho.



Esquina de la avenida Camacho y la calle Colón.



Avenida 16 de Julio.



Panorama de la zona Avenida 16 de Julio.



Avenida 16 de Julio.



Otra vista parcial de La Paz.



El hotel "Sucre", en la avenida 16 de Julio.



Un edificio moderno sobre la avenida Camacho.

Vista del edificio del hotel "La Paz".





Edificio del Sucre Palace Hotel, en la avenida 16 de Julio.



Edificio de la Patiño Mines, sobre la avenida Mariscal Santa Cruz.



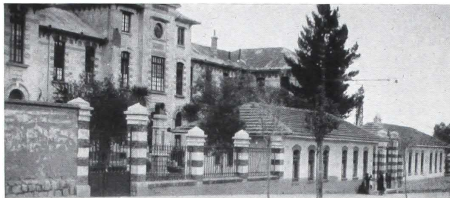
Edificios sobre las avenidas Santa Cruz y Camacho.



Avenida Camacho.



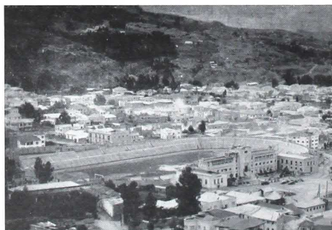
Un fragmento de la misma avenida.



El hospital de Miraflores.



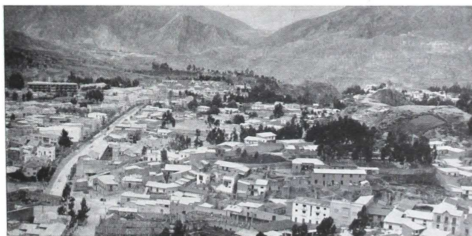
Hospital de Miraflores. Pabellón de pensionistas.



Estadio de La Paz.



Una vista parcial de la ciudad.



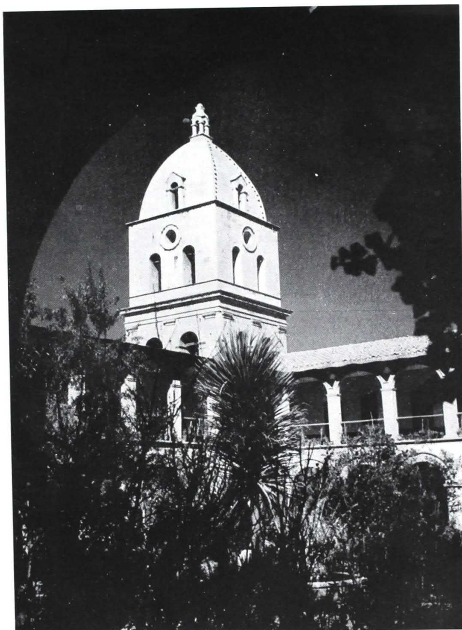
Panorama de la zona de Miraflores.

Algunos detalles de un templete tiahuanacota construído en La Paz.





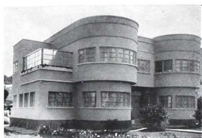




Templo de San Francisco. La Paz. El claustro.



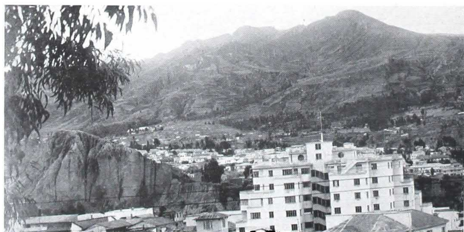
El estadio departamental "La Paz".



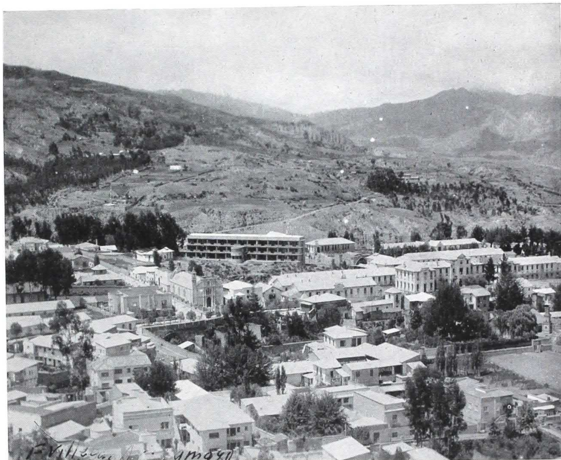
Una casa residencial en la avenida Busch, Miraflores.



Casa residencial en la avenida Busch, Miraflores



Sopocachi Bajo.



Vista panorámica de una región de Miraflores.

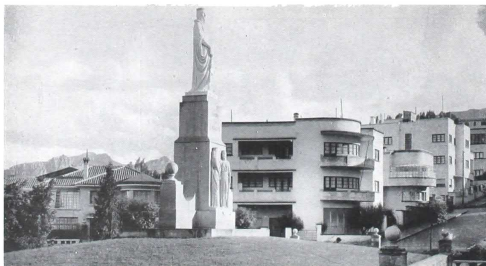






Monumento a Isabel la Católica.
Avenida 16 de Julio.

Plaza Isabel la Católica.





La Paz con el Illimani.



La ciudad.



Avenida 16 de Julio.



La avenida 16 de Julio, el edificio de la Universidad y el Illimani en el fondo.



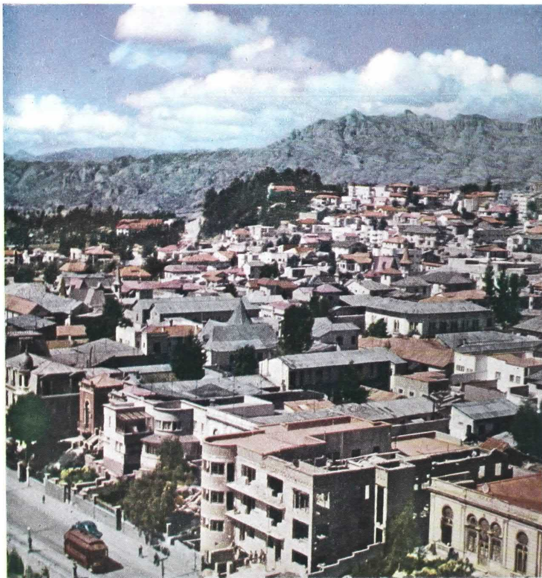
Un desfile escolar en la avenida Camacho.



La avenida 16 de Julio iluminada *a giorno* para las fiestas patrias.



La plaza y la catedral.



Barrio de Sopocachi.



El prado y un sector de la ciudad.



Monumento al Mariscal de Ayacucho y el edificio del Ministerio de Higiene y Salubridad en la plaza del Estudiante.



Comienzo de la calle Landaeta esquina plaza del Estudiante.



Una casa residencial en el barrio de Obrajes.



El parque infantil en una plaza de la zona de Tembladerani, Sopocachi.



Vista panorámica de Sopocachi.



Una fuente artística en el parque de El Montículo, zona de Sopocachi.



Portada del edificio de la legación de España, en la avenida Arce.



Avenida Arce.



Las avenidas Arce y 6 de Agosto, con un sector de la ciudad.



Una casa residencial situada sobre la avenida Arce.



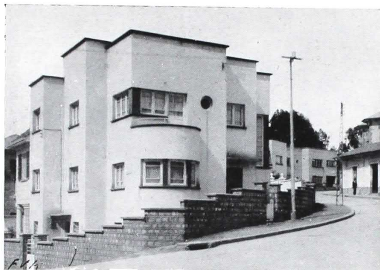
Edificio del ministerio de Defensa, sobre la plaza Abaroa.



El edificio ocupado por la legación de España, en la avenida Arce.



Grupo de casas residenciales en la avenida Arce.



Una casa residencial al final de la avenida Ecuador.



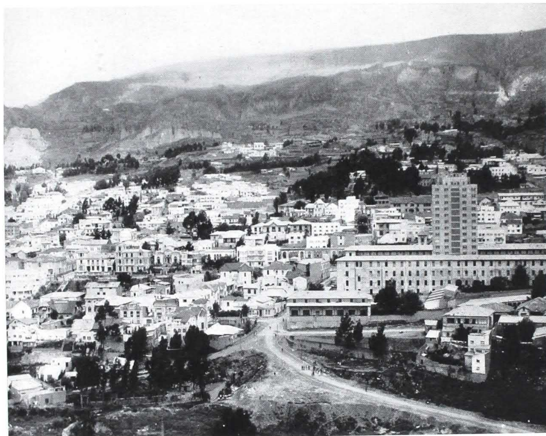
Una residencia particular de estilo colonial en la avenida Arce.



Gruta en el Hospital General.



Un rincón de La Paz, con el Illimani en el fondo.



Vista panorámica de la zona de la Universidad.



Calle Capitán Ravelo.

La Paz, zona norte.







Mausolcos artísticos en el cementerio general.



Capilla del cementerio general.



Calle Heriberto Gutiérrez.



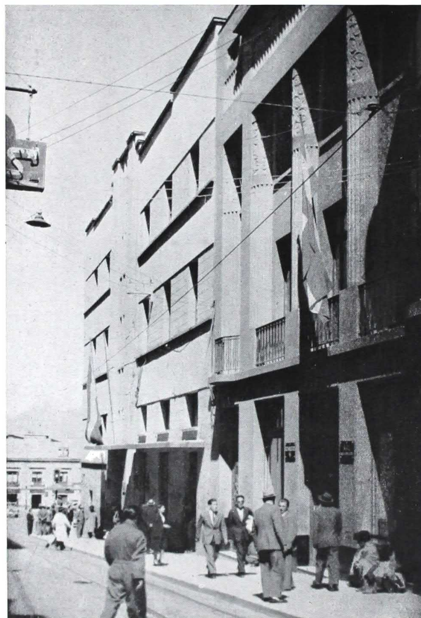
Grupo de edificios residenciales en la avenida 6 de Agosto.



Edificio del Ministerio de Higiene y Salubridad.

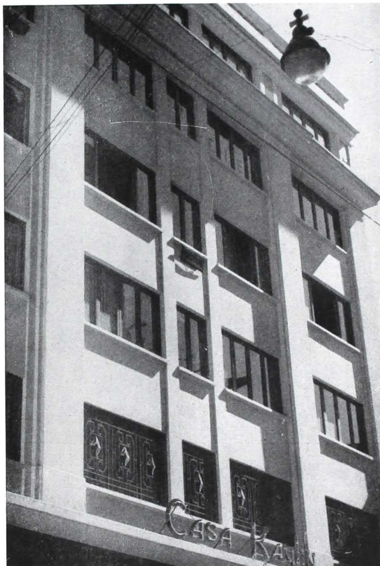


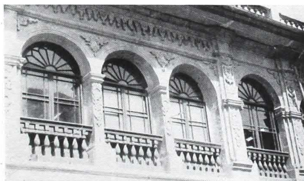
El valle de Calacoto, donde existen numerosas y modernas casas de residencia.



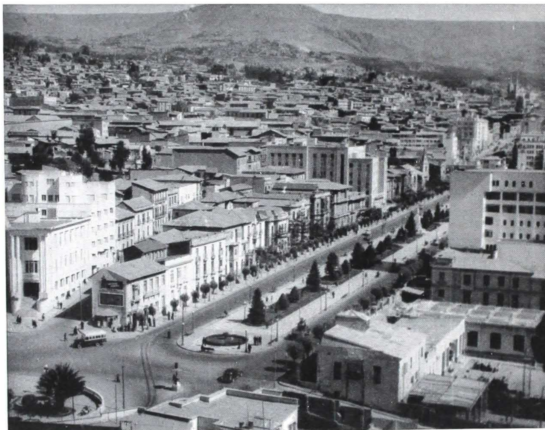
Algunos edificios de la calle Ingavi.

Uno de los edificios comerciales en la calle Potosí.





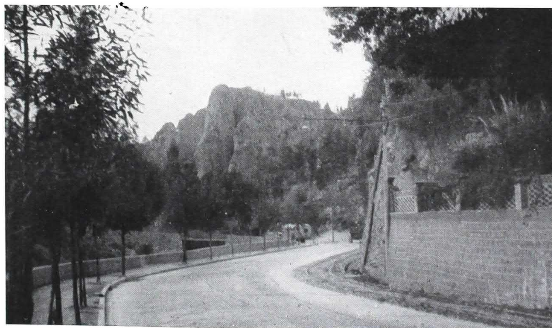
En el centro de la ciudad existen estas bellísimas ventanas coloniales.



Vista parcial de la avenida 16 de Julio.



Edificios de "La Urbana" y "Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos", en la Avenida Camacho.

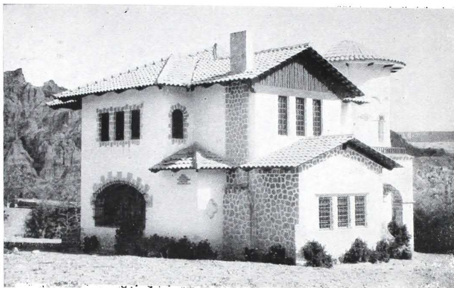


Camino de ingreso a Villa Obrajes, una de las zonas residenciales de La Paz.

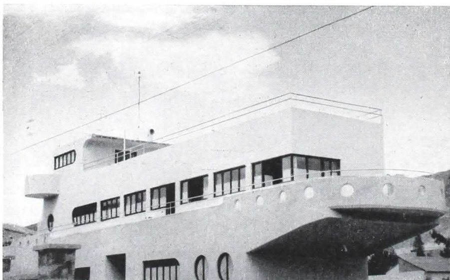
Barrio de viviendas organizado por la Caja de Seguro y Ahorro Obrero.



Una casa residencial en la zona de Sopocachi.



Vivienda particular en la zona residencial de Calacoto.



Una vivienda particular en la región de Calacoto.

PERSONAJES TÍPICOS
DEL PASADO DE LA VIDA PACEÑA

por

ALFREDO GUILLÉN PINTO

"EL HUALLQUE PEDRO"

COMENZÓ como jornalero de una panadería y terminó por ser el dueño. Añádase en defensa suya que en ello no hubo mano sucia.

Era lo que podría decirse un indio de categoría, cuando menos en el vestir. Sombrero de ala ancha, poncho de vicuña con forro de bayeta de Castilla, pantalón festoneado en las costuras y abierto en las pantorrillas y botines de dos colores.

La bonanza de sus bolsillos marchó a la par con la hipertrofia de su vientre, que, en el curso de los años, alcanzó proporciones descomunales. De allí su sobrenombre: "huallque", vocablo vernacular que, dicho en romance, significa encinta. Pues la picardía de la gente llegó a afirmar que Pedro andaba grávido de mellizos ya bigotudos.

Dado que todo se lo debía al pan, no es de extrañar su solícita devoción por San Nicolás, el titular de los panaderos. Por eso la misa de cada año era cuenta suya, amén de las "bicotelas", la "fruta seca", las mistelas y demás comestibles y brebajes para los convidados.

Corría el año 1905. Diciembre. Sobre La Paz cayó una de las turbonadas más espantosas de que haya recuerdo. El Choqueyapu, de avenida, cargó con casas, puentes, fábricas y cuanto hallaba a su paso arrollador. Y como era de esperar, la panadería de Pedro el "huallque" sintió que le llegaba



su vez, ya que estaba situada sobre un puente del airado río.

Pero, ¿para cuándo son los buenos amigos? Así que sintieron temblar la casa, se

acordaron del santo favorito. Saldría a invocarlo la esposa de Pedro: una chola buena moza también, algo entradita en carnes. Aquel día, que era fiesta de guardar, iba ataviada con lo mejor de su atuendo. Pura seda y muchas joyas. Segura de sus privanzas en el ánimo de San Nicolás, atravesó el patio y penetró en el corral, llevando unos panecillos benditos, cuyas virtudes sobrenaturales habrían de amainar las turbulencias del enloquecido Choqueyapu. Pero apenas echara los panes y llamara en su auxilio al santo... ¡Oh, Dios!... El suelo se hundió bajo sus pies. Y todo terminó en un abrir y cerrar de ojos. El cadáver de la mujer sería hallado, días más tarde, a varias leguas de La Paz.

Pese a lo rudo e injusto del golpe, Pedro no perdió la fe. Pero quedó hondamente resentido para su santo patrono. Y a partir de aquel trágico suceso, sus célebres curvas abdominales fueron rectificándose, hasta que no quedó de ellas sino la tradición.

"EL CIEGO PEDRO"

Músico del pueblo. El último harpista de La Paz. Alto, desgarbado, de barba y cabellos nevados; de rostro triste, que las cuencas vacías hacían más impresionante. Envolvíase en una mal venida capa española, que le daba ciertos aires de un caballero en la cuesta de sus desgracias.

Su silueta de bohemio nocharniego era familiar en los densos barrios de Churubamba, Chocata, Challapampa y Caja del Agua. Barrios del pueblo, amantes del jaleo y los zapateados.

Allí donde hubiera una fiesta religiosa o profana —alferado, serenata, boda o bautizo—, allí estaban él, su harpa y su lazarillo. Los tres, inseparables. Llegaban en silencio al iniciarse el jolgorio y se iban de la misma suerte, al anunciarse las turbias luces de la amanecida. Callados como fantasmas. Después de haber puesto un ritmo retozón de cuecas y huañitos en el alma y los pies de la gente fiestera.



Nadie supo cuándo vistió la mortaja. Su ausencia fué advertida por cada familia solamente cuando, preparado el convite, salían en pos del músico. Para entonces, Dios le había acogido ya en su seno.

Por suerte para él, el popular músico partió de este mundo mucho antes de que el gramófono y la radio llenaran con sus rezongos las calles de La Paz.

"PINTO LIMACHI"

Viejo bohemio. Borrachín empedernido. Llevaba un ojo parchado, a la manera de esos cascarones empleados en los carnavales de antigua usanza. La prenda más respetable y temible de su esmirriado organismo era su lengua. Y a fe que la tenía muy bien puesta. Aristosa, desvergonzada y mordaz. Solía esgrimirla con la agilidad de un floretista consumado. Quien se pusiera a su alcance, corría el riesgo de pasar un rato muy malo. Porque "Pinto Limachi", para despacharse a su talante, tenía que hacerlo en público y sobre seguro. Como todo hombre vicioso de popularidad.

Tan precioso órgano bucal, era justo que estuviera consagrado a tareas de provecho, ya que no de honra. Y lo estaba, efectivamente. "Pinto Limachi" era, en La Paz, el cobrador en última instancia. Lo que ya es bastante decir. Todo caso "clavado" en materia de deudas, necesariamente tenía que ir a parar en sus manos. Esto es, a cargo de la infalible intervención de su instrumento viperino.

La táctica de este modelo de cobradores era certera. Nada de buscar al deudor en su casa, pues no tendría gracia que éste recibiera el asalto a solas, en privado. Había de ser frente al más nutrido posible de los auditorios. En la calle. O en la plaza, a la hora de la retreta, por ejemplo. Y allá le caía el chaparrón de imprecaciones y apremios, para gloria y regodeo de los curiosos. Si el moroso quería salir de aquel vapuleo, no tenía sino que solventar a las volandas, y aquí habría paz. De no ser así...

Y de esta suerte, sobre haber echado mano al bolsillo, el pobre deudor se retiraba de la desigual contienda con un buen parche de cantáridas. Y "Pinto Limachi", muy sí señor, largábase a la primera bodega de las vecindades a refrescar su secante garguero.





"VENTURA"

Suplementero viejo, cojo y rίspido. Desde que lo cristianaran, llamábanle Ventura. En cuanto a su apellido, ni él mismo sabía en qué punto de su largo camino se le perdió.

Pero, cosa curiosa, gritarle por su nombre fué convirtiéndose, con el tiempo, en una ofensa. Y por su apodo, ni para qué decir. Decíanle el "Quesqueso". ¡Y vaya usted a buscar quién traduzca el mote!

Ahora si, de verdad, se quería verle fuera de sus casillas, no había más que hablar mal de su partido político en presencia suya. Entonces, el "Quesqueso" agarraba no sólo las estrellas, sino todo el sistema planetario. Liberal, limpio e insobornable. Fué ésta la única pasión que llenó su alma. Una prueba de ello es que no vendía sino los periódicos del partido. De los otros, que no se atrevieran a mencionarlos.

¡Ventura!, por acá, "Quesqueso", por allá, los gritos y las burlas iban escoltándole por las calles, como una prueba de su infinito renombre.

Cuando algún chusco, sabiéndole con más copas de la cuenta, le aguijaba con un "¡Viva el Partido Liberal!"... ¡Oh! Sus

apolillados huesos se enderezaban en un alarde de resurrección. El viejo tongo era rechazado hacia la nuca. Y el bastón alzábase a guisa de mástil y arma bélica a la vez. Y ahí tienen ustedes a Ventura, improvisándose fogoso orador en medio del arroyo. Unos discursos de órdago, loando al liberalismo. Y pestes contra sus enemigos, y sapos y culebras para los "pasa-pasas".

El auditorio aplaudía a rabiar. Gualaichos tomadores de pelo. Tempestades de carcajadas se desataban en torno del descosido tribuno.

Pero el rato menos pensado, Ventura, empachado ya de las auras populares, hacía caer su bastón sobre sus oyentes y los desbandaba a garrotazos.

"LA CHALLA"

Tendera sesentona, bigotuda y cascarrabias. Con vivienda y puesto de venta en los aledaños del Seminario, donde se educaban los retoños de la flor y nata de La Paz. Su vida habría sido un remanso apacible, si los colegiales no se empeñaran en turbársela. Y verán ustedes si era para poco. Le gritaban, metiendo un poquito la cabeza en la tienda: ¡Challa!..., que, en buenas cuentas, no significa chicha ni limonada. ¡Ah!, pero a ella se le antojaba mostaza en las narices. Oírlo y salir hecha una furia, a vomitar injurias, amenazas, maldiciones, era todo uno. Los muchachos, situados a una distancia prudente, contemplábanla sonriendo. Con ojos interrogantes y cierta inquietud sospechosa. Si la irascible señora iba camino de calmarse, metíanle calda repitiéndole: ¡Challa! Hasta que, por fin... Bueno, era esto lo que esperaban ellos. En lo más recio de su andanada verbal, las manos de la "Challa" buscaban nerviosamente un arma contundente. Y allí venía lo bueno... A falta de piedras, cogían al acaso, manzanas, alfeñiques, bizcochos o algo por el estilo, ¡y guerra a los agresores!



Hermosas batallas que los seminaristas deseaban se repitiera cada día, con cada salida del colegio. Por eso, al pasar por la tienda, no dejaban de decirle, con la mejor de sus intenciones: ¡Challa!

"EL MAIQUINA"

Ahora le toca el turno a Calixto, el clásico portero del hospicio "San José". Alias el "Maiquina". Terror de los niños, que veían en él un monstruo. Además de feo, parecía que ladraba en vez de hablar y no sabía andar sino de posaderas.

Para sacudirse de los impertinentes, hacía castañetas con las dos piedras sobre las que apoyaba las manos para remolcar su robusta humanidad. Porque en punto a gordura, muy pocos podían codearse con él. Se diría un marrano cebado en un sitio.

La imaginación popular hízolo protagonista de una singular y estremecedora historia.

Calixto había sido soldado de Melgarejo. Un granadero aguerrido y temerario, digno de tal jefe. La desgracia le vino durante una revolución.

La Paz, perpetuamente alzada contra aquel tirano —contra todos los tiranos—. se batía en las barricadas. Vencida en una de estas aventuras, se produjo la desbandada de rigor. Un grupo de revolucionarios, oliendo aún a pólvora, buscó refugio en la Catedral. Pero los victoriosos, locos y ciegos, se metieron en la casa del Señor en son de ataque. Acaudillábalos su sargento: el Calixto... de generales desconocidas. Y éste, al divisar un hombre oculto detrás del manto de la Madre de Dios, disparó... ¡No lo hubiera hecho!... El sacrílego cayó como fulminado por un rayo. Sin habla. Baldado para siempre de caderas para abajo.



Y así, por mal cristiano, Calixto pasó el resto de su vida sentado y mudo. Empollando en el zaguán del hospicio. Gruñendo, a ratos, su mal humor. Riendo, otros, como un idiota. Contemplado por la azorada curiosidad de los transeúntes.

¡Ah, pero cuando veía pasar un militar!... Su lengua largábase en el más brioso tarareo guerrero, las dos piedras hacían cadencia de platillos de metal y en sus ojos se encendían chispas marciales... Añoranzas de sus buenos tiempos.

"LIBORIO"

Otro personaje gracioso de ayer.

Era el torero de los "embolados". Complemento indispensable y pintoresco de las lidias que hacían aullar al público paceño en el "Acho", destartalado anfiteatro del que apenas si queda memoria. ¡Cómo cambian los tiempos!

Su celebridad apoyábase en otro puntal más. Liborio era hombre mútilo. Hablando con más franqueza: cercenado de ambas orejas. De ahí que su nombre se hubiera metamorfoseado hasta convertirse en apodo. A la gente se le dió por llamar "liborio" a todo mortal que tuviera de menos uno o los dos apéndices auriculares.

Pero estábamos hablando del héroe tauromáquico. Volvamos a él. Apenas el último bicho lidiado salía por el arrastradero y se abría el toril al "embolado", Liborio hacía su aparición en la arena. ¡Y allí de los buenos pases, los faroles, las verónicas y demás filigranas del arte!... ¡Olé por los "lagartijos" del "Acho"!... ¿Quién dijo que no teníamos toreros?... ¡Ahí va el más apuesto de los capeadores!...

No pocas veces, el bruto se le venía al bulto, propinándole su correspondiente to-



petón. Pero Liborio, siempre airoso aun en los más apurados lances. Ni más ni menos que un dominguillo, poníase derecho antes de que acabara de revolcarlo. Limpio de polvo y de rasguños. ¡Y siga la faena!

Para hacer más completa la historia, sépase que Liborio hasta se gastaba un acólito de plaza. Servíale de chulo el "Kjolo Marianito", peón del chiquero, flaco y exiguo como son los diestros que se estiman, que compartía con él los favores de la galería.

¡Quién volviera a aquellos tiempos!

SIMÓN, MAESTRO DE AGUAS

Extraordinario privilegio el de este hombre. Sabiduría, si Uds. lo prefieren. Lleva en su memoria la red íntegra de cañerías de agua potable de La Paz. Mucho mejor que en un plano sobre papel milimetrado.

Nadie se extrañe de que hablemos en presente. Es porque Simón pertenece todavía a este mundo, aunque muy achacoso ya y lleno de goteras.

Ninguno como él para señalar con certeza envidiable, el sitio exacto por donde circulan tuberías enterradas hace más de medio siglo. ¡Un lujo, señores!

¿Se trata, v.g., de cambiar un trozo de cañería, de arrancarle una derivación, de reparar algún estropicio? Pues llamen a Simón, el maestro de aguas, más conocido que la ruda en la ciudad. Allá va él. Silencioso, un poco taciturno, como debieran ser los hombres que llevan algo importante en los sesos, con la gravedad de un rabdomante. Arrima ceremoniosamente la ya curvada espalda contra el muro de una casa. Mejor si es de las construídas cuando él contaba años mozos. Pasea una mirada inquisitiva por el adoquinado. Y luego tantos pasos al frente y tantos a la derecha o a la izquierda. Y no hace falta más. Porque ya halló el sitio buscado.

"Aquí es", afirma, señalando con la varilla mágica de su retorcido índice.

Abren el sitio, y allí es, en efecto. Y que no le vengan con winchas, teodolitos y demás cachivaches inventados para perder el tiempo. ¡Con aparatitos a él!... ¡A él, que es un mapa viviente y capaz de dejar sin respuesta al más pintado de los ingenieros!

Y después dirán que Simón no es personaje digno de historia.

ADRIANITA

¡Adrianita!... La voz del viandante la acaricia entre bromas y veras, añadiendo alguna chuscada a guisa de piropo. Ella retruca en el acto, con un desenfado sin igual, en el mismo tono y con idénticas intenciones. Eso sí, sin perder el señorío frente a los hombres groseros, a quienes suele plantar con causticidades capaces de enrojecer las orejas a un pollino.

Y luego de blanquear los ojos y hacer un envidiable mohín abrileño, prosigue su rítmico taconeo y el donairoso movimiento de sus caderas, con las manos graciosamente apoyadas en el puño de un quitasol antañón.

¡Qué forastero recién llegado no desea conocerla! Es la nota pintoresca de La Paz. Ni las llamas, ni el poncho del indio ni los monolitos de Tiahuanacu atraen como ella.

Garbosa, llena de perifollos y colorines que se ríen de la estética y de las modas; con unas cejas tan abundantes que semejan mostachos árabes; chorreándole el bermellón de las mejillas y la sal de todo el cuerpo; y luego unos aires... ¿Quién habló de la Perricholi? ¡Insípida!

De lejos, se diría una muchachita pizpireta y coqueta, vivaz y pitorrera, que salió a alegrar estas calles de Dios y recoger el homenaje que le deben todos los hombres. Y pasa, ¡hay que verla!, levantando polvo, repartiendo sonrisas que cautivan, iluminando la calle Comercio con la luz de sus inmensos ojos...

Pero la realidad es otra, y duele decirlo.

En su rostro ya no hay sitio para una arruga más; de sus buenos tiempos, en aquella boca dicharachera no quedan sino dos dientes. tan movedizos como ella misma; sobre su mentón se alzan muchos pelos hirsutos y agresivos, y para qué seguir contando...

¡Oh!... En cambio el espíritu permanece en los quince años. Y se deleita no sólo con los requiebros de buen gusto y los equívocos ingeniosos y con el sol de las once, sí que también con las lecturas y la música escogida, y conste que Adrianita es, más bien dicho fué, una magnífica ejecutante de piano.

Mientras tanto. se olvidó del tiempo y de las realidades y de las mentiras y del dinero y las pasiones. De todo. Vive en las márgenes de nuestra existencia común. Por esto, ella se burla de los hombres, de las mujeres y del mundo entero. De ella misma. Y éste es, sin duda, el mejor síntoma de su cordura. Chiflada, dicen de ella; porque renunció a su papel en nuestra comedia, para mostrarnos mejor, desde fuera, nuestra propia caricatura. Nos imaginamos burlarnos de ella, y es ella, en buenas cuentas, quien nos toma el pelo. ¡Y vaya si sabe hacerlo con gracia!...




DOCUMENTO
DIGITALIZADO
GAMLP

TIPOS GENÉRICOS
DEL PASADO DE LA VIDA PACEÑA



La beata.



El "bizconde" Zeballos.



El ponguito.



El aguatero.



La melcochera.



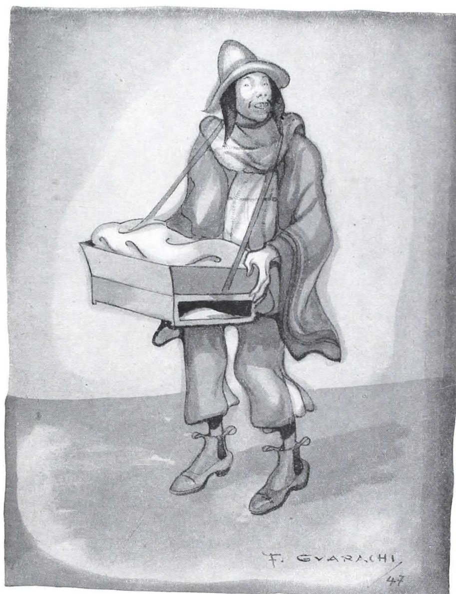
El rondín.



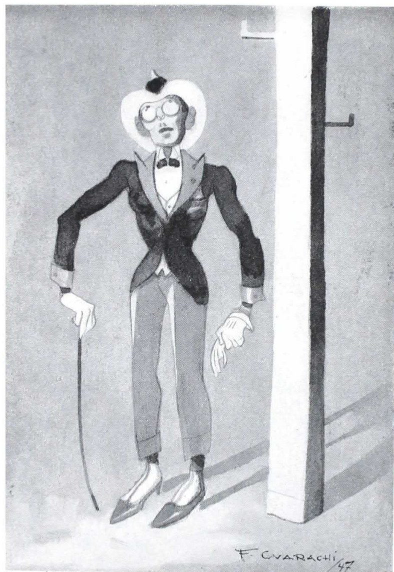
El aparapita.



El alfajorero.



El empanadero.



El "pije".

I N D I C E

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE SEGUNDO TOMO DE

LA PAZ

EN SU IV CENTENARIO

EN LA IMPRENTA LÓPEZ, PERÚ 666, BUENOS AIRES, EL DÍA 21 DE SEPTIEMBRE DE 1948.

DIRIGIERON LA PARTE ARTÍSTICA Y GRÁFICA ATTILIO ROSSI Y SILVIO E. BALDESSARI. COLABORARON EN LA PARTE GRÁFICA JUAN BAUTISTA LÓPEZ, EDUARDO A. GIANNINI, AGUSTÍN MEDINA, MANUEL LÓPEZ Y ANTONIO GUIRIANI. LOS GRABADOS FUERON EJECUTADOS POR CAPARRÓS, S. R. L., ALEJANDRO BELL Y CÍA., HEBER, S. R. L., Y ARTURO GULDRICH.



Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Impreso en la Argentina